

LAS CRÓNICAS DE  
**SHANNARA**

LIBRO 5

**EL DRUIDA DE SHANNARA**

TERRY BROOKS



Lectulandia

## **Solo los herederos de Shannara pueden salvar las Cuatro Tierras.**

Han pasado trescientos años desde que el druida Allanon murió y unos misteriosos seres se han adueñado de las Cuatro Tierras.

El espectro de Allanon convoca a los cuatro herederos de Shannara —Par, Coll, Wren y Walker— y les encarga que restauren la desaparecida Fortaleza de los druidas en Paranor con el objetivo de recuperar las Cuatro Tierras. Para llevar a cabo la misión, Walker deberá recuperar la piedra élfica negra, pero su búsqueda lo conducirá a una inesperada trampa.

**Lectulandia**

Terry Brooks

# **El druida de Shannara**

**Las crónicas de Shannara. El legado de Shannara - 2**

ePub r1.0

Titivillus 29.01.2018

Título original: *The Druid of Shannara*

Terry Brooks, 1991

Traducción: María Alberdi

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

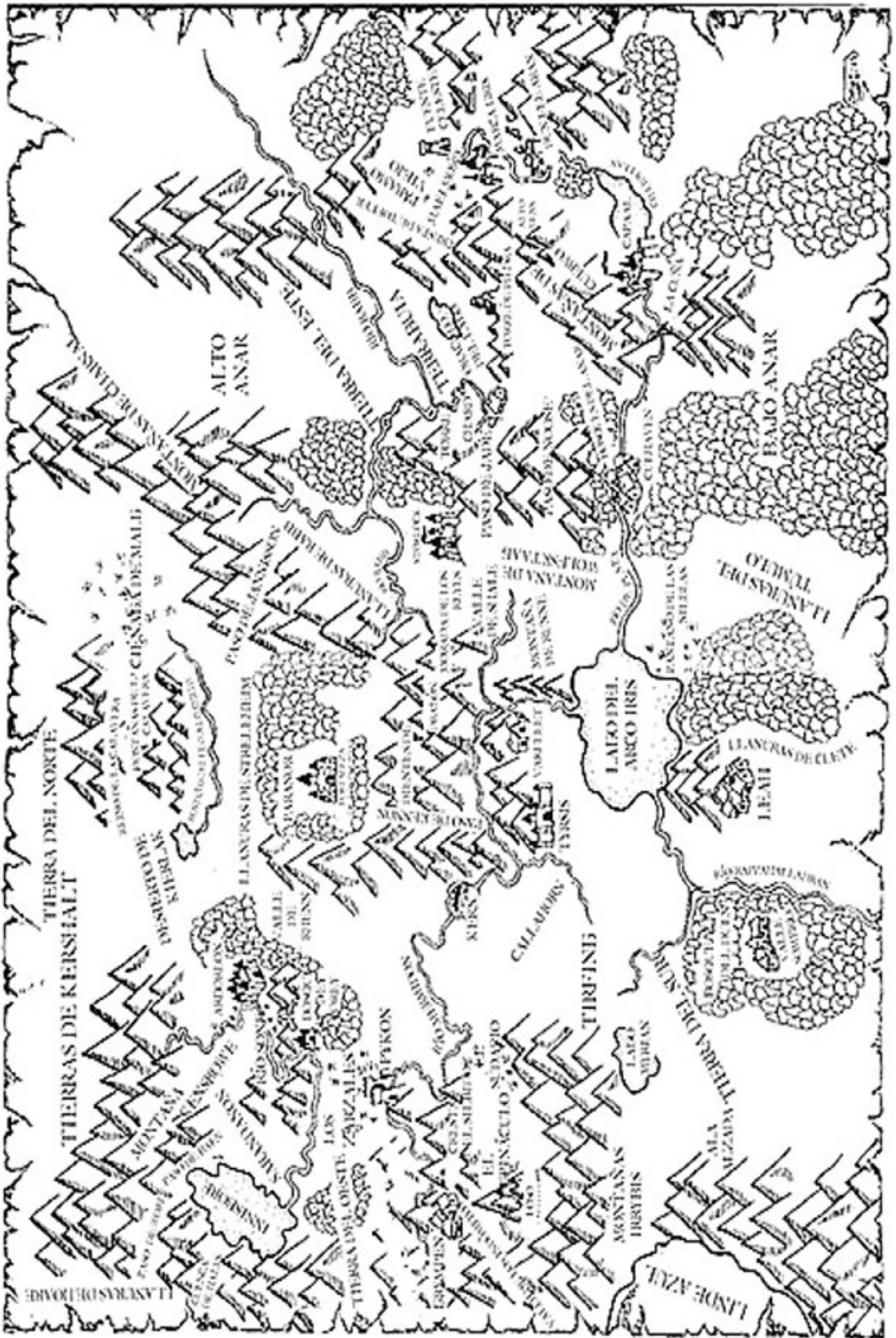
---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Laurie y Peter,  
por su amor, apoyo y ánimo en todas las cosas.*





El Rey del río de Plata contempló, con profunda tristeza y pesadumbre, el mundo de los hombres mortales que limitaba con los Jardines, sus dominios desde los albores de la era de los elfos. Por todas partes, el terreno enfermaba y moría: la rica tierra negra se transformaba en polvo, las praderas se agostaban, los bosques se convertían en amplias extensiones de madera muerta y los lagos y ríos se estancaban o evaporaban. De igual manera, las criaturas enfermaban y morían al no encontrar recursos, pues los alimentos estaban cada día más y más contaminados. Hasta el aire había empezado a ser casi irrespirable.

«Y mientras tanto —pensó el Rey del río de Plata—, los umbríos se fortalecen». Alargó la mano para acariciar los pétalos carmesíes del ciclamen que crecía en torno a sus pies. La forsitia se apiñaba un poco más lejos, junto con los cornejos y las zarzas, las fucsias y los hibiscos, los rododendros y las dalias, los macizos de lirios, azaleas, narcisos, rosas y un centenar de variedades de plantas siempre en flor: una profusión de colores que se extendía ante sus ojos hasta más allá de donde alcanzaba la vista. También había animales, grandes y pequeños, criaturas cuya evolución se remontaba a la época lejana en que todos los seres vivían en paz y armonía.

En el mundo actual, el mundo de las Cuatro Tierras, el mundo de las Razas que se habían desarrollado a partir del caos y la destrucción de las Grandes Guerras, ese tiempo ya se había olvidado. El Rey del río de Plata era el único superviviente. Existía ya cuando el mundo era joven y las primeras criaturas empezaban a nacer. Entonces él también era joven, y tenía muchos semejantes. Ahora ya era viejo, el último de su especie. Todo lo que entonces existía, excepto los Jardines en los que habitaba, había muerto. Solo los Jardines sobrevivían, inmutables, conservados por la magia. La Palabra se los había dado, encomendándole su cuidado, para que permanecieran como recordatorio de lo que había sido y tal vez pudiera ser de nuevo. El mundo exterior evolucionaría, pero los Jardines permanecerían inalterables.

Sin embargo, se estaban replegando sobre sí mismos. No era algo físico, sino espiritual. Los límites se mantenían fijos, inalterables, ya que se hallaban en un plano de existencia más allá de la influencia del mundo de los hombres mortales y de lo que allí ocurría. Los Jardines eran una presencia más que un lugar. Sin embargo, esa presencia perdía consistencia por la enfermedad del mundo al que estaba unida, pues su misión, y también la de su cuidador, era protegerlo. A medida que las Cuatro Tierras se iban envenenando, el trabajo se hacía más duro, sus efectos eran menos duraderos y la fe que los humanos depositaban en ellos, siempre difusa, empezaba a desaparecer.

Eso entristecía al Rey del río de Plata. No sentía lástima por sí mismo, sino por

los habitantes de las Cuatro Tierras, los hombres y mujeres mortales que estaban a punto de perder la magia definitivamente. Los Jardines habían sido para ellos un refugio en las tierras del río de Plata durante siglos, y él era el espíritu amistoso que los protegía. Había velado por ellos, les había proporcionado una paz y un bienestar que trascendían las fronteras físicas, y se había asegurado de que en este mundo todavía quedaran rincones donde pervivieran la benevolencia y la buena voluntad. Ahora eso había terminado, ya no podía proteger a nadie. La perversidad de los umbríos, el veneno que inoculaban de forma incesante en las Cuatro Tierras, había ido erosionando su propia fuerza hasta dejarlo prácticamente encerrado en los Jardines, sin que pudiera ayudar a aquellos por quienes se había dejado la piel durante tanto tiempo.

Dominado por la desesperación, el Rey del río de Plata contempló la ruina del mundo. Los recuerdos jugaban al escondite en su mente. Los druidas, guardianes de las Cuatro Tierras, habían desaparecido. Varios descendientes de la casa élfica de Shannara habían actuado de paladines de las Razas durante generaciones, protegiendo lo que quedaba de la magia, pero todos ellos ya habían muerto.

Se obligó a rechazar el sentimiento de desesperación que le oprimía. Los druidas regresarían, porque había nuevas generaciones de la antigua estirpe de Shannara. El Rey del río de Plata conocía con detalle casi todo lo que sucedía en las Cuatro Tierras, aunque no pudiera visitarlas. El espíritu de Allanon había convocado a varios descendientes de Shannara, que estaban dispersos por el mundo, con el fin de recuperar la magia perdida, y tal vez lo lograsen, si sobrevivía el tiempo suficiente para encontrar el camino hacia el éxito. Sin embargo, todos ellos estaban en grave peligro. Todos corrían el riesgo de morir, amenazados en el este, el sur y el oeste por los umbríos, y en el norte por Uhl Belk, el Rey de Piedra.

Sus ojos cansados se cerraron durante un breve instante. Sabía lo que se necesitaba para salvarlos; un acto de magia, tan poderoso y complicado que nada pudiera impedir que tuviera éxito; un acto de magia que traspasara los muros que sus enemigos habían creado, que rompiera la barrera de mentiras y falsedades que habían colocado ante los cuatro de quienes tanto dependía.

Sí, cuatro, no tres. Algunas cosas escapaban hasta a los ojos de Allanon.

Se dio la vuelta y se dirigió al centro de su refugio. Dejó que el canto de los pájaros, la fragancia de las flores y el aire templado sosegaran su espíritu a medida que caminaba. El color, el sabor y el sonido de todo cuanto le rodeaba penetraban en él a través de sus sentidos. En realidad, podía hacer cualquier cosa dentro de sus Jardines, pero era afuera donde su magia era necesaria. Sabía muy bien que así era. Para prepararse, adoptó la forma del anciano con la que en ocasiones se mostraba al mundo exterior. Sus pasos se convirtieron en un bamboleo inestable, su respiración se volvió entrecortada, se le nublaron los ojos y su cuerpo se encorvó por el peso de la edad. Cesó el canto de los pájaros, y los animalillos que estaban cerca se escondieron con rapidez. El Rey del río de Plata se propuso alejarse de todo aquello en lo que



estaba inmerso, y volvió a lo que podría haber sido: necesitaba sentir la mortalidad humana para comprender con claridad cuál era la parte de sí mismo que debía entregar.

Cuando llegó al centro de sus dominios, se detuvo junto a una laguna de aguas cristalinas, alimentada por un pequeño arroyo, en la que en aquel momento bebía un unicornio. La tierra que la rodeaba era oscura y fértil. A las orillas del agua crecían flores diminutas y delicadas que no tenían nombre: eran tan blancas como la nieve recién caída. Un pequeño árbol se alzaba en medio de un parterre de violetas al otro lado de la laguna. Sus delicadas hojas verdes estaban moteadas de rojo. Unas vetas de minerales en un par de enormes rocas refulgían a la luz del sol.

El Rey del río de Plata se quedó inmóvil, sintiendo la vida que lo rodeaba, y deseó fundirse con ella. Cuando lo hizo, cuando todo a su alrededor se entrelazó con la forma humana que había adoptado, se expandió para abarcarlo en su interior. Sus manos, de frágiles huesos y arrugada piel humana, se alzaron e invocaron la magia, y las sensaciones de la vejez que le recordaban la existencia mortal desaparecieron.

El arbolito llegó primero, arrancado de sus raíces, y se asentó ante él; el armazón de hueso sobre el cual podría empezar a construir. Poco a poco, el árbol se curvó para adoptar la forma que él deseaba, mientras las hojas se plegaban contra las ramas y las envolvían. A continuación, llegó la tierra, arrastrada por palas invisibles que la apilaban sobre el árbol, cubriendo y definiendo su forma. Luego se aproximaron los minerales para los músculos, el agua para los fluidos y los pétalos de las diminutas flores para la piel. Cogió seda de la crin del unicornio para el cabello y perlas negras para los ojos. La magia modeló y unió todos los elementos, y su creación fue tomando forma.

Cuando terminó, la muchacha que se encontraba ante él era perfecta en todos los sentidos, salvo en uno. Aún le faltaba la vida.

Miró a su alrededor y eligió la paloma. La cogió en el aire y la depositó, todavía viva, en el pecho de la muchacha, donde se convirtió en su corazón. Entonces la abrazó y le insufló su propia vida, dio un paso atrás y esperó.

El pecho de la muchacha se expandió y se contrajo, y sus miembros se movieron. Abrió los ojos, unos carbones negros en contraste con sus delicadas y blancas facciones. Era de complexión pequeña y delicada, como una figura de papel cuyos bordes y ángulos se hubieran visto reemplazados por líneas curvas. Sus cabellos eran tan blancos que parecían de plata, y había en ellos un brillo que traía a la mente los reflejos del metal.

—¿Quién soy? —preguntó con una voz suave y musical, que recordaba al susurro de los arroyuelos y a los sonidos apagados de la noche.

—Eres mi hija —respondió el Rey del río de Plata, descubriendo que en su interior renacían unos sentimientos que creía perdidos hacía ya mucho tiempo.

No se molestó en decirle que era una elemental, una hija de la tierra creada por la magia. Ella podría sentir lo que era, gracias a los instintos sobrenaturales que le había

proporcionado. No era necesaria más explicación.

La muchacha dio un paso hacia adelante con cuidado, y luego otro. Al descubrir que podía andar, empezó a moverse con más rapidez, probando sus recién adquiridas habilidades de distintas formas, y girando en torno a su padre, a quien observaba con timidez y precaución. Contempló los alrededores con curiosidad, embebiéndose de las vistas, olores, sonidos y sabores de los Jardines, sintiendo una afinidad con ellos que en aquel momento no era capaz de entender.

—¿Son mi madre estos Jardines? —preguntó de pronto, y el Rey del río de Plata respondió que así era—. ¿Ambos sois parte de mí? —volvió a preguntar, y él respondió que sí.

—Ven conmigo —le dijo con amabilidad el Rey del río de Plata.

Recorrieron juntos los Jardines, explorándolos como un padre y su pequeña hija, contemplando las flores, observando los rápidos movimientos de los pájaros y los animales, estudiando los vastos y complicados diseños de las raíces enmarañadas, las complejas capas de roca y tierra, y las pautas tejidas por los hilos de la existencia de los Jardines. Ella era aguda e inteligente, se interesaba por todo, respetaba la vida, se preocupaba. Él se sentía satisfecho, consciente de que la había creado bien.

Un rato más tarde empezó a enseñarle los rudimentos de la magia. Primero le mostró la que él mismo poseía; solo pequeños retazos, para no abrumarla. Entonces la animó a que ella probara la suya. La muchacha se sorprendió al comprobar que la tenía, y más aún cuando descubrió lo que podía hacer. Pero no titubeó al emplearla. Estaba ansiosa por darle un uso a su don.

—Tienes un nombre —le dijo el Rey del río de Plata—. ¿Te gustaría saberlo?

—Sí —respondió, deteniéndose y mirándolo fijamente.

—Tu nombre es Aurora. —Hizo una breve pausa—. ¿Comprendes por qué?

—Sí —respondió la muchacha, tras reflexionar un instante.

La llevó hasta un viejo nogal, cuya corteza se desprendía del tronco en tiras grandes y gruesas. Soplaba una fresca brisa que olía a begonia y a jazmín, y la hierba les pareció suave al tacto cuando se sentaron sobre ella. Un grifo que deambulaba por allí olisqueó la mano de la muchacha.

—Aurora —dijo el Rey del río de Plata—. Hay algo que debes hacer.

Con tranquilidad y de forma clara y precisa, le explicó las razones por las que debía abandonar los Jardines y salir al mundo de los hombres. Le indicó dónde debía ir y qué era lo que tenía que hacer. Le habló del Tío Oscuro, del joven montañés, y del otro que no tenía nombre, de los umbríos, de Uhl Belk y Eldwist, y de la piedra élfica negra. Mientras le hablaba, revelándole la verdad de su existencia, experimentó un dolor dentro del pecho que era inequívocamente humano, una parte de sí mismo que había permanecido arrinconada durante muchos siglos. El dolor provocó en él una tristeza que a punto estuvo de quebrarle la voz y de hacerle derramar lágrimas amargas. Sorprendido, se detuvo para retomar el control sobre sí mismo, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para proseguir con su explicación. La muchacha lo observaba

en silencio, atenta, introspectiva y expectante. No puso objeciones a sus palabras ni formuló preguntas. Simplemente se limitó a escucharlas y aceptarlas.

—Comprendo lo que se espera de mí —dijo Aurora, poniéndose de pie, cuando el Rey del río de Plata terminó su explicación—. Estoy preparada.

—No, hija, no lo estás —respondió él, haciendo un gesto negativo—. Lo descubrirás cuando salgas de aquí. A pesar de ser quien eres y de tus poderes, serás vulnerable a cosas contra las que no puedo protegerte. Ten cuidado. Ten mucho cuidado con aquello que no puedas comprender.

—Así lo haré —contestó la muchacha.

El Rey del río de Plata la acompañó hasta el final de los Jardines, donde empezaba el mundo de los hombres, y contemplaron juntos su estado ruinoso. Permanecieron en silencio durante largo rato.

—Comprendo por qué soy necesaria allí —dijo por fin Aurora.

Él hizo un gesto de asentimiento dominado por la tristeza, sintiendo su pérdida aunque aún no se había marchado. «Es solo una elemental», pensó, pero enseguida supo que estaba equivocado. Era parte de él, como si la hubiera engendrado.

—Adiós, padre —dijo Aurora de repente, y empezó a alejarse.

Salió de los Jardines y desapareció en el mundo de más allá. Cuando partió, no se despidió con un beso ni con un abrazo. Simplemente se marchó, porque no conocía otra forma de actuar.

El Rey del río de Plata se dio media vuelta. Los esfuerzos para crearla lo habían debilitado, al extraer parte de su magia. Necesitaba tiempo para reponerse. Se despojó de su imagen humana, apartando la falsa cobertura de piel y huesos, liberándose de sus recuerdos y sensaciones, y volvió a ser la criatura fantástica que era.

Sin embargo, los sentimientos que había provocado en él Aurora, su hija, la niña que había creado, permanecieron con él.

Un escalofrío despertó a Walker Boh.  
«Tío Oscuro».

El susurro de una voz en su mente lo apartó de la orilla del estanque negro hacia el que se deslizaba, lo sacó de aquella intensa oscuridad y lo guio hacia unos rayos de luz grisácea; el sobresalto fue tan violento que sintió calambres en los músculos de las piernas. Levantó la cabeza del brazo que le servía de almohada y abrió los ojos, pero no percibió nada. El dolor le recorría todo el cuerpo en incesantes oleadas. Era como si lo hubieran atizado con un hierro al rojo blanco, y se acurrucó, en un inútil intento de aliviarlo. Solo su brazo derecho permaneció extendido, como algo pesado y molesto que ya no le pertenecía, unido para siempre al suelo de la caverna sobre el que reposaba, convertido en piedra hasta el codo.

Allí estaba el origen del dolor.

Cerró los ojos, deseando que se disolviera, que desapareciera. Pero carecía de la fortaleza necesaria para eliminarlo, porque su magia estaba muy debilitada, casi agotada por el esfuerzo de resistir el avance del veneno del Áspid. Habían pasado siete días desde su llegada a la Sala de los Reyes en busca de la piedra élfica negra, siete días desde que, en lugar de la piedra, había encontrado a la criatura letal que habían colocado allí para acabar con su vida.

«¡Oh, sí! —pensó, lleno de angustia—. Para acabar con mi vida de una forma cruel». Pero ¿quién la había puesto allí? ¿Los umbríos, o alguna otra criatura? ¿Quién tenía en su poder la piedra negra?

Recordó, lleno de desesperación, los sucesos que lo habían llevado a la situación en la que se encontraba. El espíritu de Allanon, muerto trescientos años antes, había convocado a los herederos de la magia de Shannara: su sobrino Par Ohmsford, su prima Wren Ohmsford y él. Recibieron la llamada y también una visita del antiguo druida Cogline, que les pedía que acudieran. Y lo hicieron. Los tres se reunieron en el Cuerno del Hades, el antiguo lugar de descanso de los druidas, donde Allanon se les apareció y les encomendó una misión a cada uno para combatir la tétrica obra de los umbríos, que utilizaban su propia magia para agostar la vida de las Cuatro Tierras. A Walker le encomendó la misión de recuperar Paranor, el desaparecido hogar de los druidas, y con él, a los druidas que lo habían habitado. Se negó hasta que Cogline volvió a visitarlo, esta vez llevando consigo un volumen de la *Historia de los druidas* que hablaba de una piedra élfica negra con el poder de recuperar Paranor. Eso lo impulsó a visitar al Oráculo del Lago, adivino de los secretos de la tierra y de los hombres mortales.

Escudriñó la penumbra de la caverna que lo rodeaba, las puertas que guardaban el

mausoleo de los reyes de las Cuatro Tierras, muertos hacía varios siglos; los tesoros apilados ante las criptas donde yacían; los centinelas de piedra que montaban guardia sobre sus restos. Ojos pétreos en rostros inexpresivos, ciegos, indiferentes. Estaba solo con sus fantasmas.

Se moría.

Las lágrimas le inundaron los ojos y le nublaron la vista mientras luchaba por contenerlas. ¡Qué idiota había sido!

«Tío Oscuro». Las palabras le llegaron sin sonido, un recuerdo que se burlaba de él y lo mortificaba. Era la voz del Oráculo del Lago, el espíritu malicioso responsable de que ahora estuviera a punto de morir. Sus adivinanzas lo habían llevado a la Sala de los Reyes en busca de la piedra élfica negra. El Oráculo debía de saber lo que le esperaba: que allí no encontraría ninguna piedra élfica sino el Áspid, una trampa mortal que lo destruiría.

¿Por qué había llegado a creer que saldría bien parado?, se preguntaba Walker. ¿No lo odiaba el Oráculo del Lago más que a nadie? ¿No se había vanagloriado de que lo enviaba a la muerte al darle lo que le pedía? Walker había seguido el camino que le había mostrado, complaciendo así al espíritu, corriendo al encuentro de la muerte que le había sido prometida, porque había creído con frivolidad que sería capaz de protegerse contra cualquier mal que lo acechara. «¿Y ahora qué? —se reprendió—. ¿Dónde está esa confianza en ti mismo y en tus habilidades ahora?».

Se retorció mientras el veneno ardía en su interior. Bien. ¿Qué había sido de su confianza?

Se puso de rodillas con gran esfuerzo y se inclinó sobre la grieta del suelo de la caverna, donde su mano estaba engarzada con la piedra. Apenas podía distinguir los restos del Áspid: el retorcido cuerpo pétreo estaba enroscado en su brazo de piedra, los dos unidos para siempre, atados a la roca de la montaña. Apretó los dientes y se subió la manga de la túnica. Tenía el brazo duro y rígido, gris hasta el codo, y vetas grises que ascendían hacia su hombro. El proceso era lento, pero irreversible. Todo su cuerpo se convertiría en piedra.

Aunque eso tampoco le preocupaba especialmente, pues moriría de hambre, de sed o a causa del veneno mucho antes de que eso llegara a suceder.

Dejó que la manga volviera a su sitio, cubriendo el horror de aquello en que se había convertido. Siete días. Las escasas provisiones que había llevado hacía tiempo que se habían acabado, y también el agua, aunque esta le había durado algo más. Estaba perdiendo fuerzas a un ritmo vertiginoso. Tenía fiebre, y sus periodos de lucidez eran cada vez más cortos. Al principio luchó con todas sus fuerzas contra lo que le sucedía, intentando utilizar la magia para expulsar el veneno de su cuerpo y recuperar su mano y su brazo de carne y hueso. Pero la magia le había fallado estrepitosamente. Había intentado separar el brazo del suelo de piedra, pensando que encontraría la forma de hacerlo, pero no lo consiguió. Estaba condenado, no había esperanza. Después, el cansancio lo indujo al sueño, cada vez con mayor frecuencia a



medida que pasaban los días. Ahora ya le era muy difícil mantenerse despierto. Mientras permanecía arrodillado en una terrible confusión de tinieblas y dolor, salvado momentáneamente de la muerte por la voz del Oráculo del Lago, comprendió con aterradora certeza que si volvía a ceder al sueño sería su perdición. Su respiración se volvió rápida y superficial, se ahogaba en su propio miedo. No debía permitir que eso sucediera. No podía rendirse.

Se obligó a pensar intensamente. Si pensaba no se quedaría dormido. Repasó mentalmente la conversación que había mantenido con el Oráculo del Lago, oyendo de nuevo las palabras del espíritu, e intentó descifrar una vez más su significado. El Oráculo no había nombrado la Sala de los Reyes cuando describió el lugar donde se escondía la piedra élfica negra. ¿Se había precipitado Walker, había llegado a una conclusión errónea? ¿Lo había confundido el Oráculo de manera deliberada? ¿Había algo de verdad en lo que le había dicho?

Sus pensamientos se dispersaron en un mar de confusión; su mente se negaba a funcionar como se le pedía. Cerró los ojos, desesperado, y volvió a abrirlos con gran dificultad. Tenía la ropa helada, empapada en su propio sudor. El cuerpo le temblaba, su respiración era fatigosa, tenía la vista nublada y cada vez le costaba más trabajo tragar saliva. Con tantas distracciones... ¿cómo iba a ser capaz de pensar en nada? Lo único que quería era tumbarse y...

Se aterrorizó al darse cuenta de que esa necesidad amenazaba con engullirlo. Cambió de postura, frotando las rodillas contra el suelo hasta que empezaron a sangrar. «Un poco de dolor me mantendrá despierto», pensó. Sin embargo, apenas lo sentía. Volvió a pensar en el Oráculo del Lago. Vio al espectro riéndose de su situación, disfrutando de su agonía. Oyó que lo llamaba con voz burlona, y la furia le dio fuerzas. Había algo que necesitaba recordar, algo que el Oráculo le había dicho que debía recordar.

«¡Por favor, por favor, no te duermas!».

La Sala de los Reyes no respondió a su angustiada súplica; las estatuas permanecieron silenciosas, desinteresadas, ajenas. La montaña esperaba.

—¡Tengo que conseguir liberarme! —gritó en silencio.

Y entonces recordó las visiones; o, mejor dicho, la primera de las tres que le había mostrado el Oráculo. Aquella en la que se encontraba de pie sobre una nube, por encima de los otros miembros del grupo que se había reunido en el Cuerno del Hades, respondiendo a la llamada del espíritu de Allanon; cuando dijo que prefería cortarse la mano antes que hacer que los druidas regresaran, y después levantó el brazo para reforzar sus palabras.

Recordó la visión y comprendió la verdad que encerraba. El impacto del recuerdo de esa visión se tornó en incredulidad horrorizada, y bajó la cabeza hasta apoyarla en el suelo de piedra de la caverna. Lloró, notando las lágrimas que le corrían por las mejillas y un escozor en el rabillo de los ojos al mezclarse estas con el sudor. Reconocer que esa era su única posibilidad de sobrevivir le hizo retorcerse de

angustia.

¡No! ¡No lo haría!

Pero no tenía otra opción. Y lo sabía.

Su llanto se convirtió en una risa demente y gélida que fluía a borbotones desde su garganta hacia el vacío de la tumba. Esperó a que terminara y los ecos se extinguieran en el silencio. Entonces levantó los ojos. Se le habían agotado las posibilidades; su destino estaba sellado. Si no se liberaba inmediatamente, no volvería a tener la oportunidad de salvarse.

Solo había una forma de conseguirlo.

Se endureció para poder llevarlo a cabo, escudándose contra las emociones, recurriendo a las últimas reservas de sus fuerzas. Escrutó el suelo de la caverna hasta encontrar lo que necesitaba. Era una piedra de la forma y el tamaño aproximado de la hoja de un hacha, dentada por un lado; tenía que ser lo bastante dura, pues seguía entera tras desprenderse del techo durante la batalla, cuatro siglos antes, entre Allanon y la serpiente Valg. La piedra estaba a unos cinco metros de distancia, fuera del alcance de cualquier hombre normal. Pero él no era un hombre normal. Recurrió a la poca magia que le quedaba, y se obligó a permanecer inmóvil mientras hacía uso de su don. La piedra se acercó poco a poco, arañando el suelo al moverse, y produjo un lento chirrido en el silencio de la caverna. Walker estaba mareado por la tensión y consumido por la fiebre. Sin embargo, continuó atrayendo la piedra hacia él.

Por fin quedó al alcance de su mano libre. Dejó que la magia se disolviera mientras descansaba para recuperarse. Después extendió el brazo hacia la piedra, y sus dedos se cerraron en torno a ella. La acercó muy despacio. Le pareció que era muy pesada, hasta el extremo de no estar seguro de si conseguiría levantarla ni...

No llegó a formular el pensamiento entero. No podía seguir retrasando lo que sabía que tenía que hacer. Arrastró la piedra hasta que la tuvo junto a él, se apuntaló con las rodillas, tragó una gran bocanada de aire, levantó la piedra sobre su cabeza, vaciló un instante y, en un arrebató de miedo y angustia, descargó el golpe contra la piedra de su brazo entre el codo y la muñeca, con tanta fuerza que todo su cuerpo se estremeció. Sintió un dolor tan intenso que estuvo a punto de perder el conocimiento. Gritó mientras las oleadas lo atravesaban, estremecido por la sensación de que lo estaban despedazando. Se inclinó hacia delante, respirando con dificultad, y el hacha cayó de entre sus dedos inertes.

Entonces se dio cuenta de que algo había cambiado.

Se irguió y bajó la mirada hacia el brazo. El golpe había roto el miembro de piedra en el punto del impacto. La muñeca y la mano permanecían unidas al Áspid en la penumbra del compartimento oculto de la caverna, pero él estaba libre.

Continuó arrodillado y aturdido durante largo rato, contemplando su brazo destrozado, la carne vetada de gris por encima del codo y los cascotes de piedra del muñón. Sentía el brazo envarado y pesado. El veneno que fluía por su cuerpo continuaba ejerciendo su letal efecto. El dolor lo atravesaba de parte a parte.

¡Pero era libre! ¡Era libre!

De repente algo se movió en la cámara contigua, un roce leve y distante, como si algo hubiera despertado de su letargo. Walker Boh sintió frío en la boca del estómago y comprendió lo que había sucedido. Su grito lo había delatado. Aquella cámara era la Asamblea, el lugar donde había vivido la serpiente Valg, guardiana de los muertos.

Y donde, tal vez, vivía todavía.

Walker se puso de pie, y sintió un fuerte mareo. Lo ignoró, y también hizo caso omiso del dolor y el aturdimiento, y se dirigió con paso vacilante hacia las pesadas puertas forradas de hierro que le habían facilitado la entrada. Apartó de sí los sonidos de cuanto lo rodeaba, así como los que procedían de su interior, y concentró todas sus fuerzas en recorrer la distancia que lo separaba del pasadizo que se abría a sus espaldas. Si la serpiente seguía viva y lo encontraba ahora, Walker tendría los minutos contados.

Pero, afortunadamente, lo acompañó la suerte. La serpiente no salió de su escondrijo. Ninguna criatura apareció para atacarlo. Walker llegó hasta las puertas, las atravesó y prosiguió su camino en la oscuridad. Nunca llegó a tener claro qué había sucedido después. De algún modo, consiguió atravesar la Sala de los Reyes y dejar atrás a los Heraldos de la Muerte, cuyos terroríficos gritos volvían locos a los hombres, y también a las esfinges y su mirada que podía convertirlo en piedra. Oyó los gritos de los Heraldos, sintió las miradas ardientes de las esfinges y experimentó el terror de la antigua magia de la montaña que intentaba capturarlo y convertirlo en una víctima más, pero nada lo detuvo. Su inquebrantable determinación, una voluntad de hierro combinada con el cansancio, el dolor y la locura, se convirtió en un escudo que le permitía avanzar entre el peligro sin detenerse. Quizá la magia también contribuyera a ello en cierta medida. A Walker le parecía más que posible. Después de todo, la magia siempre era caprichosa, un misterio constante. Continuó avanzando en la oscuridad, entre imágenes fantasmagóricas, y dejó atrás los muros de roca que amenazaban con cerrarse en torno a él, descendiendo por túneles de oscuridad y sonido en los que no podía ver ni oír nada. Por fin, alcanzó la libertad.

Amanecía cuando salió al mundo exterior. La luz del sol que atravesaba el cielo cubierto de nubes y lluvia, residuos de la tormenta de la noche anterior, era débil y fría. Con el brazo mutilado protegido bajo la capa como si de un niño herido se tratase, recorrió el sendero montañoso que conducía a las llanuras del sur, sin volver la vista atrás en ningún momento. Apenas lograba ver lo que tenía delante. Solo conseguía mantenerse en pie porque se negaba a rendirse. Apenas si era capaz de percibir sensaciones, ni siquiera era consciente del dolor que le producía el envenenamiento.

Caminaba como si fuera una marioneta a la que le movían los hilos. El viento agitaba con furia su pelo negro, le flagelaba el pálido rostro, hacía que le lloraran los ojos. Era como un espantapájaros loco que se bamboleaba entre la bruma gris.

—Tío Oscuro —susurró en su mente la voz del Oráculo del Lago, y soltó una

carcajada alegre. Había perdido por completo la noción del tiempo. La débil luz del sol no conseguía dispersar las nubes de tormenta, y el día continuaba gris y desapacible. Los senderos aparecían y desaparecían en una interminable procesión de rocas, desfiladeros, cañones y precipicios. Walker permanecía ajeno a todo lo que lo rodeaba. Solo sabía que estaba descendiendo, de vuelta al mundo que había abandonado de una manera tan estúpida, y que estaba intentando salvar la vida.

Al mediodía llegó al valle de Esquisto. Walker Boh era un despojo humano tan debilitado por la fiebre que continuó su avance, tambaleándose sobre las piedras negras del valle, planas y brillantes, antes de caer en la cuenta de dónde se hallaba. Cuando lo comprendió, lo abandonaron las fuerzas. Se derrumbó sobre su arrugada capa y notó que los afilados bordes de la roca le cortaban la piel de los brazos y la cara, pero estaba tan exhausto que permaneció allí, tumbado bocabajo, indiferente al dolor. Poco después, se arrastró hasta las plácidas aguas del lago, palmo a palmo, de forma dolorosa, con su brazo inerte rematado en piedra. En su delirio, creía que, si lograba llegar a la orilla del Cuerno del Hades y sumergía en él su brazo destrozado, las aguas mortíferas contrarrestarían el veneno que estaba acabando con su vida. No tenía sentido, pero para Walker Boh la locura era la única constante en su vida.

Fracasó incluso en esta pequeña empresa. Su extrema debilidad solo le dejó acercarse unos metros, y después perdió el conocimiento. Lo último que recordaba era la oscuridad reinante, aunque sabía que era de día. El mundo era un lugar tenebroso.

Durmió y soñó que se le aparecía el espíritu de Allanon. El fantasma emergía de las aguas revueltas del Cuerno del Hades, oscuro y místico, y se materializaba desde el mundo de ultratumba en el que había sido confinado. Se aproximó a Walker, lo puso de pie, le infundió nuevas fuerzas y le permitió ver y pensar con claridad. Fantasmal y transparente, el druida gravitaba sobre las aguas oscuras y verdosas, aunque su contacto era extrañamente humano y material.

«Tío Oscuro...».

Cuando el fantasma pronunció estas palabras, al contrario que cuando lo había hecho el Oráculo del Lago, estaban desprovistas de burla y de odio. Solo definían quién y qué era Walker.

«¿Por qué no quieres aceptar la misión que te he encomendado?».

Walker intentó responder con acritud, pero no fue capaz de encontrar las palabras adecuadas.

«No entiendes hasta qué punto eres imprescindible, Walker. Yo no te necesito, son las tierras y sus gentes, las razas del nuevo mundo, las que te necesitan. Si no aceptas la misión que te he encomendado, no habrá esperanza para ellas».

Walker sintió una furia ilimitada. ¿Devolver a este mundo a los druidas, que ya no existían, y el desaparecido Paranor? «Claro —respondió mentalmente Walker—. Claro, espíritu de Allanon. Llevaré mi cuerpo destrozado en busca de lo que tú me ordenes, con este brazo envenenado. Aunque me esté muriendo y no pueda ayudar a

nadie en estas condiciones, yo...».

«Acepta la misión, Walker. Hasta ahora no la has aceptado. Reconoce la verdad de tu identidad y de tu propio destino».

Walker no conseguía comprenderlo.

«No entiendes a aquellos que te precedieron, aquellos que comprendieron lo que implica aceptar la misión de su vida. Eso es lo que te falta».

Walker sintió un estremecimiento que interrumpió la visión de su sueño. Las fuerzas lo abandonaron. Estaba junto a la orilla del Cuerno del Hades, abrumado por la confusión y el miedo, y se sentía tan perdido que le parecía imposible volver a encontrarse.

«Ayúdame, Allanon», suplicó con desesperación.

El fantasma del druida flotó inmóvil en el aire, etéreo contra un fondo de cielos invernales y picos pelados, alzándose como el espectro de la muerte dispuesto a cobrarse una nueva víctima. De pronto, a Walker le pareció que morir era lo único que le quedaba.

«¿Quieres que muera? —le preguntó—. ¿Es eso lo que me pides?».

El fantasma del druida guardó silencio.

«¿Sabías que me sucedería esto?».

Extendió el brazo, el muñón de piedra quebrada, la carne veteada de veneno.

El fantasma de Allanon permaneció en silencio.

«¿Por qué no me ayudas?»., gritó Walker.

«¿Por qué no me ayudas tú?»., respondió el espíritu del druida.

Las palabras resonaron en su mente, urgentes y cargadas de oscuros propósitos. Pero no las había pronunciado él, sino Allanon.

Entonces, de repente, la figura lanzó un destello y se desvaneció. Las aguas del Cuerno del Hades burbujearon y sisearon, rugieron con furia y volvieron a la calma. La atmósfera era brumosa y oscura, llena de fantasmas y locos delirios, un lugar donde la vida y la muerte se encontraban en un cruce de preguntas sin respuesta y acertijos sin solución.

Walker Boh lo vio solo un momento, consciente de que no estaba dormido, sino despierto, dándose cuenta de que su visión podía ser real.

Entonces todo desapareció, y se sumergió en las tinieblas.

Cuando recuperó el conocimiento, alguien estaba inclinado sobre él. Walker lo vio a través de una neblina de fiebre y dolor. Era una figura delgada como un palo, vestida de gris, con el rostro afilado, la barba y el pelo rizados y escasos, la nariz ganchuda, y estaba tan cerca que parecía que quisiera sorberle la poca vida que le quedaba.

—¿Walker? —dijo la figura con amabilidad.

Era Cogleine. Walker tragó saliva con dificultad e intentó incorporarse, pero el peso de su brazo se lo impidió y tuvo que volver a tumbarse. Las manos del anciano palparon bajo la capa y encontraron el muñón. Walker sintió que se le cortaba la



respiración.

—¿Cómo me... has encontrado? —consiguió preguntar.

—Allanon —respondió Cogle. Su voz era áspera y malhumorada.

—¿Cuánto tiempo llevo...? —preguntó Walker, dando un suspiro.

—Tres días. No sé cómo es posible que sigas con vida. No tienes derecho a estar vivo.

—Ninguno —reconoció Walker, y abrazó impulsivamente a Cogle. El contacto y el olor familiar del cuerpo del anciano le llenaron los ojos de lágrimas—. Creo que no me... ha llegado la hora... todavía.

Cogle le devolvió el abrazo.

—No, Walker. Todavía no.

Entonces le ayudó a ponerse de pie, levantándolo con una fuerza que sorprendió a Walker, y lo sujetó mientras se dirigía hacia el sur del valle. Volvía a amanecer, y los rayos dorados del sol iluminaban un horizonte sin nubes. El aire estaba tranquilo y expectante, como si les aguardara.

—Agárrate a mí —le dijo Cogle, mientras recorrían el terreno cubierto de piedras negras—. Nos están esperando con unos caballos para ayudarnos. Agárrate fuerte, Walker.

Walker Boh se agarró al anciano con todas sus fuerzas.

Cogline llevó a Walker Boh a Storlock; alcanzaron su destino al anochecer. Hicieron el viaje a caballo, con Walker atado a la silla. Salieron de los Dientes del Dragón un día templado y luminoso, y se dirigieron al este a través de las llanuras de Rabb, hacia los bosques del Anar Central y la legendaria aldea de los stors. Devorado por el dolor y consumido por pensamientos oscuros, Walker permaneció despierto casi todo el tiempo, aunque nunca estaba seguro de dónde se hallaba o de qué le sucedía; solo era consciente del balanceo del caballo y de las constantes palabras de ánimo de Cogline, que no dejaba de decirle que todo saldría bien.

Estaba seguro de que mentía.

La aldea de Storlock estaba silenciosa, fría y seca a la sombra de unos árboles que ofrecían refugio contra el calor y el polvo de las llanuras. Varias manos se acercaron para separar a Walker de la silla, del olor a sudor y del balanceo del caballo, de la sensación de que en cualquier momento tendría que entregarse a la muerte que esperaba pacientemente su oportunidad para llevárselo con ella. No sabía por qué seguía con vida. No encontraba ninguna explicación para no haber muerto aún. Varias figuras envueltas en túnicas blancas se congregaron a su alrededor, dándole ánimos y tranquilizándolo: los stors, los gnomos sanadores de la aldea por todos conocida. Aquel era el centro de salud más avanzado de las Cuatro Tierras. Wil Ohmsford había estudiado con ellos y se había convertido en sanador, el único habitante de la Tierra del Sur que lo había conseguido. Habían curado a Shea Ohmsford en aquel centro de sanación tras el ataque que había sufrido en las montañas Wolfsktaag. Par también había sido trasladado a la aldea de los stors cuando los hombres bestia lo infectaron con su veneno en el Páramo Viejo. Lo había llevado el mismo Walker. Y ahora le tocaba el turno a él, aunque no creía que la ciencia de los stors pudiera salvarlo.

Le acercaron una copa a los labios, y un extraño líquido le bajó por la garganta. Casi al instante, el dolor disminuyó y Walker se sintió dominado por un profundo sopor. Dormir le haría bien, se dijo a sí mismo. Sería un alivio. Lo trasladaron al edificio principal, y lo acostaron en una de las habitaciones traseras, desde donde se podía ver el bosque, una muralla de troncos oscuros y protectores, a través del tejido de la cortina. Lo desnudaron, lo cubrieron con mantas, le dieron un líquido caliente y amargo, y lo dejaron a solas para que durmiera.

Casi al instante se sumió en un profundo sueño.

La fiebre desapareció y el cansancio remitió mientras dormía. El dolor persistía, pero era un dolor sordo, lejano: ya no formaba parte de él. Se sumergió en el calor y la comodidad de la cama, y ni siquiera las pesadillas pudieron atravesar el escudo

protector del sueño. No tuvo visiones que lo perturbaran, ni pensamientos tenebrosos que lo obligaran a despertar. Allanon y Cogline quedaron relegados al olvido. La angustia por haber perdido el brazo, la lucha para liberarse del Áspid y huir de la Sala de los Reyes, la aterradora sensación de haber perdido el control de su propio destino... todo ello quedó relegado al olvido. Se sentía en paz consigo mismo.

No supo cuánto tiempo había dormido, porque no era consciente del paso del tiempo, del desplazamiento del sol en el cielo, ni del cambio de la noche al día y del día a la noche. Cuando empezó a tomar conciencia de la realidad, deslizándose desde la oscuridad del mundo de semiinconsciencia en el que descansaba, surgieron de manera inesperada ciertos recuerdos de su adolescencia, pequeños fragmentos de su vida, de los días en los que estaba aprendiendo a manejar la frustración y maravillándose por el descubrimiento de quién y qué era.

Los recuerdos eran claros y precisos.

Todavía era un niño cuando descubrió que poseía el don de la magia. Entonces no le dio ese nombre; mejor dicho, no le dio ninguno. Creía que ese poder era patrimonio de todos, que él era igual que los demás. Vivía con su padre, Kenner, y su madre, Risse, en la Chimenea Rocosa, en la Cuenca Oscura, y allí no había más niños con los que pudiera compararse. Eso llegaría más tarde. Su madre fue la primera persona que le dijo que hacía cosas que estaban por encima de lo que se consideraba normal, y que eso lo hacía diferente de los demás niños. Todavía veía en su mente la expresión de su rostro mientras intentaba explicárselo, la tensión en sus delicadas facciones, la piel blanca que contrastaba vivamente con el negro azabache de su pelo, siempre trenzado y adornado con flores. Todavía podía oír su voz baja y apremiante. Risse. Quería mucho a su madre. Ella no poseía el don de la magia; era una Boh, y la magia procedía de la familia de su padre, de los Ohmsford. Ella se lo había dicho, sentada frente a él en un brillante día de otoño, cuando el olor de las hojas muertas y la madera quemada llenaba el aire, sonriendo y tranquilizándolo mientras hablaba, intentando sin éxito ocultarle la inquietud que sentía.

Esa era una de las habilidades que le proporcionaba la magia: la percepción de lo que sentían los demás. No lo conseguía con todos, pero sí con su madre; casi siempre.

—Walker, la magia hace que seas especial —le dijo—. Es un don que debes cuidar y apreciar. Sé que algún día harás algo maravilloso con ella.

Su madre murió un año después, víctima de unas fiebres que ni siquiera sus fabulosas dotes de sanadora pudieron curar.

Desde entonces Walker vivió con su padre, y lo que su madre había considerado un don se desarrolló con gran rapidez. La magia aumentaba notablemente sus capacidades, le proporcionaba perspicacia. Descubrió que, con frecuencia, podía sentir cosas que las personas se negaban a expresar: cambios de humor y carácter, emociones que creían mantener en secreto, opiniones e ideas, necesidades y esperanzas, incluso las motivaciones que las impulsaban a actuar. Siempre había visitantes en la Chimenea Rocosa; viajeros de paso, comerciantes, buhoneros,

leñadores, cazadores, tramperos, incluso buscadores, y Walker sabía todo lo referente a ellos sin necesidad de que le explicaran nada. A algunos se lo decía. Era un juego que le encantaba. Pero hubo quienes se asustaron, y su padre le prohibió volver a hacerlo. Walker obedeció la orden sin rechistar. Para entonces ya había descubierto una habilidad nueva y mucho más interesante. Podía comunicarse con los animales del bosque, con los pájaros y los peces, e incluso con las plantas. Podía captar sus pensamientos y sentimientos de la misma forma que lo hacía con los humanos, aunque fueran más rudimentarios y limitados. Desaparecía durante horas para hacer excursiones en las que poner a prueba su magia, para vivir aventuras imaginarias, para conocer su entorno y sus habilidades. Pronto se definió a sí mismo como un explorador de la vida.

A medida que pasaba el tiempo, pudieron comprobar que el don especial de Walker también se aplicaba al estudio. Empezó a leer los libros de su padre casi tan pronto como aprendió que las letras del alfabeto formaban palabras sobre las ajadas páginas. Dominaba las matemáticas sin ningún esfuerzo. Comprendía las ciencias de una manera intuitiva. Pocas veces era necesario explicarle nada. Parecía comprender por sí mismo cómo funcionaban las cosas. La historia se convirtió en su verdadera pasión; tenía una capacidad prodigiosa para recordar acontecimientos, lugares, fechas y nombres. Empezó a tomar sus propias notas, a escribir todo lo que descubría, a compilar enseñanzas que algún día transmitiría a otros.

Cuanto más se desarrollaba, más parecía cambiar la actitud de su padre hacia él. Al principio hizo caso omiso de sus recelos, convencido de que serían imaginaciones suyas. Pero la sensación persistió. Por fin, se decidió a preguntárselo a su padre, y Kenner (un hombre alto y delgado, de movimientos rápidos y ojos grandes e inteligentes) admitió que era verdad. Kenner no poseía el don de la magia. Había advertido algunos pequeños indicios de tenerla cuando era joven, pero desaparecieron poco después de que entrara en la pubertad. Lo mismo le había sucedido a su padre y al padre de su padre, lo mismo que a todos los Ohmsford que conocía hasta remontarse a Brin. Pero ese no parecía ser el caso de Walker. Su magia se fortalecía a medida que pasaban los días. Kenner le dijo que tenía miedo de que tales habilidades lo dominaran, de que se desarrollaran hasta tal punto que no pudiera prever ni controlar sus efectos. Pero también le dijo, como antes le había dicho Risse, que no debía reprimirlas, que la magia era un don que siempre tenía una razón de ser.

Poco después le contó la historia de la magia de los Ohmsford, de Allanon y de Brin, y del misterioso legado que le había dejado a la joven del valle cuando el druida estaba agonizando. Walker tenía doce años cuando escuchó el relato por primera vez. Quiso saber en qué consistía aquel legado, pero su padre no fue capaz de aclarárselo. Solo pudo contarle la historia de su paso a través del linaje Ohmsford.

—Se manifiesta en ti, Walker. Tú se lo transmitirás a tus hijos, y estos a los suyos, hasta el día en que sea necesario. Ese es el legado de nuestra familia.

—Pero ¿para qué queremos un legado si no tiene una finalidad clara? —preguntó

Walker.

—Siempre hay una finalidad para la magia, aunque nosotros no seamos capaces de comprenderla —respondió Kenner.

Apenas un año después, cuando Walker se disponía a entrar en la pubertad y dejar atrás la niñez, la magia le reveló su faceta tenebrosa. Descubrió que podía ser destructiva. A veces, sobre todo cuando estaba furioso, sus emociones se transformaban en energía. Entonces podía hacer que las cosas se movieran, y romperlas sin tocarlas. A veces convocaba un fuego extraño. No eran llamas normales; no ardían como el fuego natural y tenían un color distinto, un extraño tono cobalto. Ese fuego no obedecía sus órdenes, sino que actuaba a su libre albedrío. Necesitó varias semanas para aprender a controlarlo. Intentó ocultárselo a su padre, pero este lo descubrió, como solía pasar con todo lo referente a él. Aunque apenas dijo nada al respecto, Walker sintió que la distancia entre ellos se hacía insalvable.

Algún tiempo después, su padre tomó la decisión de abandonar la Chimenea Rocosa. La salud de Kenner Ohmsford se había ido deteriorando en los últimos años, y su cuerpo, que antes era fuerte, se había visto debilitado por una grave enfermedad. Tras cerrar la casa que había sido el hogar de Walker desde el día en que nació, lo llevó a Valle Sombrío, a vivir con otra familia de Ohmsford, la de Jaralan, Mirianna y sus hijos Par y Coll.

Para Walker Boh, el cambio de hogar fue lo peor que le había sucedido en su corta vida. Valle Sombrío, aunque era poco más que una pequeña aldea, le parecía agobiante comparado con la Chimenea Rocosa. Allí, la libertad no tenía límites; en el valle, sin embargo, había unas fronteras que no podía traspasar. No estaba acostumbrado a vivir rodeado de tanta gente y no conseguía acostumbrarse a su presencia. Tuvo que ir a la escuela, pero no había nada que le pudieran enseñar. Su maestro y sus compañeros desconfiaban de él y no lo comprendían. Era un extranjero, se comportaba de forma diferente, sabía demasiado, y pronto decidieron que no querían tener nada que ver con él. Su magia se había convertido en una trampa que lo aislaba del mundo. Se manifestaba en todo lo que hacía, y cuando se dio cuenta de que debería haberla ocultado, ya era demasiado tarde. Permitted que lo golpearan en numerosas ocasiones porque se negaba a defenderse. Le aterraba pensar lo que podría suceder si liberaba el fuego.

Antes de que se cumpliera un año desde que se fueran a vivir a Valle Sombrío murió su padre, y Walker deseó haber muerto con él.

Continuó viviendo con Jaralan y Mirianna Ohmsford, que eran muy buenos con él y comprendían las dificultades que tenía, porque su propio hijo, Par, empezaba a mostrar signos evidentes de que también poseía el don de la magia. Par era descendiente de Jair Ohmsford, el hermano de Brin. Ambas ramas de la familia habían transmitido la magia de sus antepasados desde la muerte de Allanon, por lo que nadie se sorprendió al descubrirlo. La magia de Par era menos imprevisible y complicada, y se manifestaba sobre todo en la habilidad del niño para crear imágenes



vívidas con la voz. Todavía era pequeño, solo cinco o seis años, y apenas comprendía lo que le estaba sucediendo. Coll aún no era lo bastante fuerte para proteger a su hermano, así que Walker terminó erigiéndose como protector del niño. Le parecía natural. Después de todo, solo él comprendía lo que experimentaba Par.

Su relación lo cambió todo. Tuvo algo en lo que centrarse, un objetivo que iba más allá de preocuparse por sobrevivir. Le ayudó a acostumbrarse a la presencia de la magia en su cuerpo. Le dio consejos sobre cómo utilizarla, le advirtió sobre las precauciones que debía adoptar y sobre las protecciones que debía aprender a usar. Puso todo su empeño en enseñarle cómo controlar el miedo y la repulsa de quienes preferían no comprender. Se convirtió en el mentor de Par.

La gente de Valle Sombrío empezó a llamarle «Tío Oscuro». Fueron los niños los primeros en darle este apodo. Realmente no era tío de Par. No era tío de nadie. Pero no tenía un parentesco definido a los ojos de los aldeanos; nadie sabía a ciencia cierta el vínculo que lo unía con Jaralan y Mirianna, así que podían aplicarle el que fuera. El apodo «Tío Oscuro» le venía como anillo al dedo. Walker era alto, de piel pálida y pelo negro como su madre, en apariencia inmune al efecto bronceador del sol, así que ofrecía un aspecto fantasmal. Los niños de Valle Sombrío lo consideraban una criatura nocturna que evitaba la luz del día, y su relación con Par les parecía misteriosa. Así se convirtió en el «Tío Oscuro», consejero de magia; el extraño, sombrío y silencioso joven cuyas percepciones y habilidades lo alejaban del resto del mundo.

Sin embargo, a pesar del apodo, la actitud de Walker mejoró. Fue aprendiendo a enfrentarse al recelo y la suspicacia. Ya no lo atacaban. Descubrió que podía repeler a aquellos que querían hacerle daño con una simple mirada o un ademán, y que podía utilizar la magia para protegerse. Explotó su capacidad para proyectar desconfianza y sospecha en los demás, y los que pretendían agredirlo cambiaban rápidamente de idea y decidían dejarlo en paz. Incluso consiguió poner fin a peleas ajenas. Por desgracia, todo eso contribuía a aislarlo aún más. Los adultos y los jóvenes se alejaron de él; solo los niños pequeños se mostraban amistosos, aunque con cierta cautela.

Walker nunca fue feliz en Valle Sombrío. La sospecha y el miedo siguieron estando presentes en su día a día, ocultos bajo las sonrisas forzadas, los saludos convencionales y las fórmulas de cortesía habituales de los aldeanos, que le permitían vivir entre ellos, pero sin acabar de aceptarlo. Walker sabía que la verdadera causa de sus problemas, la única causa, en realidad, era la magia. Para sus padres era un don, pero él no podía ni podría verla nunca como algo bueno, porque estaba seguro de que era una maldición que lo acompañaría hasta la tumba.

Cuando llegó a la edad adulta, decidió regresar a la Chimenea Rocosa, el hogar que recordaba con tanto cariño, lejos de la gente de Valle Sombrío, de sus celos y suspicacias, del desprecio de los aldeanos. Par se había adaptado tan bien a la magia que ya no tenía que preocuparse por él. Había nacido en Valle Sombrío, y eso hacía que sus convecinos lo aceptaran de buen grado. Además, su actitud hacia el uso de la

magia era muy distinta a la de Walker. Par no dudaba nunca; quería enterarse de todo lo que la magia podía hacer. Le traía sin cuidado lo que pudieran pensar los demás. Al contrario que Walker, podía ignorar los comentarios maliciosos. Los dos se habían ido separando a medida que crecían. Walker sabía que era inevitable. Había llegado el momento de irse. Jaralan y Mirianna le pidieron que se quedara, aunque comprendían los motivos por los que quería marcharse.

Siete años después de su llegada, Walker Boh se marchó de Valle Sombrío. Había adoptado el apellido de su madre y renunciado al de su padre, Ohmsford, porque lo vinculaba demasiado al legado de la magia que ahora despreciaba. Regresó a la Cuenca Oscura, a la Chimenea Rocosa, sintiéndose como un animal enjaulado que se liberaba al fin. Cortó los lazos que lo unían a la vida que ahora dejaba detrás. Tomó la decisión de no volver a utilizar la magia y se prometió a sí mismo que se mantendría alejado del mundo de los hombres.

Durante casi un año hizo lo que se había propuesto; pero entonces apareció Cogline y todo cambió de forma radical.

Salió de la duermevela súbitamente y al fin despertó, y sus recuerdos se desvanecieron por completo. Se estremeció en el calor de la cama y parpadeó. Durante un momento no supo dónde estaba. La luz diurna inundaba la habitación en la que yacía, a pesar de la sombría presencia de los árboles al otro lado de la ventana. El dormitorio era pequeño, estaba muy limpio y todo el mobiliario se reducía a una silla y una mesita colocadas junto a la cama. También había un jarrón con flores, una palangana llena de agua y algunas ropas dobladas a los pies de la cama. La única puerta de la habitación estaba cerrada.

Storlock. Allí era donde se encontraba, allí era donde lo había llevado Cogline. Entonces recordó lo que le había sucedido.

Sacó con cuidado su maltrecho brazo de debajo de las mantas. Sentía un dolor sordo, pero sobre todo la pesadez de la piedra, y seguía sin recuperar la sensibilidad. Se mordió los labios, lleno de ira y frustración. Había disminuido notablemente la intensidad del dolor, pero todo lo demás seguía igual. La punta de piedra del brazo continuaba allí y las vetas grises del veneno también seguían presentes.

Tapó el brazo para no verlo. Los stors no habían encontrado un remedio eficaz. Fuera cual fuese la naturaleza del veneno que le había inoculado el Áspid, los stors no habían conseguido controlarlo. Y si ellos, que eran los mejores sanadores de las Cuatro Tierras, no podían...

Se negó a terminar la frase, aunque fuera solo en su cabeza. La rechazó, cerró los ojos e intentó volver a dormir, pero no lo consiguió. Todo lo que podía ver era su brazo quebrándose al recibir el fuerte impacto del hacha de piedra.

La desesperación se apoderó de él, y rompió a llorar.

Pasó una hora antes de que la puerta se abriera. Cogline entró en la habitación, y logró que el opresivo silencio fuera aún más incómodo.

—Walker —dijo en voz baja.

—No pueden salvarme, ¿verdad? —preguntó Walker bruscamente, dejando que la desesperación se impusiera a todo lo demás.

—Estás vivo, ¿no? —repuso el anciano, que parecía una estatua colocada junto a la cama.

—No esquives la pregunta con juegos de palabras. No sé qué remedio han usado los stors, pero no me ha librado del veneno. Puedo sentirlo. Tal vez esté vivo, pero solo por el momento. Dime que me equivoco.

—No te equivocas —respondió Cogleine tras permanecer un momento en silencio—. El veneno todavía está dentro de ti. Ni siquiera los stors cuentan con los medios adecuados para extraerlo o impedir que siga extendiéndose. Sin embargo, han conseguido ralentizar el proceso, mitigar el dolor, y te han dado algo de tiempo. Eso es más de lo que cabría esperar, teniendo en cuenta la naturaleza y la gravedad de la herida. ¿Cómo te sientes?

—Como si estuviera muriéndome, pero muy cómodo —respondió Walker, con un deje de amargura en la voz.

Se miraron sin hablar durante un rato. Después, Cogleine acercó la silla y se sentó. El anciano era un manojito de huesos viejos y articulaciones doloridas cubiertas por una arrugada piel marrón.

—Cuéntame lo que te sucedió, Walker —dijo Cogleine.

Walker le contó que había descubierto la existencia la piedra élfica negra con la lectura del viejo volumen de la *Historia de los druidas* que él mismo le había entregado, y que había decidido ir al encuentro del Oráculo del Lago para pedirle consejo, escuchar sus enigmas y contemplar sus visiones; que había llegado a la conclusión de que debía ir a la Sala de los Reyes, donde encontró el compartimento secreto señalado con runas en el suelo de la tumba y recibió el mordisco y el veneno del Áspid que habían dejado allí para que acabara con su vida.

—Al menos, para que acabara con la vida de alguien. Tal vez la de cualquiera —puntualizó Cogleine.

—Cogleine, ¿qué sabes tú de eso? —le preguntó Walker, dirigiéndole una mirada cortante, con la furia y la desconfianza reflejadas en sus ojos oscuros—. ¿Te dedicas ahora a los mismos juegos que los druidas? ¿Qué hay de Allanon? ¿Sabía...?

—Allanon no sabía nada —lo interrumpió Cogleine, rechazando la acusación antes de que acabara de formularla. Los cansados ojos del anciano chispearon bajo su ceño fruncido—. Tomaste la decisión de resolver los acertijos del Oráculo del Lago por tu cuenta y riesgo, sin ayuda de nadie, lo cual fue, qué duda cabe, muy arriesgado. Te he advertido en innumerables ocasiones que el Oráculo encontraría la forma de acabar contigo. ¿Cómo podría saber Allanon por lo que estabas pasando? Esperas demasiado de un hombre que murió hace trescientos años, y, aunque todavía siguiese con vida, su magia nunca podría traspasar la que rodea la Sala de los Reyes. Cuando entraste, él perdió tu rastro, igual que lo perdí yo. Hasta que no saliste y te desplomaste a orillas del Cuerno del Hades no supo lo que había sucedido, ni pudo enviarme en tu ayuda.

Acudí lo más rápido que pude, y aun así tardé tres días en llegar.

Levantó una mano y movió un dedo, tan delgado como un palillo.

—¿No se te ha ocurrido pensar que tiene que haber una razón para que aún no estés muerto? Esa razón es que Allanon ha encontrado la manera de mantenerte con vida; primero, hasta que yo llegara, y después, hasta que los stors pudieran encontrarte un tratamiento. Te recomiendo que la próxima vez te lo pienses dos veces antes de hacer acusaciones tan a la ligera.

El anciano clavó sus ojos en Walker, y este le aguantó la furiosa mirada. Fue el primero en ceder, ya que estaba demasiado enfermo para pelear con el anciano.

—En estos momentos me cuesta bastante trabajo confiar en nadie —dijo Walker con resignación.

—Te cuesta confiar en quien sea en el momento que sea —replicó Cogle, sin dulcificar lo más mínimo su expresión—. Hace mucho tiempo que te cubriste el corazón con una capa de hierro. Dejaste de creer en todo. Sin embargo, yo aún tengo muy buenos recuerdos de los días en que no era así.

Se calló, y la habitación permaneció en silencio. Walker pensó en la época a la que se refería el anciano, cuando lo visitó por primera vez y se ofreció a enseñarle las diversas formas de utilizar la magia. Cogle tenía razón. En aquellos días Walker no estaba tan amargado; al contrario, su corazón estaba henchido de esperanza.

—Tal vez pueda utilizar mi propia magia para sacarme el veneno del cuerpo —dijo Walker en voz baja, casi echándose a reír. Había pasado mucho tiempo desde entonces—. Cuando regrese a la Chimenea Rocosa, cuando haya recuperado fuerzas. Brin Ohmsford tenía ese poder.

Cogle bajó la mirada en actitud pensativa. Sus manos nudosas se agarraron a los pliegues de la ropa, como si estuviera intentando tomar una decisión.

—¿Qué sabes de los otros? ¿De Par, Coll y Wren? —preguntó Walker tras un momento de silencio.

—Par ha ido en busca de la espada, acompañado por el joven Coll —respondió Cogle sin levantar la mirada—. La muchacha nómada busca a los elfos. Los dos han aceptado la misión que les encomendó Allanon. ¿Y tú, Walker? —le preguntó, levantando los ojos.

Walker lo miró, considerando la pregunta a la vez absurda y problemática, atrapado entre la incredulidad y la inseguridad. Antes habría respondido sin la menor vacilación. Pensó de nuevo en el encargo de Allanon: recuperar el desaparecido Paranor y hacer que los druidas regresen a las Cuatro Tierras. Una misión imposible y ridícula, o así le había parecido en el momento en que le fue encomendada. Un juego absurdo. Él no participaría en semejante estupidez, les había dicho a Par, Coll, Wren y todos los demás miembros del pequeño grupo que habían acudido al valle de Esquisto. Despreciaba a los druidas por haber manipulado a su antojo a los Ohmsford desde siempre. Él no se convertiría en su marioneta. Se había mostrado tan osado, tan seguro de sí mismo. Hasta había afirmado que preferiría cortarse la mano antes que

presenciar el regreso de los druidas.

Al parecer, ese era exactamente el precio que debía pagar: su mano.

Sin embargo, ¿esa pérdida suponía que ya no había posibilidades de recuperar Paranor y propiciar el regreso de los druidas? ¿Qué iba a hacer ahora?

Era consciente de que Cogline lo estaba observando y esperaba con impaciencia su respuesta. Walker Boh mantuvo los ojos fijos en el anciano, pero sin verlo. De repente pensó en la *Historia de los druidas* y en lo que contaba sobre la piedra élfica negra. Si no hubiera ido a buscarla, no habría perdido el brazo. ¿Por qué lo había hecho? Se había dejado llevar por la curiosidad. Pero esa era una explicación demasiado simple, demasiado fácil. En cualquier caso, ¿no probaba eso que, a pesar de sus tajantes negativas, había aceptado la misión que le había encomendado Allanon?

Porque, si no, ¿qué estaba haciendo?

—Dime una cosa, Cogline —preguntó Walker, centrando su atención otra vez en el anciano—. ¿De dónde sacaste el libro de la *Historia de los druidas*? ¿Cómo lo encontraste? Me dijiste que lo habías encontrado en Paranor, pero eso es completamente imposible.

—¿Por qué, Walker? —preguntó a su vez Cogline, esbozando una sonrisa irónica.

—Porque Allanon hizo que Paranor se desvaneciera del mundo de los hombres hace trescientos años. Ya no existe.

—¿No existe? —inquirió Cogline. Las arrugas de su rostro se acentuaron—. ¡Oh, claro que existe, Walker! Estás muy equivocado. Cualquiera que cuente con la magia adecuada puede llegar a Paranor. Incluso tú.

Walker se mostró inseguro de repente.

—Allanon hizo que Paranor desapareciera del mundo de los hombres, pero todavía existe —dijo Cogline con voz suave—. Solo se necesita la magia de la piedra élfica negra para recuperarlo. Hasta ese momento estará perdido, separado de las Cuatro Tierras. Pero quienes tengan los medios necesarios y el coraje suficiente pueden entrar en Paranor. Se necesita valor, Walker. ¿Te digo por qué? ¿Te gustaría escuchar la historia de mi viaje a Paranor?

Walker volvió a dudar, preguntándose si quería o no saber más de los druidas y de su magia.

—Sí —respondió tras un breve instante de reflexión, con un gesto de asentimiento.

—Pero vas a desconfiar de lo que te cuente, ¿verdad?

—Así es.

—No importa. Es preferible que juzgues por ti mismo —dijo el anciano, inclinándose hacia delante.

Hizo una breve pausa para ordenar sus pensamientos. La luz del día lo iluminaba: marcaba las arrugas y los recovecos de su delgada figura, señales de su avanzada edad; revelaba cuán escaso era el pelo de la cabeza y la barba; les daba a sus manos

una apariencia trémula mientras las entrelazaba.

—Fue después de vuestra reunión con Allanon. Él presentía, y yo también, que renegarías de la misión que te había encomendado, que rechazarías tu papel sin considerar las posibilidades de éxito. Tu actitud es muy distinta de la de los otros dos: pones en duda todo lo que se te dice. Fuiste al encuentro del espíritu de Allanon dispuesto a rechazar cualquier cosa que te propusiera.

»No, Walker. No me discutas —prosiguió Cogle, haciendo un gesto negativo y levantando las manos para impedir la inminente protesta de Walker—. Te conozco mejor que tú mismo. Ahora, escúchame. Me dirigí al norte a instancias de Allanon, fingí que desaparecía para que pudierais discutir libremente entre vosotros qué hacer a continuación. Pero tú ya habías tomado una decisión irrevocable. No aceptarías lo que se te había pedido, y me propuse hacerte cambiar de opinión. Mira, Walker, yo creo en los sueños; a diferencia de ti, yo veo en ellos la verdad. Puedes estar seguro de que no sería mensajero de Allanon si no fuera necesario. Mis tiempos de druida hace mucho que llegaron a su fin, y no pretendo volver a ser lo que un día fui. Pero no queda nadie más y, por tanto, haré lo que crea necesario. Y es necesario que te convenza para comprometerte con esta misión.

Se estremeció ante la dureza de sus propias palabras, mientras dirigía a Walker una mirada que encerraba verdades de las que no podía hablar.

—Como te decía —prosiguió el anciano—, me dirigí al norte. Salí del valle de Esquisto y crucé los Dientes del Dragón, hasta llegar al valle de la Fortaleza de los Druidas. De Paranor solo quedan unas pocas paredes ruinosas sobre un montículo yermo. El bosque todavía rodea el lugar donde una vez se levantó la Fortaleza, pero en la tierra no crece nada, ni una miserable brizna de hierba. La muralla de espinos que antaño protegía Paranor ha desaparecido. Todo ha desaparecido... como si una mano gigantesca lo hubiera arrancado de cuajo.

»Permanecí allí, a la hora del crepúsculo, mirando el vacío, contemplando lo que antaño había sido Paranor. Podía sentir la presencia de la Fortaleza: casi podía verla surgir de las sombras, la silueta definida de sus torres y parapetos de piedra recortada contra el cielo nocturno. Esperé, porque Allanon sabía lo que tenía que hacer y me lo haría saber en el momento oportuno.

Los cansados ojos del anciano miraban al infinito.

—Cuando me venció el cansancio, me eché a dormir y Allanon me visitó en sueños, como ahora hace con todos nosotros. Me dijo que Paranor estaba todavía allí, transportado por la magia a un espacio y tiempo diferentes, pero que seguía estando allí. Me pidió que entrara, que cogiera el volumen de la *Historia de los druidas* donde se describía la forma de devolver Paranor a las Cuatro Tierras, y que te lo entregara a ti. —Dudó un momento, dando la impresión de que iba a revelar algo más, pero cambió de idea—. Y accedí.

»Entonces, él me tocó la mano. Me sacó el espíritu del cuerpo, me envolvió en su magia, me convertí en algo distinto al hombre que soy, pero no sé en qué, y me dijo

lo que debía hacer. En ese momento me acerqué al lugar donde en otros tiempos se levantaban las murallas de la Fortaleza, cerré los ojos para que no me engañara la vista y palpé en mundos que existen más allá del nuestro, en busca de la forma de lo que antes fue. Descubrí que podía hacerlo. Imagina mi sorpresa cuando las murallas de Paranor se materializaron de repente bajo mis dedos. Me arriesgué a dirigirles una rápida mirada, pero no había nada que ver, y tuve que empezar de nuevo. Ni siquiera como espíritu podía penetrar en la magia si incumplía sus reglas. Mantuve los ojos cerrados, volví a palpar los muros, descubrí la trampilla oculta en la base de la Fortaleza, tiré del pestillo que la abría y entré.

La boca de Cogleine dibujó una mueca a causa de la tensión.

—Entonces se me permitió abrir los ojos y mirar lo que me rodeaba. Walker, era el Paranor de la antigüedad, un gran castillo con torres que se alzaban hasta tocar las nubes y murallas que se extendían hasta el infinito. Me pareció inmenso mientras subía las escaleras y atravesaba los salones; me sentí como una rata en un laberinto. La Fortaleza estaba impregnada del olor y el sabor de la muerte. El aire tenía un extraño tono verdoso que lo cubría todo. Si hubiera intentado entrar con mi cuerpo de carne y hueso habría muerto al instante. Podía sentir que la magia seguía activa, surcando los pasillos de piedra en busca de cualquier signo de vida. Los hornos que antes se alimentaban del fuego que arde en el corazón de la tierra estaban inactivos, y Paranor, frío y muerto. Al llegar a las estancias más altas, encontré pilas de huesos, grotescos y deformes. Eran los restos de los mordíferos y los gnomos que Allanon dejó allí atrapados cuando recurrió a la magia para destruir Paranor. En la Fortaleza de los Druidas no había ningún ser vivo, excepto yo.

Guardó silencio durante un momento, como si tuviera que hacer un esfuerzo para recordar.

—Busqué la cripta que guardaba la Historia de los druidas. Presentía dónde estaba, en parte por los recuerdos que conservaba de mis días de estudio en Paranor, y en parte por la magia de Allanon. Busqué la biblioteca a través de la cual se accedía a la cripta, y al hacerlo advertí que tocaba las cosas como si todavía fuera una criatura con un cuerpo material, y no solo un espíritu. Toqué con los dedos los polvorientos y desgastados bordes de los estantes hasta que encontré los cerrojos de las puertas. Se descorrieron, y la magia me abrió paso. Entré, encontré la Historia de los druidas, y cogí el volumen que me había indicado Allanon.

Los ojos de Cogleine recorrieron la habitación iluminada por el sol, buscando algo que para Walker era invisible.

—Después me marché. Volví por donde había venido, un fantasma del pasado igual que aquellos cadáveres que seguían allí, y sentí la gelidez de su muerte y la inmediatez de la mía propia. Bajé las escaleras y seguí los corredores, en una duermevela que me permitía sentir y ver el horror de lo que ahora campa a sus anchas en la Fortaleza de los Druidas. ¡Cuánto poder, Walker! La magia que convocó Allanon era aterradora incluso después de tanto tiempo. Eché a correr... no con los

pies, por supuesto, sino con la mente. ¡Estaba aterrorizado!

Un estremecimiento recorrió todo el cuerpo del anciano.

—Hui. Cuando desperté, el libro que había ido a buscar estaba a mi lado, y ese fue el libro que te entregué.

Guardó silencio, esperando pacientemente a que Walker asimilara su historia.

—¿Es eso posible? ¿Se puede entrar en Paranor, aunque ya no exista en las Cuatro Tierras?

—Los hombres corrientes no pueden hacerlo —respondió Cogleine, negando con la cabeza y frunciendo el entrecejo—. Pero quizá tú puedas, con la ayuda de la magia de la piedra élfica negra.

—Quizá —admitió Walker, distraído—. ¿Qué magia posee la piedra?

—Sé tanto de ella como tú —respondió Cogleine en voz baja.

—¿Ni siquiera sabes dónde podría estar ahora mismo, o quién podría tenerla?

—Nada —contestó Cogleine, negando con la cabeza.

—Nada —repitió Walker. Su voz estaba impregnada de amargura. Cerró los ojos un instante para enfrentarse a sus sentimientos. Cuando los abrió, su mirada reflejaba resignación—. Así es como veo yo las cosas: tú esperas que acepte la misión de Allanon, es decir, que recupere el desaparecido Paranor y propicie de esa manera que los druidas vuelvan a las Cuatro Tierras. Sin embargo, solo podré conseguirlo si tengo en mi poder la piedra élfica negra, y ni tú ni yo sabemos dónde está ni quién la tiene. Por otra parte, estoy infectado con el veneno del Áspid, y me voy petrificando lentamente. ¡Me estoy muriendo! Aunque pudieras convencerme... —Su voz se quebró y negó con la cabeza—. ¿Es que no te das cuenta, Cogleine? ¡No me queda tiempo para una tarea como esta!

—¿Y si sí te quedara tiempo? —inquirió el anciano, encogido bajo la ropa, con los ojos clavados en la ventana.

—No lo sé, Cogleine —respondió Walker, con voz cansada y una risa hueca.

—Sí lo sabes —dijo el anciano después de mirar a Walker durante largo rato, con las manos cruzadas sobre el pecho—. Sigues negándote a aceptar que es necesario. Reconoces la verdad en el fondo de tu corazón, pero la rechazas en tu mente. ¿Por qué?

Walker se limitó a mirarlo.

—No tengo nada más que añadir —dijo el anciano, con un gesto de impotencia—. Descansa, Walker. Dentro de un par de días podrás marcharte. Los stors han hecho todo lo que estaba en sus manos. Tu curación, si se produce, se dará por otras causas. Te llevaré a la Chimenea Rocosa.

—Me curaré —dijo Walker en voz baja. Su voz traslucía ansiedad, ira y decisión.

Cogleine no respondió. Se arregló la ropa y salió de la habitación. La puerta se cerró tras él con suavidad.

—Lo haré —juró Walker Boh.



Tras separarse de Padishar Cesta y los supervivientes del Movimiento para tomar el camino hacia el sur, Morgan Leah tardó casi tres días en recorrer la distancia que separaba los yermos parajes de los Dientes del Dragón y la ciudad de Culhaven, habitada por los enanos y rodeada de terrenos boscosos. El primer día, las tormentas barrieron las montañas, empapando las lomas pedregosas y tornándolas resbaladizas, bajo un cielo cubierto de nubes grises y una densa niebla a ras de suelo. El segundo día, las tormentas se alejaron, los rayos del sol consiguieron romper las nubes y la tierra se secó. El tercer día llegó acompañado del verano y de un aire cálido, impregnado de la fragancia de las flores y la hierba. El paisaje adquirió colores vivos bajo un cielo despejado, y los sonidos lentos y perezosos de las criaturas salvajes emergieron de los escondrijos que les daban refugio.

El estado de ánimo de Morgan mejoró con el cambio. En el momento de iniciar el viaje estaba descorazonado. Steff había muerto, asesinado en los túneles del Saliente, y el montañés se sentía abrumado por una culpabilidad injusta pero persistente; pensaba que podría haber hecho algo para impedirlo. El qué, no lo sabía. Había sido Teel quien había asesinado a Steff, y también había estado a punto de acabar con él mismo. Ni Steff ni él supieron hasta el final que Teel era un ser distinto del que aparentaba, que no era la muchacha de quien el enano se había enamorado, sino un umbrío que los había acompañado en su viaje a las montañas con el único propósito de destruirlos. Morgan había sospechado de ella en varias ocasiones, pero no pudo conseguir pruebas de que sus sospechas eran fundadas hasta el momento en que ella misma se descubrió, y entonces ya era demasiado tarde. Sus amigos del valle, Par y Coll Ohmsford, habían desaparecido después de huir de los horrores del Pozo de Tyrsis y no los había vuelto a ver. El Saliente, la fortaleza de los miembros del Movimiento, había caído en manos de los ejércitos de la Federación, y Padishar Cesta y los proscritos habían huido hacia el norte a través de las montañas. La espada de Shannara, el principal objetivo de su búsqueda, continuaba en paradero desconocido. Las semanas que habían dedicado a buscar el talismán, a intentar resolver el enigma de su escondite, a luchar una y otra vez contra monstruos, a huir de la Federación y de los umbríos que los hostigaban, las semanas de frustración y miedo: todo había sido en vano.

Pero Morgan Leah era fuerte y, tras un par de días de tristeza y lamentos, logró sobreponerse. Después de todo, ahora era un veterano en la lucha contra los opresores de su pueblo. Antes se había conformado con ser una pequeña molestia para el puñado de agentes de la Federación que gobernaban las Tierras Altas, pero nunca había hecho nada que afectara a los acontecimientos importantes de las Cuatro

Tierras. Los riesgos que había corrido habían sido insignificantes, como insignificantes habían sido también los resultados de sus acciones. Pero todo eso había cambiado. En las últimas semanas había viajado al Cuerno del Hades para reunirse con el espíritu de Allanon, había participado en la búsqueda de la espada de Shannara, había combatido contra los umbríos y la Federación, y había salvado las vidas de Padishar Cesta y sus hombres al avisarlos sobre las aviesas intenciones de Teel, antes de que esta pudiera traicionarlos por última vez y de forma definitiva. Sabía que por fin había hecho algo que tenía valor y significado.

Y estaba a punto de hacer más.

Había prometido a Steff que cumpliría su último deseo. Mientras su amigo agonizaba, él le había jurado que iría a Culhaven, al orfanato donde Steff se había criado, para advertir a la abuela Elise y la tía Jilt de que corrían peligro. Ellas eran la única familia que Steff había tenido, y no quería abandonarlas a su suerte. Si Teel lo había traicionado a él, era probable que también las hubiera traicionado a ellas. Morgan las ayudaría a ponerse a salvo.

Aquello contribuyó a levantarle el ánimo y a salir del estado depresivo que lo había dominado los últimos días. Había empezado el viaje desencantado, y el mal tiempo y la desgana le habían obstaculizado la marcha. Pero el tercer día consiguió deshacerse de su influencia. Renació en él una fuerza de voluntad que le dio nuevos bríos. Llevaría a la abuela Elise y a tía Jilt a un lugar seguro, fuera de Culhaven. Volvería a Tyrsis y no pararía hasta encontrar a los hermanos del valle, y los tres juntos continuarían la búsqueda de la espada de Shannara. Encontraría la forma de librar a Leah y a las Cuatro Tierras de la opresión de los umbríos y la Federación. Estaba vivo, y nada era imposible. Silbó y tarareó una canción mientras caminaba y olvidó las dudas y el desánimo con la caricia de los rayos del sol en el rostro. Era el momento de seguir adelante.

De vez en cuando, sus pensamientos volvían a la magia perdida de la espada de Leah. Todavía llevaba los restos de la hoja rota en su cintura, dentro de la funda que había fabricado para ella. Pensó en el poder que le había dado y en cómo la pérdida de ese poder hacía que se sintiera incompleto. Sin embargo, el arma aún conservaba una pequeña parte de magia. Había conseguido convocarla para sobrevivir en los túneles del Saliente, cuando destruyó a Teel. Aún tenía magia suficiente para salvarle la vida.

En lo más profundo de su ser albergaba la esperanza, por muy absurda que pareciera, de que la espada de Leah podría recuperar toda su magia.

A última hora de la tarde del tercer día de viaje salió de los bosques del Anar y entró en Culhaven. La aldea de los enanos estaba sucia y ruinosa, el refugio de los que eran demasiado viejos o demasiado jóvenes para que las autoridades de la Federación los llevaran a las minas o los vendieran como esclavos. Culhaven, que había sido una de las comunidades más prósperas y mejor cuidadas, era ahora un conjunto de edificios en mal estado, habitados por personas que mostraban una

enorme falta de interés y mimo hacia sus hogares. El bosque crecía tan cerca de las primeras casas que prácticamente las cubría, la maleza invadía patios y jardines, y las calles estaban llenas de basura, ahogadas por los matojos. Las paredes de madera se combaban bajo la pintura cuarteada, las tejas y losas estaban agrietadas y rotas, y muchas de las molduras que habían rodeado las puertas y ventanas yacían esparcidas por el suelo. En la oscuridad, los ojos de los enanos seguían al joven montañés mientras este seguía su camino. Podía sentir las miradas de la gente que se ocultaba detrás de las puertas y ventanas. Los pocos enanos que se cruzó lo evitaron, alejándose con rapidez. Siguió sin detenerse, y la furia por lo que la Federación les había hecho a los enanos de Culhaven se inflamó en su interior una vez más. Les habían despojado de todo, excepto de la vida, y habían reducido su existencia a la nada.

Se mantuvo alejado de las calles principales para no llamar la atención. Era un hombre de la Tierra del Sur y, por tanto, podía viajar libremente por la Tierra del Este, pero no se identificaba lo más mínimo con los ocupantes de la Federación y prefería no relacionarse con ellos. Aunque no se sentía responsable de lo que les había ocurrido a los enanos, las cosas que veía en Culhaven hacían que se avergonzara de ser quien era. Una patrulla de soldados de la Federación que se cruzó en su camino lo saludó con cordialidad, y el joven de las montañas se vio obligado a devolver el saludo.

A medida que se acercaba al orfanato, crecía su inquietud por lo que pudiera encontrar allí. La ansiedad empezó a imponerse a la confianza. ¿Llegaba demasiado tarde? Descartó esa posibilidad, porque no había motivos para ser tan pesimista. Teel nunca se habría arriesgado a poner en peligro su disfraz actuando de forma precipitada. Sin duda, habría esperado hasta estar segura de que traicionar a los enanos no le causaría problemas.

Las sombras empezaban a alargarse a medida que el sol desaparecía entre los árboles. El aire se tornó frío y el sudor que empapaba la espalda del joven de las montañas se le secó bajo la túnica. Los sonidos del día empezaron a desvanecerse, convirtiéndose en un susurro expectante. Se miró las manos, y sus ojos se clavaron en la trama irregular de cicatrices blancas que cubrían su piel morena. Las heridas que había sufrido en las batallas de Tyrsis y el Saliente habían dejado huellas en su cuerpo. Levantó la barbilla. «Eso no tiene importancia —pensó—. Las heridas internas dejan huellas mucho más profundas».

Vio que un chiquillo enano, de intensos ojos negros, lo observaba desde detrás de un muro de piedra bajo, pero no pudo precisar si era niño o niña. Estaba muy delgado y llevaba ropa harapienta. Los ojos lo siguieron durante un breve instante, y después desaparecieron.

Morgan apresuró el paso, cada vez más angustiado. Vio a lo lejos el techo del orfanato, la fachada frontal, una ventana alta, un alero. Dobló una curva del camino y se detuvo en seco: algo iba mal. El patio del orfanato estaba vacío y el césped,

descuidado; no había juguetes, ni niños. Se sintió invadido por una oleada de pánico e intentó dominarla. Las ventanas del viejo edificio estaban oscuras. No había ni rastro de vida en su interior.

Se acercó a la verja del patio y se detuvo. Todo estaba en silencio.

Sus esperanzas habían sido en vano. Después de todo, llegaba demasiado tarde.

Dio un paso al frente y volvió a detenerse. Recorrió con la mirada la oscuridad de la vieja casa, preguntándose si no se estaría metiendo en una trampa. Permaneció inmóvil largo rato, observando. No había señal alguna de que hubiera alguien dentro, ni tampoco motivos para pensar que le habían tendido una trampa.

Empujó la verja, se dirigió al porche y abrió la puerta principal. El interior de la casa estaba oscuro, y sus ojos tardaron un momento en acostumbrarse a las nuevas condiciones. Después, entró. Atravesó muy despacio el edificio, registrando cada habitación, y salió de nuevo. Todo estaba cubierto de polvo. Hacía tiempo que allí no vivía nadie, y estaba claro que nadie había recorrido la casa desde entonces.

¿Qué podía haberles sucedido a las dos ancianas?

Se sentó en los escalones del porche y se apoyó contra la barandilla. Solo existía una explicación posible: la Federación las había detenido. La abuela Elise y la tía Jilt nunca hubieran abandonado su hogar por voluntad propia, y menos aún a los niños que les habían confiado a su cuidado. Además, la ropa continuaba guardada en los cofres y armarios, junto con los juguetes de los niños, las sábanas, las mantas... todo. Lo había visto mientras registraba la casa. El desorden reinante era la prueba palpable de que no habían dejado la casa de forma premeditada. Si las ancianas hubieran decidido cerrar el orfanato por propia voluntad, no la habrían dejado así.

Se sintió invadido por una profunda amargura. Steff contaba con él, no podía rendirse ahora. Tenía que encontrarlas. Pero ¿dónde? En Culhaven, ¿quién estaría dispuesto a decirle lo que necesitaba saber? Nadie. Los enanos no confiarían en un hombre de la Tierra del Sur. Podría estar preguntando hasta que el sol saliera por el oeste y se pusiera por el este.

Permaneció sentado en los escalones del porche durante largo tiempo, reflexionando mientras la luz diurna se disolvía en el crepúsculo, hasta que advirtió que un niño lo observaba a través de la verja: era el mismo chiquillo que lo había mirado en el camino. Un chico, esta vez estaba seguro.

—¿Sabes dónde han ido las dos señoras que vivían aquí? —le preguntó cuando comprendió que el niño no parecía tenerle miedo.

El niño desapareció inmediatamente, con tanta rapidez como si se lo hubiese tragado la tierra. Morgan dio un suspiro. Debería haberse imaginado que reaccionaría así. Estiró las piernas. Tendría que encontrar la forma de enterarse recurriendo a las autoridades de la Federación. Podría ser peligroso, sobre todo si Teel les había hablado también de él, y visto lo visto era más que probable. La joven enana debía de haber denunciado a las dos ancianas antes de que el grupo se dirigiera a la Cuenca Oscura. Lo más seguro era que la Federación las hubiera detenido en cuanto Teel

estuvo a salvo fuera de la aldea. A ella no le preocupaba que Steff, Morgan o los hermanos del valle llegaran a descubrirlo; al fin y al cabo, todos estarían muertos antes de darse cuenta de que era un umbrío.

Morgan se moría por golpear algo o a alguien. Teel los había traicionado a todos: Par y Coll habían desaparecido, Steff había muerto y las dos ancianas, que nunca habían hecho daño a nadie...

—Eh, señor —oyó que lo llamaban.

Morgan levantó la cabeza bruscamente. El niño había vuelto a asomarse a la verja, acompañado de otro niño mayor, y había sido este, un chico vigoroso con la cabeza cubierta de una maraña de pelo rojo, el que le había llamado.

—Hace ya varias semanas que los soldados de la Federación se las llevaron a las casas de trabajo. Aquí ya no vive nadie.

Después ambos se marcharon de repente, exactamente igual que había hecho antes el pequeño. Morgan se quedó mirando la verja. ¿Le habría dicho la verdad? No tenían motivos para intentar engañarlo. Muy bien. Ahora tenía por dónde empezar. Sabía a qué lugar debía dirigirse.

Se puso en pie, desanduvo el sendero y traspasó la verja. Siguió el camino que serpenteaba hacia el centro del pueblo. Las tiendas y mercados reemplazaron a las casas, y el camino se ensanchó y se dividió en varias direcciones. Morgan rodeó el distrito comercial, mientras el cielo se oscurecía y empezaba a tachonarse de estrellas. Las luces de las antorchas brillaban en las calles principales, pero ninguna iluminaba las carreteras y caminos que él seguía. En el silencio se escuchaban murmullos, sonidos vagos, indefinidos e inconexos, como si quienes hablaban temieran que alguien los estuviera escuchando. Las casas, antes sucias y destartaladas, ahora estaban arregladas y limpias, con patios cuidados. Casas de la Federación, pensó Morgan, robadas a los enanos y atendidas por las propias víctimas. Mantuvo a raya su amargura, concentrándose en la tarea que debía realizar. Sabía dónde estaban las casas de trabajo y la misión que desempeñaban. Allí enviaban a las mujeres que ya eran demasiado viejas para poder ser vendidas como esclavas, pero que aún podían realizar tareas tales como lavar, coser y otras similares. Eran asignadas a los barracones de la Federación y se las obligaba a atender las necesidades de los soldados. Si el niño le había dicho la verdad, eso era lo que estarían haciendo la abuela Elise y la tía Jilt.

Llegó a las casas de trabajo pocos minutos después. Había cinco, una serie de edificios bajos y largos, paralelos entre sí, con ventanas a ambos lados y puertas en los extremos. Las mujeres que los atendían vivían y trabajaban allí. Los soldados les proporcionaban jergones, mantas, palanganas y orinales, que sacaban de debajo de las mesas de los talleres por la noche. Hacía algún tiempo, Steff lo había llevado allí para que pudiera ver a través de una ventana lo que ocurría dentro. Con una sola vez, Morgan había tenido suficiente.

Estuvo observando durante un rato, amparado en las sombras de un cobertizo.

Había guardias en todas las entradas, y otros tantos patrullaban los caminos y callejuelas. Aquellas mujeres eran verdaderas prisioneras. Solo una enfermedad grave o la muerte les abriría las puertas del edificio. No existía una forma más benévola de liberación. Se les permitía recibir visitas de tanto en tanto, pero siempre bajo una estricta vigilancia. Morgan no conseguía recordar en qué fechas se permitían las visitas. Además, no importaba. No podía soportar la idea de que la abuela Elise y tía Jilt estuvieran encerradas en un lugar como aquel. Steff no habría aceptado ninguna excusa que retrasara el rescate, y él tampoco la aceptaría.

Pero ¿cómo entraría en el edificio? Y una vez dentro, ¿cómo se las ingeniaría para sacarlas?

Era un callejón sin salida. No había manera de acercarse a los barracones sin ser visto, ni de saber en cuál de los cinco edificios estaban las ancianas. Necesitaba mucha más información antes de pensar en lanzarse al rescate. Como en otras muchas ocasiones desde que salió de los Dientes del Dragón, deseó que Steff estuviera a su lado para aconsejarle.

Al final desistió. Regresó al centro del pueblo, alquiló una habitación en una de las posadas donde se alojaban los mercaderes y comerciantes de la Tierra del Sur, se dio un baño para quitarse la suciedad, lavó también la ropa y se retiró a descansar. Permaneció despierto pensando en la abuela Elise y en tía Jilt hasta que se rindió al cansancio y al sueño.

A la mañana siguiente, al despertar, sabía lo que tenía que hacer para rescatarlas. Se vistió, desayunó en el comedor de la posada y se marchó. Su plan era arriesgado, pero no había otra opción. Después de realizar unas discretas averiguaciones, se enteró de los nombres de las tabernas más frecuentadas por los soldados de la Federación. Había tres, y todas estaban situadas en la misma calle, cerca de los mercados de la ciudad. Caminó hasta encontrarlas, eligió la que presentaba mejor aspecto (La Bota Alta, un lugar débilmente iluminado), entró, encontró una mesa cerca de la barra, pidió un vaso de cerveza y se dispuso a esperar. Aunque eran las primeras horas del día, ya había algunos soldados vagando por allí, hombres del turno de noche que todavía no estaban dispuestos a retirarse a descansar. Eran proclives a hablar de la vida de la guarnición y no les preocupaba mucho quién pudiera estar escuchando. Morgan prestó atención. De vez en cuando, hacía alguna pregunta amistosa y, ocasionalmente, algún comentario. A veces invitaba a alguien, pero sobre todo escuchaba, expectante.

Gran parte de la charla giraba en torno a una muchacha de quien se rumoreaba que era hija del Rey del río de Plata. Había aparecido de forma misteriosa en las tierras del río de Plata, al sureste del lago del Arco Iris, y se dirigía hacia el este. Por dondequiera que fuese, por todas las villas y ciudades que pasaba, hacía milagros. Nunca había habido una magia como la suya, se decía. Ahora se dirigía a Culhaven.

El segundo tema de conversación se centraba en las quejas sobre la forma en que los oficiales dirigían el ejército. Puesto que eran soldados rasos los que hablaban,

aquello no era especialmente sorprendente. Y ese era, precisamente, el tema que interesaba a Morgan. El día pasó lentamente, sofocante y tranquilo dentro de los confines del salón, con solo los vasos de cerveza fría y la charla para aliviar el calor y el tedio. Los soldados de la Federación entraban y salían, pero Morgan se quedó en su lugar, una presencia casi invisible que bebía y observaba. Al principio pensó en recorrer todas las tabernas, pero pronto se dio cuenta de que se enteraría de todo lo que necesitaba sin moverse de aquella, que era la primera que había visitado.

A media tarde ya contaba con toda la información que necesitaba, por lo que había llegado el momento de actuar. Se levantó, salió a la calle y se dirigió a la segunda taberna, La Charca de la Rana, un nombre que le iba al establecimiento como anillo al dedo. Tras sentarse en la parte trasera, ante una mesa cubierta con un mantel verde que destacaba en la penumbra como una hoja flotando en una charca oscura, empezó a buscar a su víctima. La encontró enseguida, un hombre de su misma talla, un soldado raso que bebía solo, sumido en algún pensamiento secreto que le hacía inclinar la cabeza hasta casi topar con la barra del bar. Pasó una hora, y después otra. Morgan esperó con paciencia hasta que el soldadoapuró su último vaso, se estiró y salió por la puerta. Entonces el montañés lo siguió.

El día estaba tocando a su fin, el sol se ocultaba entre los árboles del bosque y su luz adquiría tonalidades grises ante la proximidad del ocaso. El soldado recorría la calle arrastrando los pies con paso inseguro, sorteando a los viandantes, de vuelta a los barracones. Morgan sabía adónde se dirigía y se adelantó para atajarlo. Lo interceptó al doblar una esquina, junto a una herrería. Fingió que chocaba con él de forma involuntaria y, al hacerlo, lo golpeó con tal fuerza que el hombre perdió el conocimiento antes de tocar el suelo. Morgan lo dejó caer, hizo varios comentarios de sorpresa en voz baja, lo levantó y se lo cargó al hombro. El herrero y sus empleados interrumpieron el trabajo para mirarlo, y también algunos transeúntes se detuvieron o aflojaron el paso. Morgan comentó en tono irritado que ahora tendría que llevar al soldado a su cuartel, y después se marchó, sin dejar de protestar.

Llevó al soldado inconsciente a un granero situado a poca distancia de allí, y entró sin que nadie lo viera. En la oscuridad, le quitó el uniforme, lo ató y amordazó, y lo ocultó tras una pila de sacos de avena. Se puso el uniforme, lo alisó y sacudió, guardó su propia ropa en un saco que llevaba guardado, se ciñó las armas y salió a la calle.

A partir de este momento, actuó con rapidez. El tiempo era crucial para su plan; tenía que llegar al centro administrativo de las casas de trabajo justo después del cambio de guardia del anochecer. El día que había pasado en las tabernas le había proporcionado toda la información necesaria sobre la gente, los lugares y los procedimientos; solo tenía que ponerla en práctica. Las sombras del crepúsculo se extendían ya sobre los bosques, engullendo las pocas zonas soleadas que quedaban. Las calles empezaban a quedarse vacías mientras los soldados, los comerciantes y los ciudadanos se dirigían a sus casas para cenar. Morgan consiguió controlarse y saludar

con naturalidad a todos los oficiales con los que se cruzaba en su camino. Adoptó una actitud deliberadamente hosca para que nadie se atreviera a acercarse. Se convirtió en un soldado de la Federación de aspecto duro, ensimismado en sus asuntos, al que nadie debía dirigirse si no tenía una buena razón para hacerlo, al que no era buena idea molestar. Su estrategia funcionó a la perfección, puesto que nadie se interpuso en su camino.

Las casas de trabajo estaban iluminadas cuando llegó; aún no habían terminado las actividades del día. Los guardias llevaban en ese momento la cena, que consistía en sopa y pan. El olor de la comida inundaba el aire, y no contribuía precisamente a abrir el apetito. Morgan se dirigió a los cobertizos de almacenaje y fingió que se detenía a comprobar algo. Pasaron los minutos y la oscuridad fue creciendo.

El cambio de turno se produjo en el momento del crepúsculo. Guardias nuevos reemplazaron a los que estaban en las calles y en las puertas de las casas de trabajo. Morgan mantuvo los ojos fijos en el centro administrativo. El oficial del día entregó el mando a su sustituto nocturno. Un ayudante ocupó su puesto en la mesa de recepción. Dos hombres de servicio: eso era todo. Morgan les dio unos pocos minutos para que tuvieran tiempo de acomodarse y luego, tras tomar una bocanada de aire, salió de las sombras.

Se dirigió directamente al centro administrativo y empujó las puertas.

—He vuelto —dijo al ayudante, que estaba sentado ante la mesa de recepción.

El ayudante lo miró con expresión de asombro.

—Por las viejas —añadió Morgan, permitiendo que su voz adquiriera cierto tono de irritación. Se quedó pensativo un instante—. ¿No se lo han dicho?

—Acabo de llegar... —respondió el ayudante, haciendo un gesto negativo.

—Muy bien, pero la orden tendría que estar sobre su escritorio desde hace una hora —replicó Morgan—. ¿No está ahí?

—Bueno, no sé... —titubeó el soldado, confundido, mientras miraba los montones de papeles que había sobre la mesa.

—Firmada por el comandante Assomal.

El ayudante se quedó petrificado. Sabía quién era el comandante Assomal. No había un solo soldado de la Federación destinado en Culhaven que no lo supiera. Morgan había oído hablar del comandante en la taberna. Assomal era el oficial más temido y aborrecido del ejército de ocupación. Nadie quería tener trato con él, si podía evitarlo.

—Permítame que llame al capitán de guardia —dijo el ayudante en voz baja, poniéndose de pie rápidamente.

Entró en la oficina trasera y regresó un instante después acompañado de su superior. El capitán estaba visiblemente nervioso. Morgan lo saludó con el toque justo de desdén.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó el capitán, pero la pregunta sonaba más a súplica que a orden.



Morgan cruzó las manos a la espalda y se irguió. Su corazón latía con fuerza.

—El comandante Assomal requiere los servicios de dos de las enanas que están confinadas en las casas de trabajo. Las seleccioné yo mismo, siguiendo sus órdenes. Me marché para que pudieran completar el papeleo y ahora he vuelto. Sin embargo, parece que nadie se ha ocupado del asunto.

El capitán de guardia era un hombre de piel blanca y cara redonda que, al parecer, había prestado la mayor parte de su servicio detrás de una mesa.

—No sé nada de eso —dijo el oficial, visiblemente malhumorado.

—Muy bien. ¿Transmito ese mensaje al comandante Assomal, capitán? —inquirió Morgan, encogiéndose de hombros.

—No, no, no quería decir eso —respondió el capitán, aún más pálido—. Es que... —resopló—. Esto es muy desagradable.

—Sobre todo porque el comandante Assomal espera que regrese inmediatamente —respondió Morgan, e hizo una breve pausa—. Con las enanas.

—¡Muy bien! ¿Qué importa? ¡Firmaré yo mismo! ¡Que las traigan y acabemos de una vez! —concluyó el capitán de guardia, haciendo un gesto de resignación.

Tras comprobar en el registro de nombres que la abuela Elise y tía Jilt estaban alojadas en el edificio cuatro, garabateó rápidamente una orden de liberación para los guardias de la casa. Cuando intentó enviar al ayudante a recoger a las ancianas, Morgan insistió en acompañarlo.

—Solo para asegurarme de que no hay más confusiones, capitán —se disculpó—. Después de todo, tendré que responder ante el comandante Assomal.

El capitán no puso objeciones, ansioso por resolver el problema lo antes posible, y Morgan salió con el ayudante. Era una noche tranquila y tibia. Morgan se sentía casi exultante. Su plan, si bien arriesgado, estaba pensado a la perfección y se desarrollaba sin contratiempos. Cruzaron el recinto hacia el edificio cuatro, presentaron la orden de liberación a los guardias de las puertas y esperaron mientras la examinaban con atención. Luego, los guardias recorrieron los cerrojos y les permitieron el paso. Morgan y el ayudante atravesaron las pesadas puertas de madera y entraron.

El aire de la estancia, repleta de bancos de trabajo y de cuerpos, estaba viciado y olía a sudor. Todo estaba cubierto de polvo, y la luz de una lámpara iluminaba débilmente las paredes desconchadas y sucias. Las enanas estaban acurrucadas una contra otra en el suelo, con tazones de sopa y platos de pan en la mano, acabando su cena. Volvieron la cabeza cuando entraron los dos guardias de la Federación, pero enseguida se concentraron de nuevo en sus asuntos. Morgan captó la inconfundible expresión del miedo y la repulsa dibujada en sus afligidos rostros.

—Llámelas por sus nombres —ordenó al ayudante.

El soldado lo hizo, y su voz resonó en la habitación cavernosa. Al fondo, las dos figuras encogidas se pusieron de pie lentamente.

—Ahora espéreme fuera —dijo Morgan.

Después de un breve instante de vacilación, el ayudante se apresuró a cumplir la orden.

Morgan esperó, lleno de ansiedad, a que la abuela Elise y tía Jilt recorrieran con paso torpe la distancia que los separaba, sembrada de cuerpos, bancos y jergones. Apenas las reconoció. Sus ropas eran harapos. El bello pelo gris de la abuela Elise estaba desgredado y sin brillo, y la estrecha cara de pájaro de tía Jilt, demacrada y cenicienta. Se encorvaban por algo que no tenía que ver con la edad, y se movían con tanta lentitud que parecía que caminar les produjera terribles dolores.

Llegaron ante él con la mirada baja, y se detuvieron.

—Abuela —les susurró—. Tía Jilt.

Las dos enanas levantaron la cabeza, y sus ojos se agrandaron como platos por el asombro. La tía Jilt contuvo la respiración.

—¡Morgan! —susurró la abuela Elise, maravillada—. ¡Hijo, eres tú!

El montañés se inclinó rápidamente y las abrazó. Las ancianas se derrumbaron contra él como muñecas de trapo, y pudo oír que las dos empezaban a llorar. Tras ellas, las otras enanas los miraban, confundidas.

—Ahora escuchadme con atención —dijo Morgan en voz baja a las dos ancianas, separándose de ellas con suavidad—. No tenemos mucho tiempo. He engañado al capitán de guardia para que os ponga bajo mi custodia, pero es posible que informe a alguien si le damos la oportunidad, así que tenemos que darnos prisa. ¿Hay algún sitio donde podáis esconderos, algún lugar donde la Federación no pueda encontraros?

—La Resistencia nos esconderá —respondió tía Jilt sin titubear, haciendo un gesto de asentimiento. Su estrecho rostro reflejaba una férrea determinación—. Todavía nos quedan amigos.

—Morgan, ¿dónde está Steff? —preguntó la abuela Elise.

—Lo siento, abuela, Steff ha muerto —respondió el joven montañés, mirando fijamente a los ojos ansiosos de la anciana—. Lo mataron luchando contra la Federación en los Dientes del Dragón. —Vio el dolor que inundaba sus ojos—. Teel también ha muerto. Fue ella quien mató a Steff. No era lo que nosotros creíamos. Era una criatura llamada umbrío, un ser de la magia negra ligado a la Federación. También os traicionó a vosotras.

—¡Oh, Steff! —exclamó la abuela Elise, aturdida, y volvió a llorar.

—Los soldados fueron a detenernos en cuanto os marchasteis —dijo la tía Jilt, rabiosa—. Nos quitaron a los niños y nos metieron en esta prisión. Comprendí que algo había salido mal. Creía que os habían capturado. ¡Maldita sea, Morgan, esa muchacha era como nuestra hija!

—Lo sé, tía —respondió el muchacho, recordando el pasado—. Hoy en día es difícil saber en quién se puede confiar. ¿Quiénes son los enanos con los que pensáis esconderos? ¿Son de fiar? ¿Estáis seguras de que os ayudarán?

—Bastante seguras —contestó la tía Jilt—. Deja de llorar, Elise. —Dio una

cariñosa palmada a la otra mujer—. Tenemos que hacer lo que dice Morgan y salir de aquí mientras aún estemos a tiempo.

La abuela Elise hizo un gesto de asentimiento, secándose las lágrimas. Morgan se irguió y acarició las cabezas cenicientas de las dos ancianas.

—Recordad que no me conocéis; solo estáis a mi cargo hasta que abandonemos este lugar. Y si surge algún contratiempo, si tenemos que separarnos, id a un lugar seguro. Le prometí a Steff que me encargaría de vosotras. Así que ayudadme a cumplir mi promesa, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Morgan —dijo la abuela Elise.

Atravesaron las puertas, Morgan delante y las dos ancianas, con las cabezas bajas, tras él. El ayudante esperaba a un lado, en una postura rígida; los guardias parecían aburridos. Seguidos por las enanas, Morgan y el ayudante regresaron al centro administrativo. El capitán de guardia los esperaba con impaciencia, con los papeles de liberación que le había prometido en la mano. Se los presentó a Morgan para que los firmara; luego se los dio al ayudante, que mostraba evidentes señales de incomodidad, y regresó a su oficina.

—El comandante Assomal debe estar esperando —dijo Morgan, felicitándose por su éxito.

Se volvió, e iba a sacar de allí a la abuela Elise y a tía Jilt cuando la puerta se abrió ante ellos y apareció otro oficial de la Federación. Lucía las barras cruzadas de teniente de división.

—¡Teniente Soldt! —saludó el ayudante, poniéndose de pie.

Morgan se quedó de piedra. El teniente Soldt era el oficial encargado de supervisar el confinamiento de los enanos, y estaba al mando de toda la guarnición. Era difícil imaginar qué hacía en el centro a aquella hora, pero estaba claro que no iba a facilitar los planes de Morgan.

El montañés saludó.

—¿Qué es esto? —preguntó Soldt, mirando a las enanas—. ¿Qué están haciendo fuera de su barracón?

—Es una orden del comandante Assomal, teniente —respondió el ayudante.

—¿Assomal? —inquirió Soldt, frunciendo el entrecejo—. Está en el campo. ¿Para qué puede querer que unas enanas...? —Miró de nuevo a Morgan—. No lo conozco, soldado. Déjeme ver sus papeles.

Morgan lo golpeó con todas sus fuerzas. Soldt cayó al suelo y se quedó tumbado, inmóvil. Al instante, Morgan se volvió contra el ayudante, que retrocedió profiriendo aullidos de terror. Lo alcanzó y le golpeó la cabeza contra la mesa. El capitán de guardia salió justo a tiempo de recibir varios puñetazos en la cara. Retrocedió hasta su oficina, tambaleándose, y se desplomó en el suelo.

—¡Por esa puerta! —dijo Morgan a las dos enanas.

Salieron del centro administrativo. Morgan lanzó una rápida mirada a su alrededor y suspiró, aliviado. Los centinelas permanecían en sus puestos. Nadie había

oído nada. Llevó a las dos ancianas calle abajo, lejos de las casas de trabajo. Una patrulla apareció de frente. Morgan se detuvo, adelantándose a las enanas, adoptando una postura de mando. La patrulla giró una esquina antes de llegar a ellos y se perdió en la oscuridad.

Entonces alguien gritó a sus espaldas, pidiendo ayuda.

Morgan empujó a las ancianas a un callejón y las apremió para que se dirigieran con rapidez hacia el extremo opuesto. Los gritos se multiplicaron, y pudieron escuchar el sonido de pies que corrían. Los pitidos de los silbatos llenaron el aire, y un cuerno llamó a reunión.

—Vamos a tenerlos encima de un momento a otro —masculló Morgan en voz baja.

Llegaron a la calle siguiente y continuaron por ella. Los gritos los rodeaban. Morgan empujó a las ancianas hacia un portal oscuro y esperó. Aparecieron soldados a ambos extremos de la calle, buscándolos. Los planes de rescate de Morgan habían saltado por los aires en mil pedazos. Cerró los puños. Pasara lo que pasase, no podía permitir que la Federación volviera a capturar a la abuela Elise y a tía Jilt.

—Tengo que despistarlos —dijo en voz baja a las ancianas—. Quedaos aquí hasta que ellos me persigan, y cuando lo hagan, salid corriendo.

—Morgan, ¿qué hay de ti? —le preguntó la abuela Elise, cogiéndolo por el brazo.

—No os preocupéis por mí. Haced lo que os he dicho. No me busquéis. Ya me encargaré yo de encontraros cuando todo esto haya terminado. Adiós, abuela. Adiós, tía Jilt.

Ignorando sus súplicas, las besó, les dio un apresurado abrazo y salió a la calle. Corrió hacia el primer grupo de perseguidores y les gritó.

—¡Están por aquí!

Los soldados lo siguieron y él se internó en un callejón, alejándolos de las enanas. Desenvainó el espadón que llevaba colgado a la espalda. Al salir del callejón vio a otro grupo y le gritó también, señalando hacia delante. Para ellos no era más que otro soldado... al menos por el momento. Si lograba que lo adelantasen, tal vez pudiera escapar.

—En ese granero de allí —gritó cuando el primer grupo lo alcanzó—. ¡Están ahí dentro!

Los soldados lo adelantaron, primero un grupo y después otro. Morgan corrió en dirección contraria. Al doblar la esquina de un almacén, se topó con otro grupo.

—Han entrado en...

Se detuvo en seco. El capitán de guardia del centro administrativo se encontraba ante él, y no pudo reprimir un aullido de cólera cuando lo reconoció.

Morgan intentó huir, pero los soldados cayeron sobre él. Luchó con bravura, pero no tenía espacio para maniobrar. Sus atacantes lo rodearon y lo derribaron. Le llovían golpes de todas partes.

«Esto no está saliendo como yo esperaba», pensó antes de que todo se volviera

negro.

Tres días después, llegó a Culhaven la hija del Rey del río de Plata. La noticia llegó doce horas antes que ella, por lo que cuando se acercaba a las afueras de la ciudad vio que la gente se había volcado en recibirla, y los habitantes esperaban apiñados a ambos lados del camino, a lo largo de más de un kilómetro. Aquellas personas procedían de todas partes, tanto de la ciudad como de las comunidades cercanas del sur y del este, de las granjas de las llanuras y de los bosques, e incluso de las montañas del norte. Había enanos y hombres de estatura normal, y un puñado de gnomos de ambos sexos y diversas edades. Eran pobres, estaban cubiertos por harapos y habían perdido toda esperanza. Se apiñaban, expectantes; algunos por simple curiosidad, pero la mayoría, por la necesidad de creer en algo una vez más.

Las historias que se contaban de la muchacha eran asombrosas. Había aparecido en medio de las tierras del río de Plata, junto al lago del Arco Iris, como un ser mágico surgido de la tierra. Paraba en todos los pueblos, ciudades, granjas y aldeas que había en su camino, y hacía milagros. Se decía que curaba la tierra. Los tallos negros y reseco se convertían en brotes verdes y frescos. Las flores se abrían, la fruta maduraba y las cosechas crecían con una sola caricia suya. Devolvía la vida a la tierra. Incluso en los casos más graves de enfermedad, ella lograba atajarla. Tenía una especie de afinidad con la tierra, un parentesco heredado de su padre, que imitaba los legendarios poderes sanadores del Rey del río de Plata. Durante años se creyó que el espíritu había muerto con la desaparición de la era de la magia, pero ahora se sabía que no era así. Como prueba, él les había enviado a su hija. Las gentes de las tierras del río de Plata iban a recuperar su antigua forma de vida. Eso era lo que vaticinaban las historias.

No había nadie más ansioso por descubrir la verdad de todo aquello que Pe Eltar. Era mediodía, y había estado esperando a la muchacha a la sombra de un viejo nogal que se erguía sobre una colina a la salida del pueblo desde poco antes del amanecer, cuando se enteró de su llegada. Tenía paciencia, y por eso pudo soportar sin problemas el paso del tiempo, mientras esperaba junto a una multitud que no paraba de aumentar. El sol ascendía lentamente en el cielo estival, con un calor que se hacía más agobiante a medida que pasaba el tiempo. Las conversaciones a su alrededor eran animadas y francas, y él escuchó con atención. Se contaban historias sobre lo que había hecho la muchacha, y sobre lo que se creía que podía hacer. Se hacían especulaciones y juicios de valor. Los enanos eran los más firmes y vehementes en sus creencias... o en sus comentarios. Algunos decían que era la salvadora de su pueblo; otros, que no era más que una espía de la Tierra del Sur. Las voces

aumentaban de intensidad hasta convertirse en gritos y discusiones que se acababan apagando. Los argumentos aleteaban en el aire húmedo y quieto como pequeñas explosiones de vapor salidas de una tierra furiosa. Los enfados ardían para enfriarse inmediatamente después. Pe Eltar se limitaba a escuchar, sin expresar en ningún momento su opinión.

—¡Ha venido para expulsar a los soldados de la Federación y para restaurar nuestras tierras, que el Rey del río de Plata tanto ama! ¡Ha venido para liberarnos!

—¡Bah, vieja, estás desvariando! No hay nada que demuestre que la muchacha sea quien dice ser. ¿Qué sabes tú de lo que puede hacer o no?

—Sé lo que sé. Siento lo que siento.

—¡Ja! ¡Lo único que puedes sentir es dolor en las articulaciones! Crees lo que quieres creer, no la verdad. Y la verdad es que no sabemos quién es esa muchacha. ¡No tiene ningún sentido albergar tantas esperanzas!

—¡Menos sentido tiene renunciar a ellas!

Y así, una y otra vez, una interminable sucesión de argumentos a favor y en contra que no tenía otro objetivo que el de ayudar a pasar el tiempo. Pe Eltar dio un suspiro. Casi nunca discutía; casi nunca le hacía falta.

Cuando se corrió la voz de que la muchacha se aproximaba, las discusiones y conversaciones se convirtieron en murmullos y susurros, y cuando apareció, hasta estos se apagaron. Un extraño silencio se impuso sobre todos los que esperaban a ambos lados del camino, lo que sugería que la muchacha no era lo que esperaban, o tal vez que era mucho más de lo que habían llegado a imaginar.

Llegó por el centro de la calzada, rodeada por los seguidores que había reunido durante su viaje al este: un grupo de personas cubiertas de harapos, pero en cuyos rostros se reflejaba una gran alegría. Su propia ropa era burda y de una confección pésima, aunque de ella emanaba un fulgor casi visible. Era pequeña y liviana, pero de formas tan exquisitas que no parecía real. Tenía el cabello largo y plateado, resplandeciente como el agua iluminada por la luna. Sus facciones eran perfectas. Caminaba sola en un mar de cuerpos que se agrupaban a su alrededor, pero que no se atrevían a tocarla. Daba la impresión de flotar entre ellos. Se oían voces ansiosas que la llamaban, pero se comportaba como si estuviera sola.

Entonces pasó cerca de Pe Eltar y se volvió de forma deliberada para mirarlo. Pe Eltar, sorprendido, sintió que un estremecimiento recorría todo su cuerpo. El peso de aquella mirada, o quizá solo la sensación que le produjo, fue suficiente para hacer que se tambaleara. Casi al instante, los extraños ojos negros de la muchacha se apartaron y ella continuó, como un rayo de sol que lo hubiera cegado momentáneamente. Pe Eltar la siguió con la mirada, sin saber lo que la muchacha le había hecho ni lo que había ocurrido en aquel breve instante en que sus ojos se encontraron. Fue como si ella hubiera visto el interior de su corazón y su mente, como si con aquella simple mirada hubiera desvelado todos los aspectos de su vida y su identidad.

Pensó que era la criatura más hermosa que había contemplado en su vida.

La muchacha entró en el pueblo seguida de la multitud, a la que también se unió Pe Eltar. Era un hombre alto y esbelto, quizá demasiado delgado. Sus huesos eran prominentes, y los músculos y la piel de su cuerpo se ceñían tanto a ellos que parecía que iban a romperse de un momento a otro. Pero eso era solo la apariencia; en realidad era duro como el hierro. Tenía un rostro largo y enjuto, con nariz aguileña y frente despejada, cejas pobladas sobre unos ojos de color avellana que inspiraban confianza. Cuando sonreía, lo cual era frecuente, su boca se torcía un poco. Tenía el pelo castaño, corto y abundante. Mostraba cierta indolencia al andar, y lo mismo podía parecer un muchacho larguirucho que un gato cauteloso. Tenía las manos largas y delicadas. Vestía el atuendo característico de los habitantes del bosque, de lana rústica teñida en diversos tonos de marrón y verde, botas de cuero gastado, con lazadas cruzadas, y una capa corta con bolsillos.

No llevaba ningún arma a la vista. La Stiehl estaba sujeta a su muslo, justo debajo de la cadera derecha. Ocultaba el cuchillo en su amplio pantalón, de donde le era muy fácil sacarlo.

Podía sentir el calor que desprendía la magia de la hoja.

Mientras avanzaba para alcanzar a la muchacha, la gente se apartaba de él, ya fuera por la expresión de su rostro, por su forma de moverse o por el muro invisible que lo rodeaba. No le gustaba que lo tocaran, y todo el mundo parecía darse cuenta de ello de una forma instintiva. Como siempre, le abrían paso. Atravesó la multitud como una sombra que persigue a la luz, sin perder de vista a la muchacha mientras lo hacía. Lo había mirado por alguna razón, y eso le intrigaba. No se había parado a pensar en el aspecto que tendría, ni en la impresión que le causaría verla por primera vez, pero en ningún caso se había imaginado algo así. Le sorprendió, le agradó y al mismo tiempo le preocupó. Desconfiaba de todo lo que no podía controlar, y sospechaba que sería difícil para cualquiera ejercer el más mínimo control sobre ella.

Pero, por suerte, él no era uno cualquiera.

La gente cantaba una vieja canción que hablaba del renacimiento de la tierra con las nuevas cosechas, de los alimentos que viajaban de los campos a las mesas de quienes habían trabajado para conseguirlos. Hubo loas a las estaciones, la lluvia y el sol, que daban vida, y se entonaron cánticos en honor al Rey del río de Plata. Las voces se hicieron cada vez más seguras e insistentes, pero la muchacha no parecía oírlos. Caminaba en medio de los cánticos y los gritos, ignorándolos, dejando atrás las casas y después las grandes tiendas que formaban el núcleo comercial de la población. Los soldados de la Federación empezaron a hacer acto de presencia e intentaron dirigir el tráfico. Eran muy pocos y estaban mal preparados, pensó Pe Eltar. Al parecer, sus cálculos sobre la expectación que la llegada de la muchacha levantaría en la comunidad estaban muy alejados de la realidad.

Los enanos eran fervientes en su adoración, como si les hubieran devuelto la vida que les habían robado. Constituían un pueblo roto, sometido durante muchos años, y era muy poco lo que se les había ofrecido para que pudieran mantener viva la



esperanza. Pero aquella muchacha parecía ser lo que estaban esperando. Estaba allí, y era real, más real que unas leyendas, que unos rumores sobre quién era y qué podía hacer. Su aparición les despertaba intensos sentimientos. Pe Eltar podía sentirlo con la misma intensidad que la gente reunida a su alrededor. Era distinta a cualquier otra persona que él conociese, y había ido a la ciudad de Culhaven por un motivo concreto. Iba a hacer algo.

La actividad se detuvo en Culhaven cuando sus habitantes, tanto los oprimidos como los opresores, se integraron en el grupo de forma espontánea para ver lo que sucedía. Pe Eltar comparaba aquel fenómeno con una ola que se alzaba en el océano y crecía hasta hacer que la vasta extensión de agua de la que había surgido pareciera pequeña en comparación. Eso mismo sucedía con la muchacha. Daba la sensación de que el resto del mundo dejaba de existir. Todo se difuminaba y perdía significado. Pe Eltar esbozó una sonrisa. Era una sensación maravillosa.

La ola se extendió por el pueblo, por las tiendas y negocios, los mercados de esclavos, las casas de trabajo, los barracones de los soldados, los ruinosos hogares de los enanos y las cuidadas casas de los oficiales de la Federación, bajó por la calle principal y continuó su camino. Nadie podía imaginar adónde iba. Nadie más que la muchacha, porque ella era quien dirigía la ola desde el centro del remolino de cuerpos, controlando sus bordes y orientándola a voluntad. Seguían escuchándose los gritos y cánticos, jubilosos y embelesados. Pe Eltar estaba maravillado.

La muchacha se detuvo. La multitud redujo el paso, giró a su alrededor y se quedó inmóvil. Se había parado al pie de las negras pendientes que antaño formaron los jardines de Meade. Levantó el rostro para mirar las filas de plataformas yermas, como si viera en ellas algo que nadie más podía ver. Pocos miembros de la multitud seguían la dirección de su mirada: la mayoría se limitaba a mantener los ojos fijos en ella. Ahora eran centenares, y todos querían ser testigos de lo que la hija del Rey del río de Plata se disponía a hacer.

Entonces, de forma lenta y deliberada, la muchacha avanzó hacia la pendiente. La multitud no la siguió, quizá porque sentían que no debían hacerlo, adivinando por algún pequeño movimiento o gesto que debían limitarse a esperar. Se abrieron a su paso, un mar de rostros expectantes. Algunas manos se extendieron para intentar tocarla, pero ninguna llegó a hacerlo.

Pe Eltar consiguió abrirse paso a través de la multitud hasta situarse en primera fila, a menos de diez metros de la muchacha. Aunque había avanzado con decisión, no sabía qué hacer a continuación.

Un grupo de soldados, dirigidos por un oficial con las barras cruzadas de comandante de la Federación, interceptó a la muchacha. Ella esperó, mientras un murmullo de protesta brotaba de las gargantas de la multitud.

—No puedes estar aquí —le dijo el comandante con voz firme y clara—. Ninguno de vosotros puede estar aquí. Retrocede inmediatamente.

La muchacha lo miró, en actitud expectante.

—Esta es una zona prohibida, señorita —prosiguió el comandante, con el tono de voz que un oficial utiliza para hablar con un inferior, mostrando su autoridad—. Nadie puede pisar esta tierra. Una orden del Consejo de la Federación, al que tengo el honor de servir, así lo establece. ¿Me comprendes?

La muchacha no respondió.

—Si no te vas por voluntad propia, tendré que encarcelarte.

Se oyeron algunos gritos furiosos. La muchacha dio un paso hacia delante.

—Si no te marchas de inmediato, tendré que...

La muchacha hizo un gesto e, inmediatamente, las piernas del comandante quedaron ancladas al suelo por unas raíces de más de dos centímetros de grosor. Los soldados que lo acompañaban retrocedieron, espantados al ver que sus propias lanzas se convertían en palos nudosos y secos que se les desmoronaban en las manos. La muchacha prosiguió su marcha, sin ni siquiera dignarse a mirarlos. La voz autoritaria del comandante se convirtió en un hilo apenas audible a causa del miedo, para a continuación dejar de oírse, ahogada por los murmullos de la multitud.

Pe Eltar esbozó una sonrisa. ¡Magia! ¡La muchacha tenía verdadera magia! Las historias eran ciertas. Aquello superaba todas sus expectativas. ¿Sería realmente la hija del Rey del río de Plata?

Los soldados le abrieron paso, porque no se atrevían a desafiar el poder que poseía. Algunos oficiales de baja graduación intentaron imponer orden, pero se sentían inseguros después de lo que le había sucedido a su comandante. Pe Eltar echó una rápida mirada a su alrededor. Al parecer no había buscadores en la aldea y, en su ausencia, nadie sabía qué hacer.

La muchacha ascendió por la ladera yerma y quemada hacia la cima, y a su paso se estremeció la tierra seca. El sol enviaba sus ardientes rayos desde el cielo de mediodía y convertía en un horno el terreno baldío. La muchacha, que no parecía sentirse afectada por el calor abrasador, mantuvo una expresión imperturbable en el rostro.

Mientras la miraba, Pe Eltar se sintió como si él mismo se acercara al borde de un enorme precipicio, sabiendo que más allá había algo tan imposible que ni siquiera podía imaginarlo.

¿Qué haría?

Cuando la muchacha llegó a la cumbre, se detuvo, una esbelta y etérea silueta recortada contra el cielo azul. Esperó un instante, como si buscara algo en el aire que la rodeaba, una presencia invisible que le hablara. Después se arrodilló, introdujo las manos en la tierra calcinada hasta que quedaron completamente enterradas e inclinó la cabeza, con el cabello cayéndole hacia delante como si se tratase de un velo de luz plateada.

En ese instante el mundo se paralizó.

Entonces la tierra empezó a sufrir temblores y fuertes sacudidas, y un ruido sordo surgió de las profundidades. La multitud, asustada, retrocedió. Los hombres

intentaron recuperar el equilibrio, las mujeres abrazaron a sus niños, y empezaron a oírse llantos y gritos. Pe Eltar avanzó un paso. Él no estaba asustado; aquello era lo que había estado esperando, y nada ni nadie podría apartarlo de allí.

Entonces se produjo un destello en la ladera, un resplandor que llegó a oscurecer la brillante luz del sol. Brotaron surtidores de la tierra, pequeñas erupciones que explotaron hacia el cielo lanzando una lluvia de polvo y guijarros sobre Pe Eltar y los que se hallaban situados en las primeras filas. Fue como si un gigante enterrado estuviese saliendo de su encierro, y del suelo empezaron a levantarse pedruscos enormes, que parecían enormes hombros huesudos. La superficie quemada se revolvió y desapareció bajo una capa de tierra nueva, fértil y brillante, que llenó el aire de un intenso aroma. Raíces enormes se elevaron como serpientes, contoneándose y retorciéndose al compás de aquel retumbo incesante, y empezaron a salir brotes verdes.

La muchacha permanecía arrodillada en medio de aquel bullicio de actividad. Se podía distinguir la rigidez de su cuerpo bajo la ropa holgada que lo cubría, y tenía los brazos enterrados en la tierra hasta los codos. No podían verle la cara.

La mayor parte de la multitud se arrodilló. Había quienes alababan las fuerzas de la magia; otros lo hicieron para protegerse de los temblores, que se habían hecho tan violentos que incluso los árboles de troncos más gruesos daban sacudidas. Pe Eltar se sintió invadido por una gran excitación, y no opuso la menor resistencia. Quiso correr hacia la muchacha, abrazarla, sentir lo que pasaba en su interior, compartir su poder.

Los peñascos rechinaban y chocaban entre sí mientras volvían a colocarse en su lugar, cambiando la forma de la colina. Surgieron terraplenes en la roca. El musgo y la hiedra llenaron los agujeros, pasando de un nivel al siguiente en un suave descenso. Aparecieron árboles, raíces que se convirtieron al instante en pequeños arbustos que se ensanchaban y ramificaban, mientras en escasos minutos se desarrollaba una vida que hubiese requerido varios años para crecer de forma natural. Las hojas brotaron y se extendieron como si estuvieran desesperadas por alcanzar la luz del sol. La tierra vacía se llenó de hierbas y matorrales que la cubrían de un verde brillante. ¡Y flores! Pe Eltar dio un grito en su interior. Había flores por todas partes, en una profusión de vivos colores que amenazaba con cegarlos. Azules, rojos, amarillos, violetas... todo el vasto abanico de las tonalidades del arco iris cubrió la tierra.

Entonces cesó el retumbo, y solo el canto de los pájaros rompió el silencio que lo siguió. Pe Eltar miró la multitud que se agolpaba tras él. La mayoría seguía de rodillas, con los ojos desorbitados y las caras desencajadas por el asombro. Muchos lloraban.

Se volvió hacia la muchacha. En pocos instantes había transformado toda la ladera. Había borrado de un plumazo cien años de devastación y maltrato, de deliberada destrucción, de incendios intencionados, y había devuelto a los enanos de Culhaven el símbolo de lo que eran. Había restaurado los jardines de Meade.

Todavía estaba arrodillada, con la cabeza gacha. Cuando se incorporó, apenas consiguió mantener el equilibrio. Había gastado todas sus fuerzas en aquella proeza; parecía que no le quedaba nada de energía. Se tambaleó. Los brazos le colgaban a los costados, flácidos; su rostro perfecto estaba contraído y arrugado; sus cabellos de plata, húmedos y despeinados. Pe Eltar sintió que los ojos de la muchacha volvían a clavarse en él, y en esta ocasión no vaciló. Escaló con rapidez por la ladera, esquivando rocas y arbustos, saltándose los senderos como si estuviera en una carrera de obstáculos. Sintió que la multitud se agitaba a sus espaldas, oyó sus gritos, pero aquella gente no tenía ninguna importancia para él y no volvió la vista atrás. Llegó a la muchacha justo en el momento en que se desplomaba, y la estrechó en sus brazos para frenar su caída. La acunó suavemente, sosteniéndola como si fuera un animalito desvalido, de una forma a la vez protectora y posesiva.

Ella lo miró, y él captó la intensidad y el brillo de sus ojos, la profundidad del sentimiento que albergaban, y en ese momento quedó unido a ella de un modo que le era imposible describir.

—Llévame a algún lugar en el que pueda descansar —le pidió en voz baja.

La multitud ya los rodeaba. Las ansiosas voces se habían convertido en un murmullo que él era incapaz de acallar. Un mar de rostros los envolvía. Tranquilizó a los más próximos, asegurándoles que la muchacha solo estaba cansada, y oyó que sus palabras pasaban de boca en boca. Vio a los soldados de la Federación tras la multitud, pero supo que habían tomado la decisión de mantenerse a una distancia prudencial sin intervenir. Empezó a retirarse, con la muchacha en brazos, sorprendido por lo poco que pesaba. Pensó que no era nada y, a la vez, lo era todo.

Un grupo de enanos le salió al paso, y le pidieron que los siguiera, que llevara a su casa a la hija del Rey del río de Plata para que descansara con ellos. Pe Eltar los siguió mientras le indicaban el camino. En aquel momento, cualquier refugio bastaría. Los ojos de la gente los siguieron, pero ya comenzaban a dispersarse, perdiéndose en el paraíso de los jardines, descubriendo la belleza que contenían. Se oyeron nuevos cánticos, más suaves que los anteriores, canciones de alabanza y agradecimiento, líricas y dulces, dedicadas a la muchacha.

Pe Eltar descendió por la ladera, dejó atrás los jardines de Meade, y regresó a Culhaven con la muchacha dormida en sus brazos. Ella se había confiado a su cuidado. Se había puesto bajo su protección. Le pareció irónico.

A él lo habían enviado a Culhaven para matar a la hija del Rey del río de Plata.

Pe Eltar llevó a la hija del Rey del río de Plata al hogar de los enanos que se habían ofrecido a darle cobijo, una familia formada por un hombre, su esposa, su hija viuda y dos nietos pequeños. Era una casita de piedra situada en los límites orientales de la ciudad, junto al río, protegida por robles blancos y olmos rojos, y que daba al bosque por la parte de atrás; un lugar tranquilo y aislado. Cuando llegaron allí, la mayor parte de los seguidores de la muchacha habían dejado de acompañarlos. Sin embargo, algunos decidieron quedarse y acamparon al borde de la propiedad. La mayoría habían llegado acompañándola desde el sur, hombres fanáticos que creían que ella sería su salvación.

Pero Pe Eltar sabía que eso no ocurriría nunca, porque ahora la muchacha le pertenecía.

Con ayuda de la familia, la acomodó en la cama de la pequeña habitación trasera donde dormía el matrimonio. Después, el hombre, su esposa y su hija viuda prepararon algo de comer para quienes se disponían a montar guardia, pero Pe Eltar se quedó. Se sentó en una silla cerca de la cama y veló su sueño. Los niños permanecieron un rato en la habitación para ver si ocurría algo, pero pronto se les pasó la curiosidad y lo dejaron solo. La luz del día fue disminuyendo, pero él continuó sentado, esperando pacientemente a que la joven despertara. Observó el contorno de su cuerpo mientras dormía, la curva de sus caderas y sus hombros, la suave línea de su espalda. Era una criatura diminuta, solo un poco de carne y huesos bajo las mantas. Un destello de vida. Se maravilló de la textura de su piel, de su color y perfección. Parecía haber sido moldeada por un gran artista que hubiera creado una obra maestra única a base de inspiración y destreza.

En el exterior se encendieron hogueras, y a través de la ventana cubierta por las cortinas le llegó el sonido de voces. Cuando las voces callaban, los ruidos del crepúsculo, el canto de los pájaros y el zumbido de los insectos que se elevaba sobre el leve rumor de las aguas del río llenaban el silencio.

Como Pe Eltar no se sentía cansado ni necesitaba dormir, se dedicó a pensar.

Una semana antes, Rimmer Dall le había hecho llamar a la Atalaya Sur. Pe Eltar había acudido a la cita porque quería, no porque estuviera obligado a hacerlo. Estaba aburrido y esperaba que el Primer Buscador le ofreciera alguna misión interesante, algo que para él representara un desafío. Para Pe Eltar, eso era lo único que le interesaba de Rimmer Dall. En todo lo demás, lo que el Primer Buscador hiciera con su vida y las vidas de los demás le traía sin cuidado. No se engañaba a sí mismo, claro está. Sabía muy bien lo que era Rimmer Dall, pero no le importaba.

El viaje duró dos días. Fue a caballo hacia el norte desde la abrupta región

montañosa que se extendía por las tierras bajas del Túmulo de la Batalla, donde vivía, y llegó a la Atalaya Sur al atardecer del segundo día. Desmontó antes de que los centinelas pudieran descubrir su presencia, y se acercó a pie. Era inútil tomarse tantas molestias; le hubieran dado paso al interior de todas maneras. Pero le gustaba comprobar una y otra vez que podía moverse a su antojo. Le gustaba demostrar su talento.

Sobre todo a los umbríos.

Pe Eltar se aproximó al monolito negro como si fuera uno de ellos: un espectro surgido de la oscuridad, capaz de atravesar las grietas de la piedra. Pasó ante los centinelas sin ser visto ni oído, tan invisible para ellos como el aire que respiraban. La Atalaya Sur era oscura y silenciosa, formada por muros lisos y pulidos y corredores vacíos. Tenía el aspecto de un mausoleo bien cuidado. Aquel lugar era solo para los muertos, o para quienes traficaban con la muerte. Siguió su camino por aquellas catacumbas, sintiendo a cada paso el latido de la magia aprisionada en la tierra, oyendo cómo se agitaba, como si intentara liberarse. Pe Eltar sabía que era un gigante dormido que Rimmer Dall y sus umbríos creían que podrían subyugar. Guardaban bien su secreto, pero a él era imposible ocultarle nada.

Cuando casi había llegado a la alta torre donde esperaba Rimmer Dall, mató a uno de los centinelas que montaban guardia: un umbrío, pero eso era irrelevante. Lo mató porque podía hacerlo, porque le apetecía hacerlo. Se fundió con el negro muro de piedra y esperó hasta que la criatura pasara junto a él, atraída por el leve ruido que había hecho, y entonces sacó la Stiehl de su vaina oculta y acabó con la vida de su víctima de un solo golpe silencioso. El centinela murió en sus brazos, la sombra se elevó ante él como humo negro y su cuerpo se redujo a cenizas. Pe Eltar vio cómo se apagaba la sorpresa en sus ojos. Después dejó el uniforme vacío donde pudieran encontrarlo.

Sonrió mientras flotaba en la penumbra. Hacía ya mucho tiempo que era un asesino, y además muy bueno en su trabajo. Descubrió su talento en los primeros años de su vida, la habilidad con la que podía encontrar y acabar incluso con la víctima mejor protegida, la percepción que le permitía sortear cualquier medida de protección. La muerte asustaba a la mayoría de la gente, pero no a Pe Eltar, que se sentía atraído por ella. La muerte era la hermana gemela de la vida, la más interesante de las dos. Era reservada, desconocida, misteriosa. Inevitable y eterna cuando llegaba. Era una fortaleza oscura con innumerables habitaciones que esperaban ser exploradas. La mayoría entraba solo una vez, porque no tenía otra opción. Pe Eltar estaba dispuesto a entrar siempre que se le presentaba la ocasión, y esa oportunidad se le ofrecía de la mano de aquellos a quienes mataba. Cada vez que veía morir a alguien, descubría una habitación distinta, otra parte del secreto. Renacía.

Más arriba encontró a un par de centinelas apostados ante una puerta cerrada, pero no lo vieron acercarse. Pe Eltar escuchó. No oyó nada, pero sintió que había alguien prisionero al otro lado. Dudó un instante; le llenaba de curiosidad la identidad

de aquel misterioso cautivo. Pero para saberlo tendría que preguntar, cosa que nunca hacía, o matar a los centinelas. Decidió que no merecía la pena, y pasó de largo.

Subió un oscuro tramo de escaleras hasta llegar a la cúspide de la Atalaya Sur, y entonces entró en una planta de cámaras irregulares interconectadas, como los corredores de un laberinto. No había puertas, ni tampoco centinelas. Pe Eltar entró en aquel fragmento de noche silenciosa. El exterior estaba oscuro ahora, la penumbra se hacía total mientras las nubes cubrían el cielo, separándolo del mundo de los mortales. Pe Eltar recorrió varias cámaras, escuchando, esperando.

Después se detuvo bruscamente, se irguió y giró sobre sus talones.

Rimmer Dall se perfiló contra la oscuridad de la que formaba parte. Pe Eltar esbozó una sonrisa. Rimmer Dall también tenía un dominio magistral de la técnica de hacerse invisible.

—¿A cuántos has matado? —preguntó el Primer Buscador con su voz susurrante.

—A uno —contestó Pe Eltar, esbozando una sonrisa que estiró las comisuras de su boca—. Tal vez mate a otro cuando salga.

—Un día ese juego se volverá contra ti —replicó Rimmer Dall, mientras sus ojos brillaban con un rojo peculiar—. Un día rozarás a la muerte por equivocación, y ella te atraparà a ti en lugar de a tu víctima.

Pe Eltar hizo un gesto de despreocupación. No temía su propia muerte. Sabía muy bien que un día llegaría, y cuando eso sucediera sería una cara conocida, una cara que había visto durante toda su vida. Para la mayoría de la gente existía el pasado, el presente y el futuro, pero no para Pe Eltar. El pasado no eran más que recuerdos, y los recuerdos eran señales caducas de lo que ya no existía. El futuro era una vaga promesa, sueños y volutas de humo, por lo que tampoco le servía. Solo el presente tenía importancia, porque el presente era el aquí y ahora de la identidad, el espectáculo de la vida, la inmediatez de la muerte, y podía controlarse, cosa que no se podía hacer con el pasado ni con el futuro. Pe Eltar creía en el control. El presente era una cadena interminable de momentos que vivían y morían entrelazados, y él siempre estaba allí para verlo venir.

Una ventana se abría a la oscuridad de la noche frente a una mesa y dos sillas, y Pe Eltar se acercó para sentarse. Rimmer Dall lo imitó. Estuvieron en silencio durante un largo rato, mirándose a la cara, pero observando algo más. Hacía unos veinte años que se conocían. Se habían cruzado por casualidad. Rimmer Dall era un joven miembro de un comité legislativo del Consejo de Coalición, y ya estaba muy implicado en la envenenada política de la Federación. Aunque casi era un adolescente, era implacable y decidido, e inspiraba temor en quienes lo rodeaban. Era un umbrío, desde luego, pero muy pocos lo sabían. Pe Eltar, casi de su misma edad, ya era un notable asesino con más de veinte muertes a sus espaldas. Se conocieron en el dormitorio de un hombre al que Rimmer Dall había ido a matar, un hombre cuya posición en el gobierno de la Tierra del Sur ansiaba, y cuyas interferencias ya había aguantado demasiado tiempo. Pe Eltar había llegado primero, enviado por otro de los

enemigos del hombre. Se estudiaron en silencio sobre el cuerpo sin vida de su víctima. La noche los envolvía en una negra oscuridad que era reflejo de sus vidas, y los dos captaron la similitud que había entre ellos. Ambos utilizaban la magia, y ninguno de los dos era lo que parecía. Ambos eran completamente amorales. Ninguno temía al otro. En el exterior, la ciudad sureña de Vado del Camino zumbaba, crujía y siseaba con las intrigas de hombres con ambiciones tan grandes como las suyas propias, pero con habilidades mucho menores. Se miraron a los ojos y vieron sus respectivas posibilidades.

A partir de ese momento formaron una asociación estable. Pe Eltar se convirtió en el arma y Rimmer Dall, en la mano que la empuñaba. Cada uno servía al otro por voluntad propia. No había coacciones ni ataduras entre ellos. Cada uno cogía lo que necesitaba y devolvía lo estipulado, aunque ninguno de los dos se identificaba con el otro ni le comprendía, en el fondo. Rimmer Dall era el jefe de los umbríos, cuyo plan era un absoluto secreto. Pe Eltar era un asesino apasionado por su trabajo. Rimmer Dall encargaba a Pe Eltar que eliminara a todos aquellos que fueran potencialmente peligrosos. Pe Eltar aceptaba el encargo siempre que el desafío le parecía interesante. Se nutrían de las muertes de los demás.

—¿A quién tienes prisionero en la habitación de abajo? —preguntó Pe Eltar de repente, rompiendo el silencio, terminando con aquellos recuerdos del pasado.

Rimmer Dall inclinó un poco la cabeza, una máscara huesuda que daba a su rostro el aspecto de una calavera pelada.

—Un joven del valle, de la Tierra del Sur. Uno de los hermanos Ohmsford. El otro cree que lo ha matado. Yo lo planeé todo para que así lo creyera. —El hombretón parecía sentirse satisfecho de sí mismo—. Cuando llegue el momento, dejaré que vuelvan a encontrarse.

—Uno de tus juegos, ¿verdad?

—Un juego muy arriesgado, que implica una magia de proporciones inimaginables... una magia muy superior a la tuya, la mía o la de cualquier otro. Un poder sin límites.

Pe Eltar no respondió. Sentía el peso de la Stiehl contra su muslo, el calor de su magia. Le resultaba difícil imaginar una magia más poderosa, e imposible considerar una que le fuera más útil. La Stiehl era el arma perfecta, una hoja que lo cortaba todo. Nada se le resistía. El hierro, la piedra; la defensa más impenetrable era inútil contra ella. Nadie estaba a salvo, ni siquiera los umbríos; incluso estos podían ser destruidos. Lo había descubierto años atrás, cuando uno intentó matarlo, introduciéndose en su dormitorio como un gato cauteloso. El umbrío pensaba acabar con su vida mientras dormía, pero Pe Eltar siempre estaba alerta. Mató al ser oscuro con facilidad.

Después se le ocurrió pensar que Rimmer Dall podía haber enviado al umbrío para ponerlo a prueba, pero prefirió no investigar esa posibilidad. Tampoco es que le importara demasiado. La Stiehl hacía que fuera invencible.



Pensaba que el destino le había concedido el arma. No sabía quién la había forjado, pero sí que estaba hecha a su medida. Tenía doce años cuando la encontró, mientras viajaba hacia el norte con un hombre que afirmaba ser su tío (un borracho zafio y amargado con tendencia a maltratar a cualquiera que fuera más pequeño y débil que él) a través de las tierras bajas del Túmulo de la Batalla, visitando los numerosos pueblos y aldeas en los que su tío vendía los productos que antes había robado. Habían acampado en una hondonada, en una zona cubierta de matorrales al borde de los Robles Negros, entre las sirenas y los lobos del bosque, y su tío había vuelto a pegarle por la ofensa que se hubiera imaginado aquella vez, antes de quedarse dormido abrazado a la botella. A Pe Eltar ya no le importaban las palizas: las había recibido desde que, tras quedarse huérfano cuando tenía cuatro años, su tío se había hecho cargo de él. Apenas recordaba cómo era la vida sin ellas. Lo que de verdad le importaba era la forma en que, en los últimos días, su tío le propinaba esas palizas. Era como si, al golpearlo, quisiera descubrir los límites del sufrimiento del muchacho, y Pe Eltar empezaba a pensar que ya había sobrepasado esos límites.

Caminó bajo la luz crepuscular para estar solo, sorteó los barrancos vacíos y las desoladas pendientes, arrastrando los pies y esperando que el dolor de sus cortes y magulladuras disminuyera. La cañada estaba cerca, a unos cien metros, y la cueva que allí se ocultaba lo atraía con la fuerza de un imán. Sentía su presencia de una manera que no podía explicar. Oculta por unos matorrales y medio enterrada entre las rocas caídas se abría una boca oscura y ominosa. Pe Eltar entró en ella sin vacilar. Ya entonces había pocas cosas capaces de asustarle. Su vista había sido siempre extraordinaria, y hasta la luz más débil le servía para encontrar el camino.

Avanzó por la caverna hasta que encontró los huesos. Eran huesos humanos, con varios siglos de antigüedad, esparcidos al azar como si alguien les hubiese dado una patada. La Stiehl yacía entre ellos; su hoja emitía destellos plateados en la oscuridad, como los latidos de un corazón. Llevaba el nombre grabado en la empuñadura. Pe Eltar la cogió y sintió su calor. Un talismán de otra época, un arma dotada de gran poder. Enseguida cayó en la cuenta de que era mágica y que nada se le resistiría.

Con paso firme y decidido, salió de la cueva, regresó al campamento y cortó la garganta de su tío de un solo tajo. Primero lo despertó, para que se diera cuenta de quién era el que iba a acabar con su vida. Su tío fue el primer hombre que mató.

Aquello había ocurrido mucho tiempo atrás.

—Te he hecho llamar por una muchacha —dijo Rimmer Dall de repente.

La mirada de Pe Eltar volvió a posarse en la cara huesuda recortada contra las sombras de la noche. Pudo ver que los ojos escarlatas emitían vivos destellos.

El aliento del Primer Buscador siseó entre sus labios.

—Dicen que posee el don de la magia, que puede cambiar el estado de la tierra solo con tocarla, acabar con la esterilidad y la enfermedad, y hacer que crezcan flores en el suelo más hediondo. Dicen que es hija del Rey del río de Plata.

—¿Y lo es? —inquirió Pe Eltar, esbozando una sonrisa.

—Sí —respondió Rimmer Dall, haciendo un gesto de asentimiento—. Ella es la persona de la que hablan las leyendas. Desconozco el objetivo de su misión, pero sé que viaja hacia el este, hacia la ciudad de Culhaven y el país de los enanos. Parece que tiene un propósito muy concreto. Quiero que lo descubras, y que después la mates.

—¿Por qué no la matas tú? —preguntó Pe Eltar, sin darle una respuesta.

—No —respondió Rimmer Dall, haciendo un gesto negativo—. No podemos acercarnos a la hija del Rey del río de Plata. Por otra parte, reconocería al instante a un umbrío. Las criaturas mágicas comparten un vínculo que impide el disfraz. Debe ser alguien distinto a nosotros, alguien que pueda acercarse a ella lo suficiente, alguien de quien no pueda sospechar.

—Alguien —repitió mecánicamente Pe Eltar, acentuando su siniestra sonrisa—. Hay muchas personas que pueden hacer ese trabajo, Rimmer. Envía a otro. Tienes ejércitos enteros de degolladores leales que estarían encantados de eliminar a una muchacha lo bastante tonta como para revelar que tiene magia. Este encargo no me interesa.

—¿Estás seguro, Pe Eltar?

Pe Eltar emitió un prolongado suspiro. «Ahora empiezan las negociaciones», pensó. Se puso de pie, y su delgado cuerpo parecía un látigo cuando se inclinó sobre la mesa para ver mejor la cara del otro hombre.

—Te he oído decir muchas veces que parezco un umbrío, que tenemos mucho en común. Manejamos una magia contra la que no hay defensa posible. Poseemos una percepción del verdadero sentido de la vida de la que otros carecen. Compartimos instintos y habilidades. Somos capaces de oler, saborear y sentir lo mismo. Somos las dos caras de la misma moneda. Lo has repetido una y otra vez. Muy bien, Rimmer Dall, a menos que estés mintiendo, esa muchacha me descubriría tan pronto como a ti, ¿verdad? Por tanto, es absurdo que me envíes.

—Tienes que ser tú.

—¿Por qué?

—Tu magia no es innata. Está separada de ti, de tu identidad. Aunque la muchacha pueda sentirla, nunca podrá descubrir que procede de ti. No advertirá el peligro que supones para ella. Podrás hacer lo que sea necesario.

—Como ya te he dicho, este encargo no me interesa —respondió Pe Eltar, encogiéndose de hombros.

—¿Porque no supone un desafío?

—Sí. Porque no supone un desafío —respondió Pe Eltar, sentándose de nuevo.

—Esa muchacha no es una simple criatura de carne y hueso; no será fácil vencerla —dijo Rimmer Dall, arrellanándose en la silla y ocultando la cara en la oscuridad—. Tiene una magia poderosa que la protegerá. Para matarla, se necesita una magia aún más fuerte. Los hombres normales con armas normales no tienen ninguna posibilidad. Mis legiones de degolladores, como tú los llamas con tanto

desdén, son inútiles, y los umbríos ni siquiera pueden acercarse. Además, aunque pudieran acercarse, tampoco serviría de nada. ¿Me comprendes, Pe Eltar?

Pe Eltar guardó silencio. Cerró los ojos, pero podía sentir la mirada de Rimmer Dall clavada en él.

—Esa muchacha es peligrosa, Pe Eltar; sobre todo porque ha sido enviada para llevar a cabo una misión importante, y desconozco de qué se trata. Tengo que averiguarlo e impedir que la lleve a cabo. No será fácil. Incluso para ti, podría ser demasiado difícil.

—¿Eso crees? —inquirió Pe Eltar, con un gesto dubitativo.

—Es posible.

Pe Eltar se puso de pie con la celeridad del pensamiento y la Stiehl desenvainada en la mano. La punta de la hoja se alzó y se detuvo a centímetros de la nariz de Rimmer Dall. La sonrisa dibujada en el rostro de Pe Eltar era aterradora.

—¿De verdad?

—Haz lo que te pido, Pe Eltar —respondió Rimmer Dall, sin pestañear siquiera—. Ve a Culhaven, encuentra a esa muchacha, averigua lo que piensa hacer y luego máatala.

Pe Eltar se preguntó si no debería matar a Rimmer Dall. Lo había pensado antes, había ponderado seriamente si le convenía hacerlo. En los últimos tiempos, la idea había empezado a ejercer cierta fascinación sobre él. No sentía ninguna lealtad hacia el Primer Buscador, ni le importaba lo más mínimo, excepto por las oportunidades que le ofrecía, y estas ya ni siquiera eran tan satisfactorias como antes. Estaba cansado de sus constantes intentos de manipulación. Ya no se sentía cómodo con el acuerdo. ¿No sería mejor romperlo de una vez? La Stiehl ondeó. Obviamente, el problema era que no tenía una razón de peso para hacerlo. No conseguiría nada matando a Rimmer Dall, a menos que estuviera dispuesto a descubrir qué secretos podría revelar la muerte del Primer Buscador. Podrían ser interesantes. Por otra parte, ¿por qué precipitar los acontecimientos? Era mejor saborear la perspectiva durante algún tiempo. Era mejor esperar.

Envainó la Stiehl con un movimiento rápido y se alejó. Durante un breve instante tuvo la sensación de que había perdido una oportunidad que, con toda probabilidad, nunca más volvería a presentarse. Pero eso era una tontería. Rimmer Dall no podría impedirlo. La vida del Primer Buscador era suya y la tomaría en el momento en que se le antojara.

—Lo haré —respondió Pe Eltar, mirando a Rimmer Dall un momento y haciendo un gesto de indiferencia.

Se dio media vuelta y empezó a dirigirse a la salida.

—Ten cuidado, Pe Eltar —le advirtió Rimmer Dall—. Esa muchacha es una rival formidable incluso para ti. No juegues con ella. En cuanto hayas descubierto su objetivo, máatala.

Pe Eltar no respondió. Salió de la habitación y se fundió de nuevo con la

oscuridad, en absoluto interesado en lo que pensaba o quería Rimmer Dall. Ya había hecho bastante aceptando el encargo del umbrío. La forma de llevarlo a cabo solo le concernía a él.

Partió hacia Culhaven. No mató a ningún centinela cuando abandonó la Atalaya Sur, porque el esfuerzo no merecía la pena.

Ya era cerca de medianoche cuando Pe Eltar, cansado de reflexionar, se rindió al sueño, dormitando en la silla mientras las horas se sucedían lentamente. La muchacha despertó antes del amanecer. La familia de enanos dormía y la casita estaba silenciosa. Las hogueras de los seguidores que habían acampado en los alrededores habían quedado reducidas a brasas y cenizas, y los últimos murmullos de conversación se habían apagado. En cuanto la muchacha se movió, Pe Eltar recuperó la consciencia. Sus ojos estaban fijos en él, y así siguieron largo rato. Luego, ella se incorporó lentamente.

—Me llamo Aurora —dijo.

—Yo soy Pe Eltar —respondió él.

La muchacha le estrechó la mano. Sus dedos eran livianos como plumas cuando le tocaron la piel. Entonces ella se estremeció y retiró la mano.

—Soy la hija del Rey del río de Plata —prosiguió la joven. Se levantó de la cama y se colocó frente a él, echando hacia atrás sus enmarañados cabellos plateados. Pe Eltar estaba hechizado por su belleza, pero la muchacha no parecía advertirlo—. Necesito tu ayuda. He salido al mundo de los hombres en busca de un talismán. ¿Quieres acompañarme en mi búsqueda?

La petición cogió a Pe Eltar por sorpresa, y no respondió. Se limitó a seguir contemplándola.

—¿Por qué me has elegido? —preguntó por fin, inseguro.

—Porque eres especial —dijo Aurora sin pensarlo.

Era la respuesta adecuada, y Pe Eltar se sorprendió de que supiera tanto de él, de que presintiera lo que él quería oír. Entonces recordó la advertencia de Rimmer Dall y se endureció.

—¿Qué clase de talismán buscamos?

—Uno mágico, dotado de tal poder que incluso supera el de los umbríos —respondió la muchacha, sin apartar la mirada de él.

Pe Eltar parpadeó. Aurora era muy hermosa, pero su belleza era una máscara que distraía y confundía. De pronto se sintió despojado de sus defensas, su intimidad al descubierto, todos sus secretos expuestos a la luz. Se dio cuenta de que ella lo reconocía por lo que era, de que tenía la facultad de verlo todo.

Estuvo a punto de matarla en ese mismo instante. Lo detuvo su apariencia vulnerable. A pesar de su magia, asombrosa sin duda, capaz de convertir el terreno yermo y quemado de una ladera en aquello que ya solo pervivía en las mentes de los enanos más viejos, no tenía forma de defenderse contra un arma asesina como la Stiehl. Pe Eltar podía sentirlo. Si decidía matarla, ella no podría evitarlo.

Sin embargo, decidió no hacerlo. Todavía no.

—Los umbríos —repitió en voz baja.

—¿Les temes? —preguntó ella.

—No.

—¿Y a la magia?

—¿Qué sabes sobre mí? —le preguntó Pe Eltar, inclinándose hacia ella y buscando en sus ojos una posible respuesta, mientras tragaba una bocanada de aire fresco y sus facciones se endurecían.

—Sé que te necesito —respondió la muchacha, sosteniéndole la mirada—. Que no temerás ni titubearás al hacer lo que sea necesario.

A Pe Eltar le pareció que sus palabras tenían un doble significado, pero no logró descifrar lo que ocultaban.

—¿Me acompañarás? —insistió Aurora.

«Mátala enseguida —le había advertido Rimmer Dall—. Averigua su objetivo y máatala». Pe Eltar apartó la mirada, fijándola en las sombras de la noche a través de la ventana, y escuchó los sonidos suaves y distantes del río y del viento. Nunca había tenido en cuenta los consejos de los demás. La mayoría eran inútiles para un hombre cuya vida dependía únicamente de su habilidad y su toma de decisiones. Además, aquel asunto tenía muchos aspectos que Rimmer Dall no había mencionado. Había secretos que esperaban a ser descubiertos. Quizás el talismán que buscaba la muchacha era algo que incluso el Primer Buscador temía. Pe Eltar esbozó una sonrisa. ¿No sería interesantísimo si ese talismán cayera en sus manos?

Volvió los ojos hacia la muchacha. Podría matarla en cualquier momento.

—Te acompañaré —respondió por fin. Aurora extendió las manos para coger las suyas, y lo atrajo hacia sí. Cualquiera que los viera pensaría que eran amantes.

—Hay otras dos personas que también deben acompañarnos, dos como tú —dijo—. Uno está en Culhaven. Quiero que me lo traigas.

Pe Eltar frunció el entrecejo. Ya había tomado la decisión de separarla de los tontos que estaban acampados fuera, creyentes de sus milagros, porque eran un estorbo en su camino. Aurora le pertenecía solo a él.

—No —respondió, negando con la cabeza.

—Sin ellos, no tendremos éxito —insistió Aurora, dando un paso hacia delante. Sus ojos de color negro azabache estaban extrañamente vacíos—. Sin ellos, el talismán está fuera de nuestro alcance. No vendrá nadie más, pero ellos tienen que acompañarnos.

Habló con tanta seguridad que a Pe Eltar le resultó imposible poner objeciones. Parecía completamente convencida de que decía la verdad. Tal vez fuera así, admitió para sus adentros. Lógicamente, sabía más de su misión que él.

—¿Solo dos? —preguntó—. ¿Nadie más? ¿Ninguno de los que están ahí fuera?

Aurora se limitó a hacer un gesto de asentimiento.

—Muy bien —aceptó Pe Eltar. Solo dos hombres no supondrían ningún problema

ni podrían interferir en sus planes. La muchacha seguiría siendo suya, y podría matarla cuando quisiera—. Dices que uno de ellos está en la ciudad. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—En las prisiones de la Federación —respondió Aurora, dándole la espalda por primera vez desde que despertara para ocultarle su expresión.

Morgan Leah.

Ese era el nombre de la persona que Pe Eltar tenía que encontrar y llevar ante la hija del Rey del río de Plata.

Las calles de Culhaven estaban desiertas. Solo los mendigos sin hogar dormían en los portales de las tiendas, bultos informes de harapos que aguardaban el amanecer. Pe Eltar los ignoró mientras se dirigía al centro de la ciudad, donde estaban ubicadas las prisiones de la Federación. Faltaban un par de horas para que amaneciera; tenía tiempo más que suficiente para hacer lo que se proponía. Podría haber dejado el rescate para otra noche, pero no encontró razón alguna para aplazarlo. Cuanto antes encontrara a ese individuo, antes se pondrían en camino. Aún no le había preguntado a la muchacha adónde se dirigirían. En realidad, ese detalle no le importaba ni lo más mínimo.

Se mantuvo apartado de la luz mientras caminaba, reflexionando sobre el efecto ambivalente que Aurora tenía en él. Se sentía alegre y consternado al mismo tiempo. La muchacha hacía que se sintiera como un hombre en proceso de redescubrirse a sí mismo, y también como un verdadero idiota. Sin duda, Rimmer Dall afirmaría que se trataba de lo último, que estaba jugando a un juego muy peligroso, que ella lo tenía comiendo de la palma de su mano y que se engañaba al pensar que dominaba la situación. Pero Rimmer Dall no tenía corazón, ni alma, ni sentido poético de la vida y la muerte. No se preocupaba por nada ni por nadie, solo por el poder que ya tenía o el que buscaba. Era un umbrío, y los umbríos eran seres vacíos. Rimmer Dall podía pensar lo que quisiera, pero Pe Eltar se parecía muy poco a él. Pe Eltar comprendía las duras realidades de la existencia, la necesidad de sobrevivir, de mantenerse a salvo; pero también apreciaba la belleza de las cosas, sobre todo ante la perspectiva de la muerte. La muerte poseía una gran belleza. Para Rimmer Dall no era más que vida extinguiéndose. Pero cuando Pe Eltar mataba, lo hacía para descubrir de nuevo la gracia y simetría que la convertían en el más maravilloso de los sucesos de la vida.

Estaba seguro de que la muerte de Aurora sería de una increíble belleza. No se parecería a ninguna otra muerte que hubiera llevado a cabo.

No se apresuraría, no precipitaría lo inevitable; se tomaría su tiempo para planearla. Los sentimientos que ella le provocaba no alterarían ni cambiarían sus planes. Tampoco se menospreciaría por experimentarlos ni renegaría de ellos, pues formaban parte de su disfraz, una reafirmación de su humanidad. Rimmer Dall y sus umbríos no podían comprender esos sentimientos, eran insensibles como la piedra. Pero Pe Eltar no. La insensibilidad nunca sería parte de él.

Pasó ante las casas de trabajo, procurando mantenerse oculto a los ojos de los

soldados de la Federación que montaban guardia. El bosque cercano estaba quieto, dormido, como un vacío negro donde los sonidos eran incorpóreos y, de alguna forma, aterradores. Pe Eltar se convirtió en parte de ese vacío, cómodo en su camuflaje mientras avanzaba con sigilo. Solo él podía ver y oír cosas que estaban vedadas a cualquier otro ser humano; siempre había sido así. Podía percibir a las criaturas que habitaban en la oscuridad, aunque se ocultaran. Los umbríos también tenían los sentidos muy desarrollados, pero ni siquiera ellos eran capaces de igualar su percepción.

Se detuvo ante un cruce de caminos iluminado, y esperó hasta asegurarse de que no corría ningún riesgo. Había patrullas por todas partes.

Visualizó la imagen de Aurora en el aura proyectada por una farola solitaria. Niña, mujer, criatura mágica... era todo eso y mucho más. Era la encarnación de todo lo que era hermoso en el mundo: un claro en el bosque iluminado por el sol, una cascada, un cielo azul al mediodía, el caleidoscopio de color de un arco iris, una interminable lluvia de estrellas contemplada desde una llanura desierta. Era una criatura de carne y hueso, de vida humana y, sin embargo, también formaba parte de la tierra renacida, de los arroyos de las montañas, de las enormes rocas añejas que solo cedían ante el paso del tiempo. Le sorprendía, pero podía sentir en ella cosas que eran a la vez incongruentes y compatibles. ¿Cómo era eso posible? ¿Qué era esa muchacha, más allá de lo que decía ser?

Cruzó con rapidez la zona iluminada y se sumergió de nuevo en la oscuridad. No lo sabía, pero estaba decidido a averiguarlo.

La mole cuadrada y negra de las prisiones de la Federación se elevaba frente a él. Pe Eltar dedicó un breve instante a considerar las diversas opciones de las que disponía. Conocía el interior de las prisiones de la Federación en Culhaven; había estado en ellas un par de veces, aunque eso solo lo sabía Rimmer Dall. También en los edificios de la Federación había gente a la que era necesario eliminar. Pero aquella noche no era ese su objetivo. Admitió que se había planteado la posibilidad de matar al hombre que tenía que rescatar, al tal Morgan Leah. Era una forma de impedir que la muchacha insistiera en que los acompañase durante la búsqueda del talismán perdido. Si lo mataba ahora, y después al otro, el asunto quedaría zanjado. Podría mentir sobre lo sucedido. Pero la muchacha sospecharía la verdad, tal vez incluso la adivinara. Ella confiaba en él, ¿por qué correr el riesgo de traicionarla? Además, quizás estuviera en lo cierto y aquellos dos hombres fueran necesarios para hacerse con el talismán. Aún no sabía casi nada de ellos. Era mejor no precipitarse y esperar el curso natural de los acontecimientos.

Mientras reflexionaba, dejó que su delgada figura desapareciera en la piedra del muro contra el que se apoyaba. Podía entrar en la prisión sin problemas solo con mostrar al oficial al mando su insignia de umbrío, y liberar así al prisionero. Pero eso significaría revelar su identidad, y prefería no hacerlo. Nadie conocía su existencia, excepto Rimmer Dall. Era el asesino privado del Primer Buscador. Ninguno de los



otros umbríos sospechaba siquiera su existencia; nadie le había visto nunca. Aquellos que habían descubierto quién era, fueran umbríos o no, estaban muertos. Su existencia era un secreto y prefería que siguiera siéndolo. Sería mejor sacar al hombre de la prisión del modo habitual: por sus propios medios, en silencio y a escondidas.

Pe Eltar esbozó una sonrisa. Salvaría al hombre ahora para poder matarlo después. Qué extraño era a veces el mundo.

Se despegó de la pared y avanzó envuelto en las sombras de noche hacia las prisiones.

\* \* \*

Morgan Leah no estaba dormido. No podía dejar de pensar, recostado sobre el jergón de paja de su celda. Llevaba despierto casi toda la noche, demasiado inquieto, preocupado y angustiado como para conciliar el sueño, con una inquietante sensación de impotencia de la que no lograba deshacerse. La celda era claustrofóbica, de poco más de tres metros cuadrados de superficie y cuatro de alto, con una puerta de hierro de varios centímetros de grosor y una ventana enrejada tan alta que ni siquiera podía alcanzarla saltando. No habían limpiado desde que lo metieron allí y, por tanto, toda la estancia apestaba. Le llevaban comida, si es que eso podía llamarse comida, dos veces al día, y se la pasaban a través de una ranura abierta en la base de la puerta. Le proporcionaban agua para beber del mismo modo, pero no podía lavarse. Llevaba prisionero casi una semana, y nadie había ido a verlo, por lo que empezaba a pensar que ya no iría nadie.

La situación le parecía, cuanto menos, extraña. Cuando lo capturaron, pensó que intentarían averiguar, sin tardanza y por todos los medios a su alcance, por qué se había tomado tantas molestias para liberar a dos viejas enanas. Se preguntaba si la abuela Elise y la tía Jilt habrían conseguido huir, si seguirían en libertad. No tenía forma de averiguarlo. Había golpeado a un teniente de la Federación, era posible que hasta lo hubiera matado. Había robado un uniforme para hacerse pasar por soldado, había utilizado el nombre de un comandante para entrar en las casas de trabajo, había engañado a un oficial de servicio y había conseguido que el ejército de la Federación en general pareciera un puñado de incompetentes, y todo ello solo para liberar a dos ancianas. El mando de la Federación, herido en su orgullo, querría averiguar a toda costa por qué. Tenía que estar ansioso por hacerle pagar tanto daño y tanta humillación. Pero en lugar de tomarse la revancha, lo habían dejado solo y abandonado.

Consideró las distintas posibilidades. Le parecía improbable que pudieran ignorarlo eternamente, que lo dejaran en la celda para olvidarse de él. Había descubierto que el comandante Assomal estaba en el campo; era posible que

quisieran aguardar a su regreso para empezar con los interrogatorios. ¿Pero sería el teniente Soldt lo bastante paciente para esperar, después de lo que le había hecho? ¿Estaría muerto? ¿Lo había matado después de todo? ¿O esperaban a otra persona?

Morgan dio un profundo suspiro. Otra persona. Siempre llegaba a la misma conclusión inevitable. Esperaban a Rimmer Dall.

Tenía que ser así. Teel había traicionado a la abuela Elise y a la tía Jilt al denunciarlas a la Federación y, sobre todo, a los umbríos. Era más que probable que Rimmer Dall conociera su relación con los hermanos Ohmsford y también con aquellos que los habían acompañado en su búsqueda de la espada de Shannara. Si alguien intentaba liberarlas, le sería notificado... e iría a ver de quién se trataba.

Morgan, que estaba mirando la pared, se dio media vuelta. No le dolía tanto el cuerpo como los primeros días; las secuelas de la paliza que le habían dado empezaban a desaparecer. Fue una suerte que no le hubieran roto ningún hueso. Podía considerarse afortunado de seguir con vida.

O no, se corrigió; todo dependía del cristal con el que lo mirara. Pensó en Par y Coll, y lamentó no haber podido reunirse con ellos como había prometido. ¿Qué les pasaría, ahora que no podía ayudarlos? ¿Qué les habría ocurrido durante su ausencia? Se preguntó si Damson Rhee los habría ocultado cuando huyeron del Pozo de Tyrsis, y si Padishar Cesta habría conseguido encontrarlos.

Se hizo un millar de preguntas, pero no encontró ninguna respuesta. Sobre todo, se preguntó cuánto tiempo le quedaría de vida.

Volvió a darse la vuelta, pensando en lo distintas que podrían haber sido las cosas para él. En otra época, habría ostentado el título de príncipe de Leah y gobernado su tierra natal. Pero hacía ya más de doscientos años que la Federación había puesto fin a la monarquía, y su familia ya no era depositaria de ningún derecho sobre las Tierras Altas. Cerró los ojos e intentó no pensar en lo que podría haber sido. Seguía conservando la esperanza, un espíritu indomable a pesar de las circunstancias y la misma capacidad de adaptación de la que tantas veces había hecho gala. No tenía la más mínima intención de rendirse. Siempre había una salida.

Lo único que necesitaba era descubrirla.

Morgan Leah dormitó un rato, perdido en un flujo de imágenes intercaladas con un aluvión de caras y voces que se burlaban de él, irreales e inconexas, con mentiras sobre cosas que nunca habían existido y que nunca existirían.

Por fin se quedó dormido.

Entonces una mano le tapó la boca, cortando su exclamación de sorpresa. Otra mano lo sujetó contra el camastro. Morgan se debatió, pero la fuerza de quien lo mantenía inmóvil era inquebrantable.

—Silencio —le ordenó una voz en su oído—. No hagas ruido.

Morgan obedeció. Un hombre de rostro de halcón, vestido con uniforme militar, estaba agachado junto a él, mirándolo intensamente a los ojos. Las manos se apartaron del montañés, y el hombre se sentó a su lado en el camastro, mientras una

sonrisa tranquilizadora se extendía por su estrecho rostro.

—¿Quién eres? —preguntó Morgan en voz baja.

—Alguien que puede sacarte de este lugar si demuestras ser lo bastante listo para hacer lo que te diga, Morgan Leah.

—¿Sabes cómo me llamo?

—Supuse que eras tú y he acertado —respondió el desconocido, acentuando su sonrisa—. De hecho, he llegado aquí por casualidad. ¿Podrás llevarme hasta la salida?

Morgan lo miró atentamente. Era un hombre alto y enjuto que daba la impresión de saber lo que hacía. La sonrisa parecía grabada a fuego en su rostro, que no tenía nada de amistoso. Morgan retiró la manta y se puso de pie, advirtiendo que su visitante retrocedía para mantener siempre entre ambos una distancia de seguridad. «Cauteloso como un gato», pensó Morgan.

—¿Estás con el Movimiento? —preguntó el joven de las montañas al desconocido.

—Estoy conmigo mismo. Ponte esto —le ordenó, tirándole unas prendas de ropa. Cuando el muchacho las examinó, descubrió que se trataba de un uniforme de la Federación. El desconocido desapareció en la oscuridad durante un breve instante, y luego volvió a aparecer con algo voluminoso sobre un hombro. Después dejó caer su carga sobre el jergón con un gruñido. Morgan se estremeció al advertir que era un cuerpo. El desconocido cogió la manta y la colocó sobre el cadáver para que pareciera que dormía.

—Así tardarán más tiempo en descubrir que te has ido —dijo en voz baja, con aquella sonrisa enervante.

Morgan se apartó y se vistió lo más rápido que pudo. El desconocido gesticuló con impaciencia cuando terminó. Después salieron juntos por la puerta abierta de la celda.

El pasillo exterior era estrecho y estaba desierto. La luz de los faroles no ahuyentaba por completo la oscuridad. Morgan no había llegado a ver las prisiones cuando lo encerraron, porque había perdido el conocimiento por la paliza, y se sintió perdido. Siguió al desconocido, recorriendo los pasadizos flanqueados por celdas idénticas a la suya propia, todas cerradas a cal y canto. No se tropezaron con nadie.

Al llegar al primer puesto de guardia tampoco encontraron a nadie. El desconocido cruzó con paso rápido hacia el pasadizo que se abría más allá, pero Morgan captó un destello de hojas de metal a través de una puerta entreabierta a un lado. Se detuvo y miró. Había filas de armas alineadas en las paredes de una pequeña habitación. De pronto, se acordó de la espada de Leah. No podía marcharse sin ella.

—¡Espera un momento! —le dijo en voz baja al desconocido.

Su salvador se volvió. Morgan dio un empujón a la puerta, que cedió un poco, bloqueada por algo al otro lado. El montañés continuó empujando hasta que pudo pasar. Dentro, tras la puerta, había otro hombre muerto. Morgan controló sus

emociones y se dedicó a buscar la espada de Leah.

La encontró casi al instante, todavía en la vaina que él había adaptado para ella, colgada de un clavo entre un puñado de lanzas. La alcanzó y, tras coger también un espadón, salió.

—No permitiré más retrasos —le advirtió el desconocido, que lo estaba esperando—. El cambio de guardia se realiza justo después del amanecer, y ya casi es la hora.

Morgan respondió con un gesto de asentimiento. Siguieron otro pasillo, bajaron un negro tramo de escaleras sostenido por vigas que crujían y gruñían bajo sus pies, y atravesaron un patio. El desconocido sabía muy bien lo que hacía. No se tropezaron con ningún guardia hasta que llegaron a un puesto situado en el interior de las murallas, pero pasaron inadvertidos. Cruzaron la verja y abandonaron la prisión cuando empezaban a aparecer las primeras luces por el este.

El desconocido llevó a Morgan carretera abajo. Pronto se detuvo y señaló la puerta trasera de un granero, donde la oscuridad era tan densa que el montañés tuvo que guiarse por el tacto. Una vez dentro, el desconocido encendió una lámpara. Tras buscar bajo una pila de sacos vacíos, sacó ropa para los dos, apropiada para zonas boscosas, indistinguible de la que utilizaban la mayor parte de los trabajadores de la Tierra del Este. Se cambiaron en silencio, y escondieron los uniformes de la Federación bajo los sacos.

El desconocido indicó por señas a Morgan Leah que lo siguiera. Ambos volvieron a salir a las primeras luces del nuevo día.

—Eres de las Tierras Altas, ¿verdad? —preguntó de repente el desconocido, mientras atravesaban la ciudad en dirección este.

Morgan respondió con un gesto de asentimiento.

—Morgan Leah. Tu apellido es el nombre de tu país. Tu familia gobernaba las Tierras Altas, ¿no es así?

—Sí —respondió Morgan. Su compañero parecía ahora más relajado, y sus largas zancadas eran lentas y tranquilas, aunque sus ojos no dejaban de mirar a un lado y a otro—. Pero hace muchos años que allí ya no gobierna una monarquía.

Cruzaron un puente estrecho sobre un afluente del río de Plata, contaminado de aguas fecales. Una anciana con un niño pequeño en brazos pasó junto a ellos. Morgan los miró, pero el desconocido no pareció reparar en ellos.

—Mi nombre es Pe Eltar —dijo después, sin ofrecerle la mano.

—¿A dónde vamos? —le preguntó Morgan.

—Ya lo verás —respondió Pe Eltar, curvando levemente la comisura de los labios—. A reunirnos con la dama que me encargó que te sacara de la prisión.

Morgan pensó en la abuela Elise y en la tía Jilt. ¿Pero era posible que conocieran a alguien como Pe Eltar? Ya le había dicho que no pertenecía al Movimiento de los Nacidos Libres, y no parecía probable que se hubieran aliado con la Resistencia de los enanos. Pe Eltar, pensó Morgan, estaba efectivamente del lado de quien le había

dicho: de sí mismo.

Entonces, ¿quién podía ser la dama que le había encargado su liberación?

Recorrieron callejuelas que serpenteaban entre cabañas y chozas de enanos situadas en los arrabales de Culhaven, deterioradas estructuras de piedra y madera que amenazaban con derrumbarse de un momento a otro sobre las cabezas de sus habitantes. Morgan oía la perezosa corriente del río de Plata cada vez más cerca. Las casas se fueron distanciando a medida que la arboleda se espesaba, y pronto fueron muy pocas las que quedaron a la vista. Los enanos que trabajaban en sus patios y jardines los miraban con recelo. Si Pe Eltar era consciente de aquellas miradas, no dio la menor muestra de ello.

La luz del sol ya traspasaba con sus anchos rayos los árboles de delante cuando llegaron a su destino: una casita bien cuidada, rodeada por una multitud de hombres harapientos que habían acampado junto al patio y ahora tomaban el desayuno y enrollaban los sacos de dormir. Los hombres intercambiaron algunos comentarios y miraron con desconfianza a Pe Eltar mientras se acercaba. Este pasó entre ellos sin una palabra, seguido de Morgan. Subieron los escalones que conducían a la puerta principal de la casa y entraron. Una familia de enanos, sentada ante una pequeña mesa, los recibió con breves palabras de bienvenida. Pe Eltar apenas prestó atención. Condujo a Morgan a un dormitorio de la parte trasera, le indicó que entrara y cerró la puerta tras ellos.

Había una muchacha sentada en el borde de la cama.

—Gracias, Pe Eltar —dijo la joven, levantándose.

Morgan Leah la miró. La muchacha era muy hermosa, con facciones delicadas y perfectas en las que predominaban los ojos más negros que el joven montañés había visto en su corta vida. Tenía una melena larga y plateada que brillaba como si tuviera luz propia, y un aire de dulzura que le hacía desear protegerla. Llevaba ropa sencilla: una túnica, pantalones sujetos a la cintura con un ancho cinturón de cuero y botas, pero la ropa no podía ocultar la armonía y la gracia del cuerpo que había debajo.

—Morgan Leah —dijo en voz baja la muchacha.

Morgan parpadeó al darse cuenta de que la estaba mirando muy fijamente, y se ruborizó.

—Me llamo Aurora —prosiguió la muchacha—. Mi padre es el Rey del río de Plata. Me ha enviado al mundo de los hombres en busca de un talismán, y necesito tu ayuda para encontrarlo.

Morgan se dispuso a responder, pero se rindió al no encontrar las palabras adecuadas. Miró a Pe Eltar, pero este había concentrado toda su atención en la muchacha. Estaba tan hipnotizado como él.

Aurora se acercó a Morgan, y el rubor de su cara y su cuello se le extendió por todo el cuerpo como una corriente cálida. La joven alargó las manos y colocó los dedos suavemente a ambos lados de la cara de Morgan. Nunca había experimentado un contacto como aquel. Pensó que daría cualquier cosa por volver a sentirlo.

—Cierra los ojos, Morgan Leah —le pidió Aurora.

El montañés no preguntó nada, se limitó a hacer lo que ella le pedía. De inmediato, se sintió en paz. Oía las conversaciones del exterior, el fluir de las aguas del río cercano, el susurro del viento, el canto de los pájaros y el roce de una azada. Entonces los dedos de Aurora presionaron su piel y todo desapareció en un estallido de color.

Morgan Leah flotaba como si estuviese sumergido en un sueño. Estaba rodeado de una luminosidad cubierta por la niebla, que no parecía tener un origen concreto. Entonces la neblina desapareció y ante sus ojos empezaron a desfilar las imágenes. Vio la entrada de Aurora en Culhaven, siguiendo un camino flanqueado por hombres, mujeres y niños que aplaudían y vitoreaban cuando pasaba ante ellos, para luego seguirla de forma ansiosa. La vio atravesar una multitud cada vez mayor de enanos, habitantes de la Tierra del Sur y gnomos, hasta llegar a la yerma ladera donde en otros tiempos habían florecido los jardines de Meade. Le pareció que él estaba entre la multitud, que era uno más de aquellos que habían ido a ver lo que haría la muchacha, y sintió su misma expectación y abrigó sus mismas esperanzas. Entonces ella subió por la ladera, enterró las manos en la tierra calcinada y utilizó su asombrosa magia. La tierra se transformó ante sus ojos; los jardines de Meade renacieron de las cenizas. Los colores, olores y sabores de su milagro inundaron el aire, y él sintió un dolor de una increíble dulzura en el pecho. Entonces empezó a llorar.

En ese preciso instante las imágenes se desvanecieron, y se encontró de nuevo en la casa. Notó que los dedos de la muchacha se retiraban y se frotó los ojos con el dorso de la mano antes de abrirlos. Ella lo observaba.

—¿Lo que me has enseñado es real? —preguntó con voz temblorosa, a pesar de su resolución por hablar con firmeza—. ¿Ha pasado de verdad? Es todo cierto, ¿verdad?

—Sí —respondió Aurora.

—Restauraste los jardines. ¿Por qué?

—Porque los enanos necesitan tener algo en lo que creer —respondió la muchacha, esbozando una leve y dulce sonrisa—. Porque se están muriendo.

—Aurora, ¿puedes salvarlos? —preguntó Morgan, aspirando profundamente.

—No, Morgan Leah —respondió la hermosa joven, provocando en él una gran decepción—. No puedo. —Se volvió durante un breve instante hacia el otro lado de la habitación—. Tal vez tú puedas salvarlos algún día. Pero ahora debes venir conmigo.

—¿Adónde? —preguntó el montañés, tras un instante de vacilación.

—Al norte, Morgan Leah —respondió la muchacha, alzando su dulce rostro hacia la luz—. A la Cuenca Oscura, para buscar a Walker Boh.

Pe Eltar permaneció en un rincón del pequeño dormitorio, completamente olvidado. No le gustaba nada lo que estaba viendo. No le gustaba la forma en que la

muchacha había tocado al joven de las montañas, ni la reacción de este. A él no lo había tocado de aquella forma. También le molestaba que supiera el nombre del montañés, y el del otro hombre, Walker Boh, pero no el suyo.

Entonces Aurora se volvió hacia él, introduciéndolo en su conversación con Morgan Leah, y le dijo que los dos tenían que viajar con ella al norte para encontrar al tercer hombre. Una vez que lo hubieran conseguido, emprenderían la búsqueda del talismán. La muchacha no les dijo de qué talismán se trataba, ni ellos se atrevieron a preguntárselo. Pe Eltar lo achacó al peculiar efecto que ejercía sobre ellos, que los inducía a no dudar de sus palabras, a aceptarlas sin oponer la más mínima objeción. Nunca le había sucedido nada semejante, pero su instinto le decía que aquella muchacha, aquella hija del Rey del río de Plata, aquella criatura que poseía una asombrosa magia, no mentía. No creía que la mentira estuviera en su naturaleza.

—Necesito que vengas conmigo —insistió Aurora, dirigiéndose al montañés.

—¿Nos acompañarás? —preguntó Morgan a Pe Eltar, volviéndose hacia él.

La forma en que hizo la pregunta satisfizo a Pe Eltar. En el tono de voz del muchacho había cierto grado de desconfianza e incluso, tal vez, de miedo. Esbozó una enigmática sonrisa e hizo un gesto de asentimiento. «Por supuesto, montañés, pero solo para mataros en el momento en que me plazca», pensó.

Morgan se volvió hacia la muchacha y empezó a explicar algo sobre dos viejas enanas que había rescatado de las casas de trabajo y cuyo destino necesitaba conocer porque se lo había prometido a un amigo. No dejaba de mirarla, como si su imagen le diera vida. Pe Eltar hizo un gesto de incredulidad. El muchacho no presentaba una amenaza para él. No podía imaginar por qué la muchacha pensaba que necesitaban su ayuda para recuperar el misterioso talismán.

Aurora le dijo al muchacho que entre quienes la habían acompañado a la casita había uno que podría descubrir qué había sido de las enanas. Se aseguraría de que estuvieran bien. Ella misma le pediría que lo hiciera de inmediato.

—Entonces, si de verdad me necesitas, iré contigo —le prometió Morgan Leah.

Pe Eltar se volvió. El montañés iría porque no tenía elección, porque la muchacha lo había hechizado. Podía leer en los ojos del muchacho que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella. Pe Eltar comprendía ese sentimiento, e incluso lo compartía a su manera. La única diferencia entre ellos era la meta que perseguían.

Pe Eltar se preguntó de nuevo cómo sería la muerte de la muchacha. Se preguntó qué descubriría en sus ojos.

Aurora llevó a Morgan hacia la cama para que pudiera descansar. Pe Eltar salió de la habitación en silencio y se quedó en el porche con los ojos cerrados, dejando que el calor del sol le bañara el rostro.

Hacía ya ocho días que Coll Ohmsford estaba prisionero en la Atalaya Sur y aún no sabía quién lo había llevado allí. Todo su mundo se reducía a la celda, una habitación de cinco metros cuadrados situada en la parte alta de la negra torre de granito: un cubículo de piedra y argamasa con una puerta de metal que nunca se abría, una ventana cerrada con postigos de metal, un jergón, un banco de madera y una mesita con dos sillas. La luz se filtraba por los resquicios de los postigos en finos rayos grises cuando era de día y desaparecía cuando era de noche. Coll podía mirar a través de los huecos y ver las aguas azules del lago del Arco Iris y las verdes copas de los árboles. Podía captar imágenes fugaces del vuelo de las grullas, golondrinas y gaviotas, y oír sus chillidos solitarios.

A veces oía el ulular del viento que soplabá de las montañas de Runne a través de los cañones que guiaban el flujo del río Mermidon. Una o dos veces, hasta escuchó el aullido de los lobos.

En alguna ocasión le llegaban los olores de la cocina, pero nunca parecían proceder de la comida que le daban. Se la servían en una bandeja que empujaban a través de una trampilla abierta al pie de la puerta de hierro, una entrega furtiva de procedencia indeterminada, pero nadie se cuidaba de retirar las bandejas que él iba apilando junto a la puerta. Se escuchaba un zumbido ininterrumpido que llegaba, al parecer, de los sótanos del castillo, una especie de vibración que al principio atribuyó a una gran máquina, y después a algo semejante a un temblor de tierra. Se transmitía a través de los muros de la torre, y cuando Coll ponía la mano contra ellos, sentía el estremecimiento de la piedra. Todo estaba caliente, a una temperatura agradable: las paredes y el suelo, la puerta y la ventana, la piedra, la argamasa y el metal. No conseguía imaginar cómo lo harían, porque las noches eran tan frías que el aire cortaba. A veces le parecía oír pisadas al otro lado de la puerta; no cuando le llevaban la comida, sino en los momentos en que todo estaba tranquilo y el único sonido que se escuchaba era el zumbido de los insectos en los árboles lejanos. Las pisadas no se acercaban, sino que pasaban sin detenerse. Tampoco tenían una procedencia clara. No podía precisar si le llegaban de abajo, de arriba o del exterior.

Era consciente de que lo observaban, no con frecuencia, pero sí lo suficiente para que pudiera darse cuenta. Sentía los ojos de alguien fijos en él, estudiándolo, esperando quizá. No sabía desde dónde lo observaban. Tenía la impresión de que era desde todas partes. A veces oía una respiración, pero cuando intentaba localizarla solo podía escuchar la suya propia.

Pasaba la mayor parte del tiempo reflexionando, porque no tenía mucho que hacer. Podía dormir, comer, recorrer su celda de un lado a otro y mirar por los



resquicios de los postigos. Podía escuchar, oler y saborear el aire. Pero creía que reflexionar era lo mejor, un ejercicio que mantenía la mente despierta y libre. Sus pensamientos, al menos, no estaban prisioneros. El aislamiento que sufría amenazaba con volverlo loco, ya que estaba apartado de todo y de todos los que conocía, sin poder siquiera imaginar por qué habían decidido encerrarlo allí, y hasta sus captores se mantenían ocultos de manera deliberada. Su preocupación por Par era tan fuerte que lo hacía llorar. Se sentía como si el resto del mundo lo hubiese olvidado, como si hubiesen prescindido de él. Los acontecimientos seguían su curso y lo dejaban al margen. Quizá todo lo que conocía hubiera cambiado. El tiempo se extendía en una lenta e interminable sucesión de segundos, minutos, horas y días. Se encontraba perdido en la penumbra, la oscuridad y el silencio. Su propia existencia carecía de significado.

Reflexionar lo mantenía lúcido.

Pensaba sin cesar en la manera de escapar. La puerta y los postigos de la ventana estaban sólidamente incrustados en la piedra de la torre, y los muros y el suelo eran gruesos e impenetrables. En cualquier caso, no contaba con ninguna herramienta para cavar. Intentó escuchar a los guardias que patrullaban fuera de allí, pero su esfuerzo resultó inútil. Intentó ver quiénes eran los que le llevaban la comida, pero nunca lo consiguió. Escapar parecía una misión imposible.

También pensó en la manera de revelar su presencia. Podía lanzar al exterior un trozo de tela o de papel con un mensaje escrito a través de los resquicios de los postigos, pero ¿qué arreglaría eso? El viento lo arrastraría hasta el lago o las montañas, y nadie lo encontraría. O, al menos, no a tiempo de que pudiera servir de algo. Pensó en gritar, pero sabía que estaba muy alejado del camino de cualquier viajero, y que nadie lo oiría. Había mirado en innumerables ocasiones el paisaje a la luz del día y nunca había visto a nadie. Se sentía total y absolutamente solo.

Por último, se dedicó a averiguar qué sucedía más allá de su puerta. Intentó agudizar al máximo sus sentidos y, cuando eso no funcionó, se dedicó a imaginárselo. Sus captores habían asumido innumerables identidades y habían actuado de las formas más diversas. Los planes y conspiraciones cobraron vida en su cabeza con todo detalle. Par y Morgan, Padishar Cesta y Damson Rhee, enanos, elfos y habitantes de la Tierra del Sur se dirigían a la torre negra para liberarlo. Se organizaban patrullas de rescate. Pero todos los intentos terminaban en fracaso. Nadie podía llegar hasta él. Al final, todos desistían. Más allá de los muros de la Atalaya Sur, la vida continuaba.

Después de una semana de tan solitaria y triste existencia, Coll Ohmsford empezó a sentirse dominado por la desesperación.

Pero el octavo día de cautiverio apareció Rimmer Dall. Fue a última hora de una tarde lluviosa y gris, con nubes bajas y tormentosas que cruzaban los cielos; los relámpagos eran una luminosa tela de araña que destellaba a través de los resquicios, y los truenos lanzaban a la oscuridad largos y terroríficos bramidos. El aire estival

estaba cargado de olores que la humedad no hacía más que potenciar, y en la celda de Coll hacía frío. El joven del valle estaba junto a la ventana, mirando por las rendijas, y escuchaba el discurrir de las aguas del río Mermidon, encajado en el cañón rocoso que se abría a los pies de la fortaleza.

Al principio, cuando oyó que el cerrojo se descorría, no se volvió, convencido de que su sentido del oído lo traicionaba. Entonces vio que la puerta empezaba a abrirse, advirtió movimiento con el rabillo del ojo y enseguida se dio media vuelta.

Una extraña forma embozada, alta, tenebrosa e impresionante, sin rostro ni miembros, un fantasma surgido de la noche, apareció en el umbral de la celda. Coll se acordó de los umbríos y de inmediato adoptó una postura defensiva, buscando en su reducida celda algo que pudiera usar como arma contra aquel ser.

—No te asustes, joven del valle —le dijo el espectro con una voz extrañamente familiar—. Aquí no corres ningún peligro.

El espectro cerró la puerta y avanzó bajo la débil luz que iluminaba la celda. Lo primero que distinguió Coll fue la cabeza de un lobo blanco marcada sobre la ropa negra, después la mano izquierda enguantada hasta el codo y la cara huesuda y estrecha con una barba rojiza.

Rimmer Dall.

Inmediatamente, Coll pensó en las circunstancias de su captura. Había recorrido con Par, Damson y el Topo los túneles que se extendían bajo la ciudad de Tyrsis hasta el palacio abandonado de los reyes de la vieja ciudad. Cuando llegaron al palacio, los dos hermanos Ohmsford habían entrado solos en el Pozo, en busca de la perdida espada de Shannara. Él se había quedado montando guardia en la entrada a la cripta, donde creían que estaba la espada, mientras su hermano iba a buscarla. Esa había sido la última vez que había visto a Par. Lo habían agarrado por detrás, le habían dado un golpe que lo había dejado inconsciente y lo habían llevado donde ahora se encontraba prisionero. Hasta aquel momento, no supo quién había sido el responsable de su captura. Tenía sentido que fuera Rimmer Dall, el hombre que se había cruzado en su camino varias semanas atrás, en Varfleet, y los había perseguido sin descanso a lo largo y ancho de las Cuatro Tierras.

El Primer Buscador se detuvo a varios pasos de Coll. Su taimado rostro se mostraba tranquilo y seguro.

—¿Has descansado?

—Vaya pregunta más estúpida —respondió Coll sin pensar—. ¿Dónde está mi hermano?

—No lo sé —contestó Rimmer Dall, encogiéndose de hombros—. La última vez que lo vi estaba sacando la espada de Shannara de la cripta donde estaba guardada.

—¿Estabas... dentro? —preguntó Coll, sorprendido.

—Sí.

—¿Y dejaste que Par cogiera la espada de Shannara? ¿Dejaste que se la llevara?

—¿Por qué no? Le pertenece.

—¿Pretendes que me crea que no te importa que la espada esté en su poder?

—Me importa, pero no por lo que piensas.

—Así que permitiste que Par se marchara, pero a mí me hiciste prisionero. ¿No es así? —preguntó el joven del valle, después de guardar un breve silencio.

—Así es.

—¿Por qué? —pregunto Coll, haciendo un gesto de incompreensión.

—Para protegerte.

—¿De qué? ¿De la libertad? —inquirió Coll, soltando una sonora carcajada.

—De tu hermano.

—¿De Par? ¡Me tomas por la persona más imbécil del mundo!

—Para serte sincero, protegerte no es mi único motivo —respondió Rimmer Dall sin inmutarse, cruzándose de brazos—. Estás prisionero también por otra razón. Tarde o temprano, tu hermano vendrá a buscarte. Cuando lo haga, quiero tener otra oportunidad de hablar con él. Tenerte aquí me asegura esa oportunidad.

—¡Lo que pasó en realidad —replicó Coll, furioso— es que a mí me capturaste, pero Par consiguió huir! Encontró la espada de Shannara y de alguna forma consiguió librarse de ti, y ahora me estás utilizando como cebo para capturarlo. Pues bien, te advierto que no funcionará. Par es demasiado listo para caer en una trampa tan burda como esa.

—Si pude capturarte a ti en la entrada de la cripta, ¿cómo consiguió huir tu hermano? —le preguntó Rimmer Dall, negando con la cabeza. Esperó durante un breve instante la respuesta del joven del valle; luego se acercó a la mesa y se sentó en una de las sillas de madera—. Te diré la verdad, Coll Ohmsford, si me dejas. ¿Querrás hacer el favor de escucharme?

Coll estudió la cara del hombre durante un momento, en silencio, y después se encogió de hombros. ¿Qué podía perder? Permaneció donde estaba, de pie, manteniendo la distancia entre ellos de forma deliberada.

—Empecemos por los umbríos —dijo Rimmer Dall, haciendo un gesto de asentimiento—. No son lo que vosotros creéis. No son unos monstruos cuyo único objetivo es la destrucción de las razas y que solo con su presencia han provocado la enfermedad de las Cuatro Tierras. En gran medida, también ellos son víctimas de esta situación. Son hombres, mujeres y niños que poseen el don de la magia. Son el resultado de la evolución del hombre a través de generaciones de magia. La Federación los caza como si fueran animales. Pudiste ver a las pobres criaturas que habitan en el Pozo. ¿Sabes lo que son? Son umbríos que la Federación ha capturado, haciéndolos enloquecer de hambre para convertirlos en algo peor que animales. También tuviste ocasión de ver a la vieja leñadora y al gigante cuando os dirigíais a Culhaven. Pero no es culpa suya.

Rimmer Dall levantó con rapidez la mano enguantada en cuanto vio que Coll Ohmsford se disponía a tomar la palabra.

—Escúchame, joven del valle. Te preguntas cómo sé tanto sobre ti. No te

preocupes, te lo explicaré, si tienes la paciencia de escucharme.

»Me convertí en Primer Buscador para capturar a los umbríos... no con el propósito de hacerles daño o encarcelarlos, sino para advertirles del peligro que corrían y ponerlos a salvo —prosiguió Rimmer Dall, bajando su mano enguantada—. Por eso os abordé en Varfleet, para protegeros tanto a ti como a tu hermano. No tuve oportunidad de hacerlo. Os he estado buscando desde entonces para explicaros lo que sé. Suponía que regresaríais a Valle Sombrío y puse a vuestros padres bajo mi protección. Si yo conseguía encontraros antes de que lo hiciera la Federación, estaríais a salvo.

—No me creo nada —dijo Coll con frialdad.

—Muchacho, os han engañado desde el principio —prosiguió Rimmer Dall, ignorando sus palabras—. Ese viejo, el que afirma llamarse Cogle, os dijo que los umbríos eran el enemigo que debíais combatir, y el espíritu de Allanon, en el Cuerno del Hades, os dijo que los umbríos debían ser destruidos. «Recuperad las magias perdidas del viejo mundo —os ordenó—. Encontrad la espada de Shannara. Encontrad las piedras élficas desaparecidas. Restaurad la Fortaleza perdida y haced que regresen los druidas». Pero ¿os dijeron acaso cómo podíais conseguir todo eso? Desde luego que no. Porque no les conviene que conozcáis toda la verdad. Si la conocierais, abandonaríais la misión al instante. Los druidas no os aprecian lo más mínimo, ni a vosotros ni tampoco a vuestro linaje, y nunca lo han hecho. Solamente les interesa recuperar el poder que perdieron al morir Allanon. Si lográis que vuelvan, si restauráis su magia, controlarán de nuevo el destino de las razas. Ese es su auténtico objetivo, Coll Ohmsford. La Federación, de forma inconsciente y sin saberlo, les está ayudando. Los umbríos son las víctimas más idóneas para que ambos bandos se ceban con ellas. Tu tío fue el único capaz de captar la verdad, vio con toda claridad que Allanon pretendía manipularlo, inducirlo a llevar a cabo una misión que no beneficiaría a nadie, y os advirtió a todos vosotros sobre las intenciones oscuras del espíritu del druida. Él se negó a formar parte de la locura de los druidas. Tenía razón. El peligro es mucho mayor de lo que tú nunca podrías imaginar.

»Esto que te estoy diciendo ahora se lo dije a tu hermano cuando entró en la cripta para hacerse con la espada de Shannara —prosiguió el Primer Buscador, inclinándose hacia delante—. Lo estuve esperando allí... varios días. Sabía que volvería para hacerse con la espada. Tenía que hacerlo; no tenía alternativa. Eso es lo que sucede cuando tienes magia. Lo sé, porque yo también la tengo.

Se levantó de repente, y Coll retrocedió, alarmado. El cuerpo vestido de negro empezó a rielar en la penumbra, como si fuera translúcido. Entonces pareció dividirse, y Coll le oyó jadear. La oscura forma de un umbrío surgió lentamente del cuerpo de Rimmer Dall, con los ojos como ascuas, flotó en el aire un momento y volvió a fundirse con el cuerpo.

—Soy un umbrío, como puedes ver —dijo el Primer Buscador, esbozando una fría sonrisa—. Todos los buscadores son umbríos. Irónico, ¿verdad? Los líderes de la

Federación no lo saben. Creen que somos personas normales y nada más, personas que sirven a sus retorcidos intereses, que pretenden erradicar la magia de estas tierras. Son unos ilusos. La magia no es enemiga del pueblo, pero ellos sí lo son. Y los druidas. Y todo aquel que impide que los hombres y las mujeres sean lo que son y lo que deben ser.

»Esto también se lo dije a tu hermano, y le dije una cosa más: que también él es un umbrío —prosiguió Rimmer Dall, apuntando a Coll con un dedo como si fuera una daga—. ¡Ah, sigues sin creerme!, ¿no es así? Escucha. Par Ohmsford en realidad es un umbrío, queráis admitirlo o no. También lo es Walker Boh, y cualquier persona que tenga verdadera magia. Eso es lo que somos todos nosotros... umbríos. Somos hombres, mujeres y niños cuerdos y racionales hasta que los esbirros de la Federación nos capturan y encarcelan, haciéndonos enloquecer. Entonces la magia nos trastorna y nos convertimos en animales, como la leñadora y el gigante, como los seres que viven prisioneros en el Pozo.

—No. Todo eso es mentira —respondió Coll, negando con la cabeza.

—¿Por qué crees que sé tanto de vosotros? —insistió Rimmer Dall con exagerada tranquilidad—. Conozco todo lo referente a vuestra huida hacia el sur a través del río Mermidon, a vuestros encuentros con la leñadora y el anciano, a vuestra reunión con el joven montañés para persuadirlo de que se uniera a vosotros; conozco todos los detalles de vuestro viaje a Culhaven, a la Chimenea Rocosa después y, por último, al Cuerno del Hades. Sé de vuestra relación con los enanos y vuestro encuentro con Walker Boh y con tu prima Wren Ohmsford. Sé que estuvisteis con los proscritos y con Padishar Cesta, con la muchacha y con todos los demás. Sabía que bajaríais al Pozo e intenté deteneros. Sabía que regresaríais y os esperé allí. ¿Cómo podía saberlo, muchacho? Dímelo.

—Por medio de un espía infiltrado en el campamento de los proscritos —respondió Coll, sintiéndose inseguro.

—¿Quién?

—No lo sé —respondió el joven del valle.

—Entonces te lo diré yo. El espía era tu hermano.

Coll le dirigió una mirada de asombro.

—Tu hermano, aunque él no era consciente de ello. Par es un umbrío, y a veces sé lo que piensan otros umbríos. Cuando utilizan su magia, la mía responde. Me revela sus pensamientos. Cuando tu hermano utilizó la Canción, me comunicó todos sus pensamientos. Fue así como os descubrí. Pero el uso de su magia también alertó a otros. Puso en guardia a los enemigos. Por eso el Devorador os siguió hasta las montañas de Wolfsktaag, y los gnomos araña, hasta la Chimenea Rocosa.

»¡Piensa, joven del valle! Todo lo que os ha sucedido ha sido una consecuencia natural de vuestras propias acciones. No quería haceros ningún daño en Tyrsis. Fue la decisión de Par de bajar al Pozo lo que os puso en peligro. Yo no quería para nada la espada de Shannara. Sí, es cierto que la mantenía oculta... pero solo para obligar a

Par a que acudiera a mí y así poder salvarlo.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Coll, turbado.

—Te he dicho que la razón por la que te he traído aquí es para protegerte de tu hermano —respondió Rimmer Dall, clavando sus ojos claros en los del joven del valle—. Te he dicho la verdad. La magia de un umbrío es un arma de doble filo, como cualquier espada. Es probable que hayas pensado lo mismo muchas veces. Puede ser tu salvación o tu condena; puede usarse para ayudar o para herir. Pero en realidad es bastante más complicado que eso. Un umbrío puede resultar afectado por las tensiones que provoca el uso de la magia, sobre todo cuando alguien lo amenaza o lo acosa. La magia puede desgastar, puede escapar al control de su portador. ¿Recuerdas a las criaturas del Pozo? ¿Recuerdas a las que habéis encontrado en vuestros viajes? Tu hermano posee la magia de la Canción. Pero la Canción es solo una débil concha que cubre la magia que yace debajo... una magia más poderosa de lo que él mismo imagina. Está empezando a fortalecerse y mientras tanto él huye, se oculta y trata de mantenerse a salvo. Si no consigo encontrarlo a tiempo, si continúa ignorando mis advertencias, esa magia lo consumirá.

Se produjo un largo y tenso silencio, que Coll dedicó a reflexionar. Recordó que Par le había dicho que creía que la magia de la Canción era capaz de hacer mucho más que crear imágenes, que podía sentir cómo intentaba liberarse. Recordó cómo había reaccionado durante su primera entrada en el Pozo, lanzando una luz que hendía la penumbra, iluminando los recovecos de la cripta. Pensó en las criaturas que estaban allí prisioneras, convertidas en monstruos y demonios.

Se preguntó, durante un breve instante, si Rimmer Dall le estaría diciendo la verdad.

—Piénsalo bien, Coll Ohmsford —dijo con voz suave el Primer Buscador, dando un paso al frente y luego deteniéndose. Era realmente corpulento, oscuro y temible; sin embargo, su voz infundía una extraña tranquilidad en el ánimo del joven de valle—. Reflexiona. Tendrás tiempo de sobra para pensar. Quiero que permanezcas aquí hasta que tu hermano venga a buscarte o utilice su magia. De una forma u otra, tengo que encontrarlo y advertirle de todos los peligros que corre. Tengo que protegeros a ambos y a aquellos que se crucen en vuestro camino con el tiempo. Ayúdame. Debemos hallar la forma de llegar hasta tu hermano. Tenemos que intentarlo. Sé que ahora no me crees, pero pronto me creerás.

—Pues yo creo que no —respondió Coll, negando con la cabeza.

Fuera, lejos y más abajo, los truenos retumbaban y se perdían entre el ruido producido por la lluvia.

—¡Os han contado tantas mentiras...! —se lamentó Rimmer Dall—. Con el tiempo, lo comprenderás.

El Primer Buscador se dirigió a la puerta de la celda, dando por concluida su visita, pero de repente se dio media vuelta.

—Ya has pasado demasiado tiempo encerrado en esta habitación. A partir de este

momento, puedes salir durante el día. Llama a la puerta cuando quieras hacerlo. Baja al patio de armas y practica con ellas. Siempre encontrarás a alguien dispuesto a ayudarte. Debes entrenarte. Necesitas aprender a protegerte mejor. Pero no te equivoques. No conseguirás fugarte. De noche, volverás a la celda. No me gusta nada tener que tomar estas medidas, pero hay demasiadas cosas en juego, y demasiado importantes.

»Tengo que hacer una visita, así que estaré fuera varios días —prosiguió Rimmer Dall, tras hacer una breve pausa—. Otras personas requieren mi atención. Cuando regrese, volveremos a hablar.

Observó a Coll durante un rato, como si pretendiera estudiar sus reacciones, como si esperara encontrar algo en ellas. Luego le dio la espalda y salió de la celda. El joven del valle esperó a que cerrara la puerta, regresó a los postigos y se dedicó de nuevo a contemplar la lluvia.

Esa noche durmió muy mal, con seres tenebrosos con la cara de su hermano que le asaltaban, y acosado, en los momentos de vigilia, por lo que Rimmer Dall le había dicho. «Tonterías —fue su primer pensamiento—. Mentiras». Pero su instinto le decía que al menos había una parte de verdad... y eso implicaba la desagradable posibilidad de que todo lo que le había dicho fuera verdad. Par era un umbrío, y la magia, un arma que podía destruirlo. Los dos estaban amenazados por fuerzas oscuras más allá de lo que eran capaces de comprender y de controlar.

Ya no sabía en qué creer.

Cuando despertó, llamó a la puerta. Un buscador vestido de negro lo dejó salir y lo acompañó hasta el patio de armas. Otro, un tipo rudo con la cabeza afeitada y cubierto de marcas y cicatrices, se ofreció a practicar con él. Combatieron toda la mañana con unas porras acolchadas para amortiguar el daño. Coll sudaba y se esforzaba al máximo. Le sentó muy bien volver a poner su cuerpo en marcha.

Más tarde, de nuevo en la soledad de su encierro, mientras la tarde se despejaba de nubes y la luz del sol inundaba el distante sur, evaluó su nueva situación. Seguía siendo un prisionero, pero no estaba confinado en una celda. Le habían ofrecido los medios para que pudiera mantenerse fuerte y ágil. Ya no se sentía tan vulnerable.

Si Rimmer Dall estaba jugando o no con él, aún estaba por ver. En cualquier caso, el Primer Buscador había cometido un error. Había dado al joven del valle la oportunidad de explorar la Atalaya, y con ella, la posibilidad de encontrar una vía de escape.

La Chimenea Rocosa, donde Walker Boh languidecía, se había convertido para el descendiente de Brin Ohmsford en una prisión mucho más terrible que la de Morgan Leah. Se había recluso en su hogar tras su paso por Storlock con la firme intención de deshacerse de la enfermedad que lo atacaba, de expulsar de su cuerpo el veneno que le había inyectado el Áspid, de curarse por sus propios medios, aunque los sanadores stors, con todos sus esfuerzos y los medios a su disposición, no lo hubieran conseguido. En una semana se produjo en él un cambio radical: se llenó de amargura y pesimismo, temeroso de que sus esperanzas fueran vanas, de que no hubiera forma de salvarse. Los días eran largos y calurosos, y los pasaba deambulando por el valle, ensimismado en sus reflexiones, intentando averiguar qué forma de magia le permitiría detener el flujo del veneno. Dedicaba las noches enteras a reflexionar. Pasaba las horas de oscuridad dedicado al silencioso e inútil esfuerzo de poner en práctica sus ideas.

Pero nada funcionaba.

Intentó un poco de todo. Empezó realizando una serie de ejercicios mentales, sondeos internos de su propia magia concebidos para disolver, romper, anular o, al menos, frenar el avance del veneno, pero nada de eso había surtido efecto. Canalizó la magia de una forma ofensiva, el equivalente a invocar en su interior el fuego que a veces empleaba para protegerse y defenderse. Al parecer, la magia no encontraba la verdadera fuente; se esparcía y perdía potencia. Puso en práctica todos sus conocimientos sobre hechizos y conjuros que había acumulado a lo largo de los años, tanto los innatos como los adquiridos, pero también habían fallado. Por último, recurrió a los productos químicos y a los polvos en los que confiaba Cogline, las ciencias del viejo mundo aplicadas al nuevo. Atacó la pétrea ruina de su brazo con ellos e intentó quemar la carne para cauterizarla. Probó pociones curativas que eran absorbidas por la piel y penetraban en la piedra. Utilizó campos magnéticos y eléctricos. Ingirió antitoxinas. Pero también habían fallado. El veneno era demasiado fuerte. No había forma de derrotarlo. Continuaba abriéndose camino por su sistema, matándolo lentamente.

*Susurro* estaba a su lado casi siempre, y lo seguía en sus largos paseos diurnos, tumbado en la oscuridad de su habitación mientras él se esforzaba en vano para emplear la magia de un modo que le permitiera sobrevivir. El gigantesco gato del páramo parecía saber lo que sucedía a Walker; lo observaba como si temiera que pudiese desaparecer en cualquier momento, como si su mirada pudiera protegerlo de algún modo contra aquella amenaza invisible. Los relucientes ojos amarillos estaban siempre allí, mirándolo con un brillo de inteligencia y preocupación. Walker



descubrió que le infundían esperanza, y buscó en ellos las respuestas que no encontraba en ningún otro sitio.

También Cogleine hacía todo lo que estaba en su mano para ayudar a Walker. Como el gato del páramo, permanecía alerta, aunque a distancia, temeroso de que su presencia le resultara insoportable si se acercaba demasiado o se quedaba demasiado tiempo junto a él. El antagonismo que existía entre los dos seguía vivo. A ambos les resultaba difícil soportar la presencia del otro durante más de unos minutos. Cogleine le proporcionaba los remedios que conocía, mezclaba polvos y pociones a petición de Walker, administraba emplastos y medicinas, sugería formas de magia que tal vez pudieran ayudar. Sobre todo lo animaba, y aseguraba que acabarían encontrando el antídoto adecuado.

Walker se sentía agradecido por la dedicación y los esfuerzos del anciano, aunque nunca lo admitiría. Era la primera vez en mucho tiempo que no deseaba estar solo. Nunca había pensado demasiado en su propia muerte, convencido de que ese momento todavía estaba muy lejos y de que, cuando llegara, estaría preparado. En aquellos días descubrió que ambas convicciones eran erróneas. Estaba furioso y se sentía asustado y confundido, a la deriva. Se esforzaba por mantener la cabeza fría, por creer en sí mismo, por mantener viva una pequeña esperanza, pero, sin la firme presencia de Cogleine, habría estado perdido. El rostro y la voz del anciano, sus movimientos, sus manías, todos esos rasgos tan familiares para él, eran asideros en el abismo que se abría a sus pies, y evitaban que se precipitara al vacío. Hacía mucho tiempo que conocía a Cogleine; exceptuando a Par y Coll, y también a Wren, aunque en menor medida, Cogleine era su único enlace con el pasado... un pasado al que él había dado la espalda, despreciado y, finalmente, rechazado por completo; un pasado que ahora intentaba recuperar desesperadamente, porque sabía que solo podía salvarlo su vínculo con la magia. Si no se hubiese dado tanta prisa en menospreciarla, si no hubiera estado tan ansioso por liberarse de su influencia, si hubiera dedicado más tiempo a comprenderla, aprenderla, dominarla y hacer que sirviera a sus necesidades, tal vez ahora no tendría que luchar desesperadamente por salvar su vida.

Aunque el pasado siempre es irrecuperable, sentía cierto consuelo con la presencia del anciano, de ese hombre que le había proporcionado la escasa comprensión que tenía de la magia. Cuando su futuro se tornó tan incierto, descubrió una extraña y acuciante necesidad por reconciliarse con las cosas que le quedaban del pasado. Y la más inmediata era Cogleine.

Cogleine lo había visitado en el transcurso del segundo año de su solitaria vida en la Chimenea Rocosa. Hacía quince años que había muerto Risse, y cinco desde el fallecimiento de Kenner. Estaba solo a pesar de los notables esfuerzos de Jaralan y Mirianna para integrarlo en su familia. Se mantenía alejado de la gente a causa de la magia. Mientras que, con el paso de los años desde la época de Brin, la magia se debilitaba en todos los miembros de la familia Ohmsford, ese no era su caso. Más bien al contrario, cada día se hacía más fuerte, más insistente, más incontrolable.

Aquello había sido malo cuando vivía en Valle Sombrío, y se hizo insoportable en la Chimenea Rocosa. Empezó a manifestarse de formas hasta entonces desconocidas: percepciones involuntarias, extrañas premoniciones, sensaciones desagradables y aterradoras exhibiciones de poder que amenazaban con destruirlo. No podía dominarla. No la comprendía y, por tanto, le era imposible encontrar la forma de averiguar cómo funcionaba. Era mejor que estuviese solo; nadie estaría a salvo cerca de él. Entonces descubrió que empezaba a perder la cordura.

Cogline había conseguido que todo eso cambiara. Una tarde de finales de otoño salió de entre los árboles, materializándose entre la niebla que descendía de las montañas de Wolfsktaag. Era un anciano escuálido, cuya ropa colgaba de forma precaria sobre su frágil figura, el pelo alborotado y unos ojos penetrantes. Iba acompañado de *Susurro*, una enorme e inalterable presencia negra que parecía anunciar el cambio que estaba a punto de producirse en la vida del Tío Oscuro. Cogline le contó la historia de su vida desde los días de Bremen y el Consejo de los Druidas hasta el día presente, mil años de historia. Fue una narración escueta que no pedía aceptación, sino que la exigía. Por extraño que pueda parecer, Walker le creyó. Sentía que aquel cuento descabellado e improbable era cierto. Las historias hablaban de Cogline desde la época de Brin Ohmsford, y el anciano que tenía delante respondía por completo a las descripciones que de él se hacían.

—Yo estaba durmiendo el Sueño del Druida —dijo Cogline—. De lo contrario, habría venido antes. El momento ha llegado antes de lo que cabría esperar, pero la magia que reside en tu interior ha cobrado vida con tu llegada a la edad adulta. Allanon así lo planeó cuando entregó a Brin el legado de sangre; sabía que llegaría un tiempo en que la magia volvería a ser imprescindible, y se le otorgaría a uno de los miembros de la familia Ohmsford. Es muy probable que el elegido seas tú, Walker. Si realmente es así, necesitarás mi ayuda para comprender cómo funciona.

Walker sentía grandes recelos, pero aceptó a regañadientes que el anciano le enseñara a controlar la magia. Necesitaba desesperadamente tener control sobre ella, y estaba dispuesto a aprovechar la oportunidad que le ofrecía.

Cogline se quedó con Walker casi tres años. Le reveló, como un maestro a su pupilo, la sabiduría de los druidas, le entregó las llaves que abrían las puertas del conocimiento. Le mostró los métodos que usaron Bremen y Allanon, le enseñó a concentrarse para aprovechar el enorme poder de la magia, a recurrir a estados mentales que le permitieran canalizar el poder, para que este no se liberara por error. Walker ya poseía algunos conocimientos; había vivido muchos años con la magia y había aprendido algo sobre la abnegación y la contención necesarias para sobrevivir a sus caprichos. Cogline amplió sus conocimientos, introduciéndolo en cuestiones que Walker nunca hubiera creído posibles, instruyéndolo sobre métodos asombrosos, increíbles. De forma lenta y gradual, Walker empezó a descubrir que la magia ya no gobernaba su vida, sino que, por el contrario, daba paso al autocontrol, y a partir de ese momento empezó a ser dueño de sí mismo.

Cogline lo instruyó también en las ciencias del viejo mundo, los productos químicos y las pociones que había desarrollado y utilizado durante años, los polvos que quemaban el metal y explotaban como el fuego, y las soluciones que cambiaban el estado de los sólidos y líquidos. También se le abrieron a Walker otras puertas. Descubrió una forma de poder completamente nueva. Su curiosidad era tan grande que intentó investigar la combinación de ambos: el viejo mundo y el nuevo, una mezcla de magia y ciencia que nadie antes había conseguido. Avanzaba con lentitud y cuidado, decidido a no convertirse en una víctima más de las que a lo largo de los años se había cobrado el poder, desde los hombres del antiguo mundo que provocaron las Grandes Guerras hasta Brona, el druida rebelde, los Portadores de la Calavera y los mordíferos que habían provocado las guerras de las Razas.

Entonces, por algún motivo, cambió, quizás inducido por el júbilo que sentía al utilizar la magia, quizás por su insaciable necesidad de saber más. Fuera cual fuese la razón, llegó a convencerse de que era imposible ejercer un dominio completo sobre la magia, que por mucho empeño que pusiera sería incapaz de protegerse de sus efectos adversos y que el poder acabaría imponiéndose a su voluntad. Su actitud hacia la magia sufrió un giro de ciento ochenta grados de la noche a la mañana. Intentó alejarse de ella, arrancársela de cuajo. Su situación era insoportable. Deseaba con todas sus fuerzas distanciarse de la magia, pero nunca lo conseguiría, porque formaba parte de su ser. Cogline vio lo que estaba sucediendo y puso todos los medios a su alcance para hacerle entrar en razón. Walker se negaba a escuchar, y empezó a preguntarse de repente cuál era el verdadero motivo de que estuviera allí el anciano, negándose a creer que solo estaba allí para ayudarlo. Seguro que se trataba de un intento de manipulación, de una conspiración druídica que podía remontarse a la época de Shea Ohmsford. No dejaría que lo involucraran. Discutió agriamente con Cogline y, al final, el anciano optó por irse.

Regresó varios años después, pero Walker ya no aceptaba instrucciones de nadie sobre el uso de la magia, porque temía que al adquirir nuevos conocimientos el control que tanto le había costado conseguir se erosionara, y que la magia pudiera dominarlo. Era preferible contentarse con los conocimientos que poseía, limitados pero manejables, y mantenerse alejado de las razas como había planeado hacer desde un principio. Cogline podía ir y venir cuando y como le placiera, podían seguir manteniendo su incómoda alianza, pero nunca se entregaría a los usos que los druidas habían hecho de la magia, ni a los de nadie. Él, y solo él, sería su propio dueño hasta el fin de sus días.

Pero, por desgracia, ese final ya había llegado para él, y no estaba seguro de haber elegido bien. La muerte se había presentado para cobrarse su vida, y si no se hubiera distanciado tanto de la magia tal vez hubiera podido retrasar su visita.

Admitir todo esto suponía tragarse una amarga dosis de orgullo. Era doloroso reconocerlo, pero no lo podía evitar. Había aceptado las verdades durante toda su vida, y no deseaba empezar a engañarse ahora.

Dos semanas después de su regreso de Storlock, a primera hora de la tarde, Walker Boh estaba sentado ante el fuego soportando el dolor de su enfermedad, que no cesaba de recordarle que había dejado demasiadas cosas sin hacer porque pensaba que podría hacerlas más adelante, y Cogleine, a la mesa, hojeaba un libro de los que conservaba en la casa para su propio uso.

—Ven a sentarte conmigo —le dijo Walker al anciano.

Se lo pidió con amabilidad, casi agotado, y Cogleine accedió a su petición sin poner objeciones. Juntos contemplaron el brillante resplandor del fuego.

—Me estoy muriendo —dijo Walker poco después—. Lo he intentado todo para librarme del veneno, pero nada ha funcionado. Han fallado tu ciencia y mi magia. Tenemos que aceptar lo que eso significa. Intento evitarlo por todos los medios, pero me temo que no voy a sobrevivir a esto. —Apretó el brazo contra el costado, un peso de piedra que no dejaba de desgastarlo, de avanzar lentamente para acabar con su vida—. Y hay algunas cosas que necesito decirte antes de morir.

Cogleine lo miró y se dispuso a hablar, pero Walker le obligó a callar con un gesto.

—He albergado resentimientos contra ti sin motivo. He sido desagradable contigo cuando tú siempre me has tratado con amabilidad. Lo lamento.

»Tenía miedo de lo que me haría la magia si continuaba entregándome a ella, y todavía lo tengo —prosiguió, tras volverse para observar la reacción del anciano—. Aún no he cambiado de opinión. Sigo creyendo que los druidas utilizan a los miembros de la familia Ohmsford para sus propios fines, que solo nos dicen lo que les conviene y nos dirigen a su antojo. No me gusta la idea de ser una marioneta en sus manos. Pero ahora me doy cuenta de que me equivoqué al pensar que tú eras uno de ellos. Tú tienes tus propios objetivos.

—Suponiendo que sean míos y no producto de las circunstancias o designios del destino —respondió Cogleine. En su rostro se reflejaba una gran tristeza—. Utilizamos muchas palabras para describir lo que nos sucede, y todo se reduce a lo mismo. Vivimos nuestras vidas como está escrito que las viviremos... con alguna breve posibilidad de elección, con algún riesgo, pero sobre todo como el resultado de las personas que somos. —Hizo un gesto de insatisfacción—. ¿Quién puede asegurar que estoy más libre de los druidas y sus manipulaciones que tú? Allanon acudió a mí de la misma forma que a ti, al joven Par y a Wren, y me reclutó para su causa. No puedo decir otra cosa.

—Sin embargo, he sido brusco contigo y puedo asegurarte que no me siento orgulloso de ello —insistió Walker, haciendo un gesto de asentimiento—. Quería considerarte mi enemigo porque eres una persona de carne y hueso, no un druida muerto y desaparecido ni una magia invisible. Podía golpearte. Quería que fueses la fuente del miedo que yo sentía. Pensar de esa forma me facilitaba las cosas.

—No te disculpes —dijo Cogleine, encogiéndose de hombros—. La magia es una carga difícil de soportar para cualquiera, y mucho más para ti. —Hizo una breve pausa—. No creo que te puedas librar de ella.

—Salvo con la muerte —afirmó Walker.

—Si es que la muerte te llega tan pronto como crees —respondió el anciano, parpadeando—. Pero ¿acaso encargaría Allanon una misión como esta a alguien a quien pudiera impedirle llevarla a cabo? ¿Se arriesgaría a que murieses demasiado pronto y todo su trabajo y su esfuerzo desapareciera en un instante?

—Los druidas también se equivocaban a veces —respondió Walker, tras un momento de vacilación.

—¿Crees que Allanon se equivocaría en algo así? —preguntó Cogline.

—Tal vez calculara mal el momento. Tal vez esto sea un error y tendría que haber sido otro el que conservara la magia pasada la adolescencia, y yo sea portador por error. Cogline, ¿hay algo que pueda salvarme? ¿Queda algo que no hayamos intentado?

—No lo sé, Walker —respondió el anciano haciendo un gesto negativo—. Pero presiento que algo hay.

Tras pronunciar el anciano estas palabras, guardaron silencio. *Susurro*, tendido cómodamente ante el fuego, levantó la cabeza para mirar a Walker y la volvió a apoyar en el suelo. La leña de la chimenea chisporroteó con fuerza, y una vaharada de humo tiñó el aire de la habitación.

—¿Entonces crees que los druidas aún tienen planes para mí? —preguntó Walker, rompiendo el silencio—. ¿Crees que no permitirán que muera tan pronto?

—Creo que depende de ti, Walker —respondió Cogline, tras reflexionar durante un breve instante—. Siempre lo he creído así. Te falta la capacidad de descubrir lo que debes hacer. O al menos, de aceptarlo.

Walker sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo. Las palabras del anciano eran ecos de las que había pronunciado Allanon. Sabía lo que significaban. Tenía que reconocer que el legado de Brin Ohmsford estaba destinado a él, que debía colocarse la armadura de la magia y presentar batalla como un guerrero invencible de otra época. Que su destino era destruir a los umbríos.

¿Él, un moribundo? ¿Cómo podría hacerlo?

Volvió a imponerse el silencio, pero en esta ocasión Walker no lo rompió.

Tres días más tarde, el estado de salud de Walker sufrió un grave revés. Las medicinas que le habían preparado los stors y las pócimas que elaboraba Cogline cedieron de repente ante la fuerza del veneno. Se despertó mareado y febril, y apenas si pudo levantarse. Desayunó, salió al porche para disfrutar del calor del sol y se desplomó.

Durante varios días, solo recordó fragmentos de lo que le había sucedido. Cogline lo llevó a la cama y lo cubrió de trapos fríos mientras la fiebre del veneno ardía en su interior como un fuego furioso. Tomaba líquidos, pero no podía comer. Soñaba constantemente. Un desfile sin fin de criaturas malignas y aterradoras pasaba ante él, amenazándolo ahora que era vulnerable, despojándolo de su cordura. Luchó contra ellas lo mejor que pudo, pero carecía de las armas para vencerlas. Los monstruos

resistían todos sus ataques. Al final, se entregó a ellos y se hundió en un sueño negro y profundo.

Despertaba de vez en cuando y siempre veía a Cogleine a la cabecera de su cama. Una vez más, la tranquilizadora presencia del anciano fue su salvación, porque Cogleine fue para él un asidero al que agarrarse para salir de la inconsciencia en la que se hundía. Le tendía sus manos nudosas, en unas ocasiones para sujetarlo con fuerza y en otras para acariciarlo como si fuera un niño necesitado de consuelo. Su voz familiar lo alentaba, pronunciando palabras vacías de significado, pero llenas de afecto. Podía sentir la presencia del anciano a su lado esperando a que se despertara.

—Todavía no puedes morir, Walker Boh —le pareció oír más de una vez, aunque no estaba seguro de ello.

A veces veía la cara del anciano inclinada sobre él, muy cerca, y sentía su piel correosa y arrugada, el pelo hirsuto, la barba gris y los ojos brillantes y comprensivos. Podía olerlo, un árbol del bosque de ramas y tronco viejos, pero con hojas nuevas y primaverales. Cuando la enfermedad amenazó con derrotarlo de forma definitiva, Cogleine estuvo a su lado para impedirlo. Gracias a él no cedió a los envites de la enfermedad, luchó contra los efectos del veneno y deseó recuperarse.

A primera hora de la tarde del cuarto día se despertó y tomó un poco de sopa. El veneno había detenido su avance, al menos de forma temporal; las medicinas, los ungüentos y la voluntad de sobrevivir que había renacido en Walker se hicieron de nuevo con el control de la situación. Se obligó a comprobar el estado de su brazo roto. El veneno había progresado. El brazo se había convertido en piedra casi hasta el hombro.

Esa noche lloró de rabia y frustración. Antes de quedarse dormido, fue consciente de que Cogleine estaba junto a la cabecera de su cama, una frágil presencia contra la intensa e inexorable oscuridad que le recordaba en voz baja que todo saldría bien.

Despertó en las horas lentas y vacías que separan la medianoche del amanecer, cuando da la sensación de que el tiempo se ha detenido. Lo despertó el instinto, una fuerte sensación de que algo iba muy mal. Se apoyó en su codo sano, débil y desorientado, incapaz de detectar la causa de su nerviosismo. Un extraño sonido se imponía al silencio de la noche, un zumbido de actividad procedente de algún lugar del exterior que el sueño y la enfermedad le impedían precisar. Respirando fatigosamente, se sentó, temblando de frío bajo la ropa de cama.

Pudo ver el resplandor de una intensa luz a través de las cortinas, mal corridas, de las ventanas.

Oyó voces. «No —pensó, presa de la angustia—, no son voces. Son sonidos guturales e inhumanos».

Necesitó reunir todas sus fuerzas para arrastrarse hasta la ventana, avanzando muy despacio y sobreponiéndose al dolor, la fatiga y la fiebre. Procuró no hacer ruido, consciente de la necesidad de proceder con cautela, sintiendo que tenía que permanecer oculto. En el exterior, los sonidos habían aumentado, y un insoportable

olor a podredumbre lo inundaba todo.

A tientas, encontró el alféizar y consiguió alzar la cabeza hasta el borde. Lo que vio a través de la abertura de las cortinas hizo que sintiera frío en el estómago.

\* \* \*

Cogline despertó cuando *Susurro* le empujó con la cabeza, con un movimiento brusco y enérgico que lo hizo despejarse al instante. Había velado a Walker hasta muy avanzada la madrugada, sumido en la lectura de sus libros de ciencia del viejo mundo, intentando descubrir algún nuevo remedio que pudiera salvarle la vida. Por fin, rendido, se había quedado dormido en el sillón, ante el fuego, con el libro abierto sobre el regazo, y allí fue donde lo encontró *Susurro*.

—¡Maldita sea, gato! —murmuró.

Su primer pensamiento fue que le había ocurrido algo a Walker. Después oyó los sonidos, todavía débiles, pero aumentando en intensidad. Gruñidos, rugidos y siseos, como si fuera hubiera animales que no hacían ningún esfuerzo por ocultar su llegada.

Se frotó los ojos para recuperar por completo la consciencia. Solo una lámpara ardía sobre la mesa del comedor; el fuego de la chimenea se había apagado. Se ciñó la ropa y se dirigió a la puerta principal, inquieto, deseando descubrir cuanto antes lo que estaba sucediendo. *Susurro* lo acompañó, unos pasos por delante de él, con el pelo del lomo erizado y la boca entreabierta, enseñando los dientes. Era evidente que, fuera lo que fuese lo que había en el exterior, no le gustaba nada al gato del páramo.

Cogline abrió la puerta y salió al porche. El cielo estaba despejado. La luz de la luna bañaba los árboles, cubriendo el valle de una luminosidad nívea. La frialdad del aire despejó por completo a Cogline. Se detuvo en el límite del porche y observó. Docenas de pares de luces rojas parpadearon en dirección este, una amplia extensión negra salpicada de delicados capullos escarlata que resplandecían en la oscuridad. Los había por todas partes, rodeando la casa y el claro.

Cogline forzó la vista, y entonces advirtió que se trataba de ojos. Dio un salto hacia atrás cuando algo se movió entre ellos. Era un hombre vestido con un uniforme negro y la insignia plateada de la cabeza de un lobo cosida en el pecho. Cogline lo vio con claridad cuando entró en la zona iluminada por la luna, corpulento y huesudo, con una cara cóncava y ojos sin vida.

«Rimmer Dall», pensó, y se sintió enfermo.

—Anciano —le llamó el Primer Buscador en voz baja y rasposa.

Cogline no respondió. Lo miró fijamente, obligándose a no desviar los ojos hacia su derecha, donde estaba la ventana abierta del dormitorio de Walker. Se sintió inundado por el miedo y la furia, y una voz interior le gritó que corriera, que salvara su vida. «No te entretengas —le aconsejó—. Despierta a Walker».

«¡Ayúdale a huir!».

Pero el anciano sabía que ya era demasiado tarde.

Entonces comprendió que hacía tiempo que sabía que sucedería aquello.

—Mis amigos y yo hemos venido a buscarte, anciano —dijo Rimmer Dall.

Avanzó, y las criaturas que lo acompañaban empezaron a salir a la luz, una tras otra, todas de aspecto espantoso. Umbríos. Algunos eran personas deformes, como la leñadora que Cogline había expulsado del campamento de Par y Coll Ohmsford varias semanas atrás; otros presentaban el aspecto de perros o lobos, y caminaban a cuatro patas, cubiertos de pelo, con los rostros retorcidos y hocicos de animales, mostrando los dientes y las garras. Los gruñidos que emitían indicaban de forma inequívoca lo ansiosos e impacientes que estaban por saciar su hambre.

—Fracasos —dijo su líder—. Hombres que no pudieron imponerse a sus debilidades. Ahora sirven a un propósito más elevado. —Avanzó un paso—. Anciano, tú eres el último... el último que se enfrenta a mí. Todos los descendientes de Shannara han desaparecido, los he eliminado de la faz de la Tierra. Tú eres el único que queda, un pobre exdruida que nadie vendrá a salvar.

—¿Es cierto eso? ¿Has matado a todos? —preguntó Cogline, acentuándose las arrugas que marcaban su rostro.

Rimmer Dall fijó los ojos en él.

«No es verdad —se dijo a sí mismo Cogline—. No ha matado a nadie, solo pretende que yo lo crea».

—¿Y has venido hasta aquí para decírmelo? —insistió el anciano.

—He venido para acabar contigo —respondió Rimmer Dall.

«Bien, ya sé a qué atenerme», pensó el anciano. Fuera lo que fuera aquello que el Primer Buscador hubiese hecho contra los descendientes de Shannara, no era suficiente; por eso ahora iba tras Cogline, tal vez una presa más fácil. Casi esbozó una sonrisa al pensar que todo se reducía a eso. Bueno, en realidad ya lo sabía. Allanon se lo había advertido semanas atrás, cuando le pidió que cogiera la *Historia de los druidas* de Paranor. No se lo había dicho a Walker, desde luego. Había pensado en decírselo, pero no le pareció que fuera el momento oportuno. «Hay algo que debes saber, Cogline —le había dicho el espíritu con voz profunda y profética—. He leído las señales del más allá; tu tiempo en este mundo toca a su fin. La muerte te persigue, y es una cazadora implacable. La próxima vez que veas el rostro de Rimmer Dall, te habrá encontrado. Entonces, recuerda esto. Cuando llegue ese momento, recupera de manos de Walker la *Historia de los druidas* y agárrala como si te fuera la vida en ello. No la sueltes. No la entregues. Recuérдалo, Cogline».

«Recuérдалo».

Cogline ordenó sus pensamientos. La *Historia de los druidas* estaba en un hueco de la Chimenea Rocosa, dentro de la casa, donde Walker la había escondido.

«Recuérдалo».

Dio un prolongado suspiro, resignado a su suerte. Había formulado preguntas, por



supuesto, pero el espíritu no le había dado ninguna respuesta. Eso era muy propio de Allanon. Era suficiente con que Cogleine supiera lo que sucedería; no necesitaba conocer los detalles.

*Susurro* rugió, con el pelo completamente erizado. Se agazapó en actitud defensiva delante del anciano, y Cogleine comprendió que no había forma de salvar al enorme felino. *Susurro* nunca lo abandonaría. Hizo un gesto de resignación. Bien. Una extraña sensación de calma invadió todo su ser. Sus pensamientos eran muy claros. Los umbríos habían ido a buscarlo. No sabían que Walker Boh estaba allí y, por tanto, debía evitar que lo descubrieran.

Frunció el entrecejo. ¿Le ayudaría la *Historia de los druidas*, si es que lograba cogerla? Sus ojos se encontraron con los de Rimmer Dall.

—No creo que seáis suficientes para hacer el trabajo —dijo el anciano, esbozando una sonrisa.

Levantó el brazo y un polvo plateado voló hacia donde se encontraba el Primer Buscador, convirtiéndose en llamas al alcanzarlo. Rimmer Dall dio un grito impregnado de furia y retrocedió, tambaleándose. Las criaturas que lo acompañaban atacaron. Se lanzaron sobre Cogleine desde todas partes, pero *Susurro* las recibió con una acometida, las detuvo a corta distancia del porche, y despedazó a las que iban en cabeza. Cogleine lanzó puñados de polvo plateado a sus atacantes, y filas enteras se consumieron entre las llamas. Los umbríos gritaban y aullaban, se arrollaban unos a otros cuando intentaban retroceder. Los cuerpos chocaron violentamente a la luz de la luna, el claro se llenó de miembros quemados. Empezaron a atacarse unos a otros, muriendo a docenas. ¡Creían que sería una presa fácil! Cogleine experimentó una salvaje y perversa satisfacción mientras se echaba la capa hacia atrás y hacía que la noche explotara con un gran resplandor blanco.

Durante un instante increíble, creyó que conseguiría sobrevivir.

Pero entonces volvió a aparecer Rimmer Dall, demasiado poderoso para ser derrotado por la magia de Cogleine, y espoleó con su propio fuego a las criaturas que comandaba, a sus perros, lobos y semihumanos, a su fuerza bruta casi sin raciocinio. Los umbríos, aterrorizados, atacaron con renovado frenesí de odio y furia. Esta vez no retrocedieron. *Susurro* acabó con la primera oleada, gigantesco y rápido como era, pero las siguientes cayeron sobre él como un remolino de dientes y garras. Cogleine no pudo hacer nada para ayudar al valeroso gato. Incluso con el polvo plateado explotando a su alrededor, los umbríos no cejaron en su ataque, y *Susurro* empezó a perder terreno.

Desesperado, Cogleine utilizó los últimos restos de su polvo, lanzando puñados a la tierra, para crear una barrera de llamas que durante un momento contuvo el avance de las bestias. Corrió al interior de la casa y sacó la *Historia de los druidas* de su escondite.

«Ahora verán».

Apenas acababa de regresar a la puerta cuando los umbríos atravesaron la pared

de fuego y se abalanzaron contra él. Oyó que Rimmer Dall les gritaba. Sintió que *Susurro* le hacía retroceder, en un intento de protegerlo. No había lugar adonde huir, ni tenía sentido intentarlo, así que permaneció de pie, apretando el libro contra su pecho, como un espantapájaros harapiento frente a un vendaval. Sus atacantes lo alcanzaron. Cuando le pusieron las manos encima y empezaron a herir su cuerpo, sintió que las marcas rúnicas del libro adquirirían vida. Se extendió un deslumbrante fuego blanco, y todo lo que se encontraba en un radio de tres metros quedó consumido.

«Ahora todo depende de ti, Walker», fue el último pensamiento de Cogleine. El anciano desapareció entre las llamas.

\* \* \*

La explosión final apartó a Walker de la ventana un segundo antes de que tanto esta como las cortinas fueran engullidas por las llamas. A pesar de eso, se le chamuscaron la cara y la única mano que le quedaba, y la ropa le humeó. Quedó tirado en el suelo mientras el fuego lamía el techo de la habitación. Lo ignoró, pues ya no le importaba lo que sucediera. No había sido capaz de ayudar a Cogleine ni a *Susurro*, demasiado débil para recurrir a la magia, demasiado débil para ponerse en pie y luchar contra los umbríos, demasiado débil para cualquier cosa que no fuera colgarse del alféizar de la ventana y contemplar el espectáculo.

«¡Inútil!». Gritó la palabra en el silencio de su mente, desbordado por un intenso sentimiento de ira y tristeza.

En su desesperación, se puso de rodillas y atisbó entre las llamas. Cogleine y *Susurro* habían desaparecido. Rimmer Dall y los umbríos que habían conseguido sobrevivir se dirigían al bosque. Los observó durante un momento, pero enseguida las fuerzas lo abandonaron y volvió a desplomarse.

«¡Inútil!».

El calor del fuego aumentó a su alrededor. Caían vigas, saltaban chispas que le quemaban la piel. Su cuerpo se estremecía de dolor, pero el brazo de piedra era un ancla que lo sujetaba al suelo de madera. Pensó que había llegado el fin de sus días. En un minuto o dos estaría rodeado por las llamas. Nadie podía ayudarlo. Nadie sabía que estaba allí. El anciano y el gigantesco gato del páramo habían ocultado su presencia a los umbríos, habían dado su vida para...

Se horrorizó cuando una imagen del rostro de Rimmer Dall apareció en su mente, observándolo con sus ojos muertos.

Entonces, Walker Boh decidió que no quería morir. Casi sin darse cuenta, empezó a arrastrarse.

Aurora encontró dos días después a Walker Boh. Iba acompañada de Pe Eltar y Morgan Leah; ambos se sentían atraídos por el misterio de lo que despertaba en ellos la personalidad de la muchacha, y también porque les había dicho que los necesitaba para recuperar el talismán que tenía que buscar; también la acompañaban por curiosidad, por la pasión que provocaba en su interior y por otra media docena de razones más que ninguno de los dos podía precisar con exactitud. Hicieron el viaje desde Culhaven en tres días, a pie y sin esconderse, siguiendo el curso del río Rabb donde este bordeaba el Anar, al oeste de las montañas de Wolfsktaag, resguardados de los seres tenebrosos que vivían en aquellas tierras. Al parecer, la cautela no era algo que preocupara especialmente a Aurora. La joven había decidido partir en pleno día, renunciando a la protección de la oscuridad, después de pedir a su grupo de seguidores que se quedaran en sus hogares y continuaran con su trabajo para sanar la tierra, y se mantuvo en las llanuras abiertas durante todo el camino hasta que llegaron a la linde del bosque. Aunque para Morgan Leah fue un verdadero alivio no tener que aventurarse de nuevo en las montañas de Wolfsktaag, estaba seguro de que las patrullas de la Federación que vigilaban el curso del río Rabb intentarían detenerlos. Sin embargo, aunque lo intentaron, no pudieron hacerlo. Los vieron en diferentes ocasiones y trataron de abordarlos en cada una de ellas, pero cuando los soldados ya se estaban acercando daban media vuelta de repente y se alejaban de ellos, como si se hubieran equivocado, como si no hubieran visto a nadie.

Por fin, al anochecer, llegaron a la Chimenea Rocosa. Los hombres tenían los pies doloridos, estaban cubiertos de sudor y se sentían un poco molestos por el rápido paso que la muchacha les había marcado, y también por el hecho de que ella pareciera mantener el ritmo sin que le supusiera el más mínimo esfuerzo. Rodearon Storlock, atravesaron el desfiladero de Jade y bajaron hasta el torrente de Chard, para penetrar después en la Cuenca Oscura. El sol estaba a sus espaldas y descendía con rapidez hacia las cumbres de las montañas. Los cielos que tenían delante reflejaban su luz menguante. Una densa columna de humo negro serpenteaba en la lejanía. La vieron mucho antes de que pudieran precisar su origen. Se elevaba al este, que ya empezaba a quedar cubierto por las sombras de la noche, y Morgan Leah empezó a preocuparse. Aurora no dijo nada, pero el joven montañés tuvo la impresión de que su rostro reflejaba una gran inquietud. Cuando llegaron al borde del valle y ya no les quedó ninguna duda respecto al origen de aquella densa humareda, la expresión de la muchacha reveló una profunda tristeza.

Se dirigieron a las ruinas humeantes de la cabaña, que había quedado reducida a

unos pocos escombros quemados. El fuego que la había consumido había sido tan fuerte que en algunos lugares aún había llamas. El humo negro se elevaba hacia el cielo desde la madera y las cenizas rojas. El claro que la rodeaba estaba chamuscado, muerto y pisoteado.

Parecía que dos grandes ejércitos hubieran librado una batalla en menos de un centenar de metros. No quedaba nada reconocible. Había trozos esparcidos de algo que podría haber pertenecido a algún cuerpo humano, pero era imposible estar seguros. Incluso Pe Eltar, que siempre procuraba ocultar sus pensamientos y reacciones, parecía profundamente impresionado.

—Los umbríos han estado aquí —dijo Aurora, haciendo que los dos hombres escrutaran la penumbra del bosque—. Pero se han ido, y no volverán.

Dirigidos por la muchacha, buscaron a Walker Boh por el claro. Morgan sentía una gran angustia. Había mantenido la esperanza de que Walker no estuviera en la Chimenea Rocosa, de que el ataque de los umbríos se debiera a otro motivo. «Nada podría sobrevivir a una fuerza destructiva como esta», pensó. Vio que Pe Eltar daba patadas a los montones de escombros de cuando en cuando; estaba claro que pensaba como él. No le gustaba nada aquel hombre; no acababa de fiarse de él; no conseguía comprenderlo. A pesar de que lo había liberado de las prisiones de la Federación, no conseguía simpatizar con él. Pe Eltar lo había rescatado porque Aurora se lo había pedido; de lo contrario, no habría movido ni un dedo. Incluso tuvo la desfachatez de decírselo abiertamente. Su identidad seguía siendo un misterio, pero Morgan no esperaba nada bueno de él. En aquel momento, mientras recorría el terreno calcinado, parecía un gato en busca de algo con lo que jugar.

Aurora encontró a Walker Boh poco después, y reclamó con urgencia la ayuda de sus acompañantes. Era difícil imaginar cómo había podido encontrar el lugar donde se ocultaba. Estaba inconsciente y enterrado bajo varios palmos de tierra. Pe Eltar y Morgan lo sacaron de allí, y descubrieron que se había quedado atrapado en un pasadizo subterráneo que conducía desde la cabaña hasta el bosque. Aunque el pasadizo se había desplomado, probablemente durante el ataque de los umbríos, le llegaba el aire suficiente para no morir asfixiado. Lo sacaron a la luz del atardecer, y Morgan vio los restos de su brazo, cuya parte inferior había desaparecido por completo: un muñón de piedra que sobresalía del hombro. Su respiración era débil y fatigosa, y su piel, de un blanco grisáceo. Al principio, el joven montañés pensó que estaba muerto.

Lo tendieron con cuidado en el suelo, le limpiaron la cara y Aurora se arrodilló junto a él. Extendió ambas manos para coger la suya. La sostuvo un instante, y los ojos de Walker se abrieron. Morgan retrocedió. Nunca había visto aquella expresión en los ojos de Walker: era una expresión espantosa, enloquecida.

—No me dejes morir —consiguió decir con dificultad el Tío Oscuro.

La muchacha le tocó el rostro, y se quedó dormido inmediatamente. Morgan tragó una bocanada de aire y después la expulsó lentamente. Walker Boh no pedía ayuda

por miedo, sino por rabia.

Acamparon junto a las ruinas de la casa para pasar la noche, al abrigo de los árboles, mientras la luz se retiraba para dar paso a la oscuridad. Aurora encendió una hoguera cerca de donde Walker dormía, se puso a su lado y ya no se movió. A veces le cogía una mano, o lo acariciaba, olvidándose por completo de Morgan y Pe Eltar. No parecía que necesitara su ayuda, ni que quisiera su compañía, por lo que el joven montañés encendió otra hoguera a cierta distancia y preparó la cena con los víveres que llevaban: pan, carne seca, queso y fruta. Se la ofreció a la muchacha, pero ella la rechazó con un gesto y Morgan se retiró. Cenó solo, porque Pe Eltar se internó en la oscuridad con su ración.

Poco después, Aurora se tumbó junto a Walker Boh y se durmió con su cuerpo apretado contra el del enfermo. Muy a su pesar, el joven montañés se sintió inundado por una oleada de celos. Observó la cara de la muchacha a la luz de la hoguera, las líneas de su cuerpo, su suavidad. Era muy hermosa. No podía explicar la influencia que ejercía sobre él; se le hacía imposible negarle nada. No es que albergara esperanzas de que Aurora correspondiera a sus sentimientos... ni siquiera creía que sintiese algo por él. Pero la necesitaba cada vez más. No debería haberla acompañado después de huir de la cárcel sin asegurarse de que la abuela Elise y tía Jilt estaban a salvo. Tendría que haber ido en busca de los hermanos del valle, en busca de Par y Coll Ohmsford, como había pensado en repetidas ocasiones mientras yacía en la oscuridad de aquella sucia celda de la Federación. Sin embargo, allí estaba, siguiendo a la muchacha tras un talismán que, según ella, existía, pero que nunca les había descrito, y atrapado con el enigmático Pe Eltar y ahora con Walker Boh. Era algo que lo aturdí, pero que en ningún momento llegó a cuestionarse seriamente. Estaba allí por voluntad propia, porque en cuanto conoció a Aurora se había enamorado de ella.

La contempló hasta que se sintió mal, y entonces se obligó a mirar hacia otro lado. Se sorprendió al ver que Pe Eltar, oculto en la semioscuridad de los árboles, también estaba observándola.

Volvería a sorprenderse poco después, cuando Pe Eltar se acercó para sentarse a su lado junto al fuego. Lo hizo con la mayor naturalidad, como si no tuvieran sus diferencias, como si fueran compañeros y no unos perfectos desconocidos. De facciones enjutas, delgado como la sombra de un alambre, no era más que un conjunto de líneas afiladas y ángulos que amenazaban con desaparecer en la oscuridad. Se sentó con las piernas cruzadas, relajado, encorvado, esbozando una leve sonrisa al ver que Morgan fruncía el entrecejo.

—No te fías de mí —le dijo al joven montañés—. Y es mejor que no lo hagas.

—¿Por qué? —preguntó Morgan.

—Porque no me conoces y nunca debes confiar en alguien a quien no conozcas. Tampoco debes fiarte de la mayoría de los que conozcas. Las cosas son así. Dime, Morgan, ¿por qué crees que estoy aquí?

—No lo sé.

—Yo tampoco. Apostaría a que a ti te pasa lo mismo. Estamos aquí, tú y yo, porque Aurora dice que nos necesita, pero en realidad no sabemos qué quiere decir con eso. Estamos aquí porque los dos somos incapaces de negarnos a nada que ella nos pida. —Daba la impresión de que Pe Eltar hablaba tanto para Morgan como para sí mismo. Dirigió una rápida mirada a Aurora e hizo un gesto de asentimiento—. Es hermosa, ¿verdad? ¿Cómo se puede decir que no a semejante criatura? Pero es algo más, porque también guarda algo en su interior, algo especial incluso en este mundo. Tiene magia, la magia más poderosa que pueda existir. Devuelve la vida a las cosas muertas... como a los jardines, como a ese que yace ahí.

»Todos queremos tocar esa magia, poder sentirla —prosiguió Pe Eltar, mirando de nuevo al joven montañés—. Eso es lo que creo. Quizá podamos hacerlo, si tenemos suerte. Pero si los umbríos están metidos en esto, si hay que tratar con seres tan perversos, tendremos que protegernos mutuamente. No es preciso que tú confíes en mí ni yo en ti, y puede que hasta sea conveniente que no nos fiemos el uno del otro, pero tenemos que guardarnos mutuamente las espaldas. ¿Estás de acuerdo?

Morgan no estaba seguro, pero hizo un gesto de asentimiento. Le parecía que Pe Eltar no era de las personas que confían en que otros le guarden las espaldas, ni de las que guardan la espalda de nadie.

—Te voy a decir una cosa sobre mí —dijo Pe Eltar en voz baja, con la mirada fija en el fuego—. Soy muy hábil. Entro y salgo de los sitios sin que nadie se dé cuenta. Muevo a seres que no quieren moverse. Hago que la gente desaparezca. —Levantó la cabeza—. Tengo un poco de magia propia. Tú también, ¿verdad?

—El que tiene magia es aquel de allí —respondió Morgan, precavido, negando con la cabeza y señalando a Walker Boh.

—Parece que no le ha servido de mucho contra los umbríos —dijo Pe Eltar, esbozando una maliciosa sonrisa.

—Es posible que le haya ayudado a seguir con vida.

—Si a eso se le puede llamar vida. ¿Qué ayuda puede prestarnos con ese brazo? —preguntó Pe Eltar, cruzando las manos—. Dime, ¿qué puede hacer con su magia?

—Puede hacer lo mismo que tú —respondió el joven montañés, porque no le había gustado la pregunta—. Pregúntaselo cuando esté mejor.

—Si es que mejora —respondió Pe Eltar, levantándose de repente con un movimiento laxo que sorprendió a Morgan. «Es muy rápido —pensó el joven montañés—. Mucho más rápido que yo». Pe Eltar lo estaba mirando—. Siento la magia en ti, muchacho. Me gustaría que me hablaras de ella en alguna ocasión. Dentro de cierto tiempo, cuando hayamos viajado juntos un poco más y nos conozcamos mejor. Cuando confíes en mí.

Salió de la zona iluminada por la hoguera, extendió su manta en el suelo y se acostó. Se quedó dormido al instante.

Morgan lo observó durante un rato, mientras pensaba que tendría que pasar mucho tiempo antes de que pudiera llegar a confiar en él. Pe Eltar sonreía con

bastante facilidad, pero daba la impresión de que era un acto mecánico, que solo llegaba a su boca. Reflexionó sobre lo que le había contado sobre sí mismo e intentó encontrar sentido a sus palabras. ¿Entraba y salía de los sitios sin ser visto? ¿Movía seres que no querían moverse? ¿Hacía desaparecer a la gente? ¿Qué clase de galimatías era aquel?

Las llamas de la hoguera empezaban a extinguirse y todos dormían. Morgan recordó el pasado, a sus amigos muertos o desaparecidos, el inexorable fluir de los acontecimientos que tanto lo inquietaban. Pero, sobre todo, pensó en la muchacha que afirmaba que era la hija del Rey del río de Plata. Aurora.

¿Qué iba pedirle?

Y él, ¿qué podría darle?

\* \* \*

Walker Boh despertó al amanecer, y salió por fin del pozo negro de la inconsciencia. Parpadeó y vio la cara de la muchacha inclinada sobre él, mirándolo. Sintió las manos de la joven sobre su rostro, los dedos fríos y suaves contra su piel, y tuvo la impresión de que lo incorporaba sin que le supusiera esfuerzo, como si pesara menos que una pluma.

—Walker Boh.

La muchacha había pronunciado su nombre en tono amistoso.

Le parecía extrañamente familiar, aunque estaba seguro de que nunca la había visto antes. Intentó hablar, pero se dio cuenta de que no le salían las palabras. Algo se lo impedía, una sensación de asombro ante su exquisita belleza, ante los sentimientos que despertaba en su interior. Estaba llena de una magia misteriosa que era simple y compleja a la vez. Era como una mezcla de elementos, de tierra, aire y agua; de todo lo que daba vida. Era consciente de que era distinta de Morgan Leah y Pe Eltar, aunque aún no sabía hasta qué punto lo era. No se sentía atraído por ella como amante o protector. Existía una afinidad entre ambos que superaba la pasión y el deseo. Había unos vínculos de entendimiento inmediato que los unían como nunca podrían hacerlo las emociones. Walker era plenamente consciente de la existencia de esos lazos, pero era incapaz de definirlos. Aquella muchacha era lo que él había intentado ser durante toda su vida. Era un reflejo de sus sueños.

—Mírame —dijo la joven.

Sus ojos se clavaron en ella. La muchacha retiró los dedos de su rostro y los dirigió a los restos de su brazo, al muñón de piedra que le colgaba inerte y sin vida del hombro. Se introdujeron bajo la tela y le acariciaron la piel, avanzando hacia donde la carne se había convertido en piedra. Walker se encogió ante su contacto, porque no quería que descubriera su enfermedad, la corrupción de su carne. Pero los

dedos no se detuvieron, y sus ojos no se apartaron de él.

Entonces Walker jadeó mientras todo desaparecía en un destello de dolor, blanco y ardiente. Durante un breve instante volvió a ver la Sala de los Reyes, las criptas de los muertos, la losa de piedra con las marcas rúnicas, el agujero negro que se abría a sus pies y el rápido movimiento del ataque del Áspid. Después le pareció que flotaba, y que no había otra cosa que los ojos de la muchacha, negros e insondables, envolviéndolo en una ola de dulce alivio. El dolor desapareció, saliendo de él en forma de bruma roja que se disolvió en el aire. Walker sintió que le quitaban un peso de encima y que se sentía en paz consigo mismo.

Después, probablemente se quedó dormido de nuevo; no estaba seguro. Cuando volvió a abrir los ojos, la muchacha estaba a su lado, mirándolo, y la luz del amanecer, escasa y distante, se filtraba entre las copas de los árboles. Tenía la boca y la garganta secas, y ella le ofreció agua de un odre. Fue consciente de que Morgan Leah lo miraba con expresión de asombro, y de que su cara bronceada expresaba incredulidad. Había otro hombre junto a él, alguien a quien no conocía, de rostro duro y astuto. Recordó que ya estaban los dos cuando lo encontró la muchacha. ¿Qué veían ahora para mostrarse tan sorprendidos?

Entonces se dio cuenta de que había cambiado algo. Sentía el brazo más liviano, más libre, y ya no le dolía. Reunió las pocas fuerzas que le quedaban para levantar la cabeza y mirar su brazo enfermo. Su hombro estaba desnudo y sano; la carne había sustituido a la piedra producida por la enfermedad.

Su brazo entero había desaparecido, y también el veneno del Áspid.

¿Qué sentía? Las emociones se agolpaban en su interior. Miró a la muchacha e intentó hablar, pero no consiguió pronunciar una sola palabra.

—Me llamo Aurora —dijo la muchacha, con expresión serena—. Soy la hija del Rey del río de Plata. Mírame a los ojos y descubre quién soy.

Hizo lo que le pedía, y ella lo tocó. Inmediatamente vio lo que Morgan Leah había visto antes, lo que Pe Eltar había presenciado: la llegada de Aurora a Culhaven y la resurrección de los jardines de Meade del polvo y las cenizas a los que habían quedado reducidos. Le maravilló el milagro, y de manera instintiva supo que la muchacha era quien decía ser. Poseía una magia que desafiaba la incredulidad, una magia que podía superar la más devastada de las destrucciones. Cuando desaparecieron las imágenes, volvió a quedarse anonadado por la inexplicable afinidad que lo unía a ella.

—Vuelves a estar bien, Walker Boh —le dijo—. No te volverá a atormentar la enfermedad. Ahora descansa, porque tu ayuda es muy importante.

Lo tocó una vez más, y Walker se quedó dormido.

Despertó a mediodía, hambriento y sediento. Ella le proporcionó comida y agua, y lo ayudó a sentarse. Se sentía más fuerte ahora, más como el hombre que era antes del encuentro con el Áspid, capaz de pensar con claridad por primera vez desde hacía semanas. La satisfacción por haberse librado del veneno del Áspid, por sentirse vivo,



luchó contra la ira que sentía por lo que Rimmer Dall y los umbríos habían hecho a Cogle y a *Susurro*. Él los había insultado diciéndoles que no eran más que un viejo y un gato molesto. Contempló las huellas de la devastación en el claro. La muchacha no necesitó preguntarle qué había sucedido; simplemente lo tocó y lo supo. Todas las imágenes de los trágicos sucesos de aquella noche regresaron en una cascada de recuerdos que le hizo estremecerse y cerrar los ojos. Ella volvió a tocarlo, para consolarlo y tranquilizarlo, pero Walker no derramó ni una sola lágrima. No podía permitírselo. Aprisionó su pena tras el muro de la resolución firme e inquebrantable de encontrar a los responsables y acabar con ellos.

—No podrás hacer lo que tus sentimientos te piden, Walker Boh —le dijo Aurora sin que pudieran oírla Morgan Leah y el hombre llamado Pe Eltar—. Si persigues a los umbríos ahora, te destruirán. Careces de la sabiduría y la fuerza necesarias para vencerlos. Solo puedes encontrar ambas cosas con mi ayuda. Ahora os explicaré para qué os necesito —dijo, antes de que Walker pudiera responder, y llamó a Morgan y Pe Eltar y les pidió que se sentaran. Miró a uno y después al otro, y a continuación fijó sus ojos en la lejanía—. Hace mucho tiempo, en una época anterior a la humanidad, anterior a las guerras de las criaturas fantásticas, anterior a todo lo que conocéis, hubo muchos como mi padre. Fueron los primeros seres mágicos a quienes la Palabra dio vida y dominio sobre el mundo. Su misión era preservar y proteger la vida; y mientras pudieron, lo hicieron. Pero el mundo cambió con el declive de las criaturas fantásticas y el ascenso del hombre. La evolución del mundo acabó con casi todo lo que existía en el comienzo, incluyendo a los que eran como mi padre. Murieron uno tras otro, perdidos con el paso de los años y los cambios del mundo. Las Grandes Guerras destruyeron a muchos de ellos. Las guerras de las Razas destruyeron a muchos más. Por fin, solo quedó mi padre, ahora una leyenda, el señor fantástico a quien llamaban Rey del río de Plata.

»Pero mi padre no estaba solo, como creía —prosiguió Aurora, levantando la cara—. Había otro. Al principio, ni siquiera mi padre conocía su existencia, porque estaba convencido de que todos sus iguales habían muerto hacía mucho tiempo y solamente él había conseguido sobrevivir. Estaba equivocado. Otro igual que él seguía conservando la vida, aunque tan cambiado que era irreconocible. Todos los primeros seres fantásticos extraían su magia de los elementos de la tierra. La fuerza de mi padre derivaba de los ríos y los lagos, de las aguas que alimentaban a la tierra. Concibió sus jardines para nutrirlos, para darles vida y extraer vida de ellos a cambio. Su hermano, aquel que había sobrevivido sin que él lo supiera, extraía en cambio su magia de la piedra. Mi padre encontraba fuerza en la fluidez y el cambio, y su hermano lo hacía en la constancia y la inmutabilidad.

»Su nombre es Uhl Belk —continuó, tras hacer una breve pausa—. Es el Rey de Piedra. No tenía nombre en los antiguos días; ninguno de los seres semejantes a mi padre lo tenía. No eran necesarios los nombres. Mi padre recibió el suyo de las gentes mortales, pero no porque lo pidiera. Uhl Belk tomó su nombre del miedo. Lo hizo

porque sentía que solo teniendo un nombre podría estar seguro de sobrevivir. Pensaba que la posesión de un nombre implicaba permanencia, y esta era lo único que para él tenía importancia. A su alrededor, el mundo cambiaba, lo viejo desaparecía para dar paso a lo nuevo. Le resultaba imposible aceptar que debía cambiar, pues, como la piedra de la que sacaba su fuerza, era inflexible. Para seguir adelante, intensificó los hábitos que lo habían mantenido vivo durante tanto tiempo, se hundió en la tierra sobre la que se apoyaba. Se escondió mientras las Grandes Guerras acababan prácticamente con todo. Volvió a esconderse cuando las guerras de la Magia y las guerras de las Razas amenazaron con repetir la destrucción. Tomó su nombre y se envolvió en piedra. Como mi padre, su mundo quedó reducido casi a nada, a un diminuto fragmento de existencia que era todo lo que su magia podía proteger. Se aferró a él con desesperación, mientras las guerras de los hombres se extendían a lo largo de los siglos, esperando que un día regresara la cordura.

»Pero, al contrario que mi padre, Uhl Belk se alejó de la misión que le había encomendado la Palabra. Perdió la noción de su objetivo, enfrascado en la lucha por la supervivencia. Se convenció de que lo único que importaba era conservar la vida a toda costa. Olvidó su compromiso de preservar y proteger la tierra. Su promesa perdió significado. Acumuló y atesoró su magia con una idea fija en la mente: cuando consiguiera ser lo bastante fuerte, se aseguraría de que su existencia nunca fuera amenazada por nada ni por nadie.

Aurora bajó los ojos y los levantó de nuevo.

—Uhl Belk es el señor de Eldwist, un brazo de tierra situado al noreste, más allá de las montañas de Charnal, donde la Tierra del Este termina en el Tiderace. Después de permanecer oculto durante siglos, ha salido a la luz para reclamar para sí el mundo de los hombres. Lo hace por medio de su magia, que aumenta de fuerza a medida que la aplica. Y la utiliza de forma indiscriminada: sobre los campos, las aguas, los árboles y las criaturas que se nutren de todo ello. Lo convierte todo en piedra y a cambio obtiene una magia que aumenta aún más su poder. Todo Eldwist es piedra, y las tierras limítrofes también están empezando a convertirse en piedra. El Tiderace lo mantiene cautivo por ahora porque es inmenso, y ni siquiera la magia de Uhl Belk es todavía suficiente para imponerse a un océano. Pero Eldwist está unido a la Tierra del Este por uno de sus extremos, y nada, excepto mi padre, puede impedir que el veneno de su magia se extienda hacia el sur.

—Y los umbríos —añadió Morgan Leah.

—No, Morgan —respondió la muchacha, y a ninguno le pasó por alto que había omitido el apellido—. Los umbríos no son enemigos de Uhl Belk. Solo mi padre quiere preservar las Cuatro Tierras. Los umbríos, como el Rey de Piedra, quieren cambiar las Tierras hasta hacerlas irreconocibles, hasta dejarlas yermas y sin vida. Los caminos de los umbríos y de Uhl Belk no se cruzan porque ninguno tiene nada que temer del otro. Tal vez algún día las cosas cambien, pero cuando esto suceda ya no tendrá importancia para ninguno de nosotros.

»Piensa en tu brazo —prosiguió Aurora, mirando a Walker Boh—. El veneno que lo ha infectado es de Uhl Belk. El Áspid le pertenecía. Todo lo que el Rey de Piedra o sus criaturas tocan, como sucedió con tu brazo, se endurece y muere. Esa es la fuente del poder de Uhl Belk, esa inmovilidad, esa falta de cambio.

—¿Por qué quería envenenarme? —preguntó Walker.

Los cabellos plateados de la muchacha reflejaron un rayo de sol y destellaron con intensidad durante un breve instante. La joven hizo un gesto que indicaba que lo desconocía, y el rayo de luz se perdió.

—Robó un talismán druídico de la Sala de los Reyes, y quiso asegurarse de que quien descubriera el robo muriera antes de poder hacer nada al respecto. Tuviste la mala suerte de ser tú, eso es todo. Los druidas, cuando vivían, tenían suficiente poder como para desafiar a Uhl Belk. Esperó a que desaparecieran para regresar. Ahora solo tiene un verdadero enemigo: mi padre.

»Uhl Belk pretende devorar la tierra, y para conseguirlo tiene que destruir a mi padre —prosiguió Aurora, fijando sus ojos oscuros en Pe Eltar—. Él me ha enviado para que lo impida, pero no podré conseguirlo sin vuestra ayuda. Necesito que me acompañéis al norte, a Eldwist. Una vez allí, debemos encontrar y recuperar el talismán que el Rey de Piedra robó a los druidas de la Sala de los Reyes. Mientras esté en poder de Uhl Belk, será invencible. Debemos quitárselo.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó Pe Eltar, manteniendo inexpresivo su largo y estrecho rostro.

—Encontraréis la forma de hacerlo —dijo la muchacha, mirándolos de uno en uno—. Mi padre dijo que lo lograríais, que poseéis los medios. Pero es necesario el apoyo de los tres. Cada uno de vosotros tiene la magia precisa. No hemos hablado de ello, pero así es. Las tres magias son necesarias y, por tanto, debéis venir los tres.

—Los tres —musitó Pe Eltar, dirigiendo una mirada dubitativa a Walker y Morgan—. ¿Qué es lo que hace esa piedra élfica negra? ¿Qué clase de magia posee?

Walker se inclinó hacia delante para escuchar la respuesta, y los negros ojos de Aurora se clavaron en él.

—Roba el poder de otras magias. Las absorbe y se apropia de ellas.

Se produjo un asombrado silencio. Walker nunca había oído hablar de una magia con semejante poder. Ni siquiera en las viejas leyendas druídicas se hacía mención a ella. Pensó en las palabras que había leído en el tomo de la *Historia de los druidas* que le había dado Cogleine, las palabras que describían cómo se podría restaurar Paranor:

«Una vez desaparecido, Paranor se perderá para el mundo de los hombres, sellado e invisible dentro de sus límites. Solo una magia tiene el poder de hacerlo regresar, esa singular piedra élfica de color negro, concebida por la gente feérica del viejo mundo de la misma manera y forma que todas las piedras élficas, pero combinando en una sola todas las propiedades necesarias del corazón, la mente y el cuerpo. Quien tenga motivos y derecho para hacerlo, deberá utilizarla para alcanzar su fin

adecuado».

Había memorizado las palabras antes de esconder el libro en un hueco de la chimenea de la cabaña cuando se dispuso a emprender el viaje hacia la Sala de los Reyes. Las palabras explicaban cómo se podía utilizar la piedra élfica negra para recuperar Paranor. Si la magia de los druidas la mantenía apartada, la piedra élfica negra anularía esa magia y devolvería la Fortaleza a su lugar. Walker frunció el entrecejo. Le parecía demasiado fácil. Peor aún, el poder de una magia de esas características sugería que, una vez utilizada, nada podría hacerle frente. ¿Por qué iban los druidas a correr el riesgo de que algo tan poderoso cayera en manos de un enemigo como Uhl Belk?

Por otro lado, parecía que habían hecho todo lo posible por protegerla. Era muy difícil que alguien consiguiera robarla de la Sala de los Reyes. E incluso que pudiera descubrir que estaba allí. ¿Cómo lo había sabido el Rey de Piedra?

—Si la piedra élfica negra puede absorber otras magias, ¿cómo se la puede vencer? —preguntó Pe Eltar de repente, poniendo fin a las reflexiones de Walker—. Nuestra propia magia, y cualquier otra magia, será inútil contra ella.

—Sobre todo la mía, porque no poseo ninguna —repuso Morgan, y todos se volvieron hacia él—. Al menos, no tanta como para tenerla en cuenta.

—¿Hay algo que puedas hacer para ayudarnos a derrotar al Rey de Piedra? —preguntó Walker, dirigiéndose a la joven—. ¿Puedes utilizar de alguna forma tu propia magia?

—No —respondió Aurora, y los tres hombres la miraron fijamente, esperando a que continuara—. Mi magia será inútil hasta que le hayáis arrebatado la piedra élfica negra a Uhl Belk. Además, hay que evitar que se entere de quién soy. Si lo supiera, acabaría conmigo inmediatamente. Iré con vosotros y os aconsejaré cuando sea preciso. Os ayudaré en la medida de lo posible, pero no puedo utilizar mi magia... ni siquiera una cantidad nimia, ni en un brevísimo espacio de tiempo.

—Pero ¿crees que seremos capaces de conseguirlo? —inquirió Pe Eltar, escéptico.

—El Rey de Piedra pensará que vuestra magia no tiene ninguna importancia y, por tanto, en ningún momento se sentirá amenazado por vosotros.

El rostro de Pe Eltar adquirió una expresión tan sombría que hizo olvidar a Walker sus sospechas de que Aurora les estaba ocultando algo. Después tuvo el convencimiento pleno de que así era. No de que les mintiera, sino de que no les decía toda la verdad. El problema era que no tenía ni la más remota idea de qué podía estar ocultándoles.

—Hay otro motivo por el que debéis ayudarme —dijo ella entonces, mirándolos fijamente—. Todo es posible si me acompañáis. Walker Boh, he extraído el veneno de tu cuerpo y te he devuelto la salud, pero no puedo devolverte el brazo. Ayúdame a recuperar la piedra élfica negra y encontrarás la forma de volver a estar completo. Morgan Leah, tú puedes devolver la magia a tu espada rota. Acompáñame. Pe Eltar,

tú encontrarás una magia más poderosa que la de los umbríos. Ven conmigo. Mi padre me aseguró que los tres juntos poseéis las llaves que abrirán todos los secretos. Mi padre sabe que es posible. Y podéis estar seguros de que nunca mentiría.

»Es cierto que las Cuatro Tierras y sus gentes están amenazadas por los umbríos, pero no es menor la amenaza de Uhl Belk —prosiguió Aurora, levantando el rostro hacia los tres hombres—. Encontraremos la forma de acabar con una amenaza cuando hayamos vencido a la otra. La piedra élfica negra es el talismán que nos permitirá acabar con las dos. Sé que vosotros no estáis en condiciones de comprenderlo todavía, y que yo no puedo explicároslo. No sé cuál será el resultado de este viaje. Pero os acompañaré, viviré o moriré con vosotros, alcanzaremos el éxito o el fracaso juntos. Lo que suceda nos unirá para siempre».

«Como ya estamos unidos», pensó Walker, y se preguntó de nuevo por qué tenía aquella sensación que no le abandonaba.

El silencio se impuso en el pequeño grupo. Nadie quiso romperlo. Había preguntas que no habían recibido respuesta, y respuestas que seguían sin pronunciarse; había dudas, recelos y temores que tenían que dominar. El futuro establecido para todos hacía apenas una semana se extendía ante ellos, un sendero oscuro e incierto que los llevaría donde quisiera. Uhl Belk, el Rey de Piedra, esperaba al final de ese sendero, e iban a ir a su encuentro. Ya estaba decidido. Sin que nadie lo dijera expresamente, se decidió de esa manera. Tal era la fuerza de la magia de Aurora, la magia que ejercía sobre las vidas de otros, una magia que no solo restauraba la vida a lo que se creía muerto, sino que también despertaba esperanzas y sueños en los vivos.

Eso fue exactamente lo que sucedió.

Morgan Leah pensaba en lo que supondría para él recuperar los plenos poderes de la espada de Leah. Recordaba lo que sentía cuando la magia obedecía sus órdenes. Pe Eltar pensaba en cómo sería poseer un arma a la que nadie se pudiera oponer. Recordaba lo que sentía cuando utilizaba la Stiehl, y se preguntaba si esto sería igual.

Pero Walker Boh no pensaba en sí mismo, sino en la piedra élfica negra. Era la llave de todas las puertas cerradas. ¿Podría restaurar Paranor? ¿Podrían regresar los druidas? Recordó la misión que le había encomendado Allanon como parte de lo que debía hacerse para destruir a los umbríos. Y ahora, por primera vez desde que tuvo los sueños, quería verlos destruidos. Más aún, quería ser él mismo quien los destruyera.

Miró al fondo de los negros ojos de Aurora, y le pareció que ella podía leer sus pensamientos. Un truco de druida, un don mágico.

Y de pronto, sorprendentemente, recordó dónde la había visto antes.

Se acercó a ella esa noche para decírselo. Tardó bastante tiempo en decidirse a hacerlo. Hubiera sido mucho más fácil callarse, porque al hablar arriesgaba su reciente amistad y su participación en el viaje a Eldwist. Pero guardar silencio equivalía a mentir, y eso no podía hacerlo. Esperó a que Morgan Leah y Pe Eltar se

quedaran dormidos, hasta que la noche se sumiera en la más completa oscuridad y el paso del tiempo se redujera a un lento reptar. Se levantó sin hacer ruido, todavía dolorido y entumecido por todo lo que había padecido, y cruzó el claro iluminado por la hoguera donde ella esperaba.

Al atravesar las ruinas de la cabaña, las revisó. Antes, cuando todavía había luz, había buscado entre las cenizas los restos de la *Historia de los druidas*, pero no había podido encontrar nada.

Aurora no dormía. Estaba sentada bajo un enorme abeto, el árbol más alejado de los tres que bordeaban el claro y de los dos hombres que estaban descansando. Walker se encontraba todavía bastante débil y no podía caminar mucho, pero no deseaba hablarle donde los otros dos pudieran oírlo. Ella pareció advertir sus deseos. Se levantó y se internó con él en el bosque sin pronunciar una palabra. Cuando estuvieron a suficiente distancia, se detuvo y se giró hacia él.

—¿Qué quieres decirme, Walker Boh? —preguntó, y le invitó a sentarse a su lado sobre la fresca tierra del bosque.

Él se quedó pensativo durante un breve instante antes de hablar. Sentía aquel extraño vínculo que lo unía a ella sin saber por qué, y casi cambió de opinión, asustado de lo que pensaba decirle y de la reacción que podía provocar.

—Aurora —dijo por fin, y el sonido de su nombre brotando de sus labios lo detuvo de nuevo. Reforzó su decisión—. Cogline me dio un libro de la *Historia de los druidas* antes de morir. Ahora no lo encuentro, supongo que se quemó junto con el resto de la cabaña. Uno de sus párrafos decía que la piedra élfica negra es una magia druídica que tiene el poder de devolver a su lugar el desaparecido Paranor. Esa es la misión que me encomendó el espíritu de Allanon cuando fui a hablar con él en el Cuerno del Hades hace varias semanas: restaurar Paranor y hacer que los druidas vuelvan a las Cuatro Tierras. Cogline me pidió que aceptara esa misión, y me trajo la *Historia de los druidas* para convencerme de que era una misión posible.

—Lo sé —dijo ella con voz suave.

Sus ojos negros amenazaban con engullirlo, y Walker miró hacia otra parte.

—Dudé de él —prosiguió Walker, ahora con más dificultad—. Cuestioné sus intenciones, lo acusé de servir a los intereses de los druidas. No quería tener nada que ver con ellos. Pero la curiosidad que sentía por la piedra élfica negra me hizo leerlo después de que Cogline se marchara. Decidí averiguar en qué lugar estaba escondida la piedra élfica, así que le hice una visita al Oráculo del Lago.

»Me mostró tres visiones —prosiguió, volviendo a mirar a la joven ahora con más seguridad—. Yo aparecía en las tres. En la primera estaba de pie ante los otros que también habían ido al Cuerno del Hades para escuchar al espíritu de Allanon, y declaraba que prefería cortarme la mano antes que colaborar en el regreso de los druidas. La visión se burló de lo que había dicho y me mostró mi imagen sin la mano. Y ahora ya no la tengo. Ni la mano, ni el brazo.

»La tercera visión no tiene importancia ahora —continuó con voz temblorosa—.

Pero en la segunda me hallaba en la cima de una montaña que dominaba el mundo, con una muchacha. Ella perdía el equilibrio y extendía las manos hacia mí, pidiendo ayuda. Cuando intentaba alcanzarme, en lugar de ayudarla, yo la empujaba y ella se precipitaba al vacío. Esa muchacha eras tú, Aurora.

Esperó su respuesta, y el silencio llenó el espacio que había entre ellos hasta que a Walker le pareció que nada los separaba. Aurora no habló, sino que mantuvo los ojos fijos en él, con cara inexpresiva.

—¡Tú conoces al Oráculo del Lago! —exclamó él, exasperado.

Entonces vio que parpadeaba y se dio cuenta de que Aurora había estado pensando en otra cosa.

—Es un espíritu exiliado —dijo la muchacha.

—Que miente y se burla, pero que también dice parte de la verdad, ocultándola de manera insidiosa. No mintió con la primera visión. Mi brazo está destrozado. ¡No consentiré que pase lo mismo con tu vida!

—No me harás daño, Walker Boh —respondió Aurora, esbozando una leve sonrisa, solo un ligero movimiento en la comisura de sus labios—. ¿Es eso lo que tanto te preocupa?

—La visión —repitió él.

—La visión no es nada más que eso, una visión —respondió la muchacha con amabilidad—. Las visiones son tanto ilusión como verdad. Las visiones solo muestran posibilidades, pero en ningún caso estamos sometidos a ellas. No establecen lo que va a suceder, y mucho menos las visiones provocadas por una criatura como el Oráculo del Lago. Se burla con falsedades de quienes le consultan, y los engaña. ¿Le temes, Walker Boh? No, tú no le temes. Tampoco yo. Mi padre me dice lo que ocurrirá, y eso es suficiente. No me harás ningún daño.

—Tal vez se equivoque —dijo Walker, sintiendo la cara tensa y dolorida—. Tal vez no vea todo lo que va a pasar.

—Serás mi protector en este viaje, Walker Boh —respondió Aurora, haciendo un gesto afirmativo. Entonces extendió su fina mano y tocó la de Walker—. Lo seréis los tres, mientras sea necesario. No te preocupes. Con vosotros estaré completamente a salvo.

—Podría quedarme atrás... —dijo Walker, haciendo un gesto de indecisión.

—No —respondió la muchacha. La palabra le salió de los labios dura como el hierro. Entonces se apresuró a levantar la mano hacia la boca de Walker y la tocó, como si quisiera quitarle un veneno que la cubría—. Estaré a salvo si me acompañáis. Solo correré peligro si no estáis conmigo. Tienes que venir.

—¿Puedes decirme algo de lo que se espera de mí? —preguntó Walker, mirándola con expresión dubitativa. Aurora se limitó a negar con la cabeza—. ¿O de la forma en que puedo conseguir la piedra élfica negra de manos de Uhl Belk?

Aurora volvió a responder negando con la cabeza.

—¿O de qué manera voy a protegerte con solo un brazo y...?

—No.

Walker dejó que su cuerpo se desmadejara, sintiéndose de repente muy cansado. La oscuridad era una capa de duda e indecisión que lo ahogaba entre sus pliegues.

—No soy más que medio hombre —dijo entre dientes—. He perdido la fe en mí mismo, en las promesas que me hice, en las tareas que me propuse. Me he visto arrastrado por sueños de druidas y misiones en las que no creo. He perdido a mis dos mejores amigos, mi casa, mi orgullo y mi dignidad. Era el más fuerte de todos los que acudimos a reunirnos con el espíritu de Allanon, y todos confiaban en mí; ahora soy el más débil, apenas soy capaz de mantenerme en pie. No puedo olvidarme de las visiones del Oráculo del Lago tan deprisa como tú. He sido demasiado confiado y me he equivocado muchas veces. Ahora tengo que cuestionarlo todo.

—Walker Boh —dijo Aurora.

La miró, intrigado, mientras la muchacha extendía los brazos y le ayudaba a ponerse en pie.

—Volverás a ser fuerte... pero solo si tú crees que puedes volver a serlo.

Estaba tan cerca que Walker podía sentir el calor de su cuerpo a través del frío aire de la noche.

—Eres igual que yo —prosiguió ella en voz baja—. Lo has sentido ya, aunque no comprendes por qué es así. Es porque somos, antes que nada, criaturas de la magia, portadores del poder. La magia nos define, nos da forma, nos hace ser quienes somos. Es un derecho de nacimiento al que no podemos renunciar. Quieres protegerme contándome esa visión, para que tu presencia no pueda ponerme en peligro, si es que acaso la misión pudiera hacerse realidad. Pero, Walker Boh, estamos unidos de tal manera que, a pesar de lo que nos muestre cualquier visión, no podemos separarnos y sobrevivir. ¿No lo sientes tú también? Debemos tomar la senda que conduce a Eldwist, a Uhl Belk y a la piedra élfica negra, y seguirla hasta el final. No podemos permitir que las visiones de lo que podría ser nos detengan. No podemos permitir que los temores interfieran en nuestro futuro.

»La magia, Walker Boh, gobierna el sentido de mi vida, la magia que me dio mi padre —prosiguió, tras hacer una breve pausa—. ¿No es lo mismo que te pasa a ti?

No era una pregunta, sino la afirmación de un hecho, de una verdad indiscutible.

—Sí —reconoció Walker, aspirando profundamente.

—No podemos renegar ni huir de ella, ¿verdad?

—No.

—Tenemos eso en común, y órdenes de distintas personas de encontrar la piedra élfica negra y preservar a las Cuatro Tierras. La tuya procede del espíritu de Allanon y la mía, de mi padre. Ahí se acaban las diferencias. Todos los caminos conducen al talismán de los druidas. —Levantó el rostro hacia los débiles rayos de luz que empezaban a filtrarse entre los árboles—. Debemos compartir la búsqueda, Walker Boh.

Había entusiasmo y seguridad en su voz. Walker la miró a los ojos, aún lleno de



dudas y temores que ella le pedía que olvidara, pero reconfortado por su talante decidido y su fuerza de voluntad. En otros tiempos, él había poseído ambas cualidades en igual medida. Se sintió avergonzado y furioso por haberlas perdido. Recordó la determinación de Par Ohmsford para hacer lo que fuera necesario, para encontrar el mejor uso del don de la magia. Pensó en su muda promesa a los fantasmas de Cogle y *Susurro*. Todavía le preocupaba la visión del Oráculo del Lago, pero Aurora tenía razón. No podía permitir que eso le impidiera cumplir su misión.

La miró e hizo un gesto de asentimiento. Recuperó parte de su voluntad.

—No volveremos a hablar de la visión del Oráculo del Lago —prometió Walker.

—No lo haremos hasta que no sea preciso —respondió Aurora.

Lo cogió del brazo y lo llevó de regreso al campamento entre las oscuras sombras del bosque.

Par Ohmsford fue recuperando las fuerzas poco a poco. Pasó dos semanas en cama, en el cubil subterráneo del Topo, convertido en un esqueleto macilento e inmóvil envuelto en viejas sábanas, bajo una mezcla de sombras y luz de vela, y rodeado por los extraños e imperturbables rostros de los hijos adoptivos del Topo. Al principio el tiempo no significaba nada para él, porque estaba desconectado de la realidad. Después la locura se desvaneció, y Par empezó a recordar quién era. Los días y noches adquirieron entidad propia, y Damson Rhee y el Topo volvieron a ser reconocibles para el joven del valle. La neblina de luz y oscuridad se aclaró hasta permitirle reconocer las habitaciones subterráneas en las que descansaba. Volvió a familiarizarse con los deteriorados muñecos, que tenían botones por narices y ojos, respuntes por bocas y cuerpos de trapo. Y también consiguió recordar sus nombres. Las palabras volvieron a adquirir significado. Se alimentó y consiguió disfrutar de unos sueños reparadores.

Pero, sobre todo, se impusieron los recuerdos, que lo perseguían tanto durante el sueño como en estado de vigilia; fantasmas que gravitaban al borde de sus pensamientos, deseando atraparlo y clavarle sus dientes. Recuerdos del Pozo, de los umbríos, de Rimmer Dall y de la espada de Shannara, pero en especial recuerdos de Coll.

Nunca podría perdonárselo. Coll había muerto por su culpa... no solo porque le había dado la estocada final, el golpe asesino de la magia de la Canción; no solo porque hubiera descuidado la protección de su hermano contra las bandas de umbríos que vagaban por el Pozo mientras discutía con Rimmer Dall, sino porque desde el principio, desde el momento en que habían emprendido la huida de Varfleet y de los buscadores, no había hecho otra cosa que pensar en sí mismo. Necesitaba conocer la verdad sobre la Canción, la espada de Shannara, la misión de Allanon, el uso de la magia... eso era lo único que realmente tenía importancia para él. Lo había sacrificado todo por descubrir esas verdades, y al final ese sacrificio había incluido a su hermano.

Damson Rhee se esforzaba en persuadirlo de lo contrario, al ver cuánto sufría y adivinar de manera instintiva la causa.

—Fue él quien se empeñó en acompañarte, Par —le decía Damson una y otra vez con voz suave y cariñosa, la cara de la muchacha cerca de la suya y el pelo rojo derramándose sobre sus hombros—. Tomó esa decisión. Te quería tanto que no podía hacer otra cosa. Hiciste lo que estuvo en tu mano para impedirlo, para mantenerlo a salvo. Pero Coll no se dejó convencer; su sentido del deber y su lealtad eran más importantes para él que su propia vida. Estaba decidido a protegerte de los peligros

que ambos sabíais que os esperaban. Dio su vida por salvarte, ¿es que no lo ves? No le quites ese mérito insistiendo en que fue culpa tuya. Fue él quien tomó la decisión. Era obstinado, y no hubiese cambiado de opinión por mucho que lo hubieses intentado. Él lo entendía, Par. Entendía que hacías lo que tenías que hacer. Tú también lo creías y debes seguir creyéndolo. No permitas que su muerte sea inútil.

Pero Par temía que la muerte de Coll hubiera sido exactamente eso, inútil, y el miedo lo perseguía en sus pensamientos más lúgubres. ¿Qué había conseguido a cambio de la muerte de su hermano? ¿Recuperar la espada de Shannara? Sí, ahora tenía la legendaria espada de sus antepasados de sangre élfica, el talismán que el espíritu de Allanon le había encargado que buscara. Pero ¿servía realmente para algo? Había fallado por completo como arma contra Rimmer Dall, incluso después de que el Primer Buscador se hubiera mostrado como lo que en realidad era, un umbrío. Si la espada era una magia necesaria, como le había asegurado Allanon, ¿por qué no había destruido a su mayor enemigo? Además, si Rimmer Dall le había dicho la verdad, la espada de Shannara podría haber sido suya con solo pedirla. No había necesidad alguna de realizar aquel angustioso y destructivo descenso al Pozo. Entonces, ¿qué podía justificar la muerte de Coll?

Y aún tendría menos sentido si Rimmer Dall hubiera dicho la verdad respecto a otra cosa: que Par Ohmsford era un umbrío. Porque si Par era igual que aquellos seres contra los que luchaban para proteger a las Cuatro Tierras...

Si Coll había muerto para salvar a un umbrío...

¿Imposible? Ya no estaba seguro.

Los recuerdos, amargos y borrosos, no cesaban de atormentarlo y lo sumergían en un mar de angustia, incredulidad y furia. Luchó con todas sus fuerzas contra aquellas aguas turbulentas, se esforzó en mantenerse a flote, en respirar, en sobrevivir. La fiebre desapareció, la agudeza de sus emociones se suavizó, las aristas se redondearon y las heridas de su corazón y de su cuerpo cicatrizaron y sanaron.

Se levantó dos semanas después, decidido a no permanecer más tiempo en cama, y empezó a dar paseos cortos por los oscuros dominios del Topo. Se lavaba en la palangana, se vestía y comía en la mesa. Recorría el cubículo de extremo a extremo, de puerta a puerta, poniéndose a prueba, abriéndose paso a través de la debilidad. Rechazó los recuerdos y los mantuvo a raya, sobre todo por medio de la actividad. Necesitaba estar ocupado en cualquier cosa, pues eso le ayudaba a no pensar en el pasado. Se fijó en los olores y sabores que flotaban en el aire estancado. Estudió la textura de los viejos muebles, de los diversos desechos del mundo de arriba, y las paredes y suelos. Su tesón aumentó. Estaba vivo y tenía motivos de sobra para seguir adelante. Caminaba de un lado a otro entre la luz y la penumbra como un fantasma impulsado por un objetivo claro.

Incluso cuando estaba demasiado cansado para moverse, le molestaba la idea de acostarse. Se pasaba las horas sentado al borde de su cama, examinando la espada de Shannara, reflexionando sobre sus misterios. ¿Por qué no había respondido cuando su

hoja tocó a Rimmer Dall?

—¿Es posible que te hayan engañado y que esta no sea la espada de Shannara? —le preguntó Damson un día, con cautela.

—Cuando la vi en la cripta y la toqué, supe que era la espada, Damson —respondió Par, tras un breve instante de reflexión—. He cantado la historia muchas veces, la he visualizado con mucha frecuencia. No me cupo la menor duda. —Negó con la cabeza—. De hecho, todavía lo creo.

La muchacha hizo un gesto de asentimiento. Estaba sentada en la cama, a su lado, con las piernas cruzadas y una mirada intensa en sus ojos verdes.

—Pero es posible que tu fuerte deseo de encontrarla haya influido en ti, Par. Quizá la deseabas tanto que te dejaste engañar.

—Sí, podría haber sido eso —reconoció el joven del valle—. En aquel momento podría ser, pero no ahora. Mira la hoja. Aquí. La empuñadura está gastada, vieja... y sin embargo la hoja brilla como si fuera nueva. La magia la protege, igual que ocurre con la espada de Morgan. Y mira el grabado de la antorcha con la llama.

Su entusiasmo acabó en un suspiro. Vio la duda reflejada en los ojos de Damson.

—Pero la triste realidad es que no funciona. No hace nada. La sostengo, y parece la auténtica, la que debería ser... pero no hace nada, no revela nada, no me hace sentir ni el más leve indicio de magia. Y entonces, ¿cómo puede ser la verdadera espada?

—Contramagia —dijo el Topo con tono solemne. Estaba acurrucado en un rincón de la estancia próximo a ellos, casi invisible en la penumbra—. Una máscara que la oculta.

Se estiró la cara con las manos para cambiar su forma.

—Una especie de camuflaje —respondió Par, mirándolo y haciendo un gesto de asentimiento—. Sí, Topo, es posible. También yo he pensado en esa posibilidad. Pero ¿qué magia puede existir que tenga el poder suficiente para contrarrestar el de la espada de Shannara? ¿Cómo podrían producir los umbríos una magia semejante? Y, en caso de ser posible, ¿por qué no la utilizaron para destruir la hoja? ¿No debería tener yo la capacidad de romper cualquier contramagia, siendo el legítimo portador de la espada?

El Topo lo observó un instante en silencio. Tampoco Damson respondió.

—No lo entiendo —concluyó Par—. No entiendo qué está pasando.

También le extrañaba que Rimmer Dall lo hubiese dejado marchar con la espada. Si era el arma auténtica que parecía ser, el arma que podía destruir a los umbríos, el Primer Buscador no hubiera permitido que Par Ohmsford se la llevara. Sin embargo, se la entregó sin oposición, casi animándolo a que la aceptara, diciéndole que era falso lo que le habían contado sobre los umbríos y la espada.

Y después demostró que el contacto de la hoja no le causaba ningún daño.

Par deambulaba por las habitaciones del Topo con la espada en la mano, sopesándola, midiéndola, intentando invocar a la magia que yacía en su interior. Sin

embargo, el secreto de la espada de Shannara continuaba eludiéndolo.

De vez en cuando, Damson dejaba su escondite subterráneo y salía a las calles de Tyrsis. Era extraño pensar que existía una ciudad entera sobre sus cabezas, más allá de lo que podían ver y oír, con gente y edificios, luz del sol y aire puro. Par quería acompañarla, pero ella le aconsejó sabiamente que permaneciera donde estaba. Todavía no tenía las fuerzas necesarias para afrontar ese desafío, y era muy probable que la Federación siguiera buscándolo.

Una semana después de que Par abandonara su lecho del dolor y empezara a moverse por sí mismo, Damson regresó con noticias inquietantes.

—Hace bastantes días, la Federación descubrió el emplazamiento del Saliente —explicó—. Un espía infiltrado en el campamento de los proscritos los había traicionado. Enviaron un ejército desde Tyrsis a la Llave de Parma para asediarlo, y tuvo éxito. El Saliente ha caído. Fue poco después de que consiguieras huir del Pozo, Par. —Tragó saliva—. Todos han muerto.

—¿Todos? —repitió el joven del valle, conteniendo la respiración.

—Al menos eso es lo que dice la Federación. Están anunciando que el Movimiento ha sido aniquilado.

Siguió un momento de silencio. Permanecieron sentados ante la larga mesa del Topo, rodeados de sus hijos ciegos y mudos, con los platos y las copas delante como correspondía a lo que se había convertido en un ritual de media tarde.

—¿Más té, encantadora Damson? —preguntó el Topo con amabilidad, con su rostro peludo asomando sobre el borde de la mesa.

La joven hizo un gesto de asentimiento sin apartar los ojos de Par.

—No parece demasiado preocupada —dijo por fin el joven del valle, frunciendo el entrecejo.

—Me parece muy raro que la noticia de esa victoria haya tardado tanto en llegar a la ciudad.

—Entonces no es verdad.

Damson mordió una de las galletas que el Topo les había dado y la masticó.

—Tal vez sea cierto que el Saliente ha caído en manos de la Federación. Pero conozco a Padishar Cesta, y no creo que se haya dejado capturar en su propio escondite. Es demasiado listo para eso. Además, los amigos que tiene aquí el Movimiento, con alguno de los cuales he hablado, dicen que los soldados cuentan que ha habido pocos muertos, unas docenas como mucho, y que ya estaban muertos cuando llegaron a la cima del Saliente. ¿Qué ha sucedido con los demás? Había trescientos hombres en el campamento. Por otra parte, si la Federación hubiera hecho prisionero a Padishar Cesta, habría clavado su cabeza en una pica y la habría expuesto sobre las puertas de la ciudad para demostrarlo.

—Pero ¿no hay ningún mensaje de Padishar?

La muchacha negó con la cabeza.

—¿Ni noticias de Morgan, Steff o los demás?

—Han desaparecido sin dejar rastro —respondió Damson, negando con la cabeza una vez más.

—Entonces... —dijo el joven del valle, dejando que la palabra flotara en el aire. Damson esbozó una sonrisa impregnada de tristeza, y se terminaron el té en silencio.

Al día siguiente, Par se sintió más fuerte y decidido, y les dijo una vez más que quería salir a las calles de la ciudad. Había estado encerrado mucho tiempo y necesitaba ver algo de su propio mundo. Necesitaba sentir el calor del sol sobre la piel y respirar aire puro. Además, mientras permaneciera escondido no conseguirían nada. Ya era hora de que ponerse otra vez en marcha.

Damson se opuso rotundamente, alegando que aún no estaba completamente recuperado y que salir al exterior era demasiado peligroso para él. La Federación ya sabía quién era; su descripción estaba por todas partes. Después de su huida del Pozo, los buscadores habían empezado a registrar los niveles inferiores del antiguo palacio y descubierto los túneles que conducían hasta allí. Ahora los recorrían. Había kilómetros de túneles y alcantarillas, pero seguía existiendo el riesgo de que los descubrieran. De momento, era mejor no moverse.

Al final, llegaron a un acuerdo. Permitirían que Par saliera a los túneles cercanos, siempre que fuera acompañado de Damson o el Topo. Pero no saldría a la superficie, ni un solo segundo. Iría adonde le dijeran y haría lo que le ordenaran. Pero al menos saldría de aquellas habitaciones. Par aceptó las condiciones.

Empezó a explorar, ansioso, estudiando los túneles mientras seguía a Damson y al Topo, cartografiándolo todo con precisión en su cabeza. El primer día se cansó enseguida y tuvo que regresar. Al día siguiente se sintió más fuerte, y cada vez se encontraba mejor a medida que pasaba el tiempo. Empezó a comprender cómo se entrecruzaban los túneles y las alcantarillas, hasta el punto de creerse capaz, en caso de necesidad, de encontrar el camino a la superficie sin ayuda. El Topo le aconsejaba cautela, lo vigilaba con sus ojos agudos y brillantes, y asentía, satisfecho. Damson permanecía cerca, tocándolo constantemente, como para resguardarlo del peligro. Par sonreía en su interior ante aquellas actitudes protectoras.

Pasó una semana. Ya se sentía mucho mejor, recuperado casi por completo. Había transcurrido más de un mes desde el día en que lo habían llevado bajo la ciudad de Tyrsis para esconderlo, y no podía dejar de pensar en salir, en recuperar su vida.

Y al mismo tiempo se preguntaba por dónde debía empezar.

Al final, fueron otros quienes tomaron la decisión por él.

A última hora de la tarde, diez días después de que comenzara a explorar los túneles que rodeaban el cubil del Topo, Par estaba sentado al borde de su cama, examinando una vez más la espada de Shannara. Damson había salido a las calles de la ciudad en busca de información sobre Padishar y la Federación. El Topo era una mancha furtiva mientras iba de habitación en habitación, enderezando, arreglando y ordenando sus posesiones. Llegó la hora del té sin que la muchacha hubiera regresado, y el Topo empezó a mostrarse inquieto. Par también se habría inquietado si

se hubiese permitido pensar en ello, pero estaba preocupado por otro asunto. Sus recuerdos del descubrimiento de la espada de Shannara y la muerte de Coll aún estaban incompletos, y los fragmentos encajaban en su sitio para después abandonarlo cuando intentaba completar la imagen. De vez en cuando aparecía una pieza nueva. Como ahora.

Tenía que ver con la Canción. Recordaba cómo la magia se había acumulado dentro de él, convocada sin que fuera voluntad suya, cuando Coll o, mejor dicho, el ser que había sido Coll, se cernía sobre él. Entonces, después de que Coll desapareciera y los otros umbríos del Pozo lo atacaran, la Canción le proporcionó una espada llameante, un arma diferente a cualquiera que la magia hubiese producido jamás. Destruyó a los umbríos sin ningún esfuerzo. Durante unos instantes estuvo poseído, inundado de furia y locura, fuera del dominio de la razón. Recordaba lo que había sentido. Pero había algo más, algo que había olvidado por completo hasta entonces. Cuando hubo acabado con los umbríos y extendió la mano para recoger la espada de Shannara del lugar en que había caído, la espada le quemó y dejó una marca en la palma de su mano. Al instante, su propia magia se había extinguido, y a partir de ese momento fue incapaz de volver a convocarla.

¿Por qué había hecho eso la espada de Shannara? ¿Qué había sucedido para que se produjera tal reacción?

Estaba reflexionando sobre aquello, intentando hacerlo encajar en lo poco que sabía del misterio de la espada, cuando Damson irrumpió en el refugio subterráneo del Topo con su larga melena revuelta y la respiración acelerada.

—¡Soldados de la Federación! —exclamó, corriendo hacia donde estaba Par y obligándolo a ponerse de pie—. ¡Docenas, en las alcantarillas, registrándolas! No en el palacio, sino aquí. He podido esquivarlos y adelantarlos por los pelos. No sé si alguien nos ha traicionado o si es que me han visto. ¡Pero han encontrado la entrada y se dirigen hacia aquí! —Se detuvo para controlarse—. Si nos quedamos, nos encontrarán. Tenemos que salir de aquí ahora mismo.

Par se echó al hombro la espada de Shannara y empezó a hacer un hatillo con sus escasas pertenencias. Sus pensamientos se hicieron rápidos y confusos. Deseaba salir de los túneles, pero no de aquella forma.

—¡Topo! —gritó Damson, y la criatura peluda se acercó a ella con rapidez—. Tienes que venir con nosotros. Si no lo haces, te encontrarán.

—No, encantadora Damson —respondió el Topo con voz tranquila, negando con la cabeza con absoluta solemnidad—. Este es mi hogar y nunca lo abandonaré.

—No puedes quedarte, Topo —insistió Damson, inclinándose hacia él—. Correrás un grave peligro. Esos hombres te harán daño.

—Ven con nosotros, Topo —dijo Par—. Por favor. Estás amenazado por nuestra culpa.

—Fui yo quien decidió traerlos —respondió el Topo, mirándolo con sorna—. Yo decidí cuidarlos. Lo hice por Damson... pero también por mí mismo. Me gustáis. Me

gustan los sentimientos que despiertas en mí, hermosa Damson.

Par vio por el rabillo del ojo que Damson se ruborizaba, pero no dejó de observar al Topo.

—Nada de eso importa ahora. Lo que cuenta es que somos tus amigos, y los amigos se protegen mutuamente. Tienes que venir con nosotros.

—Nunca regresaré al mundo de ahí arriba —insistió el Topo sin alterarse—. Este es mi hogar. Tengo que cuidarlo. ¿Qué sería de mis niños? ¿Qué sería de Chalt y de la pequeña Linda, de Westra y Everlind? ¿Me obligaréis a abandonarlos?

—¡Tráelos contigo, si quieres! —dijo Par, que empezaba a impacientarse.

—Os ayudaremos a encontrar un nuevo hogar —añadió Damson.

—El mundo de arriba no quiere saber nada de nosotros —respondió el Topo, haciendo un gesto negativo una vez más—. No pertenecemos a él, encantadora Damson. Pertenecemos al mundo de aquí abajo. No te preocupes por nosotros. Conocemos estos túneles. Hay lugares donde podremos ocultarnos, en los que no nos encontrarán jamás. Recurriremos a ellos si es necesario. —Calló un momento—. Podríais venir con nosotros. Estaríais a salvo.

—Bastante tienes con salvarte tú, Topo —dijo Damson, frunciendo el entrecejo y poniéndose de pie—. Ya te hemos hecho correr demasiados peligros. Prométeme que irás a uno de esos escondites en los que no te puedan encontrar, ahora mismo. Llévate a todos tus pequeños y quédate allí con ellos hasta que termine esta cacería y los túneles vuelvan a ser seguros. Prométemelo.

—Lo prometo, dulce Damson —respondió el Topo, haciendo un gesto de asentimiento.

La muchacha recogió de prisa sus pertenencias y se reunió con Par en la entrada. El Topo los observaba desde la penumbra, apenas un par de ojos brillantes perdidos entre los objetos desechados y la débil luz de las velas.

Damson se colgó al hombro su equipaje.

—Adiós, Topo —se despidió en voz baja; entonces dejó caer al suelo su equipaje, se acercó al lugar donde estaba su amigo y le dio un efusivo abrazo. Cuando regresó junto a Par, tenía la cara inundada de lágrimas.

—Te debo la vida, Topo —le dijo Par—. Gracias por todo lo que has hecho por mí.

Una mano pequeña se levantó en un leve gesto de despedida.

—¡Recuerda tu promesa! —dijo Damson, casi con furia—. ¡Escóndete!

Atravesaron la entrada y se internaron en el túnel, avanzando en silencio. Damson no llevaba ninguna antorcha, pero sacó una de las extrañas piedras que brillaban con el calor de la mano. Utilizó su lucecita para guiarse, abriendo los dedos para ver el camino, y cerrándolos de nuevo para que no los descubrieran. Se alejaron con rapidez del cubil del Topo, pasando de un túnel a otro, y luego subieron por una escalera metálica y llegaron a un pozo.

Desde algún lugar lejano les llegó el sonido de pisadas de botas.



Damson alejó a Par de aquel sonido por un túnel resbaladizo y maloliente. La temperatura estaba subiendo y el aire se impregnaba de olor a alcantarilla. Las ratas se escondían en los huecos oscuros, el agua chorreaba por las grietas de la roca. Continuaron andando. En una ocasión oyeron voces confusas y distantes, pero Damson las ignoró.

Llegaron a una intersección de alcantarillas, una oquedad anillada que recogía el agua en un profundo pozo oscuro. «Una encrucijada central», pensó Par. Respiraba con dificultad, sintiendo que sus fuerzas disminuían ante la súbita actividad. Le dolían los músculos de las piernas y la espalda, y se estiró con cuidado para aliviarlos.

Damson lo miró con preocupación. Tras un breve instante de duda, siguió adelante.

Volvieron a oír las voces, esta vez más cerca, procedentes de varias direcciones. La luz de las antorchas fulguraba tras ellos. Damson y Par subieron por otra escalera y llegaron a un túnel tan estrecho que se vieron forzados a reptar para atravesarlo. La humedad y la suciedad empaparon la ropa de Par y se aferraron a su piel. Se obligó a respirar por la boca y, cuando ya no pudo más, aguantó la respiración.

Salieron a la boca de un túnel más amplio, con un canal en el centro, por lo que había dos caminos de piedra, uno a cada lado del agua que fluía por las alcantarillas. Un par de túneles más pequeños lo cruzaban. Vieron un destello de luces en cada uno, y Damson apresuró el paso. Doblaron un recodo, y también allí había luces esperándolos. Damson se detuvo y empujó a Par contra la pared de roca.

Cuando se volvió hacia él, vio la desesperación reflejada en sus ojos.

—La única salida está delante de nosotros —dijo la muchacha con la boca pegada a su oído—. Si volvemos atrás, nos capturarán.

Dio un paso atrás para poder ver su reacción. El joven del valle miró hacia las luces, que se acercaban con rapidez, y oyó el golpeteo de las botas y un eco de voces.

El miedo se acumuló en su interior y amenazó con ahogarlo. Le parecía que la Federación lo había estado persiguiendo toda la vida, que aquella caza nunca acabaría. Había escapado tantas veces que no podría continuar haciéndolo. Tarde o temprano lo abandonaría la suerte. Le había sido difícil sobrevivir al Pozo y a los umbríos. Estaba agotado y enfermo, y solo quería que lo dejaran en paz. Pero la Federación no se rendiría nunca; el ciclo no tenía fin.

Durante un breve instante, se sintió completamente desesperado. Entonces, de repente, pensó en Coll. Recordó su juramento de que alguien debía pagar la muerte de su hermano, y la furia se impuso a la desesperación. No, no conseguirían capturarlo, se prometió a sí mismo. Nadie iba a entregarlo a Rimmer Dall.

Pensó en convocar la magia que le había ayudado en el Pozo, recurrir a aquella terrible espada que cortaría a su enemigo en pedazos, pero rechazó ese impulso. Era un poder demasiado grande para poder manejarlo tan pronto, y menos sin entenderlo aún. Necesitaba la astucia, no la fuerza bruta. Entonces se acordó de la forma en que

había logrado huir de la Federación aquella noche en el Parque del Pueblo. Arrastrando a Damson consigo, se dirigió con rapidez hacia un hueco oscuro formado por las riostras en la pared del túnel. Se acurrucó en él junto a la muchacha, y le hizo un gesto para que guardara silencio.

Los soldados se acercaron, cinco hombres fuertes, con las antorchas levantadas para tener la luz suficiente para buscarlos. El metal de sus armas resplandecía. Par tragó una bocanada de aire y se concentró. Solo tenía una oportunidad.

Esperó hasta que los soldados casi estuvieron junto a ellos, y entonces utilizó la Canción. Impuso un férreo control, porque no quería correr ningún riesgo. Lanzó sobre los soldados una red de advertencias susurradas, un indicio de algo que alborotaba las aguas de las alcantarillas mucho más adelante, un movimiento indeterminado. Infundió en sus mentes la necesidad de apresurarse para capturar a quien lo producía.

Como un solo hombre, los soldados echaron a correr y pasaron sin reparar en su presencia. El joven del valle y la muchacha se apretaron contra la roca del túnel, conteniendo la respiración. En unos segundos, los soldados habían desaparecido.

Damson y Par se pusieron de pie muy despacio. Entonces la muchacha, dejándose llevar por un impulso, lo abrazó.

—Vuelves a estar bien, Par Ohmsford —dijo en voz baja, y le dio un beso—. Vamos. Ya casi somos libres.

Corrieron pasadizo abajo, atravesaron una encrucijada y entraron en un pozo seco. Las antorchas, botas y voces quedaron atrás. Allí había una escalera. Damson la subió primero, deteniéndose en lo alto para abrir una trampilla. La luz entró por el hueco. La muchacha escuchó, observó y la atravesó, con Par siguiéndola de cerca.

Se encontraron en un cobertizo cerrado, con paredes de madera. Solo tenía una puerta. Damson se acercó a ella, la abrió con cautela y la traspasó acompañada de Par.

La ciudad de Tyrsis se alzaba a su alrededor, murallas de fortalezas, torres en forma de caracol, edificios de piedra y madera. El aire estaba impregnado de olores y sonidos. Oscurecía, y la gente regresaba a sus casas. El calor del verano hacía que la vida transcurriera de forma lenta y perezosa. El cielo estaba adquiriendo un tono violeta oscuro, y las estrellas empezaban a salpicarlo como si fueran trocitos de cristal desparramados. La luna llena brillaba intensamente y su fría luz blanca cubría el mundo.

Par Ohmsford esbozó una amplia sonrisa, olvidados sus dolores y temores. Ajustó el peso de la espada de Shannara entre sus hombros. Era agradable conservar la vida.

Damson le cogió la mano y la apretó con cariño.

Caminaron juntos calle abajo y luego desaparecieron en la noche.

Aurora hizo que su pequeño grupo se quedara varios días más en la Chimenea Rocosa para dar tiempo a Walker Boh de recuperar las fuerzas. Estas volvieron pronto, impulsadas por las leves caricias y las súbitas sonrisas de la muchacha, tanto por su mera presencia como por la intervención de la naturaleza. Había magia en ella, un aura invisible que la rodeaba y se extendía a todo lo que entraba en contacto con ella, que restauraba y renovaba con una rapidez y efectividad sorprendentes. Walker recuperó las fuerzas casi de un día para otro. Los efectos de su envenenamiento quedaron reducidos a simples recuerdos, unidos al dolor por la pérdida de Cogline y *Susurro*. La expresión de inquietud desapareció de sus ojos, y pudo dominar su furia y su temor, encerrándolos en un oscuro rincón de su mente donde no lo perturbarían, pero estarían disponibles para cuando llegara el momento de recurrir a ellos. Recuperó su capacidad para tomar decisiones, su confianza, su pragmatismo, y volvió a ser el Tío Oscuro de antaño. Su magia le ayudó a recuperarse, pero era Aurora quien le proporcionaba la fuerza en cada momento.

La muchacha hizo más aún. Eliminó del claro donde se había levantado la cabaña las marcas y quemaduras, y las señales de la batalla librada con los umbríos fueron desapareciendo. Brotaron la hierba y las flores, y el vacío se llenó de pinceladas de color y efluvios de fragancias suaves y reconfortantes. Incluso las ruinas de la cabaña se convirtieron en polvo y desaparecieron de la vista. Daba la impresión de que la muchacha podía cambiar el mundo a voluntad.

Morgan Leah empezó a hablar con Walker cuando Pe Eltar se hubo alejado. El joven montañés seguía desconfiando de él, y admitió ante Walker que no estaba seguro de quién era ni de la razón que había llevado a Aurora a pedirle que los acompañara. Morgan había madurado desde la última vez que había visto a Walker. En su primera visita a la Chimenea Rocosa era insolente y estaba muy pagado de sí mismo, pero ahora parecía consciente, controlado, cauteloso sin perder el valor, un hombre razonable. Walker le tenía una mayor simpatía ahora, y pensaba que los acontecimientos que habían conspirado para separarlo de los Ohmsford y llevarlo a Culhaven habían modelado su carácter. El joven montañés le contó los últimos acontecimientos que había vivido junto a Par y Coll: cómo habían buscado a Padishar Cesta y habían acabado uniéndose al Movimiento, el viaje a Tyrsis y sus intentos de sacar del Pozo la espada de Shannara, las batallas contra los umbríos y, por último, cómo se habían separado durante la huida. Le contó el asalto al Saliente por parte de la Federación, la traición de Teel, su muerte y la de Steff, y la huida de los proscritos en dirección norte.

—Teel nos vendió a todos —afirmó Morgan al terminar su narración—. Traicionó

a la abuela Elise y a tía Jilt en Culhaven, a los enanos que colaboraban con la Resistencia, a todos. Supongo que también debió de traicionar a Cogline.

Pero Walker no creía que esa traición hubiera sido obra de Teel. Los umbríos conocían a Cogline y la Chimenea Rocosa desde que los gnomos araña secuestraron a Par en el valle unos meses atrás. Los umbríos podían haber decidido vengarse de Cogline en cualquier momento, aunque no lo hubieran hecho hasta entonces. Antes de matarlo, Rimmer Dall había dicho a Cogline que él era el único que luchaba contra los umbríos, y eso significa que consideraba a Cogline una amenaza. Más preocupante que el hecho de que los hubiese encontrado era que el Primer Buscador dijera que todos los descendientes de Shannara estaban muertos. Obviamente, se equivocaba en el caso de Walker, pero ¿qué había sido de Par y Wren, los otros miembros de la estirpe de Shannara que el espíritu de Allanon había enviado en busca de aquello que, según él, salvaría las Cuatro Tierras? ¿Estaba equivocado Rimmer Dall o habían corrido la misma suerte que Cogline? Como no tenía ninguna forma de descubrir la verdad, decidió guardarse para sí sus pensamientos. No tenía sentido preocupar a Morgan Leah, que ya estaba bastante intranquilo imaginando qué consecuencias podía tener su decisión de seguir a Aurora.

—Sé que no debería estar aquí —le había confesado a Walker una tarde. Estaban los dos sentados a la sombra de un viejo roble blanco, escuchando el canto de los pájaros que revoloteaban en el cielo—. Di mi palabra a Steff y me encargué de liberar a la abuela Elise y la tía Jilt. ¡Pero esto! ¿Qué hay de la promesa que hice a Par y Coll de protegerlos? ¡No debería estar aquí, debería estar en Tyrsis, buscando a los hermanos del valle!

—No, muchacho, no —respondió Walker—. ¿De qué serviría que los encontraras? ¿Cómo los ayudarías a luchar contra los umbríos? Aquí tienes la oportunidad de hacer algo mucho más importante, e incluso imprescindible, si lo que dice Aurora es cierto. Tal vez puedas recuperar la magia de tu espada, y es posible que yo encuentre la forma de recuperar mi brazo. Las esperanzas son escasas para quienes tenemos mentes pragmáticas, pero, a pesar de todo, no dejan de ser esperanzas. Sentimos que ella nos necesita, Morgan, y por eso respondemos a su llamada. Creo que es una sensación que no podemos rechazar. Por ahora, debemos ir con ella.

Había llegado a creerlo, influido por su charla nocturna con Aurora, cuando él le había hablado de la visión del Oráculo del Lago y de sus temores de que podría cumplirse, convencido por la insistencia y determinación con la que la muchacha le había asegurado que no tenía nada de qué preocuparse. Morgan Leah no se sentía menos unido a ella, hipnotizado por su belleza, encadenado por sus deseos, atraído de una manera que Walker no podía comprender ni tampoco ignorar. Aurora ejercía una atracción diferente sobre cada uno de los tres hombres. La que ejercía sobre Morgan era física, una fascinación derivada de su apariencia y de sus movimientos, de las exquisitas líneas de su rostro y de su cuerpo, de una belleza que superaba a todo lo

que había visto e incluso imaginado. La de Walker era más etérea, una sensación de hermandad nacida de su magia común, una comprensión de lo que pensaba y de por qué hacía lo que hacía, un vínculo a través de una cadena compartida, en la que cada eslabón era una experiencia común, una perspectiva nacida del uso de la magia.

La razón de que Pe Eltar los acompañara era más difícil de percibir. Se había autodenominado artista en varias ocasiones, pero no cabía duda de que era algo más. Ninguno dudaba de que era muy peligroso, aunque procuraba ocultar los detalles sobre su identidad. Rara vez hablaba con alguno de ellos, incluida Aurora, aunque se sentía tan atraído por ella como Morgan o Walker, y le dedicaba tanta atención como ellos. Pero la atracción de Pe Eltar era más parecida a la que siente un hombre por sus posesiones que por una amante o un espíritu afín. Miraba a Aurora como un artesano que se siente orgulloso de su obra y de su habilidad para crearla. Era una actitud difícil de comprender para Walker, pues Pe Eltar había sido reclutado como los demás, y no había hecho nada para que Aurora fuese como era. Sin embargo, no conseguía deshacerse de la sensación de que Pe Eltar consideraba a la muchacha de su propiedad y de que intentaría dominarla en cuanto se le presentara la ocasión.

Los días de la semana fueron pasando y, por fin, Aurora consideró que Walker había recuperado las fuerzas suficientes para emprender el viaje. Los cuatro abandonaron la Chimenea Rocosa. A pie, porque el terreno no permitía otras opciones, se dirigieron al norte a través de la Cuenca Oscura y los bosques del Anar, bordeando la parte occidental de la Cresta de Toffer hasta llegar al río Rabb. Lo vadearon en el lugar en el que las aguas se estrechaban, y continuaron hacia las montañas de Charnal. Avanzaban muy despacio, porque la zona era boscosa, estaba llena de maleza, salpicada de barrancos y riscos, y se veían obligados a dar rodeos para encontrar un paso franqueable. Sin embargo, hacía buen tiempo, días templados por el sol y con brisas suaves; el final del verano convertido en un lento y perezoso fluir de horas que hacía que cada día pareciera delicioso pero interminable. La enfermedad se había extendido incluso hasta aquellos parajes situados tan al norte, con tierra agostada y envenenada, aunque no era tan grave como en las regiones centrales de las Cuatro Tierras, y los olores y sabores, los paisajes y sonidos eran casi siempre frescos y limpios. Los arroyos llevaban agua prístina, los bosques presentaban un verde intenso, y la vida, tanto en los cursos de agua como en los bosques, no parecía afectada por la lóbreguez con la que los umbríos deseaban cubrirlo todo.

Durante la noche acampaban en los claros del bosque, junto a lagunas o arroyuelos que les proporcionaban agua fresca para beber y, a menudo, peces para comer. De vez en cuando los hombres charlaban entre sí, incluido Pe Eltar. Era Aurora quien se mostraba más reservada, quien se alejaba una vez concluida la jornada, quien se aislaba lejos del resplandor del fuego y de la presencia de los otros tres miembros del pequeño grupo. No lo hacía porque los desdeñara o huyera de ellos, sino porque parecía que necesitaba la soledad. Pronto se levantó una muralla

entre los viajeros, una distancia invisible que se estableció la primera noche y continuó los días siguientes. Ninguno de los tres hombres le formuló preguntas, pero la observaban a hurtadillas, vigilándose unos a otros, a la espera de que sucediera algo. Como no pasaba nada, empezaron a relajarse y a hablar entre sí. De todas formas, Morgan no hubiera podido mantenerse en silencio durante mucho tiempo, porque era un joven extrovertido y confiado que disfrutaba demasiado charlando con otras personas. Walker y Pe Eltar eran diferentes, cautelosos y reservados por naturaleza. Las conversaciones entre ambos solían convertirse en pequeñas discusiones, porque cada uno intentaba descubrir los secretos del otro sin revelar los propios. Utilizaban las palabras como escudo, procurando mantener oculto lo que de verdad les interesaba.

A veces, especulaban sobre el lugar al que se dirigían y sobre lo que harían cuando llegaran. Esas conversaciones no eran muy largas. Nadie estaba dispuesto a hablar de la clase de magia que poseía, aunque Walker y Morgan tenían cierta idea sobre las capacidades del otro, pero ninguno se mostraba dispuesto a proponer un plan para recuperar el talismán. Se trataban como si estuvieran enzarzados en un duelo de esgrima, buscándose los puntos fuertes y las debilidades, lanzándose fintas con sus preguntas y sugerencias, intentando descubrir qué tipo de hierro escudaba a los otros. Walker y Pe Eltar consiguieron poco el uno del otro, y aunque estaba claro que la presencia de Morgan se debía a la magia imbuida en la espada de Leah, era imposible saber qué podía hacer con el arma rota. Pe Eltar no cesaba de preguntar sobre lo que podía hacer la espada, qué materiales podía atravesar y hasta dónde llegaba su poder. Morgan utilizó todos sus recursos, que no eran pocos, para ser a la vez amable y ambiguo en sus respuestas, y dar la impresión de que la magia podía hacerlo todo o nada. De esta forma consiguió que Pe Eltar lo dejara en paz.

Al finalizar la primera semana de viaje llegaron al pie de las colinas que conducían a las montañas de Charnal, y se internaron en ellas durante los días siguientes en dirección noroeste hacia el Tiderace, siempre a la sombra de las montañas. Se encontraban ya en tierras que ninguno conocía. Ni Morgan ni Pe Eltar habían estado nunca al norte del Alto Anar, y Walker no había sobrepasado las regiones inferiores de las montañas de Charnal. En cualquier caso, era Aurora quien los guiaba, sin mostrarse insegura aunque fuera quien menos conocía aquellos parajes, obedeciendo a alguna voz interna que ninguno de sus compañeros podía oír, a un instinto que ninguno de ellos tenía. Admitía que no sabía con exactitud adónde se dirigía, que solo lo presentía, pero que era bastante probable que perdiera percepción en cuanto cruzaran las montañas de Charnal, porque las montañas podían ser insondables hasta para ella. Eldwist estaba bastante lejos de las montañas de Charnal, y tendrían que ayudar a la joven a encontrarlo.

—¿Cuentas con la magia necesaria para conseguirlo, Walker? —se burló Pe Eltar cuando la muchacha terminó, pero Walker se limitó a esbozar una sonrisa y a hacerse la misma pregunta.

La lluvia los sorprendió a finales de la segunda semana y los siguió sin descanso durante la tercera, empapando el camino, las mochilas y la ropa, y también sus espíritus. Las nubes, oscuras y persistentes, se concentraban en el cielo a lo largo de las cumbres de las montañas y se mantenían inmóviles sobre ellas con terquedad. Los truenos retumbaban y los relámpagos destellaban contra la muralla montañosa, como si unos gigantes hicieran juegos de sombras con las manos. Eran muy pocos los viajeros que se aventuraban tan al norte, y casi todo lo que encontraron en su camino eran troles. Pocos hablaron y muchos menos fueron los que les dieron alguna información útil. Había varios desfiladeros que atravesaban las montañas a un día o dos de camino, y todos empezaban en una ciudad que se levantaba sobre una estribación llamada Pendiente Escarpada. Sí, algunos pasos conducían al Tiderace. No, nunca habían oído hablar de Eldwist.

—Todo esto hace que uno dude de su existencia —dijo Pe Eltar, continuando con su papel de voz de la discordia, con una fría sonrisa reflejada en su afilado e inexpresivo rostro, carente de humor—. Le hace a uno pensar.

Esa noche, cuando solo faltaban dos días para que se cumplieran las tres semanas de viaje, Pe Eltar abordó el tema de una forma que no dejaba lugar a dudas sobre su opinión. La lluvia, que seguía cayendo en forma de bruma gris, helaba y embotaba los sentidos y les hundía el estado de ánimo.

—Esa ciudad, Pendiente Escarpada —empezó a decir en un tono agudo que hizo que todos se volvieran a mirarlo—, ahí es donde nos desorientaremos, ¿verdad? —Dirigió la pregunta a Aurora, que no respondió—. Después nos perderemos, y a mí no me gusta perderme. Tal vez sea hora de que hablemos un poco más sobre el asunto que nos ha traído hasta aquí.

—¿Qué quieres saber, Pe Eltar? —preguntó la muchacha con voz suave, sin mostrar el más leve indicio de alteración.

—No nos has dicho nada sobre lo que nos espera, y creo que ha llegado el momento de que lo hagas.

—Me pides unas respuestas que no puedo dar —respondió Aurora, negando con la cabeza—. También yo tengo que descubrirlas.

—No lo creo —dijo Pe Eltar en voz baja y dura, también él agitando la cabeza. Morgan Leah le dirigió una mirada de reproche y Walker se puso de pie—. Conozco a la gente, incluso a la que posee la magia como tú, y sé cuándo me dicen todo lo que saben y cuándo no lo hacen. Tú eres de los segundos. Será mejor que hables.

—¿O darás media vuelta y te irás? —inquirió Morgan, desafiante. Pe Eltar dirigió al joven montañés una mirada indiferente—. Hazlo, Pe Eltar. ¿Por qué no?

Pe Eltar se levantó con ojos inexpresivos y, aparentemente, desinteresados. Morgan lo imitó. Pero Aurora se interpuso entre los dos, intentando separarlos sin mostrar que esa fuera su intención, como si solo pretendiera enfrentarse a Pe Eltar. Se plantó ante él, pequeña y vulnerable, con el pelo de plata echado hacia atrás. Él frunció el entrecejo y, durante un breve instante, pareció que se sentía amenazado e

iba a reaccionar en consecuencia. Delgado como un látigo, se curvó igual que una serpiente dispuesta a atacar. Pero ella no se movió, ni para acercarse ni para alejarse, y la tensión desapareció del hombre poco a poco.

—Debes confiar en mí —le dijo, hablándole como si fuera la única persona viva en todo el mundo, manteniéndolo hechizado con la fuerza de su voz, la intensidad de sus ojos negros y la proximidad de su cuerpo—. Lo que necesitáis saber sobre Uhl Belk y Eldwist ya os lo he dicho. Lo que necesitáis saber sobre la piedra élfica negra, también os lo he dicho. Al menos, os he dicho todo lo que yo sé. Es verdad que hay algunas cosas que os oculto, pero también hay cosas que vosotros me ocultáis a mí. Así son todas las criaturas vivientes, Pe Eltar. No puedes echarme en cara que guarde mis secretos, cuando tú tienes los tuyos propios. No oculto nada que os pueda perjudicar. Es lo único que puedo hacer.

Pe Eltar la miró en silencio, con ojos que ocultaban lo que pasaba por su cabeza.

—Cuando lleguemos a Pendiente Escarpada, pediremos ayuda para encontrar el camino —prosiguió Aurora con una voz que no sobrepasaba el *susurro*, pero que era clara y segura—. Allí sabrán dónde está Eldwist y alguien nos indicará el camino.

Para sorpresa de Walker y Morgan Leah, Pe Eltar se limitó a hacer un gesto de asentimiento y a alejarse. No volvió a hablar con ninguno de ellos. Parecía que se hubiera olvidado de su existencia.

Al día siguiente llegaron a una carretera ancha que se extendía hasta perderse en las estribaciones montañosas. Se ondulaba como una serpiente entre la luz y las sombras cuando el sol descendió tras los picos de las montañas de Charnal. Cayó la noche y acamparon bajo un cielo tachonado de estrellas, el primer cielo despejado que podían disfrutar en muchos días. Restaurado el equilibrio con el fin de las lluvias, charlaron en voz baja mientras cenaban, pero en ningún momento hicieron alusión a los sucesos de la noche anterior. Pe Eltar parecía sentirse satisfecho con la respuesta que le había dado Aurora, aunque no le había dicho prácticamente nada. «Supongo que se debe a la forma en que le hablé», pensó Walker; tenía que ser por la forma en que utilizó su magia para aplacar sus celos y su ira.

A la mañana siguiente emprendieron la marcha muy temprano, dirigiéndose de nuevo hacia el noreste, bajo el cálido y agradable brillo del sol. A última hora de la tarde ya habían empezado a ascender y a internarse en las colinas, y al anochecer llegaron a la ciudad llamada Pendiente Escarpada.

La luz del crepúsculo se reducía a un tenue resplandor detrás de las montañas que había al oeste, que teñía el cielo de pinceladas de oro y plata. Pendiente Escarpada estaba sumida en una profunda laguna de sombras, agazapada en un hueco al pie de las montañas, donde los árboles empezaban a escasear y a dispersarse entre los salientes rocosos. Los edificios de la ciudad eran lúgubres, estructuras destartaladas que se levantaban sobre cimientos de piedra, y estaban formadas por paredes de madera, tejados, ventanas, y puertas cerradas y reforzadas. Había una sola calle que serpenteaba entre las casas, como si buscara una salida. Los edificios de la ciudad se



amontonaban a ambos lados de la calle, excepto un puñado de chozas y cabañas que moteaban las alturas como centinelas descuidados. Todo necesitaba una reparación urgente. Las tablas de las paredes estaban rotas y sueltas, los tejados mostraban la falta de algunas ripias, y los porches estaban hundidos y combados. Por las grietas y hendiduras se colaban finos hilos de luz. Había yuntas de caballos enganchados a sus carretas junto a los edificios, cada una un poco más destartada que la anterior, y oscuras figuras bípedas que se movían entre ellas como fantasmas.

Cuando el grupo se acercó, Walker vio que la mayoría eran troles, altos y corpulentos a la luz crepuscular, con sus inexpresivas caras de corteza de árbol. Varios levantaron la vista cuando pasaron, pero ninguno se molestó en saludarlos o en dirigirles una segunda mirada. Les llegó un sonido de voces, gruñidos incorpóreos, murmullos y risas que las paredes agrietadas no podían contener. Pero, a pesar de la charla, las risas y el movimiento de los habitantes, Pendiente Escarpada transmitía una fuerte sensación de vacío, como si hiciera mucho tiempo que la hubiesen abandonado los seres vivos.

Aurora los condujo camino arriba sin detenerse, sin mirar a derecha ni a izquierda, tan segura de sí misma como lo había estado desde el principio. Morgan la seguía a menos de un paso, vigilante, brindándole su protección, aunque tal vez no la necesitara. Pe Eltar se había colocado a la derecha, a cierta distancia, y Walker cerraba la marcha del pequeño grupo.

Había varias cervecerías en el centro de Pendiente Escarpada, y daba la impresión de que todos sus habitantes estaban reunidos en ellas. De algunas brotaba música, y los hombres cruzaban las puertas en un sentido u otro, entrando y saliendo de la zona iluminada sin que fuera posible distinguir sus rostros. También pasaron algunas mujeres, con aspecto duro y ajado. Pendiente Escarpada parecía un lugar de final del trayecto, no de principio.

Aurora entró en la primera cervecería y preguntó al dueño si conocía a alguien que pudiera indicarles el camino a través de las montañas hasta Eldwist. Hizo la pregunta con la mayor naturalidad, como si no tuviera ninguna importancia. No parecía darse cuenta del alboroto que su presencia provocaba, las miradas que le dirigían desde todos los rincones, los oscuros deseos que se insinuaban en muchos de aquellos ojos. Tal vez, pensó Walker mientras la observaba, aquello la dejaba indiferente. Pero el joven montañés pudo comprobar que nadie intentaba aproximarse, ni se mostraba amenazador. Morgan se mantenía en actitud protectora tras ella, mirando a aquella gente poco amistosa, como si un solo hombre pudiera impedir que hicieran algo, en caso de que así lo decidieran. Pero no era el joven montañés quien ponía freno a sus aviesas intenciones, ni Walker, ni siquiera el temible Pe Eltar: era la muchacha, una criatura tan sorprendente como un ser surgido de una imaginación desbordante, a quien no molestaban por miedo a que desapareciera. Los hombres reunidos en el interior de la cervecería la miraban con ojos incrédulos, pero tampoco querían demostrarse a sí mismos que no era más que

una ilusión.

Como no obtuvieron ninguna respuesta satisfactoria en la primera cervecería, entraron en la siguiente. Nadie los siguió. Su interior era similar al de la anterior, pero más pequeño y abarrotado. El humo de las pipas y el olor de los cuerpos era más denso y desagradable. Había troles, gnomos, enanos y hombres en Pendiente Escarpada, bebiendo y charlando como si todo fuera normal, como si lo que sucedía en el resto de las Cuatro Tierras careciera de importancia. Walker estudió sus caras con detenimiento y, cuando no pudo descubrir nada en ellas, pasó a los ojos. En ellos encontró secretos y temores. Pertenecían a hombres que soportaban privaciones y desilusión, aunque intentaban ignorarlo para poder sobrevivir. Algunos parecían peligrosos, y varios estaban al borde de la desesperación. Pero la vida tenía su propio orden en Pendiente Escarpada, como en la mayor parte de los sitios, y no era buena idea perturbarlo. Los extranjeros llegaban y se iban, incluso los que eran tan extraordinarios como Aurora, y la vida continuaba igual que antes. Aurora era como una estrella fugaz, un fenómeno poco frecuente que uno podía considerarse afortunado si tenía la ocasión de contemplarlo una vez en la vida, pero que no tenía ningún efecto duradero en su vida.

Entraron en la tercera cervecería, y después en la cuarta. En ambas, las respuestas que recibió Aurora fueron idénticas a las anteriores. Nadie sabía nada de Eldwist ni de Uhl Belk, y nadie quería saberlo. Había unas ocho tabernas a lo largo de la calle, la mayoría con oferta de camas en el primer piso y venta de suministros en la parte trasera, y algunas de ellas se dedicaban también al intercambio de productos. Como Pendiente Escarpada era la única ciudad que podía encontrarse en varios días de viaje en cualquier dirección, y al estar situada en el lugar donde convergían los caminos de las montañas, era frecuentada por toda clase de gente, tramperos y mercaderes en su mayoría, pero también de otras clases. Todas las cervecerías estaban llenas de transeúntes o de residentes temporales que hacían un alto en el camino. Hablaban de todo, de negocios y de política, de rutas recorridas y maravillas contempladas, de gentes y lugares de las Cuatro Tierras. Walker escuchó con disimulo, y le pareció que Pe Eltar hacía lo mismo.

En la quinta cervecería que visitaron, encontraron al fin la respuesta que buscaban. El tabernero era un tipo alto, corpulento y rubicundo, con el rostro poblado de cicatrices y sonrisa fácil. Miró a Aurora de una manera que hizo que Walker se sintiera incómodo. Después sugirió que la muchacha debería alquilar una habitación para unos cuantos días, solo para ver si le gustaba el pueblo lo suficiente para quedarse. Eso hizo que Morgan Leah se adelantara con los ojos echando chispas, pero Aurora le hizo retroceder con un leve gesto, sostuvo la atrevida mirada del tabernero y le respondió que no le interesaba. El tabernero no insistió, pero, para sorpresa de todos, le contó que el hombre que buscaba estaba en el local que había más abajo, en El Gato Desollado. Su nombre, dijo, era Horner Dees.

Volvieron a salir a la noche, dejando al tabernero con la duda de si había hecho

bien en decírselo. Su mirada así lo indicaba. Aurora tenía ese don; era la esencia de su magia. Podía cambiarte por completo antes de que te dieras cuenta. Podía hacer que actuaras de una forma inesperada. Podía hacer que quisieras hacer cualquier cosa para complacerla. Era la actitud que una mujer hermosa es capaz de provocar en un hombre, pero en el caso de Aurora influía algo más que la belleza. Era su propia esencia, la elemental que parecía humana pero que encerraba mucho más, una personificación de la magia que, a los ojos de Walker, era fiel reflejo del padre que la había creado. Conocía las historias y leyendas sobre el Rey del río de Plata. Cuando alguien se encontraba con él, le decía lo que deseaba saber sin ocultar nada. Su sola presencia era suficiente para que quisiera decirlo. Walker había visto cómo Morgan, Pe Eltar y los hombres de las tabernas reaccionaban ante su presencia. E incluso él mismo. Aurora era, sin duda, hija de su padre.

Encontraron la cervecería El Gato Desollado en el otro extremo del pueblo, al abrigo de unos enormes y viejos nogales. Era un edificio grande e irregular que crujía y gruñía solo con el movimiento de los hombres y mujeres que estaban en su interior, que parecían frecuentarlo por la fuerza de la costumbre. Era un lugar tan abarrotado como los otros, pero había más espacio y estaba dividido en compartimentos alineados con las paredes, lo cual mejoraba un poco su aspecto. Las luces estaban esparcidas aquí y allá como amigos lejanos, perfiladas contra la penumbra, y los parroquianos estaban reunidos en grupos ante la barra y en las largas mesas y bancos. Las cabezas se volvieron cuando traspasaron la puerta, como también había ocurrido en las otras cervecerías, y todos los ojos se clavaron en ellos. Aurora se dirigió al tabernero, y este, tras escucharla atentamente, señaló con la mano hacia el fondo de la sala. Allí había un hombre sentado ante una mesa, solo en un reservado oscuro, encorvado y con el rostro oculto, apartado de la multitud y la luz.

Los cuatro se dirigieron hacia la mesa que ocupaba aquel hombre, y se detuvieron a su lado.

—¿Horner Dees? —preguntó Aurora con su voz de seda.

Unas manazas le retiraron la jarra de cerveza de la boca barbuda, y alzó su cabeza enorme y despeinada. Era un hombre muy grande y corpulento, una especie de oso con muchos años a la espalda. Estaba tan cubierto de pelo que podía verse en los brazos y el dorso de las manos, en la garganta y en el pecho, en la cabeza y la cara, y, a excepción de los ojos y la nariz, sus rasgos quedaban ocultos casi por completo. Era imposible adivinar su edad, pero el pelo era gris plateado, tenía la piel arrugada y manchada, y los dedos nudosos como raíces viejas.

—Tal vez lo sea —respondió con voz ronca, clavando sus ojos en la muchacha.

—Me llamo Aurora —se presentó la joven—. Estos son mis compañeros. Buscamos un lugar llamado Eldwist y a un hombre llamado Uhl Belk. Nos han dicho que conoces ambos.

—Os han informado mal.

—¿Puedes llevarnos allí? —preguntó Aurora, ignorando su respuesta.

—Acabo de deciros...

—¿Puedes llevarnos allí? —insistió Aurora, interrumpiéndolo.

El hombretón la miró en silencio, sin moverse, sin mostrar ni el más leve indicio de lo que estaba pensando. Era como una roca grande y firme que había conseguido sobrevivir a los fenómenos atmosféricos y la erosión, y solo los consideraba una brisa pasajera.

—¿Quién eres? —preguntó por fin—. ¿Quién se esconde tras ese nombre?

—Soy la hija del Rey del río de Plata —respondió Aurora, sin la menor vacilación—. ¿Lo conoces, Horner Dees?

—Sí, lo conozco —respondió Dees, haciendo un gesto de asentimiento—. Quizá seas la persona que dices ser; quizá yo sea quien piensas que soy, y hasta es posible que conozca Eldwist y a Uhl Belk. Quizá sea el único que los conoce... el único que está aún vivo para poder contarlo. Hasta es posible que haga lo que me pides y os lleve allí. Pero antes tendrías que darme un muy buen motivo. Sentaos.

Señaló hacia varias sillas vacías, y los cuatro se sentaron frente a él. Miró a los hombres, y luego sus ojos volvieron a fijarse en la muchacha.

—Parecéis gente que sabe lo que se hace. ¿Por qué queréis encontrar a Uhl Belk?

—Uhl Belk robó algo que no le pertenece, algo que necesitamos recuperar —respondió Aurora. Sus ojos negros eran impenetrables e intensos.

—¿Planeáis arrebatárselo o vais a pedirle que lo devuelva? —inquirió Horner Dees, haciendo una mueca—. ¿Sabéis algo de Uhl Belk? Yo sí.

—Robó un talismán de los druidas.

—Muchacha, nadie que entra en Eldwist vuelve a salir de allí —respondió Horner Dees tras un breve instante de vacilación. Su cara barbuda se contorsionó mientras hacía un movimiento con la boca, como si masticara—. Nadie excepto yo, y lo conseguí porque tuve suerte. Allí hay cosas a las que nada ni nadie puede plantar cara. Belk es viejo, procede de otra era, pero hace uso de una magia oscura y maligna. Vosotros nunca le quitaréis nada y, por supuesto, él no os lo dará por su propia voluntad.

—Los tres hombres que me acompañan son más fuertes que Uhl Belk —dijo Aurora—. También poseen la magia, y lo vencerán. Mi padre dice que así sucederá. El poder de estos tres hombres prevalecerá sobre Uhl Belk.

Mientras ella pronunciaba sus nombres, Horner Dees los fue mirando para identificarlos, pasando con rapidez de una cara a otra, deteniéndose solo en la de Pe Eltar, tan brevemente que Walker pensó por un momento que se lo había imaginado.

—Son solo hombres —dijo por fin—. Uhl Belk es otra cosa. No se le puede matar como a un hombre corriente. Es probable que ni siquiera logréis encontrarlo. Él os encontrará a vosotros, y entonces ya será demasiado tarde. —Chasqueó los dedos y se echó hacia atrás.

Aurora lo observó un instante por encima de la mesa; después, repentinamente, extendió las manos y tocó la superficie del tablero. Al instante, una astilla se curvó

hacia arriba, se convirtió en un fino tallo del que brotaron hojas y al final floreció, llenándose de pequeñas campanillas. La sonrisa de Aurora fue tan mágica como su obra.

—Muéstranos el camino a Eldwist, Horner Dees —dijo.

—Necesitaréis algo más que flores para derrotar a Belk —respondió el rastreador, humedeciéndose los labios.

—Tal vez no —respondió en voz baja Aurora, y Walker tuvo la sensación de que sus palabras ocultaban algo—. ¿No te gustaría venir con nosotros y comprobarlo por ti mismo?

—No he llegado a viejo haciendo estupideces —respondió Horner Dees, negando con la cabeza. Meditó un momento, y luego volvió a inclinarse hacia delante—. Fui a Eldwist hace diez años. Ya conocía su existencia, pero sabía que era peligroso y no me atrevía a entrar solo. Y aún así nunca dejé de preguntarme qué habría allí, porque lo que hago es descubrir cosas. He sido guía, soldado, cazador, todo lo que se puede ser, y al final todo se reduce a lo mismo. Así que seguí pensando en Eldwist, en qué habría allí, en aquellos viejos edificios, en las piedras que vi por todas partes. Al fin me decidí a ir, porque no podía soportar la quedarme en la inopia. Llevé a una docena de hombres conmigo, los trece afortunados. Pensábamos encontrar algo de valor, ya que es un lugar secreto y antiguo. Sabíamos cómo se llamaba. Se oían leyendas sobre él desde hacía mucho tiempo, al otro lado de las montañas, donde habíamos estado algunos de nosotros. Los troles lo conocen. Es una península... solo una estrecha franja de tierra, cubierta de roca, que se interna en el Tiderace. Fuimos una mañana, los trece, llenos de vida. ¡Al amanecer del día siguiente, los otros doce habían muerto, y yo corría como un ciervo asustado!

»No vayáis —les advirtió, hundiendo los hombros—. No os acerquéis a Eldwist y Uhl Belk.

Cogió la jarra, apuró su contenido, y la dejó de golpe sobre la mesa. El sonido llamó la atención del tabernero, que llegó enseguida con otra jarra llena en la mano. Dees no lo miró, mantuvo los ojos fijos en Aurora, y el tabernero se retiró inmediatamente. Ya era cerca de medianoche, pero solo unos pocos parroquianos se habían ido. Continuaban agrupados como habían estado desde el atardecer, algunos desde antes, charlando de una forma que cada vez era más perezosa, y en posturas más relajadas. De momento, el tiempo había perdido su fuerza sobre ellos, víctimas de todo tipo de conflictos y desgracias, refugiados bajo el escudo del alcohol y la compañía fácil. Dees no era uno de ellos; Walker Boh no creía que llegara a serlo nunca.

—Horner Dees —dijo entonces Aurora, estremeciéndose y pronunciando el nombre como si lo deletreara, una muchacha joven intentando comprobar la resistencia de un hombre viejo—. Si no haces nada para remediarlo, Uhl Belk vendrá a buscarte.

Por primera vez, Dees pareció sobresaltarse.

—Con el tiempo, vendrá —prosiguió Aurora con voz amable y triste—. Su reino aumenta y este se extiende cada vez más y cada vez más deprisa. Si no hay nadie que lo detenga, si no hay nadie que ponga límites a su poder, tarde o temprano te alcanzará.

—Para entonces ya estaré muerto —respondió el rastreador, pero no parecía muy seguro.

—Hay misterios que nunca resolverás, porque no tendrás oportunidad de hacerlo —dijo Aurora, esbozando una mágica, perfecta y maravillosa sonrisa—. No es el caso de Uhl Belk. Te has pasado la vida descubriendo cosas. ¿Por qué parar ahora? ¿Cómo sabrás cuál de nosotros tiene razón respecto a Uhl Belk si no nos acompañas? Hazlo, Horner Dees. Muéstranos el camino a Eldwist. Emprende este viaje.

—Me gustaría creer que ese monstruo puede ser destruido... —respondió Dees, tras reflexionar durante largo rato—. No estoy seguro de...

—¿Realmente necesitas estarlo? —preguntó la muchacha con voz suave.

—Nunca lo he necesitado —respondió Dees frunciendo el entrecejo y esbozando una sonrisa, una mueca que pronunció notablemente las arrugas de su cara. Después soltó una carcajada, y por fin se puso serio—. Se trata de un camino difícil, no de un paseo. En esta época del año, los pasos de las montañas son casi impracticables; y, una vez que estemos al otro lado, solo podremos contar con nuestras propias fuerzas. No tendremos ayuda de nadie. Solo encontraremos trolls, y ellos no se preocupan por los forasteros. Lo cierto es que ninguno de vosotros parece lo bastante fuerte para llegar a la meta.

—Te aseguro que somos más fuertes de lo que te imaginas —dijo Morgan Leah en voz baja.

—Tendréis que serlo, y mucho —respondió Dees dirigiendo una crítica mirada al joven montañés con un suspiro—. Bien. Ya está decidido, ¿verdad? Yo, un viejo, estoy a punto de internarse de nuevo en territorios inexplorados. —Se rio abiertamente y miró a Aurora—. Eres muy hábil, lo reconozco. Consigues sacar una nuez de su cáscara solo con la palabra. Incluso a una nuez vieja y dura como yo. Bien, bien.

Retiró la silla de la mesa y se incorporó. Era aún más impresionante de pie que sentado, como un muro agrietado que se negara a desplomarse a pesar de haber soportado las inclemencias del tiempo durante muchos años. Se plantó ante ellos, encorvado y con aspecto rudo, los largos brazos colgándole, parpadeando como si acabara de salir a la luz.

—Muy bien, os llevaré —dijo en voz baja pero firme, inclinándose hacia delante para dar mayor énfasis a sus palabras—. Os llevaré porque es cierto que no lo he visto todo ni he encontrado todas las respuestas, y la vida no vale nada si no se intenta... aunque no creo que intentarlo sea suficiente. Reuníos aquí conmigo al amanecer, y os daré una lista de lo que necesitáis y de dónde podéis encontrarlo. Conseguíldo vosotros, y yo me encargaré de la organización. Lo intentaremos.

¿Quién sabe? Quizás alguno de nosotros consiga regresar.

Guardó silencio durante un breve instante y los miró como si los viera por primera vez.

—¿A que tendría gracia que vuestra magia demostrara ser más poderosa que la de Belk? —inquirió Dees, con cierto tono de diversión en la voz.

A continuación, se dio la vuelta, atravesó la sala y desapareció entre las sombras de la noche.

Horner Dees cumplió su palabra y se reunió con ellos a primera hora de la mañana siguiente para organizar los preparativos del viaje a Eldwist por las montañas de Charnal. Se encontraron en la puerta de la posada donde habían pasado la noche, una deteriorada construcción de dos plantas que en el pasado había sido una residencia y, más tarde, un almacén. Sin molestarse en decirles cómo les había localizado, les dio una lista de cosas que necesitaban y direcciones donde podían conseguirlas. Era aún más imponente de lo que había parecido la noche anterior, más ancho que la puerta que tenía ante sí. Hablaba entre dientes y gruñía, y su voz denotaba que había bebido demasiado. Pe Eltar pensó que era un borracho inútil, y a Morgan Leah le resultó bastante desagradable. Aceptaron sus instrucciones sin rechistar, porque era lo que Aurora esperaba que hicieran. Horner Dees los había decepcionado por completo. Sin embargo, Walker Boh veía en él algo diferente. La noche anterior, tras la marcha del rastreador, se alejó de sus compañeros de viaje con la muchacha y le sugirió que tal vez no era el hombre que buscaban. Después de todo, ¿qué sabían de Dees aparte de lo que él mismo les había contado? Aunque fuera cierto que había estado en Eldwist, habían pasado diez años desde entonces. ¿Recordaría el camino? ¿No se perderían? Pero Aurora lo tranquilizó con su característica habilidad para disipar las dudas, afirmando que Horner Dees era el hombre que necesitaban. Ahora, mientras escuchaba al viejo rastreador, pensaba que la muchacha tenía razón. Walker había viajado mucho y conocía los preparativos que debían realizarse. No cabía la menor duda de que Dees también lo sabía. A pesar de su voz gangosa y su aspecto aturdido, Horner Dees sabía muy bien lo que se hacía.

El tiempo que dedicaron a la organización pasó con suma rapidez. Walker, Morgan y Pe Eltar se ocuparon de los víveres, las mantas, las lonas, las cuerdas, las herramientas de escalada, los útiles de cocina, la ropa y el equipo de supervivencia que Dees les había indicado. El propio Dees se encargó de los animales, toscas mulas que podrían soportar una carga pesada y las tormentas de las montañas. Lo llevaron todo a un viejo establo situado en el extremo norte de Pendiente Escarpada, un lugar que, al parecer, Dees utilizaba como taller y como hogar. Vivía en el cuarto trasero, y cuando no estaba dando órdenes o comprobando su trabajo, se quedaba allí.

Aurora se aisló aún más de los miembros del pequeño grupo. Cuando no estaba con ellos, que era la mayor parte del tiempo, no tenían ni idea de su paradero. Parecía moverse como una nube errante, más como si fuera una sombra que como un ser de carne y hueso. Era posible que se retirara a los bosques cercanos a la ciudad, donde se sentía más cómoda. Quizá se limitara a ocultarse. De cualquier manera, desaparecía por completo, como el sol cuando acaba el día, y ellos echaban en falta su presencia.



Cuando regresaba, recuperaban la tranquilidad. Les hablaba todos los días, siempre de forma individual, nunca en grupo. Les daba algo de sí misma, un poco de confianza que no podían explicar, pero que les era necesaria. Si hubiera sido otra persona, hubiesen pensado que estaba jugando con ellos. Pero era Aurora, la hija del Rey del río de Plata, y en su vida no había tiempo para juegos, ni deseo, ni caprichos que satisfacer. Ella estaba por encima de tales comportamientos, y, aunque no acababan de comprenderla y dudaban de que pudieran hacerlo alguna vez, estaban convencidos de que el engaño y la traición no tenían cabida en Aurora. Su sola presencia los mantenía unidos, ligados a ella sin posibilidad de marcharse. Era incandescente, una criatura de brillantez abrumadora, tan mágica que se sentían cautivados por ella como lo habrían estado por la contemplación del arco iris. Hacía que la buscaran con la mirada por todas partes. Esperaban a que apareciera, y entonces se sentían seducidos de nuevo. Esperaban a que les hablara, que los tocara, que los mirara. Ella los hacía orbitar en torno al vértice de su ser y, aunque eran conscientes de que estaban hechizados, no querían que acabara. Se vigilaban unos a otros como halcones, inseguros sobre cuál era el papel que desempeñaban en sus planes, de hasta qué punto le eran útiles o necesarios. Se esforzaban por saber algo de ella que no supieran los otros, y valoraban el tiempo que pasaban con ella como si fuera oro en polvo.

Sin embargo, no conseguían desterrar por completo las dudas y recelos. En lo más profundo de su ser, todavía les preocupaba el criterio que la joven había seguido para elegirlos, los planes respecto a la búsqueda que habían accedido a llevar a cabo, y también se preguntaban si el deseo de estar con ella era motivo suficiente para seguirla.

Las reflexiones de Pe Eltar eran las más intensas. La razón principal de que hubiese emprendido aquel viaje era que la muchacha lo intrigaba, porque era distinta de las otras personas que había matado, porque quería descubrirlo todo de ella, o tanto como fuera posible, antes de utilizar la Stiehl, y porque quería descubrir si el talismán del que hablaba, la piedra élfica negra, era tan poderoso como ella creía y podría hacerse con él. Le había molestado que insistiera en que debían acompañarlos el arrogante montañés y el manco alto y pálido. Preferiría que estuvieran los dos solos, porque estaba totalmente convencido de que él era todo lo que la joven necesitaba. Sin embargo, se mordió la lengua y tuvo paciencia, convencido de que los otros dos no supondrían para él ningún problema.

Pero ahora también se había añadido al grupo Horner Dees, y había algo en el viejo que lo inquietaba. Era extraño que le produjera esa sensación, porque parecía un viejo inútil. Suponía que su inquietud se debía a la sensación de sentirse rodeado de gente. ¿Cuántos miembros más pretendía añadir la muchacha al grupo? Pronto estaría sorteando lisiados e ineptos a cada paso, ninguno de los cuales sería digno de su arte para la matanza. Pe Eltar era un solitario, y odiaba los grupos. Sin embargo, la muchacha se empeñaba en aumentar su número, y con un propósito que no quedaba

claro. Su magia parecía casi ilimitada; podía hacer cosas con las que nadie, ni siquiera él, podía competir. Estaba convencido de que, dijera lo que dijera, su magia era suficientemente poderosa para llevarlos a Eldwist. Una vez allí, solo lo necesitaba a él. ¿Por qué se empeñaba en incluir a los demás?

Hacia dos noches, justo antes de que cesaran las lluvias, Pe Eltar le había manifestado su frustración y descontento, intentando obligarla a revelar la verdad. Aurora influyó sobre él de algún modo, lo calmó y consiguió que abandonara su decisión de desenmascararla. La experiencia lo había dejado perplejo por la facilidad con que lo había manejado, y llegó a pensar en matarla y acabar de una vez con el asunto. Él había descubierto su objetivo, ¿verdad? ¿Por qué no hacer lo que le había aconsejado Rimmer Dall y acabar con ella, olvidarse la piedra élfica negra y dejar que aquellos idiotas la buscaran solos? Pero decidió esperar, y ahora se alegraba, porque, aunque la presencia de Dees y de los otros dos lo irritaba, empezaba a comprender cómo podían ser de utilidad. Aurora los había llevado para que sirvieran de distracción, nada más. Después de todo, ¿qué otra cosa podían ofrecer? La fuerza de uno residía en una espada rota, y la de otro, en un cuerpo roto. ¿Qué podían hacer esas magias miserables comparadas con la de la Stiehl? ¿No era él el asesino, el maestro de la muerte, cuya magia se imponía a todo? Por eso lo había elegido Aurora. Nunca se lo había dicho, pero Pe Eltar lo sabía. Rimmer Dall se había equivocado al pensar que no lo reconocería por lo que era. Por supuesto que la muchacha, con su intuición y percepción formidables, descubriría la verdad. Por eso hizo que la acompañara, por eso lo eligió antes que a los otros. Lo necesitaba para acabar con la vida de Belk; era el único que podía hacerlo. Necesitaba la magia de la Stiehl. Los demás, incluido Dees, eran como leña seca que acabaría alimentando su fuego. Al final, Aurora dependía de él.

Si Pe Eltar se hubiera molestado en preguntarle, quizá Morgan Leah le hubiese dado la razón. Era el más joven y el más inseguro, a pesar de su actitud arrogante. Era un muchacho recién convertido en hombre, algo que se veía obligado a admitir ante sí mismo, aunque nunca ante los demás. Había viajado poco y hecho pocas cosas. En comparación con el resto, sabía menos de casi todo. Lo cierto es que había pasado su corta vida en las Tierras Altas de Leah, y aunque se las había ingeniado para hacer que la vida en su tierra fuera desagradable para los oficiales de la Federación que pretendían gobernarla, poco más había conseguido. Amaba a Aurora, aunque no tenía la esperanza de ser correspondido y no tenía nada que ofrecerle. La espada de Leah era el arma que ella necesitaba en su búsqueda de la piedra élfica negra, el talismán cuya magia podría derrotar a Uhl Belk. Pero la espada había perdido casi toda su magia cuando se quebró contra las puertas del Pozo. La que le quedaba era insuficiente y, aún peor, imprevisible. Sin ella, no veía cómo podía serle de utilidad. Tal vez Aurora estaba en lo cierto al decir que lograría recuperar el poder de la espada si la acompañaba. ¿Pero qué sucedería si se topaban con un peligro antes de eso? ¿Cuál de los tres podría ofrecerle protección? Él solo tenía una espada rota. Walker

Boh, sin su brazo, parecía menos poderoso de lo que había sido, un hombre que se buscaba a sí mismo. Horner Dees era viejo y gris. Solo Pe Eltar, con su magia secreta y sus actitudes enigmáticas, parecía capaz de defender a la hija del Rey del río de Plata.

No obstante, Morgan estaba decidido a continuar, aunque no estaba seguro del porqué. Quizá fuera orgullo, o quizá terquedad, lo que hacía que se negara a rendirse. Fuera lo que fuese, mantenía viva una tenue esperanza de demostrarle de algún modo a la extraña y maravillosa muchacha de la que se había enamorado que era válido, que la protegería de cualquier amenaza y que, con tiempo y paciencia, encontraría la manera de devolverle la magia a la espada de Leah. Cumplía con rapidez y diligencia las tareas que le encomendaba Horner Dees para preparar el viaje al norte, esforzándose más que los otros. Pensaba sin cesar en Aurora, cuya imagen llenaba su mente. Ella era un regalo, lo sabía. Era la posibilidad de todo lo que siempre había deseado. Era algo más que su belleza, o que lo hubiera liberado de las prisiones de la Federación, o que hubiera resucitado los jardines de Meade para los enanos de Culhaven. Era consciente de que existía algo entre ellos, un vínculo intangible diferente del que la unía a los demás. Podía notarlo cuando le hablaba, cuando lo llamaba por su nombre de pila, cosa que no hacía con los otros. Podía notarlo en su forma de mirarlo. Lo maravillaba más allá de las palabras.

Decidió evitar que ese vínculo se rompiera, fuera lo que fuese, pasara lo que pasase. Para su sorpresa, e incluso su alegría, aquello se convirtió en la piedra angular de su vida.

Walker Boh también sentía algo, pero más difícil de definir. Como la determinación enamorada de Morgan y la asesina de Pe Eltar, también él tenía algo que lo unía a Aurora. Era una extraña afinidad entre ambos, una magia compartida que les daba una comprensión del otro que nadie más podía entender. Como el joven montañés y el asesino, creía que su relación con la muchacha era distinta, más personal e importante, más duradera. No la amaba como Morgan, ni deseaba poseerla como Pe Eltar. Lo que anhelaba era entender su magia, porque estaba convencido de que así también entendería la suya propia.

Lo que no había decidido todavía era si eso era algo bueno o algo malo. No le bastaba con desearlo desesperadamente; las muertes de Cogleine y Susurro se lo habían demostrado. Sabía que necesitaba comprender la magia si quería destruir a los umbríos, pero aún temía las consecuencias que podía traerle ese conocimiento. Con la magia siempre había que pagar un precio. Lo había intrigado desde que descubrió que la poseía, pero también lo asustaba. El miedo y la curiosidad lo habían empujado en dos direcciones opuestas durante toda su vida. Así había sido cuando su padre le habló de su legado, cuando se esforzó en vano para ganarse su lugar entre los habitantes de Valle Sombrío, cuando apareció Cogleine y se ofreció a enseñarle cómo funcionaba la magia, y cuando supo de la existencia de la piedra élfica negra al leer las páginas de la *Historia de los druidas* y comprendió que podía cumplir la misión

que el espíritu de Allanon le había encomendado. Siempre era lo mismo, y esta ocasión era una más de la lista.

Durante un tiempo se había preocupado porque pensaba que había perdido toda la magia, que el veneno del Áspid la había destruido. Pero al curarse había recuperado las fuerzas, y con ellas, la certeza de que su magia había sobrevivido. Durante el viaje hizo algunas pequeñas pruebas. Sabía que estaba allí cuando, por ejemplo, algo en su interior reaccionaba ante la presencia de Aurora, ante la manera en que usaba su propia magia para influir en Morgan, Pe Eltar y él mismo, ante el efecto que tenía sobre otras personas. También la sentía presente en su percepción de los detalles. Había captado la vacilación en la mirada que Horner Dees había dirigido a Pe Eltar: un atisbo de reconocimiento. Podía sentir la interacción entre los miembros del grupo y Aurora, los sentimientos que yacían bajo la superficie de las miradas y las palabras que intercambiaban. Tenía percepción, intuición y precognición en algunos casos. No cabía la menor duda, la magia aún estaba dentro de él.

En cualquier caso, esta se había debilitado. Ya no era el arma poderosa que había sido, y eso le hacía reflexionar. Tenía la oportunidad de apartarse de su influencia, de la oscuridad en que sumía su vida, del legado de Brin Ohmsford y los druidas, y de todo lo que lo había convertido en el Tío Oscuro. Si no ahondaba en ella, no le haría daño. La magia seguiría dormida. Si la dejaba de lado, tal vez consiguiera liberarse.

Pero sin la magia, los umbríos también camparían a sus anchas. ¿Qué sentido tenía viajar a Eldwist para enfrentarse a Uhl Belk si no utilizaba la magia? ¿Para qué quería entonces la piedra élfica negra?

Así pues, todos daban vueltas en el interior de las jaulas que ellos mismos se habían construido; Walker Boh, Morgan Leah y Pe Eltar, gatos recelosos de mirada aguda y ojos ansiosos, decididos a cumplir las expectativas de Aurora y, al mismo tiempo, todavía inseguros. Se hacían compañía unos a otros, pero sin entablar amistad. El tiempo pasó rápidamente mientras se dedicaban a comprar y empaquetar suministros. Horner Dees parecía sentirse satisfecho, pero era el único. Los otros tres luchaban contra la inseguridad, la impaciencia y las dudas que tenían acerca de la misión que habían decidido emprender, y nada de lo que pensaban o hacían les proporcionaba alivio. Ante ellos solo había oscuridad, que se mantenía sobre ellos como una neblina oscura, y no lograban ver lo que había más allá. Se alzaba ante sus rostros como una muralla, un conglomerado de hechos y circunstancias, una explosión de magia y fuerza bruta, una revelación de necesidad y objetivos: una nube negra e impenetrable que intentaba devorarlos.

Tres días después dejaron la población de Pendiente Escarpada. Salieron al amanecer, bajo un cielo cubierto de nubes que rozaban las montañas e impedían que pasara la luz. El olor a lluvia flotaba en el aire, y el viento que soplaba desde las cumbres era gélido y cortante. El pueblo dormía, acurrucado en la oscuridad como un animal asustado, receloso y silencioso. Algunas lámparas de aceite olvidadas ardían en los porches y a través de las grietas de las ventanas, pero no se veían movimientos

de personas. Mientras se internaban en las montañas, Walker Boh se volvió un momento para contemplar por última vez los edificios amontonados y descoloridos, que parecían caparazones de saltamontes, vacíos, abandonados y de una fealdad fascinante.

A mediodía empezó a caer la lluvia, y siguió durante una semana entera. A ratos se convertía en llovizna, pero nunca cesaba por completo. Las nubes continuaban inmóviles en el cielo, los truenos rugían por todas partes y los relámpagos destellaban a lo lejos. Congelados y completamente empapados, los componentes del pequeño grupo no podían hacer nada para aliviar su incomodidad. Los pies de las colinas estaban cubiertos de una densa vegetación, pero las cumbres estaban peladas. El viento soplaba con fuerza y, sin sol que los calentara, no conseguían quitarse el frío del cuerpo. Horner Dees fijó un ritmo duro, pero el grupo no podía viajar deprisa a pie y tirando de las mulas, por lo que el avance era muy lento. De noche dormían en tiendas de campaña, a cubierto de la lluvia, y podían quitarse las ropas mojadas y envolverse en las mantas. Pero no había madera para encender fuego, y la humedad persistía. Cada mañana se despertaban helados, comían porque necesitaban reponer las fuerzas, no por hambre, y reemprendían la marcha.

Después de varios días de viaje, las colinas dieron paso a las montañas, y el camino se hizo menos seguro. Los senderos, que hasta entonces eran anchos y despejados, desaparecieron por completo. Dees los condujo por un laberinto de riscos y desfiladeros, por el borde de grandes pendientes, y alrededor de enormes peñascos que hacían que los edificios de Pendiente Escarpada parecieran pequeños en comparación. Se vieron obligados a mirar dónde ponían los pies a cada paso, porque el camino se volvía empinado y peligroso. Las nubes se deslizaban hacia abajo, llenando el aire de una humedad pegajosa que trataba de envolverlos, que se contorsionaba en torno a las rocas como gusanos gigantescos y livianos con pieles pringosas. Los truenos restallaban, y sobre ellos caía una tromba de agua; parecía que estuvieran en el centro de la tormenta. Perdieron de vista todo lo que habían dejado atrás, sin poder distinguir lo que tenían delante.

Sin Dees, se hubieran perdido. Las montañas de Charnal se tragaban a los viajeros como un océano a una piedra. Todo parecía igual. Los acantilados eran murallas infranqueables que se levantaban entre la bruma y la lluvia; los cañones se perdían en vastos abismos de vacío negro, y las montañas se sucedían en una cadena interminable de picos nevados. El frío era muy intenso. En ocasiones, la lluvia se convertía en granizo e incluso en nieve, pero los miembros del pequeño grupo, arrebujados en sus amplias capas, no dejaban de caminar. A pesar de las condiciones climatológicas adversas, Horner Dees se mantenía firme y seguro, y pronto aprendieron a confiar en él. El rastreador se sentía en las montañas como en su casa, cómodo a pesar del terrible clima y el terreno difícil, en paz consigo mismo. Tarareaba mientras caminaba, perdido en recuerdos de otros tiempos y lugares. De vez en cuando se detenía para señalar algo que a los demás les había pasado

inadvertido, decidido a que nada se le escapara. Desde el principio quedó claro que conocía las montañas como la palma de su mano, y enseguida comprendieron que también las amaba. Hablaba con frecuencia de ese amor, de la mezcla de fiereza y serenidad que encontraba en ellas, y de su inmensidad, de su infinitud. La profunda voz de Horner Dees tronaba y vibraba como si formara parte de las tormentas y del viento que les azotaba. El rastreador contaba historias de la vida en las montañas de Charnal, y cada vez que lo hacía les revelaba algo de sí mismo.

Sin embargo, no conseguía que ninguno de los miembros del pequeño grupo compartiera sus sentimientos, tal vez con la excepción de Aurora, que, como ya era habitual, no dejaba traslucir sus pensamientos. Los otros tres se limitaban a refunfuñar de vez en cuando, mantenían un deliberado silencio el resto del tiempo y se esforzaban sin éxito en ignorar la incomodidad que sentían. Ellos nunca podrían llegar a apreciar las montañas, solo eran una barrera que tenían que atravesar. Se esforzaban con la esperanza de que el viaje no tardaría en llegar a su fin.

Pero el final no llegaba. El viaje se alargó como el de un perro perdido en busca de su amo que, aun con su olor en la mente, se distrae con otros aromas. Las lluvias disminuyeron su intensidad y por fin cesaron, pero el aire seguía helado, el viento continuaba soplando con fuerza y no veían el final de las montañas. Los hombres, la muchacha y los animales avanzaban con gran dificultad. Hacia la mitad de la segunda semana, Dees dijo que estaban empezando a descender, pero no había forma de saber si lo que decía era cierto; en las rocas y los matorrales no había nada que indicara que se hubiera iniciado el descenso. Las montañas de Charnal los rodeaban por todas partes hasta donde alcanzaba la vista.

A los doce días de viaje, una tormenta de nieve les sorprendió en un estrecho desfiladero y estuvieron a punto de morir. Cayó con tanta rapidez sobre ellos que incluso cogió por sorpresa a Dees. Ordenó que se ataran unos a otros y, como no había ningún lugar donde pudieran refugiarse, se vio obligado a ordenar que continuaran la marcha. El aire se convirtió en una sábana de un blanco impenetrable, y todo lo que los rodeaba desapareció de repente. Se les empezaron a helar las manos y los pies. Las mulas huyeron aterrorizadas por el estruendo que produjo parte de un muro del desfiladero al desprenderse. Huyeron de los frenéticos hombres entre rebuznos y resbalones hasta acabar despeñándose. Solo se salvó una, y no era la que llevaba la comida.

Al fin encontraron un refugio, sobrevivieron a la tormenta y después reemprendieron la marcha. Incluso Dees, que había demostrado que era el más fuerte, empezaba a dar muestras de fatiga. Al día siguiente, la mula se rompió una pata al meterla en un hoyo cubierto de nieve, y entonces se vieron obligados a sacrificarla. Lo habían perdido casi todo, y tuvieron que conformarse con lo que llevaban en las mochilas; un poco de comida y agua, algunas cuerdas y poca cosa más.

Aquella noche la temperatura sufrió un brusco descenso. Se habrían congelado si Dees no hubiese conseguido encontrar leña para encender una hoguera. Pasaron toda

la noche acurrucados cerca de las llamas, frotándose las manos y los pies, hablando para permanecer despiertos, por miedo a morir si se quedaban dormidos. Formaban un grupo extraño, los cinco sentados al abrigo de las rocas, apiñados alrededor de las débiles brasas, todavía desconfiando unos de otros, protegiéndose a sí mismos y obligados a compartir el espacio, el tiempo y las adversas circunstancias. Sin embargo, las palabras que pronunciaban los dejaban al descubierto, no por lo que expresaban, sino por el cómo, el cuándo y el por qué. Aquello los unía de una forma extraña, con unos lazos más fuertes que cualquier otro; y aunque la proximidad era más física que emocional, y limitada en cualquier caso, al menos les dio un sentimiento de camaradería que antes no existía.

El clima mejoró, las nubes se aclararon y desaparecieron, y el sol apareció de nuevo calentando el aire, lo cual contribuyó a que la nieve y la lluvia desaparecieran. Las montañas de Charnal eran cada vez menos imponentes, y ya no cabía duda de que estaban descendiendo. Volvieron a verse rodeados de árboles, dispersos al principio, formando pequeñas arboledas después y, por último, espesos y extensos bosques cuyo fin no alcanzaba la vista, rodeando valles lejanos. Pudieron pescar y cazar para alimentarse, dormían en claros tibios y despertaban secos y descansados. El estado de ánimo de los cinco miembros del pequeño grupo experimentó una mejoría notable.

Por fin, quince días después de salir de Pendiente Escarpada, llegaron a las Lanzas.

Permanecieron largo rato en los riscos, contemplando el valle que se extendía a sus pies. Era casi mediodía, el sol brillaba y el aire era cálido y estaba impregnado de intensos aromas. El valle era amplio y profundo, cubierto por la sombra de las montañas que se levantaban a los lados. Tenía forma de embudo, la boca ancha en el extremo sur y la estrecha en el norte, donde desaparecía en una línea de distantes colinas. Los árboles se alzaban por doquier, pero hacia el centro se levantaba una cresta dentada, y los árboles que allí crecían sufrían una enfermedad que los había privado de su follaje. Los troncos y las ramas pelados se alzaban hacia el cielo como los pelos erizados del lomo de un animal acorralado.

«Parecen lanzas», pensó Morgan Leah.

—¿Qué hay ahí abajo? —preguntó el joven montañés, mirando a Horner Dees.

Su actitud hacia el rastreador había cambiado durante las dos últimas semanas. Ya no lo consideraba un viejo impertinente y desagradable. Había tardado más tiempo que Walker Boh en apreciar su valía, pero por fin reconocía que Dees era un profesional eficiente, mejor que cualquier otro que él hubiese conocido. Morgan se hubiera contentado con tener la mitad de su destreza. Había empezado a prestar atención a lo que el viejo decía y hacía.

—No lo sé —respondió Dees, negando con la cabeza—. Hace diez años que no paso por aquí. —A Dees, por su parte, le gustaban el entusiasmo de Morgan y su esfuerzo y diligencia. Le gustaba que el joven montañés se interesara por aprender.

Frunció el entrecejo mientras sostenía la mirada de Morgan—. Más nos vale ser precavidos, muchacho.

Siguieron contemplando y estudiando el valle durante algún tiempo.

—Allí abajo hay algo —dijo Pe Eltar en voz baja.

Nadie discutió su afirmación. Pe Eltar seguía siendo un misterio para todos, pero ya lo conocían lo suficiente para confiar plenamente en su instinto.

—Tenemos que atravesar el valle o rodear una de las montañas que se levantan a los lados —dijo Dees—. Si optamos por la segunda alternativa, perderemos una semana.

Continuaron vigilando el valle sin hablar, reflexionando cada uno por su lado.

—Vamos —dijo de repente Horner Dees.

Empezaron a descender y descubrieron un sendero que conducía directamente al centro del valle y a la cresta pelada. Caminaban en silencio, con Dees abriendo la marcha, seguido de Aurora, Morgan, Walker y Pe Eltar, que cerraba la marcha del grupo. Pasaron de la luz a la penumbra, y la temperatura del aire sufrió un brusco descenso. El valle se alzó para recibirlos y durante un momento pareció engullirlos. Después el sendero se elevó en dirección a la cresta, y se encontraron en medio de los árboles muertos. Morgan observó los esqueletos sin vida, las cortezas ennegrecidas, las hojas y capullos secos, y se volvió de manera instintiva para mirar a Walker. El Tío Oscuro levantó su rostro pálido y contraído, y sus duros ojos se clavaron en el joven montañés. Los dos pensaban lo mismo. Las Lanzas habían enfermado de la misma ponzoña que el resto de la tierra. Los umbríos también tenían influencia allí.

Cruzaron una franja de luz solar que se colaba por un espacio entre las cumbres, y luego descendieron al centro de una hondonada. Reinaba una tranquilidad anormal, un pozo de silencio que ampliaba el sonido de sus pisadas. Morgan sintió una creciente inquietud al recordar su encuentro con los umbríos durante el viaje a Culhaven cuando acompañaba a los hermanos Ohmsford. Olió el aire en busca del hedor a rancio que advertía de su presencia, y sus oídos se esforzaron en captar el más leve sonido. Dees avanzaba con decisión, y el largo pelo de Aurora dejaba un fino rastro de plata a su espalda. Ninguno de los dos actuaba con cautela. Sin embargo, todos estaban en tensión, y Morgan podía sentirlo.

Dejaron atrás la hondonada y regresaron a la cresta. Durante cierto tiempo estuvieron a bastante altura sobre los árboles, lo cual permitió que Morgan viera el valle de extremo a extremo. Habían recorrido más de la mitad del camino y se acercaban al extremo angosto del embudo, donde las montañas se separaban y los árboles se esparcían al pie de las colinas que se levantaban a lo lejos. El nerviosismo de Morgan empezó a desaparecer y se descubrió pensando en su hogar, en las Tierras Altas de Leah, en el paisaje que le había visto crecer. Se dio cuenta de que añoraba las Tierras Altas mucho más de lo que cabía esperar. Una cosa era que su hogar ya no le perteneciera porque la Federación lo ocupaba, y otra, que aceptara la situación. Como Par Ohmsford, vivía con la esperanza de que las cosas cambiaran algún día.



El sendero volvió a descender y apareció otra hondonada. En esta ocasión estaba cubierta de matorrales y maleza que llenaban los huecos en los que antes había habido árboles. Se adentraron en ella, abriéndose paso entre las zarzas y matorros, y se dirigieron al espacio abierto por el que serpenteaba el camino. La penumbra se hacía más intensa a medida que el sol se retiraba hacia el oeste. Los bosques formaban una muralla de oscuro silencio.

Acababan de entrar en un claro abierto en el centro de la hondonada cuando Aurora se detuvo de repente.

—Quietos —ordenó la muchacha.

Todos obedecieron al instante, los ojos fijos en ella, para después pasear la mirada por los matorrales que los rodeaban. Algo se movía entre ellos. Empezaron a perfilarse figuras que iban abandonando poco a poco sus escondites y salían a la luz. Había centenares de criaturas pequeñas y achaparradas, con miembros peludos y nudosos y facciones huesudas. Parecía que hubiesen nacido de los matorrales, tanto se parecían a ellos, y solo los pantalones cortos y las armas parecían diferenciarlos. Estas eran formidables: lanzas cortas y extraños proyectiles arrojados con extremos afilados. Las criaturas las blandían en actitud amenazadora mientras avanzaban.

—Urdas —dijo Horner en voz baja—. No os mováis.

Nadie se movió, ni siquiera Pe Eltar, que había adoptado la misma postura que las criaturas que lo amenazaban.

—¿Quiénes son? —preguntó Morgan a Dees, mirando al mismo tiempo a Aurora en busca de protección.

—Gnomos —respondió el rastreador—. Con mezcla de troles. Nadie está seguro de cuál es la proporción exacta. Nunca se los ve al sur de las montañas de Charnal. Viven en el norte como los troles, son tribales como los gnomos y muy peligrosos.

Los urdas los rodearon, cortándoles cualquier vía de escape. Sus cuerpos eran musculosos, con piernas cortas y fuertes y brazos largos. Tenían caras toscas e inexpresivas. Morgan intentó sacar alguna conclusión estudiando sus ojos amarillos, pero no lo consiguió.

Entonces se dio cuenta de que todos miraban a Aurora.

—¿Qué hacemos? —preguntó Morgan a Dees, en una voz baja y llena de ansiedad.

El rastreador se limitó a encogerse de hombros.

Los urdas se acercaron a ellos, y se detuvieron cuando estaban a unos tres metros. No los amenazaron ni hablaron, sino que se limitaron a quedarse inmóviles, observando a Aurora, y esperando.

«¿A qué esperan?», se preguntó Morgan.

En aquel preciso instante los matorrales se separaron y de entre ellos apareció un hombre de cabellos dorados. Los urdas se arrodillaron inmediatamente, inclinando la cabeza en actitud de respeto. El hombre de los cabellos dorados miró a los cinco miembros del grupo cercado y esbozó una sonrisa.

—El rey ha llegado —dijo con voz alegre—. Larga vida al rey.

—Soltad las armas, por favor —les ordenó el hombre con amabilidad—. Ponedlas en el suelo. No os preocupéis, enseguida podréis recogerlas de nuevo.

Cantó:

*Nada dado libremente se pierde jamás.  
Es será devuelto  
con la confianza y el amor de los demás.*

Los cinco miembros del grupo procedentes de Pendiente Escarpada fijaron los ojos en él.

—Por favor —dijo—. Las cosas serán mucho más fáciles si lo hacéis.

Dees miró a los demás, hizo un gesto de resignación e hizo lo que le pedían. Ni Walker ni Aurora llevaban armas. Morgan vaciló durante un breve instante y Pe Eltar no hizo el menor movimiento.

—Es solo para demostrar vuestra amistad —continuó el hombre para convencerlos—. Si no dejáis las armas en el suelo, mis súbditos no permitirán que me acerque. Tendré que hablaros a gritos desde aquí.

Cantó:

*Arriba, abajo, dondequiera que vayamos,  
tendré que gritar para comunicarnos.*

Morgan, después de recibir una mirada de Dees cargada de significado, obedeció la orden. Era difícil predecir lo que hubiera hecho Pe Eltar si Aurora no hubiese intervenido.

—Haz lo que dice —le dijo la muchacha.

Pe Eltar vaciló, incluso entonces, antes de desprenderse de su espadón. La expresión de su duro rostro era inequívoca. A pesar de que lo hizo, Morgan habría apostado cualquier cosa a que ocultaba algún arma.

—Así está mucho mejor —dijo el desconocido—. Ahora, dad un paso atrás. ¡Eso es!

Dijo una palabra, y los urdas se pusieron de pie con rapidez. Era un hombre de estatura y constitución normales, movimientos rápidos y enérgicos, y llevaba afeitado

su hermoso rostro varonil. Los ojos azules pestañeaban sin cesar. Señaló a los urdas y después a las armas depositadas del suelo. Las extrañas criaturas emitieron murmullos de satisfacción e hicieron gestos de asentimiento. El hombre desconocido, esbozando una amplia sonrisa, volvió a cantar con voz potente y llena de matices una breve canción que los urdas parecieron reconocer. Cuando terminó, el círculo se abrió para abrirle paso. Se dirigió a Aurora, le hizo una reverencia, cogió su mano y la besó.

—Mi señora —dijo.

Cantó:

*Cinco viajeros cruzaron ríos, campo agreste  
y los extensos bosques de la Tierra del Este.*

*Cruzaron las montañas de Charnal  
para llegar al norteño bancal.*

*Era-la-rí, tra-la-rá.*

*Cinco viajeros llegaron desde una distancia absurda  
y ahora están en las tierras de los urdas.  
A los peligros de las Lanzas se tuvieron que enfrentar  
para conocer al rey Carisman.*

*Era-la-rí, tra-la-rá.*

Volvió a inclinarse ante Aurora.

—Mi nombre es Carisman, señora. ¿Y el suyo?

Aurora se lo dijo, y después los de sus compañeros. No parecía importarle que los supiera.

—¿De verdad eres rey? —preguntó la muchacha.

—¡Oh, sí, señora! —respondió Carisman, esbozando una sonrisa—. Soy rey de los urdas, señor de todos los que ahora ve y de muchos, muchos más. Para ser sincero, yo no he pedido este trabajo. Recayó sobre mí, como ellos dicen. Pero ahora, por favor, acompañadme. Ya habrá tiempo para que os cuente esa historia. Recoged vuestras armas... con cuidado, por supuesto. No debemos alarmar a mis súbditos. Os llevaré a mi palacio y hablaremos, beberemos vino y comeremos frutas y peces exóticos. Venid ahora, venid. ¡Será un auténtico festín!

Dees intentó decir algo, pero Carisman ya se alejaba, rápido como una pluma impulsada por el viento, danzando y cantando una nueva canción mientras les indicaba que lo siguieran. El rastreador, Morgan y Pe Eltar recogieron sus armas y,

junto con Walker y Aurora, siguieron al rey Carisman. Los urdas los rodeaban sin resultar agresivos, pero tan cerca que su presencia les incomodaba. Las extrañas criaturas no hablaban entre sí; solo gesticulaban, observando a Carisman y a los viajeros, en actitud inquisitiva y cautelosa. Morgan correspondió a la mirada del urda más próximo e intentó esbozar una sonrisa. El urda no se inmutó.

Dejaron atrás las Lanzas y se dirigieron al valle boscoso que se extendía a sus pies, al oeste de la cresta, donde la penumbra era más intensa. Había un estrecho sendero que hacía meandros entre los árboles, y lo recorrieron con Carisman a la cabeza, que no dejaba de cantar. Morgan había conocido a algunos personajes extraños, pero ninguno como Carisman. No podía dejar de preguntarse por qué alguien, incluidos los urdas, podía querer a aquel individuo como rey.

Dees se había retrasado para caminar junto al joven montañés, y se lo preguntó.

—Te lo he dicho, son tribales. Supersticiosos, igual que la mayoría de los gnomos. Creen en espíritus, fantasmas y esas tonterías.

—Pero ¿y Carisman? —preguntó Morgan.

—Lo admito: no tengo ni idea —respondió el rastreador, negando con la cabeza—. Los urdas no suelen mantener ningún contacto con los forasteros. Este parece loco de atar, pero está claro que ha encontrado la manera de ganarse su respeto. Nunca había oído hablar de él; no creo que nadie haya oído hablar de él.

—Parece inofensivo —dijo Morgan, mirando al saltarín Carisman por encima de las cabezas de los urdas.

—Es probable —respondió Dees, haciendo una mueca—. De todas formas, no es él quien debe preocuparte.

Caminaban en dirección oeste, hacia el muro de las montañas. La luz del día se debilitaba con rapidez, y la oscuridad se fue extendiendo hasta cubrir todo el bosque. Morgan y Dees continuaron intercambiando comentarios, pero los otros tres se guardaron sus pensamientos para sí. Walker y Pe Eltar eran sombras tensas, y Aurora, un estallido de luz. Los urdas caminaban a su alrededor, apareciendo y desapareciendo entre los espesos matorrales. Las palabras de Carisman sugerían que eran invitados, pero Morgan no podía quitarse de la cabeza que, en realidad, eran prisioneros.

Tras recorrer poco más de un kilómetro, el sendero desembocó en un claro, donde los urdas habían levantado su poblado. Habían construido una empalizada para protegerse de los asaltantes, y las puertas se abrieron para dejar paso a los cazadores y al grupo que escoltaban. Innumerables mujeres, ancianos y niños esperaban dentro, y los miraron con expresión de asombro. Sus voces no eran más que un zumbido bajo e ininteligible. La aldea estaba formada por pequeñas chozas y refugios abiertos que rodeaban una casa hecha con troncos ensamblados y tejas de madera. Había árboles dentro del recinto que, además de proporcionar sombra, servían de soporte para los puentes colgantes y los montacargas. Había pozos dispersos y ahumaderos para curar la carne. Los urdas, al parecer, tenían algunas habilidades rudimentarias.

Llevaron a los cinco miembros del grupo procedentes de Pendiente Escarpada a la casa principal, y les hicieron subir a una plataforma en la que había una silla decorada con tallas burdas y guirnaldas de flores frescas. Carisman se sentó en ella e indicó a sus invitados que hicieran lo mismo en las esteras cercanas. Morgan y los demás obedecieron, sin dejar de observar con disimulo a la multitud de urdas, que entraron y se sentaron en el suelo ante la plataforma. Una vez que todos estuvieron acomodados, Carisman se levantó y volvió a cantar, esta vez en una lengua que Morgan no pudo identificar. Cuando terminó, varias mujeres urdas llegaron con platos de comida.

—Tengo que cantar para que hagan cualquier cosa —dijo Carisman, sentándose—. A veces es muy aburrido.

—¿Tú qué haces aquí? —le preguntó Horner Dees sin ambages—. ¿De dónde procedes?

—¡Ah! —suspiró Carisman. Cantó:

*Había un joven inventor de canciones en Pendiente  
que sintió que era el momento de ir a contracorriente.*

*Decidió viajar, se dirigió al norte  
y las Lanzas lo recibieron.*

*¡Y los urdas en su rey lo convirtieron!*

Esbozó una sonrisa.

—Me temo que no es muy original. Dejadme intentarlo de nuevo.

Cantó:

*Venid aquí, amigos míos, mi señora, venid,  
hay muchos mundos que descubrir,  
territorios que atravesar y gente con la que reír,  
maravillas que admirar y vidas que disfrutar,  
y un millar de aventuras que experimentar.*

*Venid aquí, amigos míos, mi señora, venid,  
el juglar es un hombre que ha de cantar para vivir.  
Explora caminos por cantares que digan la verdad,  
busca el sentido oculto de la vida y la bondad.*

*Venid aquí, amigos míos, mi señora, venid,  
en los ríos y los cielos hay mil vidas que vivir,*

*en los bosques lejanos, en las montañas abruptas,  
en el modo en que juegan y retozan los urdas  
que me exigen canciones para aclarar sus dudas.*

—Bastante mejor, ¿no os parece? —les preguntó, con los ojos azules saltando de una cara a otra, ansioso por recibir su aprobación.

—¿Eres juglar? —preguntó Horner Dees—. ¿De Pendiente Escarpada?

—Bueno, llegué aquí desde Pendiente Escarpada. Estuve allí un día o dos hace varios años. —Carisman parecía azorado—. La canción funciona, así que la utilizo. —Esbozó una sonrisa—. Pero soy juglar, sí. De toda la vida. Tengo ese don y la inteligencia de usarlo. Tengo talento.

—Pero ¿por qué estás aquí, Carisman? —insistió Aurora.

—Señora, la casualidad me ha traído a este momento y lugar, e incluso a encontrarme usted —respondió Carisman, que parecía derretirse ante la mirada de Aurora—. He recorrido la mayor parte de las Cuatro Tierras, buscando canciones que inspiraran mi música. Siento una inquietud que no me deja quedarme demasiado tiempo en ningún sitio. Tuve oportunidades de hacerlo, e incluso damas que quisieron retenerme... aunque ninguna era tan hermosa como usted. Pero seguí viajando. Deambulé primero por el oeste, después por el este y finalmente por el norte. Llegué a Pendiente Escarpada y me pregunté qué habría más allá. Por fin tomé la decisión de cruzar las montañas para verlo.

—¡Y ha vivido para contarlo! —exclamó Horner Dees, sin poder salir de su asombro.

—Por poco. Tengo una gran percepción; es algo que procede de mi música, según creo. Me aprovisioné bien, pues había recorrido territorios hostiles antes. Encontré el camino escuchando a mi corazón. Tuve la buena fortuna de contar con un clima favorable. Cuando por fin conseguí cruzar las montañas, exhausto y casi muerto de hambre, lo admito, me encontraron los urdas. Sin saber qué hacer, canté para ellos. Quedaron encantados con mi música y me convirtieron en su rey.

—¿Encantados por cancioncillas que casi ni riman? —Dees no conseguía desterrar su escepticismo—. Es una explicación absurda, Carisman.

—¡Oh, no pretendo ser mejor que otros! —respondió el rey, divertido, esbozando una sonrisa.

Y cantó:

*No importa que en el trono sea de gran belleza,  
en nada se diferencia el vulgo de la realeza.*

—Ahora comed, debéis estar muy hambrientos después del viaje —dijo a

continuación, zanjando el tema—. Tendréis toda la comida y bebida que deseéis. Y confesadme el motivo de vuestro viaje a estas tierras. Nadie se aventura tan al norte... ni siquiera los tramperos. Nunca veo a nadie, excepto a los troles y gnomos. ¿Por qué habéis venido?

Aurora le dijo que buscaban un talismán. Era más de lo que Morgan habría revelado, pero a Carisman no pareció interesarle, ya que ni siquiera se molestó en preguntar qué era el talismán o para qué lo necesitaban. Solo quería saber si Aurora podría enseñarle nuevas canciones. Carisman era rápido e ingenioso, aunque parecía un tanto disperso. Era como un niño, inquisitivo, distraído y predispuesto a dejarse sorprender. Parecía que necesitaba la aprobación ajena. Aurora era quien mejor satisfacía a esa necesidad, así que se centró en ella, dirigiendo la palabra a los demás solo cuando era necesario. Morgan escuchó sin interés mientras comía, y entonces advirtió que Walker no prestaba ninguna atención, sino que observaba a los urdas que estaban ante la plataforma. Morgan empezó a observarlos también. Después de un rato se dio cuenta de que estaban sentados en grupos muy definidos. El primero estaba integrado por una mezcla de hombres jóvenes y viejos, a quienes todos trataban con deferencia. «Jefes», pensó enseguida el joven montañés. Hablaban sin cesar entre sí, mirando de vez en cuando a los seis que ocupaban la plataforma, pero ignorándolos al mismo tiempo. Estaban tomando alguna decisión sin contar con la intervención de Carisman. Morgan empezó a ponerse nervioso.

Terminaron de comer y retiraron los platos vacíos. Los urdas aplaudieron, y Carisman se puso en pie con un suspiro. Cantó de nuevo, pero esta vez la canción fue diferente. En esta ocasión era enrevesada y complicada, una pieza musical llena de sutilezas que iban más allá de la armonía. La voz de Carisman llenó la casa, apartando todo lo que estorbaba a los sentimientos, atravesando el cuerpo para abrazar y acunar el corazón. Morgan se sorprendió. Ni siquiera la Canción mágica de Par Ohmsford lo había impresionado tanto. El joven del valle captaba su interés y su pasión por la historia con su arte, pero Carisman lograba que su alma se rindiera a la belleza.

Cuando terminó, siguió un profundo silencio. Volvió a sentarse, perdido en sí mismo, todavía atrapado por lo que acababa de cantar. Entonces los urdas empezaron a golpear las rodillas como gesto de aprobación.

—Ha sido muy hermoso, Carisman —dijo Aurora.

—Gracias, señora —respondió el rey con timidez—. Tengo talento para algo más que cancioncillas, como ha podido comprobar.

—¿Te ha parecido hermoso, Walker? —preguntó de repente la muchacha de los cabellos de plata, volviéndose hacia el Tío Oscuro.

—Me pregunto por qué alguien que posee esa habilidad decide compartirla con tan pocos —respondió el hombre de rostro pálido, haciendo un gesto de asentimiento e inclinándose hacia delante.

Los ojos oscuros se clavaron en Carisman.



—Bueno... —dijo el juglar, removiéndose con visible incomodidad, y las palabras se negaron a salir.

—En especial cuando dices que hay una inquietud en ti que no te permite quedarte mucho tiempo en el mismo sitio. Sin embargo, estás aquí, con los urdas.

Carisman se limitó a mirarse las manos.

—No te permiten marchar, ¿verdad? —inquirió Walker en voz baja.

—No —admitió Carisman muy a su pesar, dando la impresión de que deseaba que se lo tragara la tierra—. Aunque soy su rey, me mantienen cautivo. Solo me permitirán ser rey mientras cante. Los urdas me respetan porque creen que mi canción es mágica.

—Y lo es —dijo Aurora en voz tan baja que solo Morgan, sentado a su lado, pudo oírla.

—¿Qué nos pasará a nosotros? —preguntó Dees con voz áspera, mientras se erguía en actitud amenazadora—. ¿También estamos cautivos? ¿Nos has traído aquí como invitados o tal vez como prisioneros, rey Carisman? ¿O eso no depende de ti?

—¡Oh, no! —exclamó el juglar, visiblemente aturdido—. Quiero decir que sí, que mi opinión también cuenta. No sois cautivos. Solo he de hablar con el Consejo, aquellos que están sentados ahí abajo. —Señaló al grupo que Walker y Morgan habían estado observando antes. Vaciló al advertir la expresión del rostro de Pe Eltar, y se puso de pie—. Les hablaré ahora mismo. Si es necesario, cantaré. Una canción especial. No permaneceréis aquí más tiempo del que vosotros deseéis, os lo prometo. Señora, creedme, por favor. Somos amigos.

Bajó de la plataforma y se arrodilló junto a los miembros del Consejo de los urdas, dirigiéndose a ellos con ansiedad. Los miembros del pequeño grupo intercambiaron miradas interrogantes mientras esperaban a saber si eran invitados o prisioneros.

—No creo que pueda hacer gran cosa por ayudarnos —dijo en voz baja Horner Dees.

—Si le pongo un cuchillo en la garganta, creo que nos liberarán —dijo Pe Eltar, inclinándose hacia delante.

—O nos matarán en el acto —replicó Dees en voz tan baja que parecía un siseo.

—Démosle una oportunidad —dijo Walker Boh, mirando a la asamblea.

—Sí —dijo Aurora, sin dejar traslucir sus pensamientos—. Paciencia.

Permanecieron sentados en silencio hasta que Carisman regresó tras separarse del Consejo. Su expresión hablaba por él.

—Yo... tengo que pedirlos que os quedéis a pasar la noche —dijo, esforzándose por pronunciar las palabras, más tenso de lo que cabría imaginar—. El Consejo desea... debatir el asunto. Es una formalidad, comprendedlo. Solo os pido un poco de tiempo.

Se calló, inseguro. Se había situado lo más lejos posible de Pe Eltar. Morgan contuvo la respiración. No creía que la distancia que los separaba supusiera mucha

protección. Se preguntó, casi fascinado, qué haría Pe Eltar, qué podría hacer contra tantos.

Pero el joven montañés no tuvo oportunidad de descubrirlo en esa ocasión.

—Esperaremos —respondió Aurora, esbozando una amplia sonrisa para tranquilizar a Carisman.

Los llevaron a una de las chozas y les dieron jergones y mantas para dormir. Cerraron la puerta tras ellos, pero sin llave. Morgan no creía que eso importara demasiado. La choza se levantaba en el centro del poblado, y este estaba rodeado por la empalizada y lleno de urdas. Se había preocupado de preguntar a Dees por las extrañas criaturas durante la cena, y el rastreador le había dicho que eran una tribu de cazadores. Sus armas estaban diseñadas para abatir incluso a las presas más rápidas. «Los intrusos de dos patas —le había dicho—, no les suponen ningún desafío».

—No van a dejarnos marchar —dijo Pe Eltar, mirando a través de las grietas abiertas en las paredes de barro de la choza—. Diga lo que diga ese rey de juguete, intentarán retenernos. Será mejor que huyamos esta noche.

—Hablas como si tuviéramos la posibilidad de elegir —respondió Dees, apoyándose en la pared.

—Yo puedo marcharme cuando quiera —respondió Pe Eltar, volviéndose hacia el rastreador—. No hay prisión en el mundo que pueda retenerme.

Lo dijo de una manera tan natural que todos lo miraron con asombro, excepto Aurora, que estaba absorta en el vacío.

—Hay magia en su canción —dijo la muchacha.

—¿Verdadera magia? —preguntó Morgan, que recordó que ya lo había dicho antes.

—Creo que sí. No sé cuál es su fuente; ni siquiera estoy segura de sus efectos. Pero, sin duda, es una forma de magia. Carisman es algo más que un simple jugador.

—Sí —reconoció Pe Eltar—. Es un perfecto idiota.

—Podríamos pensar que tú también lo eres si insistes en creer que podemos marcharnos de aquí sin su ayuda —dijo Horner Dees.

Pe Eltar se volvió hacia él. Había tanta ira en su rostro que Dees se irguió con mucha más rapidez de la que Morgan hubiese creído posible. Walker Boh, una oscura figura en el otro extremo de la choza, se giró despacio. Pe Eltar pareció reflexionar sobre sus posibles opciones, y después miró a Aurora, que lo observaba. El joven montañés, que estaba junto a ella, dio un paso al frente. Pe Eltar lo ignoró, y se acercó a la muchacha.

—¿Para qué necesitamos a todos estos inútiles? —preguntó, sin poder contener su ira—. Estoy aquí porque me lo pediste. Podría haberme negado a acompañarte.

—Lo sé —respondió Aurora.

—Sabes lo que soy —prosiguió Pe Eltar, inclinándose y dejando su alargado rostro de halcón sobre el de la muchacha—. Sabes que tengo la magia que necesitas. Tengo la magia que realmente te hace falta. Déjalos. Vayamos tú y yo solos.

Todo a su alrededor pareció petrificarse; los demás se convirtieron en estatuas incapaces de actuar. La mano de Morgan Leah se movió un milímetro hacia su espada, pero se detuvo. No sería lo bastante rápido. Pe Eltar lo mataría antes de que la desenvainara.

—Todavía no ha llegado nuestro momento, Pe Eltar —respondió con voz tranquila y fría Aurora, mirándole a los ojos y sin dar la menor muestra de miedo—. Debes tener paciencia y esperar a que este llegue.

Morgan no entendió el significado de sus palabras, y le dio la sensación de que tampoco Pe Eltar parecía comprenderlas. Su rostro afilado se puso en tensión y los ojos duros echaban chispas. Parecía que estaba tomando una decisión.

—Solo mi padre posee el don de ver el futuro —dijo Aurora con voz suave—. Me aseguré que os necesitaría a los tres cuando encontráramos a Uhl Belk. Y así será... aunque tú desees lo contrario, Pe Eltar.

—No, muchacha —respondió Pe Eltar, haciendo un gesto negativo—. Te equivocas. Se hará lo que yo decida. Igual que siempre. —La estudió un instante, y luego hizo un gesto de indiferencia—. Sin embargo, ¿qué más da? Otro día, otra semana, para acabar en lo mismo. Puedes seguir con los otros si lo deseas. Al menos por ahora.

Dio media vuelta y se sentó en un rincón oscuro. Los otros lo observaron en silencio.

Al caer la noche, el valle de los urdas quedó tranquilo mientras sus habitantes dormían. Los cinco viajeros se acurrucaron en la oscuridad de su refugio, separados unos de otros por la intimidad de sus pensamientos. Horner Dees dormía; Walker era un bulto sin forma, inmóvil; Morgan Leah estaba sentado junto a Aurora, sin moverse, con los ojos cerrados contra la débil luz de la luna y las estrellas que penetraba del exterior.

Pe Eltar los observaba a todos, intentando reprimir la furia que las circunstancias y su propia estupidez habían despertado en él.

Se preguntó qué le estaba pasando, qué era lo que le había hecho perder los nervios de aquella forma, casi hasta el punto de revelar sus intenciones y perder la oportunidad de llevar a cabo su misión. Hasta aquel momento, siempre lo había controlado todo. ¡Siempre! Pero no en esta ocasión, en que se había dejado arrastrar por la frustración y la impaciencia, amenazando a la muchacha y a sus acompañantes como un matón de colegio.

Ahora ya se había calmado y estaba en condiciones de analizar lo que había hecho, sus emociones y sus errores. Había cometido muchos, y la responsable era la muchacha, que conseguía perturbarlo. Ella iba a ser su ruina, porque ejercía sobre él, al mismo tiempo, una irritación y una atracción que tiraban en direcciones opuestas, una criatura de belleza, vida y magia a la que no conseguiría llegar a comprender hasta el momento de matarla. Sus deseos de hacerlo aumentaban sin cesar, y cada vez le resultaba más difícil controlarlos. Pero era consciente de que tenía que esperar

hasta que tuviera en su poder la piedra élfica negra. Lo más difícil sería resistir mientras tanto su obsesión por ella. Aurora lo encendía, lo inflamaba y lo retorció como si fuese un alambre. Todo lo que a él le parecía obvio y sencillo, ella lo consideraba absurdo y complicado. Insistía en que los acompañaran aquellos tres idiotas: el manco, el joven montañés y el enorme y viejo guía. ¡Estúpidos! ¡Inútiles! ¿Cuánto tiempo tendría que seguir soportándolos a todos?

Sintió una nueva oleada de furia, pero la reprimió enseguida. Paciencia. El consejo se lo había dado ella... pero sería mejor que lo siguiera.

Escuchó a los urdas que había en el exterior: los guardias, más de una docena, agazapados en la oscuridad alrededor de la choza. No los veía, pero podía captar su presencia. Su instinto le decía que estaban allí. No había ninguna señal del juglar... pero eso era irrelevante. Los urdas no pensaban dejarlos en libertad.

¡Estaban perdiendo un tiempo precioso en algo inútil!

Sus agudos ojos se fijaron en Dees durante un breve instante. El rastreador era el peor de todos, el más difícil de comprender. Tenía algo...

Necesitó ejercer sobre sí mismo un férreo control. Tenía que ser paciente y esperar. Sin duda, los acontecimientos continuarían conspirando para obligarlo a tomar decisiones precipitadas, pero tenía que hacer todo lo posible por dominarlos. Tenía que mantener el control sobre sí mismo.

Era muy difícil. No estaba en su país, ni aquella era su gente, y no estaba familiarizado con el entorno y las conductas. Escalaba un acantilado que le era completamente desconocido, y el camino era traicionero.

Tal vez le fuera imposible mantener el control.

Hizo un gesto de resignación, pero no consiguió recuperar la tranquilidad. El pensamiento permaneció con él, y no pudo apartarlo del todo.

Carisman apareció después de medianoche. Aurora se lo indicó a Morgan tocándole suavemente la mejilla. El joven montañés se levantó y descubrió que los otros tres ya estaban de pie. La puerta se abrió y el juglar entró con gran sigilo.

—Ah, estáis despiertos. Bien.

Se acercó a Aurora, y dudó como un niño obligado a confesar algo que preferiría mantener en secreto.

—¿Qué ha decidido el Consejo, Carisman? —le preguntó la muchacha con voz amable, cogiéndolo del brazo y obligándolo a que la mirara a los ojos.

—Me temo que lo mejor y lo peor, mi señora —respondió Carisman, haciendo un gesto de impotencia. Después miró a los demás—. Podéis marcharos todos cuando queráis, excepto tú, mi señora.

—¿Por qué? —preguntó Morgan acaloradamente, recordando la forma en que los urdas habían mirado a Aurora, fascinados por su atractivo—. ¿Por qué no la liberan también a ella?

—Mis súbditos dicen que es muy hermosa —respondió Carisman, tragando saliva—. Creen que es una criatura mágica, como yo, y desean que se case conmigo.

—¡Esa sí que es una historia fantástica! —exclamó Horner Dees con expresión de incredulidad.

—¡He visto cómo la mirabas! —exclamó Morgan, agarrando a Carisman por la parte delantera de la túnica—. ¡Esto es idea tuya!

—¡No, no, lo juro! —gritó el juglar, aterrorizado—. ¡Yo nunca haría una cosa así! Los urdas...

—No creo que a los urdas les importe...

—Suéltalo, Morgan —lo interrumpió Aurora en voz baja pero firme. Morgan obedeció al instante y retrocedió un paso—. Está diciendo la verdad. No ha sido idea suya.

—No importa de quién sea la idea —dijo Pe Eltar, avanzando en actitud amenazadora. Sus ojos se clavaron en Carisman—. Ella se viene con nosotros.

—No lo permitirán —respondió en voz baja Carisman, palideciendo, mientras su mirada iba de una cara a otra—. Y si no lo permiten, terminará como yo.

Cantó:

*En tiempos pasados, hubo una hermosa dama.*

*Por los campos, valles y bosques deambulaba  
con el mundo entero por morada.*

*Un señor poderoso le pidió que con él se casara.*

*Cuando ella rehusó, la llevó a su casa,  
para en una mazmorra poder encerrarla.*

*Ella lloró, llena de añoranza.*

*Prometió dar todo lo que tenía  
a cambio de ser liberada.*

*Un duendecillo oyó su llanto y acudió a la llamada,  
pero no la liberó como ella había pedido,  
sino que se apropió de la muchacha.*

*La moraleja es: si te ofreces a darlo todo,  
prepárate para quedarte sin nada.*

—Carisman, ¿qué intentas decirnos? —preguntó Horner Dees, exasperado, haciendo un gesto de impotencia.

—Que hay decisiones que te llevan a la ruina. Que desear poseerlo todo te puede llevar a perderlo todo —respondió Walker Boh—. Carisman creyó que encontraría la libertad al convertirse en rey, y solo ha encontrado grilletas.

—Sí —suspiró el juglar, con una expresión llena de tristeza—. Yo no pertenezco a este sitio más que Aurora. ¡Si os lleváis a la hermosa doncella con vosotros, debéis llevarme a mí también!

—¡No! —exclamó Pe Eltar.

—Señora —suplicó Carisman—. Por favor. Llevo aquí casi cinco años... Estoy tan prisionero como la doncella de mi canción. ¡Si no me lleváis con vosotros, estaré cautivo hasta el fin de mis días!

—Vamos a un lugar muy peligroso —respondió Aurora, negando con la cabeza—. Mucho más peligroso que este. No estarías seguro.

—No me importa. Quiero ser libre —respondió el juglar con voz temblorosa.

—¡No! —repitió Pe Eltar, dando vueltas como un gato—. ¡Piensa, muchacha! ¿Otro idiota más para entorpecernos? ¿Por qué no todo un ejército de idiotas?

Morgan Leah se había cansado de recibir insultos, y estuvo a punto de decirlo cuando Walker Boh lo agarró por un brazo y le hizo un gesto de advertencia. Morgan frunció el entrecejo, pero logró contenerse.

—¿Qué sabes del norte del país, Carisman? —preguntó Horner Dees de repente, haciendo que Pe Eltar diera un paso atrás—. ¿Has estado alguna vez allí?

—No, y no me importa lo que pueda haber —respondió Carisman, sacudiendo la cabeza—. Quiero salir de aquí. —Adquirió una expresión astuta—. Además, tenéis que llevarme. No conseguiréis salir sin mi ayuda.

Todos clavaron sus ojos en Carisman.

—¿Qué significa eso? —preguntó Dees con cautela.

—Significa que moriréis una docena de veces si no os ayudo —respondió Carisman.

Y cantó:

*Palos y piedras os romperán la espalda,  
pero solo si escapáis de las lanzas.  
Por todas partes hay redes y trampas,  
y solo yo puedo avisaros de la farsa.  
Tra-la-rá, tra-la-rá, tra-la-rá.*

Pe Eltar lo cogió por la garganta con tal rapidez que los demás no pudieron hacer nada para evitarlo.

—¡Di todo lo que sepas antes de que acabe contigo! —lo amenazó.

—Nunca —jadeó Carisman con firmeza, a pesar de la situación en que se hallaba—. A menos... que accedáis... a llevarme con vosotros.

Su rostro perdió por completo el color cuando la mano de Pe Eltar apretó. Morgan y Horner Dees intercambiaron una mirada, vacilantes, y a continuación miraron a

Aurora. Pero fue Walker Boh quien intervino. Se colocó tras Pe Eltar y lo tocó de una manera que no pudieron ver. El hombre se estremeció y retrocedió, con la cara rígida por la sorpresa. Walker se adelantó, rodeó a Carisman con su único brazo y lo alejó de allí.

Pe Eltar se dio media vuelta. Su mirada dejaba traslucir una furia helada. Morgan estaba seguro de que iba a atacar a Walker. Pero Pe Eltar consiguió sorprenderlo una vez más. En vez de golpear, se limitó a mirar fijamente durante un segundo a Walker Boh, y luego se alejó de él. Su cara se había quedado completamente inexpresiva.

—Carisman, ¿sabes cómo podemos salir de aquí? —preguntó Aurora, para rebajar la tensión.

—Sí, señora —respondió el juglar, haciendo un gesto de asentimiento mientras tragaba saliva.

—¿Nos lo indicarás?

—Si accedéis a llevarme con vosotros. —Estaba negociando, pero parecía confiado.

—¿No sería suficiente con que te ayudáramos a huir de la aldea?

—No, señora. Podría perderme y volverían a traerme aquí. Tengo que ir con vosotros, lejos. Quizás os pueda ayudar en algo.

«Cuando las ranas críen pelo», pensó Morgan.

Aurora vaciló durante un breve instante, una actitud extraña en ella, y dirigió una mirada interrogativa a Horner Dees.

—Tiene razón. Los urdas lo capturarían y volverían a llevarlo con ellos —dijo el viejo guía—. Y también lo harán con nosotros si no nos apresuramos o no actuamos con astucia.

Morgan vio que Pe Eltar y Walker Boh intercambiaron una mirada desde los rincones opuestos que ocupaban en la choza. Eran fantasmas oscuros surgidos de mundos iguales que se dirigían miradas de advertencia. ¿Cuál de los dos conseguiría sobrevivir a una confrontación? Y el grupo, ¿cómo sobreviviría mientras estaban enzarzados en ella?

—¡Tu magia, Aurora! —dijo Morgan, dejándose llevar por una idea repentina—. ¡Utilicemos tu magia para huir! Puedes controlar todo lo que crece en la tierra. Eso será suficiente para evitar que nos sigan. ¡Con Carisman o sin él, contamos con tu magia!

—No, Morgan —respondió Aurora, negando con la cabeza. Durante un breve instante, dio la sensación de que dudaba—. Ya hemos cruzado las montañas de Charnal y estamos en territorio de Uhl Belk. Hasta que no tengamos en nuestro poder el talismán, no podré volver a utilizar la magia. El Rey de Piedra no puede saber quién soy yo, y si utilizo la magia, lo descubrirá.

—¿Quién es el Rey de Piedra? —preguntó Carisman, rompiendo el silencio que se había hecho en la choza tras las últimas palabras que había pronunciado la muchacha, y todos lo miraron.

—Yo propongo que lo llevemos con nosotros —dijo Horner Dees por fin, escueto y directo como siempre—. Siempre que pueda sacarnos de aquí, claro está.

—Llevémoslo —accedió también Morgan, esbozando una sonrisa—. Me gusta la idea de tener a un rey a nuestro lado... aunque solo sepa inventar canciones.

Aurora se volvió hacia los dos enemigos que tenía detrás. Pe Eltar hizo un gesto de indiferencia y Walker Boh guardó silencio.

—Te llevaremos con nosotros, Carisman —dijo Aurora—, aunque me asusta pensar lo caro que podrías pagarlo.

—Ningún precio será excesivo, señora; os lo aseguro —respondió el juglar, entusiasmado.

—El tiempo vuela. Démonos prisa —apremió Aurora, dirigiéndose a la puerta de la choza.

—Por ese camino no, señora —dijo Carisman, levantando la mano.

—¿Hay algún otro? —preguntó la muchacha, deteniéndose.

—Desde luego —respondió Carisman, esbozando una pícaro sonrisa—. Da la casualidad de que lo tengo justo debajo.



Las Lanzas y las tierras circundantes estaban llenas de tribus de urdas y otras especies de gnomos y troles. Como las tribus estaban en constante estado de guerra unas contra otras, fortificaban sus aldeas para defenderse de los posibles ataques. Habían aprendido muchas amargas lecciones a lo largo de los años, entre ellas, que las empalizadas necesitaban disponer de más de una salida. El pueblo de Carisman había excavado túneles que terminaban en trampillas ocultas en los bosques. Si la aldea era sometida a un asedio prolongado o la amenazaba un ejército muy superior en número, los habitantes contaban con los medios para poder escapar de los atacantes de una forma relativamente segura.

Una de las entradas a los túneles estaba situada bajo el suelo de la choza donde habían encerrado a los cinco viajeros. Carisman les mostró el lugar exacto donde se encontraba, oculta bajo un palmo de tierra, tan bien sellada por el clima y el tiempo que hizo falta que Horner Dees y Morgan trabajaran hombro con hombro para dejarla al descubierto. Era evidente que nunca la habían utilizado, y hasta era probable que se hubieran olvidado de su existencia. En cualquier caso, era una forma idónea para conseguir su ansiada libertad, y el grupo se apresuró a aprovecharla.

—Me sentiría mejor si dispusiéramos de una luz —dijo en voz baja Dees mientras miraba a la oscuridad del túnel.

—Aparta —dijo Walker Boh con impaciencia, adelantándose para ocupar su lugar. Se deslizó hacia la oscuridad, donde las paredes del túnel ocultaron sus movimientos, y chasqueó los dedos. En ese momento una luz surgió de su mano, un aura de claridad que no tenía fuente visible. «Al Tío Oscuro le queda al menos un poco de magia», pensó Morgan.

—Carisman, ¿hay más de un pasadizo aquí abajo? —La voz de Walker les llegaba con un sonido hueco. El juglar respondió con un gesto de asentimiento—. Entonces no te separes de mí e indícame el camino.

Entraron en el agujero de uno en uno, Carisman tras Walker, seguidos de Aurora y Morgan, Dees y Pe Eltar cerrando el grupo. A pesar de la luz que salía de la mano de Walker, el túnel estaba oscuro, y el aire, viciado e impregnado de olor a tierra. Primero avanzaba en línea recta, y luego se ramificaba en tres direcciones. Carisman indicó a Walker que siguiera el túnel que se abría a la derecha. Más adelante volvió a dividirse, y ahora el juglar eligió el de la izquierda. Habían caminado tanto que Morgan pensó que ya debían de encontrarse fuera de la empalizada. Sin embargo, el túnel continuaba. Las raíces de los árboles atravesaban las paredes, se les enredaban en los brazos y los pies y dificultaban su avance. En ocasiones eran tan gruesas que se vieron obligados a cortarlas para poder pasar.

Incluso cuando el camino estaba completamente despejado, Horner Dees se movía con dificultad. Gruñía, resoplaba y hacía un gran esfuerzo para seguir a los demás a medida que cruzaban unos túneles y seguían otros. La tierra y el polvo que levantaban sus pasos empezaron a llenar el aire, y todos los miembros del pequeño grupo tenían problemas para respirar. Morgan se cubrió la cara con la manga de la túnica y evitó pensar en lo que sucedería si se desmoronaran las paredes del túnel.

Después de lo que les pareció un tiempo interminable, se detuvieron y agruparon.

—Sí, aquí es —dijo Carisman.

El joven montañés agudizó el oído mientras Walker y el juglar intentaban levantar la trampilla. Trabajaban en silencio, cavando y removiendo en el reducido espacio. Morgan y los demás se acurrucaron en la oscuridad y esperaron a que terminaran el trabajo.

Tardaron casi tanto tiempo en abrir la trampilla como en recorrer el túnel. Cuando al fin lo consiguieron, entró una corriente de aire fresco y los seis salieron al exterior. Estaban en un pequeño claro rodeado de árboles, tan juntos y con unas copas tan densas que casi no dejaban ver el cielo.

Permanecieron en silencio un momento, respirando profundamente. Después Dees se separó un poco del grupo.

—¿Por dónde se va a las Lanzas? —preguntó con ansiedad a Carisman. Este señaló el camino extendiendo el brazo, y Dees se puso en marcha.

—¡Espera! —dijo Pe Eltar, obligándolo a detenerse—. ¡Habrà alguien vigilando!

Dirigió una dura mirada al viejo rastreador, e hizo que todos se retiraran hasta quedar protegidos por los árboles. Morgan se sentó, apoyándose contra el tronco de un enorme abeto, y los demás se convirtieron en vagas siluetas entre las frondosas ramas. Cerró los ojos, cansado. Hacía días que no dormía bien, y pensó en lo bien que le sentaría un sueño reparador.

Pero un toque en el hombro lo espabiló inmediatamente.

—Tranquilo, muchacho —le dijo en voz baja Walker Boh mientras se deslizaba a su lado, con sus oscuros ojos fijos en los de Morgan—. Últimamente estás pisando un terreno muy resbaladizo, Morgan Leah. Será mejor que tengas cuidado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el joven montañés, parpadeando.

—Pe Eltar —respondió Walker inclinándose, y Morgan pudo ver las arrugas de tensión que le surcaban la cara—. Es mejor que te alejes de él. No lo insultes ni lo desafíes. Cuanto menos hables con él, muchísimo mejor. Si se lo propone, puede acabar contigo en menos tiempo que una serpiente venenosa.

Walker pronunció estas palabras en un tono bajo pero seguro.

—Walker, ¿sabes quién es? —pregunto Morgan, tragándose sus sentimientos y haciendo un gesto de asentimiento.

—A veces puedo sentir cosas por el tacto —respondió el Tío Oscuro, mirando a los lados—. A veces puedo enterarme de los secretos de alguien solo con rozarlo. Sucedió cuando separé a Carisman de Pe Eltar. Ha matado a muchas personas. Lo

hace más por placer que en defensa propia. Le gusta. Sospecho que es un asesino.

»Ahora escucha, muchacho —prosiguió el Tío Oscuro, extendiendo la mano y obligando a Morgan a permanecer muy quieto—. Oculta bajo la ropa tiene un arma de inmenso poder. Es un arma mágica, y es la que utiliza para matar.

—¿Mágica? —inquirió Morgan. No pudo evitar que la voz le temblara por la sorpresa. Sus pensamientos alzaron el vuelo—. ¿Lo sabe Aurora?

—Ella lo eligió, muchacho. Ella nos ha elegido a todos. Nos dijo que tenemos magia, y que esa magia era necesaria. Pues claro que lo sabe.

—¿Ha traído conscientemente a un asesino? —inquirió Morgan, anonadado—. ¿Así es como piensa recuperar la piedra élfica negra?

—No lo creo —respondió Walker, tras mirar con firmeza al joven montañés durante un momento—. Pero no puedo estar seguro.

—Walker, ¿qué estamos haciendo aquí? —preguntó Morgan, recostándose contra el árbol—. ¿Por qué nos ha traído?

Walker no respondió.

—Te aseguro que no sé por qué accedí a venir —prosiguió el joven montañés—. O tal vez sí. Me siento atraído por ella, lo admito; me tiene hechizado. ¿Pero qué clase de motivo es ese? No debería estar aquí. Tendría que haber vuelto a Tyrsis para buscar a Par y a Coll.

—Ya hemos hablado de eso —le recordó Walker con amabilidad.

—Lo sé. Pero no puedo dejar de preguntármelo. Sobre todo ahora. Pe Eltar es un asesino. ¿Qué tenemos que ver nosotros con un hombre de su calaña? ¿Cree Aurora que todos somos como él? ¿Cree que todos somos asesinos? ¿Para eso quiere utilizarnos? ¡Eso no puedo aceptarlo!

—Morgan. —Walker pronunció su nombre para calmarlo, y luego se apoyó contra el árbol hasta que sus cabezas casi se tocaron. Algo en la postura del cuerpo del Tío Oscuro le recordó a Morgan su estado cuando lo habían encontrado entre los escombros de su casa en la Chimenea Rocosa—. En esto hay mucho más de lo que sabemos. Puedo sentir cosas, pero no consigo verlas con claridad. Aurora tiene un propósito que va más allá de lo que revela. Es la hija del Rey del río de Plata, no lo olvides. Tiene percepciones ocultas. Posee una magia que supera a todo lo que hemos visto. Pero también es vulnerable. Debe recorrer con cautela el camino de su búsqueda. Creo que, en parte, estamos aquí para protegerla en ese camino.

Morgan reflexionó un momento e hizo un gesto de asentimiento, dejándose envolver por la paz de la noche, contemplando a través de las ramas del viejo abeto las figuras desdibujadas, hasta descubrir la silueta esbelta y etérea de Aurora, un leve movimiento que la noche podría engullir con solo un leve cambio de luz.

—He tenido una visión de ella... la visión más aterradora de toda mi vida —prosiguió Walker, con voz tensa—. Según esa visión, Aurora morirá. Se lo advertí antes de salir de la Chimenea Rocosa; le dije que tal vez no fuera conveniente que yo la acompañara. Pero insistió, y tomé la decisión de acompañarla. —Miró alrededor—.

Lo mismo nos ha sucedido a todos. Estamos aquí porque sabíamos eso era lo que teníamos que hacer. No intentes comprender la razón, Morgan. Simplemente acéptalo.

Morgan dio un suspiro, sumido en una maraña de sentimientos y necesidades, deseando cosas que nunca podrían ocurrir, un pasado perdido y un futuro incierto. Pensó en el cambio radical que había experimentado su situación desde que los hermanos Ohmsford lo encontraron en Leah, en lo diferentes que todos eran ahora.

—Recuerda lo que te he dicho, muchacho —le advirtió Walker Boh, levantándose y produciendo al moverse un susurro en el profundo silencio de la noche—. Mantente lo más alejado que puedas de Pe Eltar.

Atravesó la cortina de ramas sin volver la vista atrás. Morgan Leah lo siguió con la mirada.

Pe Eltar estuvo ausente largo rato. Cuando regresó, solo dirigió la palabra a Horner Dees.

—El camino está despejado, viejo —le dijo en voz baja—. Podemos emprender la marcha.

Salieron del claro en silencio, siguiendo a Carisman, que era el encargado de llevarlos de vuelta a la cima, como una procesión de fantasmas en el bosque nocturno. Nadie se interpuso en su camino, y Morgan Leah estaba seguro de que nadie lo haría. Pe Eltar se había encargado de que ello.

Todavía era de noche cuando volvieron a ver las Lanzas. Tras escalar la cima, se dirigieron al norte. Dees impuso un paso rápido. El sendero estaba despejado, similar a una columna vertebral que sobresalía de la tierra pelada a la luz de la luna y las estrellas; estaba vacío salvo donde los árboles esqueléticos proyectaban las sombras de sus troncos y ramas contra la tierra, similares a telarañas. Siguieron las Lanzas hasta el final estrecho del embudo del valle y subieron a las colinas del otro lado. El amanecer estaba próximo. Ya empezaba a clarear por el este: Dees apretó el paso, y nadie tuvo que molestarse en preguntar por qué.

Cuando el sol coronaba las montañas, ya se habían internado tanto en las colinas que no podían ver el valle. Encontraron un arroyo de agua clara y se detuvieron para calmar la sed. El sudor les corría por la cara y respiraban fatigosamente.

—Mirad —dijo Horner Dees, señalando una línea de picos que se levantaba hacia el cielo—. Ese es el extremo norte de las montañas de Charnal, lo último que tendremos que cruzar. Hay una docena de desfiladeros, y los urdas no podrán saber cuál de ellos hemos seguido. El terreno es rocoso, por lo cual les será difícil seguir nuestro rastro.

—Difícil para ti, querrás decir —respondió Pe Eltar en tono ofensivo—. Pero eso no significa que lo sea para ellos.

—Nunca saldrán de sus montañas —afirmó Dees, ignorando las ofensivas palabras de Pe Eltar—. Cuando las crucemos, estaremos a salvo.

Continuaron la marcha. El sol ascendía por el cielo despejado, una brillante bola

de fuego blanco que convertía la tierra en un horno. Morgan no recordaba haber pasado tanto calor desde que salieron de Culhaven. Las colinas se elevaban hacia las montañas, y los árboles empezaban a ceder terreno a los matorrales y matorrales. En una ocasión, Dees tuvo la sensación de haber visto algo que se movía entre la fronda, y en otra oyeron una especie de gemido que Carisman identificó como cuernos urda. Sin embargo, llegó el mediodía sin que advirtieran verdaderos signos de persecución.

Entonces, al oeste aparecieron unas nubes negras que empezaron a acumularse, amenazando tormenta. Morgan manoteó para espantar los mosquitos que revoloteaban alrededor de su rostro sudoroso. La tormenta estaba próxima.

Se detuvieron otra vez a media tarde, exhaustos por el ritmo de marcha que habían mantenido durante la huida, y también hambrientos. Había poco que comer, solo algunas raíces, verduras silvestres y agua fresca. Horner Dees se adelantó para explorar, y Pe Eltar decidió retroceder hasta un risco desde donde podía estudiar el terreno que habían dejado atrás. Carisman empezó a hablar con Aurora sobre su música, intentando captar toda su atención. Morgan observó las agradables facciones del juglar, su melena rubia, la naturalidad de sus gestos, y se inquietó. En vez de revelar sus sentimientos, el joven montañés se sentó a la sombra de un pino y miró a otro lado.

Los truenos rugían a lo lejos, y las nubes se ceñían cada vez más a las montañas. El cielo era una rara mezcla de luz y oscuridad. El calor seguía siendo opresivo, una manta sofocante que cubría la tierra. Morgan se tapó la cara con las manos y cerró los ojos.

Horner Dees y Pe Eltar regresaron enseguida. El primero les dijo que el desfiladero que les permitiría salir de las montañas de Charnal estaba a menos de una hora de camino, y el segundo, que los urdas los perseguían.

—Son más de un centenar —dijo, taladrándolos con aquellos ojos duros e insondables—. Nos están pisando los talones.

Reemprendieron la marcha sin más dilación, avanzando aún más deprisa, impulsados por una sensación de urgencia que no habían sentido hasta entonces. Ninguno esperaba que los urdas los alcanzaran tan pronto, y, en cualquier caso, nunca antes de que estuvieran cruzando las montañas. Eran conscientes de que si se veían obligados a luchar en aquel terreno los aniquilarían.

Ascendieron hasta las rocas, atravesando grandes campos de peñascos y estrechos desfiladeros y esforzándose por no resbalar en las pendientes que amenazaban con arrojarlos al abismo. Las nubes rozaban los picos de las montañas y llenaban el cielo de horizonte a horizonte. Empezaron a caer grandes gotas de lluvia, que golpeaban la piel recalentada de la tierra. La oscuridad se asentó sobre todo lo que veían, un negro ominoso que reverberaba con el sonido de los truenos que chocaban contra la piedra desnuda y vacía. El crepúsculo se acercaba, y Morgan estaba seguro de que los alcanzarían en las montañas al caer la noche, lo cual era una perspectiva bastante desagradable. Le dolía todo el cuerpo, pero se obligó a seguir caminando. Miró a

Carisman y vio que su estado era mucho más lamentable; tropezaba y caía al suelo una y otra vez, mientras jadeaba en busca de aire. Se sobrepuso a su propio agotamiento, se acercó al juglar, lo rodeó con un brazo y le ayudó a seguir.

Acababan de llegar a la entrada del desfiladero cuando vieron a los urdas. Las toscas y peludas criaturas surgieron de las rocas que habían dejado atrás, todavía a más de un kilómetro de distancia, pero avanzando a marchas forzadas, entre gritos y aullidos, agitando sus armas para darles a entender lo que harían con ellos tan pronto como los alcanzaran. El pequeño grupo, después de un breve instante de vacilación, salió corriendo hacia el desfiladero.

El desfiladero dividía el acantilado, un estrecho pasaje lleno de vueltas y revueltas que parecía cortado a cuchillo. El pequeño grupo caminó en fila por el sendero serpenteante. La lluvia arreció, y dejó de ser un lento goteo para convertirse en un intenso aguacero. El suelo se tornó resbaladizo, y pequeños arroyuelos empezaron a bajar por las rocas, acumulando agua en la tierra que tenían bajo los pies. De pronto se encontraron al descubierto sobre una pendiente que se dirigía a la izquierda, a un desfiladero negro como la noche. El viento soplaba a través de la pendiente en frenéticas ráfagas que les lanzaban arena contra la cara. Morgan soltó a Carisman y se cubrió la cabeza con la capa.

Les costó un gran esfuerzo llegar al desfiladero. El viento los golpeaba de frente y ralentizaba su paso. Cuando llegaron a la oscura entrada, reaparecieron los urdas, ahora muy cerca. Dardos, lanzas y sus particulares armas arrojadas silbaron en el aire, cayendo muy cerca de ellos. El grupo corrió hacia el interior del desfiladero para ponerse al abrigo de sus muros.

Allí la lluvia descendía en torrentes bravíos, y casi no había luz. Del suelo y las paredes del estrecho corredor sobresalían piedras dentadas que les arañaban y cortaban al pasar. El tiempo se detenía en el aullido del viento y el retumbo de los truenos, y parecía que jamás podrían salir de allí. Morgan se adelantó para ponerse junto a Aurora, decidido a protegerla.

Cuando llegaron al final del desfiladero, se encontraron en una cornisa que se extendía a lo largo de una hendidura abierta en medio de una alta superficie rocosa, que bajaba hasta una garganta donde las aguas del río Rabb formaban un remolino de espuma blanca. Dees los condujo hacía allí sin la menor vacilación, gritando algo para darles ánimos, aunque sus palabras se perdieron en el ruido ensordecedor de la tormenta. Recorrieron la cornisa con Dees al frente, seguido de Carisman, Aurora, Morgan, Walker Boh y Pe Eltar cerrando la marcha. La lluvia caía sobre ellos como una cortina, el viento los fustigaba y el rugido del río era una impenetrable muralla de sonido.

Cuando el primer urda apareció en la boca del desfiladero, ninguno lo vio. No advirtieron que estaban allí hasta que sus armas empezaron a chocar contra las rocas. Un dardo alcanzó a Pe Eltar en el hombro y le hizo trastabillar, pero consiguió mantener el equilibrio y seguir adelante. Los otros apresuraron el paso, intentando

desesperadamente distanciarse de sus perseguidores, con las botas resbalando por el fango y acercándoles peligrosamente a la muerte. Morgan miró hacia atrás y vio que Walker Boh se volvía y arrojaba algo a la tormenta. Al instante el aire se llenó de una luz plateada, y los dardos y las lanzas arrojados a aquella luminosidad cayeron sin producirles daño alguno. Los urdas, asustados por la magia del Tío Oscuro, regresaron al desfiladero.

Delante, la cornisa se ensanchaba un poco y empezaba a bajar. Desde allí vieron el fin lejano de las montañas, una extensión de colinas cubiertas de bosques que se extendía hasta desaparecer tras una pared de nubes y lluvia. El río Rabb se agitaba a sus pies en su rápido discurrir hacia el este entre las rocas. El sendero lo seguía, a unos ochenta metros sobre sus orillas, y la piedra desnuda daba paso a la tierra y la vegetación.

Morgan miró alrededor por última vez y no vio a ningún urda. O Walker había conseguido asustarlos o Horner Dees estaba en lo cierto y no se aventuraban a salir de sus montañas.

Se volvió.

Un segundo después toda la pared del acantilado tembló, mientras algunas partes se desmoronaban bajo el implacable acoso de la lluvia y el viento. El sendero de delante, una sección entera de tierra y roca, desapareció por completo llevándose a Aurora consigo. La muchacha cayó por la pendiente. Extendió las manos, pero no había nada a lo que pudiera agarrarse, y empezó a deslizarse hacia el río en medio de una nube de tierra y grava. Carisman, que iba delante, también estuvo a punto de ser arrastrado por el desprendimiento, pero consiguió evitarlo agarrándose a una maraña de raíces.

Morgan, que estaba justo detrás, vio que Aurora no podría salvarse sin ayuda. Saltó sin la menor vacilación, resbalando por la falda de la montaña tras ella, y dejó de oír los gritos de sus compañeros. Su impacto al chocar contra las aguas del río Rabb fue tremendo. Se hundió y después subió a la superficie jadeando por la impresión del frío. Captó un destello del pelo plateado de Aurora en un remolino de espuma blanca a pocos metros de donde él se encontraba. Nadó hacia allí, la agarró por las ropas y la atrajo hacia sí.

Entonces la fuerte corriente arrastró a los dos jóvenes.

Morgan Leah hizo todo lo posible por mantenerse a flote sujetando a Aurora en las aguas revueltas del río, y, aunque podría haber nadado sin problemas hasta la orilla de haber ido solo, no se le pasó por la cabeza soltarla. Aurora estaba consciente y hacía todo lo posible por no ser un lastre; sin embargo, fue la fuerza de Morgan la que los mantuvo alejados de las rocas y los profundos remolinos que intentaban tragárselos. El río era peligroso; iba muy crecido por las recientes lluvias, y las aguas cubiertas de espuma blanca inundaban las orillas y salpicaban contra la oscuridad del cielo y la tierra. La tormenta seguía descargando su furia, los truenos retumbaban en las profundidades del cañón, los relámpagos iluminaban con sus destellos los picos lejanos, y la lluvia caía como una gruesa cortina. Pronto perdieron de vista la pared del acantilado, y con ella, a sus compañeros. El río Rabb se retorció entre las rocas de la montaña, y no tardaron en sentirse desorientados.

Poco después, un árbol caído flotó cerca de ellos; se agarraron a él y se dejaron arrastrar por la corriente. De esa forma pudieron descansar un poco, apoyados en el tronco resbaladizo, aunque aun así debían tener cuidado de que las rocas y los innumerables objetos que flotaban a su alrededor no se les clavaran en el cuerpo, buscando en el río y sus orillas una manera de salir. No intentaron hablar; estaban exhaustos y decidieron reservar las escasas fuerzas que les quedaban. Por otra parte, el rugido del río se hubiera tragado sus palabras. Se limitaban a mirarse y a seguir juntos.

El río se ensanchaba más adelante, donde se alejaba de las montañas para dirigirse a las colinas del norte y verter sus aguas en una laguna; allí, la corriente se aquietaba antes de entrar en un segundo canal que lo reconducía de nuevo hacia el sur. En el centro de la laguna había una isla, y el árbol al que iban agarrados chocó con ella, giró y se encalló en la orilla. Morgan y Aurora abandonaron su balsa improvisada y se dirigieron a tierra, tambaleándose. Extenuados y con la ropa hecha jirones, anduvieron a gatas entre la hierba y los matorrales en busca del refugio que ofrecían los árboles, un puñado de nogales coronados por un par de gigantescos olmos. El suelo estaba empapado y encharcado, y el viento silbaba en sus oídos. Un rayo cayó en tierra firme con gran estruendo, no muy lejos del lugar donde ellos se encontraban, y se encogieron mientras el trueno retumbaba.

Por fin alcanzaron los árboles, y se alegraron al descubrir que bajo la cobertura de sus ramas estarían relativamente protegidos de la lluvia y el viento. Se acercaron al pie del mayor de los olmos y se dejaron caer en el suelo, jadeando. Estuvieron tumbados sobre el frío suelo, inmóviles, recuperando fuerzas durante un rato. Luego,



tras intercambiar una larga mirada con la que se comunicaron sin necesidad de pronunciar una sola palabra, se incorporaron y se sentaron, hombro con hombro, apoyando la espalda contra el duro tronco del olmo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Morgan.

Eran las primeras palabras que se decían. Aurora respondió con un gesto de asentimiento. El joven montañés comprobó que no estaba herido, dio un suspiro y se acomodó, aliviado, cansado, frío e inexplicablemente hambriento y sediento, aunque estaba empapado. Pero no tenían nada que llevarse a la boca, así que era preferible no pensar en ello.

—Supongo que no podrás hacer nada para encender una hoguera, ¿verdad? —preguntó Morgan, mirando a su alrededor. Aurora negó con la cabeza—. No puedes utilizar ningún tipo de magia. ¡Ah, bien! ¿Dónde está Walker Boh cuando se le necesita?

Intentaba mostrarse despreocupado, pero no lo consiguió. Dio un suspiro.

La muchacha le cogió la mano, y él se sintió animado a pesar de su incomodidad. La rodeó con un brazo, atrayéndola hacia sí. Eso les ayudó a entrar en calor. Morgan sentía el pelo de plata de Aurora contra su mejilla, su olor: una mezcla de tierra y bosque y algo que era dulce y atrayente.

—No nos encontrarán hasta que cese la tormenta —dijo la hija del Rey del río de Plata.

—Si es que nos encuentran —respondió el joven montañés, haciendo un gesto de asentimiento—. No pueden seguir ninguna pista, solo el río. —Frunció el entrecejo—. Por cierto, ¿dónde estamos? ¿Al norte o al sur de donde caímos?

—Al noreste.

—¿Estás segura?

La muchacha asintió con la cabeza. Morgan podía sentir su respiración, el leve movimiento de su cuerpo contra el de él. Estaba tiritando, pero su proximidad lo reconfortaba. Cerró los ojos.

—No tenías por qué haberme seguido —dijo ella de pronto, con cierto tono de reproche en su voz—. No me habría pasado nada.

—Me hacía falta un baño —respondió el joven montañés, intentando reprimir un bostezo, sin conseguirlo.

—Podrías haber salido herido de gravedad, Morgan.

—¿Yo? No. He sobrevivido a los ataques de los umbríos, de soldados de la Federación, de los escaladores y a otras muchas dificultades que ya he olvidado. Una caída en un río no puede hacerme daño.

El viento sopló fuerte, aullando a través de las ramas de los árboles, y los dos jóvenes miraron al cielo. Cuando cesó el aullido del viento, oyeron de nuevo el golpeteo del río contra la costa.

—Cuando amaine la tormenta, podremos nadar hasta la orilla opuesta y salir de esta isla —dijo Morgan, arrebujiándose en sus ropas empapadas—. El río está

demasiado revuelto para intentarlo ahora, y nosotros, demasiado cansados. Pero no importa. Aquí estaremos a salvo... aunque un poco mojados.

Se dio cuenta de que estaba hablando solo por hacer algo, así que se calló. Aurora no dijo nada. Casi podía sentirla pensar, pero no tenía ni idea de qué le pasaba por la cabeza. Cerró de nuevo los ojos y respiró lentamente. Se preguntó qué habría sido de sus compañeros. ¿Habrían conseguido bajar por el angosto sendero o seguirían atrapados? Intentó imaginarse a Walker y Pe Eltar atrapados juntos, pero no lo consiguió.

Estaba oscureciendo. El crepúsculo ahuyentaba la poca luz que quedaba, alargando las sombras sobre la isla y cubriéndola de manchas negras. La lluvia disminuía de intensidad, los sonidos de los truenos y el viento se perdían en la distancia, y la tormenta empezaba a alejarse. El aire no era tan frío como Morgan esperaba, incluso estaba entrando en calor y llenándose de olor a humedad. Muy bien, pensó. Ya habían pasado demasiado frío. Sería muy satisfactorio sentirse caliente y seco otra vez, a salvo en su casa de las Tierras Altas con un tazón de sopa entre las manos y sentado en el suelo ante un buen fuego con los hermanos Ohmsford, contando hazañas que nunca habían realizado.

O quizá sentado con Aurora, sin decir nada porque no era necesario hablar y bastaba con estar juntos...

Aquel sentimiento le hirió profundamente, lo inundó de ansiedad y miedo. Quería que continuara, que durara eternamente, y al mismo tiempo no lo comprendía y estaba seguro de que acabaría por hacerle daño.

—¿Estás despierta? —preguntó a la muchacha, sintiendo una necesidad repentina de escuchar su voz.

—Sí —respondió Aurora.

—He estado pensando mucho sobre por qué estoy aquí —dijo el joven montañés, respirando profundamente y expulsando el aire con lentitud—. Me lo he preguntado desde que salimos de Culhaven. En realidad, yo no poseo el don de la magia. La que tenía estaba en la espada de Leah, y ahora está rota y la poca magia que conserva es insignificante. No creo que te sirva de mucha ayuda. Así que solo cuento yo y... —Se detuvo—. No sé qué esperas de mí.

—Nada —respondió Aurora con voz suave.

—¿Nada? —inquirió Morgan, sin poder evitar el tono de incredulidad en su voz.

—Solo lo que puedas y desees dar —respondió la muchacha, sin concretar.

—Pero yo creía que el Rey del río de Plata te había dicho... Creía que tu padre te había dicho que yo era necesario. ¿No es eso lo que nos dijiste? Entonces, ¿no te ha dicho que los tres éramos necesarios?

—Pero no lo que debías hacer, Morgan. Me dijo que cuando emprendiera la búsqueda del talismán os llevara conmigo, y que vosotros sabrías lo que teníais que hacer, que todos lo sabrías. —Se separó ligeramente y se volvió para mirarlo—. Si pudiera decirte algo más, puedes estar completamente seguro de que lo haría.

El joven del valle la miró con gesto ceñudo, frustrado por sus respuestas evasivas, por la incertidumbre que sentía.

—¿De verdad?

La muchacha esbozó una leve sonrisa. Incluso empapada por la lluvia y las aguas del río era la mujer más hermosa que había visto en su corta vida. Intentó hablar, pero no consiguió pronunciar ni una sola palabra. Se quedó sentado allí, mudo, contemplándola.

—Morgan —dijo la muchacha en voz tan baja que parecía un susurro—. Mi padre ve cosas que están ocultas para los demás. Me dice lo que debo saber al respecto, y yo confío en él lo suficiente como para creer que no necesito saber más que lo que me dice. Estás aquí porque te necesito, y tu presencia está relacionada con la magia de tu espada. Eso es lo que me dijo mi padre, y yo te he asegurado que, a cambio, tendrás la oportunidad de restaurarla. Tal vez entonces nos sirva a los dos de una forma que ahora no podemos prever.

—¿Qué me dices de Pe Eltar? —preguntó el joven montañés, decidido a saberlo todo.

—¿Pe Eltar?

—Walker dice que es un asesino... y que lleva un arma mágica, un arma que utiliza para matar.

—Es cierto —respondió Aurora después de mirarlo atentamente durante un momento.

—¿También lo necesitas a él?

—Morgan. —Pronunció su nombre como una advertencia.

—Dímelo, por favor.

—También Pe Eltar tiene un papel que cumplir —respondió la muchacha, inclinando y ocultando su rostro perfecto. Cuando lo volvió a levantar, su expresión reflejaba una gran tristeza—. Su propósito, como el tuyo, debe revelarse por sí mismo.

Morgan vaciló durante un breve instante, intentando decidir qué pregunta debía hacer a continuación, desesperado por conocer la verdad, pero sin querer arriesgarse a perderla al entrar en un terreno en el que estaba vedada su presencia.

—No quiero pensar que me has traído por las mismas razones que a Pe Eltar —dijo por fin, tensando los músculos de la cara—. No soy como él.

—Lo sé —respondió Aurora. Vaciló, luchando con algún demonio interno—. Creo que cada uno de vosotros, incluyendo a Walker Boh, está aquí por un motivo diferente, para servir a un propósito distinto. Eso es lo que siento.

—Ojalá pudiera comprenderlo mejor —dijo el joven montañés. Estaba dispuesto a creerla, y le parecía imposible no hacerlo.

—Todo saldrá bien —dijo Aurora, extendiendo la mano hasta tocar la mejilla de Morgan con los dedos, dejándolos resbalar hasta el cuello antes de retirarlos.

Se echó hacia atrás, acurrucándose junto a él, y Morgan sintió que su frustración

y sus dudas empezaban a disiparse. Se rindió sin luchar, conformándose con que estuviera a su lado. Ya había oscurecido y la noche caía sobre el mundo. La tormenta se había dirigido hacia el este, y las lluvias se habían convertido en niebla. Las nubes aún eran densas, pero ya no había relámpagos ni truenos, y una capa de silencio los cubría como si fueran unos niños que se disponían a irse a dormir. En la invisible distancia, el río Rabb seguía agitándose, ahora con menos fuerza, una corriente que tranquilizaba y adormecía. El joven montañés miró la noche sin verla, sintiendo esa sábana opaca descender para cubrirlo, para plegarse a su alrededor como una mortaja. Respiró el aire limpio y dejó que sus pensamientos vagaran libremente.

—Me gustaría comer algo —dijo después de un rato—. Si hubiera algo que comer.

Aurora se levantó sin decir nada, lo cogió de la mano y tiró de él. Caminaron juntos entre las tinieblas sobre la hierba húmeda. La muchacha veía en la oscuridad, y lo guiaba con una seguridad que lo dejaba perplejo. Poco después encontró raíces y frutos comestibles, y una planta que, bien cortada, proporcionaba agua fresca. Comieron y bebieron lo que habían encontrado, sentados en silencio uno junto al otro. Cuando terminaron, la muchacha lo llevó a la orilla del río, y contemplaron las agitadas y turbulentas aguas del Rabb bajo la tenue y misteriosa penumbra, un movimiento lóbrego contra la oscura tierra de la orilla opuesta.

Una suave brisa sopló en la cara de Morgan, impregnada de esencias de flores y hierbas. Su ropa aún estaba mojada, pero ya no tenía frío. El aire era cálido, y sentía una extraña euforia.

—Esto es igual que en las Tierras Altas después de una tormenta de verano —dijo Morgan—. Cálido e impregnado de los olores de la tierra, con noches tan largas que parece que nunca se acabarán, y que tampoco quieres que acaben. —Se echó a reír—. Solía sentarme con Par y Coll Ohmsford en noches como esta. Yo les decía que si alguien lo deseara con todas sus fuerzas podría fundirse en la oscuridad como un copo de nieve sobre la piel, desaparecer en ella y quedarse allí el tiempo que quisiera.

Miró a la muchacha para ver su reacción. Estaba quieta, perdida en sus pensamientos. El joven montañés dobló las rodillas contra el pecho y las rodeó con los brazos. Quería fundirse con aquella noche para que durara eternamente, y que ella también lo hiciera. Era un deseo estúpido.

—Morgan —dijo Aurora, rompiendo el silencio y volviéndose hacia él—. Envidio tu pasado. Yo no tengo pasado.

—Por supuesto que... —respondió el joven montañés, esbozando una sonrisa.

—No —lo interrumpió la muchacha—. Soy una elemental. ¿Sabes lo que significa eso? No soy un ser humano. Me creó la magia. Estoy hecha de la tierra de los Jardines. La mano de mi padre me modeló. Nací así, como mujer, sin haber sido niña. La finalidad de mi existencia la marcó mi padre, y no puedo opinar sobre el pasado. No me produce tristeza porque es lo único que conozco. Pero mis instintos, mis sentimientos humanos, me dicen que hay algo más, y me gustaría tenerlo igual

que lo tienes tú. Puedo sentir el placer que tú sientes al recordarlo. Puedo sentir tu alegría.

Morgan se quedó sin habla. Sabía que ella era una criatura mágica, que poseía la magia, pero nunca se le había ocurrido pensar que no fuera... Se contuvo. ¿Que no fuera qué? ¿Tan real como él? ¿Tan humana? Pero lo era, ¿verdad? Aunque ella misma no se lo creyera, lo era. Sentía, hablaba, se movía y actuaba como un ser humano. ¿Qué más necesitaba? Su padre la había creado siguiendo el modelo humano. ¿No era suficiente? La observó. Para él era suficiente, decidió. Más que suficiente.

—Admito que no sé cómo fuiste creada, Aurora —dijo Morgan, acariciándole la mano—. Y tampoco sé nada sobre los elementales. Pero eres humana. Estoy seguro. Me hubiese dado cuenta si no lo fueras. Y por lo que respecta a que no tengas pasado... el pasado no es más que los recuerdos que adquieres, y eso es algo que estás haciendo ahora mismo, adquiriendo recuerdos... aunque no sean los más agradables del mundo.

—Los recuerdos sobre ti siempre serán agradables, Morgan Leah —respondió la muchacha, esbozando una sonrisa ante la idea del joven montañés.

Morgan sostuvo su mirada. Entonces se inclinó hacia delante y la besó, solo un breve roce con los labios, y se apartó. Ella lo miró con sus ojos negros y penetrantes. El miedo se reflejaba en ellos, y Morgan se dio cuenta.

—¿Qué es lo que te asusta? —le preguntó el joven montañés.

—Que me hagas sentir tanto —respondió Aurora, haciendo un gesto de impotencia.

Morgan era consciente de que estaba entrando en un terreno peligroso, pero decidió continuar.

—Antes me preguntaste por qué me tiré detrás de ti cuando te arrastró la avalancha. La verdad es que no pude evitarlo. Estoy enamorado de ti.

—No puedes estar enamorado de mí —dijo Aurora, toda expresión abandonando su rostro.

—Me temo que no tengo elección —respondió el joven montañés, esbozando una sonrisa, como si se disculpara—. Es algo que escapa a mi voluntad.

—Tampoco yo puedo evitar lo que siento por ti —respondió Aurora mirándolo durante largo rato. Después, un estremecimiento recorrió todo su cuerpo—. Pero mientras tú estás seguro de tus sentimientos, los míos me confunden. No sé lo que debo hacer con ellos. Tengo que cumplir la misión que me ha encomendado mi padre, y mis sentimientos hacia ti y los tuyos hacia mí no pueden interferir en ella.

—No tienen por qué hacerlo —dijo Morgan, cogiendo la mano de la muchacha con firmeza—. Pueden existir sin más.

—Creo que no —respondió Aurora, negando con la cabeza de tal forma que provocó un destello de su melena plateada—. No cuando se trata de unos sentimientos como estos.

El joven montañés volvió a besarla, y esta vez la muchacha correspondió a su gesto. Morgan aspiró su olor como si fuera una flor. Nunca se había sentido tan seguro de algo como de que la quería.

—Morgan —dijo Aurora, separándose de él y pronunciando su nombre como si fuera una súplica.

Se levantaron y regresaron a la arboleda, al olmo donde se habían guarecido de la lluvia, y se apoyaron de nuevo en su áspero tronco. Se abrazaron como niños aterrados y solos, para protegerse de unos horrores sin nombre que esperaban más allá de los límites de su conciencia, que se introducían en sus sueños y amenazaban su descanso.

—Antes de que abandonara los Jardines donde nací, mi padre me advirtió de que había cosas de las que él no podría protegerme —dijo Aurora con el rostro muy cerca del de Morgan—. No hablaba de los peligros que me acecharían, de Uhl Belk y los seres que viven en Eldwist, ni tampoco de los umbríos. Hablaba de esto.

—No hay mucho que puedas hacer para protegerte de tus sentimientos —dijo Morgan, acariciándole el pelo.

—Puedo rechazarlos —respondió Aurora.

—Sí, eso deberías hacer... —dijo el joven montañés, haciendo un gesto de asentimiento—. Pero yo no puedo. Aunque mi vida dependiera de ello, no podría. No me importa quién eres ni tampoco qué eres. Elemental o cualquier otra cosa. No me importa cómo has sido creada ni por qué. Te amo, Aurora. Creo que te he amado desde el primer momento en que te vi, desde que te oí pronunciar las primeras palabras. No puedo cambiar eso. Ni siquiera quiero intentarlo.

Entonces la muchacha lo besó con pasión, y el resto del mundo desapareció.

A la mañana siguiente, cuando despertaron, el sol asomaba en el horizonte de un cielo azul y sin nubes. Los pájaros cantaban y el aire era cálido y placentero. Se levantaron y se dirigieron a la orilla del río. Las aguas del Rabb se habían amansado y discurrían plácidas y tranquilas.

Morgan Leah miró a su compañera, su esbelto cuerpo, sus brillantes cabellos plateados, su dulce rostro, y entonces una sonrisa triunfante se dibujó en sus labios.

—Te amo —le dijo en voz baja.

—Y yo a ti, Morgan Leah —respondió ella devolviéndole la sonrisa—. Nunca amaré a nadie como te amo a ti.

Se zambulleron en el río. Habían recuperado las fuerzas, y cruzaron a nado la distancia que separaba la isla de tierra firme. Al llegar a la orilla se detuvieron para mirar atrás, y Morgan se esforzó por contener la tristeza que lo abrumaba. Aquella isla, ellos dos solos, la noche que habían pasado... pronto quedarían reducidos a recuerdos. Regresaban al mundo de Uhl Belk y la piedra élfica negra.

Caminaron hacia el sur siguiendo el curso del río durante varias horas antes de encontrar al resto de miembros del pequeño grupo. Carisman fue el primero en verlos, mientras deambulaba por el borde de un risco; dio un grito de alegría y llamó

a los otros. Corrió pendiente abajo, con el pelo dorado flotando y la cara arrebolada. Se deslizó sentado los últimos metros, se levantó, corrió a su encuentro y se arrojó a los pies de Aurora, cantando:

*Han vuelto las ovejas perdidas del rebaño,  
se salvaron de los lobos y el frío sin sufrir daño.  
Han conseguido escapar de las garras de río revuelto.  
¡Cuánto me alegra verlos, ahora que han vuelto!  
¡Era-la-la, tra-la-la, tra-la-la!*

Era una canción ridícula, pero consiguió hacer reír a Morgan. En unos segundos, los demás se reunieron con ellos. El enjuto Pe Eltar, a quien había dominado la furia por la pérdida de Aurora, ahora estaba aliviado por haberla encontrado de nuevo; el rudo Horner Dees intentaba quitar importancia al incidente; y el enigmático Walker Boh, cuyo rostro era una máscara inescrutable, felicitaba a Morgan por su rescate. Mientras tanto, un jubiloso Carisman cantaba y reía, llenando el aire con su música.

Cuando finalizó la celebración del reencuentro, reemprendieron la marcha, alejándose de las montañas de Charnal para dirigirse hacia los bosques del norte. En algún lugar lejano les esperaba Eldwist. El sol trepó por el cielo y se quedó allí, iluminando y calentando la tierra como si quisiera borrar todo rastro de la tormenta del día anterior.

Morgan caminaba junto a Aurora, pisando con cuidado entre los charcos y arroyuelos que ya se evaporaban. No intercambiaron ni una sola palabra, ni tampoco se miraron. Poco después, el joven montañés sintió que la muchacha le cogía la mano.

A su contacto, sintió que le inundaban los recuerdos.

Caminaron en dirección norte durante cinco días, atravesando la región que se extendía más allá de las montañas de Charnal, una tierra verde y levemente ondulada, cubierta de hierbas altas y prados con flores silvestres, y salpicada de bosques de abetos, álamos y pinos. De las montañas y los riscos descendían ríos y arroyos que parecían cintas de plata, y vertían sus aguas en lagunas que brillaban como espejos bajo la luz del sol, y lanzaban ráfagas de brisa fresca desde sus orillas. Era más fácil viajar por allí que por las montañas, ya que el terreno era seguro y el clima, muy agradable. Los días eran soleados, las noches, cálidas y perfumadas, y el cielo azul que los cubría estaba despejado. Solo llovió una vez, pero fue una lluvia fina y lenta que regó los árboles y las hierbas y que pasó casi inadvertida. El grupo estaba animado; su renovada confianza y una agradable sensación de bienestar habían reducido a la mínima expresión la preocupación por lo que les esperaba. Las dudas yacían medio olvidadas en los oscuros rincones de la mente en los que las habían desterrado. Caminaban con paso rápido y decidido. El avance imperturbable de las horas erosionaba los sentimientos de inseguridad con una precisión lenta pero firme, igual que el cincel de un tallador limando aristas hasta eliminarlas y dejar solo la lisa superficie de un agradable compañerismo.

Incluso Walker Boh y Pe Eltar pactaron una tregua tácita. No se podía decir que en algún momento se mostraran dispuestos a iniciar una relación de amistad, pero se mantenían distanciados sin agresividad, adoptando una estudiada indiferencia ante la presencia del otro. Por lo que respecta al resto del grupo, la cordialidad era norma de conducta. Horner Dees continuaba siendo reticente y gruñón, Carisman los entretenía con historias y canciones, y Morgan y Aurora intercambiaban miradas y gestos en una danza de enamorados que era un misterio para todos, excepto para ellos. Sin embargo, en todos los miembros del grupo, salvo quizás en Carisman, había una corriente oculta de cautela y reserva. Al parecer, Carisman era incapaz de mostrar más de una cara, pero los demás se retraían en sus horas bajas, intentando controlar sus dudas y temores a la espera de que una mezcla de suerte y voluntad férrea fuera suficiente para llevarlos a buen puerto.

El principio de esa meta llegó al día siguiente con un cambio gradual de las características de la tierra: el intenso verdor que alegraba los bosques y las colinas empezó a adquirir tonalidades grises; las flores desaparecieron; la hierba se marchitó y se secó; los árboles, que deberían haber estado pujantes y cubiertos de hojas, se hallaban atrofiados y desnudos; los pájaros que volaban en deslumbrantes bandadas y cuyos cantos les amenizaban el viaje apenas un kilómetro más al sur no existían allí, ni tampoco otros animales. Era como si una plaga lo hubiera invadido todo,



despojando la tierra de vida.

Se detuvieron en la cumbre de una colina a media mañana, y contemplaron la desolación que se extendía a sus pies.

—Umbríos —dijo Morgan Leah con tono lúgubre.

—Uhl Belk —le contradijo Aurora, negando con la cabeza.

La situación empeoró aún más a mediodía, y mucho más al anochecer. Ya era deprimente contemplar la tierra enferma, pero ahora estaba completamente muerta. Había desaparecido todo rastro de hierba y hojas, incluso los escasos matorrales estaban raquíuticos. Los troncos de los árboles levantaban al cielo sus esqueléticas ramas como si buscaran protección, como si imploraran clemencia al cielo. La región parecía haber sido arrasada a conciencia para que nada pudiera volver a crecer en ella, una vasta extensión desierta, yerma y hostil. Cuando sus botas pisaban el campo muerto, se levantaban pequeñas nubes de polvo, como si fueran un hálito envenenado. Nada se movía a su alrededor, ni sobre sus cabezas ni bajo sus pies. No había animales, ni pájaros, ni siquiera insectos. No había agua. El aire tenía un sabor y un olor metálicos. Las nubes empezaron a reunirse de nuevo, en pequeños jirones al principio, para luego formar un sólido banco que colgaba sobre la tierra como una mortaja.

Aquella noche acamparon en un bosque seco donde el aire estaba tan quieto que podían oír su propia respiración. Aquella madera no ardía, por lo que tuvieron que renunciar a encender una hoguera. La cenicienta luz que se filtraba por los nubarrones proyectaba la sombra de los árboles contra sus formas acurrucadas, dibujando telarañas oscuras sobre ellos.

—Mañana al anochecer llegaremos a Eldwist —dijo Horner Dees, mientras todos los miembros del grupo estaban sentados en medio del silencio.

Cinco miradas pesimistas fueron la única respuesta que obtuvo el rastreador.

La presencia de Uhl Belk se hizo palpable justo después. Se agazapó cerca de ellos en la creciente penumbra, durmió con ellos aquella noche y caminó con ellos cuando al día siguiente reemprendieron la marcha. Su respiración era el aire que les llenaba los pulmones, su silencio era el de ellos. Podían sentir que los llamaba, que se cernía sobre ellos para atraerlos a sus fauces. Nadie lo dijo, pero todos sentían la presencia de Uhl Belk.

A mediodía, la tierra se había convertido en piedra. Era como si, enferma, marchita y desprovista de vida, se hubiera visto despojada de todo color, excepto el gris, petrificándose en el proceso. Todo estaba bien conservado, como si fuera una gigantesca escultura. Troncos y ramas, matorrales y hierbas, roca y tierra, todo hasta donde alcanzaba la vista se había convertido en piedra. Era un paisaje aterrador que, a pesar de su frialdad, irradiaba una extraña belleza. El pequeño grupo se quedó fascinado. Quizá fue la solidez lo que mayor impresión les causó, la sensación de que aquello era duradero, resistente y que estaba muy bien elaborado. Las secuelas del tiempo, el cambio de las estaciones, los mayores esfuerzos del hombre; nada no

podría afectarlo.

Horner Dees hizo una señal y reanudaron la marcha.

La neblina los cubrió mientras cruzaban aquel tapiz de tiempo petrificado, y con mucha dificultad consiguieron, varias horas después, distinguir algo que destellaba en la distancia. Era una enorme extensión de agua, tan gris como la tierra que atravesaban, fundida en la negrura, un telón de fondo que se mezclaba con la tierra y el cielo como si fueran lo mismo.

Habían llegado al Tiderace.

También vieron los picos gemelos, espirales de roca que se dibujaban contra el horizonte. Todos comprendieron que los picos eran su destino.

De vez en cuando, la tierra que pisaban rugía lúgubrementemente, y los temblores reverberaban como si fuera una alfombra sacudida por algún gigante. No había nada que indicara cuál era el origen de aquellos temblores. Pero Horner Dees parecía saber algo. Morgan lo vio en el modo en que inclinaba la cabeza, apoyando la barbilla contra el pecho, y en el miedo que se reflejaba en sus ojos.

Poco después, la tierra empezó a estrecharse por ambos lados, y el Tiderace se cerró a su alrededor, dejándolos ante un estrecho sendero de roca que conducía a los picos, una rampa desde la que corrían peligro de caer al mar. La temperatura sufrió un brusco descenso, y había una gran humedad en el ambiente que se les pegó a la piel en forma de gotitas. Por extraño que pudiera parecer, sus botas no producían ningún ruido al pisar la dura superficie rocosa en su camino ascendente. Pronto se convirtieron en una fila de fantasmas en la menguante luz crepuscular. Dees, anciano pero corpulento y firme, abría la marcha, seguido de Morgan y Aurora; el rostro del joven montañés estaba marcado por la cautela, y el de la muchacha reflejaba una gran serenidad y tranquilidad. El hermoso Carisman tarareaba en voz baja, mirando a un lado y a otro con el miedo agitado de un pájaro. Walker Boh flotaba detrás, pálido y concentrado bajo su larga capa. Pe Eltar cubría la retaguardia, observándolo todo con sus ojos de cazador.

La rampa empezó a escarpase ante ellos, y extrañas formaciones rocosas presentaron su silueta a contraluz. Podrían haber sido esculturas, pero carecían de formas reconocibles. Sobresalían como columnas golpeadas por la iracunda mano del tiempo durante miles de años, retorcidas en grotescas imágenes: las visiones absurdas de un loco. Pasaron entre ellas, inquietos, y apresurando el paso.

Por fin llegaron a los picos. Había una hendidura entre ellos: una grieta tan aguda y estrecha que parecía producida por un cataclismo que hubiese dividido lo que en otros tiempos fuera una sola cima para convertirla en dos. Los picos se erguían a ambos lados, espirales de roca que penetraban en las nubes como si quisieran atravesarlas. Más allá, cubiertas por el cielo lóbrego y salpicado de neblina, las aguas del Tiderace rugían y golpeaban las orillas rocosas.

Horner Dees se adelantó y los otros lo siguieron. El aire era gélido y calmo en la grieta, y los gritos distantes de las aves marinas resonaban con estridencia. ¿Qué clase

de criaturas, aparte de las del mar, podrían vivir allí?, se preguntó Morgan Leah, un poco asustado. Desenvainó la espada. Tenía el cuerpo rígido por la tensión, y se esforzó en intentar captar algún signo del peligro que los amenazaba. Dees avanzaba encorvado como un animal al acecho, y los tres hombres que iban tras el viejo rastreador eran fantasmas inmateriales. Solo Aurora parecía tranquila, y mantenía la cabeza alta y los ojos alerta mientras escrutaba la roca, el cielo y el tono grisáceo que lo cubría todo.

Morgan tragó saliva para aliviar la sequedad de su garganta. «¿Qué nos espera?», se preguntó.

Los muros de la grieta parecían unirse en las alturas y, durante un momento, quedaron sumidos en una oscuridad total, con solo la fina línea del pasadizo ante ellos para confirmarles que no estaban encerrados en una tumba. Entonces los muros volvieron a separarse, y la luz regresó. La grieta desembocaba en un valle abierto entre los dos picos. Era poco profundo y rebosaba cadáveres resecos de árboles y matorrales, y peñascos que superaban la altura de un hombre. Era un deleznable almacén de desechos de la naturaleza y el tiempo. Había esqueletos por todas partes, montones de ellos, de todos los tamaños y formas, pero no ofrecían ni la más mínima pista que les permitiera deducir a qué criaturas pertenecían.

—Eso es Valle Óseo —dijo Horner Dees en voz baja, ordenando que se detuvieran—. La entrada a Eldwist. Por allí, al otro lado, una vez atravesados los picos, empieza Eldwist.

Todos los miembros del pequeño grupo se reunieron junto a él.

—Allí hay algo —dijo Walker Boh, poniéndose en tensión.

—Por desgracia sí; lo descubrí hace diez años —respondió Dees, con un gesto de asentimiento—. Es un koden, el perro guardián del Rey de Piedra. ¿Lo veis?

Observaron el entorno, pero no consiguieron ver nada, ni siquiera Pe Eltar. Dees se sentó en una roca.

—No podréis verlo hasta que os haya capturado. Pero entonces ya dará igual, ¿verdad? Podrías preguntar a cualquiera de esas pobres criaturas si tuvieran lengua, y si estuvieran vivos para poder utilizarla.

Morgan frotó con la bota un trozo de madera seca mientras escuchaba. Era dura y resistente. Piedra. La miró como si acabara de comprender. Piedra. Todo lo que había a sus pies, todo lo que los rodeaba, todo lo que se hallaba al alcance de la vista era de piedra.

—Los kodens son una especie de osos —explicó Dees—. Son grandes, viven en las heladas regiones situadas al norte de las montañas, y suelen quedarse a cubierto. Son imprevisibles en otras condiciones. Pero ¿este? —Hizo un gesto enigmático—. Este es un monstruo.

—¿Es grande? —preguntó Morgan.

—Un monstruo —recalcó Dees—. Y no solo en tamaño, joven montañés. Ese ser ya no es un koden. Se le puede reconocer por lo que era, pero es difícil. Belk le hizo

algo. En primer lugar, lo dejó ciego. No ve. Pero sus oídos son tan agudos que puede oír hasta cómo se cae un alfiler.

—Así que sabe que estamos aquí —dijo Walker, pasando ante Dees para estudiar el valle. Su mirada era intensa y lóbrega.

—Supongo que ya hace rato que lo sabe. Está esperando a que intentemos pasar.

—Si vive todavía —dijo Pe Eltar—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuviste aquí, viejo. Es posible que haya muerto.

—¿Por qué no bajas y lo compruebas tú mismo? —le retó el rastreador, dirigiéndole una mirada irónica.

Pe Eltar le correspondió con una sonrisa lobuna y helada.

—Hace diez años que lo vi y todavía no he podido olvidarlo —dijo el viejo guía, volviéndose para estudiar el valle con la mirada—. Es algo que nunca se olvida.

—A lo mejor Pe Eltar tiene razón; es posible que haya muerto —dijo Morgan, esperanzado.

Miró a Aurora y vio que la muchacha observaba a Walker.

—Yo vi al monstruo y os lo puedo asegurar: no ha muerto —insistió Dees.

—Bueno, ¿por qué no vamos a ver si de verdad es tan grande y tan feo? —preguntó Carisman, asomándose con cautela por encima del hombro de Walker.

—No lo puedes ver porque tiene la misma apariencia que todo lo que hay aquí —respondió Dees, echándose a reír y entornando los ojos—. Es exactamente igual que la piedra gris y dura, un trozo más de roca. Búscalo si quieres. Uno de esos montículos, uno de esos peñascos, algo que no parezca nada concreto... eso es. Está ahí abajo, completamente inmóvil. Esperando.

—Esperando —repitió Carisman, y cantó:

*Abajo en el valle, el valle de piedra y hueso,  
el koden acecha, oculto, muy quieto.  
Yace junto a los que dio muerte,  
en su gris camuflaje se hace fuerte.  
Espera el koden a que te abandone la suerte.*

—Calla —dijo Pe Eltar, con un tono de amenaza en la voz. Después miró a Dees, con el entrecejo fruncido—. Si nos has dicho la verdad, conseguiste pasar hace diez años. ¿Cómo lo lograste?

—¡Con mucha suerte, desde luego! —exclamó Dees, lanzando una carcajada—. Me acompañaban doce hombres, y entramos directamente, como idiotas. Empezamos a correr y no pudo cogernos a todos. Tuvo que contentarse con tres. Eso ocurrió cuando entramos. Cuando salimos, solo pudo capturar a uno. Pero entonces solo quedábamos dos. Yo fui el único que consiguió salir ileso de la aventura.

—Como has dicho, viejo, tuviste suerte —respondió Pe Eltar, mirándolo con gesto inexpresivo.

Dees se levantó, más parecido a un oso que ningún koden que Morgan pudiera imaginar, hosco e inquietante cuando adoptaba aquella expresión sombría.

—Hay muchas clases de suerte —dijo Dees, mirando a Pe Eltar como si pretendiera devorarlo—. La que se tiene y la que se busca. Algunos la llevan consigo y otros la cogen por el camino. Vais a necesitar las dos para entrar y salir de Eldwist. El koden es una criatura que no desearías ni en tu peor pesadilla. Pero te voy a decir una cosa. Después de que veas lo que hay ahí abajo y lo que hay más allá de Valle Óseo, ya no será necesario que te preocupes por el koden, ¡porque precisamente en eso se convertirán tus peores pesadillas!

—Las pesadillas son solo para los viejos asustados, Horner Dees —respondió Pe Eltar, haciendo un gesto de indiferencia.

—Valientes palabras —dijo Dees, mirándolo.

—Lo veo —dijo Walker Boh de repente.

Su voz fue muy suave, casi inaudible, pero logró que todos los miembros del pequeño grupo se callaran y se volvieran hacia él. El Tío Oscuro contemplaba la desolación del valle como si no fuera consciente de haber hablado.

—¿Al koden? —preguntó Dees, dando un paso adelante.

—¿Dónde? —inquirió Pe Eltar.

El gesto de Walker fue tétrico. Morgan miró, pero no consiguió ver nada, nada. Observó a los demás. Ninguno parecía capaz de distinguirlo, pero Walker Boh no les prestaba atención. Daba la impresión de estar escuchando algo.

—Si de verdad puedes verlo, indícame dónde está —dijo Pe Eltar con voz inexpresiva.

Walker, que seguía mirando, no le respondió.

—Siento... —empezó a decir, pero se detuvo.

—¿Walker? —le llamó Aurora, tocándole el brazo.

El pálido rostro dejó de mirar el valle y sus ojos oscuros se encontraron con los de la muchacha.

—Tengo que encontrarlo —dijo, mirándolos de uno en uno—. Esperad aquí hasta que os llame.

Morgan iba a objetar algo, pero había algo en los ojos del Tío Oscuro que le impidió hacerlo.

Observó en silencio, junto con los demás, cómo Walker Boh entraba solo en Valle Óseo.

El día era tranquilo, no soplaba el viento y nada se movía en el valle, excepto Walker Boh. Pasó sobre la piedra rota con cuidado, como un fantasma que no hace ningún ruido ni deja huella alguna. En ocasiones, durante las últimas semanas, él mismo había pensado que no era más que eso. Había estado a punto de morir dos veces: a consecuencia del veneno del Áspid y durante el ataque de los umbríos a la

Chimenea Rocosa. Era muy probable que una parte de él hubiese muerto con la pérdida de su brazo, y otra, cuando su magia no sirvió para curarse. También había quedado muy afectado por el fallecimiento de Cogle. Se había sentido vacío y perdido en el viaje, obligado a dominar su ira contra los umbríos, el miedo a que lo dejaran solo y el deseo de descubrir los secretos de Uhl Belk y la piedra élfica negra. Ni siquiera Aurora, a pesar de haber atendido a sus necesidades físicas y emocionales, consiguió que volviese a ser la persona que había sido. Estaba vacío, desprovisto de la conciencia de quién o qué necesitaba ser, reducido a emprender aquella búsqueda con la débil esperanza de descubrir su misión en la vida.

Y ahora, en este vasto y desolado trozo de tierra, donde los temores, las dudas y las debilidades se agudizaban, Walker Boh creyó haber encontrado la oportunidad de volver a ser dueño de su vida.

Fue la presencia del koden lo que le devolvió la esperanza. Hasta ese momento la magia había permanecido en silencio en su interior, como algo desgastado y cansado que fallaba continuamente hasta apagarse del todo. Era cierto que lo había protegido cuando estuvo en peligro, espantando a los urdas cuando se acercaron demasiado y desviando sus armas arrojadas. Pero aquello no era nada comparado con lo que antes había sido capaz de hacer. ¿Dónde estaba la empatía con otros seres vivos que antes tenía? ¿Dónde había quedado su comprensión de las emociones y los pensamientos? ¿Dónde se hallaba el conocimiento que siempre parecía acudir a él? ¿Dónde estaban los atisbos que con frecuencia tenía del futuro? Todo esto lo había abandonado, había desaparecido como su antiguo mundo, su vida con Cogle y *Susurro* en la Chimenea Rocosa. En otros tiempos había deseado que ocurriese, que la magia lo abandonara y lo dejara en paz, para poder ser un hombre como cualquier otro. Pero en el transcurso del viaje fue comprendiendo que ese deseo era estúpido, ya que el sentido de su propia identidad se había incrementado con la muerte de Cogle y su devastación física y emocional. Nunca sería como los demás hombres, ni estaría en paz sin la magia. No podía cambiar su propia identidad; Cogle lo sabía muy bien y se lo había dicho. Durante el viaje había descubierto que era verdad.

Necesitaba la magia. De forma total y absoluta.

Ahora tendría la oportunidad de comprobar si aún podía considerarla suya. Había sentido la presencia del koden mucho antes que Pe Eltar. Había sentido la clase de ser que era antes de que Horner Dees lo describiera. Entre las rocas esparcidas, agazapado y silencioso, se había extendido hacia él como antes hacían las criaturas cuando se acercaba. Podía sentir la llamada del koden. No estaba seguro de por qué lo llamaba, pero sí de que tenía que responder; y no solo por la necesidad de la criatura, sino también, y sobre todo, por la suya propia.

Atravesó el conjunto de peñascos y madera petrificada hasta el lugar donde esperaba el koden. No se había movido ni una pulgada desde que habían llegado. Pero Walker sabía dónde estaba, pues su presencia había despertado la magia. Notar cómo el poder cobraba vida en su interior, descubrir que no lo había perdido como él

había creído, sino que solo estaba replegado, era una experiencia inesperada, estimulante y, por extrañamiento que pudiera parecer, reconfortante.

«Replegado... o reprimido», se increpó con aspereza. Ciertamente, se había esforzado mucho para negar hasta su mera existencia.

La niebla se enroscaba en las rocas, en zarcillos blancos que dibujaban formas extrañas contra el color grisáceo de la tierra. Muy lejos, más allá de los picos y el valle que guardaban, Walker oía el choque de las aguas del océano contra la línea de la costa, un retumbo sordo que resonaba en el silencio. Aminó el paso, consciente de que el koden estaba justo delante, incapaz de apartar por completo el temor de que estaba entrando en la boca del lobo, de que la magia no lo protegería, de que podía morir. Pero ¿qué importaba si vivía o moría?, se preguntó de repente. Apartó ese pensamiento de su mente. Sentía la magia en su interior ardiendo como una hoguera.

Llegó a una hondonada entre dos peñascos, y el koden se alzó ante él con la rapidez de un gato. Pareció brotar de la tierra, como si el polvo que la cubría se hubiese unido para formarlo. Era enorme, viejo, oscuro, y su estatura triplicaba la de Walker, con grandes miembros peludos y garras amarillas que se curvaban sobre la roca. Se levantaba sobre las patas traseras para mostrar su corpulencia, y al abrir el hocico reveló una brillante dentadura. Los ojos lechosos y ciegos lo miraron. Walker se mantuvo en su lugar, sabiendo que su vida pendía de un hilo que el koden podría cortar de un zarpazo. Vio que la cabeza y el cuerpo del koden estaban deformados por alguna oscura magia para hacerlo más grotesco, y que la simetría que en un tiempo había poseído y otorgaba armonía a su fuerza le había sido arrebatada.

«Háblame», pensó Walker Boh.

El koden parpadeó y, al ponerse a cuatro patas, quedó tan cerca que su hocico se situó a pocos centímetros de la cara del Tío Oscuro. Este se obligó a sostener la mirada vacía de la criatura, y pudo sentir el aliento caliente y fétido.

«Háblame», pensó.

Hubo un instante en que estuvo seguro de que iba a morir, de que la magia le había fallado por completo, de que el koden atacaría. Esperó el momento del ataque y el fin de sus días, esperó que le clavara las garras en el cuerpo. Entonces oyó la respuesta de la criatura, sonidos guturales de su lengua que la magia atrapaba y transformaba.

«Ayúdame», dijo el koden.

Una corriente de compasión inundó a Walker. La vida regresó a él de una forma difícil de describir, como si hubiera renacido y creyese de nuevo en sí mismo. El aleteo de una sonrisa cruzó su cara. La magia todavía era suya.

Extendió lentamente el brazo sano y tocó el hocico del koden, sintiendo bajo la punta de los dedos algo más que la aspereza de su pelaje, tocando también el espíritu de la criatura atrapada bajo la piel. Walker leyó su historia en aquel contacto, y sintió su dolor. Se acercó más para estudiar el enorme cuerpo lleno de cicatrices, ya sin temor a su tamaño, su fealdad o sus capacidades asesinas. Vio que era un prisionero,

asustado, encolerizado, confundido y tan desesperado como todos los prisioneros. El koden quería ser libre.

—Yo haré que lo seas —le susurró al oído Walker Boh.

Miró alrededor en busca de las ataduras que lo sujetaban, pero no encontró nada. ¿Dónde estaban las cadenas que lo mantenían allí? Rodeó a la bestia, comprobando la densidad y la textura del aire y la tierra. La gran cabeza giró y los ojos ciegos lo siguieron. Walker completó su circuito y se detuvo, con el entrecejo fruncido. Había encontrado las líneas invisibles de magia que había puesto allí el Rey de Piedra, y sabía lo que se necesitaba para liberar a la criatura. El koden era prisionero de su mutación. Tenía que volver a ser el oso que había sido para librarse del estigma del toque de Uhl Belk. Pero el poder de la magia de Walker era insuficiente. Solo Aurora poseía tal poder, una magia con la fuerza suficiente para reconstruir los jardines de Meade de las cenizas del pasado. Sin embargo, les había dicho que no podría utilizar su magia hasta que la piedra élfica negra no estuviese en su poder. Walker se quedó mirando al koden, desesperanzado, mientras intentaba descubrir si había algo que pudiera hacer. La bestia se situó frente a él, levantando nubes de polvo al mover su enorme cuerpo.

Walker extendió la mano una vez más, y sus dedos se apoyaron en el hocico del koden. Sus pensamientos se convirtieron en palabras. «Déjanos pasar, y encontraremos la forma de liberarte».

El koden lo miró desde la prisión de su cuerpo deforme, con esos ojos ciegos, duros y vacíos. «Podéis pasar», dijo.

Walker levantó la mano para indicar a sus compañeros que se acercaran, y luego volvió a ponerla sobre el hocico de la bestia. Los integrantes del pequeño grupo avanzaron, inseguros, con Aurora en cabeza y Pe Eltar en la retaguardia. El Tío Oscuro los miró mientras pasaban, sin hablarles, con el brazo extendido y la mano firme. Captó una extraña mezcla de emociones en sus ojos: comprensión solo en Aurora; miedo, asombro e incredulidad en todos los demás. Atravesaron Valle Óseo, salieron y después se volvieron para esperarlo.

Walker retiró la mano y vio que el koden temblaba. La boca de la bestia se abrió en un grito silencioso. Entonces se giró y se fundió con las rocas.

—No te olvidaré —dijo Walker.

El vacío que sintió hizo que un estremecimiento recorriera todo su cuerpo. Se ciñó la capa y abandonó el valle.

Morgan y todos los demás, salvo Aurora, agobiaron a Walker Boh con innumerables preguntas sobre lo sucedido. ¿Cómo había logrado convencer al koden para que los dejara pasar? Pero él se negó a responder a sus preguntas. Solo dijo que la criatura era prisionera de la magia del Rey de Piedra y había que liberarla, que se lo había prometido.

—Puesto que la promesa la has hecho tú, eres tú quien tiene que preocuparse de cumplirla —dijo Pe Eltar en tono irritado, ansioso por zanjar el asunto del koden



ahora que el peligro había pasado.

—Bastantes problemas tendremos nosotros para protegernos de la magia del Rey de Piedra —apostilló Horner Dees.

Carisman ya había reiniciado la marcha, y Morgan se encontró de pronto frente a Walker Boh, sin saber qué decir.

—Walker Boh, si has hecho una promesa, tendrás que cumplirla —dijo Aurora. Sin embargo, no le dijo cómo podía hacerlo.

Se alejaron de Valle Óseo y se internaron en la grieta que conducía al Tiderace. El pasadizo estaba en penumbra a aquella hora de la tarde, y un viento helado y desapacible corría entre los muros rocosos, zarandeándolos y empujándolos hacia delante como una mano gigantesca. El sol se hallaba ya en el oeste, casi tocando el horizonte, reposando en una telaraña de nubes que su luz coloreaba de escarlata y oro. El olor a agua salada, peces y algas impregnaba el aire.

Morgan miró a Walker Boh un par de veces, todavía sorprendido de que hubiese conseguido evitar que el koden los atacara, de que se hubiese dirigido a la criatura y lo hubiese tocado sin que le causara ningún daño. Recordó las cosas que se decían del Tío Oscuro antes de que sufriera la mordedura del Áspid y la pérdida de Cogleine y Susurro, del hombre que había enseñado a Par Ohmsford a no asustarse del poder de la magia élfica. Hasta aquel momento había creído que Walker Boh estaba debilitado por el ataque de los umbríos. El joven montañés frunció los labios en actitud pensativa. Tal vez estuviera equivocado. Y si estaba equivocado sobre Walker, ¿por qué no iba a estarlo sobre sí mismo? Quizá pudieran unirse los trozos de la espada de Leah y recuperar su magia. Quizás todos tuvieran su oportunidad, como había sugerido Aurora.

El desfiladero se ensanchó de improviso ante ellos, y la oscuridad que reinaba entre sus muros se convirtió en una luz grisácea y neblinosa cuando se asomaron a una estrecha ventana abierta en la piedra. El Tiderace se extendía a sus pies hasta más allá de donde alcanzaba la vista; sus olas, agitadas y espumosas, se deshacían al tocar la orilla. El pequeño grupo volvió a avanzar, de nuevo hacia la penumbra. El sendero que seguían empezaba a descender, retorciéndose y girando entre las rocas, húmedo y resbaladizo por la bruma y las salpicaduras del océano. Las paredes se separaron aún más, formando ahora columnas de piedra irregulares que permitían breves vistazos del cielo y el mar. Bajo sus pies, la piedra estaba suelta, y parecía que todo iba a desmoronarse.

Entonces se encontraron ante una pendiente tan empinada que tuvieron que deslizarse sentados, y se encontraron ante un estrecho pasaje que se adentraba en un túnel. Tuvieron que agacharse para atravesarlo, porque estaba lleno de rocas dentadas y cortantes. Al final, los muros desaparecieron, y el túnel se abrió a una cornisa que se elevaba hacia el cielo. El grupo siguió el trazado de la cornisa, descubrió un sendero y ascendió por él hasta que acabó en un terraplén formado por bloques de piedra.

Se detuvieron al filo del terraplén y miraron hacia abajo. Morgan sintió que se le encogía el estómago. Desde el lugar donde ahora se hallaban, la tierra se extendía hasta un estrecho istmo que se adentraba en el mar. Unida al istmo había una península, grande y de bordes irregulares, completamente pedregosa, contra la cual chocaban sin cesar las aguas del Tiderace. En la cumbre de las rocas que formaban la península se asentaba una ciudad con altos edificios de piedra que no pertenecían al tiempo presente, sino al viejo mundo: a las épocas anteriores a las Grandes Guerras que habían destruido el orden de las cosas y propiciado el nacimiento de las nuevas Razas. Tenían centenares de metros de altura. Eran lisos y simétricos, con ventanas alineadas que parecían bostezos oscuros contra la luz grisácea. Todo estaba demasiado apiñado, por lo que la ciudad parecía un grupo de gigantescos obeliscos surgidos de la roca. Las aves marinas daban vueltas alrededor de los edificios, emitiendo quejumbrosos chillidos.

—Eldwist —dijo Horner Dees.

Al oeste, el sol se hundía en las aguas, perdiendo su brillo y su color con la llegada de la noche, el escarlata y el dorado truncados en un tono plateado. El viento ululaba en los acantilados con un firme *crescendo*, y sentían vibraciones incluso en el pináculo en el que se encontraban. Se apiñaron para protegerse de su embestida y de la caída de la noche, y contemplaron fascinados cómo las sombras teñían Eldwist de negro. El viento aullaba también en la ciudad, soplando desde los cañones de sus calles y desde las simas de sus acantilados. Aquel sonido aterraba a Morgan. Eldwist estaba vacía y muerta. No era más que piedra, dura e inmutable.

Horner Dees se apartó y los llamó, imponiéndose al ruido del viento, e hizo que retrocedieran hasta una escalera tallada en la pared del acantilado que descendía hacia la ciudad. Los peldaños se adentraban en el muro, ahondaban en las grietas y agujeros, deformados por la penumbra creciente. La noche se cerraba sobre ellos a medida que descendían, el sol desapareció y las estrellas parpadearon en un cielo claro y brillante. La luz de la luna se reflejaba en el Tiderace, y Morgan pudo ver los picos de la ciudad perfilados sobre las rocas. La bruma se levantó en leves jirones y Eldwist adquirió un aspecto irreal, como surgido de las arenas del tiempo y la leyenda. Las aves marinas se alejaron volando, y el sonido de sus gritos se diluyó en el silencio. Pronto solo pudo escucharse el bramido de las olas que chocaban contra las costas rocosas.

En la base de las escaleras encontraron un hueco que ofrecía protección. Dees les indicó que se detuvieran.

—No tiene sentido continuar ahora —dijo. El viento no llegaba hasta allí, y no tuvo que forzar la voz para que pudieran oírle, aunque parecía cansado—. Es demasiado peligroso entrar de noche. Hay un escalador.

—¿Un escalador? —Morgan, que estaba examinando las hierbas y matojos perfectamente petrificados, levantó la cabeza.

—Sí, muchacho —prosiguió Horner Dees—. Un ser que recorre las calles de la

ciudad cuando oscurece y atrapa cualquier cosa que encuentre.

Un retumbo en el interior de la tierra lo interrumpió. Tenía su origen en Eldwist, y los miembros del grupo se dieron la vuelta con rapidez para mirar. La ciudad se recortaba contra el cielo nocturno, toda negra salvo en los lugares donde la luz se reflejaba en la piedra. Era más impresionante vista desde abajo, pensó Morgan con los ojos puestos en ella. Más impenetrable.

Algo enorme surgió de los lugares oscuros que estaba observando, algo de un tamaño tan enorme que producía la ilusión de superar el tamaño de los edificios. Se levantó entre los monolitos como si fuera uno de ellos, pesado y voluminoso, pero también largo y flexible como una serpiente: bloques de piedra convertidos en fluido para cambiar de forma. Entonces las mandíbulas se abrieron. Morgan pudo ver con claridad los afilados dientes contra el telón de fondo de la luz de luna, y todos oyeron un grito aterrador, parecido a una tos reprimida. La tierra se hizo eco de aquel grito, y los miembros del grupo adoptaron una actitud defensiva; todos menos Aurora, que permaneció erguida, como si ella sola fuera lo bastante fuerte para enfrentarse a aquella pesadilla.

Un segundo después desapareció, con la misma rapidez y suavidad con la que había aparecido, dejando en el aire un leve eco de su grito.

—Eso no era un escalador —dijo Morgan.

—Ni tampoco estaba aquí hace diez años —respondió Horner Dees, muy pálido—. Estoy seguro.

—No —dijo Aurora en voz baja, volviéndose hacia ellos. Sus compañeros se pusieron en pie lentamente—. Es alguien que ha nacido hace poco. Apenas tiene cinco años. Es todavía un bebé.

—¡Un bebé! —exclamó Morgan, con expresión de incredulidad.

—Sí, Morgan Leah —respondió Aurora haciendo un gesto de asentimiento—. Se llama Fauces Ávidas. —Sonrió con tristeza—. Es el hijo de Uhl Belk.

Los seis miembros que ahora integraban el grupo, los cinco que habían partido de Pendiente Escarpada más Carisman, pasaron el resto de la noche acurrucados y silenciosos en la oscuridad de su refugio en la roca, escondidos de Fauces Ávidas y de cualquier otra terrorífica criatura que pudiera estar esperándolos en Eldwist. No encendieron ninguna hoguera (en realidad no podían hacerlo porque no había madera) y tomaron una comida frugal. Comer y beber sería un verdadero problema en los próximos días, ya que poco podía encontrarse en aquel país de piedra. El pescado se convertiría en la base de su dieta, y un pequeño arroyo de agua de lluvia que serpenteaba entre las rocas aliviaría su sed. Si los peces se mostraban escurridizos o el arroyo se secaba, pasarían muchos apuros.

Ninguno durmió mucho después de la aparición de Fauces Ávidas. Pasó un largo rato sin que nadie lo intentara siquiera. Su inquietud era evidente mientras esperaban a que pasara la noche. Aurora aprovechó ese tiempo para decirles todo lo que sabía del hijo del Rey de Piedra.

—Mi padre me habló de Fauces Ávidas cuando me envió aquí —dijo, mirando a lo lejos mientras hablaba, con la luz de la luna destellando en sus cabellos de plata.

Los seis miembros del grupo estaban sentados en semicírculo, con las espaldas apoyadas en las piedras, y desviaban de vez en cuando la mirada hacia la ominosa silueta de la ciudad. Ahora el silencio era absoluto. Fauces Ávidas había desaparecido de una forma tan misteriosa como había aparecido, las aves marinas se habían retirado a descansar y el viento se había calmado.

—De la misma manera que yo soy hija del Rey del río de Plata, Fauces Ávidas es hijo de Uhl Belk —prosiguió Aurora, manteniendo bajo su tono de voz—. Los dos fuimos creados por la magia para servir a los propósitos de nuestros respectivos padres. Somos elementales, seres de la vida de la tierra, nacidos de ella y no de carne de mujer. Fauces Ávidas y yo somos muy parecidos.

Esa declaración fue tan inesperada que Morgan Leah tuvo que hacer grandes esfuerzos para no rebatirla. Se abstuvo de interrumpir porque no hubiera ganado nada poniendo objeciones y distrayendo a Aurora de su historia.

—Fauces Ávidas fue creado para atender una necesidad —prosiguió Aurora—. Eldwist es una ciudad del viejo mundo que se libró de la devastación de las Grandes Guerras. La ciudad y el lugar en el que se asienta eran el reino de Uhl Belk, su refugio, su fortaleza contra el resto del mundo. Durante un tiempo, el Rey de Piedra se sintió satisfecho con este pequeño reducto; se contentó con vivir aquí, con permanecer aislado. Pero sus ansias de poder y su miedo a perderlo se convirtieron en una obsesión, y acabaron imponiéndose. Uhl Belk llegó a convencerse de que, si él

no cambiaba el mundo exterior, este lo cambiaría a él. Entonces decidió extender su reino hacia el sur. Sin embargo, para hacerlo tendría que dejar la seguridad de Eldwist, y no estaba dispuesto a exponerse. Como en el caso de mi padre, su magia se debilita al alejarse de su fuente, y Uhl Belk no quiso correr ese riesgo. Por eso creó a Fauces Ávidas y lo envió en su lugar.

»Al principio, Fauces Ávidas era bastante parecido a mí. Tenía aspecto humano, y recorrió la tierra como lo estoy haciendo yo. Y también poseía parte de la magia de su padre. Pero mientras que a mí se me ha dado el poder para curar la tierra, a Fauces Ávidas se le dio el de convertirla en piedra. Un simple toque era todo lo que necesitaba. A su contacto, todo lo que vivía y crecía sobre la tierra se petrificaba.

»Pero Uhl Belk se impacientó con su hijo porque la transformación de las tierras próximas era más lenta de lo que había previsto. Rodeado por las aguas del Tiderace, que su magia no podía dominar, estaba atrapado en esta lengua de tierra con la única posibilidad de avanzar por el sur, y solo contaba con el trabajo de Fauces Ávidas para ensanchar sus dominios. El Rey de Piedra dotó a su hijo de una parte muy importante de su propia magia, esperando con ansiedad unos resultados mayores y más inmediatos. Fauces Ávidas empezó a cambiar de aspecto a causa de esas inyecciones de poder, y acabó por transformarse en algo más adecuado a las exigencias de su padre. Se convirtió en una especie de topo. Empezó a horadar la tierra, porque descubrió que el cambio se producía con mayor rapidez desde abajo que desde arriba. Aumentó de tamaño, y volvió a cambiar. Se convirtió en una babosa enorme, un gusano de proporciones inmensas.

»También se volvió loco —prosiguió Aurora, tras hacer una breve pausa—. Demasiado poder, suministrado en muy poco tiempo. Eso le hizo perder la cordura, y el ser reflexivo y racional que era antes acabó convirtiéndose en una criatura estúpida que solo se preocupaba de alimentarse. Arrasó la zona sur, enterrándose cada vez a mayor profundidad. La tierra estaba cambiando rápidamente, pero Fauces Ávidas cambió con mucha más rapidez, y un día Uhl Belk perdió por completo el control sobre su hijo.

»Fauces Ávidas, consciente del poder que poseía el Rey de Piedra, empezó a hostigar a su padre cuando no se estaba alimentando de la tierra, con la intención de usurpar el trono —continuó Aurora, contemplando la oscura silueta de la ciudad—. Entonces Uhl Belk se dio cuenta de que había creado un arma de doble filo. Fauces Ávidas se internaba en las profundidades de las Cuatro Tierras y las convertía en piedra, pero también excavaba túneles bajo Eldwist, buscando la forma de destruirlo. Fauces Ávidas poseía ya tanto poder como su padre. El Rey de Piedra estaba en peligro de ser aniquilado por su propia arma destructiva.

—¿No podía hacer que su hijo cambiara? —preguntó Carisman con los ojos muy abiertos—. ¿No podía utilizar la magia para que volviera a ser lo que antes había sido?

—Ya era demasiado tarde —respondió Aurora, haciendo un gesto negativo—.

Fauces Ávidas se lo impidió... aunque mi padre me dijo que una parte de él era consciente del horror en que se había convertido y deseaba liberarse. Al parecer, esa parte era demasiado débil para imponerse.

—Así que ahora horada la tierra y se lamenta de su triste destino —dijo Carisman, y cantó:

*Hecho a imagen de la humanidad  
para servir al oscuro designio del Rey de Piedra,  
Fauces Ávidas escarba en la tierra,  
un horror forjado por la mano paterna,  
que convierte en monstruosa su esencia.  
No sueña con liberarse de su horrible empresa,  
sino en ser el cazador que hará del mundo su presa.*

—Su presa, en efecto —repitió Morgan Leah—. Y su presa somos nosotros, probablemente.

—Ni siquiera sabe de nuestra existencia, Morgan —respondió Aurora, negando con la cabeza—. Somos demasiado pequeños, demasiado insignificantes para llamar su atención. Hasta que decidamos utilizar la magia, por supuesto. Entonces lo sabrá.

—¿Qué hacía cuando lo vimos? —preguntó Horner Dees, rompiendo el breve silencio que siguió a las palabras de la muchacha.

—Gritar lo que siente... ira, frustración, odio y locura. —Aurora hizo una pausa—. Dolor.

—Como el koden, es prisionero de la magia del Rey de Piedra —dijo Walker Boh con sus agudos ojos fijos en la muchacha—. De algún modo, Uhl Belk ha conseguido conservar su propia magia, ¿verdad?

—Ha conseguido la piedra élfica negra —respondió la muchacha—. Salió de Eldwist el tiempo suficiente para robarla de la Sala de los Reyes y sustituirla por el Áspid, y ahora la utiliza contra su propio hijo. Estar en posesión de la magia élfica ha inclinado la balanza en favor de Uhl Belk. Ni siquiera Fauces Ávidas tiene el poder suficiente para derrotar a la piedra élfica negra.

—Una magia que puede anular el poder de otras magias —dijo Pe Eltar en actitud reflexiva—. Una magia que puede invertirlas en su beneficio propio.

—Fauces Ávidas todavía es una amenaza para su padre, pero es incapaz de vencer a la piedra élfica negra. Vive porque Uhl Belk desea que continúe alimentándose de la tierra, transformando en piedra la materia viva. Es un esclavo útil y peligroso. De noche excava túneles y de día duerme. Como el koden, no ve, cegado por obra de la magia y por la naturaleza de su tarea, de excavar en la oscuridad sin

apenas salir a la luz. —Volvió de nuevo a mirar hacia la ciudad—. Si actuamos con precaución, tal vez no se entere de que estamos aquí.

—Así que todo lo que tenemos que hacer es robar la piedra élfica negra —dijo Pe Eltar, esbozando una sonrisa—. Robar la piedra y dejar que padre e hijo se destruyan mutuamente. No es muy complicado, ¿verdad? —Dirigió una irónica mirada a Aurora—. ¿Verdad?

La muchacha sostuvo su mirada, pero no contestó. La sonrisa de Pe Eltar se heló mientras se recostaba.

—¿Qué hay de ese escalador del que hablaste antes? —preguntó Morgan a Horner Dees para romper el incómodo silencio que se había producido tras la intervención de Pe Eltar.

—Tal vez la muchacha pueda explicártelo mejor que yo —respondió en voz baja el viejo rastreador, que también parecía contrariado, inclinándose hacia delante y entornando los ojos con suspicacia—. Tengo la impresión de que sabe muchas cosas que se calla.

—Sé lo que mi padre me ha dicho, Horner Dees. Nada más —contestó Aurora con rostro inexpresivo y frío, volviéndose hacia el viejo rastreador.

—Rey del río de Plata, señor de los Jardines de la Vida —ironizó Pe Eltar sin moverse—. Guardián de secretos profundos y oscuros.

—Como bien dices, hay un escalador en la ciudad de Eldwist —continuó Aurora, ignorando las palabras de Pe Eltar, con los ojos fijos en Dees—. Uhl Belk lo llama el Cepo. Lleva aquí muchos años, y es un devorador de seres vivos que sirve a las necesidades de su amo. Sale cuando oscurece y limpia las calles de la ciudad. Cuando hayamos entrado en la ciudad, debemos evitar encontrarnos con él.

—Lo he visto en acción —dijo Dees—. Capturó a media docena de mis hombres hace diez años, la primera vez que nos lo encontramos, y a otros dos poco después. Es grande y rápido. —Ahora estaba recordando aquellos trágicos acontecimientos, y parecía que su enfado con Aurora había desaparecido. Hizo un gesto negativo—. No sé. Te persigue, te caza y acaba contigo. Entra en los edificios si lo cree necesario. Al menos entonces lo hacía así.

—Lo mejor sería que encontráramos la piedra élfica negra enseguida, ¿no? —dijo Pe Eltar.

Se quedaron un rato callados, y después se separaron. Pasaron el resto de la noche intentando dormir. Morgan se adormiló, pero no por mucho tiempo. Walker estaba sentado en una roca contemplando la oscuridad cuando el joven montañés se quedó traspuesto, y allí seguía cuando despertó. Todos estaban cansados y desmadejados, menos Aurora, que permanecía fresca y bien peinada a la débil luz del amanecer, tan hermosa como la primera vez que la vio, y Morgan se sintió perturbado por ello. En ese aspecto, ella no era igual que los demás. La observó, y luego desvió la mirada cuando se volvió hacia él, temiendo que pudiera darse cuenta. Le molestaba pensar que, pese a todo, hubiera diferencias entre ellos y, aún peor, que esas diferencias

fuesen sustanciales.

Desayunaron con la misma falta de interés con la que habían cenado la noche anterior. La tierra era una presencia dura y lúgubre que los contemplaba a través de ojos ocultos. La niebla gravitaba sobre la península, flotaba desde los peñascos que servían de soporte a la ciudad hasta los picos de las torres más altas, y creaba la ilusión de que Eldwist se asentaba sobre nubes. Las aves marinas habían regresado; gaviotas, frailecillos y golondrinas de mar revoloteaban y chillaban sobre las oscuras aguas del Tiderace. El aire se había empapado de humedad con la llegada del amanecer, y el agua perlaba las caras de los seis miembros del grupo.

Después de que Dees les advirtiera de los peligros que les esperaban, recogieron el agua de lluvia acumulada en los huecos de las rocas, cubrieron la poca comida que les quedaba para protegerla de la humedad y se dispusieron a cruzar el istmo.

Tardaron más de lo que esperaban. No era una gran distancia, pero el camino sí era traicionero. Multitud de grietas plagaban la roca; toda la superficie estaba rota por antiguos cataclismos, mojada y resbaladiza bajo sus pies por las constantes salpicaduras de las olas. El viento soplaba a ráfagas, los congelaba, les tiraba agua a la cara y hacía difícil su avance. El sol, una brumosa bola blanca, se vislumbraba tras las nubes bajas, y la tierra estaba llena de sombras. Eldwist se levantaba ante ellos, un racimo de siluetas indefinidas, oscura, amenazadora y silenciosa. Observaron cómo crecía a medida que se acercaban, elevándose hacia los cielos inhóspitos, con los gemidos del viento atravesando sus cañones.

A veces sentían un retumbo bajo sus pies, muy lejano, pero familiar. Al parecer, Fauces Ávidas no siempre dormía durante el día.

Se aproximaba el mediodía. El istmo, tan estrecho en algunos puntos que apenas podían andar, desembocó al fin en la península y los arrabales de la ciudad. Los riscos sobre los que había sido construida Eldwist se alzaron ante ellos, y se vieron obligados a escalar una cuesta escarpada. Serpentearon entre peñascos gigantesos siguiendo una vereda cubierta de piedras sueltas; resbalaban sin cesar, pero continuaron su camino con ánimo inquebrantable.

Tardaron casi dos horas en llegar a la cumbre. El sol se dirigía ya hacia el oeste. Se detuvieron para calmar la respiración en las fronteras de la ciudad, y permanecieron juntos donde empezaba una calle empedrada que discurría entre filas de altísimos edificios con las ventanas desnudas y se estrechaba hasta desaparecer en la niebla y la penumbra. Morgan Leah nunca había visto una ciudad como aquella, con unos edificios planos y lisos, todos contruidos en piedra, todos dispuestos simétricamente como los cuadrados de un tablero de ajedrez. La calle estaba cubierta de trozos de roca, pero debajo de la grava se veía una superficie dura y regular. Parecía que no acababa nunca, que no tenía fin; un corredor largo y estrecho que desaparecía cuando la bruma era demasiado densa para que el ojo humano la traspasara. Empezaron a recorrerla con paso lento y cauteloso, separándose unos de otros, escuchando y vigilando como gatos al acecho. Otras calles la cruzaban,



saliendo del laberinto de edificios para perderse en la penumbra de uno u otro lado. En Eldwist no había murallas protectoras, ni torres de vigilancia, ni almenas, ni portales, solo los edificios y las calles que tenían delante. Al parecer, allí no había nada vivo. Las calzadas y las construcciones se sucedían a medida que el grupo se adentraba más y más en la ciudad. Los únicos sonidos eran los producidos por las olas del océano, el ulular del viento y los gritos de las aves marinas. Estas revoloteaban en el cielo, el único signo de movimiento: aleteaban sobre los edificios, descendían hasta las calles y cruzaban intersecciones y pasadizos. Algunas descansaban en los alféizares de las ventanas. Poco después, Morgan vio que varias de ellas se habían convertido en piedra.

Gran parte de los escombros que cubrían las calles fueron en otra época algo distinto a la piedra, aunque ahora era difícil saber el qué. En cada esquina había postes de aspecto extraño, y era posible imaginar que en otros tiempos fueron una especie de lámparas. El esqueleto de un enorme carruaje yacía de costado contra un edificio, una máquina con los huesos despojados de carne. Las piezas de algunas máquinas destrozadas habían sobrevivido al clima y al tiempo: ruedas dentadas y cilindros, volantes y tanques. Todo se había convertido en piedra. No había seres vivos, ni árboles, ni matorrales, ni siquiera la más mínima brizna de hierba.

Miraron en el interior de algunos edificios y descubrieron que las habitaciones eran cavernosas y estaban vacías. Las escaleras conducían a plataformas de piedra, y subieron una hasta el final para contemplar Eldwist y orientarse. Era imposible precisar los límites de la ciudad. Las nubes y la bruma lo oscurecían todo, y solo permitían vislumbrar las fachadas y los tejados en un mar de remolinos grises.

Pudieron distinguir una extraña cúpula en el centro de Eldwist, una estructura que era completamente diferente a los altos obeliscos que formaban la ciudad, y decidieron explorarla.

Pero al salir a las calles perdieron el sentido de orientación y tomaron un camino equivocado. Estuvieron andando casi una hora antes de caer en la cuenta de su error; entonces se vieron obligados a subir las escaleras de otro edificio para volver a orientarse.

Mientras lo hacían, el sol se ocultó. Ninguno de los seis miembros del grupo había prestado atención a lo rápido que se desvanecía la luz.

Cuando terminaron la escalada, se sorprendieron al encontrar la ciudad a oscuras.

—Será mejor que no perdamos tiempo y busquemos un lugar donde refugiarnos —dijo Horner Dees, mirando alrededor con semblante inquieto—. El Cepo saldrá pronto, si es que no lo ha hecho ya. Si nos encuentra...

No fue necesario que terminara la frase. Todos se miraron en silencio durante un momento. Ninguno se había preocupado por buscar un refugio para pasar la noche.

—He visto un edificio pequeño varias calles atrás —dijo Walker Boh—. No tiene ventanas en la parte baja, la entrada es estrecha y su interior es un laberinto de corredores y habitaciones... como una madriguera.

—Parece seguro, servirá de momento —murmuró Pe Eltar, empezando a bajar.

Volvieron sobre sus pasos, pero estaba tan oscuro que era difícil orientarse. Los edificios se levantaban a los lados, engrosados por la densa niebla que los envolvía. Las aves marinas habían vuelto a marcharse, y el sonido producido por las olas del océano y el ulular del viento habían quedado reducidos a un rumor distante. La ciudad ofrecía un silencio inquietante. Bajo sus pies, la capa de piedra que cubría la tierra se estremeció y rugió.

—Alguien está despierto y tiene hambre —dijo Pe Eltar, dirigiendo una sonrisa helada a Carisman.

El juglar, con su agraciado rostro pálido y ojeroso, le respondió esbozando una sonrisa nerviosa y con esta canción:

*Huye, huye, huye hacia tu hogar,  
corre hacia tu cama, no deambules más,  
apártate de los seres que en la noche vagan,  
ocúltate bien y espera a que llegue el alba.*

Cruzaron una intersección inundada por la pálida luz de la luna, que había encontrado un hueco entre las nubes por el que lanzaba un torrente de fuego blanco. Pe Eltar se paró de forma brusca, haciendo que los otros también se detuvieran. Escuchó durante un instante, hizo un gesto de resignación y volvió a caminar. El retumbo subterráneo se acercaba y se alejaba, nunca estaba en el mismo sitio. Morgan Leah forzó la vista, oteando a través de la niebla y la oscuridad. ¿Era aquella la misma calle por la que habían llegado? No lo parecía.

En ese momento se produjo un fuerte chasquido. Pe Eltar, que seguía a la cabeza del pequeño grupo, saltó hacia atrás, chocando con Horner Dees y Aurora, que lo seguían de cerca, y los derribó con la fuerza de su empujón. Todos cayeron, amontonados a pocos centímetros del borde de un profundo agujero que se había abierto en el suelo.

—¡Retroceded hasta los edificios! —ordenó Pe Eltar, poniéndose en pie de un salto y arrastrando consigo a Aurora mientras se alejaba del abismo.

Los otros cuatro estaban solo un paso por detrás. Otra parte de la calle cedió, esta vez a sus espaldas, cayendo en la negra oscuridad con gran estruendo. El retumbo aumentó hasta convertirse en un rugido terrible, y pudieron oír el paso de algo enorme bajo sus pies. Morgan se acurrucó en una especie de nicho, apretándose contra la pared de piedra, luchando por contener el grito que impulsaba su miedo. ¡Fauces Ávidas! Vio a Horner Dees junto a él, con su cara barbuda completamente inexpresiva. El trueno emitido por el monstruo que se movía bajo sus pies alcanzó su punto álgido, y poco después empezó a remitir. Unos segundos más tarde había

dejado de oírse.

Los miembros del grupo salieron de su escondite, uno tras otro, con el rostro pálido y demudado. Avanzaron con cautela por la calle, y se sobresaltaron al ver que los agujeros volvían a cerrarse y las superficies que habían caído ascendían para ocupar de nuevo su lugar.

—¡Trampas! —exclamó Pe Eltar.

Su cara reflejaba miedo y aversión. Morgan distinguió algo blanco en su mano, una especie de daga de metal pulido y brillante. Luego, ya no la vio.

Pe Eltar soltó a Aurora y se separó de ellos para retroceder por la calle, esta vez manteniéndose en las aceras situadas frente a los edificios. En silencio y con la mirada puesta en las zonas más oscuras, los demás lo siguieron. Se apresuraron tras él en fila india, cruzaron la siguiente intersección de la misma forma, y continuaron. El retumbo se repitió, pero ya más lejos. Las calles que los rodeaban quedaron vacías y en silencio una vez más.

Morgan Leah temblaba todavía. Habían colocado allí aquellas trampas para atrapar a los intrusos, o para permitir a Fauces Ávidas entrar en la ciudad. Lo más probable es que sirvieran para las dos cosas. Tragó saliva. Se habían descuidado. Más les valía no volver a hacerlo.

Una densa pared de bruma bloqueaba el camino. Pe Eltar vaciló mientras se acercaban, y por fin se detuvo. Se giró para mirar a Walker Boh con ojos duros y penetrantes. Una comunicación silenciosa se produjo entre ellos, una mirada compartida que Morgan consideró casi feroz. Walker señaló hacia la derecha. Pe Eltar, tras vacilar un momento, giró en esa dirección.

Volvieron a ponerse en marcha, ahora despacio, escuchando de nuevo el profundo silencio que reinaba en la ciudad. La niebla los rodeaba, caída de las nubes, manando de la piedra, llegada de ninguna parte para envolverlos. Se movían con las manos extendidas para palpar las paredes de los edificios a fin de asegurar el camino. Pe Eltar estudiaba la ruta con atención, plenamente consciente de que la ciudad podía ser una vasta colección de trampas, y que cualquier parte de la piedra podría ceder bajo sus pies en el momento más inesperado.

Delante, la bruma empezó a aclararse.

A Morgan le pareció oír algo, pero luego pensó que más bien lo había sentido. ¿Qué había sido?

Salieron de la sombra del edificio y descubrieron que la respuesta los estaba esperando allí. El Cepo estaba en medio de la calle, un enorme monstruo de metal, con docenas de tentáculos y antenas, pinzas que brotaban de sus fauces y una cola que parecía un látigo. Era un escalador como el que se había enfrentado a los proscritos del Movimiento en el Saliente, hecho de carne y metal, una pesadilla híbrida de máquina e insecto. Pero este era mucho más grande.

Y mucho más rápido. Se abalanzó sobre ellos tan deprisa que casi los alcanzó antes de que tuvieran tiempo de dispersarse. Sus anchas patas flexionadas le

impulsaron como las de un ciempiés. Los tentáculos restallaron como un látigo, y el roce del metal contra la piedra produjo un chirrido terrible. Los tentáculos atraparon a Dees y Carisman, y los rodearon cuando intentaban huir. Pe Eltar empujó a Aurora hacia una puerta abierta, hizo un regate para esquivar al monstruo, y echó a correr. Morgan desenvainó la espada, y estaba a punto de atacar impulsivamente al ver a Aurora en peligro, cuando Walker Boh lo agarró y lo empujó contra la pared.

—¡Entra! —gritó el Tío Oscuro, avanzando hacia unas enormes puertas de piedra que estaban abiertas.

Entonces Walker Boh echó hacia atrás su capa y apareció su único brazo. Tenía al Cepo casi encima cuando bajó el brazo y una sábana de luz blanca se extendió ante ellos. Morgan se apretó contra la pared, cegado por el fulgor. Oyó un áspero grito y comprendió que procedía del escalador. La vista se le aclaró lo suficiente para ver que los brazos metálicos de la horrible criatura giraban violentamente y que Carisman y Horner Dees corrían. Entonces una mano de hierro lo cogió y lo obligó a traspasar la negra abertura de la puerta.

Era la mano de Pe Eltar. Aurora ya estaba en el interior. La luz blanca de la magia de Walker aún ardía fuera, y oyeron al Cepo golpear el edificio con tanta fuerza que caían trozos de piedra por todas partes. Walker apareció ante ellos, siguiendo a Carisman y Horner Dees. Tropezaron y cayeron, pero se pusieron en pie inmediatamente mientras el Cepo arrancaba las gigantescas puertas de sus goznes, derribaba parte de la fachada y entraba en el edificio.

Había una escalera ancha que ascendía, y todos corrieron hacia ella. El Cepo los persiguió, tambaleándose. Al menos de momento, la magia de Walker había desorientado a la bestia. Sus tentáculos golpeaban aquí y allá intentando capturar a sus presas. Los seis miembros del grupo se precipitaron escaleras arriba. Un brusco movimiento procedente de abajo hizo que un tentáculo llegara a los escalones que tenían delante, pero la extraña daga de Pe Eltar destelló, cortándolo sin cercenarlo. El tentáculo se retiró. Corrieron, saltando de un rellano al siguiente, huyendo sin volver la vista atrás.

Diez pasos más arriba, Walker les indicó que se detuvieran. Tras ellos solo había silencio. Se agruparon con la respiración entrecortada mientras escuchaban.

—Quizá se haya marchado —dijo Carisman, esperanzado.

—No; ese bicho, no —respondió Horner Dees, forzando la voz mientras intentaba recuperar el aliento—. Nunca se rendirá. He visto lo que puede hacer.

—¡Dinos qué hace aquí entonces, ya que sabes tanto! —gritó Pe Eltar, adelantándose.

—No lo sé —contestó Dees, haciendo un obstinado gesto negativo—. Nunca llegamos a los edificios la última vez. —Se estremeció—. ¡Todavía puedo sentir esos tentáculos tensándose a mi alrededor! —Miró de reojo a Aurora—. ¡Nunca debería haberme dejado convencer de volver a este lugar maldito!

—¡Callad! —ordenó Walker Boh, que estaba de pie en lo alto de la escalera con

la cabeza ladeada—. Hay algo...

Pe Eltar se puso a su lado, y se agachó junto a la barandilla. De repente, se irguió.  
—¡Está ahí fuera! —dijo, dándose la vuelta.

La cristalera, que llegaba del techo al suelo, se rompió y esparció sus trozos por el rellano cuando el Cepo se abrió paso a través de ella. Morgan estaba aterrorizado. ¡Mientras ellos esperaban que subiera por las escaleras, la criatura había escalado el muro!

Por segunda vez, casi consiguió atraparlos. Sus tentáculos restallaron en el pequeño espacio, derribándolos. Pe Eltar era demasiado rápido para la criatura. El extraño cuchillo se materializó en su mano y cortó el tentáculo más cercano. El escalador se replegó, y después cargó contra él. Pero el incidente había dado a Walker Boh suficiente tiempo para actuar. Un puñado del polvo negro de Cogleine apareció en su mano. Lo arrojó contra la bestia y estalló en forma de llamaradas.

El grupo se lanzó de nuevo escaleras arriba, un piso, dos, tres. Detrás, el escalador se debatía contra el fuego. Entonces todo recuperó la tranquilidad. Ya no oían a la criatura, pero sabían dónde estaba. Había aberturas en las paredes de cada piso, porque las ventanas habían cedido a lo largo de los años. El escalador los atacaría desde cualquiera de ellas. Seguiría persiguiéndolos, y tarde o temprano acabaría capturándolos.

—¡Tendremos que prepararnos para luchar! —gritó Morgan, desenvainando su espadón.

—¡Si lo hacemos, nos matará, muchacho! —respondió a gritos Horner Dees. Entonces Pe Eltar pasó entre ellos y dio media vuelta para enfrentarse a todo el grupo.

—¡Bajad las escaleras! ¡Ahora! ¡Permaneced juntos y yo intentaré sacaros de este apuro!

Nadie pensó en discutir, ni siquiera Walker. Volvieron deprisa sobre sus pasos, bajando a saltos los escalones, con los ojos puestos en las ventanas de cada planta. Dos pisos más abajo vieron que el Cepo se encaramaba al marco. Los tentáculos se extendieron, pero no consiguieron alcanzarlos. Mientras se alejaban corriendo, oyeron al monstruo girar sobre la piedra e iniciar la persecución.

Tres pisos más abajo, todavía lejos del suelo, Pe Eltar les ordenó que se detuvieran de nuevo.

—¡Aquí! ¡Este es el sitio! —dijo, empujándolos hacia un largo corredor de techo alto. Tras ellos, el Cepo llegó al rellano y los persiguió sin detenerse. La criatura parecía alargarse mientras avanzaba, adaptando la forma de su cuerpo al lugar para poder pasar. Morgan estaba aterrorizado. Aquel escalador podía amoldarse a cualquier lugar. Los pasillos estrechos y las largas escaladas no bastaban para detener su avance.

Al final del corredor había un puente cerrado que comunicaba con otro edificio.

—¡Cruzadlo lo más deprisa que podáis! —ordenó Pe Eltar.

Morgan y todos los demás obedecieron. Pero el joven montañés no creía que eso les permitiera escapar. Por muy estrecho que fuese el puente, no detendría al Cepo.

Llegó al otro lado y se volvió. Pe Eltar, que todavía no había cruzado, estaba de rodillas donde el puente se unía con el edificio anterior y serraba la riostra de piedra con su extraña daga. Morgan se sorprendió. ¿Había perdido la cabeza Pe Eltar? ¿Creía que su cuchillo, o cualquier otro, podría cortar la piedra? El Cepo estaba a punto de alcanzarlo cuando se puso en pie y, con la rapidez de un gato, cruzó el puente. Llegó junto a los demás en el momento en que el Cepo estuvo a la vista, ahora con apariencia de serpiente mientras entraba en la estrecha abertura del túnel.

Y entonces sucedió lo imposible. La riostra que Pe Eltar había estado serrando crujió y cedió. El puente se inclinó, aguantó un instante, pero enseguida se derrumbó por completo bajo el peso del Cepo. Cayó a la calle, rompiéndose en mil pedazos y desprendiendo una nube de polvo, que se elevó hasta mezclarse con la niebla y la noche.

Los seis intercambiaron una inquisitiva mirada y esperaron. Entonces oyeron algo, el sonido chirriante del metal al arañar la piedra.

—¡No está muerto! —exclamó Dees, aterrorizado.

Bajaron a toda prisa, y salieron por una puerta situada en la fachada opuesta. Guiados por Pe Eltar y Walker, avanzaron en la oscuridad sin hacer ruido. Detrás de ellos oyeron al escalador, que volvía a buscarlos.

A unas cinco manzanas encontraron el edificio que Walker Boh había propuesto, un búnker bajo. Entraron dirigiendo miradas ansiosas hacia atrás. En efecto, parecía una madriguera, un laberinto de habitaciones y corredores con varias escaleras y media docena de entradas. Subieron cuatro pisos, se acomodaron en una habitación central lejos de las ventanas, y se dispusieron a esperar.

Pasaban los minutos sin que el Cepo hiciera acto de presencia. Pasó una hora. Tomaron una comida fría y se acostaron. Sin embargo, ninguno de los seis logró conciliar el sueño. En el silencio profundo, su respiración era el único sonido que podían escuchar.

Hacia el amanecer, Morgan Leah se sintió mucho más inquieto. Sin darse cuenta, se encontró pensando en la daga de Pe Eltar, una hoja que podía cortar la piedra. Aquel cuchillo lo intrigaba sobremanera. Igual que la presencia de Pe Eltar en el viaje, era un misterio sin resolver. El joven montañés respiró profundamente. A pesar de que Walker le había dicho que se mantuviera alejado de él, decidió que merecía la pena intentar enterarse de algo. Se puso de pie y se dirigió al oscuro rincón donde estaba sentado, con la espalda apoyada en la pared. Observó que los ojos de Pe Eltar seguían sus movimientos mientras se acercaba.

—¿Qué quieres? —le preguntó con frialdad.

—Siento curiosidad por tu daga —dijo Morgan, tras un momento de vacilación, poniéndose en cuclillas frente a él.

Sus voces eran susurros apenas audibles en el silencio. Nadie podía oírlos en la

oscura habitación.

—¿De verdad? —inquirió Pe Eltar, esbozando una gélida sonrisa.

—Todos hemos podido ver lo que has hecho con ella —respondió el joven montañés.

Pe Eltar sacó el cuchillo de improviso, poniendo la hoja a pocos centímetros de la nariz de Morgan. El joven montañés contuvo el aliento sin realizar movimiento alguno.

—Lo único que necesitas saber es que puede matarte antes de que te des cuenta. A ti, a tu amigo el manco y a cualquier otro.

—¿Incluso al Rey de Piedra? —preguntó Morgan, furioso consigo mismo por estar asustado, tragando saliva.

—Deja que te diga una cosa —respondió Pe Eltar, haciendo desaparecer la hoja en las sombras—. La muchacha dice una y otra vez que tienes magia. Yo no me lo creo. No tienes nada. ¡El manco es el único que posee el don de la magia, y no es eficaz! No mata. Ni él tampoco. Puedo verlo en sus ojos. Ninguno de vosotros cuenta lo más mínimo en este asunto, lo sepáis o no. No sois más que un atajo de idiotas.

»No te interpongas en mi camino, muchacho —prosiguió Pe Eltar, señalando al joven montañés con el dedo—. Ninguno de vosotros. Y no esperes que te salve la próxima vez que el escalador salga de caza. Ya he hecho bastante por vosotros. —Hizo un gesto despectivo—. Ahora aléjate de mí.

Morgan se retiró sin decir palabra. Mientras lo hacía, dirigió una breve mirada a Walker, avergonzado por no haber seguido su consejo sobre Pe Eltar. Era imposible saber si el Tío Oscuro había presenciado la escena. Dees y Carisman dormían, y Aurora era una silueta sin rostro, apenas distinguible.

Morgan se sentó en un rincón sobre sus piernas cruzadas, nervioso. No había averiguado nada, solo había conseguido que lo humillara. Torció los labios. Llegaría el momento en que podría volver a utilizar la espada. Encontraría el medio de restaurarla y devolverle su magia, como le había prometido Aurora.

Entonces se enfrentaría a Pe Eltar. Se hizo a sí mismo esa promesa.

**A**l romper el alba salieron de su refugio. Las nubes tapaban el cielo de Eldwist de un extremo a otro, por lo que la mañana se presumía triste y gris. Las primeras luces del amanecer solamente consiguieron iluminar un poco la atmósfera húmeda, y la oscuridad de la noche se retiró a los huecos y nichos de la ciudad para dejar paso a la luz del día.

No había ningún indicio de la presencia del escalador. Los seis miembros del pequeño grupo escudriñaron la penumbra con cautela. Los edificios se levantaban a su alrededor, enormes y silenciosos. Las calles se perdían en la lejanía, parecidos a cañones entre las montañas. Los únicos sonidos que podían escucharse eran el ulular del viento, el golpeteo de las olas del océano y los chillidos de las aves marinas que volaban en las alturas. El único movimiento que podían percibir era el suyo propio.

—Es todo tan irreal —dijo Horner Dees a Morgan cuando lo adelantó—. Como salido de un sueño.

Empezaron a buscar de nuevo a Uhl Belk. La lluvia caía a través de una cortina de bruma con olor y sabor a mar, y en pocos minutos quedaron completamente empapados. Una capa de humedad se asentó sobre la piedra de las aceras, las calzadas, los muros de los edificios y los escombros, y reflejaba el resplandor y las sombras, jugueteando con la luz. El viento soplaba en fuertes ráfagas que les azotaban en cada esquina y cada callejón, recorría las calles de la ciudad entre aullidos de placer y jugaba a perseguirse a sí mismo en un ciclo interminable. La mañana transcurrió lentamente, como el engranaje de una enorme máquina que giraba sin cesar, con chirridos que ensordecían la mente y desgastaban el espíritu. Eran conscientes de que el tiempo les robaba; el tiempo era un ladrón.

No consiguieron encontrar ningún rastro del Rey de Piedra. La ciudad era enorme y estaba llena de escondrijos, por lo que, aunque hubiesen sido sesenta en lugar de seis, habrían necesitado varias semanas para completar con éxito la búsqueda. Ninguno de ellos tenía ni la más remota idea de dónde podía encontrarse Uhl Belk, ni siquiera de cuál podía ser su aspecto.

Aurora no podía prestarles ninguna ayuda. Su padre no le había descrito el aspecto físico del Rey de Piedra. ¿Tenía forma humana como ellos? ¿Era grande o pequeño? El joven montañés se hacía estas preguntas mientras avanzaban en la penumbra, con cuidado de permanecer en las aceras, pegados a las paredes de los edificios. Nadie lo sabía. Estaban buscando a un fantasma.

Pasaron toda la mañana dedicados a una búsqueda infructuosa. Las construcciones y calles de la ciudad se sucedían en una procesión interminable de obeliscos y brillantes tramos negros. La lluvia disminuyó brevemente, para volver a



arreciar enseguida. Los truenos retumbaban en el cielo, lentos y lúgubres. Los seis miembros del grupo tomaron una comida fría en la maloliente y oscura entrada de uno de los edificios, mientras la lluvia aumentaba de intensidad hasta convertirse en un aguacero que inundó las calles, y el agua alcanzaba una altura de varios centímetros. Se asomaron y vieron que se formaban pequeños remolinos sobre los sumideros abiertos en la piedra.

Reanudaron la marcha cuando la lluvia volvió a disminuir de intensidad, y poco después encontraron la extraña cúpula que habían visto desde lo alto del edificio el día anterior. Estaba situada entre las cimas de piedra, un enorme casco con la superficie agujereada, deteriorada y agrietada. Dieron la vuelta a su alrededor en busca de una entrada, pero no la encontraron. Carecía de puertas, escaleras, ventanas o de cualquier clase de abertura. Tenía hornacinas y nichos de diversas formas y tamaños, pero no vías de acceso o de evacuación. Tampoco había rampas o escalones que permitieran ascender a su punto más alto. Era imposible adivinar para qué servía. Se levantaba en la húmeda penumbra en actitud desafiante.

Conscientes del rápido paso del tiempo y recordando los problemas que habían sufrido el día anterior, no tardaron en regresar a su refugio. Ninguno tenía ganas de hablar, por lo que se sentaron en silencio un poco separados unos de otros y se reservaron sus pensamientos para sí.

Durante el día no habían advertido ningún indicio de la presencia de Fauces Ávidas ni del Cepo, pero tan pronto como cayó la noche, los dos monstruos dieron claras muestras de actividad.

Primero oyeron al Cepo, un roce de patas de metal sobre la calle que pasó sin detenerse mientras los seis contenían la respiración. Fauces Ávidas llegó más tarde. La señal de su cercanía fue un sordo retumbo que pronto se convirtió en bramido. El monstruo avanzaba aullando entre las sombras de la noche. Estaba muy cerca. La piedra del edificio donde se ocultaban se estremeció con su grito, pero se alejó tan rápido como había llegado. Nadie intentó verlo; los seis permanecieron inmóviles en sus sitios.

Esa noche durmieron un poco mejor, quizá porque empezaban a acostumbrarse a los sonidos nocturnos de la ciudad, o tal vez porque estaban agotados. Establecieron turnos de guardia, pero no pasó nada.

Continuaron la búsqueda durante los tres días siguientes. La niebla, la bruma y la lluvia dificultaban su avance, insistentes y molestas; la ciudad les perturbaba el sueño. Eldwist era un bosque de piedra plagado de sombras y secretos, y sus altos edificios, los árboles que los confinaban. Pero, al contrario que los bosques verdes y vivos de la Tierra del Sur, la ciudad estaba muerta. La muchacha y los cinco hombres que la acompañaban no podían establecer ningún vínculo con Eldwist. Allí no eran más que unos intrusos no deseados y solitarios. Aquel mundo era duro y rígido. No había detalles reconocibles, ni marcas familiares, ni cambios de color, forma, olor o sabor que pudieran proporcionarles la más mínima pista sobre la ciudad. Solo existía

el enigma de la piedra.

A pesar de su irreductible determinación, el grupo empezó a acusar su exasperante soledad. Las conversaciones se redujeron notablemente, los nervios se desataron y creció la incertidumbre sobre lo que estaban haciendo. Horner Dees se volvió más hosco y taciturno cuando quedó demostrado que tanto sus habilidades de guía como su experiencia de hacía diez años no servían para nada. Pe Eltar continuó distanciándose de los demás; sus ojos parecían más suspicaces, y sus movimientos, más furtivos y tensos. Era igual que un felino al acecho en las fronteras de una jungla, decidido a que nadie se interpusiera en su camino. Carisman olvidó sus canciones. Morgan Leah saltaba ante el menor ruido y estaba obsesionado por la magia que había perdido cuando rompió la espada de Leah. Walker Boh era un fantasma sin voz, pálido y aislado, flotando en la penumbra como si fuera a desvanecerse en cualquier momento.

Incluso Aurora sufrió un ligero cambio, apenas perceptible, un leve empañamiento de su exquisita belleza, un extraño matiz en su voz, cierta alteración de sus movimientos y un vago cansancio en sus ojos. Morgan, pendiente en todo momento de la muchacha, pensó que solo él era capaz de advertirlo.

Pero no era así. Al menos Walker Boh también se dio cuenta del cambio que había sufrido la muchacha.

—Esta ciudad nos está consumiendo a todos, Morgan Leah. ¿Puedes sentirlo? —le preguntó en voz baja Walker, al acercarse a él cuando hicieron un alto en la búsqueda para descansar al amparo de un carruaje—. Tiene una clase de vida que no comprendemos; es una extensión de la voluntad del Rey de Piedra, y se alimenta de nosotros. La magia está presente en todas partes. Si no encontramos pronto a Uhl Belk, corremos el peligro de que nos trague por completo. ¿Lo ves? Incluso Aurora está afectada.

Y así era, sin duda. Walker se alejó, y el joven montañés se preguntó por qué habían ido allí. Habían hecho unos esfuerzos sobrehumanos para llegar hasta aquel lugar y no servían para nada. La ciudad les estaba drenando la vida, les chupaba la energía, la determinación y la voluntad. Pensó en decírselo a Aurora, pero después cambió de idea. Ella sabía muy bien lo que estaba pasando. Siempre lo había sabido. Cuando llegara el momento de hacer algo, estaba seguro de que lo haría.

Pero fue Walker Boh quien tomó la iniciativa. El cuarto día de su búsqueda del Rey de Piedra concluyó del mismo modo que los otros tres, sin que ninguno de ellos lograra encontrar el más leve rastro de Uhl Belk. Estaban reunidos en la penumbra de su último refugio. Pe Eltar había insistido en que debían cambiar de edificio para que el Cepo, que seguía buscándolos cada noche, no los descubriera. No habían ingerido una comida caliente ni disfrutado del calor de una hoguera desde su llegada a Eldwist, y estaban acabando el agua que llevaban consigo. Con los pies doloridos y presas del desánimo, estaban sentados en silencio.

—Tenemos que explorar los túneles que hay bajo la ciudad —dijo el Tío Oscuro

de repente con voz distante y fría.

Todos se volvieron para mirarlo.

—¿Qué túneles? —preguntó Carisman.

El juglar, menos acostumbrado que los demás a las largas caminatas, perdía fuerzas con rapidez.

—Los que atraviesan la roca bajo los edificios —respondió Walker—. Hay muchos. He visto las escaleras que conducen a ellos desde las calles.

—Te olvidas de que Fauces Ávidas vive ahí abajo —respondió Horner Dees, haciendo un gesto de preocupación.

—Sí, en algún sitio. Pero es un gusano grande y ciego. Si nos movemos con cuidado, no advertirá nuestra presencia. Si Fauces Ávidas se esconde bajo tierra, es posible que también lo haga el Rey de Piedra.

—¿Por qué no? —intervino Morgan, haciendo un gesto de asentimiento—. Tal vez ambos sean gusanos. Tal vez ambos sean ciegos. Tal vez a ninguno le guste la luz. Seguro que hay muy poca ahí abajo. Creo que es una buena idea.

—Sí —coincidió Aurora, sin dirigirse a nadie en concreto.

Pe Eltar se movió en las sombras, pero no dijo nada. Los otros expresaron en voz baja su conformidad. La oscuridad de su refugio volvió a quedar en silencio.

Aquella noche, Aurora durmió junto a Morgan Leah, algo que no había hecho desde que llegaron a Eldwist. Se acercó a él sin decir nada y se acurrucó a su lado como si temiera que alguien fuera a intentar raptarla. El joven montañés la abrazó, escuchó el sonido de su respiración y sintió los latidos de su cuerpo, mientras esperaba que dijera algo. Pero Aurora no habló. Poco después, Morgan se quedó dormido. Cuando despertó, ya no estaba a su lado.

Al amanecer, salieron de su refugio y se adentraron en los túneles de la ciudad. Una escalera los condujo al primer nivel. Otras se internaban a mayor profundidad en la roca, descendiendo en espiral por negros agujeros de piedra hasta el abismo. Los túneles estaban surcados de raíles y travesaños, situados en una especie de lecho, que se perdían en la oscuridad. Todo se había petrificado. Como no había luz, Walker Boh utilizó uno de los polvos de Cogline para recubrir la cabeza de una esquirla de piedra y preparar una antorcha. Avanzaron por los túneles, siguiendo los raíles, y dejaron atrás plataformas y otras escaleras que conducían arriba y abajo. El aire olía a rancio y las piedras sueltas crujían bajo sus pies. Encontraron un carruaje gigantesco que yacía sobre uno de sus costados. Las ruedas, que eran acanaladas para que pudieran encajar en los raíles, estaban rotas y agrietadas, y fundidas con el eje por la transformación a la que la magia las había sometido. En otros tiempos, aquel carruaje había circulado sobre los raíles, impulsado por algún mecanismo de tracción misterioso, llevando a la gente del antiguo mundo de un edificio a otro, de una calle a otra. Los miembros del grupo se detuvieron durante un breve instante para contemplar aquellos restos, pero enseguida reanudaron la marcha y apresuraron el paso.

Encontraron otros carruajes en su camino, e incluso un recinto lleno, algunos aún sobre las vías, otros caídos y destrozados. En las plataformas que cruzaban había montones de escombros imposibles de identificar y trozos de lo que fueron bancos de hierro. Un par de veces subieron las escaleras para regresar a las calles y volver a orientarse. Desde mucho más abajo del nivel por donde caminaban les llegaba el retumbo de Fauces Ávidas. También se oía el ruido de las olas al chocar contra los acantilados.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Pe Eltar, haciendo que todos se detuvieran, después de pasar varias horas explorando el entramado de túneles sin encontrar ningún rastro del Rey de Piedra—. En este nivel no hay nada. Tenemos que bajar más.

Walker Boh dirigió una mirada inquisitiva a Aurora e hizo un gesto de asentimiento. Morgan vio las expresiones de preocupación de Carisman y Horner Dees, e imaginó que la suya sería muy parecida.

Descendieron al nivel inmediatamente inferior, y llegaron a un laberinto de alcantarillas. Estaban vacías y secas, pero no había ninguna duda de que en otros tiempos habían prestado esa función. Los conductos que las formaban tenían más de seis metros de altura, pero, como todo lo demás, se habían convertido en piedra. Empezaron a seguirlas. La luz de la improvisada antorcha de Walker Boh refulgía en la oscuridad, y el sonido de sus botas resonaba en el silencio. A unos cien metros del lugar por donde habían bajado a las alcantarillas había un enorme agujero en un lado del conducto de piedra. Algo muy voluminoso se había abierto camino a través de la roca, algo tan gigantesco como para que el conducto no fuera más que una brizna de hierba en su camino.

Desde debajo del negro vacío del túnel les llegó el retumbo de Fauces Ávidas. Los seis miembros del grupo pasaron con rapidez sobre los cascotes y prosiguieron la marcha.

Deambularon durante dos horas por las alcantarillas, buscando en vano la guarida del Rey de Piedra. Dieron vueltas y más vueltas, y pronto perdieron el sentido de la orientación. Había menos escaleras ascendentes en este nivel, y muchas de ellas no eran más que escalerillas de mano clavadas a las paredes. Encontraron varios agujeros en su recorrido, que atribuyeron a Fauces Ávidas, abismos de negrura lo bastante grandes para tragarse edificios enteros. Morgan Leah miró al interior del hueco, pensó que la península rocosa debía de estar llena de ellos, y se preguntó por qué no se hundía la ciudad.

Poco después de mediodía se detuvieron para descansar y comer. Encontraron un tramo de escalera que llevaba al primer nivel, lo subieron y llegaron a una plataforma donde había unos deteriorados bancos de piedra. Sentados sobre su superficie, con la extraña antorcha de Walker clavada en los escombros de manera que su luz se derramara sobre ellos como un halo, observaron la oscuridad sin pronunciar palabra.

Morgan terminó antes que los otros y se acercó a un lugar donde una estrecha

franja de luz diurna se filtraba por una escalera que conducía a las calles de la ciudad. Se sentó y miró hacia arriba, pensando en tiempos y lugares mejores, y preguntándose si algún día podría volver a verlos.

—Sería hermoso volver a ver el sol —dijo Carisman, sentándose a su lado y esbozando una leve sonrisa—. Aunque solo fuera durante un momento.

Cantó:

*Gustan de la oscuridad el murciélago y el ratón  
pero no aquellos que viven bajo los rayos del sol.  
Sigue mi consejo, aléjate de Eldwist, la ciudad gris,  
y busca un lugar donde te sientas cálido, seguro y feliz.*

—¿No te parece malísima? —preguntó Carisman al joven montañés, esbozando una triste sonrisa—. Debe de ser la peor canción que he compuesto en mi vida.

—Carisman, ¿de dónde procedes? —le preguntó Morgan—. ¿Cuál era tu hogar antes de que conocieras a los urdas y de que llegaras a Pendiente Escarpada?

—Cualquier parte —respondió el juglar, haciendo un gesto de indiferencia—. Creo que mi hogar está en el sitio donde yo me encuentre, y he estado en muchos sitios. No he dejado de viajar desde que aprendí a andar.

—¿Tienes familia?

—No. No que yo sepa. —El juglar dobló las piernas, las rodeó con los brazos y apoyó el mentón en las rodillas—. Si muero aquí, nadie se preguntará qué ha sido de mí.

—No vas a morir —dijo Morgan, haciendo un gesto de disgusto—. Si actuamos con las debidas precauciones, nadie tiene por qué morir. —La intensidad de la mirada de Carisman le hacía sentirse incómodo—. Yo sí tengo familia. Mis padres y dos hermanos menores me esperan en las Tierras Altas. Hace ya varias semanas que no los veo.

—Hace algunos años viajé por las Tierras Altas —dijo Carisman, y su atractivo rostro se iluminó al recordarlo—. Es un país hermoso, con las montañas rojizas y plateadas al amanecer, y casi granates a la puesta del sol. Un lugar tranquilo. Se oía el canto de los pájaros incluso a mucha distancia. —Se meció levemente—. Creo que hubiera sido feliz si me hubiese quedado allí.

Morgan lo miró detenidamente durante un breve instante, mientras la mirada del juglar se perdía en el infinito, absorto en sus pensamientos.

—Yo voy a regresar tan pronto como acabemos con este asunto —dijo el joven montañés—. ¿Por qué no me acompañas?

—¿De verdad? —inquirió Carisman—. Me gustaría.

—Pues estás invitado. Pero no hablemos más de la muerte —respondió Morgan.

—¿Sabes que lo más parecido a una familia que he tenido han sido los urdas? —prosiguió Carisman, rompiendo el silencio que se había hecho tras las últimas palabras del joven montañés—. Debo reconocer que, aunque me tenían prisionero, me cuidaban muy bien y se preocupaban por mí. Naturalmente, también yo me preocupaba por ellos. Éramos como una verdadera familia. ¡Qué extraño!

Morgan pensó en su propia familia. Evocó las caras de los suyos, el sonido de sus voces, su forma de moverse y de actuar. Y también a los hermanos del valle, Par y Coll Ohmsford. ¿Dónde estarían en ese preciso instante? Entonces pensó en Steff, muerto varias semanas antes, convertido ya en recuerdo, desvaneciéndose en la historia de su pasado. Pensó en la promesa que le había hecho a su amigo: si encontraba una magia que pudiera ayudar a los enanos en su lucha por la libertad, la utilizaría contra la Federación y contra los umbríos. Una corriente de determinación atravesó todo su cuerpo y desapareció. Tal vez la piedra élfica negra fuera el arma que necesitaba. Si podía anular otras magias, si era tan poderosa que podía contrarrestar la magia que ocultaba Paranor y traer de nuevo al mundo la Fortaleza de los Druidas...

—Les gustaba la música, ¿sabes? Pero no era solo eso —decía Carisman—. Creo que también me apreciaban. Eran como niños que necesitan la presencia de un padre. Sentían una gran curiosidad por todo lo referente al mundo que se extiende más allá de su valle, por las Cuatro Tierras y la gente que las habita. La mayoría ni siquiera había salido de las Lanzas, mientras que yo había estado en todas partes.

—Excepto aquí —dijo Morgan, esbozando una sonrisa.

—Me arrepiento de haber venido —respondió Carisman, apartando la mirada del joven montañés.

El grupo reemprendió el registro de las alcantarillas de Eldwist, pero no descubrieron la menor señal de vida. No encontraron nada, ni el más diminuto de los roedores, ni un murciélago, ni siquiera los insectos que normalmente viven en ambientes subterráneos. No había ni rastro de Uhl Belk. Solo existía la piedra que marcaba su paso. Anduvieron de acá para allá durante varias horas, y después iniciaron el regreso. Pronto oscurecería y no tenían el menor interés en quedar atrapados en el exterior cuando el Cepo empezara su recorrido nocturno.

—Tal vez el escalador no se aventure a entrar en los túneles —dijo Walker Boh. Pero ninguno de los miembros del grupo estaba dispuesto a averiguarlo, por lo que continuaron caminando. Siguieron los retorcidos túneles, volvieron a cruzar los enormes agujeros abiertos por Fauces Ávidas, y siguieron desandando el camino. Los únicos sonidos audibles eran sus gruñidos y bufidos. Sus rostros reflejaban la tensión que sufrían, y sus ojos, la decepción y el descontento. Ninguno habló. No necesitaban las palabras para expresar lo que pensaban.

De repente, Walker Boh les ordenó con un gesto que se detuvieran y señaló un lugar en la penumbra. Había una abertura en el túnel que antes les había pasado desapercibida, más pequeña que las anteriores y prácticamente invisible en la escasa

luz. Walker se agachó para asomarse, y desapareció en su interior.

—Hay una caverna y una escalera que conduce abajo —les dijo, cuando salió un momento después—. Parece que allí hay abiertos otros túneles.

Lo siguieron hasta la cámara situada detrás de la abertura, una cueva cuyas paredes y suelo estaban salpicados de salientes dentados y grietas profundas. Encontraron la escalera y se asomaron por ella. No pudieron ver nada, e intercambiaron miradas inquietas. Sin dar ninguna explicación, Walker empezó a bajar, sosteniendo la antorcha ante él. Tras un breve instante de vacilación, los cinco lo siguieron.

La escalera era larga y estaba deteriorada y resbaladiza a causa de la humedad. El olor del Tiderace era allí más fuerte, y pudieron escuchar el goteo del agua de mar en la oscuridad. Cuando llegaron al final de la escalera, se encontraron en medio de un túnel ancho y alto, en el que la roca estaba cristalizada. Del techo colgaban grandes carámbanos de piedra, que goteaban agua y formaban charcos negros. Walker se dirigió a la derecha, con el grupo detrás. La humedad helaba el aire, y los seis se ciñeron las capas para protegerse del frío. El ruido de sus pisadas producía ecos en el corredor de piedra y espantaba al silencio.

De pronto, escucharon algo más, una especie de chirrido que Morgan Leah relacionó con una palanca de hierro oxidado al ser accionada después de haber estado largo tiempo sin ser movida. Todos se detuvieron a la vez y escucharon con atención bajo el débil fulgor plateado de la antorcha. Siguieron oyendo el chirrido, que procedía de algún lugar situado a sus espaldas.

—Vamos —dijo Walker, y siguió adelante.

Los otros lo siguieron, impulsados por la inesperada urgencia de su voz. Walker había captado algo en el sonido. Morgan miró hacia atrás mientras corría. ¿Qué había allí?

Cruzaron un arroyuelo que manaba de una fisura de la pared rocosa, y Walker se volvió, indicándoles que continuaran. El sonido chirriante ya era ensordecedor, y cada vez se oía más cerca. Walker pasó la antorcha a Morgan, sin hablar. Después levantó el brazo y arrojó algo contra la oscuridad. Un fuego blanco destelló e inundó de luz el túnel.

Morgan jadeó. Había ratas por todas partes, una masa convulsa de cuerpos peludos. Pero aquellas ratas eran gigantescas; su tamaño era tres o cuatro veces el normal, y destacaban especialmente las garras y los dientes. Sus ojos eran blancos y ciegos, como los de todos los seres que habían encontrado en Eldwist, y tenían cuerpos bruñidos por la humedad del mar. Parecían hambrientas y enloquecidas. Surgieron de las rocas y se lanzaron sobre los cinco hombres y la muchacha.

—¡Corred! —gritó Walker, recuperando la antorcha.

Todos emprendieron una veloz carrera a través de la oscuridad, con chillidos a sus espaldas que les llegaban a oleadas, procurando mantenerse dentro de los límites de la luz de la antorcha mientras hacían lo posible por escapar de aquella pesadilla. El

túnel subía y bajaba en pendientes irregulares, y las rocas les cortaban la piel. Cayeron varias veces al suelo, pero se levantaron y continuaron corriendo.

«¡Una escalerilla! —Era todo lo que podía pensar Morgan Leah—. ¡Tenemos que encontrar una escalerilla!».

Pero no había ninguna. Solo había paredes rocosas, arroyuelos, charcos... y ratas. Y ellos, atrapados entre aquellas paredes.

Entonces, delante de ellos escucharon un nuevo sonido, el ruido de las olas al estrellarse contra la costa, el asalto del océano a la tierra.

Salieron de la oscuridad del túnel a una débil claridad plateada y se detuvieron de repente. A sus pies había un acantilado cortado a pico sobre el Tiderace. El océano se arremolinaba a sus pies, chocando contra las rocas y salpicándolas de espuma blanca. Se encontraban en una caverna tan grande que sus zonas más lejanas se perdían entre la bruma y las sombras. La luz del día se filtraba por las grietas que el océano había abierto en sus muros. Había también otros túneles que desembocaban en la caverna, agujeros negros a derecha e izquierda, pero todos ellos inalcanzables. Los riscos de ambos lados eran infranqueables. El acantilado conducía a las rocas y al mar iracundo. La única salida era el camino por el que habían llegado.

Pasando entre las ratas.

Ya estaban muy cerca. Sus chillidos se imponían al ruido de las aguas del océano, y sus cuerpos llenaban la parte inferior del túnel mientras avanzaban en tropel entre mordiscos y arañazos. Morgan desenvainó su espadón, aunque sabía que cualquier arma sería inútil. Pe Eltar se había situado a un lado, separado de los demás, con la extraña daga de plata en la mano. Dees y Carisman, que habían retrocedido hasta el borde del precipicio, parecían dispuestos a saltar.

Aurora se puso al lado de Morgan, agarrando con manos firmes el brazo del joven montañés. El bello rostro de la muchacha reflejaba una extraña tranquilidad.

Entonces Walker Boh soltó la antorcha y arrojó un puñado de polvo negro a la horda de ratas. El fuego explotó por todas partes, y la primera fila quedó incinerada. Pero había centenares detrás, miles de oscuros cuerpos. Las garras arañaban las rocas, enloquecidas, buscando un asidero. Los dientes y los ojos ciegos brillaban. Las ratas siguieron adelante.

—¡Walker! —gritó Morgan con desesperación, y se puso delante de Aurora. Pero no fue el Tío Oscuro quien respondió a la súplica de Morgan, ni Pe Eltar, ni Horner Dees, ni siquiera Aurora, sino Carisman, el juglar.

Salió corriendo hacia delante, dejó atrás a Morgan y a Aurora, y se puso junto a Walker Boh justo cuando las ratas llegaban a la estrecha cornisa. Alzó su maravillosa voz y empezó a cantar. Era una canción distinta de todas las que habían escuchado hasta entonces: chirriaba como el metal al arañar la piedra, crujía como la madera al ser cortada, e irrumpió a través del rugido del mar y los chillidos de las ratas, llenando la caverna con su sonido.

—¡Acercaos a mí! —dijo Aurora a los demás.



Todos lo hicieron, incluso Pe Eltar, y se apretaron unos contra otros mientras Carisman continuaba su canto. Las ratas salieron del túnel y se lanzaron sobre ellos en una ola de cuerpos. Pero entonces la ola se escindió, abriéndose a ambos lados del juglar, pasando ante ellos sin tocarlos. Había algo en la canción de Carisman que las afectaba. Se retorcían, formando una masa convulsa. Continuaron adelante. Era imposible saber si huían o, por el contrario, se sentían atraídas por algo, y se precipitaron al mar.

Momentos después, todas habían desaparecido, tragadas por las aguas. Carisman dejó de cantar y se desplomó en brazos de Morgan, que lo sostuvo. Aurora secó con la manga de su túnica la gélida agua del mar que empapaba el rostro del juglar. Los otros miraron alrededor sin aliento, con cautela, observando la oscura boca del túnel, la roca vacía y las aguas del océano.

—Ha funcionado —dijo Carisman, sorprendido, cuando abrió los ojos—. ¿Habéis visto? ¡Ha funcionado! —Se irguió y cogió a Aurora por los brazos, entusiasmado—. Leí algo parecido, o tal vez lo oí en alguna parte, pero nunca hubiera podido creer... ¡Nunca había intentado una cosa así! ¡Nunca! ¡Era una canción de gato, señora! ¡Una canción de gato! ¡No se me ocurrió otra cosa, así que hice que esos horribles roedores creyeran que éramos gatos gigantes!

Todos lo miraron con incredulidad. Solo entonces apreció Morgan Leah la importancia de su hazaña.

Su victoria sobre las ratas les permitió volver sobre sus pasos por el túnel que los había llevado a la caverna, subir a las alcantarillas de Eldwist y, desde allí, al nivel superior. Cuando llegaron a las calles de la ciudad ya estaba oscureciendo, y apresuraron el paso para ponerse a salvo en su refugio nocturno. Lo consiguieron justo a tiempo. El Cepo llegó casi inmediatamente después, una presencia invisible en la parte exterior de la fachada del edificio, con las patas acorazadas arañando la piedra, buscándolos todavía. Permanecieron inmóviles y contuvieron la respiración en la penumbra, escuchando los ruidos que producían sus movimientos hasta que acabó por marcharse. Según Walker, la criatura podía seguir su rastro por el olor, pero la lluvia y los caminos que habían recorrido la confundían. Tarde o temprano, el escalador acabaría descubriendo su refugio.

Exhaustos, doloridos y profundamente impresionados por los últimos acontecimientos, cenaron en silencio y se dispusieron a dormir.

A la mañana siguiente, Pe Eltar, que tras la huida de los túneles se había sumido en un estado de ánimo tan negro que ninguno se atrevió a acercarse a él, les dijo que iba a salir solo.

—Somos demasiados vagabundeando por ahí para no encontrar nunca nada —dijo con voz tranquila y sin inflexiones, y con expresión neutra. Se dirigía a Aurora, como si solo ella importara—. Si de verdad hay un Rey de Piedra, ya sabe que estamos aquí. Esta es su ciudad, y puede esconderse en ella para siempre si así lo desea. Solo hay una manera de encontrarlo: cogerlo desprevenido, saltar sobre él y sorprenderlo. Pero nunca lo conseguiremos si continuamos buscando como una jauría de perros.

Morgan se disponía a responderle, cuando los dedos de Walker se cerraron alrededor de su brazo como tenazas de hierro, en señal de advertencia.

—Vosotros podéis seguir dando todas las vueltas que queráis —prosiguió Pe Eltar—. Pero no contéis conmigo. Ya he perdido demasiado tiempo. Si me hubiera separado de todos vosotros desde el principio, este asunto ya estaría zanjado. —Se volvió hacia Aurora—. Cuando encuentre a Uhl Belk y la piedra élfica negra, volveré a buscarte. —Hizo una pausa y la miró directamente a los ojos—. Si todavía estás viva.

Pasó ante ellos con gesto despectivo, y desapareció por el corredor. Sus botas resonaron suavemente sobre los escalones hasta diluirse en el silencio.

—Estaremos mejor sin él —dijo Horner Dees, lanzando un escupitajo.

—Pero no le falta razón —dijo Walker Boh, y todos se volvieron hacia él—. Al menos, en un aspecto. Si queremos terminar esta búsqueda, debemos dividirnos en

grupos. La ciudad es demasiado grande, y juntos somos muy fáciles de esquivar.

—Dos grupos, entonces —respondió Horner Dees, haciendo un gesto de asentimiento—. Nadie irá solo.

—A Pe Eltar no parece preocuparle mucho lo de cazar a solas —dijo Morgan.

—Es un auténtico depredador —replicó Dees, mirando a Aurora—. ¿Qué opinas tú, muchacha? ¿Tiene alguna posibilidad de encontrar a Belk y la piedra élfica sin ayuda?

—Regresará —se limitó a responder Aurora.

Se dispusieron a planear una estrategia, un método para registrar la ciudad de principio a fin. El edificio donde se ocultaban estaba al sur, por lo cual decidieron dividir Eldwist en dos partes; un grupo se encargaría de buscar al Rey de Piedra en la mitad oriental y el otro, en la occidental. La búsqueda se centraría en los edificios y las calles, no en los túneles. Si no encontraban nada en la superficie, cambiarían de estrategia.

—Pe Eltar podría estar equivocado cuando dice que el Rey de Piedra sabe que estamos aquí —dijo Aurora, levantando sus finos dedos en un rápido movimiento semejante al de un pájaro—. Para él somos unos seres insignificantes y, por tanto, es posible que se le haya pasado por alto nuestra presencia. Cuenta con el Cepo para que se ocupe de seres sin importancia como nosotros. Además, Fauces Ávidas ocupa casi todo su tiempo.

—¿Cómo formaremos los grupos? —preguntó Carisman.

—Tú vendrás conmigo —contestó Aurora de inmediato—. Y Walker Boh.

Morgan se sorprendió, porque esperaba ser él el elegido. Su decepción fue enorme. Empezó a poner reparos, pero los negros ojos de la muchacha lo miraron con tal intensidad que se quedó cortado. Fueran cuales fuesen sus razones para adoptar aquella decisión, no estaba dispuesta a que le llevara la contraria.

—Eso nos deja a ti y a mí, muchacho —dijo Horner Dees, propinándole un fuerte manotazo en el hombro—. ¿Crees que podremos decepcionar a Pe Eltar y mantener intactos nuestros respectivos pellejos? —preguntó, lanzando una espontánea carcajada.

—Apuesto a que sí —respondió el joven montañés, esbozando una abierta sonrisa.

Recogieron sus cosas y salieron a la calle. La penumbra envolvía los edificios, colgando de los cielos cubiertos de nubes y niebla. El aire era húmedo y helado, y sus respiraciones producían nubecillas blancas. Se desearon buena suerte y avanzaron en direcciones opuestas. Morgan y Horner Dees hacia el oeste, y Aurora, Walker y Carisman hacia el este.

—Cuídate, Morgan —dijo Aurora.

En su exquisito rostro se mezclaban la luz y la sombra bajo la cabellera de plata. Lo tocó en el hombro con suavidad y siguió a Walker Boh.

—¡Tra-la-la-la, vamos a cazar! —canturreó Carisman alegremente mientras

desaparecían.

Empezó a caer una llovizna fina que no cesaba. Morgan y Horner Dees se ciñeron las capas y agacharon la cabeza. Habían decidido seguir la calle hasta el final, hasta que se encontraran a las afueras de la ciudad, y luego dirigirse hacia el norte para seguir la costa de la península. Había poco que buscar en el centro de la ciudad. Quizás encontrarán algo en la periferia si la magia del Rey de Piedra era ineficaz contra el agua, como parecía. Se mantuvieron en las aceras y miraron con cautela las oscuras calles que cruzaban. El agua de lluvia formaba charcos y arroyuelos sobre la piel de piedra de la ciudad que rielaban en la penumbra. Las aves marinas se guarecieron en las grietas y cornisas, esperando a que cesara. Nada se movía.

Era casi media mañana cuando llegaron al Tiderace. La tierra firme terminaba en unos acantilados cortados a pico, de más de cien metros de altura. Sobre las aguas revueltas se erguían afloramientos rocosos escarpados, desgastados y horadados. Las olas rompían con fuerza contra los acantilados, y el sonido de sus golpes se mezclaba con el viento, que barría el agua entre aullidos. Morgan Leah y Horner Dees retrocedieron hacia los edificios exteriores para protegerse de la lluvia y las salpicaduras del océano que los empapaban y les hacían tiritar de frío. Recorrieron los límites occidentales de la ciudad durante dos horas sin encontrar nada. A mediodía, cuando se detuvieron para comer, estaban cansados y decepcionados.

—Aquí no hay nada, muchacho —dijo Dees, masticando un trozo de carne seca—. Solo el mar, el viento y esos malditos pájaros que chillan como mujeres locas.

Morgan respondió con un gesto de asentimiento. En ese momento se estaba preguntando si sería capaz de comerse un ave marina en caso de necesidad. Sus reservas de alimentos estaban casi agotadas, por lo que muy pronto se verían obligados a cazar. ¿Qué otra cosa podían encontrar allí, aparte de aquellos pájaros? Pescado, decidió. Los pájaros no parecían el alimento más adecuado.

—¿Añoras las Tierras Altas? —le preguntó Horner Dees de improviso.

—A veces —respondió Morgan, pensado en su hogar y esbozando una débil sonrisa—. Siempre.

—Yo también, y no las he visto desde hace años. Me pareció que eran el mejor regalo que nos había hecho la naturaleza. Me sentía bien allí.

—Carisman dijo que también le gustaban. Que le gustaba su tranquilidad.

—La tranquilidad. Sí, recuerdo el silencio de aquellas montañas.

Habían encontrado refugio en la oscura entrada de un edificio. Horner Dees rodeó un charco formado por el agua que goteaba de la pared y se sentó en los escalones mirando al exterior.

—Voy a confesarte algo —dijo en voz baja, inclinándose hacia delante—. Conozco a ese tipo, a Pe Eltar.

—¿De dónde? —preguntó el joven montañés, mirando intrigado a Dees.

—De antes. De hace mucho tiempo. Casi veinte años. Entonces él era un muchacho, y yo, en cambio, ya era viejo. —Dees esbozó una triste sonrisa—. Un

muchacho, pero también un asesino. Un asesino desde el principio... como si hubiera nacido para serlo y no pudiera ser otra cosa. —Hizo un gesto de incredulidad—. Lo conocí, y supe que sería muy mala idea cruzarse en su camino.

—¿Lo hiciste?

—¿Yo? No, yo no. Sé muy bien a quién puedo plantar cara y a quién debo dejar pasar de largo. Siempre lo he sabido. Por eso estoy vivo. Pe Eltar es uno de esos que cuando les disgusta alguien, no paran hasta verlo muerto. No le importa cuánto tiempo tenga que dedicarle ni los medios necesarios. —Señaló con un dedo a Morgan—. Más te vale entender una cosa. No sé qué está haciendo aquí, ni sé por qué lo ha traído la muchacha, pero lo que sí sé es que no es amigo de ninguno de vosotros. ¿Sabes lo que es? Un asesino de la Federación. De hecho, el mejor. El favorito de Rimmer Dall.

—No es posible —respondió el joven montañés, con el rostro demudado.

—No solo es posible, sino que es cierto —afirmó Dees—. A menos que las cosas hayan cambiado desde entonces, pero lo dudo.

—Horner, ¿cómo lo sabes? —preguntó Morgan, haciendo un gesto de incredulidad.

—Es curioso. Yo me acuerdo de él, pero él no se acuerda de mí —respondió Horner Dees, esbozando una sonrisa—. Puedo leerlo en sus ojos. Está intentando averiguar qué sé que él no sepa. ¿Has visto cómo me mira? Ha pasado mucho tiempo, ha matado a demasiados hombres, ha visto demasiados rostros como para recordarlos todos. Yo no tengo tantos fantasmas de quienes preocuparme. —Hizo una breve pausa—. La verdad, montañés, es que yo era uno de ellos.

—¿Uno de ellos? —preguntó Morgan.

—¡Fui guía de la Federación! —respondió el rastreador, soltando una fuerte carcajada que sonó como un ladrido.

La idea que Morgan Leah tenía de Horner Dees cambió en aquel mismo instante. El hombre con aspecto de oso dejó de ser un viejo rastreador cuyos mejores días ya habían pasado; ya ni siquiera era un amigo. Morgan empezó a retroceder, y entonces se dio cuenta de que no tenía un lugar donde refugiarse. Echó mano al espadón.

—¡Muchacho! —exclamó Dees, deteniéndolo. Cerró el puño y lo abrió de nuevo—. Como te decía, fue hace mucho tiempo. Hace veinte años que no sé nada de esos tipos. Tranquilízate. No tienes motivos para tenerme miedo.

»De todas formas, así conocí las Tierras Altas, lo creas o no, al servicio de la Federación —prosiguió Horner Dees, poniendo las manos sobre su regazo, con las palmas hacia arriba—. Buscaba enanos rebeldes en el lago del Arco Iris y en las tierras del río de Plata. No encontré muchos. Los enanos son como los zorros; desaparecen en un abrir y cerrar de ojos cuando saben que alguien los persigue. —Esbozó una sonrisa—. La verdad es que tampoco me esforcé demasiado. Era un trabajo estúpido.

Morgan soltó el espadón y se sentó de nuevo.

—Estuve con ellos el tiempo suficiente para conocer a Pe Eltar —prosiguió el viejo rastreador, con la mirada distante y preocupada—. Yo estaba enterado de casi todo lo que sucedía entonces. Rimmer Dall quería que me convirtiera en buscador. ¿Te lo imaginas? Yo creía que toda esa parafernalia de la cabeza del lobo era una estupidez. Pero conocí a Pe Eltar mientras Rimmer Dall intentaba convencerme. Observé sus idas y venidas, sin que él se diera cuenta. El Primer Buscador lo dispuso así porque le gustaba controlar a Pe Eltar. Era una especie de juego entre los dos, cada uno de ellos intentando superar al otro. Lo vi y me enteré de lo que hacía. Unos cuantos amigos también oyeron cosas. Todo el mundo sabía que era mejor mantenerse alejado de él.

»Poco después, renuncié a todo aquello —prosiguió Horner Dees, con un suspiro—. Me marché cuando nadie miraba, y me dirigí al norte a través de la Tierra del Este, viajé hasta llegar a Pendiente Escarpada, y decidí que ese era el lugar indicado para quedarme a vivir. Lejos de la locura del sur, de la Federación, de los buscadores y de todo lo demás.

—¿De todo lo demás? —repitió Morgan, dubitativo, todavía sin saber qué pensar de Horner Dees—. ¿Incluso de los umbríos?

—¿Qué sabes tú de los umbríos, Morgan Leah? —le preguntó el rastreador, parpadeando.

El joven montañés se inclinó hacia delante. La bruma había dejado empapada y brillante la cara de Horner Dees, y de sus cabellos y barba colgaban gotas de agua.

—Quiero que antes respondas a una pregunta. ¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque quiero que sepas quién es Pe Eltar, y no podrás saberlo si antes no sabes quién soy yo —respondió Horner Dees, esbozando una amable sonrisa un tanto extraña—. Me gustas, muchacho. Me recuerdas a mí mismo cuando tenía tu edad... intrépido y testarudo, sin miedo a nada. No quiero que un secreto mío pueda salir a la luz en el peor momento posible. Por ejemplo, en caso de que Pe Eltar recuerde quién soy. Te aprecio como amigo y aliado. No me fío de nadie más.

—Sería mejor que contaras con alguien más —respondió Morgan, después de observarlo en silencio un momento.

—Lo intentaré. ¿Y bien? He contestado a tu pregunta. Dime qué sabes de los umbríos.

—Mi mejor amigo era un enano llamado Steff —respondió Morgan, doblando las rodillas y apoyándolas contra el pecho, tras un instante de vacilación—. Formaba parte de la Resistencia. La mujer que amaba era un umbrío, y lo mató. Yo la maté a ella.

—Tenía entendido que solo la magia podía matar a esos seres —dijo Horner Dees, arqueando las cejas irónicamente.

—Antes había magia en esta espada —respondió el joven montañés, bajando la mano y sacando la punta de la espada rota de Leah—. Se la insufló el mismísimo Allanon hace trescientos años. La rompí durante una batalla contra los umbríos en

Tyrsis, antes de que empezara todo esto. Incluso así, conservó la magia suficiente para vengar a Steff y salvarme. —Estudió la hoja, la sopesó y esperó en vano sentir su calor. Luego miró de nuevo a Dees—. Tal vez todavía conserve algo de magia. En cualquier caso, ese es el motivo de que Aurora me pidiera que la acompañara. Por esta espada. Dice que existe la posibilidad de restaurarla.

—¿Vas a utilizarla contra Belk? —preguntó Horner Dees, frunciendo el entrecejo.

—No lo sé —respondió Morgan—. Aurora no me dijo nada más. —Volvió a envainar la espada rota—. Promesas —dijo, dando un suspiro.

—Ella parece la clase de persona que cumple sus promesas —dijo el rastreador tras reflexionar un breve instante—. Magia para recuperar la magia. Magia para prevalecer sobre la magia. Nosotros contra el Rey de Piedra. —Hizo un gesto de incredulidad—. Es demasiado complicado para mí. Recuerda lo que te he dicho sobre Pe Eltar. Nunca debes darle la espalda ni enfrentarte a él. Déjame a mí.

—¿A ti? —preguntó Morgan, sorprendido.

—Eso es. A mí o a Walker Boh. Manco o no, es un buen rival para Pe Eltar, estoy totalmente convencido. Tú concéntrate en mantener a salvo a la muchacha. No debe resultarte muy difícil, teniendo en cuenta lo que sentís el uno por el otro.

—Al parecer, yo mucho más que ella —respondió Morgan con tristeza, ruborizándose muy a su pesar.

—Es la criatura más bella que he visto en mi vida —dijo el viejo rastreador, esbozando una sonrisa ante el azoramiento de su compañero—. No sé si es humana, elemental u otra cosa, pero lo cierto es que puede hechizarte. Te mira, sonrío, habla y haces lo que sea por ella. Si lo sabré yo, que no quería regresar a este lugar y, sin embargo, aquí estoy. Nos ha hechizado a todos.

—Incluso a Pe Eltar —respondió Morgan, haciendo un gesto de asentimiento—. Está tan influenciado por ella como cualquiera de nosotros.

—No sé, muchacho —dijo Horner Dees, negando con la cabeza—. Obsérvalo con atención la próxima vez que tengas oportunidad de hacerlo. La chica pisa un terreno muy resbaladizo con ese tipo. Podría revolverse como un gato. Por eso insisto en que tienes que cuidar de ella. Recuerda lo que te he contado de Pe Eltar. Estoy convencido de que no está aquí para hacernos un favor. Tiene sus propios motivos, y no te quepa la menor duda de que, tarde o temprano, se quitará la máscara.

—Yo también lo creo —respondió Morgan.

—Pero ahora no le resultará fácil, ¿verdad? —dijo Horner Dees, esbozando una amplia sonrisa—. Porque lo estaremos vigilando.

Se levantaron, se cubrieron con las capas y salieron al exterior, volviendo a caminar bajo la lluvia. Siguieron bordeando la costa mientras la tarde se dirigía imperturbable hacia su final, llegaron al punto más septentrional de la península sin encontrar nada y volvieron a entrar en la ciudad. Por fin cesó la lluvia, para convertirse en una fina bruma que gravitaba como humo bajo el cielo gris. El aire se templó ligeramente. Las sombras se estiraban y estrechaban en callejones y portales

como espíritus vigilantes, y de las aceras se levantaba vapor.

De algún lugar subterráneo llegaba a sus oídos el retumbo incesante de Fauces Ávidas, un trueno lejano que estremecía la tierra.

—Estoy empezando a pensar que nunca encontraremos nada —dijo Horner Dees.

Siguieron caminando por las oscuras calles y escrutaron la bruma que los rodeaba, las puertas y ventanas abiertas como bocas hambrientas, y las planas y brillantes aceras y calzadas. La ciudad estaba abandonada y muerta, llena de sonidos apagados y vibrantes. Los encerraba con su piedra y su quietud; los envolvía con tal persistencia que, a pesar del recuerdo y la lógica, parecía que el mundo había desaparecido y Eldwist era lo único que quedaba.

Su cansancio se intensificó con la llegada del atardecer. La monotonía del entorno embotaba sus sentidos y minaba su resistencia. Empezaron a descontrolarse un poco, a desviarse hacia el borde de la acera, a mirar con más frecuencia hacia las alturas de piedra que se levantaban a su alrededor, y a sentir un peligroso y acuciante deseo de que sucediera algo, fuera lo que fuese. El tedio era punzante, y la sensación de ser incapaces de cambiar o influir en la situación, enloquecedora. Hacía ya casi una semana que habían llegado a Eldwist. ¿Cuánto tiempo más se verían obligados a quedarse?

Delante, la calle no tenía salida. Doblaron la esquina del edificio que estaban bordeando y descubrieron que la nueva calle desembocaba en una plaza, en cuyo centro había una extraña depresión con escalones descendentes por todos lados, que conducían a un terreno sobre el que se erguía una estatua, una figura alada con banderolas y cintas colgando del cuerpo. Casi sin pensar, se dirigieron a la plaza, atraídos por su aspecto, tan diferente de todo lo que habían visto hasta entonces. ¿Qué sería aquello?, pensaron ambos.

Estaban a mitad de la calle, cuando oyeron que el seguro de la trampilla se soltaba bajo sus pies.

No tuvieron oportunidad de ponerse a salvo. Se encontraban justo en medio cuando se abrió, y se precipitaron al vacío. Cayeron durante largo rato, chocaron contra un sumidero y empezaron a deslizarse cabeza abajo. El sumidero era áspero, su superficie estaba cubierta de piedras sueltas que les arañaban y cortaban tanto las caras como las manos. Intentaban agarrarse para ralentizar el descenso, a pesar del dolor. El conducto se ensanchó y la pendiente se suavizó. Con esfuerzo, extendieron los brazos y las piernas, y por fin consiguieron detener su caída.

Morgan levantó la cabeza y miró alrededor. Se encontraba boca abajo en una superficie inclinada, con laterales que se perdían en la oscuridad. Pequeños trozos de roca la cubrían como una alfombra. Desde algún lugar situado sobre sus cabezas llegaba una luz tenue y vacilante, un estrecho rayo que intentaba en vano penetrar en la penumbra, tan débil que apenas llegaba donde estaba Morgan. El joven montañés miró hacia abajo. Horner Dees estaba a su derecha, a unos seis metros de distancia, tendido de espaldas e inmóvil, con las piernas y los brazos abiertos. Aún más abajo,



como una boca hambrienta y gigantesca, se abría un abismo de negrura impenetrable.

—¿Horner? —llamó con voz ronca el joven montañés, tragando saliva para limpiar el polvo acumulado en su garganta.

—Aquí —respondió el viejo rastreador entre jadeos.

—¿Estás bien?

—Creo que no tengo nada roto —respondió con un gruñido Horner Dees.

Morgan se tomó un momento para observar el entorno. Todo lo que logró ver fue la pendiente, el débil rayo de luz arriba y el abismo a sus pies.

—¿Puedes moverte? —preguntó en voz baja el joven montañés.

Se produjo un corto silencio, y después se oyó un ruido de piedras que rodaban y se precipitaban al vacío.

—No —respondió Horner Dees—. Estoy demasiado gordo y soy demasiado viejo, muchacho. Si intento llegar hasta donde tú estás, empezaré a resbalar y no podré detenerme.

Morgan captó la tensión y el miedo que rezumaba su voz. El viejo guía estaba indefenso, tumbado sobre aquellas rocas sueltas igual que una hoja sobre un cristal; el más leve movimiento podía hacer que cayera en el vacío.

«Y también caeré yo si intento ayudarlo», pensó el joven montañés. Sin embargo, sabía que debía intentarlo, a pesar del enorme riesgo.

Respiró profundamente y se llevó muy despacio la mano a la boca. Cayó una lluvia de piedras, pero su cuerpo siguió en su sitio. Se quitó la tierra de los labios y cerró los ojos, reflexionando. Tenía una cuerda en la mochila, delgada y fuerte, de unos nueve metros de longitud. Abrió los ojos. ¿Podría encontrar la manera de atarla a algo y ponerse en pie?

Un retumbo familiar sacudió la tierra desde abajo e hizo que la alfombra de piedras temblara a su alrededor, lanzando algunas al abismo. Se oyó un bufido estruendoso y un fuerte y prolongado suspiro, como si algo liberara una gran cantidad de aire.

Morgan Leah miró hacia abajo, mientras un estremecimiento recorría todo su cuerpo. En las profundidades, justo bajo sus pies, dormía Fauces Ávidas.

El joven montañés levantó la vista rápidamente. Su respiración se había acelerado, y tuvo que luchar para sobreponerse al deseo casi incontrolable de arrastrarse para salir de allí lo antes posible. Fauces Ávidas era un ser de un tamaño increíble; solo un vistazo había sido suficiente para darse cuenta. No podía ni imaginar dónde empezaba y dónde terminaba, hasta dónde se extendía.

Se aferró a la roca hasta que las manos le dolieron, combatiendo el miedo y las náuseas. ¡Tenía que salir de allí! ¡Tenía que encontrar la forma de salir de allí!

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, deslizó la mano bajo su estómago en busca de los restos de la espada de Leah. Fue un proceso lento y angustioso, pues era incapaz de levantarse por miedo a resbalar. Y ahora, más que nunca, le horrorizaba caer al abismo.

—¡No intentes moverte, Horner! —le dijo en voz baja, seca y áspera—. ¡Quédate donde estás!

No recibió respuesta. Morgan sacó la espada de Leah de su vaina, centímetro a centímetro, y se la acercó a la cara. La pulida superficie del metal de la hoja rota resplandecía a la débil luz. La levantó por encima de su cabeza con una mano, y después fue levantando muy despacio la otra hasta que pudo asirla con las dos. Volvió hacia abajo el extremo mellado de la hoja y lo apoyó en la roca. Sintió que mordía la superficie de piedra de debajo.

«¡Por favor!», suplicó.

Tras clavar la espada de Leah en la piedra, se levantó apoyándose en ella. La hoja aguantó, y Morgan puso la cara al nivel de la empuñadura. Trozos de roca resbalaban bajo sus pies y caían al vacío, pero Fauces Ávidas no se movió.

Morgan arrancó la espada de la piedra, subió la mano para volver a clavarla, se aferró a ella con todas sus fuerzas y dio un nuevo impulso. Cerró los ojos, deteniéndose, sintiendo un torrente de calor que inundaba su cuerpo. ¿La magia? Abrió los ojos en busca del destello de la espada. Nada.

Sujetándose con una mano, buscó con la otra en su mochila y sacó la cuerda y un arpeo. Un puñado de utensilios de cocina y una manta cayeron durante el proceso. El joven montañés los ignoró, y se pasó la cuerda alrededor de la cintura y por los hombros, y la ató.

—¡Horner! —llamó.

El viejo guía miró hacia arriba, y Morgan le tiró la cuerda. Cayó sobre su cuerpo y la agarró con las dos manos. Empezó a arrastrarse casi de inmediato, ascendiendo hasta quedar justo por debajo del joven montañés. Entonces la cuerda se tensó. La presión que ejerció sobre su cuerpo hizo que se tambaleara, amenazando con derribarlo. Pero se aferró con las dos manos a la espada de Leah, y la hoja aguantó una vez más.

—¡Sube hasta donde estoy yo! —dijo con voz ronca.

Horner Dees empezó a hacerlo, con lentitud y gran esfuerzo, mano sobre mano.

Al pasar junto a los utensilios de cocina y la manta que se habían caído de la mochila de Morgan, los apartó de una patada, y cayeron al vacío entre un montón de piedras.

Esta vez, el fuerte impacto provocado por el desprendimiento despertó a Fauces Ávidas, que tosió, alertado por el impacto.

Gruñó, y el sonido gutural resonó en las paredes. Se levantó, golpeando con su enorme cuerpo los muros del túnel donde dormía, haciendo que la tierra temblara. Empezó a moverse. Morgan se agarró a la espada, Dees a la cuerda, y los dos apretaron los dientes a causa del esfuerzo de sus músculos y huesos. Fauces Ávidas se sacudió, y tanto el viejo rastreador como el joven montañés oyeron ruidos de salpicaduras y luego un siseo de vapor.

Fauces Ávidas se alejó en la oscuridad y el sonido de su presencia se extinguió.

Morgan y Dees miraron hacia abajo.

Una extraña mancha verdosa ascendía por la piedra del sumidero, solo visible por un rayo de luz a unos cuatro metros de distancia de Horner Dees. Relucía lúgubrementemente y humeaba como una hoguera recién encendida. Observaron cómo llegaba a la manta que había caído de la mochila de Morgan, convirtiendo en piedra la áspera lana tan pronto como entró en contacto con ella.

Horner Dees empezó a escalar otra vez, y sus envites furiosos desprendían piedrecitas sueltas de la ladera. Cuando estaba a punto de ponerse a la altura de Morgan, este le ordenó que se detuviera, le hizo señas para que soltara cuerda y empezó él la escalada, clavando la hoja de la espada en la roca, apoyándose en ella, clavándola y tirando una y otra vez.

Continuaron la escalada de esta forma durante tanto tiempo que les pareció una eternidad. La luz del día los impulsaba a continuar, atrayéndolos como un faro hacia la superficie de la ciudad y la salvación. El sudor corría por la cara y el cuerpo de Morgan hasta dejarlo completamente empapado. Respiraba con dificultad, y le dolía todo el cuerpo. El dolor llegó a ser tan insoportable que pensó que no podría resistirlo. Pero no podía permitir que lo derrotara. A sus pies, la mancha seguía avanzando, y el veneno que había soltado el cuerpo de Fauces Ávidas petrificaba todo lo que encontraba en su camino. Primero fue la manta y después los utensilios de cocina que no habían caído al abismo. Pronto solo quedarían Morgan y Horner Dees.

Y la mancha seguía ganando terreno.

Pusieron aún más empeño. La mente de Morgan encerró sus pensamientos igual que una tapa de hierro cierra un cofre de reliquias inútiles, y centró todo su esfuerzo en la escalada. Mientras subía, sintió que el calor se esparcía de nuevo por su cuerpo, ahora con más intensidad, con más insistencia. Notó que giraba en su interior como una barrena, horadando y retorciéndose en lo más hondo de su ser. Se extendía desde la cabeza hasta los talones, de estos a los dedos y volvía a empezar su recorrido a través de los músculos, los huesos y la sangre, hasta que solo fue consciente de eso. En algún momento (nunca supo exactamente cuándo) miró la espada de Leah y vio que era tan brillante como la luz del día, el fuego blanco de su magia ardía en la penumbra. «Aún está ahí —pensó—. ¡Aún me pertenece!».

De repente vieron una escalera sujeta a las paredes del sumidero, que ascendía desde la oscuridad de su prisión a la menguante luz diurna de la ciudad. El joven montañés vio que la luz procedía de un estrecho pozo de ventilación. Subió hacia él, agarrándose, impulsándose, descansando y empezando de nuevo. Oyó que Horner Dees lo llamaba desde abajo, con su ronca voz convertida en un lamento, y vio que el veneno de Fauces Ávidas estaba a punto de tocar las botas del viejo rastreador. Extendió la mano de manera instintiva y, recurriendo a una fuerza que nunca hubiera imaginado que pudiera poseer, tiró de la cuerda y lo puso a salvo. El viejo rastreador escaló hacia donde se encontraba el joven montañés, con su barbudo rostro cubierto

de polvo y sudor. La mano de Morgan soltó la cuerda y se agarró al primer peldaño de la escalera. Dees prosiguió su escalada, asegurando las botas en la piedra suelta. La luz se había debilitado notablemente y había adquirido una tonalidad grisácea que se disolvía con rapidez en la oscuridad. Bajo sus pies, el rugido ahogado de Fauces Ávidas sacudió la tierra.

Ya habían llegado los dos a la escalera y subieron aferrándose con manos y pies, apretando sus cuerpos contra la piedra. Morgan guardó la espada de Leah en su cinturón. «¡Todavía es mágica!», se dijo a sí mismo.

Salieron a la calle por el pozo de ventilación y cayeron exhaustos sobre la acera. Juntos, se arrastraron hasta el portal de un edificio cercano y se tendieron en el frío suelo.

—Sabía... que era buena idea... ser amigo tuyo —dijo Horner Dees, jadeando.

Se incorporó y abrazó efusivamente al joven montañés. Morgan Leah notó que el viejo rastreador temblaba.

Pe Eltar se pasó todo el día durmiendo.

Después de dejar a Aurora y a los demás miembros del grupo, se dirigió a un edificio próximo en el que se había fijado dos días antes. Tras rodear la esquina para ocultarse de cualquiera que pudiese estar observando, entró por una puerta lateral, subió al primer piso, siguió los corredores hasta llegar a la parte delantera y entró en una sala grande y bien iluminada con ventanas que llegaban casi del suelo al techo y daban a la calle de abajo y los edificios de enfrente, uno de los cuales servía de refugio a sus antiguos compañeros.

Esbozó una breve e irónica sonrisa. Todos ellos eran un atajo de imbéciles.

Pe Eltar tenía un plan. Como Aurora, también él pensaba que el Rey de Piedra se ocultaba en algún lugar de la ciudad. No creía que los demás pudieran encontrarlo, aunque se dedicaran a buscarlo sin descanso desde aquel momento hasta el verano siguiente. Él lo encontraría por su cuenta. Pe Eltar era cazador por instinto y también por experiencia. Los otros eran inferiores a él; en distintos grados, pero ninguno podía compararse con su destreza. No les había mentido cuando les dijo que estaría mejor solo. Era verdad que lo estaría. Horner Dees era un excelente rastreador, pero su pericia no servía para nada en una ciudad de piedra. Carisman y Morgan Leah no poseían ninguna habilidad digna de mención. Aurora se negaba de forma tajante a utilizar su magia, y tal vez tuviera buenas razones para hacerlo, aunque él no estaba muy convencido de ello. El único que podría prestarle alguna ayuda era Walker Boh. Pero el hombre manco era su enemigo más peligroso, y no quería tener que preocuparse de vigilarlo.

Su plan era muy simple. El Cepo le daría la oportunidad de encontrar a Uhl Belk. El escalador era el animal doméstico del Rey de Piedra, un gigantesco perro guardián que mantenía su ciudad libre de intrusos. Lo soltaba por la noche, y el monstruo vigilaba las calles y los edificios. Lo que una noche pudiera pasársele por alto lo solucionaba la siguiente. Pero solo de noche, no durante el día. ¿Por qué? La respuesta era obvia. Porque, como todos los seres que servían al Rey de Piedra, por voluntad propia o por imposición, estaba ciego. Cazaba utilizando los otros sentidos. La noche era su aliada natural. Era probable que incluso le molestara la luz del día.

¿Dónde se refugiaba durante las horas diurnas? Una vez más, la respuesta parecía obvia. Igual que cualquier animal doméstico, en la casa de su amo. En consecuencia, si conseguía seguir al Cepo hasta su cubil diurno, podría encontrar al Rey de Piedra.

A Pe Eltar no le parecía difícil. La noche era también su aliada. La mayoría de sus cacerías las había realizado al amparo de la oscuridad. Sus sentidos eran tan agudos como los del escalador. Podría cazar al Cepo tan fácilmente como el Cepo a él. El

escalador era un monstruo, y era absurdo pensar que podía plantarle cara a semejante bestia, ni siquiera con la ayuda de la Stiehl. Pero Pe Eltar podía convertirse en una sombra siempre que lo deseaba, y nada conseguiría frenarlo. Adoptaría las debidas precauciones, jugaría al gato y el ratón con el Cepo. Pe Eltar sentía muchas cosas, pero el miedo no era una de ellas. Respetaba al escalador, pero no lo temía. Después de todo, él era el más inteligente de los dos, y se encargaría de demostrarlo tan pronto como llegara la noche.

Así que durmió durante las horas del día tendido bajo las ventanas, donde no podía ser visto pero sí sentir la neblinosa luz del sol sobre la cara y oír el ruido de cualquiera que pasara por la calle.

Cuando oscureció y se enfrió el aire, se levantó, bajó las escaleras y atravesó la puerta. Permaneció en la penumbra, escuchando durante largo rato. No había oído a los otros regresar de su jornada de búsqueda, y eso le resultaba bastante extraño. Era posible que hubieran entrado al refugio por otra puerta, pero creía que aun así los habría oído. Durante un breve instante consideró la posibilidad de echar un vistazo, pero enseguida rechazó la idea. No le afectaba lo más mínimo lo que pudiera ocurrirles a todos los demás. Ni siquiera Aurora le importaba demasiado. Descubrió que ahora, al estar separados, había perdido la influencia que ejercía sobre él. Era solo una muchacha a la que tenía que matar, y la mataría, si es que seguía viva para cuando Pe Eltar regresara de su cacería nocturna.

Mataría a todos los miembros del grupo sin excepción.

Los gritos de las aves marinas sonaban distantes y quejumbrosos en la tranquilidad del crepúsculo, leves gemidos transportados por el viento del océano. Oía el sordo golpeteo de las aguas del Tiderace contra las orillas de Eldwist y el retumbo grave de Fauces Ávidas en las profundidades de la ciudad.

Sin embargo, no conseguía captar el más leve indicio de la presencia del escalador.

Permaneció atento y a la espera. El cielo estaba cubierto de nubes y bruma; la penumbra envolvía los edificios, tejiendo telarañas de sombra. Para entonces ya había identificado todos los sonidos, y le eran tan familiares como el latido de su propio corazón. Empezó a moverse como una sombra más de la noche. Se deslizó por las calles con rápidas y cautelosas carreras que lo llevaban de una mancha de sombra a la siguiente. No llevaba más armas que la Stiehl, envainada bajo la cobertura de sus pantalones. Las únicas armas que necesitaba en aquel momento eran el instinto y una extrema cautela.

Llegó a un cruce de calles, donde pudo esconderse en una oscura entrada que daba acceso a una escalera subterránea, y que le proporcionaba un punto estratégico desde donde podía vigilar casi dos manzanas. Se apoyó en el poste central y se dispuso a esperar.

Empezó a pensar en la muchacha casi al instante.

Aurora, la hija del Rey del río de Plata, era una criatura incomprensible que

provocaba en él sentimientos tan contradictorios que apenas podía clasificarlos. Habría sido mejor rechazarlos y limitarse a cumplir el encargo de Rimmer Dall: matarla. Pero no había podido resistirse a la tentación de retrasar la misión, de darse un poco más de tiempo a sí mismo. No era solo por desafiar a Rimmer Dall y sus continuos intentos de que abrazara la causa de los umbríos, no era solo su decisión de ocuparse del asunto a su manera; era la duda y la vacilación que la muchacha creaba en él, la sensación de que ya no controlaba su vida tanto como creía, de que ella sabía cosas de Pe Eltar que él mismo ignoraba. Secretos... ella tenía muchos. Si la mataba, esos secretos se perderían para siempre.

La dibujó en su mente como había hecho tantas noches durante su viaje al norte. Visualizó la perfección de sus rasgos, la forma en que el movimiento de la luz sobre su cara y su cuerpo hacía que cada rasgo fuera más sorprendente que el anterior. Oyó la música de su voz. Sintió su contacto. Ella era real e imposible a la vez: una elemental, según ella misma había confesado, una criatura producida por la magia, pero también humana. Pe Eltar era un hombre que había perdido el respeto a la vida hacía ya mucho tiempo; era un asesino profesional que nunca había fallado, porque él no conocía el fracaso; era un muro que no podía agrietarse, inaccesible para el mundo, excepto en aquellos breves momentos en que decidía tolerar la presencia de otros.

Pero Aurora, esa muchacha extraña y efímera, amenazaba con destruir todo eso. Pe Eltar creía que era capaz de acabar con todo lo que él era, capaz de destruirlo completamente. No sabía cómo, pero estaba totalmente convencido de que podía. Tenía poder para eliminarlo y, por tanto, debería estar ansioso por matarla y cumplir de una vez por todas el encargo recibido de manos de Rimmer Dall. Sin embargo, estaba intrigado. Nunca se había encontrado con nadie que lo hiciera sentirse amenazado. Quería quitarse de encima esa amenaza, pero antes quería tenerla más cerca.

Miró a las calles de Eldwist; observó los corredores entre los altos y silenciosos edificios, los túneles en continua penumbra, indiferentes a sus deseos, tan llenos de contradicción. La oscuridad se desplegaba ante él, y lo atraía con fuerza. Estaba allí tan en su ambiente como lo había estado en la Atalaya Sur, una parte de la noche, del vacío, de la soledad, de la presencia de la muerte y la ausencia de la vida. Se maravilló de la poca diferencia que había entre el reino de Uhl Belk y el de los umbríos.

Se relajó. Pertenecía al anonimato de la oscuridad.

Eran ella y aquellos que la acompañaban los que necesitaban la luz.

Pensó en ellos durante un breve instante. Era una forma de pasar el rato. Los visualizó como había hecho antes con Aurora, y consideró el potencial de cada uno como amenaza para él.

Carisman. El juglar quedó descartado inmediatamente.

Horner Dees. ¿Qué era lo que tanto le molestaba del viejo rastreador? Odiaba su

forma de mirarlo, como si pudiera ver dentro de su piel y sus huesos. Reflexionó sobre ello durante un momento, y acabó haciendo un gesto de indiferencia. El rastreador con pinta de oso era un ser insignificante, porque no poseía el don de la magia.

Morgan Leah. Le disgustaba profundamente el joven montañés porque, obviamente, era el favorito de Aurora. Era posible que ella lo amara a su modo, aunque Pe Eltar dudaba de que pudiera tener verdaderos sentimientos al ser la hija elemental del Rey del río de Plata. Solo lo utilizaba como a todos los demás, por sus propios motivos, que tan bien ocultaba. El muchacho de las Tierras Altas era joven e impetuoso, y cabía la posibilidad de que encontrara la muerte antes de que pudiera llegar a convertirse en un verdadero problema.

Por tanto, solo quedaba Walker Boh.

Como siempre, Pe Eltar se tomó más tiempo para pensar en él. Walker Boh era un enigma. Poseía la magia, pero no parecía que se sintiera muy cómodo cuando la utilizaba. Aurora prácticamente lo había resucitado de entre los muertos, aunque no parecía que él estuviera muy interesado en vivir. Había algo que lo preocupaba, algún secreto que mantenía oculto en lo más profundo de su ser, tan intrigante como los que ocultaba la muchacha. Walker Boh tenía una percepción de las cosas que sorprendía a Pe Eltar. Tal vez incluso fuera presciente. Una vez, algunos años atrás, Pe Eltar había oído hablar de un hombre que vivía en la Tierra del Este y que podía comunicarse con los animales y leer los cambios que iban a producirse en la región antes de que ocurrieran. ¿Era Walker aquel hombre? Se decía que era un oponente formidable, que tenía a los gnomos verdaderamente aterrorizados.

Pe Eltar se meció adelante y atrás, y unió las manos. Tendría que ser muy cuidadoso con el manco, lo sabía. Pe Eltar no temía a Walker Boh, pero Walker Boh tampoco lo temía a él.

Aún.

Pasaban los minutos, y las calles seguían vacías y en silencio. Pe Eltar se armó de paciencia. Sabía que el Cepo, igual que las noches anteriores, llegaría en busca del lugar en que se escondían, decidido a exterminarlos, puesto que para eso había sido entrenado. Aquella noche no sería una excepción.

Se dedicó a considerar las posibles implicaciones de controlar una magia como la de la piedra élfica negra, una magia que pudiera anular todas las demás. Cuando la tuviese en su poder, lo cual ocurriría tarde o temprano, ¿cómo la emplearía? Esbozó una sonrisa, divertido. Para empezar, la utilizaría contra Rimmer Dall. La utilizaría para anular la magia del Primer Buscador; entraría en la Atalaya Sur y acabaría con él. Últimamente, el umbrío le resultaba más molesto que útil. Pe Eltar ya no lo apreciaba, ni tampoco podía tolerar su presencia. Había llegado el momento de cortar su relación de una vez por todas. Después, tal vez utilizara el talismán contra los demás umbríos, tal vez los obligara a que lo aceptaran como su líder. Aunque, en realidad, no quería tratos con ellos. Lo mejor sería eliminarlos a todos o, al menos, a



todos los que pudiera. Eso constituiría un desafío interesante.

Se acomodó, satisfecho, en la oscuridad de su refugio. Por supuesto, primero tendría que aprender a utilizar la magia de la piedra élfica negra. ¿Sería difícil? ¿Tendría que confiar en Aurora para que le enseñara cómo hacerlo? ¿Tendría que encontrar la forma de mantenerla con vida un poco más de tiempo? Sintió que un estremecimiento recorría todo su cuerpo. Ya tomaría la decisión en el momento oportuno. Ahora, debía concentrar toda su atención en conseguir la piedra élfica.

Pasó casi una hora antes de que oyera acercarse al Cepo. El escalador llegaba del este. Sus patas de metal arañaban la piedra con suavidad. Se dirigía hacia donde estaba Pe Eltar, y el asesino bajó la escalera hasta que sus ojos estuvieron al nivel de la calle. La criatura parecía enorme desde aquel ángulo. Su inmenso cuerpo se balanceaba sobre las patas cubiertas de hierro, con su cola de látigo curvada y dispuesta, y sus tentáculos extendidos y barriendo el aire húmedo como antenas. De su coraza de hierro se desprendía vapor por la reacción del calor de su cuerpo al entrar en contacto con el aire frío: se condensaba y goteaba sobre la calle. Metía los tentáculos por las puertas y ventanas, las alcantarillas y aceras, los restos de los viejos carruajes volcados y petrificados. Durante un momento, Pe Eltar creyó que la bestia descubriría su presencia, pero entonces algo llamó la atención del escalador, y este avanzó y desapareció entre las sombras de la noche.

Pe Eltar esperó hasta que casi no pudo oírlo; entonces salió de su escondite y fue tras él.

Durante toda la noche siguió al Cepo por calles y callejones, por los vestíbulos y salones de los enormes edificios, por los bordes de los acantilados que limitaban la ciudad al oeste y al norte. El escalador iba de aquí para allá, una bestia cazadora en continuo movimiento. Pe Eltar no se desanimó. La mayor parte del tiempo solo podía oírlo, sin llegar a verlo. Tenía que mantenerse a cierta distancia, porque si se acercaba demasiado la criatura podría detectar su presencia y el cazador se convertiría en la presa. Pe Eltar se fundió con su entorno, una pieza más del interminable paisaje de piedra, algo inmaterial que ni siquiera el Cepo era capaz de detectar. Se mantenía en las aceras, pegado a las paredes de los edificios, evitando las calles y las numerosas trampas del suelo, apartándose de los lugares abiertos. No se apresuraba; mantenía un paso estable. Jugar al gato y al ratón requería una paciencia enorme, cuidadosa.

De repente, cuando el amanecer ya estaba próximo, el Cepo desapareció. Lo había visto unos minutos antes mientras recorría una calle del centro de la ciudad próxima al refugio de los otros miembros del grupo. Oyó el roce de sus patas y tentáculos, de su cuerpo al girar, y de repente, nada. Solo silencio. Pe Eltar aminoró el paso, se detuvo y escuchó con atención. Nada. Avanzó con cautela, siguiendo un estrecho callejón hasta llegar a una calle. Todavía oculto en las sombras del callejón, miró. A la izquierda, la calle, completamente vacía, se perdía en la penumbra entre filas de edificios que se levantaban hacia el cielo. A la derecha, la cruzaba otra calle, bordeada por dos torres gemelas con grandes vestíbulos oscuros que desaparecían por

completo en las sombras de la noche.

Pe Eltar miró en ambas direcciones, volvió a escuchar con atención y empezó a sentirse dominado por la ira. ¿Cómo podía haberlo perdido de una forma tan estúpida? ¿Cómo podía haberse esfumado?

Fue consciente de que el aire se iluminaba, un indicio del sol que ascendía tras las nubes y la bruma de Eldwist. Empezaba a amanecer. El Cepo estaría dirigiéndose a su escondite, o tal vez ya lo hubiera hecho. Pe Eltar frunció el entrecejo y escrutó las impenetrables sombras del edificio que tenía enfrente. ¿Sería ese su refugio durante el día?

Pe Eltar se disponía a salir del suyo para comprobarlo, cuando aquel sexto sentido en que tanto confiaba le advirtió de lo que sucedía.

El Cepo estaba escondido, pero no por el motivo que él había imaginado. Le estaba tendiendo una trampa. Sabía que los intrusos seguían en la ciudad, y que se encontraban en algún lugar cercano. Sabía que tenía que matarlos para evitar que ellos lo mataran a él. Por tanto, había tomado precauciones. Ahora estaba esperando a ver si algo caía en su trampa.

Pe Eltar se sintió invadido por una corriente de fría determinación mientras volvía a refugiarse en la oscuridad del callejón. El juego del gato y el ratón, de eso se trataba. Esbozó una sonrisa y se dispuso a esperar.

Pasaron largos minutos sin que nada quebrara el opresivo silencio. Pe Eltar siguió a la espera.

Entonces, de repente, el Cepo emergió de las sombras del edificio de la izquierda, danzando casi con gracia, balanceando el cuerpo. Pe Eltar contuvo la respiración mientras el monstruo olfateaba el aire. Con aspecto de sentirse satisfecha, la bestia avanzó. Pe Eltar dejó salir muy despacio el aire de sus pulmones y la siguió a cierta distancia.

La luz aumentaba, y la atmósfera se impregnó de una neblina gris empapada de humedad, que dificultaba la vista de lo que había delante. Sin embargo, Pe Eltar no desistió en su empeño. Confiaba en que su oído reaccionaría al peligro, igual que reaccionaba al sonido del Cepo, que ya no se preocupaba de que lo persiguieran. Había concluido su trabajo nocturno, y se retiraba a su refugio a descansar.

«Al cubil del Rey de Piedra», pensó Pe Eltar, impaciente por primera vez desde que empezara la cacería.

Consiguió ver el monstruo cuando este se detenía ante un edificio de fachada lisa con una especie de hornacina de unos seis metros de altura. Los tentáculos del Cepo palparon la piedra de la parte superior, y una sección de la pared se movió sin producir ruido, elevándose en la penumbra. El Cepo atravesó la abertura sin mirar atrás, y cuando se hubo internado en la oscuridad, la pared volvió a su lugar.

«¡Ya te tengo!», pensó Pe Eltar.

Sin embargo, permaneció donde estaba durante casi una hora, esperando por si sucedía algo más, asegurándose de que no se trataba de otra trampa. Después, salió de

su escondite, y entonces bordeó los edificios hasta llegar a la entrada oculta.

La estudió durante largo rato. La fachada de piedra que la cubría era plana y lisa. Podía seguir la junta de la abertura desde dentro del marco de la hornacina, pero nunca habría advertido que había una puerta si no la hubiese visto abierta. Muy por encima de él, apenas visible sobre la piedra grisácea, había una especie de palanca. Algo que le permitiría la entrada.

Permaneció allí unos minutos más, reflexionando. Luego se alejó para buscar un refugio en los edificios del otro lado de la calle. Cuando estuviera bien escondido, se sentaría a pensar sobre la manera de accionar esa palanca. Si llegaba a una conclusión, se echaría a dormir hasta el anochecer, esperaría a que el Cepo saliera y entraría en busca del Rey de Piedra.

Las sombras de la noche cubrían la Tierra del Oeste como un palio húmedo y sofocante. El calor diurno persistía en la atmósfera mucho después de que la ardiente bola del sol se hubiera ocultado tras el horizonte. La oscuridad se negaba a ofrecer el más mínimo alivio, la más leve brisa, la más nimia esperanza de que la temperatura fuera a hacerse más soportable. El bochorno del día había enraizado en la tierra, y desde allí lanzaba su aliento de fuego como un dragón escondido. Los insectos volaban con impulsos alocados y erráticos, produciendo un intenso zumbido. Los árboles eran gigantes devastados por el calor, inclinados y exhaustos. La luna llena se deslizaba por el horizonte en dirección sur, destellando en la neblina. Los únicos sonidos que rompían la calma nocturna eran los que surgían de las gargantas de las presas un momento antes de que sus cazadores las hicieran callar para siempre.

El juego de la vida y la muerte continuaba incluso en la calurosa noche estival. Wren Ohmsford y el corpulento Garth dirigieron sus caballos hacia el sendero que conducía a Grimpen Ward. Habían tardado una semana en llegar desde Tirfing a través de los pasos ocultos de las montañas Irrybis que solo los nómadas conocían, siguiendo los caminos del norte y el oeste del valle de los Indómitos, alejados del traicionero Sudario, para rodear al fin la Cresta del Silbido y bajar al lodazal más desagradable de la Tierra del Este.

Se decía que, cuando no había ningún otro sitio donde ocultarse, siempre quedaba Grimpen Ward. Ladrones, asesinos y toda clase de proscritos iban a refugiarse a la aldea sin ley. Rodeada por las montañas Irrybis y las Espuelas de Piedra, engullida por la jungla del valle de los Indómitos, Grimpen Ward era un refugio de renegados.

También era una trampa mortal de la que muy pocos conseguían escapar, un nido de víboras que se atacaban unas a otras porque no había nadie más, devorando a los de su propia especie con total indiferencia y retorcida diversión, alimentándose en un frenesí de necesidad y aburrimiento. La mayoría de las personas que llegaban a Grimpen Ward para proteger su vida terminaban perdiéndola.

Cuando Wren y Garth divisaron la aldea entre los árboles, aminoraron el paso. Las luces ardían a través de los cristales de las ventanas de edificios ennegrecidos por la suciedad, con los postigos combados y rotos y las paredes, los tejados y los porches tan deteriorados por el tiempo y el descuido que parecían a punto de derrumbarse. Las puertas estaban entreabiertas, en un esfuerzo vano por librarse del calor que se acumulaba en el interior. Las fuertes carcajadas, ásperas, forzadas, desesperadas, rompían la quietud y el silencio del bosque. Los vasos tintineaban y algunos se rompían. De vez en cuando se oía un grito, solitario y fantasmal.

Wren miró a Garth y le dijo por señas: «Dejaremos a los caballos escondidos aquí». El nómada respondió con un gesto de asentimiento. Se adentraron en el bosque con sus monturas, apartándose de la carretera hasta que encontraron un claro adecuado, y las ataron a unos abedules.

—Con cuidado —dijo Wren, moviendo los dedos.

Regresaron a la carretera y tomaron de nuevo el camino hacia Grimpen Ward. Sus botas levantaban una nube de polvo que se les pegaba a la cara y la ennegrecía. Habían cabalgado durante todo el día bajo un calor insoportable, a paso muy lento para no poner en peligro la salud de sus monturas. El valle de los Indómitos era un cenagal de humedad caliente y podredumbre, con la madera de los bosques convertida en estiércol; el terreno resbaladizo, blando y traicionero; los arroyos y las fuentes, secos o envenenados; y la atmósfera ardiente como un horno que reseca y debilitaba. Por terrible que pudiera ser el calor en cualquier otro lugar de las Cuatro Tierras, nunca podría compararse con el que hacía allí. El valle de los Indómitos, un pozo inhóspito e inmundo, era considerado desde hacía mucho tiempo un lugar donde eran bien recibidas las gentes repudiadas por el resto del mundo.

Las tribus de nómadas viajaban con frecuencia a Grimpen Ward para trapichear y comerciar. Acostumbrados a las extravagancias y traiciones de los hombres, separados de la sociedad por voluntad propia, tachados de personas problemáticas en todas partes, los nómadas se encontraban allí como en casa. Sin embargo, viajaban siempre varias familias muy unidas, y confiaban en la fuerza de un número superior al de los enemigos para mantenerse a salvo. Era muy poco frecuente que dos nómadas solitarios, como en esta ocasión Wren y Garth, se aventuraran por su cuenta y riesgo en Grimpen Ward.

Un encuentro casual con una familia de comerciantes de monedas hizo que la muchacha y su corpulento protector decidieran correr el riesgo. Un día después del frustrado intento de Garth de volver atrás para sorprender y capturar a su perseguidor, se encontraron con un anciano, sus hijos y sus nueras, que viajaban hacia el norte. Comieron con ellos y compartieron varias historias en la sobremesa. Wren, dejándose llevar por la fuerza de la costumbre, preguntó si alguno de ellos conocía el destino de los elfos de la Tierra del Oeste.

—Yo no, muchacha —dijo en voz baja el anciano, esbozando una sonrisa y haciendo un gesto de asentimiento, mientras mordía el extremo de la pipa encendida y entrecerraba sus ojos grises contra la luz—. Pero en la Pluma de Hierro de Grimpen Ward hay una vieja que lo sabe. La llaman la Víbora. No he hablado con ella nunca, pues no frecuento las cervecerías de Grimpen Ward, pero he oído que la vieja conoce la historia. Dicen que es vidente, mala como un pecado, y que tal vez esté loca. —Se inclinó hacia el resplandor de la hoguera—. También he oído decir que un grupo de malnacidos la utiliza para sus propios fines. Hacen que les cuente secretos para extorsionar a otros. —Hizo un gesto de disgusto—. Nosotros nos mantuvimos prudentemente alejados.

Más tarde, cuando la familia se retiró a dormir y se quedaron solos, Wren y Garth discutieron la información que habían obtenido. Las razones para seguir alejados del valle de los Indómitos eran evidentes, pero también tenían una de peso para ir. Por una parte, no debían olvidar a su implacable perseguidor. Seguía tras ellos, fuera de su vista y alcance, cuidadosamente escondido, como la amenaza de un invierno inminente. No podían capturarlo ni, a pesar de sus esfuerzos y habilidades, deshacerse de él. Era como una telaraña que flotaba sobre ellos sin dejarse ver. Con un poco de suerte, tal vez no se aventurara a entrar en el valle de los Indómitos.

Por otra parte, aquella era la primera vez que Wren recibía una respuesta positiva desde que empezó a hacer preguntas sobre el destino que habían corrido los elfos. No les quedaba más remedio que verificar la información que habían obtenido de boca del anciano.

Por ambas razones, y a pesar de los riesgos, los dos nómadas decidieron visitar Grimpen Ward. Ahora, una semana después, estaban a punto de descubrir qué les aguardaba allí.

Atravesaron el centro del pueblo, atentos a todo. Las cervecerías se sucedían una tras otra, pero no había ninguna con el rótulo de Pluma de Hierro. Algunos hombres caminaron junto a ellos con paso inseguro, y también un grupo de mujeres, fuertes y corpulentas, que apestaban a cerveza y a sudor. Los gritos y risas se intensificaron, e incluso Garth pareció advertirlo. Varios hombres se acercaron a Wren, borrachos, ansiosos de dinero o placer, ciegos al peligro que se reflejaba en los ojos de Garth. El gigante nómada se ocupó de alejarlos.

En un cruce de calles, Wren vio una familia de nómadas que regresaba a sus carretas, situadas al final de un camino oscuro. Los llamó y les preguntó si sabían dónde estaba la Pluma de Hierro. Uno hizo una mueca y señaló el lugar con la mano, y después se alejó sin una palabra. Wren y Garth se dirigieron al lugar que les habían indicado.

Encontraron la cervecería en el centro de Grimpen Ward, una destartada y ruinoso estructura recubierta de tablones viejos y clavos oxidados, con el porche delantero pintado de rojo y azul. Las amplias puertas dobles se mantenían abiertas gracias a unas cuerdas que las sujetaban. En el interior, los parroquianos cantaban y bebían, unos de pie a lo largo de la barra y otros sentados en bancos transversales. Wren y Garth entraron en la cervecería, observándolo todo a través de la calina y el humo. Algunas cabezas se volvieron, los miraron un momento y se giraron de nuevo. Nadie quería sostener la mirada de Garth. Wren se acercó a la barra, hizo una seña al tabernero y pidió cerveza. El hombre, de cara afilada y manos seguras y firmes, les llevó las jarras y esperó el dinero.

—¿Conoces a una mujer a quien llaman la Víbora? —le preguntó Wren.

Sin cambiar de expresión, el tabernero negó con la cabeza, cogió su dinero y se alejó. Wren vio que se detenía y decía algo al oído a otro hombre, que abandonó inmediatamente el local. Wren tomó un sorbo de cerveza, de una tibieza

desagradable, y recorrió la barra, repitiendo la pregunta. Nadie admitió conocerla. Un individuo le hizo una proposición vulgar con una sonrisa lasciva, pero en cuanto vio a Garth se quitó de en medio. Wren continuó. Otro hombre intentó agarrarla, pero ella le apartó el brazo de un golpe. Cuando el hombre volvió a intentarlo, Wren le dio un puñetazo con tal fuerza que lo dejó inconsciente. Lo rodeó, deseando acabar con aquel asunto. Lo que estaba haciendo era peligroso, incluso contando con la protección de Garth.

Cuando llegó al final de la barra, se detuvo. Al fondo de la habitación, un grupo de hombres ocupaban una mesa en la penumbra. Uno de ellos la llamó por señas, esperó hasta asegurarse de que lo había visto y repitió la llamada. Tras un momento de vacilación, Wren se dirigió hacia él, seguida de Garth. Se acercó a la mesa y se paró fuera del alcance de los hombres sentados ante ella. Eran rudos, sucios, e iban sin afeitar, con la piel del color del barro y amenazadores ojos de hurón, y tenían ante sí jarras de cerveza espumosa.

—¿A quién buscas, muchacha? —le preguntó el hombre que la había llamado.

—A una vidente llamada la Víbora —respondió Wren, y esperó, segura de que el hombre ya sabía a quién buscaba y, probablemente, dónde debería buscarla.

—¿Qué quieres de ella?

—Quiero hacerle algunas preguntas sobre los elfos.

—Ya no hay elfos —respondió el hombre, con una mueca.

Wren permaneció inmóvil.

—Supongamos que decido ayudarte —prosiguió el hombre, inclinándose hacia delante. Sus facciones eran toscas y sus ojos, inexpresivos—. Es solo una suposición. ¿Qué me ofrecerías a cambio? —El hombre estudió su rostro durante un breve instante y esbozó una sonrisa insolente—. Eso no. Solo quiero que hables con ella por mí, que le preguntes algo. Sé lo que eres por la ropa que llevas. Eres una nómada. La Víbora también lo es. —Hizo una pausa—. No lo sabías, ¿verdad? Bueno, no le gusta hablar con nosotros, pero tal vez quiera hablar contigo, que eres de los suyos. —Su mirada era hosca y dura—. Así que, yo te llevo hasta ella y tú le haces una pregunta o dos de mi parte. ¿De acuerdo?

Wren sabía que el hombre pensaba matarla con ayuda de sus amigos. La cuestión era cómo y cuándo lo intentaría. Pero también sabía que tal vez pudiera conducirla a la Víbora. Sopesó los pros y los contras.

—De acuerdo —dijo—. Pero mi amigo vendrá conmigo.

—Como tú quieras —respondió el hombre, esbozando una sonrisa—. Desde luego, mis amigos vendrán también. Así me sentiré seguro. Iremos todos.

Wren miró al hombre, estudiándolo. Fornido, musculoso, un asesino experto. Igual que los otros. Si la llevaba a un lugar apartado...

—Garth —dijo, volviéndose para mirarlo.

Hizo unos signos rápidos, ocultando sus movimientos a los ocupantes de la mesa, y Garth le respondió con un gesto de asentimiento.

—Vale, vámonos —dijo a los otros.

El hombre que había hablado se levantó, y los demás lo siguieron. Formaban un grupo de aspecto ansioso y lúgubre. No había duda de lo que pretendían. El primero se dirigió a una puerta cercana. Wren lo siguió, cautelosa, alerta, con Garth un paso por detrás de ella y el resto en la retaguardia. Atravesaron un salón vacío y se dirigieron a la puerta trasera. Los ruidos de la cervecería cesaron cuando la puerta se cerró.

—Quiero saber cómo logra leer las cartas de juego —dijo el hombre, volviéndose a medias—. Y los dados. Quiero saber cómo ve lo que los jugadores están pensando. —Esbozó una sonrisa—. Algo para ti y algo para mí, muchacha. Yo también tengo que ganarme la vida.

Se detuvo de golpe ante una puerta lateral, y Wren se puso en tensión. Pero el hombre la ignoró, se metió la mano en el bolsillo y sacó una llave. La introdujo en la cerradura y la giró. La cerradura emitió un chasquido y la puerta se abrió. Había unas escaleras que bajaban. El hombre entró, cogió una lámpara de aceite, la encendió y se la dio a Wren.

—Está en el sótano —dijo, señalando hacia abajo—. Ahí es donde la tenemos por el momento. Habla con ella. Si quieres, puede acompañarte tu amigo. Nosotros esperaremos aquí. —Esbozó una dura y desagradable sonrisa—. Pero no vuelvas sin algo a cambio de mi ayuda. ¿Comprendido?

Los hombres que lo acompañaban estaban apiñados tras él, y su hedor llenó el estrecho descansillo. Wren escuchó el sonido de sus respiraciones.

—Lo que comprendo es que Garth se quedará aquí con vosotros —respondió Wren mientras se acercaba al hombre que había hablado, dejaba la cara a escasos centímetros de la de él y le aguantaba la mirada.

El hombre, incómodo, hizo un gesto de indiferencia. Wren señaló a Garth la puerta y el grupo de hombres con sendos movimientos de cabeza. Después sujetó la lámpara ante sí y empezó a bajar los escalones.

Fue un descenso envuelto en tinieblas. La escalera se retorció a lo largo de una sucia pared apuntalada con tablones. El olor a tierra era intenso. Aunque también allí hacía calor, no era tan sofocante. Los insectos se escabullían tras sus pisadas, y trozos de telaraña le rozaban la cara. Los escalones dibujaron un ángulo hacia la izquierda, a lo largo de una segunda pared, y por fin terminaron, dando paso a un sótano.

Una mujer vieja estaba allí, sentada con la espalda apoyada en el muro opuesto y casi perdida en la penumbra. Su cuerpo era una cáscara seca, y su cara, un laberinto de surcos y arrugas. Unas greñas blancas caían sobre sus frágiles hombros, y tenía las manos nudosas cruzadas sobre el regazo. Vestía ropa desharrapada y botas viejas. Wren se acercó y se arrodilló a su lado. La anciana levantó la cabeza, mirándola con unos ojos lechosos y fijos. Era ciega.

—¿Eres la vidente a la que llaman la Víbora, vieja madre? —preguntó Wren con voz suave, dejando la lámpara de aceite en el suelo.



—¿Quién quiere saberlo? —respondió la anciana en un susurro, parpadeando—. Dime tu nombre.

—Soy Wren Ohmsford.

—¿Estás con ellos? —preguntó la anciana, inclinando la cabeza e indicando la escalera y la puerta de arriba.

—Estoy conmigo misma —respondió Wren, negando con la cabeza—. Y con un compañero. Los dos somos nómadas.

La anciana alargó las manos para tocarle la cara, y comenzó a explorar su contorno, rozando la piel de la muchacha con unos dedos ásperos como las hojas secas. Wren permaneció inmóvil. Por fin, las manos se retiraron.

—Eres una elfina.

—Tengo sangre élfica.

—¡Una elfina! —La voz de la mujer era baja y obstinada, un siseo que cortaba el silencio de la bodega. El arrugado rostro se inclinó hacia un lado, como si meditara—. Soy la Víbora. Soy la vidente del futuro y lo que él contiene, la que revela sus verdades. ¿Qué quieres de mí?

—Busco a los elfos de la Tierra del Oeste —respondió Wren, meciéndose suavemente sobre los talones—. Hace una semana me dijeron que tú podrías indicarme dónde puedo encontrarlos, si es que todavía existen.

—¡Oh, existen, por supuesto que sí! Existen —dijo la Víbora, esbozando una amplia sonrisa—. Pero no se muestran ante cualquiera... no se muestran ante nadie desde hace muchos años. Elfina, ¿tan importante es para ti verlos? ¿Los buscas porque necesitas a los de tu raza? —Los ojos lechosos de la anciana miraron el rostro de Wren sin verlo—. No, no es eso. A pesar de tu sangre, eres nómada por encima de todo, y un nómada no necesita a nadie. Tu vida es la vida del vagabundo, libre para viajar por donde se te antoje, y te vanaglorias de ello. —Esbozó una leve sonrisa—. Entonces, ¿cuál es la razón?

—Porque me han encomendado una misión... una misión que he decidido cumplir —respondió Wren, procurando escoger bien las palabras.

—¿Una misión? —inquirió la anciana, acentuando las arrugas y pliegues de su cara—. Acércate a mí.

Wren dudó durante un breve instante, pero enseguida se inclinó hacia delante con cautela. Las manos de la Víbora se levantaron de nuevo, y sus dedos la exploraron.

Recorrieron una vez más la cara de Wren, su cuello y su cuerpo. Cuando tocaron la parte delantera de la blusa de la muchacha, las apartó de súbito, como si su contacto la hubiera quemado.

—¡Magia! —exclamó la anciana, jadeando.

—¿Qué magia? ¿Qué estás diciendo? —preguntó Wren, estremeciéndose y agarrando casi sin darse cuenta las muñecas de la anciana.

La Víbora sacudió la cabeza, apretó los labios y bajó la cabeza hasta que la barbilla le tocó el pecho. Wren la mantuvo agarrada un instante más, y después la

soltó.

—Elfina —dijo en voz baja la anciana—, ¿quién te ordena que busques a los elfos de la Tierra del Oeste?

—El espíritu de Allanon —respondió Wren, respirando profundamente para controlar su miedo.

—¡Allanon! —exclamó la anciana, levantando bruscamente la cabeza. Pronunció el nombre del druida como si fuera una maldición—. ¿Una misión de los druidas? Muy bien, escúchame. Debes ir al sur a través del valle de los Indómitos, cruzar las montañas Irrybis y seguir la costa del Confín Azul. Cuando hayas llegado a las cuevas de los rocs, enciende una hoguera y mantenla encendida tres días y tres noches. Entonces aparecerá alguien que podrá ayudarte. ¿Me has comprendido?

—Sí —respondió Wren, preguntándose al mismo tiempo si en realidad había comprendido algo.

¿Rocs, había dicho la anciana? ¿No eran una especie de gigantescas aves costeras?

—¡Cuidado, elfina! —le advirtió la anciana, levantando un brazo tan delgado como un palillo—. Veo que el peligro se cierne sobre tu cabeza, tiempos difíciles y traiciones inimaginables. Tengo las visiones en la cabeza, pero son verdades que me espantan con su locura. Escúchame. Sigue tu instinto, muchacha. ¡No confíes en nadie!

La anciana, tras gesticular violentamente, volvió a recuperar la postura anterior, con esa mirada ciega, fija y dura. Wren contempló su cuerpo y se sobresaltó. El harapiento vestido de la Víbora se había deslizado hacia atrás y ahora dejaba a la vista una cadena de hierro y una abrazadera que rodeaba su pierna bajo la túnica.

—Vieja madre —le dijo en tono cariñoso, cogiéndole las manos—. Deja que te saque de aquí. Mi amigo y yo te ayudaremos. No hay ninguna razón para que sigas prisionera.

—¿Prisionera? ¡Ja! —La Víbora se irguió, mostrando los dientes como un animal acorralado—. ¡Lo que parezco y lo que en realidad soy son dos cosas completamente diferentes!

—Pero la cadena...

—¡No me mantendrá aquí ni un solo segundo más de lo que yo quiera! —respondió la anciana, esbozando una maliciosa sonrisa que arrugó aún más su cara, hasta casi hacer desaparecer sus facciones—. Esos hombres, esos idiotas, me cogieron a la fuerza y me ataron con cadenas en este sótano, pensando que así cumpliría su voluntad. —Bajó la voz—. Son insignificantes y avariciosos. Solo les interesa el dinero de los demás. Podría darles lo que quieren, podría obedecer sus órdenes y marcharme. Pero este juego me resulta divertido. Me gustan sus amenazas, me gusta el sonido de sus súplicas, y por eso permito que me retengan. Cuando me aburra, elfina, cuando me canse de ellos y decida recuperar la libertad, entonces haré... ¡esto!

Sus esqueléticos brazos se levantaron, se retorcieron ante los ojos de Wren y se transformaron en serpientes de lenguas vibrantes y colmillos amenazantes, que sisearon en el silencio. La joven retrocedió, protegiéndose la cara. Cuando volvió a mirar, las serpientes habían desaparecido.

—¿Eran... eran reales? —preguntó Wren con la cara enrojecida y caliente, tragando saliva.

—Márchate ya —dijo la Víbora esbozando una sonrisa y reclinándose de nuevo—. Recuerda lo que te he dicho y utilízalo como creas más conveniente. Pero protégete. Ten cuidado.

Wren se quedó quieta, tentada de soltar el torrente de preguntas que fluía en su interior, pero finalmente decidió que no era buena idea. Recogió la lámpara de aceite y se levantó.

—Adiós, vieja madre —dijo como despedida.

Volvió sobre sus pasos a través de la oscuridad, valiéndose de la luz de la lámpara de aceite para encontrar la escalera, mientras notaba los ojos ciegos de la Víbora clavados en ella. Subió deprisa los peldaños, atravesó la puerta del sótano, y se encontró de nuevo en la salita de la cervecería.

Garth la esperaba, frente al grupo de hombres que los habían acompañado. Los ruidos de la cervecería atravesaban la puerta cerrada, apagados y broncos. Los ojos de los hombres brillaban de impaciencia. Wren podía sentir su ansiedad.

—¿Qué te ha dicho la vieja? —le preguntó su líder.

—Nada —respondió Wren, negando con la cabeza y levantando la lámpara de aceite para ampliar el círculo de luz—. No sabe nada de los elfos o, si lo sabe, no ha querido decírmelo. En cuanto al juego, tampoco quiso decirme nada. —Hizo una pausa—. No creo que sea vidente, pero sin duda está loca.

—Qué mal mientes, muchacha —respondió el hombre, reflejando en sus ojos la furia que lo invadía.

—Te daré un buen consejo, degollador —dijo Wren, sin modificar ni un ápice su expresión—. Deja que se vaya. Así tal vez consigas salvar la vida.

—Pero vosotros no... —empezó a responder el hombre, mostrando el cuchillo que llevaba en la mano.

No pudo terminar la frase porque Wren ya había arrojado la lámpara al suelo ante él. El cristal se rompió y el aceite se extendió sobre la madera, explotando en forma de lenguas de fuego. Las llamas corrieron por los tablones y escalaron las paredes. El fuego atrapó al hombre, que cayó entre gritos en los brazos de sus amigos. Garth y Wren huyeron en dirección contraria y llegaron a la puerta en unos segundos. Garth cargó con el hombro contra la barrera de madera y la arrancó de los goznes como si fuera de papel. La muchacha y el gigante nómada se precipitaron hacia las sombras de la noche, perseguidos por gritos de furia y terror. Corrieron entre los edificios sin hablar y, un instante más tarde, estaban en la calle principal de Grimpen Ward.

Aminoraron el paso, miraron atrás y escucharon. No se oía nada. Los gritos y las

risas de las cervecerías cercanas ahogaban los ruidos más lejanos. No había señales del fuego, ni ningún indicio de que los persiguieran.

Wren y Garth abandonaron el pueblo por el mismo camino que habían llegado; dejaron atrás a los ruidosos clientes de las cervecerías y atravesaron el calor y la penumbra con serenidad y sin apresurar el paso.

—Iremos al Confín Azul —dijo Wren por signos.

Garth se limitó a hacer un gesto de asentimiento, y se perdieron rápidamente en la noche.

Cuando Walker Boh, Aurora y Carisman se separaron de Morgan y Horner Dees, solo recorrieron una corta distancia por las oscuras calles de Eldwist antes de detenerse. Walker y la muchacha intercambiaron una inquisitiva mirada. Ninguno de los dos había comentado su intención de pararse; era como si ambos hubieran tenido el mismo pensamiento. Carisman los miró, confundido.

—Tú sabes dónde está escondido el Rey de Piedra —dijo Aurora.

—Creo que sí —respondió Walker, contemplando los insondables ojos negros de la muchacha, maravillado por la seguridad que encontró en ellos—. ¿Es por eso por lo que querías que fuera contigo?

—Debo estar presente cuando lo encontremos —respondió Aurora, haciendo un gesto de asentimiento.

No explicó el motivo, y Walker tampoco se lo preguntó. Miró a lo lejos, intentando sin éxito vislumbrar algo a través de la penumbra, ver más allá de la niebla y la oscuridad y encontrar una señal que le indicara lo que debía hacer. Pero no había nada que ver. Las respuestas a sus preguntas estaban arrinconadas en algún lugar de su interior.

—Creo que el Rey de Piedra se esconde dentro de la cúpula —dijo en voz baja—. Lo sospeché cuando estuvimos allí hace varios días. A simple vista no hay entradas, pero cuando toqué la piedra y rodeé sus muros sentí que había vida en su interior. Había una presencia que no pude determinar. Ayer, mientras estábamos en los túneles, atrapados en aquella caverna subterránea, volví a sentir esa presencia... aunque entonces estaba sobre nuestras cabezas. Según los cálculos que hice cuando salimos de los túneles, la cúpula está situada exactamente encima de la caverna.

»Eldwist es la creación de su amo —prosiguió Walker, tras un breve momento de silencio y mirando alrededor—. Uhl Belk se ha apropiado de esta ciudad del viejo mundo, convirtiendo en piedra lo que aún no lo era, extendiendo su dominio hacia donde la tierra lo permite. La cúpula está ubicada justo en el centro. Es el eje de una rueda de calles y edificios, muros y ruinas. Uhl Belk está allí —concluyó, volviendo su pálido rostro hacia la muchacha, cuyos ojos se avivaron.

—Entonces tendremos que hacerle una visita —dijo Aurora.

Siguieron la acera hasta el final de la manzana y luego giraron hacia el norte. Walker iba a la cabeza, manteniéndose apartado de las calles y caminando junto a las paredes de los edificios, fuera de los espacios abiertos y del peligro de las tapas del alcantarillado. Aurora y él caminaban en silencio, y Carisman canturreaba en voz baja. Escrutaban la penumbra como halcones, forzaban el oído para percibir sonidos extraños y olfateaban el aire húmedo y viciado. Un chaparrón imprevisto les dejó las

capas y capuchas empapadas y goteantes, y los pies helados dentro de las botas.

Walker pensaba en su hogar. En los últimos días, inducido, por la presión constante e implacable de la piedra y la oscuridad de la ciudad, a buscar algo que hubiera sido agradable y acogedor, pensaba en él con frecuencia. Había conseguido reprimir cualquier pensamiento de la Chimenea Rocosa durante algún tiempo, porque los recuerdos lo herían como un trozo de cristal roto. La cabaña donde antes vivía había sido arrasada por el fuego durante la batalla contra los umbríos. Cogleine y *Susurro* habían encontrado la muerte en ella, y también él había estado a punto de perder la vida. En otros tiempos había creído que era invulnerable a las influencias del mundo exterior. Había sido lo bastante vanidoso y estúpido como para suponer que lo que había más allá de la Chimenea Rocosa no suponía para él ningún peligro. Había rechazado los sueños que Allanon le enviaba desde el mundo de los espíritus, las súplicas de Par Ohmsford para que aceptara la misión de restaurar Paranor y propiciar el regreso de los druidas. Pero se había encerrado tras unas murallas imaginarias y se había sentido seguro. Y cuando esas murallas se derrumbaron, descubrió que no podía reconstruirlas y que las cosas en las que confiaba se habían esfumado.

Y aún conservaba recuerdos más antiguos que se imponían a las tragedias recientes: eran parte de aquellos años en que había vivido tranquilo en la Cuenca Oscura, cuando el mundo exterior no podía tocarlo y disponía de tiempo para todo. Los olores de las flores, los árboles y los manantiales de agua cristalina, los cantos de los pájaros a principios de primavera y el sonido de los insectos en las cálidas noches de verano, el sabor del amanecer en las claras mañanas de otoño, la sensación de serenidad que producían la puesta del sol y la llegada de la noche. Podía remontarse a aquellos tiempos y encontrar paz en sus recuerdos. Ahora recurría a ellos porque eran lo único que le quedaba.

Sin embargo, incluso sus recuerdos más vívidos eran solo un refugio momentáneo. Las duras condiciones del presente se imponían sobre todo lo demás, y no conseguía abstraerse de ellas. Podía refugiarse en el pasado durante breves instantes, cobijarse en el mundo que lo había protegido antes de que lo arrastrara la marea de acontecimientos, que de forma tan estúpida había intentado ignorar. Al ensimismarse en los recuerdos podía tranquilizar y reforzar su espíritu, pero era algo transitorio e intrascendente. Su memoria retrocedía hasta encontrar un pasado perdido para siempre, para dejarlo a solas con el presente justo después. Entonces se dio cuenta de que estaba luchando por su vida. Iba a la deriva, era un naufrago que se esforzaba por mantenerse a flote en medio de la confusión y la duda. Sentía que de un momento a otro acabaría por ahogarse.

Llegaron a la cúpula a media mañana y emprendieron la búsqueda. Juntos, sin querer separarse en caso de que el Rey de Piedra los esperara dentro, exploraron la superficie de la cúpula, rodearon su circunferencia, palparon las paredes y observaron el suelo que pisaban. Su forma era perfecta, aunque la vieja superficie estaba

agujereada y agrietada, y la cúspide tenía una altura de varias docenas de metros, abarcando una longitud semejante entre sus muros. Depresiones que parecían las huellas dactilares de un gigante decoraban la cima de la cúpula y la parte superior de la superficie, abiertas como los pétalos de una flor, separadas por franjas de piedra que se curvaban hacia abajo, hasta perderse en los cimientos. Nichos y hornacinas se adentraban en los muros a ras de suelo, pero no señalaban ninguna entrada, no llevaban a ninguna parte. La piedra estaba marcada por dibujos esculpidos, la mayoría casi borrados por el paso del tiempo, indescifrables ya: las runas de un antiguo mundo ya desaparecido.

—Sigo sintiendo una presencia —dijo Walker Boh, tapándose con la capa. Miró al cielo. De nuevo, caía una llovizna lenta y persistente—. Ahí dentro hay algo.

—Magia —respondió Aurora, acercándose a él.

—Así es —dijo Walker mirándola, sorprendido de que hubiese reconocido con tanta rapidez una verdad que lo esquivaba a él, a la vez que extendía la mano, buscando un resorte oculto—. Por todas partes, en la piedra misma.

—Él está ahí —dijo Aurora en voz baja. Carisman avanzó y golpeó la pared.

—¿Por qué no responde? ¿No debería salir para averiguar qué queremos? —dijo el juglar, frunciendo el entrecejo.

—Es posible que no sepa que estamos aquí. Tal vez ni siquiera le importe —respondió la muchacha levantando el rostro—. Incluso puede que esté durmiendo.

—Entonces quizá haga falta una canción para despertarlo —respondió Carisman, antes de empezar a cantar.

*Despierta, despierta, ioh, viejo Rey de Piedra!,  
sal de la protección de tu nido de roca muerta.  
Nosotros te esperamos fuera, maltrechos y cansados,  
el cuidado y la cautela han quedado olvidados.  
Despierta, despierta, ioh, viejo Rey de Piedra!,  
no te asustes, no te traeremos ruina a la fuerza,  
no ofrecemos nada más que buena intención,  
siente la cordialidad de mi canción.  
Despierta, despierta, ioh, viejo Rey de Piedra!,  
tú que has visto cómo pasa el tiempo, cómo medra,  
comparte con estas criaturas débiles y mortales  
los secretos de la humanidad, sus misteriosas verdades.*

Terminó la canción y esperó un momento, pero no recibieron respuesta.

—Tal vez no le guste mucho la música. Ya pensaré en otra —dijo el juglar, mirando a Aurora y a Walker y haciendo un gesto de indiferencia.

Se alejaron de la cúpula y se refugiaron en el portal de un edificio cercano. Se sentaron con la espalda apoyada en la pared, sin perderla de vista, y sacaron de sus mochilas pan duro y frutas resacas para almorzar. Comieron en silencio, mientras contemplaban la lluvia gris.

—Ya casi no nos queda comida ni agua —dijo Walker poco después—. Pronto tendremos que buscar suministros.

—Yo me encargaré de pescar —dijo Carisman, esbozando una sonrisa—. Fui muy buen pescador en mis tiempos... aunque solo lo hacía por placer. Era una forma agradable de pasar el tiempo y componer. Walker Boh, ¿qué hacías tú antes de venir al norte?

—Era guardián —respondió Walker, tras un instante de vacilación, sorprendido por una pregunta para la que no tenía preparada ninguna respuesta.

—¿De qué? —insistió Carisman, interesado.

—De una casa y de la tierra que la rodeaba —respondió Walker Boh en voz baja, recordando.

—De un valle entero y de todas las criaturas que vivían en él —dijo Aurora, mirando a los ojos a Carisman—. Walker Boh preservaba la vida a la manera de los elfos de la antigüedad. Daba de sí mismo para nutrir la tierra.

—No era para tanto, no me suponía mucho esfuerzo —contestó torpemente Walker, mirándola sorprendido una vez más.

—No permitiré que seas tú quien juzgue eso —respondió la muchacha—. Son otros quienes deben determinar el éxito que has tenido en tu trabajo. Eres demasiado duro contigo mismo, y careces de la perspectiva que se necesita para ser justo e imparcial. —Hizo una pausa, observándolo con sus negros ojos, tranquilos y conciliadores—. Creo que es justo reconocer que has hecho cuanto estaba en tu mano.

Los dos sabían a qué se estaba refiriendo. Walker se sintió extrañamente reconfortado por sus palabras, y experimentó una vez más aquella sensación de afinidad. Hizo un gesto de asentimiento y continuó comiendo.

Una vez hubieron terminado, salieron del edificio y se situaron de nuevo frente a la cúpula, analizando las distintas opciones.

—Tal vez se vea algo desde arriba —dijo Aurora—. Una abertura en la cúspide o una marca en la piedra que puedan indicarnos dónde está la entrada.

Walker miró alrededor. Había un ornado edificio a menos de una manzana de distancia, coronado por un campanario, que ofrecía una clara visión de la cúpula, más baja. Se dirigieron a él con cautela, sorteando las tapas de las alcantarillas, y entraron. Varias esculturas de ángeles alados y figuras ataviadas con túnicas decoraban los techos y paredes. La cámara central era muy grande, con ventanales que hacía tiempo que habían perdido los cristales y muebles que habían quedado reducidos a polvo.



Encontraron la escalera que conducía al campanario y empezaron a subirla. Algunos escalones se habían caído, y solo quedaban las riostras. Tuvieron que sortear diversas dificultades a lo largo de la subida. Los pisos se sucedían, todos cubiertos de agujeros y escombros, todos convertidos en piedra.

Por fin llegaron al campanario y miraron por las ventanas. La ciudad de Eldwist se extendía hasta más allá de donde alcanzaba la vista, envuelta en una atmósfera neblinosa y gris, llena de las sombras que anunciaban el final del día y la proximidad de la noche. La lluvia había cesado, y los edificios se alzaban como centinelas de piedra a lo largo de la península. Las nubes se habían levantado un poco, y tanto las agitadas aguas del Tiderace como los irregulares acantilados de la tierra que estaba situada más allá del istmo podían verse a retazos a través de los huecos entre las altas construcciones.

A sus pies, tan cerrada y misteriosa en la cumbre como en la base, estaba la cúpula. Nada destacaba en ella, ni una pequeña abertura, ni el más leve indicio de un camino de entrada. A pesar de ello, la observaron durante un rato con la esperanza de descubrir algo que se les hubiera podido pasar por alto.

De repente, el sonido de un cuerno los sobresaltó e interrumpió su atenta inspección.

—¡Urdas! —exclamó Carisman.

Walker y Aurora intercambiaron una mirada de sorpresa, pero Carisman ya se había dirigido a la ventana orientada al sur y miraba en dirección al istmo y los acantilados.

—¡Tienen que ser ellos; esa es su llamada! —gritó, dejando traslucir su preocupación y nerviosismo. Se cubrió los ojos para protegerlos de los destellos de la piedra empapada—. ¡Allí! ¿No los veis?

Walker y Aurora fueron corriendo junto a él. El juglar señalaba las escaleras que descendían por los acantilados, que apenas eran visibles entre la bruma. Vieron movimiento en las escaleras, figuras pequeñas, agachadas como si pretendieran esconderse incluso de las brumas. Urdas, reconoció Walker.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Carisman, visiblemente inquieto—. ¡No pueden venir aquí!

Los urdas desaparecieron en un banco de niebla.

—¡Si no los detenemos, morirán todos! —dijo Carisman, aturdido, volviéndose hacia Aurora y Walker.

—Ya no tienes ninguna responsabilidad para con ellos, Carisman —le recordó Walker Boh—. Ya no eres su rey.

—¡Son como niños, Walker! —respondió Carisman, que no parecía muy convencido—. No saben lo que les espera aquí. El Cepo o Fauces Ávidas los destruirán. No puedo entender cómo han conseguido pasar ante el koden.

—De la misma forma que lo hizo Horner Dees hace diez años —lo interrumpió Walker—. Sacrificando vidas. Y siguen adelante. Parece que no están tan

preocupados como tú.

—Señora, ya ha visto cómo se comportan —dijo Carisman, volviéndose hacia Aurora—. ¿Qué saben del Rey de Piedra y de su magia? Si no se detienen...

—No, Carisman —lo interrumpió Aurora, sujetándolo por los brazos—. Walker Boh tiene razón. Los urdas siguen siendo peligrosos para ti.

—No, señora —respondió Carisman, negando con la cabeza—. Para mí nunca fueron un peligro. Eran mi familia, y los abandoné.

—¡Eran tus carceleros!

—Se preocupaban por mí y me cuidaban de la única forma que sabían. Señora, ¿qué puedo hacer? ¡Han venido a buscarme! Si no fuera así, no correrían un riesgo tan enorme. Creo que nunca se han alejado tanto de su tierra. Están aquí porque creen que me habéis secuestrado. ¿Debo abandonarlos de nuevo y dejarlos morir por un error aun si puedo evitarlo? —Carisman se soltó, lenta, amablemente—. Tengo que ir con ellos. Tengo que advertirles del peligro que corren.

—Carisman...

—He sido huérfano toda mi vida, y los vientos me llevaban de una isla a la siguiente, sin familia ni hogar, siempre en busca de algún sitio y alguna persona que me necesitaran —prosiguió el juglar, mientras se dirigía hacia las escaleras del campanario—. Los urdas me dieron ambas cosas, aunque os neguéis a aceptarlo. No puedo dejar que mueran en vano.

Giró sobre sus talones y empezó a bajar por la escalera. Aurora y Walker intercambiaron una mirada y lo siguieron.

—Iremos contigo —dijo Walker, cuando lo alcanzaron en la calle.

—¡No, no, Walker! —exclamó, Carisman volviéndose—. ¡No deben veros conmigo, porque pensarán que me amenazáis... incluso que soy vuestro prisionero! ¡Pueden atacaros y heriros! No. Dejadme hablar con ellos. Los conozco. Puedo explicarles lo que ha sucedido y regresar con ellos antes de que sea demasiado tarde. —Sus hermosas facciones se crisparon, dejando traslucir su preocupación—. Por favor, Walker, mi señora.

No había nada más que decir. Carisman había tomado una decisión y no le harían cambiar de idea. Como mínima concesión, insistieron en que les permitiera quedarse a una distancia desde la que pudieran echarle una mano en el caso de que surgieran problemas. A Carisman le costó trabajo aceptar incluso esa petición, consciente de que interrumpían una tarea muy importante por él, de que retrasaban la búsqueda del Rey de Piedra por él. Aurora y Walker no quisieron oír ni una palabra al respecto, y caminaron en silencio, en fila india, atravesando la ciudad en dirección sur. Carisman les dijo que se reuniría con los urdas en el extremo sur de la ciudad. Se alisó el pelo, preparándose para el encuentro. Walker lo encontró heroico y extraño a la vez, una insólita parodia del hombre que buscaba la vida en su forma más real y auténtica, pero que a la vez era incapaz de asimilarla.

—Piensa antes de actuar —le dijo Walker.

El juglar respondió con una sonrisa alegre y llena de certidumbre. Ya había pensado suficiente.

Cuando se acercaron al límite sur de la ciudad y las llanuras rocosas del istmo asomaron a través de los huecos que se abrían entre edificios, Carisman les pidió a ambos que se detuvieran.

—Esperadme aquí —les dijo con firmeza, e hizo que le prometieran que no lo seguirían—. Procurad que no os vean, porque se asustarían. Dadme un poco de tiempo. Estoy seguro de que conseguiré hacerles comprender. Como ya os he dicho, amigos míos, son como niños.

Se despidió estrechándoles la mano, y siguió adelante. Poco después se volvió para asegurarse de que no lo seguían, y los saludó. En su hermoso rostro se dibujaba una expresión sonriente y tranquila. Vieron cómo la niebla lo envolvía, se ceñía en torno a su figura y acababa cubriéndolo por completo.

Walker estudió los edificios que los rodeaban, eligió uno y se dirigió hacia él con Aurora. Entraron, subieron la escalera hasta el último piso y encontraron una habitación con una hilera de ventanas que daban al sur. Desde allí observaron a los urdas. Las figuras nudosas avanzaban por el istmo, evitando las grietas y los agujeros. Eran una veintena, y algunos estaban heridos.

Siguieron mirando hasta que los urdas entraron en la ciudad y desaparecieron entre los primeros edificios.

—Creo que hemos hecho mal en dejar que fuera solo —dijo Walker, haciendo un gesto de preocupación—. Carisman también es como un niño. Nunca debimos permitir que viniera con nosotros.

—Él tomó esa decisión —le recordó Aurora—. Quería ser libre, Walker Boh. Prefirió acompañarnos, incluso a este lugar, antes que quedarse.

Walker miró otra vez por las ventanas. La piedra del istmo y las calles desiertas brillaban a causa de la humedad. Se oían el distante rugido del océano, los gritos de las aves marinas y la embestida del viento contra los arrecifes. Se sintió solo.

—A veces me pregunto cuántos habrá como Carisman —dijo por fin—. Huérfanos, como él mismo se ha calificado. Cuántos recorren las tierras, convertidos en parias por la Federación, ocultando una magia que ya no es el don que debería ser, sino una maldición que se ven obligados a esconder para conservar la vida.

—Demasiados, Walker Boh —respondió Aurora, sentándose en el suelo con la espalda apoyada contra la pared y observándolo—. Como Carisman. Como tú mismo.

—No estaba pensando en mí —dijo Walker, y se sentó a su lado, ciñéndose la capa y levantando su pálido rostro hacia la luz.

—Pues deberías —respondió la muchacha—. Deberías ser consciente.

—¿Consciente de qué? —preguntó Walker, mirándola a los ojos.

—De las posibilidades de tu vida. De las razones para ser quien eres. Si fueras un elemental, lo comprenderías. Me dieron vida con un propósito concreto. Sería terrible existir sin ese propósito. ¿No te parece?

—Sí que tengo un propósito en la vida —dijo Walker, notando cómo se le tensaba el rostro.

—No, Walker Boh, no lo tienes —respondió la muchacha, esbozando una inesperada y deslumbrante sonrisa—. Siempre te has negado a encontrar un propósito para tu magia y te has convertido en un paria por haber traicionado la confianza de Brin Ohmsford, que te legó su magia. No aceptas tu identidad. Cuando curé tu brazo, pude leer tu vida. Dime que me equivoco.

—¿Por qué siento que somos muy parecidos, Aurora? —preguntó Walker, respirando profundamente—. No es amor ni tampoco amistad. Es algo entre ambos. ¿Estoy relacionado de algún modo contigo?

—Es nuestra magia, Walker Boh.

—No —dijo él rápidamente—. Es otra cosa.

—Es lo que hemos venido a hacer aquí —respondió la muchacha, desmintiendo con la expresión de su bello rostro la emoción que chispeaba en el rostro de Walker.

—Encontrar al Rey de Piedra y arrebatarle la piedra élfica negra, haciendo lo que sea con tal de conseguirlo —dijo Walker, haciendo un solemne gesto de asentimiento—. Además, en mi caso, recuperar el brazo perdido, y en el de Morgan, recuperar la magia de la espada de Leah. Haciendo lo que sea. He escuchado tus explicaciones. ¿De verdad que no te han dicho cómo podrías conseguir todo eso? ¿O hay secretos que nos ocultas, como dice Pe Eltar?

—Walker Boh —respondió Aurora sin acritud—. Tú retuerces mis preguntas y las diriges hacia mí. Los dos mantenemos oculta una parte de la verdad. Pero no podremos hacerlo durante mucho más tiempo. Haré un trato contigo. Cuando estés preparado para enfrentarte a tu verdad, yo me enfrentaré a la mía.

—Ya no me asusta la magia con la que nací —dijo Walker, esforzándose en comprender, estudiando las líneas de la cara de su compañera y memorizando sus curvas y ángulos como si fuera a desaparecer antes de que consiguiera grabarla en el recuerdo—. En una ocasión, mi sobrino Par Ohmsford me aseguró que la magia era un don y no una condena. No quise escucharlo. Me asustaban las implicaciones de tener magia. Más aún, sentía pánico.

Se detuvo como si una mano de hierro ahogara su voz y borrara sus pensamientos. Apareció la silueta de algo aterrador, una silueta que se había ido haciendo cada vez más familiar con el paso de los años. No tenía rostro, pero hablaba con las voces de Allanon y de Cogle, con la de su padre e incluso con la suya propia. Le hablaba de historia, de lo que era necesario hacer, y de los derechos de la humanidad. La rechazó con brusquedad.

—Me preocupa que sigas negándote a ti mismo —respondió Aurora en voz baja, inclinándose hacia delante y tocándole la cara con sus suaves dedos—. Hasta que sea demasiado tarde.

—Aurora...

—Hay un plan para la vida, para sus hechos y acontecimientos, para todo lo que

hacemos en el tiempo que se nos otorga —lo interrumpió la muchacha, cubriéndole la boca con los dedos para obligarlo a callar—. Si no nos asusta conocer ese plan, podemos comprenderlo fácilmente. El conocimiento no es suficiente si no va acompañado de la aceptación. Cualquiera puede darte conocimiento, Walker Boh, pero nadie puede enseñarte a aceptarlo. Eso tiene que venir de ti mismo. Por eso me ha enviado mi padre para que os trajera a Eldwist a Pe Eltar, a Morgan Leah y a ti. Por eso la combinación de vuestras magias liberará la piedra élfica negra y comenzará el proceso de sanación de las Cuatro Tierras. Sé que así será, y cuando llegue el momento sabré cómo hacerlo. Pero debo estar dispuesta a aceptar la verdad cuando eso suceda. Y también tú debes estarlo.

—Lo estaré...

—No, no estarás preparado, Walker, si no dejas de negar las verdades que ya conoces —volvió a interrumpirlo Aurora—. Eso es lo que debes comprender. Pero no quiero insistir más. Solo quiero que pienses en lo que te he dicho.

Se giró para darle la espalda. No fue un desaire; al menos ella no pretendía que lo fuera. Solo quería cortar la conversación, no para molestarle, sino para dejar que se explorara a sí mismo. Él se quedó mirándola un rato, y luego se replegó a su propio interior. Se entregó a las imágenes que las palabras de la muchacha habían conjurado. Pensó en voces de otros tiempos, en el mundo del que procedía y en sus juicios de valor equivocados, sus temores a lo desconocido, su sometimiento al control de otros, a unas reglas que no deseaba comprender. «Haz que regresen los druidas y Paranor», le había encargado Allanon. ¿Produciría eso un cambio en el mundo? ¿Haría que las Cuatro Tierras volvieran a ser lo que fueron? ¿Mejorarían las cosas? Lo dudaba, pero sabía que sus dudas se debían más a una falta de comprensión que al temor. ¿Qué tenía que hacer? Recuperar la piedra élfica negra, llevarla al desaparecido Paranor, y de algún modo, de alguna manera, hacer que la Fortaleza volviera a levantarse en el lugar que había ocupado en otras épocas. Pero ¿qué conseguiría con ello? Cogline estaba muerto. Todos los druidas habían desaparecido. No quedaba ninguno.

Excepto él.

¡No! Casi gritó la palabra. Aquello era lo que temía, de lo que siempre había intentado mantenerse apartado. Era la aterradora posibilidad que había arañado y desgarrado el escudo que le había protegido durante toda su vida.

¡Nunca abrazaría la causa de los druidas!

Sin embargo, era el último descendiente de Brin Ohmsford, el heredero del don que Allanon le había otorgado. «No para que lo uses en el transcurso de tu vida. Presévalo para las generaciones venideras. Un día será necesario de nuevo». Palabras del pasado lejano, incumplidas, obsesivas, pronunciadas por el espíritu del druida después de que hubiera muerto.

«¡Yo no poseo la magia! —gimió, desesperado—. ¿Por qué he de ser yo? ¿Por qué?».

Pero ya lo sabía. Porque era necesario. Era la respuesta que Allanon había dado a

todos los Ohmsford, a cada uno de ellos, año tras año, generación tras generación. Siempre.

Luchó desesperadamente contra el fantasma de su destino en el silencio de sus pensamientos, y perdió la noción del tiempo.

—Está oscureciendo, Walker Boh —dijo Aurora, interrumpiendo sus pensamientos.

Levantó la cabeza y vio que la luz había disminuido a medida que se acercaba el ocaso. Se puso de pie y contempló las llanuras. El istmo estaba desierto. No había ningún rastro de los urdas.

—Es muy tarde —dijo en voz baja, dirigiéndose hacia la escalera.

Bajaron deprisa, salieron del edificio y empezaron a seguir la acera hacia el extremo sur de la ciudad. Las sombras se agrandaban, formando manchas oscuras, y la luz se ocultaba tras el horizonte. Las aves marinas se habían retirado a descansar, y el golpeteo de las olas del océano se había reducido a un gemido distante. La piedra resonaba levemente bajo sus pies, como si les susurrara sus secretos para romper el silencio.

Cuando llegaron a la periferia de la ciudad, aminoraron el paso, avanzando con cautela, escrutando la penumbra en busca de cualquier indicio de peligro, pero no captaron ningún movimiento. La bruma retorció sus húmedos tentáculos en las ventanas vacías y en el enrejado de las alcantarillas, y tenían la sensación de que los observaba una presencia oculta. Delante, las llanuras del istmo, rotas, escabrosas y muertas, se perdían en la oscuridad.

Se alejaron de las paredes de los edificios y se detuvieron.

El cuerpo decapitado de Carisman estaba inerte, apoyado en un pilar de roca al final de la calle y atravesado por una docena de lanzas. Llevaba algún tiempo muerto, y la lluvia había limpiado la sangre de sus heridas.

Al parecer, los urdas se habían ido, llevándose la cabeza de Carisman.

«Hasta los niños pueden ser peligrosos», pensó Walker Boh con tristeza. Cogió la mano de Aurora y la apretó con fuerza. Intentó imaginar cuáles habrían podido ser los últimos pensamientos de Carisman, cuando comprendió que su familia lo había repudiado, y trató de convencerse de que no habría podido hacer nada para evitarlo.

Aurora se acercó más a él. Contemplaron el cuerpo decapitado del juglar muerto durante un momento, y después dieron media vuelta y regresaron a la ciudad.

Esa noche no regresaron a su refugio habitual, porque ya había oscurecido cuando salieron de las llanuras. Estaban demasiado lejos del búnker como para poder recorrer el camino sin ponerse en peligro.

No muy lejos, encontraron un edificio bajo con pasillos estrechos y sinuosos y habitaciones con puertas que daban al exterior en ambos extremos, y que constituían una vía de escape válida en caso de que apareciera el Cepo. Se acomodaron en el interior del edificio, con apenas luz suficiente para verse el uno al otro más allá del alcance de la mano. Cenaron frutas y verduras secas, pan duro y un poco de agua, e intentaron alejar de su mente el espectro de Carisman. El juglar muerto surgía en su memoria, en las palabras que no pronunciaban, entre el débil y suave rumor de las olas del océano. Su cara aparecía en las sombras que ellos mismos proyectaban, y su voz susurraba en el sonido de sus respiraciones. Walker Boh miraba a Aurora sin verla. Pensaba en Carisman y en que él había permitido que se marchara cuando podía haberlo evitado. Cuando Aurora le tocó el brazo, apenas fue consciente de la presión de sus dedos, y cuando la muchacha leyó sus pensamientos con el contacto, no se dio por enterado. Se sentía vacío e increíblemente solo.

Más tarde, mientras Aurora dormía, volvió a ser consciente de su presencia. Se le habían agotado los reproches, y su pena se había evaporado. El espectro de Carisman se desvaneció, confinado al fin en el lugar y el tiempo que le correspondían. Walker se quedó sentado en un cúmulo de oscuridad que lo presionaba contra la piedra de las paredes, el techo y el suelo. El silencio era una manta que podía asfixiarlo, y el tiempo, el instrumento con el que medía la proximidad de su propia muerte. Como si alguno de ellos tuviera la muerte lejos. Contempló a la muchacha dormida junto a él, observando las rítmicas subidas y bajadas de su pecho con cada respiración. Estaba tumbada de lado, con la cara oculta por un brazo doblado y la melena de plata extendida como un abanico resplandeciente. Vio el lento y estable latido de su pulso en la fina columna de su garganta, estudió las hondonadas de su rostro, donde las sombras se plegaban y acumulaban, y siguió la línea de su cuerpo cubierto por una ropa que no conseguía ocultar su perfección. Era un fragmento de vida, frágil a pesar de la magia que poseía, y él no podía evitar la sensación de que, a pesar de la confianza que tenía en su padre y la capacidad de mando que había mostrado durante el viaje, estaba en peligro. La sensación era esquiva y parecía infundada, pero cobró vida en sus instintos y su presciencia, nacida de la magia que había heredado de Brin Ohmsford, que aún latía y fluía en su interior, mientras la marea de la confianza en sí mismo crecía y decrecía. No podía librarse de la sensación. Aurora estaba en peligro, y no sabía cómo salvarla.

La noche proseguía su lento progreso hacia el alba y él seguía despierto. Era evidente que todos estaban en peligro, por lo que el riesgo que, según su presentimiento, corría la hija del Rey del río de Plata podría no ser más que la sensación del peligro que los amenazaba a todos. Ya había conseguido acabar con la vida de Carisman, y tal vez también acabara con la de Aurora. Tal vez su temor no se basaba en la muerte de Aurora, sino en que pudiera morir antes de que le revelara los secretos que conocía, y sospechaba que eran muchos. El hecho de que los ocultara tan bien lo enfurecía. Se sorprendió ante la ira que provocó en él esta reflexión. Aurora lo había puesto frente a frente con sus miedos y temores más oscuros, para después dejarlo a solas con ellos. Toda su vida había estado ensombrecida por el temor a que el misterioso legado de Allanon a los Ohmsford, que había sido entregado a Brin trescientos años antes y se había transmitido intacto de generación en generación, pudiera exigirle que lo utilizara. Había vivido con ese fantasma desde la infancia, consciente de su existencia, como toda su familia, y viendo que no solo no se desvanecía, sino que adquiría mayor consistencia con el paso de los años. La magia de los Ohmsford estaba dentro de él como lo había estado dentro de sus antepasados. Allanon le había enviado los sueños, y Cogline lo había convertido en su alumno, lo había instruido en la historia de su arte y en la causa de los druidas. Allanon le había encomendado la misión de restaurar Paranor y propiciar el regreso de los druidas.

Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo. Cada paso que daba lo acercaba de forma inexorable a lo inevitable. El legado lo había estado esperando a él. El fantasma que lo había perseguido durante tantos años le reveló un rostro aterrador.

Él tenía que recuperar la piedra élfica negra y restaurar Paranor. Él tenía que convertirse en el próximo druida.

Se hubiera reído ante lo ridículo de la idea, pero estaba demasiado asustado. Le repelía lo que los druidas habían hecho a la familia Ohmsford. Estaba convencido de que eran unos manipuladores siniestros que solo servían a sus propios intereses. Había pasado toda su vida intentando librarse de esa maldición. Pero era algo más que eso. Allanon, el último de los verdaderos druidas, había muerto, y Cogline, el último de los que habían estudiado ese arte, también había muerto. Estaba completamente solo. ¿Quién iba a enseñarle lo que un druida debía saber? ¿Tendría que averiguar él solo la manera de ahondar en los conocimientos de la magia? ¿Tendría que ser su propio maestro? ¿Cuántos años tardaría en lograrlo? ¿Cuántos siglos? Si se necesitaba la magia de los druidas para combatir a los umbríos, esa magia no podía extraerse pausadamente de las *Historia de los druidas* y de los otros libros que habían enseñado a todos los druidas anteriores. El tiempo no dejaba espacio para la calma.

Apretó con fuerza los dientes. Era una locura pensar convertirse en druida, incluso si estuviera dispuesto, incluso en caso de que lo deseara, incluso si el fantasma que lo había asustado durante tantos años fuera él mismo.

¡Locuras!



Los ojos de Walker chispearon mientras escrutaba la penumbra de la habitación para escapar de su angustia. ¿Dónde estaban las respuestas que necesitaba? ¿Las guardaba Aurora? ¿Formaban parte de las verdades que se guardaba para sí misma? ¿Conocía ella el futuro que le esperaba? Extendió la mano para despertarla, pero se contuvo. No, pensó. El conocimiento de la muchacha era tan escaso e imperfecto como el suyo propio; se reducía simplemente a una sensación de lo que podría ser, un vislumbre de las posibilidades del futuro, una presciencia similar a la suya. Era una de las razones de su afinidad, las habilidades y los usos de la magia que ambos compartían. Trató de controlar sus pensamientos, abrió la mente y la miró como si sus ojos pudieran atravesarla. Sintió el roce de algo cálido y generoso, su presencia dormida, espontánea y revelada. Le recordó a su madre en la época en que él era pequeño, cuando aún necesitaba de su apoyo y su consuelo. De algún modo, ella era un puente hacia su futuro. Lo abría a las posibilidades de lo que podría ser. Vio los colores de su vida, las texturas y los dibujos que podían entrelazarse, los métodos que podría poner a prueba. Él era una tela que había que cortar y confeccionar, pero carecía de los instrumentos necesarios para hacerlo, y también de la comprensión que precisaba para la tarea. Aurora se esforzaba en proporcionarle ambas cosas.

Se quedó adormilado, sentado con la espalda apoyada en la pared, con las piernas dobladas contra el pecho y la cara enterrada en la capa. Cuando despertó, la muchacha lo estaba mirando. Se observaron en silencio durante un momento, intentando descubrir las carencias del otro.

—Estás asustado, Walker Boh —dijo Aurora, rompiendo el silencio.

—Sí, Aurora —respondió Walker, esbozando una leve sonrisa—. Siempre he tenido miedo. Durante toda mi vida he temido este momento, esto que me está sucediendo ahora. He huido, me he escondido de ello, he implorado por que desapareciera. He luchado con todas mis fuerzas para contenerlo. La mejor técnica para conseguirlo consistía en ejercer un control férreo y estricto sobre mi vida. Si lograba dominar mi destino, este nunca llegaría a ejercer su poder sobre mí. Dejaría el pasado para los demás, y me ocuparía exclusivamente de mi presente.

»Los druidas han alterado la vida de muchos miembros de la familia Ohmsford, de los descendientes de la casa de Shannara, durante varias generaciones —prosiguió Walker, estirando las piernas ante sí—. Nos han utilizado, nos han obligado a intervenir según sus intereses. Han cambiado nuestra existencia, nos han convertido en esclavos de la magia cuando solo éramos sus portadores. Han modificado la composición de nuestra mente, de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu. Nos han subvertido, y aún no se sienten satisfechos. ¡Mira lo que esperan ahora de nosotros! ¡Mira lo que esperan de mí! Tengo que deshacerme del papel de esclavo para adoptar el de amo. Tengo que recuperar la piedra élfica negra... una magia que ni siquiera puedo comprender. Tengo que utilizarla para devolver a este mundo el desaparecido Paranor. Pero ni siquiera eso es suficiente, también tengo que hacer que regresen los druidas. Sin embargo, ya no quedan druidas. Solo estoy yo, y si solo estoy yo...

Se ahogó con sus propias palabras. Su resolución se tambaleó y le falló la resignación. Entonces volvió a sentirse invadido por la furia, un eco discordante y amargo en el silencio.

—¡Dímelo! —suplicó, intentando contener su ansiedad.

—Pero si no lo sé —respondió Aurora en voz baja.

—¡Tienes que decírmelo!

—Walker... —empezó a responder Aurora con lágrimas en los ojos.

—¡No puedo ser lo que Allanon me pide que sea... lo que exige que sea! ¡No puedo! —aspiró profundamente para tranquilizarse—. ¿No lo ves, Aurora? Si he de hacer que regresen los druidas convirtiéndome en uno de ellos, si tengo que hacerlo porque no hay otra manera de que las razas sobrevivan a los umbríos, ¿tendré que ser como ellos? ¿Tendré que controlar las vidas de aquellos a quienes afirmo ayudar, aquellos que son miembros de la familia Ohmsford, Par, Coll y Wren? ¿Durante cuántas generaciones he de ejercer ese control? Si he de ser druida, ¿estaré obligado a ello o podré hacer otra cosa?

—Walker Boh —respondió Aurora con voz suave pero apremiante—. Serás lo que debas ser, pero seguirás siendo tú mismo. No estás atrapado en una telaraña de magia druídica que haya condicionado tu vida, que te haya obligado a seguir un camino y solo uno. Siempre hay posibilidad de elección. Siempre.

De repente, a Walker le pareció que se refería a algo más. Su rostro perfecto se tensó a causa de algún tormento interno, e hizo una pausa para devolverle su apariencia normal.

—Te asusta tu futuro aun sin conocerlo. Estás paralizado por las dudas y recelos que tú mismo te has creado. Te han sucedido muchas cosas, Walker, y eso es motivo más que suficiente para que cualquier hombre dude. Has perdido a seres muy queridos, tu hogar, un pedazo de ti mismo, tanto en cuerpo como en espíritu. Has visto el fantasma de un miedo de la infancia tomar forma y te ha amenazado con hacerse real. Estás lejos de todo lo que te es familiar. Pero no debes desesperarte.

—Ya estoy desesperado —respondió Walker, el terror que sentía reflejado en sus ojos—. Voy a la deriva, Aurora, y siento que me alejo de todo.

—Entonces apóyate en mí, Walker Boh —respondió la muchacha, extendiendo una mano y cogiendo las suyas—. Y deja que yo me apoye en ti. Así nos mantendremos a flote el uno al otro.

Se acercó más a él, y su pelo de plata se extendió sobre la capa oscura cuando apoyó la cabeza en su pecho. No habló, sino que se limitó a quedarse descansando allí, aún cogiéndole de la mano, mezclando su calor con el de él. Walker Boh apoyó la barbilla en los cabellos de la muchacha y cerró los ojos.

Entonces cayó en un sueño reparador, libre de pesadillas y de despertares súbitos, sujeto por hilos invisibles que lo mantenían en su lugar. Dejó de sentirse a la deriva, como ella le había prometido, y no tuvo más visiones inquietantes y angustiosas. Quedó en paz, envuelto en una calma reconfortante y tranquilizadora. Había unas

manos de mujer que lo sujetaban: las manos de Aurora.

Se despertó al amanecer, y se puso en pie mientras sus ojos se adaptaban a la débil luz gris. De más allá del laberinto de habitaciones y pasillos que lo separaba del mundo exterior le llegó el suave golpeteo de la lluvia. Aurora no estaba allí. La buscó, un poco preocupado, y enseguida la encontró ante las ventanas que se abrían en la fachada norte, escrutando a través de la bruma. Los edificios y las calles de piedra brillaban a causa de la humedad, que les devolvía un reflejo retorcido y grotesco. Eldwist saludaba al nuevo día como un cadáver, ciega y rígida. Extendía en la distancia sus hileras de edificios, sus tramos de calles; una simetría de diseño y construcción monótona, dura y carente de vida. Walker se puso junto a Aurora y notó la opresión de la ciudad a su alrededor.

Los ojos negros de la muchacha se volvieron para encontrarse con los suyos; su cabellera de plata era lo único que se destacaba en la penumbra.

—Te di todo el apoyo que pude, Walker Boh —le dijo—. ¿Fue suficiente?

Se tomó un momento para contestar. El muñón del brazo le dolía y las articulaciones de su cuerpo estaban entumecidas y respondían con lentitud a sus órdenes. Tenía la sensación de que se encontraba dentro de una gran concha, y que su espíritu había quedado reducido al tamaño de un guijarro. Sin embargo, estaba extrañamente animado.

—Recuerdo a Carisman —dijo al fin—, decidido a ser libre a toda costa. A mí también me gustaría liberarme de mis dudas y temores, de mí mismo, de aquello en lo que puedo convertirme. Pero eso no será posible hasta que haya descubierto el secreto de la piedra élfica negra y la verdad que yace tras los sueños del espíritu de Allanon.

—Yo también querría ser libre —respondió Aurora en voz baja, esbozando una leve sonrisa que sorprendió gratamente a Walker. Parecía ansiosa por explicarlo, pero apartó con rapidez la mirada—. Tenemos que encontrar a Uhl Belk.

Abandonaron su refugio y salieron al exterior, a la lluvia que seguía cayendo. Anduvieron por las silenciosas calles del norte de Eldwist bajo las sombras y la penumbra, protegidos por sus capas de leñador, ensimismados en sus pensamientos.

—Eldwist es una tierra sumergida en el invierno que espera la llegada de la primavera —dijo Aurora—. Está cubierta de piedra como otros lugares están cubiertos de nieve. ¿Puedes sentirlo? Hay semillas plantadas y, cuando la nieve se derrita, esas semillas germinarán.

—Solo hay piedra en Eldwist, Aurora —respondió Walker, sin saber de qué le hablaba la muchacha—. Todo lo que hay en la península de orilla a orilla, de punta a cabo, es piedra. Aquí no hay semillas ni nada que recuerde a los bosques o los prados, a árboles, flores o hierba. Solo Uhl Belk y los monstruos que lo sirven. Y nosotros.

—Eldwist es una gran mentira —dijo Aurora.

—¿Una mentira de quién? —preguntó Walker. Pero la muchacha no respondió.

Recorrieron la calle durante casi una hora, manteniéndose en las aceras, con los

oídos aguzados para captar el sonido de cualquier cosa que se moviera. Pero solo había silencio, con la excepción del ritmo sostenido de la lluvia. Incluso Fauces Ávidas parecía dormir en aquellos momentos. El agua se acumulaba y formaba riachuelos que corrían por los badenes, arrastrando la arena y el polvo que el viento había esparcido. Los edificios los vigilaban como si fueran testigos mudos e indiferentes, como centinelas insensibles. Las nubes y la niebla se mezclaban y luego descendían hasta rozar la tierra, envolviéndolos. Las cosas empezaron a desaparecer de la vista; primero las torres, luego fachadas enteras y hasta trozos de calle. Walker y Aurora sintieron un brusco y repentino cambio en el mundo, como si se hubiera liberado una extraña presencia. Los fantasmas salieron a jugar, siluetas oscuras que se levantaban del suelo para bailar en los límites de su visión, no del todo reales ni con formas del todo definidas. Unos ojos observaban desde las alturas, a través de la piedra. Unos dedos les rozaban la piel, gotas de lluvia, jirones de niebla y algo más. Walker se fundió con lo que sentía, un viejo truco, una mezcla de sí mismo con las sensaciones externas, para conseguir una pequeña penetración en el origen de aquello que se ocultaba. Poco después captó una extraña presencia, oscura, huraña, antigua, un ser dotado de poder. Pudo escuchar su respiración y casi pudo verle los ojos.

—Walker —lo llamó Aurora en voz baja.

Una figura surgió de la bruma, cubierta con capucha como ellos e inquietantemente cerca. Walker se puso delante de la muchacha y se detuvo. La figura se detuvo también. Sin decir palabra, se observaron. Entonces las nubes se movieron, cambiando el ángulo de la luz, y la penumbra se oscureció.

—¿Aurora? —preguntó una voz insegura. Walker Boh avanzó de nuevo. Era Morgan Leah.

Se estrecharon la mano, y Aurora abrazó al empapado joven montañés y le besó la cara apasionadamente. Walker los observó sin hablar, consciente de la atracción que existía entre ellos, sorprendido de que Aurora la aceptara. Vio la forma en que cerró los ojos en los brazos de Morgan y creyó comprender. La muchacha se lo permitía porque todo eso era nuevo para ella. Había sido creada hacía poco, y aunque su padre le había infundido sentimientos humanos, no había tenido oportunidad de experimentarlos hasta entonces. El rostro de Walker quedó cubierto por una nube de tristeza. Aurora intentaba vivir una vida plena.

—Walker. —Morgan se acercó a él, rodeando con un brazo a la muchacha—. Os he estado buscando por todas partes. Pensaba que os había pasado algo malo.

El muchacho les relató sus aventuras: su caída con Horner Dees por la trampa que se había abierto, cómo habían caído por la pendiente interior, y su enfrentamiento con el horroroso Fauces Ávidas, que dormía debajo. Sus ojos destellaban mientras se esforzaba en describir cómo había conseguido invocar la magia de la espada de Leah, una magia que ya creía perdida. Con su ayuda consiguieron escapar. Se refugiaron en un lugar cercano para pasar la noche, y al amanecer regresaron al lugar donde habían dejado a los otros miembros del grupo. Pero el edificio estaba vacío y no había señal

alguna de que nadie hubiera regresado. Preocupado por Aurora («Por todos», se apresuró a añadir), dejó a Dees de guardia en el refugio por si llegaban y salió en su búsqueda.

—Horner Dees quería venir, pero conseguí convencerlo. La verdad es que, si por él fuera, nunca volvería a ir a ningún sitio; al menos hasta el momento en que nos marchemos de aquí. —El joven montañés esbozó una amplia sonrisa—. Ya está harto de Eldwist y de sus trampas. ¡Quiere regresar cuanto antes a la cervecería de Pendiente Escarpada! —Miró a su alrededor, extrañado—. ¿Dónde está Carisman?

Ahora les tocaba hablar a ellos, y fue Aurora quien tomó la palabra. Relató los hechos que habían conducido a la muerte del juglar con voz firme y compasiva. Cuando la muchacha concluyó, el rostro de Morgan Leah reflejaba su desesperación y furia por el trágico suceso.

—Nunca lo entendió, ¿verdad? —preguntó el joven montañés, y las emociones que estaba reprimiendo amenazaron con ahogarlo—. ¡Nunca entendió nada! Creía que su música era la solución para todo.

Se volvió un instante, dando la espalda a sus compañeros para ocultar su expresión, con las manos sobre las caderas en actitud desafiante, como si con ello pudiera cambiar lo ocurrido.

—¿Dónde vais ahora? —preguntó. Walker miró a Aurora.

—Creemos que Uhl Belk se esconde dentro de la cúpula —dijo la muchacha—. Estábamos buscando una entrada en el momento en que aparecieron los urdas, y ahora íbamos a regresar para continuar la búsqueda.

—Entonces os acompaño —dijo Morgan, volviéndose hacia sus compañeros, ya con expresión serena—. Más vale que Horner descanse. Podremos reunirnos con él al anochecer. —Les dirigió una mirada casi altanera—. Así es como debería ser. Nosotros tres solos.

—Si lo deseas, puedes venir, Morgan —dijo Aurora en tono conciliador, mientras Walker se limitó a hacer un gesto de asentimiento.

Reemprendieron la marcha, tres figuras empapadas casi invisibles en la niebla.

Walker iba delante como un fantasma de cara pálida, convertido en líder porque Aurora se había quedado un paso atrás para estar junto a Morgan, que se contentaba con seguirlos. Se encorvó para protegerse de la lluvia, sintió la mordedura de una ráfaga de viento momentánea y un gran vacío interior que amenazaba con engullirlo. Se internó en ese vacío e intentó aferrarse a una parte de su magia, una fuerza en la que poder apoyarse, pero esta lo eludía como una serpiente esquivada. Miró hacia delante a través de la fina cortina de lluvia y observó cómo las sombras perseguían la luz. El espectro de su destino se burlaba de él: un leve temblor en un charco de agua, un jirón de niebla en un portal, una piedra oscurecida por la humedad que brillaba como un espejo. En todas esas cosas veía la cara de Allanon.

Al llegar al final de la calle, el oscuro bulto de la cúpula apareció ante ellos como la concha de un crustáceo dormido. Los tres cruzaron la calle para acercarse,

sintiéndose diminutos en comparación. Walker contempló la cúpula en silencio, consciente de que Morgan y Aurora esperaban que hiciera algo, y de había algo más que esperaba, expectante. Aquello. La presencia que había percibido antes se dejó sentir aún con más fuerza, más dispuesta, más segura. Y observaba. Observaba en silencio. Walker permaneció inmóvil. Sentía ojos a su alrededor, como si no existiera dónde huir de aquella mirada. La piedra de la ciudad era una mano que lo mecía, pero que podía cerrarse de repente y acabar con su vida. La presencia deseaba que fuera consciente de ello, que fuera consciente de su insignificancia, de la inutilidad de su búsqueda, del sinsentido de su vida. Se abatía sobre él, presionando igual que la lluvia y la niebla. «Vete a casa —oyó que le decía en voz baja—. Márchate ahora que aún estás a tiempo».

Pero Walker no se marchó. Ni siquiera retrocedió un paso. Ya se había enfrentado a suficientes amenazas, a suficientes seres oscuros que vagaban por la tierra, para saber lo que estaban intentando. La presión no era aplastante; era irónica y excéntrica, como si tratara de causar un efecto opuesto al que parecía. «No te marches —parecía decir—, pero recuerda que te he advertido».

Walker Boh se dirigió hacia el lugar donde el muro era más ancho entre las franjas de piedra. La muerte lo rozó, una gota de lluvia atrapada en el viento. Era extraño, pero sintió la presencia de Cogleine junto a él, como si el fantasma del anciano se hubiera levantado de las cenizas de la Chimenea Rocosa para ver a su alumno poner en práctica las habilidades que le había enseñado, y así juzgar su pericia. «Nunca conseguirás librarte de la magia», oyó que le decía su voz. Contempló durante un breve instante la deteriorada superficie del muro, con el agua de lluvia serpenteando por las depresiones irregulares, arroyos de plata que brillaban como los cabellos de Aurora. Se sumergió de nuevo en su interior en busca de la magia, y esta vez consiguió asirla. Utilizó su fuerza como armadura, se revistió de ella como si se dispusiera a librar una batalla contra la piedra que tenía delante; después extendió su única mano y apretó los dedos contra el muro.

Sintió que la magia fluía en su interior, ardiente como el fuego, extendiéndose desde su pecho hasta el brazo y desde la punta de sus dedos hasta...

Se produjo un temblor, y la piedra se retiró ante él, retrocediendo como un animal que se hubiera quemado. Se oyó un largo y profundo gemido, un sonido de piedra contra piedra, y un aullido, como si entre ambas hubieran aplastado algo vivo. Aurora se encogió como un pajarillo asustado, con el pelo de plata echado hacia atrás y los ojos brillantes con una viveza extraordinaria. Morgan Leah desenvainó el espadón que llevaba colgado a la espalda con un rápido movimiento.

El muro se abrió, no como lo haría una puerta que gira o un panel que se alza, sino como una tela rasgada de arriba abajo. Se abrió como una boca deseando tragárselos. Cuando dejó un hueco de unos seis metros de anchura, se detuvo. Se quedó inmóvil, con los bordes de piedra lisos y fijos y el aspecto de un portal que siempre había estado en aquel lugar.

«Una entrada», pensó Walker Boh. Aquello era precisamente lo que habían ido a buscar.

Aurora y Morgan Leah se detuvieron a su lado, expectantes. Él no los miró, sino que mantuvo los ojos puestos en la abertura, en la oscuridad de su interior, en aquel mar de sombras impenetrables. Escrutó y escuchó, pero no consiguió ver ni oír nada.

En cualquier caso, sabía lo que estaba esperándolo.

Oyó cantar a Carisman en su mente. «Ven aquí», le dijo la araña a la mosca. Con la muchacha a un lado y el joven montañés al otro, Walker cruzó la entrada.

A menos de tres metros de la entrada de la cúpula se vieron rodeados de una oscuridad tan densa que ocultaba por completo todo lo que había más allá. Walker les indicó que se detuvieran para dar tiempo a que sus ojos se adaptaran a las nuevas condiciones, y entonces pudieron escuchar el silencio desvanecerse el eco de sus pisadas. Después solo quedó el sonido de su respiración. Tras ellos, la débil luz gris del día era un delgado hilo que los conectaba con el mundo exterior y que se cortaría al instante. La piedra rozó de nuevo contra la piedra, y la abertura que les había dado paso al interior se cerró. Ninguno de ellos intentó impedirlo; de hecho, estaban esperando que sucediera. Permanecieron juntos en la quietud que siguió, plenamente conscientes de la tranquilizadora presencia de los otros, aguzando los oídos para captar el sonido de cualquier movimiento extraño y esperando a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad y les permitieran ver algo. La sensación de vacío era completa. El interior de la cúpula parecía una tumba enorme en la que no había ningún ser vivo desde hacía siglos. El aire, rancio y mohoso, era gélido, impregnado de un frío cortante que entraba por la boca y la nariz y se asentaba en el estómago, por lo que pronto empezaron a tiritar. Incluso en la impenetrable oscuridad, a Walker Boh le pareció que podía ver el vaho de su respiración.

Los tres esperaron con impaciencia mientras pasaban los segundos, marcados por los latidos del corazón. Estaban seguros de que iba a ocurrir algo, de que alguien iba a aparecer. A menos que los hubieran atraído a la cúpula para asesinarlos, pensó Walker. Pero no creía que ese fuera el caso. De hecho, ya no creía, como al principio, que hubiera alguna fuerza activa con la misión de eliminarlos. La naturaleza de su vínculo con Eldwist le hacía creer que la ciudad funcionaba de manera impersonal para librarse de los intrusos, pero que no reaccionaba de inmediato cuando fallaba. Eldwist no se basaba en la velocidad, sino en la constancia. Tarde o temprano, los intrusos cometerían un error, se descuidarían y acabarían cayendo en una de las numerosas trampas o en las garras del Cepo. Walker apostaba a que la suposición de Aurora era correcta, que hasta hacía muy poco el Rey de Piedra había ignorado su presencia o, si la había percibido, le había preocupado muy poco. No se puso en guardia hasta que Walker utilizó la magia contra la concha que lo encerraba. Ni siquiera se había inquietado cuando la utilizaron contra el Cepo. Pero ahora sentía curiosidad, y esa era la razón por la que les había permitido que entraran.

Walker se contuvo. Tenía la sensación de que había pasado algo por alto. Si continuaban inmóviles de pie en la oscuridad, no sucedería nada, aunque esperaran todo aquel día y el siguiente. El Rey de Piedra los había dejado entrar por alguna



razón; quizá para ver qué harían.

O qué eran capaces de hacer.

—Pase lo que pase —dijo Walker extendiendo el brazo primero hacia Morgan y después hacia Aurora, acercando sus cabezas a la de él y hablando solo para la muchacha con voz apenas audible—, recuerda que no puedes hacer nada que le revele tu magia al Rey de Piedra.

Se separó de ellos, levantó la mano, chasqueó los dedos y una llama plateada cobró vida.

Miraron alrededor. Se encontraban en un túnel corto que conducía a una abertura. Con la llama ante sí, Walker empezó a caminar. Cuando llegaron al final del túnel, apagó la llama, convocó la magia por segunda vez, y lanzó una rociada de fuego plateado a la oscuridad.

Walker dejó que la magia se esparciera por doquier. La ráfaga de luz voló hacia lo desconocido, planeando a través de las sombras, capturándolas en su luz y elevándose hasta que todo lo que les rodeaba quedó revelado. Se encontraban en la entrada de un enorme espacio redondo, un ruedo bordeado de filas de asientos que se perdían en la penumbra. El techo de la cúpula se elevaba hacia lo alto, y sus vigas de piedra se arqueaban desde la cúspide hasta el suelo. Tramos de escaleras subían entre las filas de asientos, y una barandilla circundaba la arena. Todo era de piedra, antigua y desgastada por el tiempo, dura y lisa. En las gradas se abrían varios túneles sombríos similares al que habían atravesado para llegar allí, agujeros negros que se hundían en el suelo y desaparecían.

En el centro del ruedo había una gran estatua de piedra, deteriorada y apenas reconocible. Representaba a un hombre encorvado en actitud reflexiva.

Walker dejó que el fuego se detuviera y su luz se esparciera por doquier. La enorme cúpula estaba vacía, y el sonido de sus pasos era lo único que rompía el silencio opresivo. Al parecer, lo único vivo que había allí eran ellos mismos. Con el rabillo del ojo vio que Morgan avanzaba y alargó la mano para impedirselo. Aurora cogió del brazo al joven montañés en actitud protectora. La mirada de Walker recorrió el ruedo, los túneles negros que desembocaban en él, las gradas que lo circundaban, las vigas y el techo, y de nuevo el ruedo. Se detuvo cuando llegó a la estatua. Nada se movía. Pero no le cabía la menor duda de que allí había algo. Sentía, con más fuerza que antes, la misma presencia que había sentido cuando estaba fuera.

Avanzó muy despacio y con cautela, seguido de Morgan y Aurora. De momento, estaba al mando. La deferencia de Aurora era una forma de reconocer sus limitaciones. Ella no podía utilizar la magia y, por tanto, dependía de él. Walker sacó una fuerza insospechada en esa dependencia. Ya no había tiempo para las dudas y los temores, ni para reflexionar sobre quién y qué debía ser. Una determinación vehemente ardía en su interior. Se dio cuenta de que era mejor estar al mando y aceptar la responsabilidad de lo que fuera a suceder. Siempre había sido así. En ese preciso momento, y por primera vez en su vida, comprendió que siempre sería así.

La estatua se elevaba frente a ellos, un enorme pedazo de piedra que parecía desafiar la luz que Walker había invocado para espantar a la oscuridad. El pensador miraba a otro lado. Era una figura nudosa y pesada, que no estaba sentada ni arrodillada, con un brazo doblado sobre el estómago y el otro, con la mano cerrada, levantado para servir de apoyo a la barbilla. Cabía la posibilidad de que hubiese llevado una capa o hubiera estado cubierto de pelo, aunque eso era difícil de discernir. La base sobre la que se asentaba, que era un pedestal bastante extraño, parecía unir las piernas de la estatua al suelo, como si la roca se hubiera fundido en una época lejana. Carecía de inscripción.

Se acercaron a la estatua y empezaron a rodearla. El rostro apareció lentamente en su campo de visión. Era la cara de un monstruo, devastada y contraída, una masa de protuberancias y nudos, como si estuviera a medio terminar. Sus ojos de piedra miraban sin ver debajo del entrecejo fruncido. El horror había quedado plasmado en sus rasgos; había demonios que nunca se liberarían atrapados en aquellas facciones. Walker Boh, inquieto, apartó la mirada para fijarla en la cúpula.

—Walker —dijo Aurora en voz muy baja, estremeciéndose como un cervatillo asustado.

Estaba mirando la estatua. Walker se giró con la rapidez de un gato para seguir la mirada de la muchacha.

Los ojos de la estatua se habían movido para fijarse en él.

Oyó el roce metálico producido por la hoja de Morgan al abandonar la vaina. La cabeza deforme de la estatua empezó a volverse. La piedra chirriaba al hacerlo, sin agrietarse, sino adaptándose de forma extraña, como si fuera al mismo tiempo sólida y líquida. La cúpula hueca recogió el chirrido, multiplicándolo en forma de eco. Los brazos se movieron, y después los hombros. El torso giró, y la piedra rascó y crujió, haciendo que a Walker se le erizaran los pelos de la nuca.

—¿Quién eres? —preguntó la estatua, abriendo la boca con un roce de piedra contra piedra.

Walker se quedó tan asombrado por lo que estaba viendo con sus propios ojos que fue incapaz de articular una sola palabra. Permaneció inmóvil, anonadado. La estatua tenía vida: era una cosa de piedra, aterradora, moldeada por la mano de un loco, carente de carne y hueso, pero dotada de vida.

Un segundo después comprendió, pero ni siquiera entonces pudo pronunciar el nombre de la criatura.

—Uhl Belk —dijo Aurora en voz baja.

—¿Quién eres? —insistió la estatua.

Aurora dio un paso al frente, pequeña e insignificante a la sombra del Rey de Piedra, con el cabello plateado tras los hombros.

—Me llamo Aurora —respondió la muchacha con una voz fuerte y segura, que reverberó en el silencio—. Estos son mis compañeros, Walker Boh y Morgan Leah. Hemos venido a Eldwist a pedirte que devuelvas la piedra élfica negra.

—La piedra élfica negra me pertenece —dijo Uhl Belk, girando levemente la cabeza entre el rechinar de la piedra.

—No, Uhl Belk, pertenece a los druidas. Tú la robaste en la Sala de los Reyes para traerla a Eldwist. Ha llegado el momento de que la devuelvas.

—¿Quién eres? —preguntó el Rey de Piedra, rompiendo el tenso silencio que se había hecho tras las últimas palabras pronunciadas por Aurora.

—No soy nadie.

—¿Vas a usar la magia contra mí?

—No.

—¿Y qué me dices de los que te acompañan? ¿Ellos tienen magia?

—Solo un poco. Morgan Leah tenía una espada que le dieron los druidas y que estaba imbuida de la magia del Cuerno del Hades. Pero ahora está rota; su hoja está quebrada y ha perdido la magia. Walker Boh tenía la magia que heredó de sus antepasados, de la casa élfica de Shannara. Pero la perdió casi toda a causa de los daños que ha sufrido en el brazo y el espíritu. Todavía ha de recuperarla. No, no poseen una magia que pueda causarte ningún daño.

Walker estaba tan aturdido que apenas lograba dar crédito a lo que oía. En unos segundos, Aurora los había desarmado por completo, y había revelado no solo el objeto de su búsqueda, sino también que carecían de la más mínima posibilidad de éxito. Había admitido que estaban indefensos ante aquella criatura, que eran incapaces de obligarla a que les diera lo que pedían. Hasta había eliminado su único recurso: el factor sorpresa. ¿En qué estaba pensando?

Parecía que Uhl Belk se hacía la misma pregunta.

—¿He de entregar la piedra élfica negra solo porque tú me lo pides y dársela a tres mortales de vidas limitadas? ¿Una muchacha sin magia, un manco y un espadachín con una espada rota?

—Es necesario, Uhl Belk.

—Soy yo quien decide lo que es necesario en el reino de Eldwist. Yo soy la ley y el poder que ejecuta esa ley. No hay más justicia que la mía, ni otras exigencias más que las mías. ¿Acaso alguien puede oponerse a mí? Ninguno de vosotros, que sois tan insignificantes como el polvo que vuela sobre la superficie de mi piel y se pierde en el mar. —Hizo una pausa—. La piedra élfica negra es mía.

Aurora no respondió, sino que continuó mirando los agrietados ojos del Rey de Piedra. El enorme cuerpo de Uhl Belk volvió a girar, moviéndose como si estuviera sumergido en arenas movedizas, entre los agudos chirridos de la piedra.

—Tú —dijo el Rey de Piedra, señalando a Walker con un dedo extendido—. El Áspid reclamó una parte de ti. Puedo sentir su hedor en tu cuerpo. Sin embargo, todavía vives. Eres un druida.

—No —respondió Aurora—. Es un mensajero de los druidas. Ellos lo han enviado para que recupere la piedra élfica negra. Su magia consiguió salvarlo del veneno del Áspid. Reclama la piedra élfica de forma legítima. Los druidas lo avalan.

—Todos los druidas están muertos.

Aurora no dijo nada, sino que aguardó la reacción del Rey de Piedra, plantada con arrogancia ante él. Un rápido movimiento de uno de aquellos voluminosos brazos y quedaría aplastada. No parecía importarle. Walker dirigió una rápida mirada a Morgan, pero los ojos del joven montañés estaban fijos en la cara de Uhl Belk, inmovilizados por su fealdad, hipnotizados por el poder que veía reflejado en ellos. Se preguntaba qué podía hacer él, qué estaba haciendo allí.

Entonces el Rey de Piedra volvió a hablar, un lento crujir en el silencio.

—Vivo desde el principio y viviré mucho después de que vosotros hayáis quedado reducidos a polvo. Fui creado por la Palabra y he sobrevivido a todo aquello que nació conmigo a excepción de uno, y ese también desaparecerá pronto. No me preocupa nada de este mundo, salvo la conservación de lo que está bajo mi dominio: la piedra eterna. Es la piedra la que resiste todas las cosas, la que es inalterable y duradera, y lo más cercano a la perfección que se puede conseguir. Soy el que da la piedra al mundo, el arquitecto de lo que ha de venir. Utilizo todos los medios necesarios para cumplir mi objetivo. Por eso cogí la piedra élfica negra y me apropié de ella.

La cúpula repitió sus palabras, y después el eco se perdió en el silencio. Las sombras se alargaban y la luz de Walker empezaba a disminuir. La magia se debilitaba. Walker sentía que lo que estaban haciendo era inútil. Morgan había bajado la mano que sostenía la espada. ¿Qué sentido tenía utilizar un arma de hierro contra algo tan antiguo e inmutable como aquello? Solo Aurora parecía esperanzada.

—Los druidas no son nada comparados conmigo. Las precauciones que tomaron para salvaguardar la magia fueron inútiles. Dejé el Áspid para mostrar mi desprecio hacia lo que intentaban hacer. Creían en las leyes de la naturaleza y la evolución, estúpidos impulsores del credo del cambio. Murieron sin dejar nada tras de sí. La piedra es el único elemento de la tierra que perdura, y yo viviré en esa piedra para siempre.

—Invariable —dijo Aurora con voz apenas audible.

—Sí.

—Eterno.

—Sí.

—Pero ¿qué será de tu misión, Uhl Belk? Has renunciado a ser aquello para lo que fuiste creado: una fuerza del equilibrio, un protector del mundo. —Su voz era baja y apremiante, una telaraña de imágenes que parecía tomar forma y destellar en el aire muerto frente a ella—. Me han contado la historia de tu vida. Fuiste creado para que conservaras la vida; esa fue la misión que te encomendó la Palabra. La piedra no preserva la vida. No se te enseñó a transformar el mundo a tu antojo y, sin embargo, has decidido subvertirlo todo, alterar para siempre la composición de la vida sobre la tierra, convertir en piedra la materia viva. Todo para lograr una ampliación de tu identidad y tus dominios. Y mira lo que has conseguido. —Cruzó los brazos para

enfrentarse a la ira que se estaba acumulando en el entrecejo del Rey de Piedra—. Devuelve la piedra élfica negra, Uhl Belk. Deja que te ayudemos a volver a ser libre.

La enorme criatura de piedra se estremeció en su lecho de roca, sus articulaciones chirriaron y los sonidos se repitieron a través del ruedo como si un público invisible manifestara su parecer. Uhl Belk habló, y esta vez su voz tenía un tono nuevo y amenazador.

—Sin duda, eres más de lo que finges ser. No puedes engañarme, aunque eso no importa. Me trae sin cuidado quién eres y qué quieres. He permitido que llegais hasta aquí para examinaros de cerca. La magia con la que me tocasteis captó mi atención y sentí curiosidad. Pero no me sois necesarios. Ningún ser vivo me es necesario. Estoy completo. Consideradme la tierra sobre la que camináis y a vosotros como las más diminutas pulgas que viven en ella. Si llegáis a ser una molestia para mí, os eliminaré inmediatamente. Si conseguís sobrevivir a este día, probablemente no veáis otro amanecer.

»Yo soy todo lo que os rodea —prosiguió Uhl Belk, arrugando la frente y cambiando la expresión de su cara—. Miréis donde miréis, solo podréis verme a mí. En Eldwist soy todo lo que tocáis. Me he hecho así a mí mismo. Me he hecho uno con la tierra que he creado. Me he liberado de todo lo demás, y así será para siempre.

De repente, Walker comprendió la naturaleza de aquella criatura. Uhl Belk no era un ser vivo en el sentido estricto de la palabra. Era un espíritu, igual que el Rey del río de Plata. Era algo más que la estatua que se levantaba ante ellos. Era el suelo que pisaban, el reino de Eldwist. Había dicho que la piedra era su piel, una parte de su ser viviente. Había descubierto una forma de fundirse con todo lo que creaba, asegurando así su supervivencia como nadie más podría hacerlo.

Pero eso también significaba que estaba prisionero. Esa era la razón de que no hubiera salido a su encuentro, de que no los hubiese perseguido, de que no se involucrara directamente. Esa era la razón de que sus piernas estuvieran hundidas en la piedra. Carecía de movilidad, una concesión para las criaturas inferiores. Había evolucionado hacia algo superior, hasta ser su propio mundo, y eso era precisamente lo que lo tenía atrapado.

—Pero no eres libre, ¿verdad? —preguntó Aurora con osadía, como si leyera los pensamientos de Walker—. Si lo fueras, nos darías la piedra élfica negra, porque no tendrías necesidad de ella. —Su voz era dura e insistente—. Pero no puedes, ¿verdad? Necesitas la piedra élfica negra para mantenerte vivo. Si no la tuvieras, Fauces Ávidas acabaría contigo.

—No.

—Sin ella, Fauces Ávidas te destruiría.

—No.

—Sin ella...

—No.

Un puño de piedra cayó hacia abajo y estuvo a punto de alcanzar a la muchacha:

destrozó una parte del suelo próximo a ella, y se abrieron grietas que se extendían unos cien metros. El Rey de Piedra se estremeció como si lo hubieran golpeado.

—Fauces Ávidas es tu hijo, Uhl Belk —prosiguió Aurora, irguiéndose ante él como si fuera ella quien tenía la fuerza física y el poder mágico, y no el Rey de Piedra—. Pero tu hijo no te obedece.

—No sabes nada. Fauces Ávidas es una prolongación de mi ser, como todo Eldwist. Su vida depende de mí. Sirve a mis objetivos, convierte en piedra las tierras vecinas y todo lo que habita en ellas, la permanencia de mi ser...

—¿Y la piedra élfica negra? —preguntó Aurora, interrumpiendo al Rey de Piedra y moviendo sus negros y brillantes ojos con rapidez.

—La piedra élfica negra permite... —respondió el Rey de Piedra. Su voz resonó con una extraña mezcla de emociones imposible de identificar.

La boca se cerró y el Rey de Piedra se encogió, plegando los miembros contra el cuerpo.

—¿Permite? —insistió Aurora.

—Mirad —respondió el Rey de Piedra, levantando sus ojos mates y vacíos.

La palabra resonó como si el alma del Rey de Piedra se hubiese escindido. La roca rozó y chirrió una vez más, y la pared que estaba tras ellos se abrió. La luz del día, gris y brumosa, se precipitó al interior como si huyera de la continua lluvia que caía en el exterior. Las nubes y la niebla flotaban, retorciéndose y girando en torno a los edificios que se levantaban más allá, envolviéndolos como si fueran un grupo de gigantes frioleros que estuvieran de guardia. De la boca del Rey de Piedra brotó un gemido espectral y llenó el vacío de la ciudad con un sonido semejante al que produce una fina lámina de metal al chocar el viento contra ella. Se elevó y se extinguió enseguida, pero su eco se repitió como si fuera a durar eternamente.

—Mirad.

Oyeron a Fauces Ávidas antes de verlo, percibiendo cómo se acercaba con un retumbo bajo las calles de la ciudad: un bramido que adquiría intensidad a medida que se aproximaba, un gruñido grave que se convirtió en rugido y lo sacudió todo, y que hizo que los tres visitantes cayeran al suelo de rodillas. Fauces Ávidas apareció, rompiendo la piedra que era la piel de Uhl Belk más allá de la pared de la cúpula, justo en el exterior de la abertura que contemplaban con ojos asombrados y temerosos. Vieron que el Rey de Piedra se estremecía de dolor. Fauces Ávidas se irguió y dio la impresión de que seguía creciendo, un leviatán de estatura increíble que hacía que incluso los edificios empequeñecieran a su lado, contorsionándose como una serpiente: un repulsivo cruce entre lombriz y reptil, negro como boca de lobo por el pestilente líquido que rezumaba su cuerpo con rocas incrustadas. Sin ojos y sin cabeza, su boca era un agujero succionador que parecía dispuesto a absorber la lluvia y después el aire. Surgió de forma repentina y aterradora, y llenó el hueco de la abertura con una oleada de oscuridad que lo tapó por completo.

La incredulidad y el horror dejaron helado a Walker Boh. Fauces Ávidas no era

una criatura real. Nadie podía siquiera imaginar la existencia de un ser de aquellas características. Por primera vez en su vida deseó echar a correr. Vio que Morgan Leah daba un paso atrás, tropezaba y se caía, mientras que Aurora permanecía inmóvil en su sitio. Las fuerzas lo abandonaron y tuvo que sobreponerse para no demostrar su debilidad. Fauces Ávidas, una gran masa invertebrada, fango negro al que nada podía oponerse, se contorsionó contra el horizonte.

Pero el Rey de Piedra no dio muestras de la menor vacilación. Levantó una de sus gruesas y nudosas manos, aquella en que se apoyaba su barbilla cuando creyeron que era una estatua, y empezó a abrir lentamente los dedos, y de ellos brotó una luz como nunca habían visto. Se extendió en todas direcciones al principio, sin iluminar como la luz normal, sino todo lo contrario, oscureciendo cuanto tocaba.

«Eso no es luz —se dijo Walker Boh mientras trataba de contener un torrente de sensaciones que amenazaba con aplastarlo—. ¡Es ausencia de luz!».

Entonces los dedos del Rey de Piedra se abrieron, y pudieron ver lo que guardaban. Era una gema de talla perfecta, su centro tan negro e impenetrable como la noche. La piedra brillaba y reflejaba finos rayos de la grisácea luz del día, sin dejar que la atravesaran. Parecía diminuta en la enorme palma de la mano de Uhl Belk, pero la oscuridad que proyectaba se extendía hasta los rincones más lejanos de la cúpula, penetraba en los recovecos más profundos, buscando y envolviendo toda la luminiscencia esparcida por Walker. En unos pocos segundos la única luz que quedó fue la que entraba por la grieta de la piel de piedra de la cúpula.

Walker Boh sintió que su propia magia se estremecía de reconocimiento. Habían encontrado la piedra élfica negra.

Uhl Belk dio un grito, un aullido atronador que se impuso a los sonidos de la llegada de Fauces Ávidas, del viento, la lluvia y el lejano mar, y extendió la mano con la piedra élfica negra ante sí. La oscuridad se reunió y se concentró en un único rayo, que se disparó para golpear a Fauces Ávidas. El monstruo no reaccionó. Por el contrario, se quedó allí, inmóvil. Se estremeció con una mezcla de dolor y placer, traspasado por sensaciones que los humanos que se hallaban ante él solo podían imaginar. Se retorció, y la negrura se retorció a su vez. Esa masa oscura se extendió, ampliándose, fluyendo; luego retrocedió, hasta que también el Rey de Piedra quedó envuelto en ella. Escucharon sus gemidos y después sus sollozos, de nuevo con sentimientos mezclados que no estaban claramente definidos. La magia de la piedra élfica negra unió a los dos monstruos, al padre y al hijo, con un lazo inmaterial más fuerte y seguro que las cadenas de hierro.

«¿Qué está sucediendo? —se preguntó Walker Boh—. ¿Qué les está haciendo la magia?».

Entonces la no-luz desapareció, una línea oscura que se difuminaba, y el ambiente se despejó. Regresó la luz del día y el enlace entre el Rey de Piedra y Fauces Ávidas se desvaneció. El hijo de Uhl Belk volvió a enterrarse. El agujero que había hecho se cerró sobre él, y la piedra encajó en su lugar, y dejó la calle intacta, creando la ilusión

de que nada había sucedido. La lluvia borró todo rastro de la llegada de la criatura, y los riachuelos se llevaron la verdosa película de veneno que segregaba el cuerpo del monstruo.

Los dedos de Uhl Belk se cerraron sobre la piedra élfica negra, los párpados cubrieron sus ojos y su rostro sufrió una transformación que Walker era incapaz de describir, como si lo hubieran rehecho. Sin embargo, era más aterrador que nunca, sus facciones más duras, menos humanas, más como la roca que lo atrapaba. Apretó la mano que guardaba la piedra élfica negra contra su cuerpo.

—¿Ahora lo entendéis? —preguntó con una voz que parecía un rugido.

Pero ninguno de ellos podía entenderlo, ni siquiera Aurora. Los negros ojos de la muchacha reflejaban su desconcierto. Los tres se quedaron mudos ante el Rey de Piedra, sintiéndose insignificantes e inseguros.

—¿Qué te ha sucedido, Uhl Belk? —preguntó Aurora.

La lluvia tamborileaba, y el viento se coló por la abertura de la cúpula.

—Marchaos.

La enorme cabeza empezó a girarse, entre el agudo chirrido de la piedra.

—¡Tienes que entregarnos la piedra élfica negra! —gritó Aurora.

—La piedra élfica negra es mía.

—¡Tú se la robaste a los druidas y los umbríos te la arrebatarán a ti!

—Los umbríos son como niños —respondió Uhl Belk con voz cansada y evidente desinterés—. Todos sois como niños. No me preocupáis lo más mínimo. Nada de lo que hagáis puede causarme ningún daño o afectarme lo más mínimo. Miradme. Soy viejo como el mundo y duraré tanto como él. Vosotros desapareceréis en un abrir y cerrar de ojos. Salid de mi ciudad. Si os quedáis, si os empeñáis en volver aquí, si me molestáis, llamaré al Cepo para que se ocupe de vosotros, y él os hará desaparecer en un instante.

El suelo tembló bajo sus pies, un movimiento que los hizo tambalearse y retroceder hacia la abertura de la pared. El Rey de Piedra había actuado como lo haría un animal para librarse de un insecto molesto. Walker Boh se irguió y tiró de Aurora, haciendo señas a Morgan para que los siguiera. No ganaban nada quedándose allí. No conseguirían la piedra élfica negra aquel día... y tal vez no la consiguieran nunca. Uhl Belk era una criatura mucho más compleja que ninguna otra. Tenía razón: ¿qué podían hacer ellos para causarle el más leve daño o para que se sintiera mínimamente afectado?

—¡Eres tú quien desaparecerá! —gritó Aurora mientras se dirigían a la calle. Estaba temblando—. ¡Escúchame, Uhl Belk!

La tosca cara se volvió de nuevo hacia la penumbra, sus enormes hombros se encogieron y el Rey de Piedra volvió a asumir la postura original del pensador. No recibieron respuesta.

En el exterior, bajo la lluvia, vieron que la pared volvía a sellarse como si nunca hubiera existido la abertura. La cúpula volvió a convertirse en una concha



impenetrable.

Morgan colocó las manos sobre los hombros de Aurora, pero ella no pareció darse cuenta, como si también se hubiera convertido en un ser de piedra. El joven montañés acercó sus labios al oído de la joven y empezó a hablarle en voz baja.

Walker Boh se apartó de ellos. Cuando estuvo solo, se volvió para contemplar el cubil de Uhl Belk. Un fuego lo consumía, y al mismo tiempo se sentía extrañamente ajeno. Estaba allí y no lo estaba. Advirtió que ya no se reconocía. Se había convertido en un enigma que no podía resolver. Sus pensamientos se tensaron igual que la correa de una cincha. El Rey de Piedra era un enemigo insuperable, y ninguno de ellos podría derrotarlo. No era simplemente el gobernante de una ciudad, sino que era la ciudad misma. Uhl Belk se había convertido en Eldwist. Era todo un mundo, y nadie podía cambiar todo un mundo. Ni Allanon, ni Cogline, ni todos los druidas juntos.

La lluvia caía sobre su cara. Nadie.

Sin embargo, sabía que él tenía que intentarlo.

Pe Eltar había cambiado dos veces de opinión antes de adoptar una decisión definitiva. Al final dejó a un lado sus recelos, se deslizó por la calle oscura y entró en el portal del edificio que había servido de refugio a sus compañeros. Su capa chorreaba, dejando un rastro de agua en las escaleras que marcaba su recorrido con claridad. Se detuvo en el rellano para escuchar, pero no oyó nada y siguió adelante. Los otros debían de seguir buscando al Rey de Piedra. Para él, eso no era lo importante. Regresarían tarde o temprano. Podía esperar.

Atravesó el vestíbulo sin molestarse en adoptar ninguna precaución y entró en el escondite. A primera vista, la habitación parecía desierta, pero su instinto le advirtió al instante de que alguien o algo lo observaba, y se detuvo después de unos doce pasos. Las sombras formaban extrañas siluetas en las paredes de la habitación, apiñadas al azar como niños que se hubiesen refugiado allí para guarecerse del mal tiempo. El golpeteo de la lluvia resonaba en el silencio mientras Pe Eltar permanecía en guardia y a la espera.

Entonces apareció Horner Dees, deslizándose sin hacer ruido desde las sombras de una entrada lateral, moviéndose con una gracia y agilidad que contrastaban con su voluminosa figura. Estaba lleno de arañazos y magulladuras, y tenía la ropa hecha jirones. Parecía que hubiera entablado una lucha intensa y desigual contra algún animal salvaje. Fijó en Pe Eltar su sabia mirada, duro y receloso como siempre, un oso viejo que se enfrenta cara a cara con un enemigo conocido.

—Nunca dejas de sorprenderme —se vio obligado a reconocer Pe Eltar, sintiendo curiosidad por aquel viejo impertinente y molesto.

—Pensaba que no te volveríamos a ver —respondió Dees, deteniéndose a una distancia prudente.

—¿De verdad? —inquirió Pe Eltar, esbozando una sonrisa amable y cruzando la habitación para dirigirse al lugar donde había unas frutas secas en un cuenco improvisado. Cogió una, se la llevó a la boca y la mordió. Estaba amarga, pero se podía comer—. ¿Dónde están los demás?

—Por ahí fuera —respondió Dees—. ¿A ti qué te importa?

—Nada. Y a ti, ¿qué te ha pasado? —preguntó Pe Eltar, quitándose la capa mojada y sentándose.

—Me caí en un agujero. Ahora di de una vez qué es lo que quieres.

—Un poco de ayuda —respondió Pe Eltar sin alterar su sonrisa.

Era difícil asegurar si Horner Dees se sorprendió o no ante aquella petición. Consiguió que su cara no reflejara ninguna reacción, pero no respondió al momento. Se encogió como preparándose para rechazar un ataque y se tomó su tiempo para

estudiar a Pe Eltar.

—Te conozco, Pe Eltar —dijo en voz baja, haciendo un gesto de resignación—. Te recuerdo de los viejos tiempos, de cuando estabas empezando. Entonces yo era un buscador de la Federación, y tuve la oportunidad de conocerte. Rimmer Dall también tenía planes para mí, pero decidí que no me convenían. Te vi en una o dos ocasiones, en tus idas y venidas, y oí rumores sobre ti. —Hizo una breve pausa—. Quería que lo supieras.

Pe Eltar acabó de comerse la fruta y tiró el hueso. No estaba seguro de lo que sentía ante aquella inesperada revelación de Horner Dees. Supuso que, en realidad, no importaba. Al menos le indicaba por qué Dees le hacía sentirse inquieto.

—No te recuerdo —dijo tras ese breve instante de reflexión—. Aunque eso no importa. —Apartó aquel rostro afilado de la luz—. Pero, para que nos entendamos, te diré que no estoy haciendo lo que Rimmer Dall pretendía. Hago lo que quiero. Siempre lo he hecho.

—Asesinas a la gente —respondió Horner Dees, haciendo un gesto de asentimiento.

—A veces —respondió Pe Eltar, haciendo un gesto de indiferencia—. ¿Tienes miedo?

—De ti, no —respondió el viejo rastreador, haciendo un gesto negativo.

—Bien. Entonces, si hemos acabado con este tema, pasemos al siguiente. Necesito ayuda. ¿Estás dispuesto a echarme una mano?

Horner Dees permaneció mudo y quieto durante un momento; luego se sentó, murmurando entre dientes, y miró a Pe Eltar como si pretendiera calcular las implicaciones de lo que le pedía. A Pe Eltar le parecía bien. Él había meditado el asunto con detenimiento antes de volver, sopesando los pros y contras de abandonar su plan de entrar solo en el refugio del Cepo y buscar ayuda para averiguar si el Rey de Piedra se escondía dentro. No tenía nada que ocultar ni tampoco intención alguna de engañarlo. Siempre que fuera posible, era mejor ir de frente.

—No me fío de ti —respondió Dees, resoplando.

—Una vez advertí al joven montañés que sería tonto si lo hiciera —dijo Pe Eltar, lanzando una falsa carcajada—. No me importa que desconfíes de mí. No es confianza lo que te estoy pidiendo, sino ayuda.

—¿Qué clase de ayuda? —pregunto Horner Dees, intrigado a su pesar.

—Anoche seguí al Cepo hasta su cubil —respondió Pe Eltar, disimulando su satisfacción—. Lo vi entrar y sé dónde se esconde. Creo que en ese lugar también se esconde el Rey de Piedra. Cuando esta noche el Cepo salga a recorrer las calles de la ciudad, entraré a echar un vistazo.

»Hay un dispositivo que abre la puerta para que el Cepo acceda al interior cuando se retira a descansar de la cacería —prosiguió Pe Eltar, inclinándose hacia delante, con un tono confidencial—. Si consigo forzarlo, podré entrar. El problema es cómo salir si la puerta se cierra a mi espalda.

—¿Así que quieres que alguien se quede afuera para cubrirte la retirada? —inquirió Horner Dees, rascándose la barba como si le picaran los pelos.

—Es una buena idea. Había pensado entrar solo, enfrentarme al Rey de Piedra, matarlo si fuera necesario y coger la piedra. Ese sigue siendo mi plan, pero no me gustaría tener que preocuparme de la posibilidad de que el Cepo caiga sobre mí al menor descuido.

—Así que quieres que vigile.

—¿Tienes miedo?

—No dejas de hacerme esa pregunta. En realidad, soy yo quien debería preguntarte por qué te fías de mí. No me gustas nada, Pe Eltar. Me alegraría si el Cepo te atrapara. Eso me convierte en el peor candidato, ¿no te parece?

—Una cosa no quita la otra —respondió Pe Eltar, estirando las piernas y apoyando su delgado cuerpo contra la pared—. No es necesario que yo te guste a ti, ni que tú me gustes a mí; hay que reconocer que la antipatía es mutua. Pero los dos queremos lo mismo: la piedra élfica negra. Queremos ayudar a la muchacha. No parece probable que ninguno pueda conseguirla solo... aunque yo tengo más posibilidades que tú. De hecho, con tu solemne palabra de que vigilarás por mí, te creeré. Porque tu palabra significa algo para ti, ¿verdad?

—No me digas que vas a recurrir a mi código de honor —respondió Dees lanzando una sonora y seca carcajada—. Creo que no tengo estómago para eso.

—Tengo mi propio código de honor, viejo, y significa tanto para mí como pueda significar el tuyo para ti —dijo Pe Eltar, borrando la sonrisa de su rostro—. Si doy mi palabra, la cumplo. Es más de lo que puede decir la mayoría de gente. Te estoy diciendo que te cubriré las espaldas si tú me cubres las mías... hasta que acabe este asunto. Después, cada uno irá por su lado y se preocupará de sí mismo. —Ladeó la cabeza en actitud expectante—. El tiempo pasa. Tenemos que estar allí al anochecer. ¿Me acompañas o no?

Horner Dees se tomó su tiempo para contestar, y le parecía bien: de lo contrario, Pe Eltar hubiera recelado. Dees, a pesar de todo, era un hombre honrado, y Pe Eltar estaba seguro de que solo se comprometería si estaba dispuesto a cumplirlo. El asesino confiaba en Dees, y por eso le había pedido que le cubriera las espaldas. Más aún, consideraba que Dees era capaz de hacerlo, el más capaz de todos en ciertos aspectos; no era inexperto como el joven montañés o asustadizo como Carisman, ni tampoco desconcertante como Walker Boh. Dees no era más ni menos que lo que parecía ser.

—He hablado de ti con el joven montañés —dijo Dees, observándolo—. Supongo que ya se lo habrá contado a los demás.

—No me importa —dijo Pe Eltar, haciendo un gesto de indiferencia. Y decía la verdad.

—Antes dame tu palabra de que si alguno de nosotros consigue la piedra se la entregará a la muchacha —respondió Dees, inclinándose hacia delante.

—¿Aceptarías mi palabra, viejo? —inquirió Pe Eltar, esbozando una sonrisa.

—Si intentas romperla, encontraré la forma de hacértelo pagar —respondió Horner Dees con voz dura y tranquila.

Pe Eltar lo creyó. A pesar de ser un viejo cansado, a pesar de su aspecto marchito y del peso de los años, Horner Dees sería un adversario peligroso. Rastreador, hombre de bosque, cazador: Dees había conseguido mantenerse con vida mucho tiempo. Es posible que no estuviera a la altura de Pe Eltar en una confrontación cara a cara, pero había otras formas de matar a un hombre. Pe Eltar sonrió para sus adentros. ¿Quién iba a saberlo mejor que él?

—Trato hecho —dijo, tendiéndole la mano al rastreador. Se las estrecharon con fuerza durante un momento. Pe Eltar se puso en pie con la agilidad de un gato—. Pongámonos en marcha.

Salieron de la habitación y bajaron la escalera, con Pe Eltar delante. La penumbra se había acentuado ante la proximidad de la noche. Se ciñeron las capas para protegerse de la lluvia y se encaminaron hacia la cúpula. Pe Eltar pensó en la facilidad con que había conseguido salirse con la suya. Entregaría la piedra élfica a la muchacha porque se arriesgaba a perderla si no lo hacía y, además, todos irían detrás de él para hacérselo pagar.

«Nunca dejes que tus enemigos vivan para perseguirte —pensó—. Es mejor matarlos cuando se presenta la oportunidad».

\* \* \*

Media hora después de que Pe Eltar y Horner Dees abandonaran el edificio que servía de refugio al grupo, llegaron Walker, Morgan y Aurora. La luz del día ya escaseaba y la lluvia caía de forma monótona, una oscura cortina que difuminaba los altos edificios de la ciudad, el cielo, las montañas y el mar. Morgan caminaba con el brazo sobre los hombros de la muchacha y la cabeza inclinada hacia ella; dos figuras encapuchadas bajo la bruma. Walker se mantenía apartado para no interferir en su intimidad. Veía cómo Aurora se apoyaba en el joven montañés. Parecía satisfecha con su abrazo, una actitud extraña en ella. Le había sucedido algo durante la confrontación con el Rey de Piedra que a él le había pasado inadvertido, y ahora empezaba a imaginar de qué se trataba.

Una corriente de agua de lluvia que se arremolinaba en un sumidero bloqueaba el final de la acera, y Walker se vio obligado a rodearlo. Todavía marchaba delante, guiándolos el camino: una figura encapuchada oscurecida por la lluvia y la penumbra. «Igual que un fantasma —pensó—; o un Oráculo del Lago», se corrigió. Hacía tiempo que no había vuelto a pensar en el Oráculo; su recuerdo era demasiado doloroso para dejar que saliera del rincón de su mente donde lo había confinado. Fue

el Oráculo, con sus retorcidos acertijos, quien lo condujo a la Sala de los Reyes y a su encuentro con el Áspid. Fue el Oráculo quien le quitó su brazo, su espíritu, una parte de lo que había sido. Herido en cuerpo y alma... así era como se veía a sí mismo. El Oráculo estaría exultante si lo supiera.

Levantó el rostro durante un breve instante y dejó que la lluvia cayera sobre él, enfriándole la piel. No podía hacer calor con aquellas condiciones atmosféricas.

Sin duda, eran las visiones del Oráculo del Lago las que lo acosaban, los tres oscuros y enigmáticos vistazos al futuro no necesariamente veraces, mentiras convertidas en medias verdades; verdades empañadas por mentiras, pero reales. La primera ya había sucedido; había jurado que se cortaría el brazo antes de aceptar la causa de los druidas, y eso era lo que había hecho, para terminar aceptándola de todas formas. Irónico, patético, aterrador.

La segunda visión se refería a Aurora, y la tercera...

Cerró la mano. La verdad era que sus reflexiones nunca habían pasado de la segunda. Aurora. De algún modo, él le fallaría. Ella le pediría ayuda, tendría la oportunidad de impedir que cayera, y aún así la dejaría morir. Se quedaría mirando cómo se perdía en un oscuro abismo. Esa era la visión que le había dado el Oráculo del Lago, y eso era lo que sucedería a menos que encontrara la forma de impedirlo.

Aunque no había podido impedir que se cumpliera la primera visión.

Se sintió invadido por una profunda tristeza, y obligó al recuerdo del Oráculo a retirarse al rincón de su mente del que había salido. El Oráculo del Lago era en sí mismo una mentira. Pero ¿no lo era él también? ¿No se había convertido en eso, tan decidido a mantenerse alejado de las maquinaciones de los druidas, tan dispuesto a desdeñar el uso de la magia, salvo la que servía para cumplir sus nimios objetivos, tan seguro como estaba de dirigir su propio destino? Se había mentido a sí mismo en repetidas ocasiones, se había engañado a sí mismo a sabiendas, había fingido, había acabado por convertir toda su vida en una farsa. Estaba atrapado por sus propios errores y pretensiones. Estaba haciendo lo que había jurado que nunca haría: el trabajo de los druidas, la recuperación de su magia, el cumplimiento de su voluntad. Peor aún, estaba recorriendo un camino que solo podía acabar destruyéndolo, una confrontación con el Rey de Piedra para recuperar la piedra élfica negra. ¿Por qué lo hacía? Se aferraba a ello como si fuera su único asidero, como si fuera lo único capaz de impedir que se ahogara, la única posibilidad que tenía.

Pero no era probable que lo fuera.

Contempló la ciudad a través de la cortina de lluvia y sintió añoranza una vez más de los bosques de la Chimenea Rocosa. Era tan distinto a la ciudad, a su aspereza y opresión, su constante bruma y lluvia. No había color en Eldwist, nada que alegrara la vista, que animara y alentara el espíritu. Solo tonalidades grises, unas superpuestas sobre otras. De algún modo, Walker creía que él era un reflejo de la ciudad. Quizás Uhl Belk lo estaba cambiando como cambiaba la tierra, extrayendo los colores de su vida, reduciéndolo a algo tan duro e inerte como la piedra. ¿Hasta dónde podría llegar

Uhl Belk?, se preguntó. ¿Hasta qué profundidad en su alma? ¿Había algún límite? ¿Podría estirar sus brazos hasta la Cuenca Oscura y la Chimenea Rocosa? Con el tiempo, probablemente lo consiguiera. Y el tiempo no era nada para una criatura que había vivido tanto.

Cruzaron la calle hasta la entrada principal de su refugio nocturno y empezaron a subir las escaleras. Como Walker iba delante, fue quien vio las manchas de agua en los escalones que lo precedían antes de que él mismo dejaba en el suelo las ocultaran. Alguien había entrado y salido hacía poco. ¿Se trataría de Horner Dees? Pero Dees tendría que estar allí, esperando su regreso.

Recorrieron el laberinto de pasillos hasta la habitación que utilizaban como base de operaciones. Todo estaba desierto. Los ojos de Walker siguieron las huellas de humedad, y sus oídos sondearon el silencio. Se acercó al lugar donde alguien se había sentado y comido.

Sus instintos se dispararon. Casi pudo oler a Pe Eltar.

—¿Horner? ¿Dónde estás? —preguntaba Morgan asomándose a las puertas. Walker miró a Aurora. El joven montañés desapareció un momento, pero enseguida regresó—. Me prometió que nos esperaría. No lo entiendo.

—Debe de haber cambiado de opinión —lo interrumpió Walker.

—Mejor me voy a echar un vistazo —dijo Morgan, no muy convencido.

Salió por donde habían entrado, dejando al Tío Oscuro y a la hija del Rey del río de Plata observándose en la penumbra.

—Pe Eltar ha estado aquí —dijo la muchacha.

—No percibo ninguna señal de lucha —respondió Walker, después de dejar que el fuego de la mirada de Aurora lo reconfortara y de sentir la acostumbrada afinidad de la magia compartida—. No hay sangre, ni desorden.

Aurora hizo un gesto de asentimiento y esperó. Como Walker no reanudó la conversación, se acercó a él.

—¿Qué estás pensando, Walker Boh? —preguntó, con la inquietud reflejada en los ojos—. ¿Qué has estado pensando durante todo el camino de vuelta, tan perdido dentro de ti mismo?

Extendió las manos y agarró su único brazo con fuerza. Levantó la cara y el pelo plateado cayó hacia atrás, bañado por la débil luz grisácea.

—Respóndeme.

Él se sintió indefenso, un ser débil y apaleado, con apenas fuerza suficiente para evitar desmoronarse por completo. El dolor, a la vez físico y emocional, se extendió desde su brazo cortado a su corazón como un torrente que amenazaba con arrastrarlo.

—Aurora —pronunció su nombre, y al escuchar el sonido pareció que recuperaba las fuerzas—. Creo que eres más humana de lo que estás dispuesta a admitir.

Las perfectas facciones de la muchacha reflejaron su perplejidad.

—Tal vez yo no sea el más adecuado para juzgar estas cosas. Soy menos sensible de lo que debiera, una persona que ha crecido sin amigos y con pocos compañeros,

que ha vivido solo demasiado tiempo —prosiguió Walker, esbozando una sonrisa triste e irónica—. Pero veo en ti algo de mí mismo. Te asustan los sentimientos que has descubierto en tu interior. Admites que tienes las emociones humanas que tu padre te otorgó, pero te niegas a aceptar las consecuencias. Amas al joven montañés, aunque intentas disimularlo. Desprecias a Pe Eltar, pero juegas con él como un cebo que tienta a un pez. Luchas contra tus emociones, pero te niegas a reconocerlo. Intentas ocultar tus sentimientos.

—Todavía estoy aprendiendo —respondió la muchacha, con los ojos fijos en los de Walker.

—A regañadientes. Cuando te enfrentaste al Rey de Piedra, te apresuraste a contarle el motivo de nuestra presencia en Eldwist, le diste hasta el más mínimo detalle. No intentaste engañarlo o confundirlo. Sin embargo, cuando Uhl Belk rechazó tu petición, como seguramente sabías que haría, te enfureciste, casi... —Buscó la palabra—. Casi te pusiste histérica. Es la única vez que has permitido que afloraran abiertamente tus sentimientos, sin preocuparte de quién te estuviera mirando. Al menos, que yo haya visto.

»Tu furia era auténtica, Aurora —prosiguió Walker, advirtiendo un destello de comprensión en sus ojos—. Fue una muestra de tu angustia. Creo que querías que Uhl Belk te diera la piedra élfica negra porque sabes lo que sucederá si no lo hace. ¿Es así?

—Sí —respondió Aurora, tras una pequeña vacilación, con un débil suspiro.

—Crees que conseguiremos la piedra élfica. Lo sé. Crees que así será porque tu padre te lo aseguró.

—Sí.

—Pero asimismo crees, como te dijo, que eso requerirá las magias de los tres hombres que has traído contigo. Porque ninguna artimaña o intento de persuasión convencerá a Uhl Belk. Y, a pesar de todo, pensaste que debías intentarlo.

—Estoy asustada... —Su voz se rompió, y en sus ojos se reflejaba el miedo que sentía.

—¿De qué? Dímelo —preguntó Walker, inclinándose hacia ella.

Morgan Leah apareció en la puerta. Vio cómo Walker Boh se separaba de Aurora y se detuvo, pero enseguida fue a reunirse con ellos.

—Nada —dijo—. No hay ni rastro de Horner. Ahí fuera ha oscurecido. El Cepo ya habrá empezado su ronda. Tendré que dejar la búsqueda para mañana. —Llegó junto a ellos y se detuvo—. ¿Pasa algo? —preguntó.

—No —dijo Aurora.

—Sí —dijo Walker.

—¿Qué pasa? —preguntó Morgan, alarmado.

Walker Boh sintió que la penumbra de la habitación se espesaba a su alrededor, como si la oscuridad hubiera descendido sobre ellos de repente e intentara atraparlos. El joven montañés, el Tío Oscuro y la muchacha estaban de pie, mirándose a través



del vacío. Tuvieron la sensación de haber llegado a una encrucijada que no esperaban encontrar, de tener que elegir un camino sin retorno, de tener que tomar una decisión irreparable.

—El Rey de Piedra... —empezó a decir Aurora con voz casi inaudible.

—Vamos a volver a por la piedra élfica —concluyó Walker Boh.

\* \* \*

Apenas a un kilómetro de distancia, junto a una ventana del segundo piso de un edificio situado frente al cubil del Cepo, Pe Eltar y Horner Dees esperaban la salida del escalador. Llevaban allí algún tiempo, sentados en la oscuridad y armados con la paciencia de los cazadores experimentados. La lluvia había cesado por completo y se empezaba a convertir en niebla mientras el aire se enfriaba y calmaba. Un ligero vapor se elevaba de la piedra de las calles, formando unos jirones sinuosos como serpientes. De algún lugar subterráneo llegaba a sus oídos el lejano retumbo de Fauces Ávidas, que se estaba despertando.

Pe Eltar pensaba en los hombres que había matado. Era extraño, pero ya no podía recordar quiénes eran. Hubo una época en que había llevado la cuenta, primero por curiosidad y luego por costumbre, pero con el paso del tiempo el número de sus víctimas había crecido tanto que dejó de hacerlo. Rostros que al principio habían sido nítidos empezaron a mezclarse, y después a desvanecerse. Ahora le parecía que solo podía recordar con claridad el primero y el último.

El hecho de que los signos de identidad de sus víctimas se hubieran borrado era desconcertante. Sin lugar a dudas, indicaba que estaba perdiendo la agudeza mental que requería su trabajo y, también, que estaba perdiendo interés.

Contempló las oscuras sombras de la noche y sintió que lo engullía un cansancio inusual.

Rechazó ese sentimiento con cierta irritación y se prometió a sí mismo que todo sería diferente cuando matara a la muchacha. Podría olvidar las caras de los otros, las del manco, el joven montañés, el juglar y el viejo rastreador; después de todo, matarlos no sería más que una cuestión de conveniencia. Pero nunca podría olvidar a Aurora. Matarla sería para él motivo de orgullo. Su magia era la del Rey del río de Plata y, por tanto, tan vieja como el principio de la vida. Quería absorber esa magia cuando la matara, y pensaba que era posible. Cuando lo hubiera hecho, ella pasaría a formar parte de él y viviría en su interior, una presencia más fuerte que cualquier recuerdo.

Horner Dees se estiró a su lado para aliviar los músculos contraídos. Pe Eltar, sumido en sus pensamientos, no lo miró. Mantenía los ojos fijos en la plana superficie de la entrada oculta al otro lado de la calle. En las oscuras sombras que la

cubrían no se apreciaba ningún movimiento.

¿Qué sucedería cuando clavara en la carne de la muchacha la hoja de la Stiehl?, se preguntó. ¿Qué vería en aquellos insondables ojos negros? La curiosidad ardió como una llama en su interior. Hacía algún tiempo que había dejado de pensar en matarla. Si quería apoderarse de la piedra élfica negra, no le quedaba otra opción que posponer su muerte, dejando que fueran los acontecimientos los que le indicaran el momento oportuno. Pero ahora intuía que el momento estaba muy cerca. Una vez hubiese entrado en el cubil del Cepo, descubierto el escondite del Rey de Piedra, se hubiese apoderado de la piedra élfica negra y eliminado a Horner Dees...

Se irguió.

Aunque lo esperaba, se sobresaltó cuando al otro lado de la calle el panel de piedra se levantó y emergió el Cepo. Apartó los pensamientos de Aurora. El oscuro cuerpo del escalador destelló en los lugares donde la luz de las estrellas conseguía atravesar la capa de nubes y reflejarse en las placas de la coraza. El monstruo atravesó la entrada y se detuvo durante un breve instante, como si captara una señal de alarma. Sus tentáculos se levantaron y sondearon el aire, la cola en forma de látigo se enroscó y chasqueó. Los dos hombres que estaban escondidos retrocedieron. El escalador permaneció inmóvil durante unos segundos, y luego, aparentemente satisfecho, activó el dispositivo situado sobre su cabeza. El panel de piedra volvió a su lugar sin hacer ningún ruido. El Cepo se giró y se perdió entre la bruma y la penumbra, rozando la piedra con sus patas de hierro como si arrastrara cadenas.

Pe Eltar esperó hasta que estuvo seguro de que se había ido, y luego indicó por señas a Horner Dees que lo siguiera. Cruzaron la calle juntos y se detuvieron ante el cubil del Cepo. Dees sacó la cuerda y el garfio que llevaba y los lanzó hacia un saliente de piedra que se proyectaba sobre la entrada. El garfio se enganchó con un golpe sordo. Dees tiró de la cuerda, hizo un gesto de asentimiento y le pasó el extremo a Pe Eltar. Este escaló sin esfuerzo, impulsándose con las manos, hasta llegar a la altura del dispositivo. Lo activó, y el panel de entrada empezó a deslizarse. Pe Eltar se dejó caer y, con Horner Dees a su lado, contempló la negra caverna del interior del edificio.

Con cautela, dieron un paso al frente. La entrada se extendía hacia una profunda oscuridad. Una débil luz gris se filtraba por las ventanas de la parte alta del edificio y entre las grietas de los suelos rotos, manchando la oscuridad. En el interior, el silencio era absoluto, y no había ningún movimiento.

—Vigila la calle —dijo Pe Eltar, volviéndose hacia Dees—. Silba si surge algún problema.

Se internó en la oscuridad y se fundió con ella como si fuera una sombra más. Se sintió en su elemento, seguro bajo su capa, y puso en guardia ojos y oídos. Las paredes del edificio estaban desnudas y desgastadas por el tiempo, húmedas donde la lluvia había traspasado el mortero y se escurría por la piedra, altas y rígidas a la débil luz. Pe Eltar avanzó, deslizándose, escogiendo el camino con sumo cuidado,

esperando a que algo apareciera. No sentía nada. El edificio parecía desierto.

Algo crujió bajo sus pies e hizo que se sobresaltara. Escrutó la negrura. El suelo estaba cubierto de huesos, de centenares de huesos, los restos de las criaturas que el Cepo había capturado en sus correrías nocturnas y llevado a su cubil para devorarlas.

La entrada conducía a un ancho corredor que terminaba en un gran vestíbulo. No había que abrir puertas, ni recorrer pasillos. El vestíbulo era un patio interior, y se elevaba decenas de metros hasta un techo abovedado, salpicado de extrañas luces y lentos movimientos de sombras que proyectaban las nubes. Reinaba un completo silencio. Pe Eltar, inquieto, miró alrededor, y entonces supo que no había nada que descubrir, ningún Rey de Piedra ni ninguna piedra élfica negra. Se había equivocado. Encolerizado y decepcionado, prosiguió su búsqueda, aunque estaba seguro de que era en vano. Se dirigió a la pared opuesta, escrutando las grietas del suelo, los muros y el techo, ansioso de encontrar algo.

En aquel preciso instante, Horner Dees silbó.

Casi al mismo tiempo, Pe Eltar oyó el suave roce del metal contra la piedra.

Se giró de forma instantánea y corrió hacia la salida por la oscura estancia. El Cepo había decidido regresar. ¿Por qué? No había motivos para que volviera tan pronto, a menos que hubiera detectado su presencia. ¿Cómo lo había hecho? Su mente se esforzó en descubrir los errores que hubiera podido cometer. El Cepo era ciego y se guiaba por los otros sentidos. No podía haberlos visto. ¿Los había olido? Esa era la respuesta. Su olor en la puerta lo había puesto en guardia; por eso se detuvo. Fingió marcharse, esperó y ahora regresaba.

Pe Eltar maldijo su propia estupidez. Si no salía de allí sin perder un segundo, lo atraparía.

Llegó a la oscura entrada justo a tiempo de descubrir que era demasiado tarde. A través de la puerta abierta vio que el Cepo doblaba la esquina del edificio de enfrente con toda la rapidez que permitían sus patas metálicas. La cuerda y Horner Dees habían desaparecido. Pe Eltar se fundió en la parte más oscura de una pared, deslizándose hacia delante sin hacer ruido. Tenía que salir de allí antes de que el Cepo se encerrara con él. Si fracasaba, quedaría atrapado en el cubil de la criatura, y ni siquiera la Stiehl bastaría para salvarlo.

El monstruo se acercó a la abertura, arañando el suelo con sus garras de hierro, golpeando los muros con los tentáculos, sondeando el interior. Pe Eltar desenvainó la Stiehl y se agazapó. Tendría que ser rápido. Era absurdo lo tranquilo que estaba, como siempre antes de matar. Vio cómo el escalador tapaba la entrada y empezaba a atravesarla.

Se levantó y corrió. El Cepo captó inmediatamente sus movimientos, porque sus instintos estaban mucho más desarrollados que los de Pe Eltar. Extendió un tentáculo y alcanzó al asesino a escasos centímetros de la puerta. La Stiehl se alzó, cortando el miembro del monstruo y liberándolo una vez más de una muerte segura. El Cepo se dio la vuelta, visiblemente irritado, y Pe Eltar intentó correr, pero había tentáculos

serpenteando por todas partes.

Entonces el garfio salió disparado de la oscuridad detrás del monstruo, y se enganchó en sus patas traseras. La cuerda que lo aseguraba se tensó, y arrastró el Cepo hacia atrás. Sus miembros se agitaron y clavó las garras en el suelo. Por un momento se distrajo, y eso fue suficiente. Pe Eltar lo dejó atrás en una décima de segundo, precipitándose hacia la seguridad de la calle. Casi de inmediato Horner Dees echó a correr tras él, jadeando por el esfuerzo. Oyeron el ruido de la cuerda al romperse y al Cepo iniciar su persecución.

—¡Aquí! —gritó Dees, empujando a Pe Eltar hacia un portal abierto.

Entraron corriendo en un recibidor, subieron varios tramos de escalera, recorrieron un pasillo y salieron por una rampa trasera que conducía a otro edificio. El escalador los perseguía, aplastando todo lo que se encontraba en su camino. Los hombres bajaron otra escalera y salieron de nuevo a la calle. Los sonidos de la persecución empezaban a diluirse. Redujeron el paso, doblaron una esquina y se asomaron con cautela a la calle vacía. Después siguieron caminando por la acera durante varias manzanas hasta llegar a un lugar donde un grupo de edificios más pequeños ofrecía un laberinto en el que podrían internarse. Ya a salvo, se sentaron en silencio, con la espalda apoyada contra la pared, uno al lado del otro, respirando con dificultad.

—Pensé que habías huido —dijo Pe Eltar, jadeando.

—Podría haberlo hecho, pero te había dado mi palabra —respondió Dees, haciendo un gesto negativo—. ¿Qué hacemos ahora?

El cuerpo de Pe Eltar estaba cubierto de sudor, pero en su interior estaba creciendo una furia fría. Aún podía sentir el tentáculo del Cepo alrededor de su cuerpo, oprimiéndolo. Tan fuerte fue su repulsión que apenas pudo contener un grito.

Jamás nada ni nadie había tenido una oportunidad semejante de acabar con su vida.

Se volvió hacia Horner Dees, y observó su duro y barbudo rostro, y los ojos brillantes.

—Tú puedes hacer lo que quieras, viejo —dijo Pe Eltar, con voz helada—. Pero yo voy a matar a esa bestia.

—¿Qué quieres decir con que vamos a volver? —preguntó Morgan Leah a Walker Boh, sin poder salir de su asombro. No solo estaba asombrado, sino también aterrorizado—. ¿Quién te ha dado la autoridad de decidir, Walker? ¡Aurora es quien dirige este grupo, no tú!

—Morgan —dijo la muchacha en voz baja, intentado cogerle la mano, pero él la retiró con rapidez.

—No. Quiero dejar las cosas claras de una vez por todas. ¿Qué está pasando aquí? Salgo de la habitación un momento, lo suficiente para asegurarme de que Horner no está... y cuando vuelvo os encuentro tan cerca que... —Se atragantó con las palabras, y su rostro moreno se sonrojó cuando captó el sentido de sus palabras—. Yo...

—Morgan, escúchame —insistió Aurora—. Tenemos que recuperar la piedra élfica negra. Tenemos que hacerlo.

—Aurora, si volvemos allí nos matará —respondió el joven montañés, cerrando los puños en un gesto de impotencia. Era consciente de lo alocado y joven que parecía, e hizo un esfuerzo para controlarse—. Antes no sabíamos a qué nos enfrentábamos, pero ahora sí. Uhl Belk es demasiado poderoso para nosotros. Los tres hemos tenido oportunidad de verlo. Es una criatura convertida en algo que tiene poco de humana, acorazada por la piedra, y capaz de aplastarnos como si fuéramos cucarachas. ¡Es parte de la tierra misma! ¿Cómo vamos a luchar con algo así? ¡Nos tragará enteros antes de que tengamos siquiera la oportunidad de acercarnos!

»Y eso si no llama primero a Fauces Ávidas o al Cepo —prosiguió Morgan Leah, tras realizar una breve pausa para calmarse—. No podemos enfrentarnos con ellos, y mucho menos con él. ¡Por favor, piénsalo! ¿Qué ocurrirá si decide utilizar la piedra élfica contra nosotros? ¿Qué haremos entonces? Tú no puedes utilizar la magia, yo tengo una espada rota que ha perdido la mayor parte de la suya y Walker... no sé. ¿Qué tienes tú, Walker? ¿Qué eres exactamente?

El Tío Oscuro no se alteró ante aquel furibundo ataque. Su pálido rostro permaneció inexpresivo y sus tranquilos ojos se clavaron en los del joven montañés.

—Soy lo que siempre he sido, Morgan Leah.

—¡Con un brazo menos! —exclamó Morgan, lamentándolo enseguida—. No, lo siento, no quería decir eso.

—Pero es cierto —respondió Walker.

—Míranos —dijo Morgan con voz apenas audible, tras apartar la mirada durante un breve instante, avergonzado—. Estamos medio muertos. Hemos viajado hasta el fin del mundo y eso casi ha acabado con nosotros. Carisman ha sido asesinado y

puede que Horner Dees también. Parecemos espantapájaros. Hace semanas que no nos bañamos, a menos que pienses que ya tenemos suficiente con las duchas de lluvia. Vamos vestidos con harapos. Llevamos tanto tiempo corriendo y escondiéndonos que ya no sabemos luchar. Estamos atrapados en este mundo gris y lúgubre donde todo lo que vemos es piedra, lluvia y niebla. Odio este lugar. Quiero volver a ver los árboles, la hierba y los seres vivos. No quiero morir aquí. ¡Sobre todo, no quiero morir por nada! Y eso es exactamente lo que sucederá si volvemos a buscar al Rey de Piedra. Dime, Walker, ¿qué posibilidades tenemos?

—Una posibilidad bastante mayor de lo que puedas imaginar —respondió Walker Boh, sorprendiéndolo—. Siéntate un momento y escucha.

Morgan dudó. El recelo se reflejaba en sus ojos. Después, tras realizar un notable esfuerzo para controlar su ira y su frustración, se sentó lentamente. Permitted que Aurora se sentara junto a él y lo abrazara, dejó que el calor de su cuerpo lo calmara.

—Es verdad que parecemos poco más que mendigos de cualquier ciudad de la Tierra del Sur, que no somos una amenaza para Uhl Belk, que a sus ojos somos tan insignificantes como insectos diminutos que corren por el suelo —dijo Walker Boh cruzando las piernas ante sí y abrigándose con su oscura capa—. Pero esa apariencia puede ser un engaño que nos beneficie. Puede darnos la oportunidad que necesitamos para derrotarlo. Para él no somos nada, no nos teme, nos desprecia. Es posible que ya nos haya olvidado. Se cree invulnerable. Quizá podamos utilizar eso contra él.

»No es lo que tú crees, muchacho —prosiguió el Tío Oscuro. Sus ojos insondables brillaban con intensidad—. Ya no es la criatura espiritual que era al nacer. Ha evolucionado más de lo que pretendía. Creo que ha evolucionado incluso más que el Rey del río de Plata. Pero su evolución no ha sido natural. Ha sido provocada por el uso de la piedra élfica negra. Es irónico, pero los druidas protegieron su magia mejor de lo que se imagina Uhl Belk. Él piensa que la robó con facilidad y que la utiliza sin consecuencias, pero está equivocado. Al convocar la magia de la piedra élfica, se está destruyendo a sí mismo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Morgan Leah con mirada incrédula.

—Escúchalo, Morgan —dijo Aurora, con el rostro muy cerca del joven montañés y sus oscuros ojos expectantes.

—Hasta ahora no había conseguido comprender la función de la piedra élfica negra —prosiguió Walker Boh, ansioso por completar su explicación—. Cógline me dio la *Historia de los druidas* para que la leyera. Entonces supe que la piedra élfica negra existía y que su propósito era liberar Paranor de su hechizo y devolverlo al mundo de los hombres. Aurora me dijo que la magia de la piedra élfica negra había sido concebida para anular los efectos de otras magias. Por tanto, la magia que había arrasado Paranor podía ser anulada. ¡Qué poder, muchacho! ¿Cómo es posible que exista tal poder? No dejaba de hacerme esta pregunta. ¿Por qué los druidas, tan cuidadosos con este tipo de cosas, no tomaron más precauciones para evitar que se le diera un mal uso? Después de todo, la piedra élfica negra es la única magia que puede

restaurar la Fortaleza, la única que puede devolverles el poder. ¿Permitirían que esa magia se perdiera con tanta facilidad? ¿Permitirían que otros pudieran utilizarla, incluso una criatura tan poderosa como Uhl Belk?

»Yo sabía que no, por supuesto. Pero ¿cómo pretendían impedirlo? Hoy he encontrado la respuesta a esa pregunta. Observé cómo el Rey de Piedra llamaba a Fauces Ávidas, observé lo que sucedió entre padre e hijo. ¿No te diste cuenta, muchacho? Cuando Uhl Belk invocó el poder de la piedra, se produjo un nexo entre los dos. La magia actuó de catalizador. ¿Pero qué hizo? Aparentemente, dio vida a los dos. Es claramente adictiva. Se deleitan en su uso. La magia de la piedra élfica negra era más fuerte que la suya propia en el momento en que se liberó. Fue tan fuerte que no pudieron resistirse. De hecho, esa magia les produjo gran satisfacción.

»Supongo que eso es lo que pasa cada vez que invocan su magia —prosiguió Walker Boh, tras una breve pausa, en voz tan baja que se convirtió casi en un *susurro*. Parecían unos conspiradores, escondidos en la penumbra de la habitación—. Sí, anula cualquier magia contra la que sea utilizada, como sugiere la *Historia de los druidas*, y como le dijo a Aurora su padre. Se enfrenta a esa magia y le roba el poder. Pero, sin duda, debe de ser capaz de hacer algo más. No puede limitarse a conseguir que desaparezca la magia. No puede tomar una magia y convertirla en aire. Necesariamente, algo debe de ocurrirle a esa magia. Las leyes de la naturaleza así lo exigen. Creo que la absorbe y transfiere sus efectos a quien utiliza la piedra. Cuando Uhl Belk utiliza la piedra élfica negra contra Fauces Ávidas, captura la magia de su hijo y se la apropia. Succiona el veneno que transforma la tierra y sus criaturas en piedra y se altera también a sí mismo. Por eso ha evolucionado hasta convertirse en lo que es. Y quizá lo más importante de todo es que, cada vez que se nutre de la magia de Fauces Ávidas, Uhl Belk se acerca durante unos momentos al hijo que creó. La piedra élfica negra que usa para compartir la magia de Fauces Ávidas les proporciona un vínculo que no podrían disfrutar de ninguna otra forma. Se odian y se temen el uno al otro, pero también se necesitan. Se alimentan el uno del otro, en un toma y daca que solo puede permitir la piedra élfica negra. Entre ellos, es lo más parecido a una relación paternofilial. Es lo único que pueden compartir.

»Pero está matando a Uhl Belk —prosiguió el Tío Oscuro, inclinándose hacia delante—. Lo está convirtiendo en piedra. Con el tiempo, desaparecerá dentro de la piedra que lo encierra. Llegará a ser como cualquier otra estatua, un objeto inanimado, sin haberse dado cuenta del proceso que lo ha llevado a convertirse en piedra. Así funciona la piedra élfica, y esa es la razón de que pudiera robarla con tanta facilidad. A los druidas no les importaba lo más mínimo, porque sabían que quien la utilizara tarde o temprano acabaría sufriendo las consecuencias. La magia no puede absorberse impunemente. Uhl Belk es un adicto a esa magia, necesita sentir la transformación, añadir piedra a su cuerpo, a su tierra, a su reino. Ahora, aunque quisiera, no podría parar.

—Pero ¿en qué nos ayuda eso? —preguntó Morgan, mostrando de nuevo su

impaciencia, pero sintiendo curiosidad por las posibilidades que ofrecía la explicación de Walker—. Incluso aunque tengas razón, ¿qué más da? No estarás sugiriendo que esperemos hasta que Uhl Belk se mate, ¿verdad?

—No tenemos tiempo para eso —respondió Walker Boh, negando con la cabeza—. El proceso puede demorarse varios años. Pero Uhl Belk no es tan invulnerable como él cree. Depende en gran medida de la piedra élfica negra, porque está enclaustrado en su refugio de piedra, convertido en piedra, y menos interesado en lo que sucede a su alrededor que en consumir lo que necesita para que la mutación siga avanzando. Está casi paralizado. ¿No lo observaste cuando intentó moverse? No puede cambiar de postura con rapidez. Se encuentra soldado a la roca del suelo. Su magia es vieja y no suele utilizarla. La mayor parte de su actividad se centra en alimentarse a través de la piedra. El miedo a perderla, a verse privado de su fuente de sustento, de ser vulnerable ante su hijo loco, domina sus pensamientos. Está a merced de sus obsesiones, y eso nos brinda la oportunidad de derrotarlo.

Morgan estudió en silencio la cara del Tío Oscuro durante largo rato, reflexionando sobre el asunto, aunque se le hiciera muy difícil admitir siquiera una posibilidad de éxito, y muy consciente de que los ojos de Aurora lo observaban. Siempre había admirado la habilidad de Walker Boh de razonar sobre lo que para todos los demás era confuso. Él fue quien sugirió a Par y Coll Ohmsford que acudieran a su tío cuando necesitaron consejo sobre los sueños de Allanon. Le asustaban las implicaciones de lo que había dicho, pero no era tan tonto como para rechazarlas de entrada.

—Tal vez todo eso sea verdad, Walker, pero has olvidado algo —dijo por fin el joven montañés—. Tenemos que volver a entrar en la cúpula para vencer a Uhl Belk, y no nos lo va a poner fácil. Eso lo ha dejado muy claro. Si no hemos sido capaces de encontrar una entrada por nuestros propios medios, ¿cómo conseguiremos llegar hasta él?

—Uhl Belk cometió un error cuando nos permitió entrar en la cúpula —respondió Walker Boh, cruzando las manos sobre su pecho—. Pude sentir cosas que antes estaban ocultas para mí, cuando se me denegaba la entrada. Pude adivinar cómo se protege. Se ha situado sobre aquella caverna donde nos acorralaron las ratas mientras explorábamos los túneles abiertos bajo la ciudad. Y ha puesto el Tiderace entre él y el cubil subterráneo de Fauces Ávidas. Pero se ha equivocado al hacerlo. El constante cambio de las mareas ha erosionado y gastado partes de la piedra sobre la que descansa. —Los ojos del Tío Oscuro se estrecharon—. Hay una abertura que permite el acceso a la cúpula desde los túneles.

\* \* \*



Otro par de ojos se estrecharon también, reflejando su incredulidad, mientras Horner Dees sopesaba las posibles consecuencias de las palabras de Pe Eltar en el silencio del edificio donde se refugiaban.

—¿Matarlo? —preguntó por fin el viejo rastreador, sin poder evitar repetir la palabra que había utilizado su socio temporal—. ¿Para qué quieres matarlo?

—¡Porque está ahí fuera! —replicó Pe Eltar en tono impaciente, como si eso lo explicara todo.

Su mirada retó al rastreador, desafiándolo a que pusiera objeciones a su colérica respuesta. Pero Horner Dees guardó silencio.

—¿Cuánto tiempo llevamos en esta ciudad, viejo? ¿Una semana? ¿Dos? —inquirió Pe Eltar, inclinándose hacia delante igual que un halcón al acecho—. Ni siquiera puedo recordarlo. ¡Parece que llevemos aquí toda la vida! Pero sí estoy seguro de una cosa: desde que llegamos, esa criatura no ha dejado de perseguirnos. ¡Todas las noches, adondequiera que vayamos! El Cepo recorre las calles y se deshace de la basura. ¡Pues ya estoy harto!

El asesino no podía dominar la tensión de la furia que lo invadía. Luchaba contra el recuerdo de aquel tentáculo de hierro ceñido alrededor de su cuerpo, y se esforzaba en controlar su repulsión. Cuando él mataba, lo hacía de manera rápida y limpia. No oprimía lentamente, no asfixiaba y estrangulaba. Y nada había conseguido tocarlo jamás, nada había conseguido acercarse a él.

Hasta ahora.

El fallido intento de encontrar al Rey de Piedra en el cubil del Cepo tampoco había contribuido a mejorar su mal humor. Había estado plenamente convencido de que lo conseguiría, y se había expuesto a que lo mataran.

—No volverá a perseguirme. Un escalador puede morir como cualquier otra criatura —prosiguió Pe Eltar, con su cara afilada crispada y llena de resentimiento—. Piénsalo. Cuando el escalador esté muerto, tal vez aparezca el Rey de Piedra. Quizá entonces salga para ver qué criatura ha sido capaz de matar a su perro guardián. ¡Entonces lo tendremos en nuestras manos!

—Me parece que te equivocas —dijo Horner Dees.

—¿Vuelves a estar asustado, viejo? —inquirió Pe Eltar, con el rostro enrojecido.

—Desde luego. Pero eso no tiene nada que ver. Se supone que eres un asesino profesional. No matas sin motivo, y en ningún caso sin asegurarte de tenerlo todo a tu favor. Pero todo eso se te ha olvidado.

—¡Será porque tú no lo ves! —exclamó Pe Eltar, furioso—. ¡Ya conoces el motivo! ¿Es que no me has escuchado? ¡No tiene por qué haber dinero ni encargo de por medio! ¿Quieres encontrar a Uhl Belk o no? ¡Ya encontraré la forma de convertir la desventaja en ventaja!

Pe Eltar se levantó y se dio media vuelta para enfrentarse a la oscuridad. No debería importarle lo que pensara el viejo, pero, por alguna razón, le importaba, y se negaba a darle la satisfacción de mostrarle su confusión. Le molestaba admitir que

Horner Dees le había salvado la vida; le molestaba hasta admitir que le había ayudado a escapar. El viejo era una espina clavada que necesitaba arrancarse cuanto antes. Había surgido de su pasado, como un fantasma de una época que él ya creía enterrada. Ninguna persona viva tendría que saber quién era o qué había hecho, excepto Rimmer Dall. Nadie tendría que hablar de ello.

Entonces descubrió que sentía tantos deseos de matar a Horner Dees como de eliminar al Cepo.

Pero el Cepo era el problema más urgente.

—Ya he perdido demasiado tiempo contigo —prosiguió Pe Eltar, volviéndose hacia el viejo rastreador—. Vuelve con los demás. No necesito tu ayuda.

—No te la he ofrecido —respondió Horner Dees, haciendo un gesto de indiferencia.

Pe Eltar se dirigió a la puerta sin responder.

—Solo por curiosidad —dijo Dees a sus espaldas, poniéndose de pie—. ¿Cómo piensas matarlo?

—¿Y a ti qué te importa? —respondió Pe Eltar por encima del hombro.

—No tienes ningún plan, ¿verdad?

Pe Eltar se detuvo bruscamente ante la puerta, asaltado por el impulso casi incontenible de acabar con el problemático rastreador allí mismo. Después de todo, ¿para qué esperar? Los otros nunca lo sabrían. Su mano agarró la Stiehl.

—Lo cierto es que no podrás matar al Cepo, aunque te acerques lo suficiente para utilizar esa hoja —dijo Horner Dees de repente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pe Eltar, aflojando los dedos.

—Quiero decir que, aunque le tiendas una emboscada, aunque caigas sobre él desde arriba o lo ataques desde abajo... incluso si eso fuera posible, no podrás matarlo lo bastante rápido. —Sus ojos agudos desprendían destellos—. Quizá logres cortar un tentáculo o dos, y hasta es posible que consigas amputarle una pata o apuñalarlo en un ojo. Pero eso no será suficiente para acabar con su vida. ¿Dónde debes clavar el puñal para causarle la muerte, Pe Eltar? ¿Lo sabes? Yo no. Antes de que puedas lanzar el segundo ataque, el Cepo te habrá atrapado. ¿Le harás daño? Los escaladores se recuperan con increíble rapidez, encuentran piezas de metal de repuesto y sustituyen lo que han perdido.

—Encontraré la forma de conseguirlo —dijo Pe Eltar, esbozando una sonrisa dura, sardónica, carente de amabilidad.

—Sin duda —respondió Dees, haciendo un gesto de asentimiento. Después hizo una pausa deliberada, cambiando su peso de un pie al otro. En la penumbra creciente, parecía un trozo de la pared que se hubiese desprendido—. Pero necesitas un plan.

Pe Eltar apartó la mirada, disgustado. Después hizo un gesto de impaciencia y volvió a mirar al viejo rastreador. Había pasado demasiado tiempo recorriendo aquella lóbrega ciudad, aquella tumba de piedra y humedad, y desde que llegó no había dejado de luchar para que no se lo tragara. Eso, junto con una prolongada

exposición a la magia de Aurora, había erosionado sus instintos, embotado su agudeza y nublado sus pensamientos. Se encontraba en una situación en la que lo único que importaba era volver adonde había empezado, al mundo que estaba más allá de Eldwist, a la vida que tan bien había controlado hasta entonces.

Pero no volvería sin la piedra élfica negra. No renunciaría a ella.

Y no regresaría sin haberse cobrado la vida de Aurora. Tampoco renunciaría a eso.

Entretanto, parecía que Horner Dees intentaba decirle algo. Como nunca hacía daño escuchar, hizo un esfuerzo por calmarse.

—Y tú, ¿tienes un plan? —preguntó el asesino.

—Es posible.

—Te escucho.

—Tal vez tengas razón en que lo más conveniente sería matar al Cepo. Tal vez su muerte obligue a Uhl Belk a salir de su escondite. Merece la pena intentarlo —admitió a regañadientes Horner Dees.

—Sigo escuchando.

—Los dos debemos estar dispuestos a colaborar. Debemos alcanzar el mismo acuerdo que antes. Nos protegeremos mutuamente hasta que esto acabe. Luego, que cada uno se preocupe de sí mismo. Dame tu palabra.

—La tienes.

Horner Dees avanzó hasta detenerse frente a Pe Eltar, mucho más cerca de lo que le hubiese gustado a este, resoplando como si hubiera corrido un kilómetro y esbozando una sonrisa a través de la áspera barba, con los puños cerrados.

—Lo que creo que debemos hacer —dijo—, es arrojar al Cepo a un agujero profundo.

\* \* \*

Morgan Leah miró a Walker Boh sin decir palabra durante un breve instante.

—No funcionará —dijo haciendo un gesto negativo. El joven montañés se sorprendió al escuchar la tranquilidad que se reflejaba en su voz—. Tú mismo has dicho que el Rey de Piedra no es solo una estatua móvil, que se ha convertido en parte de la tierra. Lo es todo en Eldwist. Pudiste ver lo que hizo cuando nos dejó entrar en la cúpula, y también cuando llamó a Fauces Ávidas. Dividió la pared de roca. Su propia piel, Walker. ¿No crees que se enterará de que intentamos pasar a través de esa misma piel desde abajo? ¿No crees que lo sentirá? ¿Qué crees que pasará entonces? ¡Que nos aplastará!

Morgan apretó las palmas de las manos una contra otra en un gesto de impotencia. Un oscuro rubor cubrió todo su rostro, y de repente se encontró

temblando.

—Es posible que pase lo que dices, pero no muy probable —respondió Walker, y su rostro permanecía inmutable—. Uhl Belk puede ser el corazón y el alma de la tierra que ha creado, pero también es, como ella, de piedra. La piedra carece de la capacidad de sentir. Uhl Belk no hubiera advertido nuestra presencia si solo hubiese contado con sus sentidos. Lo que lo puso en guardia fue el uso de la magia. Tal vez quede en él bastante humanidad para detectar a los intrusos, pero ha delegado esa función en el Cepo. Si logramos abrirnos paso sin utilizar la magia, conseguiremos entrar en la cúpula antes de que se dé cuenta.

Morgan empezó a poner objeciones, pero finalmente desistió. Aurora le agarraba del brazo con tanta fuerza que le hacía daño.

—Morgan —dijo la muchacha con voz apremiante—. Podemos hacerlo. Walker Boh tiene razón. Es nuestra oportunidad.

—¿Nuestra oportunidad? —Morgan la miró, esforzándose en conservar el equilibrio mientras los ojos negros amenazaban con ahogarlo, apreciando de nuevo su increíble belleza—. ¿Nuestra oportunidad para qué, Aurora? —Se obligó a fijar sus ojos en los de Walker—. Supongamos que tienes razón, que podemos entrar en la cúpula sin que Belk se entere. ¿Y luego qué? ¿Qué hacemos una vez que estemos dentro? ¿Utilizar nuestras magias rotas, los tres, una muchacha desarmada, un hombre manco y otro con media espada? ¿No hemos vuelto al punto de partida con esta conversación?

»No voy a intentar engañarte, Walker —prosiguió el joven montañés, ignorando las manos de Aurora que tiraban de él—. Puedes leer mis pensamientos. Puedes leer los pensamientos de cualquiera. Estoy aterrado. Lo admito. Si tuviera la espada de Leah completa, me arriesgaría contra algo como Uhl Belk. Pero no la tengo. Y no poseo magia innata como Par y tú. He sobrevivido aceptando mis limitaciones. Así es como he podido luchar contra los oficiales de la Federación que ocupan mi tierra, así es como he conseguido sobrevivir a algo mucho más grande y más fuerte. Tenemos que elegir nuestras batallas. El Rey de Piedra es un monstruo que está al mando de otros monstruos, y no veo qué podemos hacer nosotros tres contra ellos.

—Morgan... —intervino Aurora, haciendo un gesto de resignación.

—No —la interrumpió el joven montañés, incapaz de interrumpir su razonamiento—. No digas nada. Escucha: he hecho todo lo que me has pedido; he dejado otras responsabilidades apartadas; he venido al norte en busca de Eldwist y Uhl Belk; te he acompañado en la búsqueda de la piedra élfica negra; quiero que tengas éxito en la misión que te ha encomendado tu padre, pero no sé cómo vas a conseguirlo. ¿Y tú, Aurora? ¿Lo sabes?

—Estoy segura de que lo conseguiremos —respondió la muchacha, poniéndose delante de él y mirándolo a la cara—. Mi padre me lo dijo.

—Con mi magia, la de Walker y la de Pe Eltar. Lo sé. Bien, entonces, ¿qué hay de Pe Eltar? ¿No tendría que venir con nosotros? ¿No lo necesitamos para tener éxito?

—No. La magia de Pe Eltar será necesaria más tarde —respondió Aurora tras un breve instante de vacilación.

—Más tarde. ¿Y la tuya?

—No podré utilizar la magia hasta que recuperéis la piedra élfica.

—Entonces solo quedamos Walker y yo.

—Sí.

—Aunque no tengamos ni idea de qué hacer.

—Sí.

—Basta ya, muchacho —dijo Walker Boh, impaciente y tenso, dando un paso hacia delante—. Haces que esto parezca un proceso místico que requiere la intervención divina o la sabiduría de los muertos. No hay nada difícil en lo que se nos pide que hagamos. El Rey de Piedra tiene la piedra élfica negra. Hay que conseguir que nos la entregue. Tenemos que atravesar el suelo de la cúpula y cogerlo por sorpresa. Tenemos que encontrar la manera de confundirlo para que abra la mano y podamos hacernos con la piedra. No tenemos que enfrentarnos a él. No tenemos que matarlo. Esto no es una cuestión de fuerzas, sino de voluntades. Y de astucia. Tenemos que ser más listos que él.

»No hemos llegado hasta aquí, Morgan Leah, para dar media vuelta y regresar con las manos vacías —prosiguió el Tío Oscuro, los ojos soltando chispas—. Sabíamos que no había respuestas para nuestras preguntas, que tendríamos que encontrar por nuestra cuenta el camino a seguir. Y así ha sido. Solo tenemos que hacer un último esfuerzo, porque de lo contrario habremos perdido la piedra élfica, y también se perderán las Cuatro Tierras. Los umbríos habrán ganado la guerra, Cogle y *Susurro* habrán muerto en balde, y también tu amigo Steff. ¿Es eso lo que deseas? ¿Es eso lo que pretendes, Morgan Leah?

Morgan apartó a la muchacha y cogió a Walker por la parte delantera de la capa. Este también lo agarró e intercambiaron una dura mirada sin pronunciar palabra. La cara de Morgan estaba demudada por la furia; la de Walker tenía un gesto vehemente.

—Yo también estoy asustado, muchacho —confesó el Tío Oscuro—. Siento unos temores que van mucho más allá de Eldwist y de la magia de Uhl Belk. El espíritu de Allanon me ha encargado que utilice la piedra élfica negra para restaurar Paranor y traer a los druidas a las Cuatro Tierras una vez más. Si por utilizar la piedra élfica contra Fauces Ávidas Uhl Belk se ha convertido en piedra, ¿qué no podrá hacer conmigo cuando la use para devolver la Fortaleza a su lugar?

Se produjo un largo y tenso silencio, en el que la pregunta quedó suspendida en la oscuridad de la habitación, amenazante.

—No importa —dijo Walker rompiendo el silencio—. Tengo que averiguarlo.

—¿Por qué hacemos esto? —preguntó Morgan, dejando que la capa del Tío Oscuro se deslizara entre sus dedos y dando un paso atrás—. ¿Por qué?

—Sabes muy bien por qué, Morgan Leah —respondió Walker Boh, esbozando una leve sonrisa—. Porque nadie más va a hacerlo.

—¿Somos soldados valientes? ¿O idiotas? —inquirió el joven montañés, riéndose a su pesar.

—Tal vez las dos cosas. O quizá es solo que somos muy testarudos.

—Eso parece —dijo Morgan, cansado, con un suspiro, mientras peleaba contra la opresión de la penumbra y la bruma, y contra la sensación de inutilidad—. Pero creo que aún hay muchas cosas que no sabemos, muchas respuestas que nos faltan.

—Así es —respondió Walker, haciendo un gesto de asentimiento—. Nos faltan respuestas, pero nos quedan los motivos. Tendrán que valer.

La mente de Morgan se llenó de recuerdos del pasado, de sus amigos perdidos y muertos, del esfuerzo por conservar la vida, y de la miríada de aventuras que lo habían alejado de su hogar en las Tierras Altas para llevarlo a aquel lejano confín del mundo. Habían pasado muchas cosas, la mayoría fuera de su control. Él era algo pequeño e indefenso ante aquellos acontecimientos, un diminuto pecio flotando en el océano, arrastrado por las mareas y el azar. Se sentía agotado y enfermo; quería encontrar una solución, y tal vez la única posible fuese la muerte.

—Déjame hablar con él —oyó que decía Aurora.

Se arrodillaron a solas en el centro de la habitación, uno frente al otro, con las caras tan juntas que Morgan podía ver su imagen reflejada en los oscuros ojos de la muchacha. Walker había desaparecido. Aurora extendió las manos y dejó que sus dedos descansaran en el rostro de Morgan, siguiendo la línea de sus huesos.

—Estoy enamorada de ti, Morgan Leah —dijo Aurora en voz apenas audible—. Quiero que lo sepas. Me siento extraña al decirlo. No sabía si sería capaz. Tengo mis propios temores, distintos de los tuyos y de los de Walker Boh. Tengo miedo de estar demasiado viva.

»¿Comprendes lo que quiero decir? —le preguntó, inclinándose hacia delante y dándole un beso—. Un elemental no es fruto del amor que comparten un hombre y una mujer, sino de las necesidades de la magia. Se me creó para cumplir una misión, la misión de mi padre, y me advirtió que fuera precavida con las cosas que me perturbaran. ¿Qué podría perturbarme más, Morgan Leah, que el amor que siento por ti? No puedo explicar ese amor. No lo comprendo. Procede de la parte humana que hay en mí y emerge a la superficie a pesar de mis esfuerzos por reprimirlo. ¿Qué puedo hacer con este amor? Me digo a mí misma que debo rechazarlo. Es... peligroso. Pero no puedo renunciar a él, porque ese sentimiento es lo que me da vida. Gracias a él soy algo más que un ser de tierra y agua, algo más que un pedazo de arcilla. Gracias a él soy real.

El montañés la besó, seguro y decidido, aunque asustado por lo que decía, por el sonido de sus palabras, por las verdades que encerraba. No quería oír más.

—Tienes que escucharme, Morgan —prosiguió Aurora al apartarse—. Había planeado seguir el camino que me había marcado mi padre y no desviarme ni un ápice de él. Su advertencia parecía sensata. Pero ahora descubro que no puedo hacerlo. Necesito amarte; no me importan las consecuencias. No estaremos vivos si

no respondemos a nuestros sentimientos. Así que te amaré con tanta intensidad como sea capaz, sin temer las consecuencias que eso pueda acarrear.

—Aurora...

—Pero el camino está claro ante nosotros —lo interrumpió ella—, y debemos seguirlo juntos. Nos han mostrado el lugar adonde conduce, y tenemos que continuar hasta el final. Tenemos que derrotar al Rey de Piedra; tenemos que recuperar la piedra élfica negra. Walker Boh, tú y yo somos responsables de que se cumpla la promesa de mi padre. Tenemos que hacerlo, Morgan. Tenemos que hacerlo.

El joven montañés hacía gestos de asentimiento mientras ella hablaba, indefenso ante su insistencia. Su amor era tan fuerte que habría hecho cualquier cosa que le pidiera, a pesar de las dudas. Sus ojos se inundaron de lágrimas, pero las contuvo, enterrando el rostro en el hombro de Aurora y abrazándola. Peinó su pelo de plata con los dedos. Sintió que sus esbeltos brazos lo rodeaban y que su cuerpo temblaba.

—Lo sé —respondió en voz baja.

Entonces pensó en Steff, muerto a manos de la muchacha que amaba, convencido de que era una persona que en realidad ya no existía. De pronto, se preguntó si sucedería lo mismo. Pensó también en la promesa que había hecho a su amigo, una promesa compartida con Par y Coll: si encontraban la magia que pudiera liberar a los enanos, harían todo lo que estuviera en sus manos para recuperarla y encargarse de que se utilizara. Seguro que la piedra élfica negra poseía esa magia.

Sintió que la calma inundaba todo su ser y disolvía la angustia y los malos presagios, la duda y la incertidumbre. Su camino ya estaba claramente marcado, y no tenía elección.

—Encontraremos la forma —dijo en voz baja, con las lágrimas de Aurora empapándole la mejilla.

Desde la oscuridad de la habitación contigua, Walker Boh miró a los amantes mientras se abrazaban, sintiendo la calidez de su cercanía llegar a él como las diminutas manos de un niño perdido. Se volvió. Él no podía aspirar a eso. Lo invadió un profundo sentimiento de tristeza, pero se repuso enseguida. Su futuro era un brillante trocito de certeza en la oscuridad del presente. A veces su presencia se hacía cortante como un cuchillo.

Atravesó en silencio el edificio. Se acercó a una ventana que daba a la calle, y contempló la niebla y la penumbra. El mundo de Eldwist era un laberinto de obstáculos y corredores de piedra que lo miraba a través de un resplandor duro y mojado. Era áspero y absurdo, y le recordaba el transcurso de su vida.

Pero ahora, por fin, su vida podía convertirse en algo más.

Quedaba un enigma pendiente. El joven montañés había llegado a rozarlo en su esfuerzo por comprender cómo podrían enfrentarse a un ser con el poder de Uhl Belk. Un enigma que lo había acompañado desde el principio del viaje, una presencia constante, y que permanecía en la oscuridad.

El enigma era Aurora. La hija del Rey del río de Plata, creada con los elementos

del Jardín y alumbrada por la magia. Era una adivinanza expresada con palabras en otra lengua. La habían enviado para llevarlos a Eldwist. ¿No hubiese bastado con que los convocara, incluso por medio de un sueño? En cambio, el Rey del río de Plata había enviado a un ser vivo y maravilloso, a una criatura de increíble belleza. ¿Por qué? Ella estaba allí por un motivo concreto que se esforzaba en mantener oculto.

Walker Boh sintió que un oscuro rincón de su interior se estremecía ante las distintas posibilidades.

¿Cuál era la verdadera misión de Aurora?



**A**l amanecer, Aurora, Walker y Morgan abandonaron el refugio y salieron a la calle. Había dejado de llover, las nubes se habían alzado por encima de los edificios y la luz era gris y dura como el hierro. El silencio envolvía los huesos de Eldwist como una mortaja, y el aire estaba quieto, libre de niebla, vacío. A lo lejos se oía el murmullo del océano. Sus pisadas producían un ruido sordo y se repetían en ecos que parecían susurros suspendidos en el aire. Buscaban vida en la ciudad, pero era en vano. No había ni el menor rastro de Horner Dees ni de Pe Eltar. El Cepo se había retirado a su cubil diurno, Fauces Ávidas dormía en las profundidades de la tierra y Uhl Belk, en su fortaleza, era una oscura fatalidad a la espera del conflicto.

Sin embargo, Walker Boh estaba tranquilo y en paz consigo mismo.

Caminaba delante de Morgan y Aurora, sorprendido de su propia y profunda calma. Había dado mucho de sí mismo intentando comprender y controlar el sentido de su vida, luchando con los fantasmas gemelos de su legado y su destino. Ahora, todo eso pertenecía al pasado. El tiempo y los acontecimientos lo habían llevado a la situación actual, un implacable remolino que aclararía el propósito de su vida quisiera él o no. El encuentro con el Rey de Piedra zanjaría el asunto de su identidad de una vez por todas. ¿Lograría llevar a cabo la misión que el espíritu de Allanon le había encomendado? ¿Conseguiría apoderarse de la piedra élfica negra y restaurar Paranor? Ya no pretendía llegar a la certeza a través de la duda, no quería continuar atascado en los «¿qué pasará si...?» que durante tanto tiempo lo habían atormentado. Las circunstancias lo habían conducido a ese momento y ese lugar, y eso era suficiente. Tanto si continuaba con vida como si encontraba la muerte en el intento, por fin se liberaría del pasado. ¿Seguía la magia de la casa de Shannara viva en su interior, fuerte a pesar de la pérdida de su brazo por el veneno del Áspid, y lo bastante poderosa como para enfrentarse con éxito a la furia del Rey de Piedra? ¿Era el depositario del legado que Allanon había otorgado a Brin Ohmsford? Pronto tendría oportunidad de descubrirlo. El conocimiento, pensó con una ironía que no pudo evitar, siempre liberaba al hombre.

Morgan Leah no estaba tan seguro.

Media docena de pasos por detrás de Walker, cogido de la mano de Aurora, el joven montañés era un frágil recipiente en cuyo interior revoloteaban los miedos y los celos como moscas atrapadas. Al contrario que Walker Boh, ya sabía demasiado. Sabía que Walker no era el Tío Oscuro de antaño, que el mito de su carácter indomable se había roto con su brazo, y que lo arrastraba la misma marea de profecías y promesas que a los demás. Sabía que él mismo era mucho más endeble,

un hombre sin un arma completa, privado de la magia que lo había protegido a duras penas cuando se había enfrentado en el pasado a seres mucho menos poderosos. Sabía que solo contaban ellos dos, porque Aurora no podía intervenir; ella podía compartir su destino, pero no podía hacer nada para cambiarlo. Comprendía su ansiedad por apoderarse de la piedra élfica negra, su fe ciega en las promesas de su padre, su confianza en las promesas del Rey del río de Plata. Él solo podía rezar para que encontraran la forma de sobrevivir a la misión, para que algún milagro consiguiera salvarlos. Pero los temores y la inseguridad no desaparecerían por eso, no conseguiría ahuyentarlos con falsas esperanzas. Corrían de un lado a otro en su interior como ciervos asustados, y sentía los latidos de su corazón reverberando al ritmo de su alocada carrera.

Desesperado, se preguntó qué haría cuando el Rey de Piedra fijara en él aquellos ojos vacíos. ¿Dónde encontraría su fuerza?

Miró a Aurora, las suaves líneas y sombras de su rostro, el brillo tranquilizador de sus ojos oscuros.

Pero la muchacha caminaba a su lado ajena a todo.

Recorrieron las calles vacías en dirección al centro de la ciudad, avanzando como gatos por el pétreo trazado de las aceras, con las espaldas pegadas a las paredes de los edificios. Casi podían sentir bajo sus pies los latidos de vida del Rey de Piedra en la piedra, casi podían oír el sonido de su respiración a través del silencio, casi podían sentir sus ojos sobre ellos. Un viejo dios, un espíritu, un ser de un poder incomprensible. Los minutos iban pasando, y las calles y edificios se aproximaban y se alejaban con una monotonía que hablaba de épocas que llegaron y se fueron, y de vidas anteriores a las suyas que habían recorrido aquel camino sin dejar ni rastro. Una opresiva certeza se posó sobre ellos, una voz silenciosa, un rostro apenas recordado, un toque suave, destinado a convencerlos de la futilidad de sus esfuerzos. Sentían su presencia y reaccionaban, cada uno de una forma distinta, recurriendo a las defensas que cada uno tenía a su alcance. Pero ninguno de los tres retrocedió, ninguno de los tres se rindió. Unidos por la firme decisión de poner fin a aquella terrible pesadilla, continuaron impertérritos su camino.

En el este, la luz del amanecer, débil y grisácea, se convirtió en una gélida neblina plateada que se mezclaba con las nubes y daba a la ciudad una apariencia cristalina.

Poco después divisaron la cúpula, y cuando Walker Boh, todavía delante, les ordenó que se retiraran hacia la sombra de los edificios, lo obedecieron como si temieran que la forma abovedada descubriese su presencia. Los llevó hasta una calle secundaria, y después a otra, serpenteando a través del laberinto de la ciudad. Se deslizaban por la humedad como una corriente de agua que busca el camino descendente, sin detenerse. No seguían un camino recto, pero la cúpula se cernía sobre ellos más allá de las paredes que los ocultaban.

Por fin Walker se detuvo y levantó la cabeza cubierta con la capucha para oler el aire. Estaba perdido en su interior, rebuscando en la oscuridad de su mente; la magia

se encargaba de indicarle el camino que sus ojos no podían ver. Reemprendió la marcha, cruzó una calle, se internó en un callejón y salió a otra calle, en la que una entrada conducía a un ancho tramo de escalera. Tras un oscuro y angustioso descenso, llegaron a una cámara cavernosa donde docenas de los antiguos carruajes del viejo mundo descansaban en sus vías de piedra. Eran enormes, estaban destrozados por el tiempo y la erosión, y daban a la cámara el aspecto de un osario. La luz caía sobre ellos en estrechas franjas, y las motas de polvo llenaban el aire de una bruma leve y sofocante.

Las escaleras continuaban adentrándose en el interior de la tierra, y los tres siguieron bajando sus peldaños. Entraron en otra cámara con un agujero circular en la pared opuesta. Tras una pequeña vacilación, entraron de nuevo en las alcantarillas de la ciudad, que se dividían en tres direcciones, catacumbas envueltas en el silencio y el olor de las cosas muertas. Walker levantó la mano y una luz plateada la envolvió. Se detuvo una vez más, como si pretendiera saborear el aire, y después se dirigió a la izquierda.

El túnel los engulló; sus paredes formadas por enormes piedras amenazaban con aprisionarlos para siempre. El silencio era un observador furtivo, invisible. No se oía a Fauces Ávidas, ni el menor retumbo, ni siquiera la vibración que producía al respirar. Eldwist parecía una tumba carente de vida, un refugio para los muertos. Avanzaban en fila, Walker delante, seguido de Aurora y, en último lugar, Morgan. No intercambiaron ni una palabra, ni siquiera una sola mirada. Mantenían los ojos fijos en la luz que Walker emitía, en el suelo rocoso del túnel y en el movimiento de las sombras que proyectaban.

Walker aminoró el paso y poco después se detuvo. Moviéndose hacia un lado su mano iluminada, y después hacia el otro. Un leve destello descubrió en la pared de la izquierda el contorno de una negra abertura y la escalera que había detrás.

Bajaron sus húmedos y resbaladizos peldaños. Empezaron a sentir el olor del Tiderace y enseguida pudieron oír el rumor de las aguas al chocar contra la costa de Eldwist. Escucharon, esperando oír el griterío agudo de las ratas, pero no llegó. Cuando alcanzaron el final de la escalera, Walker los llevó hacia la derecha, a un estrecho agujero tachonado de salientes de piedra que el tiempo y la naturaleza habían afilado como navajas. Se movieron despacio, muy juntos para mantenerse dentro del círculo de luz. La humedad empapaba las paredes que se levantaban ante ellos y las plagaba de manchas. Se produjo un movimiento de seres que huían de la luz. Morgan consiguió verlos. Para su sorpresa, se trataba de animales marinos. Eran unos diminutos cangrejos negros. ¿Tan lejos estaban de Uhl Belk que podían seguir con vida? ¿Tan cerca estaban del agua?

Entonces salieron a la caverna subterránea que se extendía bajo la ciudad. Murallas de piedra rodeaban el saliente en que se encontraban, y las olas del océano golpeaban con furia las rocas que había abajo. La bruma se revolvía sobre sus cabezas, cubriendo las zonas altas de la caverna como cortinas blancas. La luz del día

iluminaba las sombras donde las rocas estaban agrietadas y formaba arco iris descoloridos contra la bruma.

El saliente se extendía a ambos lados, subiendo y bajando, dentado y desigual, casi oculto entre las piedras y la penumbra. Walker Boh miró en una y otra dirección, buscando la presencia que sabía que encontraría, sintiendo el latido de su magia. Levantó los ojos hacia lo invisible. Uhl Belk.

—Por aquí —dijo en voz baja, dirigiéndose hacia la izquierda.

Entonces sonó el retumbo de Fauces Ávidas, que despertaba, elevándose hasta convertirse en un rugido, y toda la ciudad de Eldwist tembló con su furia.

\* \* \*

El plan era simple, pero los planes simples suelen ser los que funcionan mejor. El único problema de aquel, pensó Pe Eltar mientras vigilaba, protegido por el edificio situado frente al cubil del Cepo, era que él correría todos los riesgos mientras que Horner Dees se mantendría a salvo.

El plan, por supuesto, lo había elaborado el viejo rastreador Dees.

Al igual que Aurora, Walker y Morgan Leah, ellos habían salido al amanecer, abandonando su refugio para salir a las calles de la ciudad, enfrentándose a la triste luz gris con ojos entrecerrados y gesto receloso. Tras intercambiar algunas miradas, se pusieron en marcha. Se dirigieron primero al cubil del Cepo, y luego recorrieron la ruta que Pe Eltar intentaría que siguiera el escalador. Cuando Dees estuvo seguro de que su compañero la había memorizado, colgaron el equipo del viejo rastreador en el sitio que habían elegido, comprobaron la resistencia de la polea improvisada, y se separaron.

Pe Eltar regresó al cubil del Cepo, y allí estaba, esperando.

Lo que más necesitaba era cautela y rapidez; las armas de un asesino.

Escuchó el silencio durante largo rato, calculando la distancia que debía cubrir y midiendo la retirada. Esta vez no habría nadie para ayudarlo si las cosas se torcían. Su afilado rostro se volvió a un lado y al otro, olisqueó el mar y la piedra, escudriñó los instintos que le advertían que el escalador seguía despierto.

Esbozó una fría sonrisa. La furia había desaparecido. El ansia de matar lo calmaba como el contacto de Aurora, lo serenaba, le daba paz. Estaba tranquilo y se sentía satisfecho de sí mismo, preparado, tan afilado y seguro como la hoja de su Stiehl.

Sin hacer ruido, cruzó la calle hasta la puerta del cubil. Llevaba la cuerda y el garfio en la mano. Tras situarse ante la puerta, lanzó el garfio hacia arriba para engancharlo en el saliente de piedra que había utilizado la noche anterior. Este se ajustó con un chasquido y aguantó. Pe Eltar retrocedió, esperando. Pero la puerta no

se abrió. O bien el Cepo no lo había oído o bien estaba a la espera de lo que pudiera suceder a continuación. Pe Eltar había pensado que el ruido haría salir a la bestia, ahorrándole la molestia de escalar. Pero, al parecer, eso era pedir demasiado.

Respiró profundamente. Aquella era la parte más peligrosa del plan.

Dio un paso al frente, agarró la cuerda que colgaba del garfio y empezó a trepar. Lo hizo con rapidez, una mano detrás de la otra, sin necesidad de utilizar las piernas, dada su fuerza. Una vez arriba, agarró la palanca que abría la entrada oculta al cubil, tiró de ella y se apartó inmediatamente, resbalando por la cuerda como un gato. La puerta ya se levantaba cuando llegó al suelo. Se produjo un susurro en el interior, y Pe Eltar dio un salto atrás. Un tentáculo estuvo a punto de agarrarlo. El Cepo ya se había puesto en movimiento, abalanzándose hacia delante, un nido de tentáculos extendidos y ansiosos.

Unos segundos después, la puerta estaba abierta por completo. El escalador se lanzó hacia fuera con movimientos salvajes, ajeno al hecho de que la noche había terminado. Enfurecido por la irrupción de Pe Eltar, lo persiguió. El asesino empezó a correr ante la bestia enloquecida, metiéndose en las sombras del callejón que desembocaba en el lado opuesto de la calle. El escalador lo siguió, bastante más deprisa de lo que Pe Eltar había imaginado. Por un momento, se preguntó si había calculado mal sus posibilidades. Pero no había tiempo para pensar en ello. Apartó las dudas y siguió adelante con nuevos bríos.

Corrió por el callejón y llegó a la calle adyacente. Se detuvo. «Ten cuidado con las trampas —pensó—, no vayas a caer en una». Eso era lo que el viejo y él habían planeado para el Cepo. Una larga caída por un profundo agujero, una caída hasta las profundas entrañas de Eldwist. Si él conseguía sobrevivir el tiempo suficiente, claro está.

El escalador apareció en la entrada del edificio más cercano; había seguido su propia ruta y casi lo cogió por sorpresa. Pe Eltar evitó sus tentáculos con un ágil movimiento y reemprendió la huida. Corrió bordeando el edificio, perseguido por el Cepo. El hierro que acorazaba a la criatura resonaba y chirriaba, chocaba y rozaba. Pe Eltar podía sentir el tamaño de la criatura que se cernía sobre él, que amenazaba con aplastarlo. Pasó ante dos edificios más, y salió a otra calle. Ya estaba cerca, solo a dos manzanas. Pero ¿dónde estaba la bestia? Se volvió para ver a qué distancia se hallaba. La oía avanzar, pero el sonido parecía proceder de todas partes a la vez. ¿Dónde...?

El escalador surgió de la oscuridad de la entrada de un edificio, y sus brazos de hierro golpearon el suelo a escasos centímetros de donde se encontraba Pe Eltar, que se apartó de un rápido y ágil salto. El asesino, sorprendido, dio un grito cargado de furia y desesperación. ¡Qué rápido era!

Quiso volverse y luchar, ver la reacción del monstruo al sentir la helada hoja de la Stiehl haciendo su cuerpo jirones. Quiso sentir la muerte del escalador. Sin embargo, volvió a correr por los senderos de piedra de la ciudad, junto a los muros de los edificios, a través de las sombras y la luz grisácea, como una ráfaga de algo más

oscuro que la noche. Los tentáculos crujían y culebreaban tras él, se agarraban a las puertas y los marcos de las ventanas y los arrancaban, dejando una estela de polvo tras de sí. El enorme cuerpo golpeaba y se tambaleaba, y las patas agrietaban el suelo. El Cepo pareció ganar velocidad. Si la luz del día le molestaba, si la ceguera lo inhibía, no se notaba lo más mínimo. Pe Eltar sentía su furia como si fuera algo físico y palpable.

La persecución los llevó a otra calle y a la última esquina. Pe Eltar se daba cuenta de que perdía terreno. Delante, la calle terminaba en un parque de piedra. Una serie de escalones descendían a una hondonada donde se levantaba la estatua de una figura alada con banderolas y cintas colgando de su cuerpo... y a una trampa, la misma en que habían caído el viejo rastreador y el joven montañés unos días antes.

Horner Dees, asegurado en su arnés, esperaba de pie al lado de la trampilla invisible, el cebo de la trampa. Pe Eltar saltó de costado a una acera y ganó velocidad mientras el Cepo doblaba la esquina tras él, sacudiendo los tentáculos. Dejó atrás a Horner, vislumbró su rudo rostro, pálido bajo la poblada barba, y llegó a la pared donde se encontraban las cuerdas que aseguraban el arnés. Tiró de ellas, izando a Horner sobre el pozo oculto. Oyó el ruido infernal que hizo el escalador al entrar en la calle y aullar a Horner Dees. El Cepo advirtió la presencia del viejo rastreador, desvió levemente su rumbo y cargó. Dees intentó retroceder contra su voluntad cuando el monstruo se lanzó sobre él con sus partes de metal chirriando.

Entonces la trampa se abrió, y el Cepo empezó a caer. Bajó dando tumbos por la rampa de piedra, rayándola con su cuerpo acorazado. Había estado tan obsesionado con capturar a Dees que se había olvidado de dónde estaba. Ahora era él la presa, y caía, perdiéndose de vista. Pe Eltar dio un grito de placer.

Pero, de repente, los tentáculos se dispararon hacia fuera y empezaron a agarrarse a los salientes de piedra, a una esquina de las escaleras, a un muro fracturado, a cualquier cosa que tuvieran a su alcance. El deslizamiento cesó. El polvo llenó el aire, oscureciéndolo todo. Pe Eltar vaciló, olvidándose por un instante de apartar el arnés que aseguraba a Dees. Entonces oyó gritar al viejo rastreador. Tiró de las cuerdas con fuerza, pero no consiguió moverlas. Algo sujetaba el otro extremo, algo que era mucho más fuerte que él. Había esperado demasiado tiempo. El Cepo había agarrado a Horner Dees.

Pe Eltar no dudó. No pensó en su promesa; nunca le había preocupado demasiado mantener su palabra. Simplemente reaccionó de forma instintiva. Soltó las cuerdas, atravesó corriendo la hondonada del parque hasta la calle. Vio que el viejo se deslizaba hacia el borde del abismo, pataleando, con un tentáculo alrededor de su fornido cuerpo. Lo alcanzó justo en el momento en que estaba a punto de desaparecer. Un tajo de la Stiehl cortó el tentáculo que lo sujetaba, y un segundo golpe cortó las cuerdas del arnés.

—¡Corre! —gritó, apartándolo de allí de un empujón.

Un tentáculo lo rodeó, intentando inmovilizar su brazo. Se retorció, la hoja de la

Stiehl produjo un destello de magia, y el tentáculo cayó. Pe Eltar se apresuró a cortar los tentáculos que sujetaban al Cepo. Había polvo por todas partes, suspendido en la luz gris, y se mezclaba con la niebla hasta ocultarlo todo. Pe Eltar se movía de forma instintiva. Corrió y saltó a través de la maraña de brazos, acuchilló, oyó de nuevo el ruido de rozadura, y el deslizamiento se reanudó.

Entonces se produjo un estrépito metálico y el Cepo desapareció. Cayó al pozo y se perdió en el abismo. Pe Eltar controló su júbilo, y salió en busca de Dees. Lo encontró gateando con esfuerzo por las escaleras.

—¡Levántate! —gritó, tirando de él con violencia y empujándolo hacia delante. La tierra explotó tras ellos, y la calle saltó por los aires en mil pedazos.

Fragmentos de piedra volaron por doquier. Los dos hombres se tambalearon y cayeron, y luego se volvieron a mirar.

Todas las demás piezas del plan elaborado por Horner Dees encajaron en su sitio. De las profundidades de Eldwist surgió Fauces Ávidas, que se había despertado de forma brusca por el impacto de la caída del Cepo, con una furia incontenible.

El monstruo rugió y se sacudió mientras se erguía. Su cuerpo de gusano brillaba, lleno de protuberancias y escamas, tan grande que incluso bloqueaba la escasa luz del día. El Cepo colgaba de su boca, convirtiéndose en piedra a medida que el veneno lo cubría, debatiéndose cada vez con menos fuerza. Fauces Ávidas lo sostuvo un momento, y después lo lanzó como haría un perro con una rata. El Cepo voló por los aires y se estrelló contra un edificio. El muro se derrumbó con el golpe, y el Cepo quedó reducido a pedazos.

Fauces Ávidas regresó a los túneles, y la intensidad de su retumbo fue disminuyendo paulatinamente hasta quedar reducido al silencio. Las nubes de polvo se aposentaron y la luz regresó.

Dejándose arrastrar por un súbito impulso, Pe Eltar extendió la mano y estrechó la de Horner Dees. Su respiración acelerada era el único sonido en la calma que siguió a continuación.

\* \* \*

En la caverna situada bajo la fortaleza del Rey de Piedra, el retumbo del despertar de Fauces Ávidas se desdibujaba con el golpeteo de las olas del Tiderace al chocar contra las costas rocosas de Eldwist. Morgan Leah levantó su bronceado rostro para escrutar entre la bruma.

—¿Qué está pasando? —preguntó en voz baja.

Walker Boh hizo un gesto que indicaba que lo desconocía, incapaz de responder. Todavía podía sentir los temblores de la tierra, ecos de la furia del monstruo. Algo la había provocado, algo que no era normal. La reacción de la criatura había sido

diferente a su respuesta a las llamadas del Rey de Piedra, más impaciente, más intensa.

—¿Ha vuelto a dormirse? —preguntó con ansiedad el joven montañés, preocupado por que pudiera capturarlos.

—Sí.

—¿Y él? —Morgan señaló hacia arriba—. ¿Lo sabe?

Uhl Belk. Walker sondeó a través de las capas de roca en un esfuerzo por descubrir lo que podía estar sucediendo. Pero estaba demasiado lejos y la piedra era demasiado gruesa para que su magia pudiera atravesarla. No lo conseguiría a menos que utilizara su toque y, si lo hacía, pondría en guardia al Rey de Piedra.

—Aún descansa —respondió Aurora de forma inesperada. Se acercó a él con expresión tranquilizadora y ojos distantes. El viento alborotó su pelo plateado, cubriéndole la cara con él—. Tranquilízate, Morgan. No se ha dado cuenta de que ha pasado algo.

Pero Walker lo sentía, fuera cual fuese, igual que la muchacha. Era apenas perceptible todavía, pero sus efectos empezaban a aumentar. Era algo distinto al paso del tiempo y la erosión de la roca y la tierra. El viento lo susurraba, el suelo lo repetía en sus ecos y se podía respirar en el aire. Nacidos de la magia, tanto la hija del Rey del río de Plata como el Tío Oscuro sentían su murmullo. Solo el joven montañés permanecía ajeno a él.

—Tenemos que apresurarnos —dijo Walker Boh, poniéndose en marcha, tras sentir una aguda e inesperada urgencia. El tiempo se agotaba—. Daos prisa, vamos.

Los llevó hacia la izquierda por la superficie resbaladiza e irregular del saliente rocoso. Avanzaron muy despacio, con las espaldas pegadas a la pared, porque era muy estrecho en algunos lugares y las salpicaduras del océano humedecían su superficie cada vez que rompía una ola. Tras ellos, la caverna se extendía como un enorme mundo oculto, y tenían la sensación de que los ojos de moradores invisibles los observaban.

El saliente terminaba en otra caverna que se internaba en la espesa negrura. Walker Boh dirigió la magia de su luz plateada a la oscuridad y apareció una escalera que ascendía en espiral.

Con Aurora y Morgan tras él, el Tío Oscuro empezó a subir sus peldaños.



**D**urante su niñez, Morgan Leah solía jugar en las cuevas tachonadas de cristal que había al este de la ciudad. Tenían muchos siglos de antigüedad, e innumerables generaciones las habían explorado y luego olvidado. Los suelos de piedra estaban pulidos por el paso del tiempo y el roce de los pies. Habían sobrevivido a las Grandes Guerras, a las guerras de las Razas, a los animales de todas clases que las habían utilizado como refugio e incluso al fuego de la tierra que hervía justo debajo de su superficie. Eran cavidades de una luminiscencia cegadora, con los techos llenos de estalactitas y los suelos salpicados de pequeñas lagunas de agua clara y oscuros hoyos. Sus cámaras estaban interconectadas por un laberinto de túneles estrechos y complicados. Era arriesgado y peligroso adentrarse en las cuevas porque existía el riesgo de perderse. Pero para un muchacho con ansias de aventuras como Morgan Leah el posible riesgo solo lo hacía más atractivo.

Conoció su existencia cuando apenas tenía edad para aventurarse solo en su interior. El día que las descubrió iban con él varios niños, pero Morgan fue el único que se atrevió a entrar en ellas. En aquella primera ocasión no se internó mucho; era probable que las cavernas se extendieran hasta el centro mismo de la tierra, y fue el atractivo que sobre él ejercía esa posibilidad lo que le hizo regresar. No les habló a sus padres de sus exploraciones, como los otros niños hicieron con los suyos. En aquellos tiempos ya pesaban bastantes prohibiciones sobre su vida. Jugaba a ser explorador, a descubrir nuevos mundos, completamente desconocidos para los demás. Su imaginación se desbordaba cuando estaba dentro de las cuevas; se podía convertir en cualquier persona o en cualquier cosa. Con frecuencia iba solo, porque se sentía más libre cuando los otros niños no estaban con él para restringir sus juegos; su presencia imponía límites que no siempre estaba dispuesto a aceptar. Cuando estaba a solas podía hacer lo que se le antojara.

Uno de los días que había entrado solo, justo después de cumplirse un año de su maravilloso descubrimiento, se perdió. Jugaba como de costumbre, sin preocuparse del recorrido; confiaba en su habilidad para encontrar el camino de vuelta, ya que nunca había tenido dificultades para hacerlo. Entonces se dio cuenta de que no sabía dónde estaba. El túnel que seguía no le parecía familiar, las cuevas que veía tenían un aspecto diferente y extraño, y la atmósfera se tornó desagradable y fría. Le costó bastante aceptar que no era que estuviera confuso, sino que realmente se había perdido, y entonces se detuvo y esperó. Al principio no sabía a qué estaba esperando, pero no tardó mucho tiempo en comprenderlo. Esperaba a ser engullido. Las cuevas habían adquirido vida, como una bestia dormida que despertaba para acabar con aquel niño impertinente que no cesaba de molestarla. Morgan no podría olvidar aquel

momento en toda su vida, por muy larga que esta fuera. Recordaba el sentimiento de desesperación mientras las cuevas se transformaban, dejando de ser roca inanimada para convertirse en una criatura que respiraba y bullía a su alrededor, enroscándose como una serpiente expectante por ver qué camino escogería para huir. Pero Morgan no huyó. Se preparó para luchar contra la bestia, contra la forma en que lo rodeaba. Desenvainó el cuchillo que tenía y lo levantó, decidido a vender cara su piel. Poco a poco, sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, se convirtió en el personaje que había representado en sus juegos durante tantas horas. Se convirtió en otra persona y, de alguna forma, eso lo salvó. La bestia se retiró. Morgan avanzó, desafiante y, mientras lo hacía, la sensación de desesperación se fue desvaneciendo. Empezó a reconocer algunas cosas del lugar, una cristalización aquí, la boca de un túnel allá... y, de repente, supo dónde estaba.

Cuando salió al exterior ya era de noche. Hacía varias horas que se había perdido, aunque a él le pareciera un momento. Regresó a su casa pensando que las cavernas tenían muchos disfraces, pero que, si las observaba con atención, siempre podía reconocer el rostro que se escondía debajo.

Entonces era un niño, pero ahora era un hombre y hacía ya tiempo que había olvidado las lecciones de la infancia. Había visto demasiadas cosas del mundo real. Conocía demasiadas verdades duras.

Sin embargo, mientras subía la escalera que serpenteaba entre los muros de la caverna situada bajo Eldwist, tenía la misma sensación que en su niñez, atrapado entonces como ahora en un laberinto de piedra del que no estaba seguro de poder escaparse. Sentía la existencia de vida en la roca, la presencia de Uhl Belk, como un pulso en el silencio. Tenía la misma sensación de que lo observaba, de que una bestia estaba al acecho para ver qué camino iba a tomar. El peso de la bestia lo oprimía, un ser de un tamaño tal que no podía medirse por medios convencionales. Una península, una ciudad, un mundo entero... Eldwist era todo eso y Uhl Belk era Eldwist. Morgan Leah buscó en vano el disfraz que lo había engañado cuando era niño, la cara que creyó que se ocultaba debajo. Temía que si no la encontraba nunca conseguiría alcanzar la libertad.

Los tres compañeros subían en silencio, los únicos que podían enfrentarse ya al Rey de Piedra. Morgan tiritaba de frío, un frío que se debía a algo distinto a la gélida atmósfera de la caverna. Notaba un sudor helado que le empapaba la espalda, y su mente se esforzaba en imaginar lo que haría cuando las escaleras terminaran y se encontraran en el interior de la cúpula. ¿Desenvainaría su espada, la de vulgar metal que estaba intacta? ¿Atacaría a un ser casi inmortal solo con eso? ¿Desenvainaría su talismán roto? ¿Atacaría con él? ¿Qué debía hacer?

Observó a Aurora, que iba delante de él, pequeña y delicada contra la luz de plata que surgía de la mano de Walker Boh, una frágil criatura de carne y hueso que un simple movimiento de la mano de piedra de Uhl Belk podía reducir a los elementos que la habían formado. Aurora muerta... Intentó imaginar a la muchacha despojada

de vida. Los temores lo asaltaron de nuevo, dardos que se clavaban en su cuerpo y lo abrasaban. ¿Por qué hacían aquello? ¿Por qué se exponían a un peligro tan enorme?

Walker resbaló en los escalones mojados por la bruma y dio un grito de dolor al golpearse en la rodilla. Se detuvieron mientras se ponía de pie, y Morgan esperó la reacción de Uhl Belk. Cazador y presa, pero ¿quién era uno y quién el otro? Deseó que Steff estuviera a su lado. Deseó que también estuvieran Par Ohmsford y Padishar Cesta. Deseó que todos ellos estuvieran junto a él en aquel momento. Pero era un deseo inútil. Ninguno de ellos estaba allí. Ninguno llegaría en su ayuda. Estaba solo.

Con la muchacha a la que amaba, que no podía ayudarlo. Y con Walker Boh.

Una inesperada chispa de esperanza destelló en el interior del joven montañés. Walker Boh. Miró al hombre cubierto con la capucha que abría la marcha, manco, superviviente de la Sala de los Reyes y de las cenizas de la Chimenea Rocosa. «Un gato con muchas vidas», pensó. El Tío Oscuro. Quizá sí fuera la invencible figura de las leyendas; un milagro, sin duda, capaz de desafiar a los druidas, los espíritus y los umbríos y seguir con vida. Había ido a Eldwist para cumplir la misión que le había encomendado el espíritu de Allanon o para morir. Esa era la decisión que Walker Boh había tomado. Pero una persona que había sido capaz de superar tan terribles situaciones, se dijo Morgan a sí mismo, no era fácil de matar.

Así que era posible que tampoco en esta ocasión el Tío Oscuro encontrase la muerte. Y quizá, solo quizá, parte de esa inmortalidad le protegiera a él también.

Walker se detuvo. Chasqueó los dedos y la luz plateada se desvaneció. Se quedaron a oscuras, esperando, escuchando. La intensa oscuridad perdió densidad cuando sus ojos se adaptaron a la falta de luz, y su entorno empezó a tomar forma poco a poco: escaleras, techo, paredes y, más allá, una abertura.

Habían llegado al final de su ascenso.

Sin embargo, Walker les ordenó que permanecieran allí, sin moverse. Cuando Morgan creyó que ya no podría aguantar ni un segundo más de inmovilidad, reemprendieron de nuevo la marcha, con paso lento y cauteloso, avanzando como manchas en la penumbra. Subieron los últimos peldaños y entraron en un pasillo. Lo recorrieron entero, sumidos en sus pensamientos.

Antes de abandonar el pasillo, todavía ocultos en la oscuridad protectora, volvieron a detenerse. Morgan se adelantó unos pasos para mirar.

La cúpula del Rey de Piedra se extendía ante ellos, enorme y silenciosa como una tumba. Las gradas que rodeaban el círculo se levantaban en líneas escalonadas y simétricas, en una mezcla de sombra y penumbra que llegaba hasta el techo. Los niveles superiores se sugerían vagamente contra la vieja piedra. Abajo, el círculo era plano, firme, muerto, con la figura gigantesca de Uhl Belk en el centro, mirando hacia el otro lado, por lo que solo era visible un esbozo de su rudo rostro.

Morgan Leah contuvo la respiración. El profundo y opresivo silencio que reinaba en el lugar parecía susurrar advertencias que en su mente sonaban ensordecedoras.

Walker Boh se puso a su lado, y la cara pálida y demacrada se inclinó hasta que la

boca quedó junto a su oreja.

—Ve por la izquierda. Yo iré por la derecha. Tienes que estar preparado para cuando yo lo golpee. Intentaré que deje caer la piedra. Si lo hace, cógela inmediatamente y luego corre sin mirar atrás. No dudes. No te detengas por nada. — La mano de Walker agarró la muñeca del joven montañés y apretó—. Sé rápido, muchacho, muy rápido.

Morgan respondió con un gesto de asentimiento. Durante un momento, los negros ojos de Aurora se clavaron en los suyos, pero no consiguió interpretar lo que vio en ellos.

Entonces Walker se movió, deslizándose hacia el círculo y después a su derecha a lo largo de las gradas. Morgan lo imitó, yendo por la izquierda. Rechazó el miedo que sentía y siguió al pie de la letra las órdenes que le había dado el Tío Oscuro. Recorrió su camino como un fantasma, con rapidez y precisión, sorprendido por su propia tranquilidad. Pero el miedo siguió atenazándolo como una bestia encerrada dentro de su piel. La oscuridad pareció cerrarse a su alrededor mientras avanzaba, y el silencio de la cúpula siseaba en su mente; una serpiente sin voz. Sus ojos se clavaron en la voluminosa forma situada en el centro del círculo y buscó en ella algún movimiento. No lo encontró. Uhl Belk era piedra tallada que se perfilaba, definida e inmóvil, sobre el fondo gris. «¡Ya, ahora!», pensó Morgan mientras avanzaba. Rápido como un relámpago. Vio a Walker en el otro lado del círculo, una figura borrosa y furtiva, casi oculta por la penumbra. Un momento, pensó. Y entonces...

Aurora.

De repente cayó en la cuenta de que en su celeridad por obedecer a Walker había olvidado a la muchacha. ¿Dónde estaba? Se detuvo, buscándola sin éxito, escrutando las gradas, los túneles, la media luz que todo lo envolvía. Sintió que algo presionaba su pecho. ¡Aurora!

Entonces la vio... no escondida ni cautelosa, sino al descubierto, saliendo del corredor, dirigiéndose hacia la enorme figura de Uhl Belk. Se le cortó la respiración en la garganta. ¿Qué estaba haciendo?

«¡Aurora!».

Su grito no sonó, pero el Rey de Piedra pareció oírlo, pues respondió con un gruñido casi inaudible, se irguió y empezó a volverse...

Un brillante fuego blanco destelló en la cúpula, tan cegador que incluso Morgan apartó la vista. Fue como si el sol hubiera irrumpido a través de las nubes, la neblina gris, la piedra misma, para prender fuego al aire aprisionado allí. Morgan vio a Walker Boh con su único brazo levantado, con la capa echada hacia atrás, la magia surgiendo de sus dedos. Uhl Belk dio un grito de sorpresa, y su enorme cuerpo tembló. Levantó los brazos para proteger sus ojos, y la piedra chirrió a causa del esfuerzo.

Walker Boh saltó hacia adelante, una silueta oscura portadora de luz, y se abalanzó sobre el Rey de Piedra mientras este daba manotazos para protegerse del

brillo cegador. Levantó de nuevo su brazo sano, y una bolsa entera del fino polvo negro de Cogline voló hacia Uhl Belk, para a continuación explotar y golpear al Rey de Piedra. Trozos y esquirlas de roca cayeron de su cuerpo. El fuego ardió a lo largo de su brazo hasta el puño que guardaba la piedra élfica negra.

Pero lo mantuvo apretado.

De repente, Morgan Leah descubrió que no podía moverse, como ya le había ocurrido en el Saliente cuando el escalador llegó a la cumbre amparado en la oscuridad y los proscritos del Movimiento se dispusieron a enfrentarse a él. Todas sus dudas y miedos, todos sus recelos y temores se cernieron sobre él, lo atraparon entre sus garras y lo sujetaron con la misma fuerza que una cadena de hierro. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo podía ayudar? Su magia se había perdido, la hoja de su espada estaba rota. Contempló, indefenso, cómo Uhl Belk empezaba a girar, a repeler el asalto de Walker Boh, a convocar su magia. El Tío Oscuro redobló el ataque, pero esta vez sin contar con el elemento sorpresa, y el Rey de Piedra apenas parpadeó. El brillo del falso sol creado por Walker empezaba a desvanecerse y la cúpula empezaba a recuperar la tonalidad grisácea de su verdadera luz.

Las palabras de Walker Boh resonaron atormentadoras en los oídos de Morgan.

«Sé rápido, muchacho, muy rápido».

Luchó contra su inmovilidad y desenvainó el espadón que llevaba a la espalda. Pero sus dedos se negaron a sostenerlo; las manos no le obedecían. La espada resbaló y cayó al suelo produciendo un ruido hueco.

El aliento del Rey de Piedra siseó cuando una mano enorme se levantó para agarrar a Walker Boh y aplastarlo. El Tío Oscuro se había acercado demasiado y no tenía posibilidad de escapar. Entonces desapareció, y reapareció, primero como dos imágenes, luego cuatro, y después muchas más... Aquel era el truco favorito de Jair Ohmsford tres siglos atrás. El Rey de Piedra intentó apresar las imágenes, y estas se desvanecieron a su contacto. El verdadero Walker Boh saltó hacia el monstruo, le lanzó un nuevo fuego a la cara y se zafó. El Rey de Piedra dio un grito de rabia, y se sacudió como un animal que intenta alejar a las moscas. Todo tembló en respuesta. El suelo se agrietó, las gradas se combaron y crujió, y una lluvia de polvo y escombros cayó del techo. Morgan perdió pie y cayó, y el choque con la piedra le hizo castañetear los dientes.

Sintió dolor, y con la llegada de ese dolor las cadenas que lo paralizaban se rompieron.

El Rey de Piedra levantó el puño, y empezó a abrir los dedos de la mano. La no-luz de la piedra élfica negra se filtró a través de ellos, devorando los restos de la magia de Walker Boh. El Tío Oscuro formó una pantalla de fuego para detener el avance de la magia, pero la no-luz la envolvió en una oleada de negrura. Walker retrocedió, tambaleándose, perseguido, acosado por las fisuras y el estruendo de la piedra.

Solo unos segundos más y quedaría atrapado. Entonces Aurora se incendió.

No había otra forma de explicarlo. Morgan lo vio y, sin embargo, no podía dar crédito a sus ojos. La hija del Rey del río de Plata, a menos de seis metros de Uhl Belk, de pie y sin ninguna protección, se elevó como si fuera una criatura hecha de aire, hasta que quedó al nivel de la cabeza del gigante, y entonces ardió. El fuego era dorado y puro; su llama, una capa de luz que destellaba en su cuerpo y en sus miembros, iluminándola como el sol de mediodía. En ese instante fue mucho más hermosa que nunca, radiante e inmaculada, perfecta hasta lo increíble. Su pelo de plata se ahuecó, revoloteando contra el fuego, y sus ojos negros desprendían destellos dorados. Gravitó allí, revelada, asombrosa, como magia viva.

«Está intentando distraerlo —pensó Morgan—. ¡Se está descubriendo, está mostrando su verdadera identidad para apartar su atención de nosotros!».

El Rey de Piedra se volvió hacia el inesperado destello de luz, retorciendo su ya desmoronada cara de piedra hasta que las facciones dejaron de existir. La raja de su boca se abrió al verla, y en su voz pudo apreciarse un tono de angustia.

«Tú».

Uhl Belk se olvidó de Walker Boh y de su magia. Lo olvidó todo y concentró su atención en la muchacha que ardía. Con intensos crujidos de piedra en sus miembros y articulaciones, se esforzó inútilmente por alcanzarla. Por fin, desesperado, extendió la mano que sostenía la piedra élfica negra. Su voz era un gemido aterrador que se convirtió en un terrible rugido. La tierra se estremeció por la magnitud de su anhelo.

Morgan, desesperado, se decidió a actuar. Se irguió con los ojos fijos en Aurora y el monstruo que pretendía destruirla, y atacó. Lo hizo sin pensar en las consecuencias, sin reflexionar, impulsado por la urgencia y acorazado por una determinación que nunca hubiera imaginado poseer. Se precipitó en la neblina de polvo y partículas, saltando sobre las fisuras y grietas, corriendo como si lo impulsaran los fuertes vientos otoñales de su tierra natal. Se llevó una mano a la cintura y sacó la hoja rota de sus antepasados, el dentado resto de la espada de Leah.

No fue consciente de que la espada emitía destellos de magia.

—¡Leah! ¡Leah! —exclamó el joven montañés, con el grito de guerra de su patria.

Alcanzó al Rey de Piedra en el preciso momento en que este captaba su presencia, y sus ojos duros y vacíos empezaban a girarse hacia él. Saltó a la enorme pierna doblada, tomó impulso, agarró el brazo que sostenía la piedra élfica negra, y hundió la hoja rota de la espada de Leah en la piedra.

Uhl Belk profirió un grito, no de sorpresa o furia, sino de dolor. De la hoja brotó un fuego blanco que se internó en el cuerpo del Rey de Piedra, líneas de fuego que penetraban y quemaban. Morgan hundió su espada una y otra vez en el cuerpo de Uhl Belk. Las manos de piedra temblaron, y todo el cuerpo del monstruo se estremeció.

La piedra élfica negra resbaló de sus dedos.

Sin perder un segundo, Morgan Leah sacó la espada del cuerpo de piedra y descendió para recogerla. Pero el brazo dañado del Rey de Piedra le bloqueó el camino cuando lo balanceó hacia él como un martillo. Lo esquivó en su

desesperación por escapar de su férrea trampa, pero el brazo lo golpeó, lanzándolo hacia atrás, con los brazos y piernas ondeando. El joven montañés consiguió no soltar el arma. Vislumbró a Aurora, una visión extrañamente clara. Aunque la magia de su fuego se había desvanecido, su cara brillaba. Captó un leve movimiento cuando Walker Boh apareció junto a ella. Entonces chocó contra la pared, y la fuerza del impacto lo dejó sin aliento y reverberó en todas las articulaciones de su cuerpo, por lo que creyó que se había roto todos los huesos. Pero se negó a rendirse. Se puso en pie, tambaleándose, aturdido y magullado, decidido a continuar la lucha.

Pero ya no había nada que hacer. La batalla había concluido con la misma rapidez que se había iniciado. Walker, con la piedra élfica negra en la mano, se enfrentó al Rey de Piedra, levantando amenazadoramente el talismán de los druidas. Aurora estaba a su lado, de nuevo con su apariencia humana, despojada de la magia que había convocado. Mientras su visión se aclaraba poco a poco y recuperaba el sentido del equilibrio, Morgan la vio de nuevo en su mente, toda ella de fuego. Todavía estaba asombrado por lo que Aurora había hecho. A pesar de su juramento, había utilizado la magia, descubriendo su identidad a Uhl Belk, arriesgándolo todo por darles una oportunidad de sobrevivir.

Las preguntas, insidiosas y susurrantes, volvieron a acuciar al joven montañés.

¿Sabía que había actuado para salvarla?

¿Se había dado cuenta del poder de la espada de Leah?

La penumbra se adueñó de nuevo de la cúpula cuando se disolvió la magia, cubriendo de sombras la gigantesca figura de Uhl Belk. El Rey de Piedra los miraba en medio de una nube de polvo arremolinado, como si el calor de sus esfuerzos por defenderse hubiera ablandado su cuerpo, todavía unido a la piedra de Eldwist por las cadenas que lo habían derrotado. Aunque quisiera, no podía levantarse y liberarse. Al elegir convertirse en la materia de su reino, se había quedado inmóvil. Su cara estaba irreconocible y cuando habló, su voz rezumaba el horror y la locura que anidaban en su pecho.

—Devolvedme la piedra élfica.

Levantaron la mirada hacia el Rey de Piedra, pero ninguno encontró la respuesta adecuada.

—No, Uhl Belk —dijo Walker Boh al fin, con voz ronca a causa del esfuerzo de la lucha—. La piedra élfica nunca ha sido tuya y no te será devuelta.

—Entonces te perseguiré y la recuperaré.

—No puedes moverte de donde estás. Has perdido esta batalla y con ella, la piedra élfica. No se te ocurra intentar robarla de nuevo.

—Es mía.

—Pertenece a los druidas —respondió el Tío Oscuro sin la menor vacilación.

Un surtidor de polvo brotó de la cara destrozada cuando su aliento explotó en un siseo de desesperación.

—Ya no quedan druidas.

La frase murió con un eco rechinante. Walker Boh no respondió, pero en su cara se reflejaban unas emociones que parecían rasgarlo por dentro. Los brazos del Rey de Piedra se levantaron en un gesto dramático.

—Devuélveme la piedra élfica negra, humano, u ordenaré a Eldwist que te aplaste. Dame el talismán o te destruiré.

—¡Atácame a mí o a los que me acompañan —respondió Walker Boh—, y utilizaré la magia de la piedra élfica contra esta ciudad! ¡Convocaré el poder suficiente para romper la cubierta de piedra que la conserva y convertirla en polvo! ¡No me amenes, Uhl Belk! ¡Ya no tienes poder!

Se hizo un silencio profundo en el interior de la cúpula. La mano del Rey de Piedra se cerró en un puño y de él surgió un sonido rechinante.

—No me des órdenes, humano. Nadie me da órdenes.

—Déjanos marchar, Uhl Belk —respondió inmediatamente Walker Boh—. Has perdido la piedra élfica negra.

La estatua se irguió profiriendo un gruñido, y el sonido de su voz estaba lleno de pesar.

—Vendrá a buscarme. Fauces Ávidas intentará acabar conmigo. Mi hijo, el monstruo que he creado, se abalanzará sobre mí, y me veré obligado a destruirlo. Solo la piedra élfica negra podía mantenerlo a raya. Me verá viejo y cansado, y creerá que no tengo fuerzas para defenderme contra su sed de poder. Intentará devorarme.

»Hija del Rey del río de Plata, que fue mi hermano, piensa en lo que haces —prosiguió el Rey de Piedra, fijando sus ojos en los de Aurora—. Me debilitarás para siempre si me robas la piedra élfica. La vida de Fauces Ávidas no es menos importante para mí que la tuya para tu padre; sin él, mi tierra no podrá extenderse, ni podrá cumplirse mi sueño. ¿Quién eres tú para arrebatarme lo que es mío? ¿Es que no ves lo que he hecho? En la roca de mi tierra hay una belleza inmutable que los Jardines de tu padre nunca podrán alcanzar. Los mundos pueden nacer y morir, pero Eldwist permanecerá eternamente. Es mejor para todos los mundos que así sea. Tu padre cree que obra bien, pero su visión de la vida no es más clara que la mía. ¿No tengo derecho a hacer lo que creo que es bueno, según me encomendó la Palabra?

—Perviertes todo lo que tocas, Uhl Belk —respondió la muchacha.

—¿Y no lo haces tú? ¿No lo hace tu padre? ¿No lo hace todo lo que vive en la naturaleza? ¿Puedes decir que me equivoco?

La frágil figura de Aurora avanzó un paso hacia el gigante, y volvió a irradiar la misma luz que antes.

—Hay una diferencia entre fomentar la vida y acabar con ella —dijo—. Se te había encomendado la misión de fomentarla, pero has olvidado cómo hacerlo.

La mano del Rey de Piedra apartó las partículas de luz que se desprendían del cuerpo de la muchacha en un esfuerzo inconsciente por protegerse. Pero retiró la mano de repente, aspirando aire en un gesto de dolor.

—No.



La palabra fue un gemido de angustia. Se irguió, aprisionado en una red invisible.

—¡Oh, niña, ahora te veo! Creía que al dar vida a Fauces Ávidas había creado un monstruo terrible, pero tu padre ha hecho algo aún peor contigo.

»Hija del cambio y la evolución, eres el incesante y rápido movimiento del agua —prosiguió el Rey de Piedra tras carraspear, como si fuera incapaz de pronunciar más palabras—. Veo para qué te ha enviado tu padre en realidad. He sido de piedra demasiado tiempo y por eso no lo he visto antes. La primera vez que te acercaste a mí, debería de haberme dado cuenta de que eras la locura. Me encuentro sumergido en la permanencia que buscaba y he estado tan ciego como aquellos que me sirven. El final de mi vida está escrito ante mis ojos escrito de mi puño y letra.

—Uhl Belk —dijo Aurora en un susurro, como si recitara una oración al pronunciar su nombre.

—¿Cómo podrás pagar el precio del sacrificio después de haberlo saboreado?

Morgan no conseguía comprender el significado de las palabras del Rey de Piedra. Miró a Aurora y se sobresaltó. Su cara estaba contorsionada por un sentimiento de culpabilidad, revelando que guardaba secretos como él siempre había sospechado, pero nunca había admitido.

—Aléjate de mí, niña —prosiguió el Rey de Piedra en un suave susurro—. Sal de nuevo al mundo y haz lo que tienes que hacer para sellar todos nuestros destinos. Tu victoria sobre mí debe de parecer vacía y amarga cuando el precio a pagar ha sido tan alto.

Walker Boh observaba también, con el entrecejo fruncido. Tampoco parecía comprender el significado de las palabras de Uhl Belk. Morgan pensó en preguntar a Aurora qué sucedía, pero al final no se decidió a hacerlo, inseguro.

Entonces Uhl Belk levantó la cabeza, emitiendo un agudo crujido.

—Escuchad.

La tierra empezó a estremecerse con un sordo retumbo que emanaba de su interior, llegando hasta la superficie en oleadas de sonido. Morgan había oído ese retumbo antes.

—Ahí viene Fauces Ávidas.

Walker empezó a retroceder, indicando con un gesto a Aurora y Morgan que lo siguieran.

—¡Déjanos marchar, Uhl Belk, si quieres salvarte! ¡Ahora! —gritó el Tío Oscuro. Walker levantó el brazo, amenazando con el puño que guardaba la piedra élfica negra. Uhl Belk apenas pareció darse cuenta. Su rostro se había desfigurado mucho más, convirtiéndose en el de un monstruo espantoso. La voz del gigante siseó como una serpiente a través del rugido de Fauces Ávidas.

—Corred, estúpidos.

En su voz no había furia, solo frustración. Y algo más, pensó Morgan Leah, asombrado. Había esperanza, apenas un destello, incomprensible para el joven montañés, la visión de una posibilidad que superaba todo lo demás.

Una parte del enorme muro de la cúpula se abrió a sus espaldas. Los bloques de piedra rechinaron con el movimiento y dejaron paso a la grisácea luz del día.

—Corred.

Morgan Leah se dirigió a la abertura sin perder un momento, perseguido por demonios que no se atrevía a mirar. Sintió, más que verlo, que el Rey de Piedra lo observaba. Aurora y Walker lo seguían. Huyeron de la furiosa llegada de Fauces Ávidas y se alejaron en la penumbra.

Parecía que Fauces Ávidas se había vuelto loco.

Los tres fugitivos habían presenciado la llegada del monstruo en dos ocasiones. La primera, cuando salió a la superficie mientras contemplaban la ciudad desde unas rocas; la segunda, cuando acudió a la llamada de Uhl Belk. Todos los días de su estancia en Eldwist, al anochecer, habían oído el movimiento de la criatura a través de los túneles subterráneos, siempre precedido por el mismo retumbo inconfundible que hacía temblar a la ciudad.

Pero nunca había alcanzado la intensidad que tenía ahora.

La ciudad de Eldwist era como una bestia sacudiéndose al despertar de un mal sueño. Las torres y capiteles se estremecían, lanzando fragmentos de piedra en medio de una lluvia de polvo asfixiante. Las calles amenazaban con hundirse, la piedra se agrietaba, las tapas de alcantarilla saltaban, las vigas y los soportes se rompían. Escaleras enteras se precipitaban en los túneles y desaparecían, y los puentes altos que conectaban los edificios se derrumbaban. Contra una pantalla gris de niebla y nubes, Eldwist rielaba como un espejismo al desvanecerse.

Aunque corría al límite de sus fuerzas para escapar de la cúpula del Rey de Piedra, Walker Boh apenas pudo llegar a la acera más cercana antes de que los temblores le hicieran caer de rodillas. Se precipitó hacia delante, con el brazo doblado contra el cuerpo para proteger a la piedra élfica negra. El impacto de la caída reverberó en su hombro, intenso y punzante, pero siguió corriendo. Chocó contra la pared del edificio que tenía delante, y se le cortó la respiración. Durante un momento permaneció aturdido, y en sus ojos danzaron motitas brillantes. Cuando su vista se aclaró, vio a Aurora y a Morgan tendidos en la calle.

Se levantó con esfuerzo y empezó a caminar, gritándoles que lo siguieran. Mientras los esperaba, se concentró en sus pensamientos. Había amenazado a Uhl Belk con la piedra élfica negra, diciéndole que invocaría su magia contra la ciudad si no permitía que se marcharan. La amenaza había sido en vano. No podía usar la piedra de esa forma sin destruirse a sí mismo. Fue una suerte que Uhl Belk no conociera el funcionamiento de la magia druídica. Incluso así, todavía no estaban fuera de peligro. ¿Qué podían hacer si los perseguía Fauces Ávidas? Y era muy probable que lo hiciera. La magia de la piedra élfica negra había constituido un fuerte vínculo entre padre e hijo, amo espiritual y monstruo, que Walker Boh había roto. Fauces Ávidas sentía ya esa ruptura, que lo había despertado. Cuando descubriera que la piedra élfica había desaparecido, que ya no estaba en poder del Rey de Piedra, ¿qué podía impedir a la bestia perseguirlos?

Walker Boh hizo una mueca. No tenía ninguna duda sobre cómo acabaría esa

persecución. Tampoco podía utilizar la piedra élfica negra contra Fauces Ávidas.

Un bloque de piedra lo bastante grande para aplastarlo se estrelló en la calle a cuatro metros escasos de él y lo derribó por segunda vez. Aurora lo adelantó, con su hermosa cara extrañamente contraída, y continuó corriendo como si no lo hubiera visto. Después llegó Morgan, que le tendió la mano y lo ayudó a ponerse de pie. Corrieron juntos, esquivando los escombros, las grietas y fisuras.

—¿Adónde vamos? —preguntó el joven montañés, bajando la cabeza para protegerse del polvo y la tierra.

—¡Fuera de la ciudad, de la península, a las montañas! —respondió Walker, haciendo un gesto vago.

—¿Y Horner Dees?

—¡Si logramos encontrarlo, lo llevaremos con nosotros! —respondió Walker, haciendo una mueca de disgusto porque se había olvidado por completo del viejo rastreador—. ¡Pero no podemos pararnos a buscarlo! ¡No tenemos tiempo! —Guardó la piedra élfica y agarró al joven montañés mientras corrían—. Muchacho, mantente cerca de Aurora. ¡Este asunto no está resuelto todavía! ¡Ella corre un grave peligro!

—¿Qué peligro, Walker? —preguntó Morgan. El blanco de los ojos destacaba en su cara manchada de polvo—. ¿Sabes algo? ¿De qué hablaba Uhl Belk cuando le dijo que su victoria era vacía y amarga, cuando se refirió al alto precio que pagaba? ¿Qué quería decir?

Walker se limitó a encogerse de hombros. No lo sabía, aunque tenía la sensación de que debería saberlo, de que había pasado por alto algo obvio, algo importante. La calle gimió ante ellos y una tapa de alcantarilla saltó por los aires. Apartó al joven montañés justo a tiempo, empujándolo hacia la acera. El rugido de Fauces Ávidas se desvanecía, apagándose a medida que se alejaban de la fortaleza del Rey de Piedra.

—¡Alcanza a Aurora, muchacho! —gritó Walker, señalando hacia delante—. ¡Y procura localizar a Dees! ¡Nos reuniremos en el edificio donde nos refugiábamos del Cepo! ¡Ten cuidado!

Pero Morgan Leah ya no estaba allí.

\* \* \*

Cuando empezaron los temblores, Pe Eltar y Horner Dees acababan de llegar al edificio al que ahora se dirigían los otros tres. Después de la terrible batalla contra el Cepo, habían tomado la decisión de buscar a sus compañeros, cada uno por sus propias razones, sin compartirlas con el otro. Su tregua había terminado con la destrucción del Cepo, y ahora se vigilaban mutuamente con ojos recelosos.

Se sorprendieron cuando el ruido empezó a aumentar, más profundo e intenso que las veces anteriores. La ciudad se estremeció en respuesta.

—Ha sucedido algo —dijo Horner Dees en voz baja, mirando hacia arriba—. Algo distinto.

—Se ha vuelto a despertar —respondió Pe Eltar con aversión.

Cuando dejaron a Fauces Ávidas, el monstruo había vuelto a hundirse en la tierra tranquilamente.

La calle que contemplaban se estremeció con el movimiento de la criatura.

—Sube las escaleras y mira si hay alguien allí —dijo Pe Eltar, señalando el lugar.

Dees obedeció sin rechistar. Pe Eltar permaneció en la acera mientras los temblores de la ciudad lo sacudían. Estaba en tensión, con la batalla contra el Cepo aún viva en su interior, latiendo al ritmo de su sangre. Las cosas empezaban a volver a su cauce; podía notar que los acontecimientos empezaban a interrelacionarse y que los hilos del destino de los cinco miembros del grupo se entrelazaban. Pronto acabaría todo.

—Nadie —dijo Horner cuando reapareció en la entrada del edificio.

—Entonces espera aquí hasta que regresen —dijo Pe Eltar, empezando a alejarse con rapidez—. Yo buscaré en el centro de la ciudad.

—¡Pe Eltar!

—No te preocupes, viejo. Volveré —respondió el asesino, volviendo hacia él su afilado rostro.

«Tal vez», añadió para sí mismo.

Se internó en la penumbra, dejando detrás al viejo guía que lo llamaba a gritos. «Ya he aguantado bastante tiempo a Horner Dees», pensó. Todavía se sentía enojado por haber salvado del Cepo al molesto rastreador, por haber actuado por instinto en lugar de haber utilizado el sentido común, por haber arriesgado su vida para evitar la muerte de un hombre a quien iba a matar de todas formas.

Por otra parte, sus planes respecto a Dees y los otros dos idiotas que acompañaban a Aurora empezaban a cambiar. Podía sentir que encajaban bien incluso así. Lo veía todo más claro cuando estaba en movimiento. Era bueno planear las acciones, pero las circunstancias y las necesidades evolucionaban, y las cosas no siempre ocurrían según lo esperado, su resultado no siempre se ajustaba a los planes trazados. Pe Eltar se replanteó la decisión de matar a sus compañeros. Aurora, desde luego, tenía que morir. Se lo había prometido a Rimmer Dall y, sobre todo, se lo había prometido a sí mismo. El destino de Aurora era inalterable. ¿Pero por qué molestarse en matar a los demás? Si conseguía apoderarse de la piedra élfica negra, no podrían causarle ningún daño. Y aunque se viera obligado a renunciar a ella, como ahora parecía, el viejo guía, el manco y el joven montañés no suponían ninguna amenaza para él. Incluso en el caso de que consiguieran salir de Eldwist y lo persiguieran, poco podían hacer para perjudicarlo. ¿Cómo lo encontrarían? Y si conseguían dar con su paradero, ¿qué harían?

No, no era necesario matarlos... pero los mataría, añadió, si se presentaba la ocasión adecuada.

Los temblores continuaron, largos y profundos, el gruñido de la tierra que protestaba por la llegada del monstruoso gusano. Pe Eltar corrió por las aceras vacías, a lo largo de calles cubiertas de escombros y edificios debilitados por las grietas que marcaban su lisa superficie. Sus ojos agudos escrutaban los rincones oscuros en busca de cualquier movimiento, en busca de aquellos con los que había llegado, o quizás algún signo del esquivo Rey de Piedra. Todavía no había renunciado a arrebatarse la piedra élfica negra. Aún tenía una oportunidad, se dijo. Todo estaba encajando, atrapado en un remolino de sucesos. Podía sentirlo.

Aurora surgió corriendo de entre la bruma. Su pelo de plata ondeaba tras ella y su esbelto cuerpo parecía de mercurio. Pe Eltar detuvo su carrera, sujetándola por la muñeca antes de que ella pudiera darse cuenta de lo que sucedía. Jadeó sobresaltada, envarada, y después lo abrazó.

—¡Pe Eltar! —exclamó, dando un suspiro.

Hubo algo en la forma en que pronunció su nombre que lo sorprendió. Era miedo mezclado con alivio, una extraña combinación de angustia y satisfacción. Apretó la mano sobre la muñeca de la muchacha por instinto, pero ella no intentó soltarse.

—¿Dónde están los demás? —le preguntó.

—Vienen detrás de mí, huyendo de Uhl Belk y Fauces Ávidas —respondió Aurora con sus ojos negros fijos en los del asesino—. Ha llegado el momento de salir de Eldwist, Pe Eltar. Morgan, Walker y yo hemos encontrado al Rey de Piedra y hemos conseguido quitarle la piedra élfica negra...

—Entonces ya hemos terminado lo que vinimos a hacer aquí —dijo Pe Eltar, esforzándose por mantener la calma y mirando hacia atrás—. ¿Quién tiene ahora la piedra?

—Walker Boh —contestó la muchacha.

La mandíbula de Pe Eltar se tensó. Tenía que ser Walker Boh, por supuesto. Tenía que ser él. ¡Cuánto más fáciles serían las cosas si la tuviera la muchacha! Podría matarla ahora mismo, quitársela y marcharse antes de que los otros pudieran darse cuenta de lo ocurrido. El manco se interponía constantemente en su camino, como si fuera una presencia fantasmal de la que no se podía librar. ¿Cómo podría deshacerse de él?

Conocía la respuesta. Sintió que sus planes se alteraban una vez más.

—¡Aurora! —llamó una voz.

Era el joven montañés. Pe Eltar vaciló durante un breve instante, pero enseguida tomó la decisión. Tapó la boca de la muchacha con la mano y la arrastró hasta la oscuridad. Para su sorpresa, no opuso ninguna resistencia. Era liviana y dócil, casi etérea. Aquella era la primera vez que la sostenía desde que la recogió en los jardines de Meade. Los sentimientos que le transmitía eran dulces y agradables, pero se obligó a rechazarlos. «Más tarde —pensó—, cuando utilice la Stiehl...».

Morgan Leah apareció en la acera, llamándola a gritos, buscándola angustiada. Pe Eltar sujetó a la muchacha, y Morgan pasó corriendo hasta perderse de vista.

Pe Eltar retiró la mano de la boca de Aurora.

—Casi ha llegado nuestra hora, Pe Eltar —dijo en voz baja la muchacha, volviéndose hacia él. Sus ojos no reflejaban ni sorpresa ni miedo, solo resignación.

Un destello de duda debilitó su confianza. Ella lo miraba de esa forma extraña tan característica, como si fuera transparente, como si lo supiera todo de él. Pero en ese caso no estaría allí tan tranquila. Intentaría huir, llamar al joven montañés o hacer algo para salvarse.

El retumbo que producía Fauces Ávidas bajo la ciudad aumentó, y después disminuyó un poco. Era un aviso de la lenta e inevitable avalancha que amenazaba con caer sobre ellos.

—¿El momento de qué? —preguntó Pe Eltar, sin poder apartar los ojos de la muchacha.

Aurora no contestó, pero levantó la vista y miró más allá de donde estaba el asesino. Pe Eltar se giró y vio que la oscura figura de Walker Boh se acercaba envuelto en la bruma polvorienta.

Al contrario que el joven montañés, Walker los había visto.

Pe Eltar colocó a la muchacha delante de él y desenvainó la Stiehl. La hoja lanzaba destellos de magia. El manco se detuvo durante un breve instante, y después continuó avanzando.

—Pe Eltar —dijo en voz baja, como si el nombre fuera venenoso.

—Aléjate de mí, Walker Boh —le conminó Pe Eltar. El Tío Oscuro se detuvo—. Nos conocemos lo suficiente para saber lo que somos capaces de hacer. No es necesario que lo demostremos. Es mejor que nos separemos ahora. Pero primero dame la piedra élfica negra.

Walker Boh permaneció inmóvil como una estatua, con los ojos fijos en el asesino y su rehén. Parecía que estuviera calculando algo.

—No serás tan tonto como para creer que puedes ser más rápido que yo —dijo Pe Eltar, con una sonrisa sardónica.

—Es posible que ninguno de los dos sea lo bastante rápido para sobrevivir a este día. Fauces Ávidas se acerca.

—Yo no estaré aquí cuando llegue. Entrégame la piedra élfica negra.

—Si lo hago, ¿te conformarás solo con eso? —preguntó Walker sin alterarse.

La mirada del Tío Oscuro era penetrante, como si intentara leer los pensamientos de Pe Eltar.

«Es igual que ella —pensó Pe Eltar—. Los dos son tal para cual».

—Entrégamela —ordenó, ignorando la pregunta.

—Suelta a Aurora.

—Cuando esté en terreno seguro —respondió Pe Eltar, haciendo un gesto negativo—. Entonces te prometo que la liberaré.

«La liberaré para siempre».

Se observaron en silencio durante un momento, una mirada dura llena de

amenazas, de posibilidades tenebrosas y aborrecibles. Entonces Walker Boh rebuscó en su túnica y sacó la piedra élfica negra. La mostró en su palma, oscura y destellante. Pe Eltar esbozó una leve sonrisa. La piedra élfica era negra como la noche, opaca e insondable, lisa y perfecta. Nunca había visto nada igual. Casi sentía la magia latiendo en su interior.

—Dámela —dijo.

Walker Boh sacó de debajo de su cinturón una bolsita de cuero marcada con brillantes runas azules. Con cuidado, depositó la piedra élfica en la bolsa y la cerró tirando de los cordones. Después miró a Pe Eltar.

—No puedes utilizar la piedra élfica negra, Pe Eltar. Si lo intentas, la magia te destruirá.

—La vida está llena de riesgos —respondió Pe Eltar.

El polvo se arremolinaba en el aire que los rodeaba, movido por una leve brisa marina. La ciudad temblaba, sacudida por el distante retumbo de la tierra, envuelta en una gasa de bruma y nubes.

—Tíramela —exigió el asesino—. Con cuidado.

Sujetó a Aurora con la mano que empuñaba la Stiehl. La muchacha no se inmutó. Esperó con pasividad, tan sumisa como si estuviera dormida. Walker levantó la bolsa con la piedra élfica negra y la tiró con cuidado. Pe Eltar la cogió en el aire y se la guardó en el cinturón, atando los cordones a la hebilla.

—La magia pertenece a los que no temen utilizarla —dijo, esbozando una sonrisa mientras retrocedía con cautela—. Y a aquellos que puedan conservarla.

Walker Boh permaneció inmóvil como una roca en medio del polvo y los temblores.

—Cuidado, Pe Eltar. Lo estás arriesgando todo.

—No me sigas, Walker Boh —advirtió Pe Eltar en tono amenazador—. Será mejor para ti que te quedes aquí y te enfrentes a Fauces Ávidas.

Con Aurora bien sujeta, continuó retirándose, siguiendo la línea de la acera hasta que el Tío Oscuro se desvaneció en la bruma.

\* \* \*

Walker Boh se quedó donde estaba, mirando cómo desaparecían Pe Eltar y Aurora. Se preguntó por qué había entregado con tanta facilidad la piedra élfica negra. No quería hacerlo, había decidido no hacerlo. Tenía la intención de atacar a Pe Eltar para rescatar a la muchacha... pero la miró a los ojos y vio en ellos algo que lo detuvo. Ni siquiera ahora estaba seguro de lo que había visto. Determinación, resignación, una especie de clarividencia que superaba la suya propia... algo. Fuera lo que fuese, le hizo cambiar de opinión con la misma eficacia que la magia.



¿Había utilizado la magia Aurora?, se preguntó Walker Boh, bajando la cabeza y entornando los ojos.

Siguió allí, perdido en sus pensamientos. Unas gotas de agua le mojaron la cara. Empezaba a llover de nuevo. Miró hacia arriba, recordando dónde estaba, qué sucedía, y oyó otra vez el estruendo provocado por el movimiento de Fauces Ávidas en las entrañas de la ciudad, sintiendo la vibración que anunciaba su cercanía.

Escuchó la voz de Cogleine como un susurro que le pedía con amabilidad que comprendiese quién era. Siempre se lo había estado preguntando y ahora creía saberlo.

Convocó su magia y sintió que se levantaba en su interior, fuerte de nuevo tras su batalla con el Rey de Piedra, como si esa confrontación lo hubiera liberado de las limitaciones que se había impuesto a sí mismo. La magia se congregó en el centro de su ser, girando como un remolino. Las runas de la bolsa que guardaba la piedra élfica negra serían su guía. Con un leve movimiento de la cabeza, envió la magia en busca de Pe Eltar. Después la siguió.

\* \* \*

Pe Eltar corría, arrastrando con él a Aurora. Ella no oponía ninguna resistencia, más bien parecía esforzarse en mantener su ritmo, sin decir nada, sin preguntar nada, con ojos distantes y tranquilos. El asesino miró atrás una sola vez, pero se volvió rápidamente. La expresión que captó en los ojos oscuros de la muchacha produjo en él una profunda inquietud. Ella estaba viendo algo que a él le pasaba desapercibido, algo antiguo e inmutable, una parte de su propio pasado o de su futuro... no podía saberlo. Aurora seguía siendo un enigma, el único secreto que no había sido capaz de descifrar. Pero pronto lo conseguiría, se prometió a sí mismo. La Stiehl le daría la respuesta. Cuando la vida se le estuviese acabando, ella lo revelaría todo. Entonces se acabarían los secretos. La magia los revelaría. Como había ocurrido con todos los hombres que había matado, solo quedaría la verdad.

Las primeras gotas de lluvia cayeron sobre su acalorado rostro.

Cruzó una calle hacia la izquierda, alejándose de la dirección que había tomado Morgan Leah y que Walker Boh seguiría. No había razón para darles la oportunidad de que lo encontraran. Saldría rápidamente de la ciudad en dirección al istmo, subiría las escaleras y llegaría a la cumbre. Después, con tiempo e intimidad suficiente para aprovechar el momento, acabaría con la vida de Aurora. La perspectiva inundó todo su ser. Aurora, la hija del Rey del Río de Plata, la criatura mágica más asombrosa de todas, sería suya para siempre.

Sin embargo, no conseguía desterrar por completo la duda que abrigaba en su interior. ¿Qué era lo que tanto lo inquietaba? Buscó la respuesta, deteniéndose un

breve instante mientras intentaba recordar lo que ella había dicho sobre necesitar su magia, la magia de los tres: la del joven montañés, la de Walker Boh y la suya. Las tres eran necesarias, le había dicho el Rey del río de Plata. Por eso los había reclutado, los había persuadido para que la acompañaran y los había mantenido unidos a pesar de la cólera y la desconfianza. Pero fueron Walker Boh y el joven montañés quienes descubrieron el escondite de Uhl Belk y consiguieron arrebatarse la piedra élfica negra. Él no había intervenido, no había hecho nada, salvo destruir al Cepo. ¿Era esa la finalidad de su magia? ¿Era esa la razón de que lo hubiera elegido? No parecía suficiente. Tenía que haber algo más.

Pe Eltar se deslizó a través de la lóbrega mañana de Eldwist, sujetando a la muchacha, pensando que todo este viaje había sido un puzzle al que le faltaban demasiadas piezas. Había ido allí en busca del Rey de Piedra, pero habían sido los otros, y no él, quienes lo encontraron. Había ido a recuperar la piedra élfica negra, pero habían sido los otros, y no él, quienes se hicieron con ella. La magia de la Stiehl era la más letal de cuantas existían. Sin embargo, ¿para qué le había servido?

La inquietud lo rondaba como un ladrón, hurtándole la satisfacción de haber conseguido a Aurora y la piedra élfica negra.

Algo iba mal, pero no sabía qué podía ser. Tendría que sentir que controlaba todos los acontecimientos, pero en realidad no era así.

Atravesaron una carretera que conducía al sur, serpenteando entre los edificios, pasando a través de la niebla como dos siluetas furtivas huyendo hacia la luz. Pe Eltar aminoró el paso porque empezaba a sentirse fatigado. Escrutó la fina cortina de lluvia que colgaba ante él, parpadeando. ¿Era aquel el camino que había planeado seguir? No lo parecía. Miró a derecha e izquierda. ¿No estaban en la calle que había intentado evitar? Se quedó perplejo y confuso. Sentía la mirada de Aurora sobre él, pero no se atrevió a sostenerle la mirada.

Se dirigió hacia otra calle lateral y salieron a una gran plaza dominada por una hondonada escalonada, rodeada de bancos, algunos llenos de fisuras y rotos, y restos de astas en las que en otros tiempos habían ondeado banderas. Pe Eltar se dirigía hacia un pasaje abovedado entre edificios que conducía a una calle ancha, una calle que podría llevarlos directamente al istmo, cuando oyó que lo llamaban por su nombre. Se dio la vuelta, manteniendo fuertemente agarrada a la muchacha y con la hoja de la Stiehl apoyada en su garganta.

Morgan Leah, una figura esbelta y peligrosa, estaba al otro lado de la plaza. Pe Eltar no podía salir de su asombro. ¿Cómo había conseguido encontrarlos el joven montañés? «Por casualidad, seguro —pensó—. Solo por casualidad». El desánimo trató de sobreponerse a la furia. Cualquier desgracia que pudiera derivarse de este encuentro no sería culpa suya.

—¿Qué crees que estás haciendo, Pe Eltar? —preguntó el joven montañés, que no parecía saber lo que estaba ocurriendo, a través de la espesura de astas rotas.

—¡Lo que quiero! —respondió Pe Eltar, pero su voz traslucía una debilidad que

lo sorprendió—. Márchate, muchacho. No quiero hacerte daño. Ya tengo lo que he venido a buscar. Tu amigo manco me ha dado la piedra élfica negra. ¡Aquí está, en esta bolsa! ¡Y no pienso entregárosla! ¡Apártate, a menos que quieras que la mate!

Pero Morgan Leah no se movió. Demacrado y cansado, parecía perdido e indeciso. Sin embargo, se negaba a marcharse.

—Suéltala, Pe Eltar. No le hagas ningún daño.

—Vete, muchacho —respondió Pe Eltar, haciendo un gesto de asentimiento—. Aurora se viene conmigo.

Morgan Leah vaciló durante un breve instante, pero enseguida avanzó. Pe Eltar sintió, por primera vez desde que hiciera a Aurora su prisionera, que todos los músculos de la muchacha se ponían en tensión. Advirtió que se preocupaba por la suerte del joven montañés, y eso produjo en él una fuerte irritación. Tiró de ella hacia atrás, apoyó la Stiehl en su garganta, y ordenó a Morgan que se detuviera.

En ese preciso momento apareció Walker Boh junto a Morgan Leah, materializándose en la penumbra. Dio un paso adelante y agarró del brazo al joven montañés para retenerlo. El muchacho intentó liberarse de la mano que lo oprimía, pero el Tío Oscuro, a pesar de ser manco, era más fuerte.

—¡Piensa en lo que haces, Pe Eltar! —dijo Walker Boh, dejando traslucir en su voz la cólera que lo dominaba.

¿Cómo le había dado alcance tan pronto? Pe Eltar sintió una punzada de inseguridad: tenía la sensación de que, por alguna razón inexplicable, todo estaba saliendo mal. Ya tendría que haber escapado de esta locura, tendría que estar lejos y a salvo. Necesitaba tiempo para saborear su victoria, para hablar con la muchacha antes de utilizar la Stiehl, para ver cuánto podía aprender de su magia. En cambio, estaba siendo acosado por los mismos hombres a los que había decidido perdonar la vida. Peor aún, corría el peligro de que lo hicieran prisionero.

—¡No os acerquéis a mí! —gritó el asesino, perdiendo el control—. ¡Si me perseguís la ponéis en peligro a ella! ¡Dejadme marchar o morirá!

—¡Suéltala! —gritó de nuevo Morgan Leah, aturdido. Había caído de rodillas, todavía sujeto por la mano del manco.

Tras Pe Eltar, todavía demasiado lejos para hacer nada, pero acercándose con paso decidido, llegaba Horner Dees. El asesino estaba ahora rodeado por sus enemigos. Por primera vez en su vida se veía atrapado, y sintió pánico. Se giró, tirando de Aurora para que la viera el viejo rastreador.

—¡Apártate de mi camino, viejo! —gritó Pe Eltar.

—No pienso hacerlo, Pe Eltar —respondió Horner Dees, negando con la cabeza—. Ya te he dejado hacer lo que quieres demasiadas veces. Yo también tengo algo que decir en este asunto. Al menos he dado tanto de mí mismo como tú. Además, tú no has hecho nada para venir ahora a reclamar tu premio. Pretendes robarla. Todos sabemos quién y qué eres. Haz lo que dice Morgan Leah. Suelta a la muchacha.

—Si los umbríos te enviaron para que robaras la piedra élfica negra, llévasela —

dijo Walker—. No te detendremos.

—¡Los umbríos! —exclamó Pe Eltar. Soltó una carcajada y luchó por dominar su rabia—. Los umbríos no son nada para mí. Hago por ellos lo que quiero y nada más. ¿Piensas que emprendí un viaje tan largo por ellos? ¡Pues eres un idiota!

—Entonces quédatela, si la quieres.

La furia se liberó y la cautela desapareció en una voluta de niebla.

—¡Si la quiero! ¡Pues claro que la quiero! ¡Pero la piedra élfica ni siquiera es el verdadero motivo de mi viaje!

—¿Cuál es el motivo, Pe Eltar? —preguntó Walker Boh con voz tensa.

—¡Ella! —Pe Eltar obligó a Aurora a dar la vuelta una vez más y la hizo alzar su hermoso rostro con la punta de su daga—. ¡Mírala, Walker Boh, y dime que no la deseas! No puedes, ¿a que no? ¡Tus sentimientos, los míos, los del joven montañés... todos son iguales! ¡Emprendimos este viaje por ella, por la forma en que nos miró y la sensación que nos produjo, por la manera en que tejió su magia a nuestro alrededor! ¡Piensa en los secretos que oculta! ¡Piensa en la magia que esconde! He venido para descubrirla, para hacerla mía. ¡Me ha pertenecido desde el primer momento de su vida, y cuando termine aquí será mía para siempre! Sí, los umbríos me enviaron, pero he venido por decisión propia. ¡Porque lo decidí cuando vi lo que podía darme! ¿No lo comprendes? ¡He venido a Eldwist para acabar con su vida!

El aire se aquietó de repente, los temblores y el retumbo se convirtieron en un gemido vago y distante que hizo que las palabras del asesino flotaran en el silencio. La piedra de la ciudad captó su sonido y mantuvo el eco entre sus muros, en una larga y angustiosa repetición.

—Tengo que descubrir lo que es —dijo en voz baja Pe Eltar, en un vano intento de justificarse, incapaz de pensar en lo que debía hacer a continuación. Lo aturdiría haber sido lo bastante estúpido para revelar sus intenciones, sabiendo que ya no lo dejarían marchar. ¿Cómo había podido perder el control hasta tal extremo?—. Tengo que acabar con su vida —repitió, y sus palabras sonaron ásperas y amargas—. Así es como funciona la magia. Revela todas las verdades. Al tomar la vida, da vida. A mí. Cuando haya muerto, Aurora será mía para siempre.

Ninguno habló durante un momento, atónitos ante la revelación del asesino.

—No seas estúpido, Pe Eltar —dijo Horner Dees—. No podrás deshacerte de todos nosotros. Suéltala.

Nadie supo con exactitud lo que sucedió después. Se produjo una explosión de rocas cuando Fauces Ávidas salió de los túneles y se irguió sobre los edificios de la ciudad en algún lugar cercano a la fortaleza del Rey de Piedra.

El monstruo se levantó como una serpiente enorme, sacudiéndose la mortaja de bruma y humedad, resoplando como si quisiera recuperar el aliento, como si le faltara el aire. Pe Eltar se asustó al sentir que la tierra empezaba a temblar con tanta violencia como para acabar con Eldwist.

Entonces Aurora se liberó, deslizándose como si estuviera hecha de aire. Se

volvió despacio, con los ojos clavados en Pe Eltar. Sus manos agarraron el brazo que sostenía la Stiehl, y su mirada lo inmovilizó con más fuerza que una cadena. Pe Eltar se quedó como si lo hubieran congelado. Vio la armonía de su cara y su cuerpo como si fuera por primera vez, se maravilló de su perfección, de la belleza que no se limitaba a la superficie, sino que ahondaba en su interior. Sintió una extraña presión, ¿qué era aquello? Vio que la boca de la muchacha se abría en un gesto de sorpresa, dolor y alivio.

Miró hacia abajo y vio que el mango de la Stiehl sobresalía de su estómago, que la hoja estaba enterrada en su cuerpo. No recordaba haberla apuñalado; sin embargo, de alguna forma, lo había hecho. La confusión y la incredulidad lo inundaron. ¿Cómo había sucedido? ¿Qué había pasado con su plan de matarla en el momento y lugar que él eligiera? ¿Qué había pasado con su intención de saborear el momento de su muerte? La miró a los ojos, en un intento desesperado de atrapar lo que estaba a punto de desprenderse de ellos, ansioso por capturar su magia. Miró, y lo que vio lo inundó de rabia.

Pe Eltar gritó. Como si intentara ocultar lo que había descubierto, la apuñaló una y otra vez, y cada puñalada era un intento frenético e inútil de negar lo que veía. El cuerpo de Aurora respondió cada vez con una sacudida, pero su mirada permanecía firme, y las visiones que destellaban en sus ojos se mantuvieron imperturbables.

Pe Eltar comprendió por fin, y con la comprensión llegó un horror contra el que no tenía defensa. Sus pensamientos se colapsaron y le hundieron en una ciénaga de desesperación. Se apartó de la muchacha y vio que se desplomaba de forma agónica, sin dejar de mirarlo con sus ojos negros. Fue consciente de que Morgan gritaba lleno de cólera, de que Walker se acercaba corriendo, de que Horner Dees cargaba contra él desde detrás. Ellos no tenían ninguna importancia. Solo importaba la muchacha. Retrocedió, temblando con un frío que amenazaba con inmovilizarlo. Le habían robado todas sus esperanzas. Había perdido cuanto deseaba.

«¿Qué he hecho?».

Se volvió y echó a correr. Su frío se convirtió en fuego, pero las palabras zumbaron en su mente como avispa provistas de agujones afilados y ansiosos.

«¿Qué he hecho?».

Pasó junto a Horner Dees con una rapidez nacida del miedo y la desesperación, a tal velocidad que el viejo rastreador no pudo detenerlo. La calle de piedra vibraba y se sacudía, y estaba resbaladiza por la lluvia, pero nada pudo frenar su huida. La penumbra lo envolvió con su manto gris y lóbrego, y se convirtió en una figura diminuta entre los viejos edificios de la ciudad, una mota de vida atrapada en una maraña de magia mucho más antigua y cruel que la suya propia. Vio el rostro de Aurora ante sí. Sintió sus ojos observarlo mientras la Stiehl penetraba en su cuerpo. La oyó dar un suspiro de alivio.

Pe Eltar huyó por las calles de Eldwist, perseguido por sus demonios.

Morgan Leah fue el primero en llegar junto a Aurora. Se soltó de Walker con una fuerza que sorprendió al Tío Oscuro, atravesó corriendo la plaza vacía mientras ella se desplomaba y logró cogerla antes de que terminara de caer. Se arrodilló para sostenerla, hundió en su pecho el rostro ceniciento de la muchacha y pronunció su nombre una y otra vez.

Walker Boh y Horner Dees corrieron desde lados opuestos, se inclinaron un instante sobre ella e intercambiaron una mirada circunspecta. Toda la parte delantera de la túnica de Aurora estaba empapada de sangre.

Walker se irguió y escrutó la penumbra en la dirección que había tomado Pe Eltar. El asesino se había perdido de vista en el laberinto de calles y edificios, huyendo hacia el istmo y los acantilados situados más allá. Walker recordó la expresión de terror, incredulidad y furia dibujada en su rostro. Matar a Aurora no le había dado lo que estaba buscando.

—¡Walker!

La voz de Morgan Leah era una súplica desesperada. Walker se volvió.

—¡Ayúdala! ¡Se está muriendo!

Walker observó la sangre que le empapaba la ropa, el cuerpo desmadejado y roto, los largos cabellos cayendo sobre sus bellas facciones como un velo de plata. «Se está muriendo». Pronunció las palabras en el silencio de su mente, asombrándose de que aquello hubiera sucedido y de no haberse dado cuenta mucho antes de que era inevitable. Miró a la muchacha, tan indefensa y desesperada como el joven montañés, empezando también a captar la razón de que todo esto estuviera pasando.

—¡Walker, haz algo! —repitió Morgan, ansioso y aturdido.

—Muchacho —dijo Horner Dees, apoyando una mano amistosa en su hombro—. ¿Qué quieres que haga él?

—¿Tú qué crees? ¡Que utilice su magia! ¡Que le dé la misma oportunidad que ella le dio a él!

—No puedo, Morgan —respondió Walker con voz serena, arrodillándose a su lado—. No tengo la magia que necesita. —Extendió la mano para tocarle la garganta, buscando el pulso. Estaba allí, débil e irregular. Sentía su respiración—. Ella debe hacer lo que pueda para salvarse.

Morgan lo miró durante un breve instante, y enseguida devolvió su atención a Aurora, rogándole que reaccionara, que le hablara. Sus palabras rezumaban angustia y desesperación. La muchacha se movió un poco en respuesta.

Walker miró de nuevo a Horner Dees, y el viejo respondió a su mirada negando con la cabeza.

Entonces los ojos de Aurora se abrieron, asustados, llenos de dolor.

—Morgan —dijo con un hilo de voz—. Cógeme. Sácame de la ciudad.

Morgan Leah se apresuró a cumplir su petición, aunque no era eso lo que le parecía urgente en aquel instante. La levantó sin esfuerzo, llevándola como si no pesara nada. La apretó contra sí, infundiéndole su calor, hablándole en voz baja. Walker y Dees los siguieron en silencio. Salieron de la plaza y se dirigieron a la calle por donde había huido Pe Eltar.

—Mantente en las aceras —le dijo Walker, y Morgan siguió el consejo.

Solo habían recorrido una corta distancia, cuando la tierra volvió a temblar. Toda Eldwist se sacudió, los edificios crujieron y se cuartearon, y se desprendieron fragmentos de piedra y nubes de polvo. Walker miró hacia atrás, hacia el centro de la ciudad. Fauces Ávidas se estaba moviendo otra vez. Fuera cual fuese el resultado de su confrontación con Uhl Belk, había adoptado una estrategia diferente. Tal vez había acabado con su padre o tal vez había decidido que la piedra élfica negra era más importante. En cualquier caso, iba tras ellos. Desdeñando el uso de sus túneles subterráneos, recorría las calles de Eldwist, rompiendo los muros a su paso. El veneno de su cuerpo se esparcía con el viento. El aire destellaba y humeaba a su alrededor.

Los supervivientes del grupo que había salido de Pendiente Escarpada corrieron hacia el istmo, procurando mantener el equilibrio mientras la tierra se agitaba. Las tapas de las alcantarillas saltaban por todas partes, impulsadas por los temblores, y los escombros de los edificios derrumbados se interponían en su camino a cada paso. Tras ellos, Fauces Ávidas bufaba y gruñía entre movimientos precipitados, y se acercaba cada vez más. Aunque iba cargado con Aurora, Morgan impuso un ritmo extenuante, y ni Walker ni Horner Dees pudieron mantenerlo. El viejo guía ya iba unos cincuenta pasos detrás de ellos cuando salieron de la ciudad, jadeando con fuerza, y su cuerpo se tambaleaba mientras intentaba que la distancia no aumentara. Walker estaba entre los dos, con el pecho oprimido por el dolor y las piernas pesadas y débiles. Pidió a gritos a Morgan que aminorara la marcha, pero el joven montañés no lo oyó, porque estaba completamente concentrado en la muchacha. Walker volvió la vista hacia Dees, hacia los edificios que vibraban al paso de Fauces Ávidas, más cerca de ellos que antes; hacia la silueta del monstruo que se proyectaba contra la luz grisácea. No creía que pudieran escapar. Le era imposible no pensar en la ironía de que los mataran por algo que ya no tenía en su poder.

Los minutos se alargaban increíblemente mientras huían, difuminados en el golpeteo de sus botas sobre la piedra. Las olas se estrellaban contra las costas del istmo, salpicando sus caras sudorosas. Las rocas se hicieron más resbaladizas, y los tres hombres tropezaban y se tambaleaban mientras corrían. Las nubes se oscurecieron, y la lluvia volvió a hacer acto de presencia. Walker recordó la expresión de Pe Eltar mientras apuñalaba a Aurora. Revisó su impresión anterior. Lo que revelaba era sorpresa. Pe Eltar no estaba preparado para que muriera. ¿Había

querido utilizar la Stiehl? Había algo confuso en los movimientos de ambos, justo antes del apuñalamiento. ¿Por qué no había corrido Aurora? Se había liberado del asesino y, sin embargo, se había girado hacia él. ¿Hacia la hoja? ¿De forma deliberada? Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Walker. ¿Había hecho algo más que quedarse allí, esperando? ¿Se había impulsado contra Pe Eltar?

Sus pensamientos dispersos parecieron cristalizar, convirtiéndose en hielo. ¡Umbríos! ¿Esa era la razón de que hubiese reclutado a Pe Eltar? El asesino con su arma mágica, una magia a la que nada podía oponerse. ¿Esa era la razón de que estuviese allí?

Delante, Morgan Leah llegó a la base de los acantilados y el sendero que ascendía desde el istmo. Sin detenerse, empezó a subir.

Fauces Ávidas apareció tras ellos, asomando su enorme cabeza entre las ruinas de los edificios al erguirse para buscarlos. Después siguió adelante. Se escurría entre los muros de la ciudad como un ser invertebrado. Llenaba todo el istmo con su mole, impulsándose hacia delante. Un monstruo de un tamaño colosal.

Walker subió por el sendero que conducía a la cima de los acantilados, seguido de Horner Dees. Alejó sus pensamientos de Aurora y Pe Eltar. No tenía sentido. ¿Por qué iba a querer ella que Pe Eltar la matase? ¿Por qué iba a querer morir? No tenía ningún sentido. Intentó concentrarse en lo que debía hacer para frenar el avance de Fauces Ávidas. Miró hacia atrás una vez más, y observó al viscoso ser. ¿Se hundiría el istmo bajo su peso? No, la capa rocosa era muy profunda. ¿Derribaría los acantilados? No, se limitaría a perforarlos. El agua podría haberlo detenido, pero el líquido elemento estaba a sus espaldas, en el Tiderace. No había nada en su magia, ni siquiera en la de Cogle, que tuviera el poder suficiente para detener a Fauces Ávidas. Empezar la huida era su única opción, y no podrían continuar haciéndolo durante mucho tiempo.

Llegó a la cima de los acantilados y encontró a Morgan Leah esperándolo. El montañés estaba arrodillado y con la cabeza gacha sobre la pendiente que dominaba la península y Eldwist, jadeando para recuperar el aliento. Aurora seguía en sus brazos, con los ojos abiertos y alerta. Se acercó a ellos y se detuvo. La cara de Aurora estaba blanca como la cal.

—No quiere utilizar su magia —dijo Morgan Leah, exasperado, levantando la cabeza.

—Sálvate, Aurora —le suplicó Walker, arrodillándose a su lado—. Tienes poder para hacerlo.

La muchacha negó con la cabeza por toda respuesta. Sus ojos negros destellaron cuando se encontraron con los de Morgan.

—Escúchame —dijo con voz suave pero segura—. Te quiero. Siempre te querré y estaré contigo. Recuérdalo. Recuerda también que cambiaría las cosas si pudiera. Ahora suéltame y levántate.

—No, quiero estar contigo... —empezó a objetar el joven.



Ella le tocó la mejilla y su voz se apagó sin terminar la frase. La depositó en el suelo y retrocedió. Las lágrimas corrían por su cara.

—Desenvaina tu espada, Morgan, y clávala en la tierra.

Morgan desenvainó la espada de Leah, la agarró con las dos manos y la clavó en la roca. Sus manos permanecieron un instante sobre la empuñadura, y después la soltaron.

—No te mueras, Aurora —suplicó, levantando lentamente los ojos.

—Recuérdame —respondió la muchacha en voz baja.

Horner Dees apareció jadeando junto a Walker.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz apenas audible—. ¿Qué está haciendo?

Walker se limitó a encogerse de hombros.

—Walker —lo llamó Aurora, fijando sus negros ojos en los de él.

Se acercó a ella, mientras oía los ruidos que hacía Fauces Ávidas, pensando que tenían que alejarse de allí y preguntándose, como Dees, qué pretendía la muchacha. Se arrodilló a su lado.

—Ayúdame a levantarme —le pidió ella con urgencia, como si temiera quedarse sin voz antes de que acabara de pedírselo—. Llévame al borde de los acantilados.

Walker no la cuestionó. La rodeó por la cintura y la ayudó a ponerse de pie. Se apoyó en él, mientras un estremecimiento recorría su cuerpo moribundo. Oyó las quejas de Morgan Leah, pero una súbita mirada de la muchacha lo obligó a guardar silencio. Walker la sostuvo para impedir que se cayera mientras la llevaba hacia el precipicio. Llegaron al borde y se detuvieron. Abajo, Fauces Ávidas se encogía y se estiraba sobre la roca del istmo, un horrible cilindro de carne que se ondulaba y supuraba veneno. Ya estaba cerca, su monstruosa masa humeaba, y la estela de su veneno se extendía hasta la ciudad. Eldwist se recortaba en el horizonte. Sus torres estaban rotas; sus edificios, agrietados, y sus muros, derrumbados. El polvo y la bruma formaban una pantalla con la humedad de la lluvia.

La cúpula donde el Rey de Piedra tenía su refugio permanecía intacta.

Aurora se volvió y levantó el rostro. Por un instante volvió a ser hermosa, tan viva como cuando rescató a Walker de la muerte, le devolvió la vida y extrajo el veneno del Áspid de su cuerpo. Walker contuvo la respiración al verla así, y parpadeó ante lo que creyó una ilusión momentánea. Los ojos de la muchacha se clavaron en él.

—Tío Oscuro —susurró—. Cuando abandones este lugar, cuando regreses al mundo de las Cuatro Tierras, lleva contigo las lecciones que has aprendido aquí. No luches contra ti mismo o contra lo que puedes ser. Considera las opciones que tienes al alcance de la mano. Nada está predeterminado, Walker. Siempre podemos elegir.

Extendió la mano y le tocó la cara, y Walker sintió sus dedos helados en su mejilla. Las imágenes fluyeron en él, los pensamientos de Aurora, sus recuerdos y su conocimiento. En un segundo, ella se reveló por completo, mostrándole los secretos que había guardado con tanto cuidado durante todo el viaje, la verdad de quién y qué

era ella. Él gritó como si aquellas visiones lo quemaran. La estrechó contra su cuerpo, y enterró su rostro en sus cabellos plateados.

Morgan y Horner Dees dieron un paso adelante, pero Walker les ordenó que permanecieran donde estaban. Se detuvieron, vacilantes, inseguros. Walker se volvió a medias, todavía sujetando a Aurora contra sí. Su cara era una máscara de concentración. Ahora comprendía. Lo comprendía todo.

—Walker. —Ella volvió a pronunciar su nombre, su mano lo rozó por última vez, y una sola imagen se impuso a todas las demás.

Era la segunda visión del Oráculo del Lago. Los ojos de la muchacha buscaron los suyos.

—Déjame caer —le pidió en voz baja.

Walker vio la visión con toda claridad. Se vio a sí mismo de pie al borde de aquellos acantilados, con las Cuatro Tierras extendidas debajo, y Aurora a su lado, suplicándole con sus ojos negros mientras la dejaba caer en el vacío.

Aquí. Ahora. La visión se cumplió. Empezó a negar con la cabeza, pero los ojos de la muchacha lo detuvieron. Su mirada era tan intensa que resultaba amenazadora.

—Adiós, Walker —dijo en un *susurro*.

La soltó. La contuvo en el círculo de su brazo durante un instante más, y luego la empujó al precipicio. Fue como si lo hubiese hecho otra persona, alguien oculto en su interior, un ser privado de razón. Oyó jadear a Horner Dees, horrorizado. Oyó gritar a Morgan. Corrieron apresuradamente hacia él, lo agarraron y sostuvieron mientras Aurora se despeñaba. La observaron mientras caía, un pequeño revoltijo de tela seguido por su cabellera de plata. La vieron resplandecer.

Entonces empezó a desintegrarse. Primero por los bordes, como si fuera una tela que se deshilara y se esparciera. Mudos, anonadados, los tres hombres la vieron desaparecer. Se desvaneció en unos segundos, convertida en polvo que brillaba y destellaba en el aire.

Abajo, Fauces Ávidas interrumpió su avance y levantó la cabeza. Quizá sabía lo que iba a suceder, incluso tal vez lo comprendía. No intentó escapar. Esperó pacientemente a que el polvo que había sido Aurora se posara sobre él. Entonces se estremeció, profirió un grito agudo y aterrador y empezó a encogerse. Fue disminuyendo de tamaño hasta que quedó reducido a la nada.

Después, el polvo cubrió el istmo y la roca empezó a cambiar, tornándose verde por la aparición de la hierba y el musgo. Los arbustos recuperaron la vida, pujantes.

El polvo se extendió hasta la península y Eldwist, y la transformación continuó. Varios siglos de lúgubre represión de Uhl Belk se borraron de un plumazo. La piedra de la ciudad se desmoronó. Murallas, torres, calles y túneles se derrumbaron. Todo cedió ante el poder de la magia de Aurora, como había sucedido en los jardines de Meade, en Culhaven. Todo lo que existía antes de que el Rey de Piedra cambiara la tierra se restauró. Las rocas se tambalearon y reformaron. Los árboles brotaron, las ramas nudosas se llenaron de hojas que brillaban contra el agua y el cielo gris.

Surgieron grupos de flores silvestres, no con tanta abundancia como en Culhaven, porque el lugar siempre había sido abrupto e irregular, sino en pequeños parches, aislados y de una rica belleza. Las algas marinas y los matorrales cubrieron la roca desnuda, cambiando su aspecto por el de una llanura costera. El aire se llenó del olor de las cosas que crecían. La tétrica cobertura de piedra quedó relegada al recuerdo. Lentamente, Eldwist desapareció de la vista, engullida por la tierra, sumiéndose en el pasado que la había creado.

Cuando la transformación se completó, todo lo que quedó de Eldwist fue la cúpula donde el Rey de Piedra se había enterrado, un aislado edificio gris en medio del verde de la tierra.

—No podíamos hacer nada para salvarla, Morgan —dijo Walker Boh en voz baja, inclinado sobre el desolado joven montañés para asegurarse de que lo oía—. Aurora vino a Eldwist para morir.

Estaban junto al borde de los acantilados, acompañados por Horner Dees, hablando en voz muy baja, como si el silencio que se había aposentado sobre la tierra después de la transformación de Aurora fuera un cristal que pudiera romperse. El lejano ruido de las olas del Tiderace al golpear contra la costa y los gritos de las aves marinas llegaban muy débiles. La magia había eliminado de la roca el veneno de Fauces Ávidas, el viento dispersaba las nubes y el sol se asomaba entre ellas con timidez.

Morgan hizo un gesto de asentimiento en silencio, con la cabeza agachada y el rostro tenso.

Walker miró a Horner Dees, que asintió con la cabeza para animarlo.

—Me lo mostró antes de morir, muchacho. Quería que lo supiera para que pudiera decírtelo. Me tocó en la mejilla mientras contemplábamos Eldwist, y todo quedó revelado. Todos los secretos que nos ocultaba. Todos los misterios que escondía.

Se acercó un poco más.

—Su padre la creó para contrarrestar la magia de Uhl Belk. La creó de los elementos de los Jardines que habita, de lo más fuerte de su magia. La envió a Eldwist para morir. En cierto modo, envió una parte de sí mismo. No tenía otra opción. Era lo único que podía derrotar al Rey de Piedra en sus propios dominios. Y Uhl Belk tenía que ser derrotado en ellos para que nunca pudiera salir de Eldwist. De hecho, no podía, pero él lo ignoraba. Ya era prisionero de su propia magia. Fauces Ávidas se había convertido en el sustituto de Uhl Belk, enviado en su lugar para convertir en piedra el resto de las Cuatro Tierras. Pero si el Rey del río de Plata esperaba hasta que el monstruo se acercara lo suficiente como para luchar él mismo, este habría crecido tanto que no hubiera habido forma de detenerlo.

»Como nos dijo, nos seleccionó para que cumpliéramos una misión, Morgan —prosiguió Walker Boh; apoyó la mano sobre su hombro y sintió que el joven montañés se encogía—. Tú y yo fuimos elegidos para recuperar la piedra élfica negra

que Belk había robado de la Sala de los Reyes. El problema al que Aurora se enfrentaba era que su magia no funcionaría mientras Uhl Belk controlara la piedra élfica negra. Mientras él contara con la magia druídica, podría absorber su magia e impedir que se produjera la transformación necesaria. Lo habría hecho al instante en caso de descubrir quién era. La habría convertido en piedra. Por eso no pudo utilizar su magia hasta el final.

—¡Pero cambió los jardines de Meade con solo tocar la tierra! —argumentó Morgan en tono agrio y desafiante.

—Los jardines de Meade, sí. Pero Eldwist era demasiado grande para cambiarlo con tanta facilidad. No lo hubiese logrado con un simple toque. Necesitaba filtrarse en la roca, convertirse en parte de la tierra. —Walker dio un suspiro—. Por eso eligió a Pe Eltar. Es posible que el Rey del río de Plata supiera, o presintiera, que los umbríos enviarían a alguien para detener a Aurora. No era ningún secreto quién era ella, ni cómo podía cambiar las cosas. Aurora era una amenaza muy seria, y, por tanto, debía ser eliminada. Un umbrío carecería de los medios necesarios, ahora lo sé. Por eso enviaron a Pe Eltar. Él creía que la muchacha no conocía sus intenciones, que la idea de matarla había partido de Rimmer Dall. No era así. Nunca lo fue. La idea partió de ella, desde el principio. Por esa razón hizo que la acompañara, porque su padre le había dicho que lo hiciera, que trajera con ella a Eldwist al hombre con el arma que podían atravesar la armadura de su magia y permitir su transformación.

—¿Qué podía impedir que cambiara por su propia voluntad?

—Estaba viva, Morgan. Era tan humana como tú y como yo. Era una elemental, pero una elemental revestida de humanidad. No creo que pudiera ser nada más en esta vida. Era necesario que muriera para que su magia actuara sobre Eldwist. Ningún arma normal lograría matarla, su cuerpo la protegería contra los metales comunes. Se requería una magia igual que la suya, la magia de un arma como la Stiehl... y las manos y la mente de un asesino, entrenado para matar, como Pe Eltar.

»Nos convocó porque necesitaba nuestra ayuda, porque le dijeron que era precisa para el cumplimiento de su misión, pero también porque confiaba en nosotros —prosiguió Walker, esbozando una leve y tensa sonrisa—. Si alguno de nosotros le hubiéramos fallado, incluido Pe Eltar, si no hubiésemos hecho lo que ella sabía que podíamos hacer, el triunfo habría sido para Uhl Belk. No se hubiese producido ninguna transformación de la tierra. Fauces Ávidas hubiera proseguido su avance y el reino de Uhl Belk habría seguido aumentando. Combinado con el asalto de los umbríos, todo estaría perdido.

—Debería habérmelo dicho, Walker —respondió Morgan enderezándose y levantando los ojos hacia el Tío Oscuro—. Debería habernos dicho lo que planeaba.

—No, Morgan —respondió Walker, haciendo un gesto negativo—. Eso era lo que no podía hacer. No hubiéramos actuado como lo hicimos si hubiésemos conocido la verdad. Dime, ¿no hubieras intentado detenerla? La amabas, muchacho, y ella sabía muy bien lo que eso significaba.

—Tienes razón —dijo el joven montañés, mirándolo detenidamente durante un momento y haciendo un gesto de asentimiento—. Lo sabía.

—No podía hacer otra cosa. Estaba obligada a mantener en secreto lo que se proponía al venir aquí.

—Lo sé. Lo sé —respondió Morgan con la respiración forzada y entrecortada—. Pero duele. Casi creo que no ha muerto, que encontrará la manera de volver. —Respiró profundamente—. Necesito que vuelva.

Después se quedaron en silencio, cada uno mirando a un lugar diferente, recordando. Walker se preguntó si debía hablarle de la visión del Oráculo del Lago, de que había hablado sobre ella con Aurora, de que no le había concedido ninguna importancia, de que ella sabía desde el principio cómo terminaría todo y, a pesar de eso, quiso cumplir la misión para la que su padre la había creado. Decidió no hacerlo. Morgan Leah ya había estado harto de secretos y planes ocultos. No ganaba nada contándole más.

—¿Qué habrá sido de Uhl Belk? —preguntó Horner Dees, rompiendo el silencio—. ¿Estará todavía en esa cúpula? ¿Seguirá vivo?

Los tres miraron hacia donde se levantaba el último vestigio de Eldwist, cerrado e intacto, entre la renacida vegetación de la península.

—Creo que una criatura mágica como Uhl Belk no puede morir tan fácilmente —respondió Walker con voz suave—. Pero Aurora lo retiene ahí, prisionero dentro de su guarida, y producirá cambios en la tierra durante mucho tiempo. —Hizo una breve pausa—. Creo que Uhl Belk se volverá loco cuando lo comprenda.

Morgan extendió la mano y tocó la hierba, como buscando algo. Sus dedos la acariciaron con mimo. Walker lo observó durante un breve instante, y después se levantó. Le dolía todo el cuerpo, y su ánimo era triste y lúgubre. Deseaba poder llevarse a la boca una comida auténtica, y su sed parecía insaciable. Su propia odisea solo estaba comenzando: buscar por las Cuatro Tierras a Pe Eltar y la piedra élfica negra que había robado, volver a enfrentarse a él para recuperarla y, si sobrevivía, viajar hasta donde antes se levantaba Paranor para recuperar la Fortaleza y hacer que los druidas volvieran a este mundo...

Esos pensamientos amenazaban con romperlo, con absorber sus últimas energías, y los apartó de sí.

—Vamos, muchacho —dijo Horner Dees, cogiendo a Morgan por los hombros—. Ella se ha ido. Alégrate de que la tuviéramos con nosotros tanto tiempo. No había sido creada para vivir en este mundo, sino para algo mejor. Consuélate pensando en que te amaba. Eso es muy importante.

Las grandes manos del viejo guía tiraron hacia arriba, y Morgan permitió que le ayudara a ponerse de pie. Respondió, sin mirarlo, con un gesto de asentimiento. Cuando levantó los ojos, en ellos se reflejaban decisión y firmeza.

—Voy a perseguir a Pe Eltar —dijo.

—Todos vamos a perseguirlo, Morgan Leah —respondió Horner Dees, haciendo

un gesto de desprecio—. Todos nosotros. No podrá escapar.

Miraron el paisaje que se extendía a sus pies por última vez, y a continuación dieron media vuelta y empezaron a andar hacia el desfiladero que conducía a las montañas. Solo habían dado unos pocos pasos cuando Morgan se detuvo de repente, como si se olvidara de algo, y miró al lugar donde había dejado la espada de Leah. Todavía estaba clavada en las rocas, con su hoja rota oculta a la vista. Tras un momento de vacilación, tal vez considerando la posibilidad de dejar el arma donde estaba y abandonarla para siempre, se acercó, agarró la empuñadura con las dos manos y empezó a tirar muy despacio. Tuvo que seguir tirando mucho más de lo que parecía necesario.

Cuando desenterró la hoja, Morgan Leah se quedó atónito. La espada de Leah ya no estaba rota. Era tan perfecta como el día en que la había recibido de su padre.

—¡Muchacho! —exclamó Horner Dees con expresión de asombro.

—Aurora tenía razón —dijo Morgan en voz baja, mientras sus dedos resbalaban por la brillante superficie de la hoja. Miró a Walker, incrédulo—. ¿Cómo...?

—Su magia —se apresuró a responder Walker, esbozando una sonrisa al ver la expresión de su cara—. Volvió a convertirse en los elementos de la tierra que su padre empleó para crearla, entre ellos los metales que componen la hoja de la espada de Leah. Rehízo tu talismán del mismo modo que rehízo esta tierra. Fue su acto final, muchacho. Un acto de amor.

—Entonces, en cierto sentido, ella continúa conmigo, ¿verdad? —preguntó el joven montañés, con sus ojos grises ardiendo intensamente—. Y estará mientras yo posea la espada. —Respiró profundamente—. Walker, ¿crees que la espada de Leah ha recuperado la magia?

—Creo que la magia procede de ti. Creo que siempre ha sido así.

Morgan miró al Tío Oscuro en silencio durante un momento, y luego hizo un gesto de asentimiento, envainando el arma con sumo cuidado.

—He recuperado mi espada, pero tú continúas sin el brazo. Y Aurora dijo que tú, al igual que la hoja, volverías a estar entero.

—Es cierto —respondió Walker, en actitud reflexiva. Con su única mano hizo que Morgan se volviera hacia el desfiladero—. Empiezo a pensar, muchacho, que cuando dijo que volvería a estar entero, no se refería a mi brazo, sino a otra cosa.

A sus espaldas, la luz del sol bañaba el Tiderace.

\* \* \*

¡Sus ojos!

Sus ojos se fijaron en Pe Eltar desde las ventanas vacías de los edificios de Eldwist; cuando dejó atrás la ciudad lo observaron por las fisuras y grietas de las

rocas del istmo; cuando llegó a los acantilados lo contemplaron desde detrás de los peñascos de la vereda ascendente envueltos en la bruma. Fuera donde fuese, los ojos lo seguían.

«¿Qué he hecho?».

La desesperación inundaba todo su ser. Había matado a la muchacha, como pretendía. Había conseguido la piedra élfica negra. Todo había salido como lo había planeado, solo que el plan no era suyo... había sido de ella desde el principio. Eso era lo que vio en sus ojos, la verdad de por qué estaba allí y para qué estaba. Había hecho que la acompañara a Eldwist no para que se enfrentara al Rey de Piedra y recuperara la piedra élfica negra, como él había creído, sino para que acabara con su vida.

¡Para que acabara con su vida!

Corrió a ciegas, tambaleándose, tropezando, gateando, atormentado por la seguridad de que la muchacha lo había utilizado.

Nada había estado bajo su control. Se había engañado al pensarlo. Todos sus esfuerzos habían sido inútiles. ¡Ella lo había manipulado desde el principio, al buscarlo en Culhaven sabiendo quién y qué era, al convencerlo para que los acompañara mientras le hacía creer que decidía por sí mismo, y al mantenerlo cuidadosamente alejado de los demás, dirigiéndolo a un lado o a otro según lo exigieran sus propósitos, utilizándolo! ¿Por qué? ¿Por qué había hecho eso? La pregunta le quemaba como el fuego. ¿Por qué quería morir?

El fuego dejó paso al frío mientras veía que los ojos le hacían guiños por la derecha y por la izquierda, por delante y por detrás. Al final, ¿había sido él quien tomó la decisión de apuñalarla? No era consciente de haberlo decidido.

Tenía la sensación de que había sido ella quien había apretado su cuerpo contra la daga... o había hecho que su mano se moviera hacia delante, hasta recorrer los escasos centímetros que los separaban. Pe Eltar solo había sido una marioneta para la hija del Rey del río de Plata. Quizás ella había tirado de las cuerdas que lo movían por última vez, y luego abrió los ojos para que conociera todos sus secretos.

Cayó al suelo cuando llegó al final de la vereda que conducía a la cima del acantilado, se arrastró hasta una hendidura entre dos rocas, encogido, y cubrió su rostro tenso y demacrado con los brazos, deseando esconderse, desaparecer. Apretó los dientes con furia. ¡Esperaba que estuviese muerta! ¡Esperaba que todos estuvieran muertos! Las lágrimas corrían por su cara, la cólera y la desesperación inundaban todo su ser, haciendo que se retorciera. Jamás nadie le había hecho nada semejante. ¡No lo podía soportar! ¡No podía tolerarlo!

Después de un momento, o tal vez de más tiempo, levantó la vista, consciente de que estaba en peligro, de que los otros debían de estar persiguiéndolo. «¡Que vengan!», pensó, lleno de odio. Pero no, todavía no estaba preparado para enfrentarse a ellos. Apenas si era capaz de pensar. Necesitaba tiempo para recuperarse.

Se obligó a ponerse de pie. En lo único que podía pensar era en correr y seguir huyendo.

Llegó al desfiladero que se internaba entre las rocas, alejándose de la pendiente y de aquella ciudad odiosa. Sentía temblores en la roca y oía el retumbo de Fauces Ávidas. La lluvia lo mojaba, y una niebla gris descendió hasta dar la impresión de que las nubes descansaban sobre la tierra. Apretó contra su pecho la bolsa de cuero con marcas rúnicas y su valioso contenido. La Stiehl reposaba de nuevo en la vaina de su cadera. Sentía la magia ardiendo en sus manos, contra su muslo, más caliente que nunca; un fuego imposible de apagar. ¿Qué había hecho con él la muchacha? ¿Qué había hecho con él?

Cayó al suelo, y durante un instante fue incapaz de levantarse. Sus fuerzas lo habían abandonado. Se miró las manos y vio manchas de sangre, sangre de la muchacha.

Su rostro destelló ante él, brillante y vívido, con los cabellos de plata echados hacia atrás, y los ojos negros.

¡Aurora!

Consiguió ponerse de pie y corrió todo lo que pudo, deslizándose, intentando alejar las visiones y recuperar la compostura y el autocontrol. Pero nada encajaba en su sitio, todo era confuso, complicado. La locura se desataba en su interior como se desata un perro guardián. La había matado, sí. ¡Pero ella lo había obligado a hacerlo! ¡Todos aquellos sentimientos hacia ella, falsos desde el principio! ¡Todo formaba parte de su plan, de su forma de jugar con él!

Llegó ante Valle Óseo, rocoso y vacío. No se detuvo. Siguió corriendo.

Algo sucedía a sus espaldas. Sintió una alteración en los temblores, un cambio del viento y algo frío que se aposentaba en su interior. «¡Magia! —susurró una voz, burlona, insidiosa—. ¡Aurora viene a buscarte!». ¡Pero Aurora estaba muerta! Gritó, perseguido por demonios que llevaban su rostro.

Se tambaleó y cayó en medio de los huesos esparcidos, se puso de rodillas y de pronto se dio cuenta de dónde se hallaba.

El tiempo se detuvo para Pe Eltar, y una aterradora percepción invadió su mente.

¡El koden!

Entonces, de repente, cayó sobre él, y lo envolvió con sus brazos peludos. Su cuerpo olía a vejez y podredumbre. Oyó el silbido de su respiración junto a la oreja y sintió su calor en el rostro. La cercanía de la bestia era asfixiante. Intentó verla y descubrió que no podía. Estaba allí, y al mismo tiempo no estaba. ¿Se había hecho invisible? Intentó sacar la Stiehl, pero sus dedos no lo obedecieron.

«¿Cómo puede estar sucediendo esto?».

Entonces fue consciente de que no podría escapar. Se sorprendió solo a medias al descubrir que ya no le importaba en absoluto.

Un instante después, murió.



No hacía ni una hora que había muerto Pe Eltar cuando los tres supervivientes del grupo llegaron a Valle Óseo y encontraron su cadáver. Yacía tendido, con la mirada sin vida fija en el cielo. Con una mano agarraba la bolsa marcada con runas que contenía la piedra élfica negra. La Stiehl seguía en su vaina.

Walker Boh miró a su alrededor con curiosidad. La magia de Aurora también había pasado a través de Valle Óseo, y lo había cambiado tanto que resultaba irreconocible. Vio hierba y matorrales por todas partes que sombreaban y suavizaban la dura superficie de la roca. Flores silvestres amarillas y púrpuras se erguían en busca de la luz del sol, y los huesos de los muertos se habían fundido con la tierra. No quedaba nada de lo que había sido.

—No tiene ni una sola herida —murmuró Horner Dees, con el rostro aún más arrugado por la mueca que torcía su boca. Avanzó, se agachó para mirarlo de cerca y luego volvió a ponerse de pie—. Tal vez tenga el cuello roto, las costillas aplastadas o algo así. Pero no veo nada. Tiene manchas de sangre en las manos, que deben de ser de la muchacha. Y mirad. Huellas del koden por todas partes. Sin duda, fue el perro guardián el que acabó con su vida. Sin embargo, no ha dejado ni una sola marca en su cuerpo. ¿Qué os parece?

El koden había desaparecido. Walker olfateó el aire, sondeó el silencio, cerró los ojos para buscar al koden con la mente. No. La magia de Aurora lo había liberado. Tan pronto como se rompieron las cadenas que lo apresaban, volvió a su antiguo mundo, convertido de nuevo en un simple oso, perdidos ya los recuerdos de lo que había sido. Walker sintió una profunda satisfacción porque, después de todo, había cumplido su promesa.

—Mirad sus ojos —decía Horner Dees—. Mirad el miedo que se refleja en ellos. Cuando murió estaba aterrorizado.

—Seguro que lo ha matado el koden —insistió Morgan Leah, que se mantenía alejado del cuerpo del asesino.

—¿Eso crees? ¿Cómo? ¿Qué hizo? ¿Estrecharlo entre sus brazos y apretar? —inquirió Dees, volviéndose hacia el joven montañés—. Tuvo que ser muy rápido. Su daga no está desenvainada. Acércate, Morgan. ¿Qué ves?

—Nada —respondió el joven montañés, adelantándose y mirando.

—¿Quieres que le dé la vuelta? —preguntó Dees, haciendo una mueca de repugnancia.

—No —respondió Morgan, haciendo un gesto negativo—. ¿Para qué? —Observó el rostro de Pe Eltar durante un breve instante, en silencio. Después levantó sus ojos buscando los de Walker—. Quería que muriera, pero quería ser yo quien lo matara.

Sé que da igual quién lo matara, y cómo, pero me siento engañado. Como si me hubieran arrebatado la oportunidad de enmendar las cosas.

—No creo que sea así, Morgan —respondió el Tío Oscuro con voz amable—. No creo que nunca hayas tenido esa oportunidad.

El joven montañés y el viejo rastreador miraron a Walker Boh con ojos sorprendidos.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Dees.

—Si yo fuera el Rey del río de Plata y creyera que era necesario sacrificar la vida de mi hija ante la daga de un asesino, me aseguraría de que quien la matara no pudiera escapar —respondió Walker, encogiéndose de hombros—. Quizá la magia que Aurora llevaba en su cuerpo servía a más de un propósito. Quizá también estaba destinada a matar a su asesino.

Se produjo un largo silencio mientras los tres analizaban la situación.

—¿Piensas que la sangre que lleva en las manos actuó como un veneno? —preguntó Horner Dees—. Es una explicación tan válida como cualquier otra.

Walker Boh se inclinó y liberó de los rígidos dedos de Pe Eltar la bolsa que guardaba la piedra élfica negra. La sacó de la bolsa y la sostuvo en la palma de la mano durante un breve instante, pensando en lo irónico que resultaba que hubiese sido inútil para el asesino. Tantos esfuerzos malgastados para apoderarse de su magia...

Aurora lo sabía. El Rey del río de Plata lo sabía. Si Pe Eltar también lo hubiese sabido, habría matado a la muchacha sin demora y terminado con el asunto. ¿O estaba tan cautivado por ella que se habría quedado de todas maneras?

—¿Qué hacemos con esto? —preguntó Horner Dees, desatando la Stiehl del muslo de Pe Eltar.

—Tírala al océano —respondió Morgan—. O al agujero más profundo que puedas encontrar.

A Walker le pareció que oía hablar a otra persona, que las palabras le resultaban desagradablemente familiares. Entonces se dio cuenta de que estaba pensando en sí mismo, recordando lo que él había dicho cuando Cogline le llevó la *Historia de los druidas*, sacada del perdido Paranor. «Era otro tiempo, era otra magia», pensó, pero los peligros siempre son los mismos.

—Morgan —dijo Walker, y el joven montañés se volvió hacia él—. Si la tiramos, corremos el riesgo de que alguien la vuelva a encontrar... tal vez alguien tan maligno y astuto como Pe Eltar, o incluso todavía peor. Debemos guardar la daga en un lugar donde no pueda hacer más daño. —Se dirigió a Horner Dees—. Si me la das, yo me encargaré de hacerlo.

Se quedaron allí de pie durante un momento, sin moverse. Eran tres figuras cansadas y harapientas en medio de un campo de piedra rota y verdor nuevo. Dees dirigió a Morgan una mirada inquisitiva.

—Supongo que podemos confiar en que mantendrás tu palabra —dijo al

entregarle la daga.

Walker guardó la Stiehl y la piedra élfica negra en los profundos bolsillos de su capa y esperó que así fuera.

Caminaron hacia el sur durante todo el día, y pasaron la primera noche fuera de Eldwist en una llanura donde solo crecía la maleza. Poco antes, cuando la llanura había formado parte del reino de Uhl Belk, aún infectada por el veneno de Fauces Ávidas, no era más que una alfombra de piedra quebrada. Ahora, aunque no había más que matorrales para alegrar su superficie, parecía frondosa y agradable después de la desolación que habían vivido en la ciudad. Había poco que comer, unas cuantas raíces y verduras silvestres, pero tenían agua fresca, los cielos estaban tachonados de estrellas y el aire era limpio y transparente. Encendieron una hoguera y permanecieron despiertos hasta muy tarde, hablando en voz baja de sus sentimientos, recordando en los largos silencios todo lo que habían vivido.

A la mañana siguiente despertaron con el sol sobre sus caras y se alegraron de estar vivos.

Se pusieron en marcha de nuevo a través de altos bosques y se adentraron en las montañas de Charnal. Horner Dees los llevó por un camino distinto del que habían seguido a la ida para evitar cruzarse con la tribu de los urdas de Carisman; en su lugar, rodearon las Lanzas por el este. El clima se mantuvo agradable, incluso en las montañas, y no tuvieron que lidiar con tormentas ni avalanchas que les causaran nuevas preocupaciones. La comida volvió a ser abundante, y empezaron a recuperar las fuerzas. Volvieron a experimentar una sensación de bienestar, y sus peores recuerdos se fueron suavizando y debilitando poco a poco.

Morgan Leah hablaba continuamente de Aurora. Parecía que hablar de ella le servía de bálsamo, y Walker y Horner Dees lo animaban a que se expresara libremente. A veces, el joven montañés hablaba de la muchacha como si aún estuviese viva, tocaba la espada, y señalaba hacia el país que dejaban atrás. Ella estaba allí, insistía, y eso era mejor que desaparecer por completo. En algunas ocasiones, estaba seguro de ello, sentía su presencia. Sonreía y bromeaba, y poco a poco empezó a recuperarse.

Horner Dees no tardó mucho en recuperar su antigua personalidad, y la expresión acosada desapareció de sus ojos, y la tensión, de su cara. La aspereza de su voz se suavizó poco a poco, y por primera vez en varias semanas el amor que sentía por sus montañas se reflejó en la conversación.

A Walker Boh le costó más recuperarse. Estaba encerrado en una férrea concha de resignación fatalista que casi lo había privado de sentimientos. Había perdido el brazo en la Sala de los Reyes, y a Cogle y *Susurro* en la Chimenea Rocosa. Había estado a punto de perder la vida en varias ocasiones. Aurora y Carisman estaban muertos. Y también había muerto su promesa de rechazar la misión que Allanon le había encomendado. Aurora tenía razón. Siempre había opciones. Pero a veces otros tomaban las decisiones por ti, te gustara o no. Se había propuesto no mezclarse en las

maquinaciones de los druidas, alejar su vida de Brin Ohmsford y el legado de la magia. Pero las circunstancias y la conciencia no se lo permitieron. Su destino estaba tejido por hilos que se remontaban cientos de años en el tiempo, tal vez miles, y no podía librarse de él; al menos, no del todo. No había dejado de reflexionar sobre el tema desde aquella noche en Eldwist, cuando accedió a regresar con Aurora al cubil del Rey de Piedra para recuperar la piedra élfica negra. Sabía que al ir se comprometía, si tenían éxito, a llevar el talismán a las Cuatro Tierras y a intentar restaurar Paranor y hacer que los druidas regresaran, como le había encargado Allanon.

Era plenamente consciente de lo que eso significaba.

«La elección solo te corresponde a ti», le había advertido Aurora.

¿Pero qué otra opción tenía? Hacía tiempo que había decidido buscar la piedra élfica negra, quizá desde el momento en que descubrió su existencia al leer la *Historia de los druidas*; sin duda, desde la muerte de Cogline. También había decidido descubrir lo que podía hacer su magia... y eso significaba probar que Paranor y los druidas podían regresar. Podía decir que no había tomado una decisión definitiva hasta el momento en que Eldwist desapareció, pero sabía que no era verdad. También era consciente de que, si la magia de la piedra élfica negra era la que se decía, si funcionaba como él creía, Paranor sería restaurado. Y si eso sucedía, los druidas regresarían a las Cuatro Tierras.

Por él. Empezando por él.

Y esa realidad era la única decisión que le quedaba, la que Aurora quería que tomara: aceptar la identidad que iba a adquirir. Si era cierto que Paranor podía ser restaurado y que él debía convertirse en el primer druida que lo habitara, debía asegurarse de no perderse a sí mismo en el proceso. Debía asegurarse de que Walker Boh sobreviviera: su espíritu, sus ideas, sus convicciones, sus recelos, todo lo que era y en lo que creía. No podía convertirse en aquello que tanto rechazo le había producido. En otras palabras, no podía convertirse en Allanon. No podía ser igual que los druidas de antaño; manipuladores, explotadores, sombríos y sigilosos nigromantes, y encubridores de la verdad. Si los druidas tenían que regresar para preservar las razas, para asegurar su supervivencia contra los seres oscuros del mundo, ya fuesen umbríos u otros seres malignos, él tenía que hacer que fueran como debían ser; una clase de hombres mejores, de maestros, de custodios del poder de la magia.

Esa era la elección que aún podía hacer, la elección que debía hacer si quería conservar la cordura.

Tardaron casi dos semanas en llegar a Pendiente Escarpada por seguir las rutas más largas y seguras, protegiéndose de cualquier posible peligro, manteniéndose a cubierto y en lugares seguros cuando oscurecía y viajando solo durante las horas de luz. Llegaron a la ciudad de la ladera hacia el mediodía. El cielo estaba cubierto por una neblina grisácea y densa que había dejado una tormenta de verano, similar a un

algodón cardado por manos demasiado apresuradas. El día era templado y húmedo, y los edificios brillaban como reptiles agazapados entre las rocas. Los tres viajeros se acercaban con cierta timidez, pues era la primera ciudad que veían desde que salieron de Eldwist. Se detuvieron ante la calle solitaria poblada de tabernas, establos y almacenes para volver la vista a las montañas que habían atravesado y así contemplar cómo la tormenta se alejaba, arremolinándose desde las cumbres hacia las hondonadas y los precipicios con un rugido distante.

—Es hora de despedirnos —dijo Horner Dees sin pensarlo, y tendió la mano a Morgan.

—¿No vienes con nosotros? —preguntó el joven montañés sorprendido, porque no habían hablado de separarse durante todo el viaje.

—He tenido la suerte de conservar la vida, muchacho —respondió el viejo guía, resoplando—. ¿Ahora quieres que vaya al sur? ¿Hasta dónde esperas que fuerce las cosas?

—No quería decir... —repuso Morgan, indeciso.

—La verdad es que no debería haber ido con vosotros —lo interrumpió Horner Dees, levantando una mano para interrumpirlo—. Fue la muchacha la que me convenció de que lo hiciera. No pude decirle que no. Y quizás influyó la sensación de haberme dejado algo pendiente allí cuando hace diez años hui del Rey de Piedra y sus monstruos. Tenía que volver para encontrarlo. Y aquí estoy, el único hombre que ha conseguido escapar dos veces de Eldwist y Uhl Belk. Me parece que eso ya es más que suficiente para un viejo como yo.

—Nos gustaría que vinieras con nosotros, Horner Dees —dijo Walker Boh, apoyando a Morgan—. No eres tan viejo como quieres hacer ver, y sigues siendo fuerte y hábil. El joven montañés y sus amigos pueden aprender de tu experiencia.

—Sí, Horner —intervino Morgan—. Acuérdate de los umbríos. Necesitamos toda la ayuda que podamos encontrar para luchar contra ellos. Ven con nosotros.

—Muchacho, te echaré mucho de menos —respondió el viejo rastreador, negando con la cabeza—. Te debo la vida. Te miro y veo al hijo que podría haber tenido en otras circunstancias. ¿No te parece suficiente con que admita eso? He experimentado demasiadas emociones en mi vida y ya no quiero más. Necesito la oscura tranquilidad de las cervecerías, necesito las comodidades de mi hogar. —Volvió a tenderle la mano—. ¿Pero quién dice que las cosas no puedan cambiar? Bueno, quizá volvamos a encontrarnos en otra ocasión.

—Hasta entonces, Horner —dijo el joven montañés, estrechándole la mano. Después abrazó al viejo, y este le devolvió el abrazo.

A partir de allí, el viaje fue rápido, y el tiempo transcurrió casi sin sentirlo. Los días y las noches se les escurrían entre los dedos de forma caprichosa. Walker y Morgan salieron de las montañas de Charnal y se dirigieron al oeste, en dirección al río Rabb. Vadearon el brazo norte del río, y se encontraron en una pradera que se extendía hacia los distantes picos de los Dientes del Dragón. Los días eran largos y

cálidos, y el sol brillaba en el cielo despejado mientras se alejaban del clima desangelado de las montañas. Amanecía temprano y oscurecía tarde, y las noches eran templadas y claras. Encontraron muy pocos viajeros durante el viaje, y ninguna patrulla de la Federación. La enfermedad propagada por los umbríos se hacía más patente a medida que avanzaban. Parches oscuros indicaban hasta qué punto había avanzado la enfermedad, pero no había señales de quienes la transmitían.

A finales de la semana, el Tío Oscuro y el joven montañés llegaron a la entrada sur del desfiladero de Jannison. Se acercaba el mediodía, y el desfiladero se extendía entre los Dientes del Dragón y las montañas de Charnal, un ancho corredor vacío que conducía al norte, y las llanuras de Streleheim. Allí era donde Padishar Cesta había planeado reunir a las fuerzas del Movimiento de la Tierra del Sur, la Resistencia de los enanos y la tribu trol de Axhind y su roca kélktica para combatir y destruir a los ejércitos de la Federación. El viento soplaba con suavidad sobre las llanuras y el desfiladero.

Morgan Leah miró a su alrededor con una expresión resignada en el rostro. Walker se quedó un momento a su lado, sin decir nada; después apoyó la mano en el hombro de su compañero.

—¿Dónde vamos ahora, muchacho? —le preguntó.

—Yo al sur, supongo, a Varfleet —respondió el joven montañés, encogiendo los hombros y tratando de esbozar una sonrisa—. Intentaré ponerme en contacto con Padishar. Espero que haya encontrado a Par y Coll. Si no consigo dar con su paradero, buscaré a los hermanos del valle por mi cuenta. —Hizo una pausa, fijándose en el rostro pálido y duro de Walker—. Me imagino adónde vas tú.

—A buscar Paranor —dijo el Tío Oscuro, haciendo un gesto de asentimiento.

—No era eso precisamente lo que deseabas, Walker —dijo Morgan, respirando profundamente.

—No, no lo es.

—Si te sirve de ayuda, puedo acompañarte.

—No, Morgan. Ya has hecho suficiente por los demás. Ha llegado el momento de que hagas algo por ti.

—Bueno, no tengo miedo, si es eso lo que estás pensando —dijo haciendo un gesto de resignación—. Vuelvo a tener la magia de la espada de Leah. Puedo utilizarla.

Los dedos de Walker estrecharon el hombro del joven montañés, y luego se retiraron.

—No creo que nadie pueda ayudarme en el sitio adonde voy. Creo que solo puedo contar conmigo mismo. La piedra élfica será mi mejor protección. —Dio un suspiro—. El desarrollo de los acontecimientos ha sido muy extraño. Sin la intervención de Aurora, ninguno de nosotros estaría haciendo lo que hacemos ahora, ni siquiera sería quien es, ¿no te parece? Nos ha dado a los dos un nuevo propósito, un nuevo aspecto, y tal vez una nueva fuerza. No olvides lo que sentía por ti, Morgan. Te amaba. Creo

que siempre te amará de la manera que pueda.

—Lo sé.

—Horner Dees dijo que le salvaste la vida. También salvaste la mía. Si no hubieras utilizado la espada a pesar de que estaba rota, Uhl Belk me habría matado. Creo que Par y Coll Ohmsford no podrían desear un protector mejor. Ve con ellos. Ayúdalos.

—Lo haré.

Se estrecharon las manos con fuerza durante un breve instante, mirándose a los ojos.

—Ten cuidado, Walker —dijo Morgan.

—Hasta que volvamos a vernos, Morgan Leah —respondió Walker Boh, esbozando una leve e irónica sonrisa.

Entonces dio media vuelta y se internó en el desfiladero, avanzando entre la luz y la sombra mientras se alejaba, bordeado por las rocas. En ningún momento volvió la vista atrás.

Durante el resto del día y todo el siguiente, Walker Boh se dirigió al oeste a través de los llanos de Streleheim, bordeando los oscuros y viejos bosques que se extendían al sur, protegido por las cumbres de los Dientes del Dragón. Al tercer día se internó en los bosques y dejó atrás las llanuras y el sol. Los árboles eran enormes, altísimos centinelas que vigilaban como soldados esperando a entrar en batalla, con gruesos troncos que crecían muy juntos y ramas que impedían el paso de la luz. Eran los bosques que durante siglos habían protegido la Fortaleza de los Druidas del mundo exterior. En la época de Shea Ohmsford había lobos vigilantes; después, una muralla de espinos que nadie podía atravesar, salvo Allanon. Ya no había lobos ni espinos, ni tampoco estaba la Fortaleza. Solo quedaban los árboles, envueltos en un profundo y penetrante silencio.

Walker recorrió los senderos como si fuera un fantasma, caminando sin hacer el menor ruido entre los troncos, a través de la alfombra de agujas secas, perdido en el enojo de su creciente indecisión. Sus pensamientos sobre lo que estaba a punto de hacer se embarullaban y desdibujaban, y nuevas voces de incertidumbre que ya creía superadas volvieron a dejarse oír para mortificarlo de nuevo. Se había pasado la vida intentando liberarse del legado de Brin Ohmsford, y ahora corría a abrazarlo por voluntad propia. Había tardado mucho en tomar esa decisión, y después la había cuestionado en innumerables ocasiones. Era el resultado de una extraña mezcla de circunstancias, de voluntad y deliberación. La había reflexionado tanto como había sido posible, y estaba convencido de haber tomado la decisión correcta. Sin embargo, la consecuencia era aterradora, y cuanto más próximo estaba de descubrirla, más fuertes eran sus dudas.

Cuando llegó al centro del bosque y al risco donde se aposentaban los cimientos de Paranor, estaba sumido en un mar de confusiones. Estuvo largo rato contemplando los pocos bloques de piedra que quedaban de sus estancias, la franja de luz roja que

cruzaba la cima del risco, donde el crepúsculo proyectaba los mortecinos rayos del sol. En el rielar de esa luz imaginó que podía ver la silueta de Paranor dibujada contra la noche inminente, con sus parapetos claramente definidos y sus torres taladrando el azul del cielo como una corona de lanzas. Pudo sentir la inmensa mole de la Fortaleza, el sombrío volumen de su piedra. Pudo tocar la vida de su magia, que esperaba el renacer.

Encendió una hoguera y se sentó junto a ella, dispuesto a esperar la caída de la noche. Cuando la oscuridad fue total, se levantó y se acercó al risco. Las estrellas eran unos puntitos brillantes en el cielo, y los bosques que lo rodeaban empezaban a llenarse de sonidos nocturnos. Se sentía solo y desplazado. Volvió a mirar hacia la cima del risco, buscando con su magia alguna señal de lo que estaba por llegar, pero nada se reveló. Sin embargo, la Fortaleza estaba allí, podía sentir su presencia de una forma inexplicable. El hecho de que su magia no pudiera demostrar lo que él ya sabía aumentaba su inquietud. Traer de vuelta al mundo la Fortaleza perdida y a los druidas, había dicho Allanon. ¿Cómo podía hacerlo? ¿Qué se necesitaba, además de poseer la piedra élfica negra? Debía de haber algo más, tenía que haber algo más.

Durmió varias horas, aunque le costó conciliar el sueño, inquieto por lo que su temor le susurraba. Al principio estuvo tumbado despierto mientras se desvanecía su resolución, erosionada y desgarrada. Los vestigios de toda una vida presidida por el recelo lo confundían, traspasaban los límites que les había impuesto y amenazaban con controlarlo de nuevo. Se obligó a pensar en Aurora. ¿Cómo habría sido la espera para ella, sabiendo lo que tenía que hacer? ¿Cuántos temores tuvo que soportar? Sin embargo, sacrificó su vida porque era necesario para devolver la vida a la tierra. Walker se fortaleció al recordar su valor, las voces interiores remitieron y, por fin, pudo conciliar el sueño.

Cuando despertó, ya era de día. Se lavó y desayunó deprisa, algo aturdido y ansioso ante lo que esperaba. Cuando terminó, se acercó a la base del risco y miró hacia arriba. El sol estaba a sus espaldas, y su luz bañaba la cima pelada. Nada había cambiado. No había ningún indicio de lo que había sido ni de lo que podía ser en un futuro. Paranor seguía perdido en el tiempo, el espacio y la leyenda.

Walker volvió sobre sus pasos y se sentó bajo la sombra protectora de los árboles. Rebuscó en los bolsillos de la capa y sacó la bolsa que contenía la piedra élfica negra. La contempló con el rostro inexpresivo, sintiendo que el peso de su poder lo presionaba. Tenía el cuerpo rígido y dolorido, le dolía el brazo perdido y su garganta estaba seca como las hojas en otoño. Advirtió que la inseguridad, las dudas y el miedo crecían en su interior, fundiéndose en una ola que amenazaba con ahogarlo.

Entonces colocó la piedra élfica negra en la palma de su mano y la cerró al instante, asustado de su luz oscura. Sus pensamientos se aceleraron. Una piedra para todo, para el corazón, la mente y el cuerpo; hecha así porque era la antítesis de todas las piedras élficas de las criaturas del viejo mundo fantástico, una magia que devoraba en vez de extenderse, que absorbía en vez de liberar. Las piedras élficas que



Allanon dio a Shea Ohmsford eran un talismán que defendía a su poseedor de cualquier magia oscura que lo amenazara. Pero la piedra élfica negra había sido creada con una finalidad completamente distinta; no había sido creada para crear magia, sino para anularla. Había sido concebida con un solo propósito: contrarrestar la magia utilizada para esconder la Fortaleza de los Druidas, para sacar a Paranor del limbo. Actuaba extrayendo esa magia... y transfiriéndola al cuerpo del poseedor de la piedra. Walker ignoraba los efectos que produciría en su cuerpo, pero se los podía imaginar. Sabía que la protección de la piedra contra el mal uso estaba en el hecho de que funcionaría de la misma forma fuera quien fuese su portador y fuera cual fuese su objetivo. Eso era lo que había destruido a Uhl Belk. Absorber la magia de Fauces Ávidas lo había convertido en piedra. El destino de Walker podía ser similar, aunque más complicado. Si la piedra élfica negra restauraba Paranor, ¿qué consecuencias tendría para él absorber la magia que mantenía secuestrada la Fortaleza?

«Quien tenga motivos y derecho para hacerlo, deberá utilizarla para alcanzar su fin adecuado».

Él. Pero ¿por qué? ¿Porque Allanon había dicho que debía ser así? Pero ¿había dicho toda la verdad, o solo una parte de la verdad? ¿Estaba jugando una vez más? ¿Podía confiar en él Walker Boh?

Permaneció inmóvil, indeciso y asustado, preguntándose por qué había llegado hasta allí, y entonces se dio cuenta de que su mano empezaba a temblar.

En aquel preciso instante, de forma súbita e inesperada, las voces interiores atravesaron sus defensas formando una avalancha y se convirtieron en gritos.

«¡No!».

Levantó la piedra élfica negra casi sin pensar, abrió la mano y la extendió hacia delante.

La piedra cobró vida al instante, y su magia le produjo un intenso hormigueo en la piel. Luz negra, la no-luz, la oscuridad absorbente. *Quien tenga*. Observó la luz que se congregaba ante él y tomaba forma. *Motivos y derecho para hacerlo*. El retroceso de la magia lo golpeó, triturando todas sus dudas y temores, reduciendo al silencio las voces y gritos interiores, inundándolo de un poder inimaginable. *Deberá utilizarla para alcanzar su fin adecuado*.

«¡Ahora!».

Lanzó la luz negra hacia delante, formando un ancho túnel que horadaba el aire y lo engullía todo a su paso, absorbiendo sustancia, espacio y tiempo. Explotó contra la cima del risco vacío, y Walker se tambaleó hacia atrás como si lo hubiera golpeado un puño invisible. Pero no cayó. La magia lo atravesó y lo fortaleció. La luz negra se extendió como la tinta, alzándose, ampliándose, ensanchándose hacia un lado y después hacia el otro, canalizándose como si siguiera unos caminos ya marcados, como si fluyera por unos surcos. Empezó a tomar forma. Walker jadeó. La luz de la piedra élfica negra marcaba las líneas de una enorme fortaleza, con sus parapetos y almenas, sus torres y chapiteles. Se alzaron sus muros y aparecieron las puertas. La

luz negra se extendió hacia el cielo y bloqueó los rayos del sol. Las sombras que proyectaba la Fortaleza de los Druidas envolvieron a Walker Boh, y este sintió que desaparecía en ellas.

Algo en su interior empezó a cambiar. Lo estaban drenando. ¡No, inundándolo! Algo, la magia, lo invadía. «La otra», pensó, débil ante su asalto, indefenso y aterrorizado. ¡Era la magia que encerraba a Paranor que había absorbido la piedra élfica!

Y también él.

Apretó los dientes y su cuerpo se puso rígido. «¡No cederé!».

La luz negra fluyó hacia los espacios vacíos de la imagen que coronaba el risco, coloreándola, dándole primero materia y después vida. Paranor, la Fortaleza de los Druidas, regresó al mundo de los hombres desde el oscuro semiespacio donde había permanecido oculta durante tantos años. Se recortó contra el cielo, enorme e imponente. La piedra élfica negra perdió brillo en la mano de Walker. La no-luz se suavizó, y después desapareció.

El ronco grito de Walker terminó en un gemido. Cayó de rodillas, abrumado por unas sensaciones que no podía definir y por la magia que había absorbido, sintiéndola correr por su interior como si fuera su propia sangre. Cerró los ojos y poco después los abrió muy despacio. Se vio rielando en una niebla que borraba la definición de sus rasgos. Miró hacia abajo con incredulidad y se quedó helado. ¡Ya no estaba allí! ¡Se había convertido en un fantasma!

Controló su terror y se puso de pie, con la piedra élfica negra todavía en la mano. Se miró a sí mismo como si fuera otra persona, observó la tenue luminosidad de sus miembros y su cuerpo, y los matices que se superponían y que le daban la apariencia de estar fragmentado. «¿Qué me han hecho?». Avanzó tambaleándose, deseando llegar al risco y alcanzar su cima. Fue lo único que se le ocurrió. Sentía que tenía que llegar a Paranor, que tenía que entrar en la Fortaleza de los Druidas.

La subida fue larga y difícil. Cuando consiguió llegar ante las puertas de hierro de la Fortaleza, estaba jadeando. Su cuerpo se proyectaba en innumerables imágenes, cada una distinta de las otras. Pero podía respirar, moverse y sentir como un hombre normal. Aquello lo tranquilizó un poco, y apresuró el paso hacia las puertas de Paranor. La piedra de la Fortaleza de los Druidas era auténtica, dura y áspera al tacto... aunque también aterradora de una forma que no supo definir. Las puertas se abrieron cuando las empujó, como si tuviera la fuerza de un millar de hombres y pudiera derribar cualquier cosa que se interpusiera en su camino.

Entró con cautela. Se encontró en un pozo de oscuridad, y un *susurro* de muerte lo rodeó.

Entonces algo se movió en la penumbra, se perfiló y se materializó: una aparición con cuatro patas, voluminosa y siniestra. Era un gato del páramo, negro como el carbón, con luminosos ojos dorados, que estaba allí y no estaba, igual que él mismo.

Walker se quedó paralizado. El gato era idéntico a...

Detrás del gato apareció un hombre, viejo y encorvado, un fantasma traslúcido. A medida que se iba acercando lo fue reconociendo.

—Por fin has venido, Walker —dijo con voz ansiosa y hueca.

El Tío Oscuro sintió que le abandonaban los últimos vestigios de su determinación. El hombre era Cogle.

El Rey del río de Plata estaba sentado en sus Jardines y contemplaba el ocaso. Una corriente de agua clara corría a sus pies entre las rocas cercanas, hasta una laguna en la que bebía un unicornio, y una brisa suave soplaba a través de los helechos y esparcía el olor de los lirios y junquillos. Los árboles se mecían, sus hojas lanzaban destellos verdes, y los pájaros cantaban al crepúsculo al posarse en sus ramas, preparándose para la llegada de la noche.

Más allá, en el mundo de los hombres, el calor era intenso y asfixiante, y un sudario de cansancio cubría las vidas de las gentes de las Cuatro Tierras.

«Así debe ser por ahora».

Sus ojos habían presenciado la muerte de su hija y la transformación del país del Rey de Piedra. Fauces Ávidas había muerto. Eldwist había vuelto a su estado anterior, recuperando los elementos que la habían creado, y la tierra era verde y fértil de nuevo. La magia de su hija había enraizado, un río invisible que fluía alrededor de la solitaria cúpula donde estaba prisionero Uhl Belk. Pasaría mucho tiempo antes de que su hermano pudiera salir a la luz.

Libélulas tornasoladas zumbaban ante él sin detenerse y desaparecían en el resplandor del atardecer.

La batalla contra los umbríos continuaba por todas partes. Walker Boh había invocado la magia de la piedra élfica negra, cumpliendo la misión que le había encomendado Allanon, y la Fortaleza de los Druidas había sido rescatada de las tinieblas que la habían mantenido oculta durante tres siglos. El Rey del río de Plata se preguntó qué haría el Tío Oscuro con lo que allí encontrara. En la Tierra del Oeste, donde habían vivido los elfos, Wren Ohmsford continuaba investigando para descubrir qué había sido de ellos; y también, aunque aún no lo sabía, qué sería de ella misma. En la Tierra del Norte, los hermanos Par y Coll Ohmsford hacían todo lo que estaba en sus manos para reencontrarse y descubrir los secretos de la espada de Shannara y la magia de los umbríos. Había quienes les ayudarían y quienes les traicionarían, y todas las ruedas del destino que Allanon había puesto en marcha aún podían pararse.

El Rey del río de Plata se levantó y se sumergió durante un breve instante en las aguas de la laguna, deleitándose con su frescor, fundiéndose con la corriente. Después salió y recorrió los senderos de los Jardines, entre bosquecillos de enebros y abetos, hasta un altozano cubierto de centauros y campanillas, cuyos pétalos volvía dorados la luz del día que acababa. Se detuvo allí para mirar hacia el mundo exterior.

Pensó que su hija había actuado bien.

Pero aquel pensamiento le produjo tristeza y vacío. Había creado una elemental

con la vida de sus Jardines y la había enviado a cumplir una misión. No había sido nada para él: solo una hija de nombre, solo una realidad momentánea, y él nunca había pretendido que fuera otra cosa.

Sin embargo, la echaba de menos. Al formarla como lo había hecho, al insuflarle parte de su propia vida, se había involucrado demasiado. Los sentimientos humanos que había compartido con ella no se disolverían tan fácilmente como sus formas humanas. Ahora que ya no vivía, ella no debería significar nada para él. Pero su ausencia creaba un vacío que no podía llenar.

Aurora.

Una hija de los elementos y su magia, volvió a decirse a sí mismo. Volvería a hacerlo, aunque quizá no tan pronto. Había algo en las criaturas de las razas mortales que perduraba. Había un residuo de sus emociones que sobrevivía. Aún podía oír su voz, ver su rostro y sentir su tacto. Ella había desaparecido, pero seguía presente.

¿Por qué?

Permaneció sentado mientras la oscuridad cubría la tierra, repitiéndose esa pregunta.

FIN



TERRY BROOKS (Sterling, Illinois, EEUU, 1944). Es un célebre y prolífico autor de literatura fantástica, con más de veinticinco *best sellers* en las listas de más vendidos del *New York Times*.

Solo las novelas de la serie «Shannara» cuentan con más de treinta volúmenes, aunque también ha escrito otras sagas, como las de «Landover» o de «Word & Void».

También ha realizado adaptaciones del cine de las películas *Star Wars Episodio I: La Amenaza Fantasma* y *Hook*.